

CHRISTIAN CAMERON



TIRANO

DESTRUCTOR DE CIUDADES

Lectulandia

Una novela ambientada en la mayor guerra de la historia de la humanidad.

Hacia 305 a. C., dos hombres se enfrentaron por la hegemonía del Mediterráneo: Tolomeo, señor de Egipto, y Antígono el Tuerto, señor de Asia. Y, entre ambos, la estratégica isla de Rodas y la ciudad fortificada del mismo nombre, que ninguno podía permitirse ceder al enemigo.

Para Demetrio, el inteligente aunque jactancioso hijo de Antígono, Rodas era una presa que debía tomarse a toda costa. Rodeada por su poderosa flota, con su ejército acampado ante las murallas y las más ingeniosas máquinas de sitio jamás construidas apuntando hacia ella, la ciudad parecía condenada a sucumbir. Pero atrapado tras sus murallas había un hombre resuelto a salvarla de la destrucción.

Un hombre con la valentía y la visión para volver las tornas contra Demetrio y su abrumador poderío militar. Un hombre que, apoyado por sus amigos más íntimos y la mujer a quien ama, sencillamente no puede permitirse fracasar. Un hombre llamado Sátiro.

Lectulandia

Christian Cameron

Destructor de ciudades

Tirano 5

ePub r1.0

libra 09.06.14

Título original: *Tyrant: Destroyer of Cities*

Christian Cameron, 2013

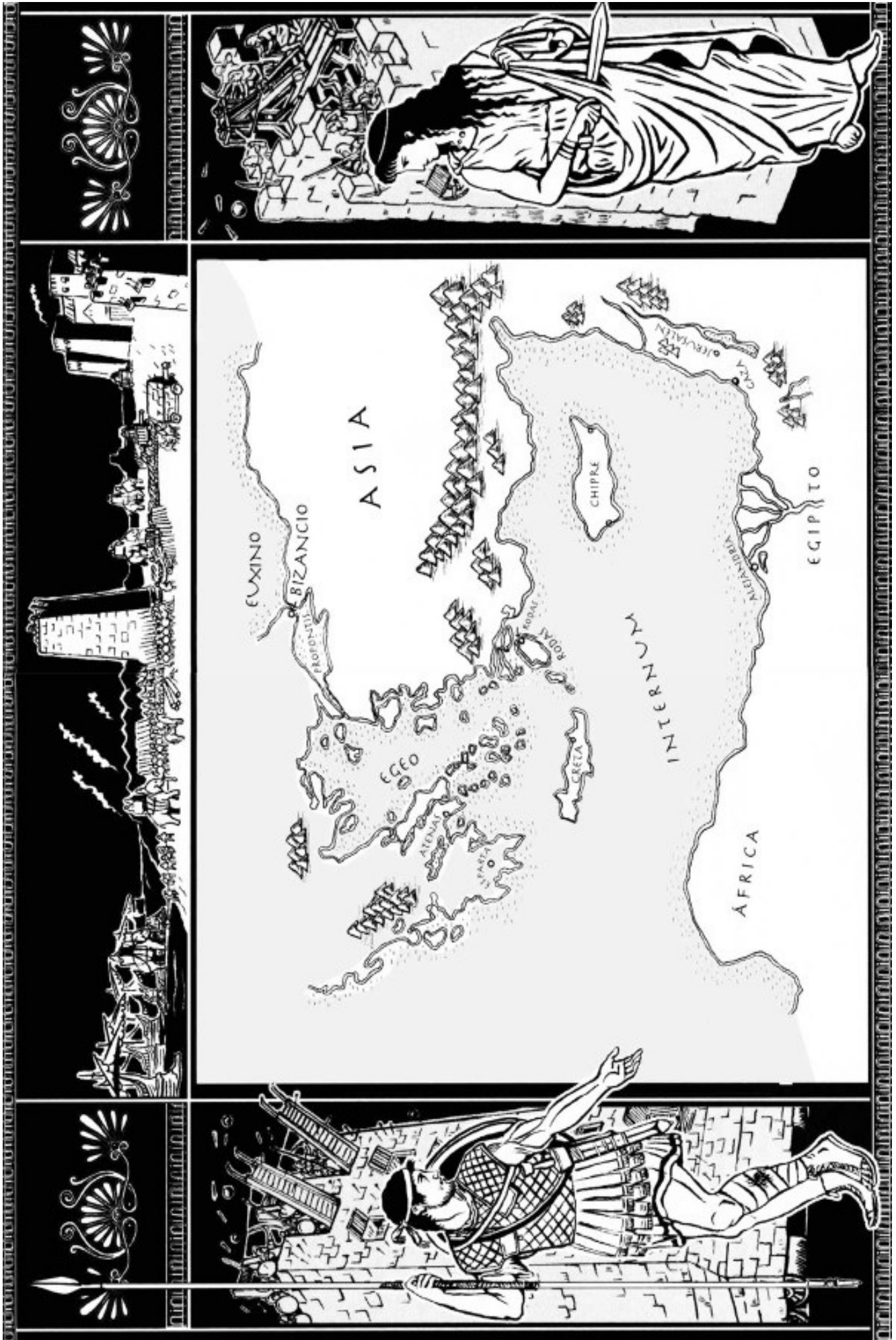
Traducción: Borja Folch

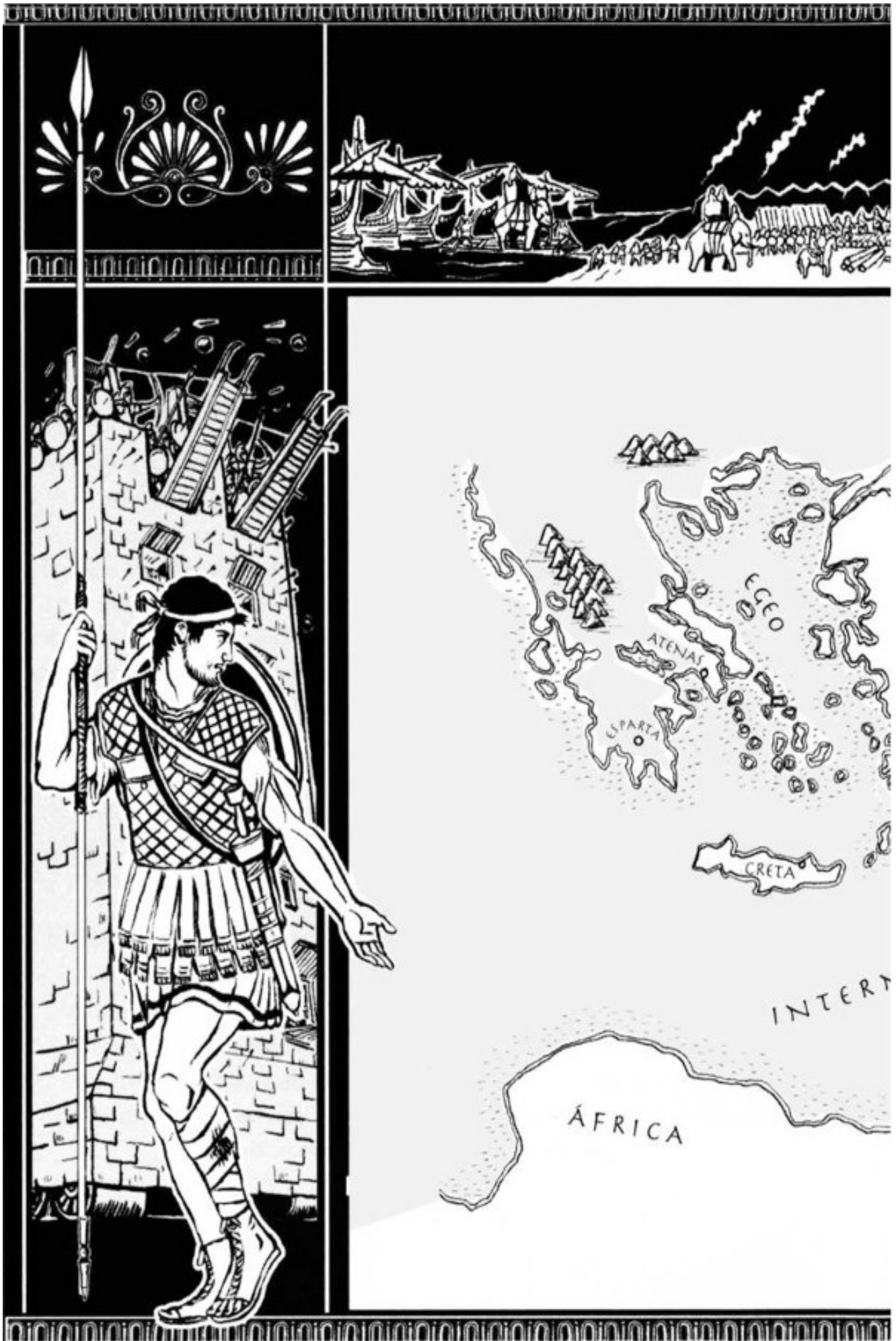
Editor digital: libra

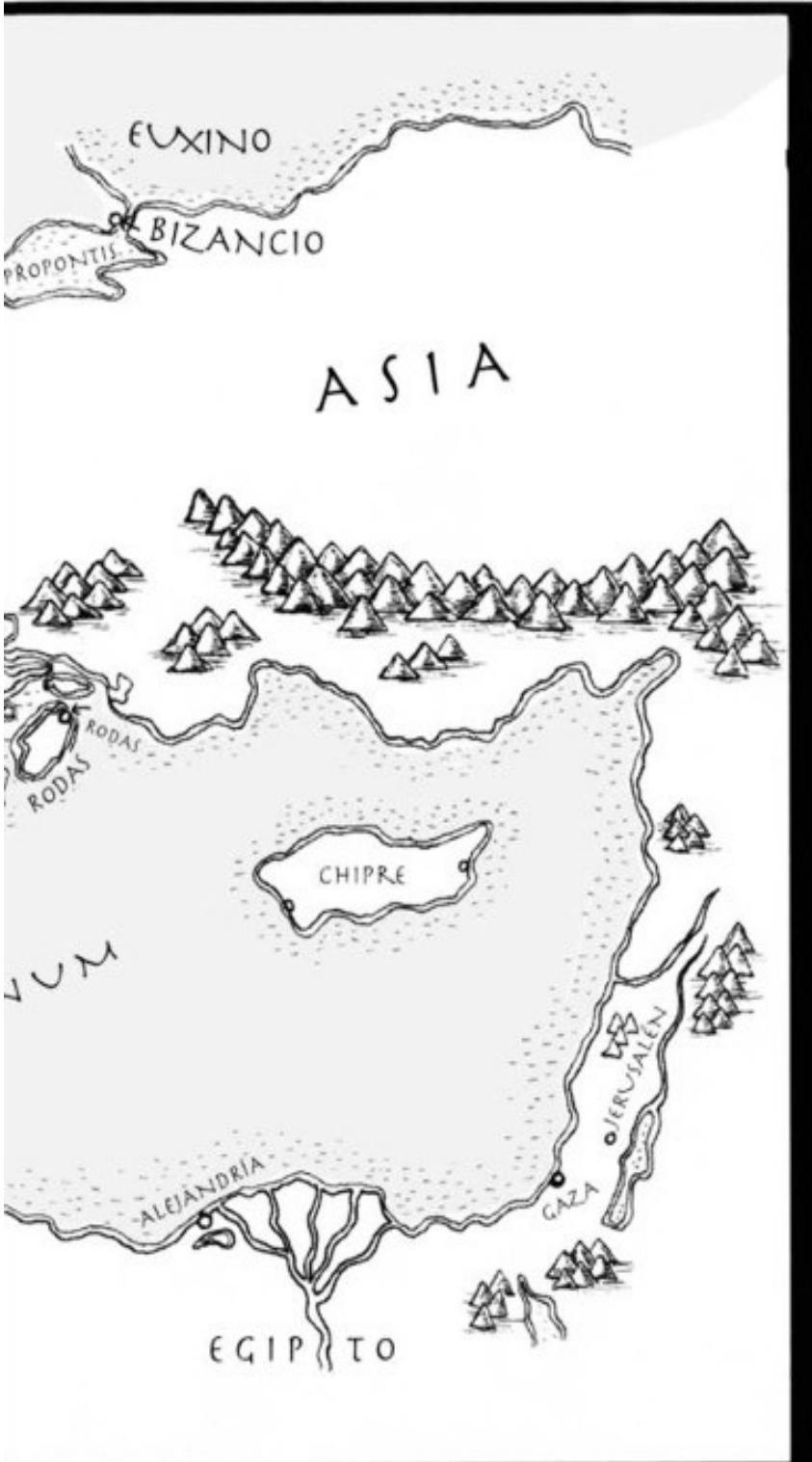
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mis amigos







Prólogo

Heraclea del Euxino, primavera 306 a. C.

Estratocles de Atenas estaba sentado en una banqueta de hierro en la cámara de recibir de su señora y cruzó las piernas, poniéndose cómodo.

—Corren tiempos interesantes, Despoina —dijo.

Ella leía su correspondencia —que por descontado él ya había leído antes— y tomaba notas.

—¡Demetrio ha tomado Atenas! —exclamó. Chasqueó los dedos para que una criada le llevara más leche y los hizo tamborilear con impaciencia hasta que la muchacha hubo calentado la leche en una copa de plata, la mezcló con miel y la vertió en otra copa, antes de presentársela mirando al suelo.

En voz baja, con firmeza, se dirigió a su esclava.

—Escucha, muchacha. Esto deberías tenerlo mezclado de antemano. ¿Entiendes? No aguardes a que te lo pida. ¿Cuánto tiempo llevas conmigo?

Amastris de Heraclea le golpeó la frente con el índice y la muchacha soltó un grito. Acto seguido Amastris se volvió hacia su ateniense.

—¿Eso cambia tu opinión sobre Antígono el Tuerto?

Estratocles se encogió de hombros, preguntándose ociosamente si consolando a la esclava después de la entrevista con su señora, podría ponérsela entre las piernas. Se permitió mirarla a los ojos, y ella vaciló antes de apartar la mirada. Interesante. Las esclavas siempre se sentían muy solas.

—¿Me estás prestando atención, señor? —preguntó Amastris con dureza. Estratocles no se alteraba por nada, y menos por lo que dijera su señora.

—Me libera de toda responsabilidad ante Demetrio de Falero o Casandro —respondió con cuidado—. Permanezco leal a la ciudad de Atenas. Demetrio el Rubio fingirá ser demócrata; todo el mundo lo hace cuando alcanza el poder en Atenas. Veremos qué ocurre tras los primeros meses. Pero, por una vez, las noticias de Atenas no son las más importantes. Hay otras más perentorias si no más importantes. Mira el despacho de Bizancio.

Amastris negó con la cabeza, y sus tirabuzones rubios se mantuvieron perfectos mientras la volvía a un lado y otro. Bebió distraídamente la leche endulzada con miel.

—Cuando termine esto.

Estratocles se levantó para servirse una copa de vino.

—¡Sátiro viene! —dijo Amastris sin apartar los ojos del rollo, y se llevó la mano a los cabellos como si necesitara acicalarse un poco.

—Sí, Despoina —respondió Estratocles riendo. Deseó ser capaz de afectarla, o a cualquier otra mujer, tal como Sático de Tanais la afectaba a ella. Lanzó una mirada a la criada, que se la sostuvo antes de bajar los ojos. «Ya has jugado a esto antes, ¿verdad?», pensó con satisfacción—. Viene con su flota y sus mercaderes, transportando grano hacia Alejandría.

—Como siempre, no viene solo a verme. —Amastris se incorporó—. ¿Por qué sigue prohibiendo la boda mi tío? Quiero casarme. —Siguió leyendo—. Está demasiado entregado a la guarra de su hermana. Haría bien en librarse de ella.

—Tu padre está a punto de coronarse rey —dijo Estratocles sin disimular su desagrado; desagrado por los reyes y desagrado por los celos de su señora—. Melita es Reina de los Masagetas por derecho propio —señaló—. Tu principesco Sático la necesita.

Amastris chasqueó los dedos y otra criada le llevó un chal, una costosa prenda importada de la India.

—Necesito que me necesite —dijo con una dulce sonrisa—. Y si mi tío quiere ser rey, ¿por qué te muestras tan avinagrado?

Estratocles, pese a sus defectos, y él mismo admitía tener una falange entera de ellos, no dejaba de verse a sí mismo como un verdadero demócrata en un mundo de déspotas aristócratas.

—Como Rey de Heraclea, confía en casarte con un mejor partido que el Rey de la Hiperbórea.

—Sático es el Rey del Bósforo —repuso Amastris con aspereza—. Es tan rey como mi padre. Y otra cosa, Estratocles, ¿por qué cuando dices la palabra «rey» lo haces como si fuese un insulto?

—Despoina, si a estas alturas no lo sabes, es demasiado tarde para que te lo explique. Desprecio a los tiranos —agregó, y encogió los hombros.

—Y sin embargo, me sirves —dijo ella.

—Me necesitas, Despoina. Y Atenas necesita esta ciudad y su grano, así como mis ojos puestos en el norte. Nunca he fingido que me gustaran la tiranía de tu tío ni la realeza de tu amante. —Se desentumeció los hombros, flexionando los músculos y preguntándose, como tantos hombres de mediana edad, si no debería pasar más tiempo en el gimnasio.

—Quizá deberías tomar en consideración el fingimiento, o Néstor se hará con tu cabeza.

Néstor era el capitán de la escolta del tirano, y muy poco amigo del ateniense. Estratocles pasó por alto el comentario.

—Sático no será solo un aliado si se casa contigo —dijo Estratocles. «Y yo me quedaré sin trabajo», pensó—. Será el amo de este lugar. Tiene una flota, un ejército y un núcleo de profesionales que no podemos igualar. Con Pantecapea y Olbia a sus

espaldas, seguro que puedes ver que somos los siguientes.

—Humm. Tengo ganas de que sea mi amo —respondió Amastris, y se humedeció los labios. Se rio de la turbación de Estratocles—. No seas mojigato. Sátiro no es ni la mitad de inteligente que yo. ¿Quién gobernará a quién, en tu opinión? Heraclea no saldrá perdiendo. Melita tal vez, sin embargo —agregó con una sonrisa.

—Tu tío no tiene interés en gobernar a través de tu útero —dijo Estratocles—. Y la buena voluntad de Melita te será tan necesaria como a Sátiro, si te conviertes en su esposa.

—Bueno, te tengo empleado para que me digas este tipo de cosas. —Amastris asintió—. Aunque ya es mayor; mi tío, quiero decir.

—No lo entierres tan deprisa, Despoina. Por favor, lee el despacho de Bizancio.

A Estratocles no siempre le complacía del todo su cargo. Amastris había dejado atrás la primera inocencia de la juventud y se estaba volviendo testaruda, justo cuando a su juicio más necesitaba unas buenas riendas. Y con Demetrio en Atenas... El mundo estaba cambiando. Estratocles comenzaba a preguntarse si se había demorado demasiado tiempo en Heraclea. Aunque tenía otras ideas en mente.

Amastris rebuscó entre los rollos.

—¿Demóstrate ha muerto? —preguntó.

—¡Ahí le has dado!

Estratocles saltó como un gato en pos de un ratón.

—¡Por Afrodita, señora de señoras! —se exclamó Amastris, meneando la cabeza—. ¿El viejo pirata está muerto? ¿Quién lo ha matado?

—¿Qué más da? El caso es que su flota pertenece a otro hombre, si consigue mantenerla unida. Son piratas. Y ahora Antígono el Tuerto tendrá vía libre para aliarse con ellos. Los tiene a tiro para comprarlos —concluyó Estratocles, e hizo girar el vino en la copa.

—Pero nosotros no somos aliados del Tuerto. Mi tío rompió esa cadena.

Amastris se terminó la leche. Estratocles volvió a hacer girar el vino en la copa.

—En política nunca hay solo dos bandos, querida. A Antígono le gustaría ser el amo aquí. Igual que Lisímaco e igual que tu Sátiro. Haciéndose llamar rey, tu tío se pone al mismo nivel que todos ellos. Solo puede mantener ese nivel con una vigilancia incesante y estando dispuesto a enfrentarlos entre sí.

—Y mi amado acaba de perder su garantía de cruzar los estrechos sin problemas —dijo Amastris, y sonrió—. A lo mejor viene y se queda una temporada aquí.

—Ha perdido más que eso, querida —dijo Estratocles—. Ha perdido su inmunidad y parte de su estatus ante las grandes potencias. Ahora tendrá que comprar a los piratas igual que el resto de nosotros. Y si Antígono tiene la flota de Atenas y a los piratas —Estratocles se encogió de hombros—, bueno, piensa en Tolomeo. —Se recostó y cruzó las piernas—. Los tiempos están cambiando, querida.

Amastris lo miró a través de sus pestañas.

—No amas a mi Sátiro —dijo.

—Lo ayudé a conseguir su reino —respondió Estratocles—. Pero no, no es amigo mío.

No mencionó que en otro despacho, uno que no tenía intención de mostrarle a ella, había recibido noticias de Lisímaco. Lisímaco, el cuarto contendiente por el poder de Alejandro. Lisímaco, cuya esposa tracia acababa de fallecer.

El marido perfecto para aquella princesita. Con Lisímaco y Amastris, Estratocles podría garantizar el comercio de grano de Atenas durante cincuenta años, y al Hades con Sátiro de Tanais.

¿Y por qué no soñar a lo grande? Con ellos dos, Estratocles podría apuntar más alto.

Mientras que el matrimonio con Sátiro significaría tener que comenzar de cero otra vez.

Libro I

El Euxino

Capítulo 1

Tanais, mar Euxino, primavera 306 a. C.

Finales de invierno, o quizá primavera temprana en las tierras del Euxino. Los primeros brotes de azafrán asomaban, los corderos estaban viniendo y las yeguas parían potrillos, y en cuestión de semanas el Mar de Hierba reverdecería.

Había dos arqueros en el Campo de Ares de la ciudad, tirando flechas contra un blanco distante, hecho de tela de lino con un relleno bien prieto de trapos y paja. Tiraban con una precisión que aburría a los espectadores, que en su mayoría estaban tumbados en la hierba muerta del invierno, gozando del primer día de sol. Hasta que ambos arqueros se pusieron a gritar.

Melita se llevó las plumas a la comisura de los labios al tensar la cuerda y lanzó su flecha contra el blanco. Hizo diana con un satisfactorio golpe sordo de la lengüeta al cortar la lona tirante.

—¿Cuándo va a casarse contigo, si tanto te ama? —preguntó a su hermano.

Sátiro sacó una flecha del *gorytos* que llevaba en la cintura y la encajó en la cuerda. Tomó aire, levantó el arco y tiró, con un movimiento fluido que envió la flecha a la diana con el mismo ruido sordo.

—Cuando su tío deje de marear la perdiz, pretendiendo ser uno de los hombres de Alejandro —respondió Sátiro. No disimuló su desilusión. Cada primavera traía consigo un nuevo retraso de sus planes de boda. Tenía veinticuatro años, y Amastris era mayor que él.

Melita cargó, tensó y tiró.

—Tienes a una esclava en la cama —dijo en tono acusador.

Sátiro cargó, tensó y tiró. Su flecha pasó por encima del blanco.

—Por el Señor del Arco Plateado, hermana, ¿acaso es asunto tuyo? —preguntó malhumorado.

—Juramos a nuestra madre que no nos acostaríamos con esclavos —contestó Melita—. Por cierto, has fallado. El caballo es mío.

Sátiro contuvo su genio el tiempo que tardó su corazón en latir tres veces.

—Sí —admitió, tras el tercer latido.

—¿Sí, te acuestas con una esclava? ¿O sí, el caballo es mío? —preguntó Melita. Para hacer hincapié, cargó, tensó y tiró otra vez, y su flecha dio en el centro de la diana.

—Sí, pienso que va siendo hora de que emprendas tu marcha de primavera —replicó Sático, sin conseguir que su voz no trasluciera su enojo.

—¡Espléndido! —dijo Melita—. Qué buena manera de cumplir con los deseos de nuestra madre. ¡Y los de Filocles! ¡Y los de León! Dijimos que no tendríamos esclavos. ¿Qué tal llevas eso, hermano? Tengo la impresión de que cada día llegan más campesinos esclavos.

—¡Algunos de ellos en barcos de León! —repuso Sático—. ¡Esto es el mundo real, hermana! Tú te vas a cabalgar por las llanuras y finges ser una princesa nómada. Yo tengo un reino que administrar. Necesitamos braceros.

—¿En nuestras camas? Consígueme uno, hermano. Que tenga buena planta y una polla bien grande. —Frunció los labios—. ¡Qué te parece!

—¡Ares! ¡Te pasas de la raya! ¡No es asunto tuyo quién se mete en mi cama!

El Rey del Bósforo se dio cuenta de que había gritado y de que aun estando en el Campo de Ares, fuera de la ciudad, la gente los estaba mirando.

Melita se encogió de hombros.

—Un chico guapo como tú debería tener mejor compañía que la de una labriega —dijo.

—¿Tal vez podría dormir con el capitán de mi escolta? —preguntó Sático a su hermana.

—¡Cierra el pico! —respondió Melita entre dientes.

—Por supuesto, te dobla la edad, pero no cabe duda de que Coeno sigue siendo un hombre atractivo —concluyó Sático, satisfecho de haber hecho mella en los aires de superioridad de su hermana. Llevaba tiempo sospechando que se acostaba con el capitán de su guardia, Scopasis, un antiguo forajido.

Se quedaron plantados, fulminándose con la mirada.

—Al menos no es un esclavo —dijo Melita, y lo hizo con ánimo de ofender.

—Eso está muy bien —replicó Sático—. Lárgate a las llanuras y deja conmigo a tu hijo para que lo críe.

De hecho, Melita no era una madre abnegada, y ese disparo dio de pleno en el blanco, haciendo que se pusiera colorada desde las raíces del pelo hasta lo alto de los pechos, que asomaban bajo su abrigo persa entreabierto.

—Me debes un caballo —dijo, y se marchó. Dio diez pasos y se volvió, incapaz de contenerse—. Debes dejar de fingir que Amastris se casará contigo. Búscate una chica. Folla con ella y ten hijos, y entonces tendrás derecho a hablarme... —Se estaba atragantando, enojándose, amenazaba con echarse a llorar y se odiaba por ello—. Entonces tendrás derecho a hablarme de hijos.

Fue hasta su caballo, montó de un salto y se marchó al galope.

—¿Ese es el rey? —preguntó una voz extranjera. El hombre parecía desconcertado.

—El rey está ocupado, ahora mismo.

Sátiro volvió la cabeza, con el enojo todavía palpitando en sus venas, y vio a su hipaspista, Helios, junto a un hombre de compleción fuerte. Sátiro lo había visto llegar. Era el embajador de Antígono, Niocles, hijo de Laertes de Macedonia. O eso decía el informe de aquella mañana.

Helios corrió a su lado y Sátiro le dio su arco y su *gorytos*.

—¿Ahora qué toca? —preguntó, caminando hacia su caballo.

—El arado nuevo —respondió Helios.

—Me lo saltaré —dijo Sátiro. En su fuero interno seguía sintiendo un gran enojo, tan grande que tenía la sensación de que le llenaba el pecho y lo asfixiaba. Cómo se atrevía a acusarlo por lo de la esclava. Respiró profundamente. Qué desagradable por parte de él haberse metido con su maternidad.

El problema de ser gemelos residía en que nacías siendo capaz de herir a la persona que más amabas.

—Señor, dijiste que tenía que ver el arado hoy porque si no sería demasiado tarde —dijo Helios, sonando contrito, pero conocía a su amo y sabía cuál era su deber.

—Siendo así, lo haré.

Sátiro se ahorró un sermón sobre el deber saltando a lomos de su caballo de batalla e hincando los talones en los costados del animal, y se marchó tan deprisa como lo había hecho su hermana.

Sátiro poseía varias granjas en los alrededores de Tanais, la ciudad que había convertido en su capital. Era la ciudad que había fundado su padre, aunque lo hiciera póstumamente. La estatua de bronce de su padre seguía presidiendo el ágora, si bien se le habían sumado otras estatuas.

Pensar en su padre —una figura heroica, casi deificada— no lo ayudó a quitar hierro a su mala conducta. Como tampoco lo ayudó, mientras cabalgaba por la escarpadura, contemplando el valle del río Tanais, pensar en Filocles, su mentor, con quien a menudo habían recorrido al galope aquellos mismos estadios.

Descendió por la pendiente casi cual precipicio a un paso temerario. Su caballo lo llevaba a grandes saltos, sus cuatro pezuñas parecían rozar apenas el suelo. Sátiro se mantuvo en la silla inclinándose mucho hacia atrás y clavando las rodillas como si fuesen el torno de un zapatero. Y cuando notó que su caballo aflojaba el paso, se enderezó, se inclinó sobre el cuello de su corcel y galopó por el camino. El camino donde había matado a su primer hombre.

Y a su primera mujer.

Justo allí, le había disparado. Yacía herida en el suelo y él le tiró una flecha y la vio morir. Tenía su misma edad, trece o catorce años. Todavía veía la expresión de su rostro. Todavía se preguntaba dónde había ido al abandonar su cuerpo, y qué le

aguardaba a él.

Corrió como el viento por el camino, dejó atrás el río que los salmones remontaban para aparearse y subió la colina siguiente, donde tenía su granja. Era una granja rica, con graneros y establos de piedra y una buena casa. Al entrar en el patio, su caballo fue esparciendo terrones del camino mojado.

Había dejado a su séquito muy atrás salvo por Helios, que le pisaba los talones. El encargado de la granja, Lekthes, aguardaba junto al cobertizo de los bueyes.

—¡Has venido, señor! —se rio.

—¿Tan poco de fiar soy? —preguntó Sátiro.

—Apuesto a que hay muy pocos reyes en el círculo del mundo que aren sus campos en persona —dijo Lekthes. Escupió—. El arado está uncido. ¿Cómo lo dicen tus cortesanos? Cuando gustes.

Lekthes era un liberto, un antiguo esclavo que había sido adquirido por León para que dirigiera granjas y formara a nuevos agricultores. Aunque no tenía los hábitos de un esclavo. En ciertos aspectos, era el hombre más arrogante que Sátiro había conocido en su vida. Tenía la arrogancia propia de los artesanos.

—Iré comenzando —dijo Sátiro—. Mi gente me sigue de cerca, y no puedo eludir al embajador macedonio eternamente.

Helios se permitió reír entre dientes.

Sátiro se deshizo del quitón pasándolo por la cabeza, quedando prácticamente desnudo, lanzó la prenda a Helios y chasqueó la lengua a los bueyes.

Estaban bien entrenados y eran muy fuertes. Comenzaron a caminar en cuanto hizo el ruido, y la reja —el *hynis* del nuevo arado— se hincó de inmediato, penetrando en la tierra a más de un palmo de profundidad. Tras abrir un primer surco de menos de un estadio, Sátiro sintió la tensión en las muñecas y la rabadilla. Volvió a chasquear la lengua y las bestias resoplaron y se detuvieron. Entonces se apoyó en las estevas para examinar el surco. Bastante recto. Y profundo. La tierra negra estaba perfectamente amontonada a ambos lados del surco. La imaginación sexual de arar resultaba obvia; incluso el olor...

El rey dio un repeluzno. El sexo estaba demasiado presente en su mente, y se obligó a centrarse en el asunto que lo ocupaba. Chasqueó la lengua de nuevo y sus dos bestias tiraron de sendos yugos, los *zygotes* que daban nombre a los hoplitas.

Arriba y abajo, arriba y abajo. Después de tres surcos enteros, Sátiro volvió a comprender por qué la labranza era el mejor entrenamiento para la guerra. Hizo una seña a Helios, bebió un trago de vino de su cantimplora, hizo caso omiso a la llegada de la delegación macedonia y volvió a la faena.

Se abismó en ella durante un rato. Arar —algo que no había comenzado a practicar hasta el otoño anterior— requería su plena concentración, en cuerpo y alma. El manejo de los bueyes, la profundidad de la reja del arado, el control de la dirección

con las manos y el dolor en la rabadilla...

Los bueyes arrastraron las pezuñas casi deteniéndose, uno de ellos respingaba por culpa de una mosca. Sátiro encontró que había algo poético, incluso oracular, en que una bestia que pesaba como tres caballos se asustara de una mosca que pesaba menos que un grano de trigo. Mientras se deleitaba con este devaneo de filosofía barata tuvo que emplear toda la anchura de sus hombros para mantener el arado en su curso.

El buey en cuestión se detuvo, dio un coletazo y bajó la cabeza. Sátiro soltó las estevas, dejando que el pesado arado descansara en el suelo. Hizo girar los hombros, estiró la espalda y se irguió por primera vez en cinco largos surcos.

Sátiro II, Rey del Bósforo, estaba desnudo como un esclavo —o un labriego— trabajando duro bajo el ardiente sol primaveral del Euxino. Medía un metro noventa, y sus hombros parecían tan anchos como su estatura. Los hombres lo comparaban con Heracles, cosa que le hacía reír. Tenía veinticuatro años, y hacía tres que era rey, y sentía que esos tres años le habían hecho envejecer más que todos los años anteriores, como si el tiempo no fuese algo constante, dijeran lo que dijeren al respecto Aristóteles y Heráclito.

Helios llegó corriendo desde los árboles con una clámide, un estrígilo, una toalla de lino y la cantimplora de vino. Sátiro tomó primero el vino, bebiendo un buen trago de tinto mezclado con tres partes de agua antes de utilizar el estrígilo, se secó con la toalla y se puso la clámide blanca con ribetes púrpura. Sátiro dedicó una sonrisa al joven y echó a caminar por el campo hacia los extranjeros.

—No tienes por qué verlos hasta esta noche —masculló Helios.

—Me viene bien hacerlo ahora —dijo Sátiro.

Muchos de los macedonios estaban montados y no había mucho con lo que distinguirlos. Todos llevaban la misma capa de color pardo y mostraban la misma arrogancia. Sátiro se rio porque se le ocurrió que Lekthes podría haber sido hermano del embajador macedonio.

Sátiro caminó a través de los surcos para dar la bienvenida a los embajadores del hombre más poderoso del mundo, Antígono el Tuerto, desnudo salvo por su atuendo corto. Hizo una pausa antes de llegar a la distancia en que los hombres comienzan el trato social para observar la profesionalidad de sus surcos.

—¿Crax? —llamó.

—¿Mi señor? —respondió Crax, abriéndose paso entre la multitud de aduladores y cortesanos. Crax era el Jefe de la Casa Real de Sátiro. Alto y de barba roja, su voz aún conservaba un deje del acento bastarno de la tribu que lo vio nacer, antes de que la esclavitud, la manumisión y la guerra lo convirtieran en un poderoso oficial del Reino del Bósforo.

—El nuevo arado es un buen artilugio. Encarga diez para nuestras granjas, y propón a Gardan que organice una reunión de labradores para que vean sus ventajas.

—Mientras hablaba reparó en Coeno, uno de los hombres en quien más confiara su padre, en posición de descanso, rodeado de soldados de la escolta. Le guiñó el ojo, y Coeno respondió con una sonrisa sardónica. Sátiro se volvió hacia Helios—. Toma nota por mí. Reunión con Gardan. Lleva tiempo pidiéndola.

Helios escribió algo en una tablilla de cera. Crax también escribió algo en la suya. La visión de un bastarno tatuado escribiendo en una tablilla de cera podría haber sido objeto de burla, en otra compañía.

—¿Y estos caballeros? —preguntó Sátiro con impostada despreocupación. Como si el último día no lo hubiese pasado preparándose para recibirlos.

—Un embajador, mi señor —dijo Crax—. Niocles hijo de Laertes de Macedonia, de parte de Antígono, Regente de Macedonia —dijo Crax, señalando a un hombre maduro, fuerte y de estatura mediana que parecía más acostumbrado a llevar armadura que las largas vestiduras de los funcionarios.

El hombre así llamado se adelantó; dos esclavos le sostenían el quitón blanco para que no se manchara con la tierra de los surcos recién abiertos.

—Mi señor —dijo. Su voz era bronca, y su rostro decía que no estaba en absoluto complacido con el desarrollo de la mañana.

—Un placer recibirte —dijo Sátiro. Estrechó la mano del macedonio, y si a este lo turbó ser saludado por un Heracles casi desnudo, no lo demostró.

—Un placer conocer a tan afamado soldado —respondió el macedonio.

—Bienvenido al Reino del Bósforo —dijo Sátiro—. Me figuro que habéis venido a solicitar algo.

Niocles bien podría haber hecho una mueca, pero su severidad se impuso.

—Así es, señor. Te complace recibirnos en un campo fangoso y directo al grano.

—Estoy muy atareado —respondió Sátiro—. Estamos en la temporada de labranza.

—Como si un rey tuviera que arar su propia tierra —comentó un hombre de la delegación. La sorna fue casi evidente.

—Estoy convencido de que has venido con asuntos que negociar —dijo Sátiro.

—He venido en representación del señor Antígono, a quien los hombres llaman el Tuerto —dijo Niocles—, a exigir reparaciones.

—¿Seguro que este discurso no es para Tolomeo de Egipto? —preguntó Sátiro, y muchos de sus hombres rieron. El macedonio se puso rojo y pudo haberse desencadenado violencia, pero los hombres de Coeno aparecieron como de la hierba y formaron ordenadamente entre su rey y el séquito del embajador, luciendo un uniforme un tanto arcaico con petos y grebas de bronce, yelmos áticos y largas capas azul índigo. Portaban el pesado *aspis* redondo de la antigua Grecia y lanzas cortas con pesadas hojas.

Niocles aguardó, serenándose. Sátiro le deseó suerte.

—¿Debemos entender que no estás tan unido al señor Tolomeo como antes había sido el caso? —preguntó.

Sátiro sonrió.

—¿No lo estoy? —preguntó a su vez—. ¿Cómo puedo servirlos a ti y a tu señor?

Niocles se encogió de hombros.

—Vaya, pues con un tratado que nos convierta en aliados en la paz y en la guerra, por supuesto, señor. Pero, por el momento, estoy aquí para protestar por la conducta de tus mercaderes en el puerto de Esmirna de mi amo y señor.

«Así que era esto», pensó Sátiro.

—¿Sí? —preguntó, haciéndose el inocente.

—Mi señor, sin duda sabes que dos de tus naves atacaron a las de mi amo en el puerto de Esmirna. Murieron hombres. Queremos a los capitanes. —Niocles sonrió, y su tono de voz se endureció—. Esto no es negociable. Tal vez habría sido mejor para ti que los hubieses entregado por voluntad propia.

—¿Mejor en qué sentido? —preguntó Sátiro. Dio un paso al frente, de modo que quedó bastante cerca del macedonio—. Veamos... Estoy al corriente de ese incidente, por supuesto. Dos de mis barcos están anclados en el puerto de Esmirna, propiedad de tu amo. Humm. Y son atacados. ¿Me equivoco?

—Esos hombres fueron enviados a cobrar las tasas —dijo Niocles. Se encogió de hombros—. Solo recurrieron a la violencia cuando les fueron denegadas.

—¿Tasas que incluyen la confiscación de los barcos? —preguntó Sátiro.

—Mi amo puede dictar las leyes que le plazca en sus dominios —respondió Niocles, con un ronroneo de placer—. Y a diferencia de ciertos señores —prosiguió, echando un vistazo a los guardias de Sátiro—, mi amo tiene la fuerza precisa para hacerlas cumplir.

—Permíteme aclarar las cosas —dijo Sátiro. Su hipaspista le dio una copa de oro llena de vino, que bebió sin invitar al macedonio—. Tu señor fijó una «tasa» absurda en el puerto de Esmirna como pretexto para permitir que una banda de piratas atacara mis naves. Fueron derrotados de manera aplastante. Ahora tengo que entregar a mis capitanes y ¿qué más? ¿Pagar una indemnización? ¿Por mi presunta negativa a pagar la tasa?

Niocles asintió.

—Exactamente.

—¿Y nuestro delito en este asunto es...? —preguntó Sátiro, y bebió un sorbo de vino.

—Comerciar con Tolomeo —dijo Niocles—. Tus naves han comerciado con Tolomeo.

Sátiro se rio.

—¿Eso es un delito? —preguntó.

—En Esmirna, sí —respondió Niocles.

Sátiro asintió.

—Así pues —dijo, ¿un señor tiene derecho a dictar cualquier ley que le plazca si es capaz de hacerla cumplir?

—En efecto —dijo Niocles.

Sátiro devolvió la copa de vino a Helios.

—Arar es un ejercicio excelente para la guerra —dijo—, tal como mis antepasados, que vencieron a los persas cuando Macedonia era aliada de Persia, pudieron comprobar. La pretensión... —y aquí la voz de Sátiro adquirió un tono que no había poseído hasta pocos años antes, el tono tajante de un rey tratando con un idiota—, la pretensión de que tu señor tiene el poder de imponernos su voluntad, aquí, en las tierras del Euxino, es una auténtica locura. —Sátiro sonrió—. Pero como tú mismo has apuntado el precedente, me alegrará liberar a todos los esclavos que tan obviamente llevas en tu séquito.

Dicho esto, Sátiro echó a caminar cruzando los surcos hacia la delegación macedonia.

—¿Qué? —preguntó Niocles.

—Tú, ¿eres esclavo? Todos los que seáis esclavos, separaos de los demás. Eso es. Muy bien. Coeno, encárgate de esto. —Sátiro se volvió hacia Niocles, que lo había seguido por el campo arado hasta el herbazal—. Tal es mi antojo, y el antojo de mi hermana. Y puesto que tengo el poder de hacerlo cumplir —dijo—, puedes irte a casa y decirle a tu amo que la próxima vez que ataque una pareja de naves mías, haré que mi flota se ponga a incendiar ciudades en su litoral. Espero que haya quedado bien claro. —Sátiro hizo un ademán de despedida—. Márchate. Y deja a tus esclavos. De todos modos, sospecho que serán mucho más felices aquí.

Niocles se mantuvo firme.

—¿Estás declarando la guerra? —preguntó.

Sátiro negó con la cabeza.

—No —dijo—. Solo estoy jugando a este estúpido juego tal como tu pueblo lo juega.

—¿Qué juego, señor? —preguntó Niocles.

—El juego de la diplomacia —contestó Sátiro—. En el que tú finges ser poderoso y yo finjo ser poderoso y ambos adoptamos poses como los muchachos en la palestra. No deseo la guerra. ¿Entendido? Mi pequeño reino ya ha padecido demasiada guerra. Pero tampoco jugaré. En absoluto. Tu señor no tiene más tiempo ni ganas que Tolomeo de venir al Euxino. Regresa cuando quieras hablar en mi idioma.

Niocles hizo una mueca y meneó la cabeza.

—Eres más macedonio que la mayoría de los griegos —dijo.

Sátiro se encogió de hombros.

—Supongo que lo dices a modo de halago —repuso—. Pero tus halagos no servirán para que recuperes a tus esclavos.

—Cuando Antígono sea Gran Rey, Rey de Reyes, lamentarás haberte permitido esta ridícula insubordinación.

Niocles se acercó más a Sátiro, y los hombres de la escolta se movieron, empuñando las lanzas.

Sátiro se encogió de hombros.

—Puedes juzgar mi opinión sobre el tema —dijo—, por mi inclinación a comportarme como lo hago.

Tanais era una ciudad nueva, tan nueva que el olor a aceite de linaza y a pino recién cortado parecía llenar todas las habitaciones de todas las casas, rivalizando solo con el olor del mármol y la caliza recién cortados. Hacía menos de quince años que Eumeles de Pantecapea había incendiado la ciudad, arrasándola, y menos de tres que se había iniciado seriamente la reconstrucción.

De nuevo había una estatua ecuestre de bronce de Kineas, Hiparco de Olbia, en el ágora. De nuevo había una estatua de Niké en un templo a Niké en el extremo oriental del ágora, y esta vez el templo estaba construido con mármol de Paros, transportado por mar, bloque a bloque, desde el remoto Sunión, en la costa del Ática. El «palacio», una pequeña ciudadela con seis altas torres, era pequeño pero enteramente de piedra, y su salón central era lo bastante grande para albergar a los mil ciudadanos de Tanais, apretados como sardinas en un barril, cuando llovía en los días de fiesta.

El botín de cuatro campañas y los tributos de las ciudades del norte del Euxino habían reconstruido Tanais con una velocidad inusitada. Sin embargo, todavía tenía más el aire de una colonia rica que el de una verdadera ciudad. Muchos de sus ciudadanos eran agricultores que se dedicaban a cultivar la tierra, y se había concedido la ciudadanía a cientos de meotes del lugar para equilibrar el peso de los mercenarios que habían recibido títulos de propiedad a modo de pago por los servicios prestados.

Además de los griegos y los meotes, el valle del Tanais tenía un tercer grupo de ciudadanos, si así cabía definirlos. Melita, la hermana de Sátiro, era reina de todos los masagetas; en realidad, la jefa de las tribus nómadas que cubrían a caballo un extenso territorio, desde los confines de la remota Hircania en el este hasta las lejanas tierras occidentales de Tracia y los getones. Ella también gobernaba desde Tanais cuando no estaba en las estepas, haciéndolo desde la silla. Como era primavera y la hierba brotaba, se estaba preparando para escapar del confinamiento de la ciudad y cabalgar libre, alejándose hacia el norte, para la reunión anual que todos los masagetas celebraban para actualizar su censo. Pero los masagetas formaban tanta parte del

reino como los griegos o los meotes.

Sátiro dejó a su caballo en la cuadra «real», justo cruzada la puerta principal de la ciudad. La construcción de murallas de piedra —no solo unas cuantas en el zócalo o en los cimientos, sino piedra hasta lo alto de la fortificación— había sido la primera prioridad de los gemelos. La puerta principal la flanqueaban dos torres empotradas, cada una con tres plantas de altura que albergaban tres niveles de artillería pesada, grandes máquinas de torsión, capaces de lanzar un proyectil de hierro de dos metros de longitud. Una guarnición permanente estaba a cargo de las máquinas de todas las torres, y la ciudad tenía veintiséis. Erigida sobre un promontorio sobre la desembocadura del Tanais, allí donde el río se vertía en las aguas someras de la bahía del Salmón, Tanais era tan inexpugnable como la mano del hombre y el desembolso de oro la podían hacer.

Solo las torres habían costado el equivalente a un año de rentas del reino entero. Así era como Sátiro había empezado a verlo todo en su reino, como una etiqueta con su precio. La calle que arrancaba en la puerta principal pasaba ante las caballerizas reales (setenta minas de plata, necesitaba un tejado nuevo), luego se ensanchaba en la calle de los Héroeos con sus estatuas de los antepasados de Sátiro y de algunos amigos de Kineas (la estatua de Filocles llegaría cualquier día desde Atenas, de bronce, plata y oro, cuatro talentos de plata, entregada y aguardando entre un montón de virutas de madera junto con la de su más afamado y heroico antepasado, Arimnestos de Platea, también de bronce, oro y plata), y proseguía hasta las puertas de la ciudadela, cuya artillería defensiva cubría el camino y la puerta (cuatrocientos setenta talentos de plata en total) hasta la puerta del mar (quinientos noventa talentos), tras la que se erguían los mástiles y la jarcia firme de la flota de Sátiro, la más poderosa del Euxino. Sin esforzarse, el joven rey del Bósforo podía contar veintidós *trieres*, o trirremes, cuyos cascos, reparaciones, velas, jarcia, salarios de marineros, remeros e infantes de marina le costaban dieciocho talentos de plata anuales. Cada uno. Con sus seis hemiolas, o trirremes a vela (veinticuatro talentos al año) y sus cuatro *penteres*^[1] a poco más de treinta talentos anuales, sus muelles y cobertizos para resguardar los cascos de los crudos inviernos del Euxino, y el malecón fortificado que protegía a su flota y su mantenimiento, sus gastos navales sumaban setecientos talentos anuales, una suma considerable incluso para los ingresos del mayor productor de grano del mundo.

Y eso sin contar con su magnífico barco nuevo, el *Areté*. Recién construido de la roda al codaste, y todo según sus especificaciones. Veía la altísima verga mayor por encima de la puerta del mar. Sacaba varios codos a cualquier otro barco del puerto, y era más ancho de manga, con espacio para dos hombres sentados en cada bancada, un *hexeres*, o exarreme. Echaba en falta su amplia cubierta tanto como echaba en falta tener en su cama a una muchacha, cualquier muchacha. Tanto como echaba en falta a

Amastris, solo que no siempre pensaba en ella cuando deseaba a una mujer. Amastris, cuyo regalo de cumpleaños, un delfín dorado, había costado dos talentos de oro puro.

Sátiro suspiró, procuró olvidar el precio de todo y se dirigió hacia el ágora, siguiendo a Helios, Crax y Coeno, y a dos docenas de guardias. Nadie le hacía reverencias. Los hombres iban a su encuentro, requiriendo su atención a propósito de sus litigios o buscando que aprobara sus mercancías o empresas comerciales.

Le llevó buena parte de la tarde cruzar el ágora.

Finalmente se libró del último ciudadano ansioso —un granjero que se quejaba de que le habían movido los mojones de sus lindes— y cruzó la puerta de la ciudadela, donde por fin estuvo en su propio terreno. Y esto era Tanais, junto con Olbia, la más fácil de administrar de sus ciudades. En Pantecapea podría haberle llevado todo el día cruzar el ágora y habría necesitado una escolta a sus espaldas. Todavía había muchos hombres que lo odiaban en Pantecapea.

—¿Mi señor? —susurró Idomeneo. Idomeneo era el Mayordomo de la Casa Real, el hombre que se aseguraba de que el rey fuera alimentado y vestido y tuviera un sitio donde sentarse. También ejercía de Secretario Real. Ocupaba ambos cargos para el anterior ocupante del trono, y Sátiro sospechaba que haría lo mismo para el siguiente.

—Para cenar, solo amigos —dijo Sátiro, y dejó caer la clámide en el suelo de sus aposentos. Una docena de criados acudió con la ropa para la cena.

—¿Un baño? —sugirió Carlo, un gigantón germano que servía como guardaespaldas de Sátiro y que a menudo también trabajaba como su sirviente personal. El corpulento germano empezaba a tener el pelo cano y tenía el cuerpo entrecruzado de cicatrices que atestiguaban treinta años de combates casi constantes.

—Sí, Carlo. Gracias —dijo Sátiro. La zona residencial del palacio tenía hipocaustos, suelos térmicos, y una caldera central mantenía el agua caliente todo el día. Sátiro se deslizó en el agua, nadó en su pequeña piscina por espacio de unos minutos y salió para ser recibido por una pareja de sirvientes con toallas.

Masajeado, aceitado y limpio, Sátiro se recostó en su diván para cenar mientras el sol se ponía con un rojo esplendor en el valle del río Tanais. Sátiro solo se levantó para decir la plegaria a Artemis y verter la libación del día, y luego dirigió el canto de un himno a Heracles, su antepasado, antes de recostarse de nuevo.

En el diván contiguo Coeno alzó una copa de vino.

—Lo has hecho muy bien, muchacho —dijo.

Sátiro hizo una mueca.

—Poses. Filocles se habría reído. Tuve una rencilla con Melita y me puse agresivo con los macedonios.

Coeno negó con la cabeza.

—Filocles diría que has obrado bien. Era el maestro del engaño cuando era preciso, señor. Tendrías que haberle visto engañando al tirano de Olbia con espías...

Sátiro asintió para interrumpir el relato inminente.

—Le vi engañar a Sófocles, el asesino de Atenas —dijo.

Coeno rio.

—Me estoy haciendo viejo, señor. Desde luego que lo viste.

Sátiro negó con la cabeza.

—Nunca digas viejo.

Crax se rascó la cabeza.

—Solo soy un bárbaro tonto —dijo—. ¿Por qué exactamente tenemos que seguirles el juego?

Sátiro cruzó una larga mirada con Coeno.

—Para mantener a Antígono desconcertado hasta que nuestras flotas de grano estén a salvo en Rodas y Atenas —explicó Sátiro—. Nos haremos a la mar, ¿qué, en dos semanas? Antígono tiene más de doscientas naves en el agua, y podría eliminar a nuestros mercantes como un halcón cazando palomas.

—¿Por eso hemos ofendido a su embajador? —preguntó Hama. Hama era otro bárbaro, un celta del norte lejano que había servido a la familia de Sátiro durante veinte años como guardaespaldas y capitán del ejército—. ¿En qué nos ayuda?

Coeno esbozó una sonrisa.

—Escuchad —dijo—, no es sencillo. Hemos ofendido al embajador para hacerle creer lo que ha visto y oído aquí. Si hubiésemos sido amables con él, se habría preguntado qué nos llevamos entre manos; al fin y al cabo, nunca hemos sido verdaderos amigos. La tregua entre Antígono y Tolomeo es papel mojado, ahora mismo. Hay guerra en todo el mar Jónico, y nuestras naves tienen que cruzarlo por el medio.

Hama se incorporó en su diván.

—¡Ya lo entiendo! —dijo—. Fingiendo ofender al Tuerto, parece posible que Sátiro sea... libre.

—O un loco —terció Coeno—. Niocles puede informar en ambos sentidos, y Antígono tal vez decida mantenerse a distancia de nuestros mercaderes este verano.

—Ares —espetó Crax—. ¿Qué haremos el próximo verano?

Sátiro alzó su copa y derramó una libación.

—El próximo verano está en manos de una Moira distinta —dijo—. Recordemos a las Parcas y a las Fortunas, caballeros. Bastante duro será este verano.

—¿Estás decidido a acompañar a la flota? —preguntó Coeno por quinta vez.

Sátiro se encogió de hombros.

Hacía una gloriosa mañana de primavera. Desde lo alto de las torres del palacio veía a los hombres que araban sus campos extramuros y, más hacia el este, a un tratante de caballos masageta que cabalgaba con brío hacia la ciudad con una reata de

recios ponis, dejando una nube de polvo a su paso. Bastante más cerca, un grupo de chicas iba hacia la fuente pública del centro del ágora (sesenta talentos por la fuente de mármol y bronce, ciento setenta por el pozo, las cañerías, el ingeniero y los peones que cavaron en la roca y abrieron un canal para garantizar el suministro de agua todo el año).

Sátiro las observó sacar agua; observó sus figuras cuando se inclinaban sobre el agua para sacarla, observó a una muchacha que bebió de la pileta dispuesta para tal fin y luego se lavó las piernas.

«¿Por qué no logro evocarla? Qué idiota soy; como si a mi hermana realmente le importara. Además, ¿a quién perjudico? No le hago ningún daño a Jacinta.

»Porque sé perfectamente que está mal, por supuesto. No estoy evitando a mi amante esclava para complacer a mi hermana. Lo hago porque es lo correcto.

»O eso creo.»

—Creo que no me estás prestando atención —dijo Coeno desde muy lejos.

—Claro que sí, faltaría más —respondió Sátiro. Obligó a sus ojos a apartarse del parapeto para dirigirlos hacia el amigo de su padre—. Aunque agradecería que repitieras lo último que has dicho.

—Pensaba que ibas a enviar una embajada a Heracles esta primavera —repitió Coeno.

—Y así lo haré —dijo el rey.

—Quieres decir que tendrás una presencia más gallarda con una flota de guerra que con unos cuantos embajadores —dijo Coeno—. Tu futuro suegro, ahora llamado Rey de Heracles, tal vez no lo vea así.

A Sátiro no le gustaba que le leyeran el pensamiento. Aún menos cuando tenía la impresión de que se burlaban de él, cosa que los amigos de su padre tendían a hacer constantemente. Su hermana Melita lo llamaba la «conspiración de los viejos». De hecho, Coeno llevaba toda la razón. Sátiro deseaba ir a ver a Amastris con veinte barcos a sus espaldas, luciendo una armadura resplandeciente, tal vez después de un par de victorias.

—Coeno, con lo que nos gastamos en la flota, quizá no estaría de más darle algún uso —dijo Sátiro.

Coeno gruñó.

—Ahí me has dado, señor.

—Y soy el mejor navarco, si hay que entrar en combate —agregó Sátiro—. Tú mismo lo has dicho.

—Si entras en combate con la flota de Antígono el Tuerto, toda la destreza del mundo no valdrá una puta mierda —repuso Coeno, y se encogió de hombros—. Perdona, muchacho. No soy yo mismo. Eres el navarco más apto que tenemos. Me desagrada que los dos os marchéis a la vez; tú al mar y tu hermana al Mar de Hierba.

Y ninguno de los dos con un heredero de edad suficiente para gobernar.

—Si ambos morimos —dijo Sático—, tienes total libertad para gobernar tú mismo. —Sonrió—. ¡En realidad ya lo haces!

Coeno gruñó otra vez.

—Esta no es la jubilación que tenía planeada —dijo.

Transcurrieron tres días sin que Sático llamara a su concubina, comprada en secreto y disfrutada con considerable culpa incluso antes de que Melita la descubriera. Él y Melita se trataban con corrección, pero nada más, y ninguno ofreció alguna clase de disculpa.

Pero el cuarto día Sático envió el caballo. Todo había comenzado por el caballo, un descendiente del maravilloso caballo de batalla de su padre y un buen ejemplar para tener tres años, con potentes ancas y un espíritu vivaz; el mismo pelaje gris pizarra plateado, el mismo negro en la crin y la cola. Un buen caballo y quizás algo más... *Tánatos* había sido un gran corcel.

Ambos deseaban aquel nuevo caballo, y se lo habían jugado en un desafío de tiro al arco, una estupidez de por sí puesto que Sático sabía que nunca estaría a la altura de su hermana con el arco.

Pero admitió la derrota y le envió el caballo, y observó desde su balcón cómo un mozo de cuadra se lo entregaba en el patio, donde su gente estaba cargando los carros para la expedición al Mar de Hierba.

No iba a permitir que se marchara hasta que hubieran hecho las paces.

Melita miró con avaricia el joven semental y le acarició los flancos. Acto seguido negó con la cabeza y siguió cargando su equipaje.

—¡Levanta la vista! —dijo Sático en voz baja.

Pero Melita no lo hizo.

Aquella noche la invitó a cenar dado que era su última noche antes de partir.

Melita rehusó la invitación.

Sático bajó al cuarto de los niños, donde su sobrino de tres años jugaba con las niñas.

—Hola —dijo Kineas. Tenía brillantes ojos azules.

—Haz una reverencia al rey, chico —dijo la niñera de más edad. Era sármata, alta y probablemente tan peligrosa como la mayoría de sus guardaespaldas. Dedicó una sonrisa a Sático.

Kineas hizo una reverencia.

—¿Seré rey algún día? —preguntó.

Sático se encogió de hombros.

—Siempre y cuando no sea depuesto.

—¿Eso qué significa? —preguntó Kineas.

Sátiro negó con la cabeza. Con frecuencia cometía el error de contestar al hijo de su hermana como si fuese adulto, o como si fuese demasiado joven para entender las complejidades de su posición. Kineas tenía tres años, y ya era sensato.

—¿Te gustaría ir a montar mañana? —preguntó Sátiro.

—Solo después de que haya visto a mi madre... marcharse.

La breve pausa resultó muy elocuente para Sátiro, y lo hizo enojar.

Jugó con el niño hasta que el sol comenzó a ponerse, retozando en las alfombras y ayudándolo a disparar su máquina de guerra de juguete, una minúscula balista que los marineros habían hecho para el chico. En realidad era bastante peligrosa, tal como Sátiro descubrió cuando uno de los disparos se hundió casi un palmo en el escudo colgado en la pared.

—¡Oh! —dijo. Le había regalado la balista él mismo—. Kineas, tengo que llevarme esto.

El niño lo miró un momento, moviendo la mandíbula en silencio. Estaba intentando no llorar.

—Yo no... ¡Voy con cuidado! —dijo. Se agarró a la rodilla de su tío y levantó la carita. Ya tenía enrojecidos los contornos de los ojos—. Por favor. Voy con cuidado.

Sátiro respiró profundamente. Alguien tenía que ocuparse...

—No —respondió—. Es decir, sí. ¡Oh, no llores! Escucha, chico. Esto es demasiado potente para un niño de tu edad. Yo no lo sabía. Podemos jugar juntos, pero no puedo permitir que juegues solo.

El sol se había puesto por completo cuando Kineas volvió a estar contento. No era un niño mimado, como tampoco malo, simplemente un chico brillante que pasaba la mayor parte del día con dos niñeras. Merecía algo mejor.

Sátiro recibió un gran abrazo antes de marcharse, y sintió que su enojo se renovaba. Se detuvo en la entrada del ala que conducía a los aposentos de su hermana el tiempo que su corazón tardó en latir veinte veces, y entonces, con el sentido común venciendo a la ira, se marchó.

Se dirigió a su propia ala, cerró la puerta de sus habitaciones y cogió una copa de vino.

—¿Señor? —preguntó Helios.

—Manda traer a Jacinta —dijo Sátiro.

Y se arrepintió acto seguido. El enojo con su hermana no justificaba los excesos. Pero en el abrazo de Jacinta se deshizo del enojo, que fue remplazado por la tristeza. Sátiro había hecho el amor suficientes veces para notar la diferencia. Apenas se esforzó en complacer a Jacinta. Ella, por su parte, hizo lo posible por complacerlo.

Al fin y al cabo, era una esclava.

Capítulo 2

La mañana siguiente la columna de Melita salió de Tanais por las puertas que miraban hacia tierra, y Sátiro contempló la procesión con la mano de su sobrino de tres años agarrada a la suya.

Melita detuvo su caballo cuando llegó a su altura y desmontó con grácil soltura. Se agachó y besó a su hijo.

—Volveré pronto —dijo—. Te quiero.

—¡Te quiero! —respondió Kineas, y le echó los brazos al cuello y se aferró a ella como si se estuviera ahogando.

—Kineas —dijo su madre tras una pausa—. Kineas.

El niño le soltó el cuello y puso los brazos en los costados.

—Perdón.

—Gracias. —Melita miró a su hermano—. Cuida bien de él —dijo.

—Siempre lo hago —contestó Sátiro, y deseó no haber pronunciado aquellas palabras en cuanto hubieron salido de sus labios.

Melita había montado y desaparecido antes de que se le ocurriera algo más que decir.

Sátiro aguardaba que sus naves se hicieran a la mar con el entusiasmo de un niño esperando un festival o las vacaciones escolares. Pero a diferencia de un niño, tenía un montón de cosas con las que llenar sus días. Pasaba horas sentado con Terón, Coeno e Idomeneo, repasando listas de artículos —de lujo y de primera necesidad— que deberían adquirir en Alejandría y Rodas.

—Necesitamos más herreros —insistió Terón.

—¡Temerix probablemente sea el mejor herrero en la rueda del mundo! —dijo Sátiro.

—Tal vez, pero ahora los hombres aguardan años a que les haga una espada. —Coeno negó con la cabeza—. Su excelencia no nos ha permitido detectar la escasez de herreros.

—Tiene aprendices —terció Sátiro.

—Tiene veinte aprendices. Necesitamos veinte herreros, y eso solo en la campaña de Tanais. Y orfebres que sepan trabajar el bronce y el oro. —Terón negó con la cabeza—. Debemos ser capaces de manufacturar nuestro propio armamento.

—Necesitamos curtidores —dijo Idomeneo en voz baja.

—¿Curtidores? —preguntó Sátiro.

—Tanais está creciendo como lugar donde se sacrifican animales y se reúnen pieles —explicó Idomeneo. Levantó un puñado de palos de conteo—. Solo en el

último mes, del Festival de Deméter al Festival de Apolo, reunimos seiscientas cuarenta pieles de buey y de vaca. Si tuviéramos un curtidor, multiplicaríamos por diez los beneficios.

—Un curtidor significa una tenería y malos olores —dijo Coeno. Se mesó la barba y sus ojos buscaron los de Sátiro, y ambos sonrieron—. No es tarea fácil estar exiliado de Alejandría, ¿verdad? —le preguntó Coeno, y Sátiro se rio entre dientes.

—Desde luego. Pero nunca imaginé que ser rey conllevara tantas matemáticas. —Soltó una carcajada—. Muy bien, Idomeneo. Tu argumento es excelente. Necesitamos un maestro curtidor, unos cuantos esclavos curtidores y un poco de plata para construir una tenería.

—¿Esclavos? —preguntó Idomeneo.

—Los compraré como esclavos y les concederé la libertad una vez aquí —contestó Sátiro—. Será un buen comienzo. —Miró en derredor, sonrió y dijo—: Básicamente, queréis que compre toda la mano de obra cualificada que haya en el mercado.

Terón asintió.

—¿Dónde pondremos la tenería? —preguntó.

—Costa arriba. Hay ese arroyo negro cerca de Askam. Fluye todo el año, y además ya apesta.

Idomeneo estaba haciendo un catálogo de todo el territorio del reino y conocía todos los mojones que había a cinco días de caballo. Levantó los ojos, no vio señal alguna de disenso y escribió una anotación en su tablilla de cera.

—Si todos morimos, dejemos el reino a Idomeneo —dijo Sátiro.

Idomeneo levantó la cabeza de golpe. Los demás hombres sonreían. Se estremeció.

—¡Eh! —dijo Sátiro—. ¡Yo no soy Eumeles!

Se recostó y alzó la copa para que le sirvieran más sidra, cosa que un esclavo se apresuró a hacer.

—Señor, semejante comentario... me asusta.

Idomeneo había servido al antiguo tirano, un hombre despiadado que acusaba y mataba sin sentido ni previo aviso, empeñado en convertirse en un jugador importante en el juego de la sucesión de Alejandro.

—Solo quería decir que parece hacer esto mejor que el resto de nosotros —dijo Sátiro.

—Escribiré mis notas y prepararé otra tablilla, ¿de acuerdo, mi señor?

Idomeneo estrechó las tablillas contra el pecho como para protegerlas de la ira y salió discretamente.

Terón negó con la cabeza.

—Ni siquiera es obsequioso. Es un buen hombre. ¿Por qué actúa como una

serpiente?

Sátiro se encogió de hombros.

Coeno frunció los labios, se mesó la barba y bebió un trago.

—Me parece que ha vivido demasiado tiempo entre serpientes. No te preocupes, se acostumbrará a nosotros. —Cogió un estilo que llevaba en la oreja y anotó algo en su tablilla—. ¿Dónde calculas que está Diodoro, a todas estas?

Terón se encogió de hombros.

—Idomeneo tiene su última carta, aunque ya la has leído.

—Yo no —dijo Sátiro. Se volvió hacia su hipaspista, que aguardaba junto a la pared—. Helios, ve a buscar a Idomeneo y pídele que traiga la última carta de Diodoro.

Helios hizo una reverencia y desapareció por la puerta.

—Estás gastando una fortuna en tu flota —señaló Coeno, mirando una lista.

—Sí —dijo Sátiro. Estuvo tentado de agregar «es mía y la gasto como me parece», pero se mordió la lengua. La «conspiración de los viejos» le hacía reaccionar como un joven cruel, pero ya había dejado de ser tan cruel.

Coeno se encogió de hombros.

—Bueno, es tuya y puedes gastarla como te parezca. —Levantó la vista al oír que Sátiro hacía un ruido como si se atragantara—. ¿Artillería?

—Ya estábamos comprando armas para las torres —dijo Sátiro.

—Draco y Amintas están instalando las piezas nuevas ahora mismo —terció Terón—. He visto a Draco en el puerto, cubierto de virutas de madera.

Sátiro echó un vistazo en derredor.

—¡Eso quiero verlo! —Se recostó y toqueteó los eslabones de oro de su cinturón—. Cuando hayamos terminado aquí, por supuesto.

Los dos hombres de más edad rieron. Todavía reían cuando Idomeneo regresó con una bolsa de piel de cordero llena de rollos.

—¿Cartas de Babilonia? —preguntó.

—La última de Diodoro —pidió Sátiro.

—Llegó ayer. Mis disculpas, señor... Se la leí a Terón mientras jugabas con los embajadores.

A Sátiro, Rey del Bósforo, y Melita, Señora de los Masagetas, y al resto de vosotros: saludos.

Según parece nos aguarda otro verano sin combate, el sueño de todo mercenario. Tengo entendido que Demetrio está en Grecia, enfrentándose a Casandro y «liberando» Atenas. Se me ocurre que si Demetrio realmente toma Atenas, también Estratocles tendrá la súbita tentación de hacerlo, y Heraclea podría ser un aliado peligroso. Aunque soy un hombre viejo y muy

suspica.

—Señor, al parecer Demetrio ha entrado en Atenas. —Idomeneo levantó los ojos del rollo—. Nos ha llegado la noticia a través de diversas fuentes.

Coeno asintió.

—Más motivo aún para que te apresures en bajar a Heraclea.

Se rumorea que Antígono está reuniendo su flota y que planea un ataque contra Egipto. Si es así, Tolomeo está más que preparado para plantarle cara; ¡rehusó un contrato con nosotros, diciendo que costamos demasiado! De modo que debe de estar confiado, el viejo roñoso. Pero Antígono va en serio, y se está dedicando a comprar la alianza de los piratas en Cilicia y Jonia. Antes de que saliera de Alejandría, corría el rumor de que tu viejo amigo Demóstrate había declinado su oferta.

Demóstrate era el rey de los piratas del Quersoneso y había sido un buen aliado tiempo atrás. Sus barcos jugaron un papel decisivo en la toma de Tanais para arrebátarsela al antiguo tirano.

—Gracias a los dioses —dijo Coeno—. Si Demóstrate se pasa al bando de Antígono, adiós a nuestro transporte marítimo.

Sátiro se estremeció ante la idea del Cuerno de Oro cerrado a sus naves mercantes.

Voy a acompañar a una embajada al país de los parni, dado que nuestros escuadrones tienen más soldados que hablan sakje que cualquier otro de Babilonia. Perderemos contacto durante varios meses, pero veré mundo. Darío envía sus saludos, igual que Sitalkes y una docena más de mis hombres. Cuídate; ¡tengo planes de retirarme en Tanais, muchacho!

De todos ellos, solo Diodoro —el comandante de la antigua compañía mercenaria de su padre, los Exiliados—, Coeno y los demás amigos de su padre seguían llamándolo «muchacho». Se rio. La carta era como tener a Diodoro presente en la habitación, aunque solo contuviera unas pocas líneas.

—¿Quiénes son los parni? —preguntó Sátiro.

—Ni idea —contestó Terón, e incluso Idomeneo negó con la cabeza.

Dos horas para el impuesto sobre el grano, y otras tantas para el espacio de almacenaje en Olbia; en verdad tenía que visitar Olbia, y pronto. El arconte Eumenes era un viejo amigo de la familia, pero era un caballero labrador, no un mercader, y los mercaderes de la ciudad no estaban demasiado contentos. El espacio de almacenaje

para el impuesto sobre el grano estaba tan húmedo e infestado de ratas que perdían dinero.

Se celebró un ágape de despedida para el embajador de Antígono. Sátiro se mostró amable, y Terón era la viva imagen de un caballero y antiguo atleta olímpico. Niocles estuvo alternativamente complacido y molesto.

—¿Tienes intención de enviar tu grano a Rodas este año, mi señor? —preguntó mientras les servían el pato asado y les retiraban los filetes de atún.

Sátiro había esperado eludir las conversaciones serias, y veía desaparecer su preciada artillería. Todos los armazones estarían armados antes de que llegara al puerto.

Sátiro se encogió de hombros con afectado descuido.

—Ahí donde consigamos el mejor precio —contestó—. Es asunto de los mercaderes —agregó, confiando en dar el asunto por zanjado.

—Mi señor preferiría que tu grano no fuese a parar a Rodas ni a Alejandría. —Niocles bebió un poco de vino—. Tu cocinero es digno de alabanza. El atún era mejor que cualquiera que haya comido en Atenas.

—¿Estuviste en Atenas con Demetrio? —preguntó Sátiro. Terón sonrió y volvió la cabeza. Niocles miró a su alrededor.

—Sí... Sí, estuve. Todavía no se ha extendido mucho la noticia de que mi señor ha tomado Atenas.

—Tal vez no lo sepan quienes carecen de los conductos de información apropiados —dijo Sátiro con una sonrisa—. Bien, Atenas es vuestra. Y Atenas necesita grano. —Asintió—. Háblalo con los mercaderes —agregó con firmeza.

—Atenas necesita grano. Igual que muchas otras ciudades. —Niocles asintió—. Estoy convencido de que tus mercaderes encontrarán que merece la pena virar hacia el oeste cuando pasen los Dardanelos.

Sátiro negó con la cabeza.

—Mis naves van adonde deseen —dijo—. De todos modos, la mayor parte de nuestros cargamentos viaja en barcos extranjeros. Atenas, por ejemplo, compra casi todo el grano de Olbia.

Su voz transmitía un mensaje claro: este asunto está zanjado.

—Pero tú tienes grano propio, señor. Estás disimulando, pero hay quince barcos en el malecón, y todos están cargando grano de tus almacenes.

Niocles se recostó en el diván. Convencido de haber ganado un tanto.

—Pareces más un espía que un embajador —dijo Sátiro. Se aburría, y lo fastidiaba estar perdiéndose la instalación de su artillería, y aún lo fastidiaba más que el embajador de Antígono continuara insistiendo en sus exigencias—. Declaro esta embajada concluida. En este mismo instante. ¡Fuera de aquí! —Sátiro se levantó del diván. Helios se puso a su lado y le pasó la espada, que se puso por la cabeza, para

luego cubrirse con su clámide de púrpura real y darse la vuelta—. Si no está en su nave dentro de una hora, matadlo —dijo Sático a Hama. Hama asintió.

—¡Estás loco! —exclamó Niocles—. ¡Señor, no tenía intención... es decir... embajadores!

Fuera lo que fuese lo que iba a decir no llegó a oídos de Sático, que se encerró en sus aposentos.

Se cambió de ropa, poniéndose un simple quitón de lana natural y una bonita clámide roja con broches sencillos de plata y un sombrero para ocultar el rostro. Se calzó unas botas.

Terón entró cuando terminaba de atar la bota izquierda.

—Eso ha sido un poco precipitado —dijo Terón.

—¿En serio? —preguntó Sático—. Es un idiota. Y no parece que le importe ofenderme.

Terón asintió.

—En eso llevas razón. Y supongo que no puede hacernos daño alguno. Después de lo de ayer. Tal como has dicho esta mañana, o estás loco o eres muy fuerte, y ambas posibilidades harán que su amo dude un poco. —Terón había sido el entrenador de Sático y su preceptor. Tenía derechos especiales en lo concerniente a las críticas—. Además —prosiguió—, ahora puedes ir a ver tus barcos.

Sático se rio.

—¿Tan transparente resultado? —preguntó.

El sol caía a plomo sobre el puerto y las espaldas de la cuadrilla de trabajadores que estaba instalando la artillería a bordo del recién botado buque insignia de Sático. El *Areté* iba a ser el barco más poderoso del Euxino, un *penteres* de casco rodio con cubierta de hemiola.

Sático bajó al puerto seguido por Helios, haciendo lo posible para ser un caballero y no un rey, pero los marineros y los remeros dejaban de hacer lo que estuvieran haciendo para sonreír, saludar con la mano, hacer reverencias o, simplemente, mirar.

—¡Es enorme! —dijo Helios.

Sático sabía que había barcos mayores surcando los mares, pero el *Areté* descollaba sobre el resto de su pequeña flota, era más alto y más ancho que sus trirremes y también algo más largo, como un caballo de guerra en un establo de caballos de carreras.

—¿Permiso para subir a bordo? —gritó Sático hacia la pasarela.

El infante de servicio asintió.

Neiron, su timonel —técnicamente, el trierarca del *Areté*—, fue a su encuentro en la cubierta central de mando. A diferencia de un trirreme pequeño, el imponente *penteres* tenía una cubierta que iba de una borda a la otra a lo largo de toda su eslora;

dicha cubierta protegía a los remeros de los arqueros pero los condenaba a sudar cada vez que remaban. No obstante, con la media cubierta de popa para que los marineros pudieran trabajar en el mástil mayor permanente, el barco tenía suficiente espacio en cubierta para llevar un nutrido destacamento de infantes de marina; treinta o cuarenta hombres, si así lo deseaba. Y más importante aún, la cubierta tenía espacio para soportar estructuras fueraborda con las nuevas piezas de artillería. El *Areté* estaba construido para albergar seis balistas, tres en cada banda, y una séptima encima del espolón.

Cuando Sático subió por la pasarela, Draco estaba instalando el arma del espolón e hizo como si ignorara la presencia del rey, tendido cuan largo era, mirando la cubierta con los ojos entornados. El armazón de la balista descansaba atravesado en la proa, y había un agujero abierto a través de la cubierta hasta el madero principal que soportaba la punta del espolón; un madero de roble del Euxino tan grueso como la pierna de Sático. Dos carpinteros de ribera aguardaban instrucciones, uno con berbiquí y barrena, el otro con una sierra.

Sático se puso en cuclillas al lado del macedonio.

—Esto ya lo has hecho antes —dijo Sático.

—No —respondió Draco—. ¡Diocles! ¿Estás dormido?

—Ni ha atravesado el bao —dijo una voz desde abajo.

Draco negó con la cabeza.

—Necesita algún tipo de abrazadera, creo. Mira: ponemos una clavija en la base del armazón para que la pieza pueda girar.

—¡Excelente! —dijo Sático, celebrando verse libre de las finanzas de su polis.

La balista de encima del espolón era la pieza más pesada del barco; de hecho, de toda la flota. Podía disparar una barra de hierro con un alcance de dos estadios. Permitir que la pieza girase haría más que duplicar su efectividad.

—La clavija se mete en el roble del armazón y se encaja en el bao de debajo. —Draco meneó la cabeza—. Pero pesa cincuenta talentos. Si se suelta puede cocer como una mula. Partir la clavija, agrietar el bao, romper el armazón.

Se encogió de hombros.

—No lo sabremos hasta que lo probemos —dijo Sático.

—Preferiría bronce. Una buena base de bronce fundido. Y una pieza a juego en el armazón para sujetar la clavija —dijo Neiron, y se encogió de hombros.

—¿Qué le impedirá girar? —preguntó Sático de improviso.

—¿Qué? —preguntó Draco. Su tono indicaba que se tomaba la crítica como algo personal.

—Cuando haga mala mar, ¿no se balanceará como una loca, tan inútil como las tetillas de un jabalí? —preguntó Neiron, mirando a Sático a los ojos. Se encogió de hombros—. Solo soy un viejo. No me gustan todas estas innovaciones. Luego qué

pasará, ¿nos olvidaremos de cómo se ataca con el espolón, nos sentaremos y haremos pedazos a nuestros oponentes con estas cosas? No es exactamente glorioso, si queréis oír mi opinión.

Sátiro dio una palmada en el hombro a su timonel.

—Alguna vez te recordaré lo que acabas de decir. Pero Draco, en algo tiene razón, ¿eh?

—Más motivo aún para poner una base de chapa de bronce. Con seguros, o pasadores. No soy un maldito ingeniero, ¿verdad? Solo un macedonio que ha perdido un tornillo.

Draco volvió a arrodillarse junto al agujero abierto en la cubierta, mascullando para sí.

Sátiro esperaba que alguien se pronunciara, pero todos mostraban su deferencia para con él.

—¿Y bien? —preguntó.

Neiron enarcó una ceja.

—¿Tenemos un herrero que pueda hacer una base de bronce fundido? —preguntó Sátiro, pero ya sabía la respuesta y, de repente, se vio de nuevo en el reino de las finanzas.

—Lo cierto es que no —admitió Neiron—. ¡Necesitamos uno!

—Toma nota —dijo Sátiro a Helios, que sacó una tablilla de su bolsa de cuero y se puso a escribir. Luego se volvió hacia Draco—. ¿Y bien? Instala el aparejo y encájala. Disparemos para ver qué pasa.

Draco sonrió.

—Sí, mi señor.

En cuestión de minutos, una docena de marineros treparon al palo mayor, aparejaron la verga para que corriera a proa y a popa, amarraron el extremo de atrás con una soga gruesa y pusieron una eslinga en la proa con un sistema de enganches. Luego sujetaron el armazón a la balista y utilizaron el artefacto para levantar el armazón de la cubierta y bajarlo de nuevo, mientras se balanceaba ligeramente con el suave oleaje de la bahía del Salmón, hasta que la clavija encajó en la cubierta y en el bao de la bodega.

—Necesita una abrazadera en cruz —dijo Neiron, entrando en ambiente—. Mirad ahí; algo que salga de la base y quede fijado en la cubierta.

De hecho, el arma giraba despacio adelante y atrás sobre la clavija —una barra de hierro de dos dedos de grosor— debido al balanceo de la nave a causa de las olas.

—No había pensado en las olas —dijo Draco.

Neiron hizo un ruido burlón.

Sátiro movió el arma adelante y atrás con la mano. Era pesada pero estaba bien equilibrada. Luego se puso a gatas e inspeccionó el lugar donde la clavija penetraba

en la cubierta.

—Ya está desgastando las tablas de la cubierta —dijo—. Draco lleva razón. Hay que poner una base de bronce. Pero disparemos de todos modos.

Se acercó a la primera balista de la amura de babor, que estaba bien sujeta en su sitio. Solo podía moverse si una docena de hombres levantaban el armazón entero. Fuera del malecón vio que zarpaba un barco; el embajador macedonio.

Al regresar vio que Diocles, su antiguo timonel y actual capitán del *Oinoe*, un pesado *teteres*, o cuadrirreme, salía a cubierta por una escotilla con una recia lanza de hierro.

—Dispara un par de dracmas cada vez —dijo al acercarse—. Es como lanzar dinero al enemigo.

—Pues entonces retiraré las nuevas armas del *Oinoe* —respondió Sático.

—¡No es mi dinero! —Diocles se rio—. ¡Es el tuyo!

Le dio la lanza a Draco.

Draco y Neiron hicieron girar las manivelas del mecanismo de torsión del arma. Los engranajes emitían un ruido curioso, casi musical, a medida que giraban las manivelas. Sático y Helios los sustituyeron.

—No es un mecanismo muy rápido, que digamos —dijo Sático.

—Ya hay suficiente tensión. Nunca hay que pasarse, so pena de que se rompa la sogá y te quedés con un palmo de narices.

Apoyó con cuidado una mano en la cuerda del gigantesco arco. Sático hizo lo mismo.

La cuerda del arco era gruesa como una amarra pero de crin, y al palparla la notó tan dura como la rama de un árbol.

—¡Cargad! —gritó Draco, y Neiron y Helios alzaron la lanza y la introdujeron. El casquillo encajó sin esfuerzo en la cuerda.

—¡Listos! —dijo Neiron.

—¿Quieres hacerlo tú, señor? —preguntó Draco.

Sático no disimuló.

—¡Sí! —dijo, y se situó detrás del armazón, agarrando la palanca de disparo.

—Apártate un poco hacia un lado. A veces la cuerda se rompe o el torno cede. En cualquier caso, mejor que no estés justo detrás de esta bruja —dijo Draco, y asintió.

Sático le hizo caso omiso y se dispuso a disparar.

—Listo para tirar —dijo.

Draco se retiró. Sático tiró de la palanca y la flecha salió como una exhalación, tan deprisa que ninguno de ellos pudo seguir su vuelo. El armazón dio una sacudida y la cubierta crujió, y los brazos del pesado arco emitieron un curioso chasquido cuando alcanzaron el límite de su recorrido.

La lanza desapareció. Fue tan lejos que no vieron dónde cayó, dejándolos

perplejos y un tanto decepcionados.

Neiron negó con la cabeza.

—Mirad eso —dijo. Empujó el armazón del arma, que se inclinó. Un disparo había bastado para torcer la clavija sobre la que giraba.

—¡Por los pechos relucientes de Thetis! —exclamó Draco.

—Será mejor ponerla sobre un armazón fijo hasta que consigamos a un herrero que trabaje el bronce —dijo Sátiro. Estaba observando el barco del embajador—. ¿Cuántos hombres tenemos que sepan utilizar estas armas con precisión?

Neiron soltó una risotada.

—Me da la impresión de que debemos entrenar a la tripulación —dijo Sátiro—. Necesitamos objetivos en la costa. Y competiciones y premios. Nos hacemos a la mar dentro de dos semanas. Me gustaría que fuésemos capaces de darle a algo.

Neiron asintió.

—¿Y qué daños causará una lanza de estas a una nave? —preguntó.

Draco asintió.

—¿Infantes de marina?

Sátiro y Neiron asintieron. Diocles negó con la cabeza.

—Mejor será que también entrenemos a unos cuantos marineros.

Sátiro los dejó debatiendo dónde debían realizarse las prácticas de tiro. Estaba de mucho mejor humor aunque, como de costumbre en aquellos días, parte de su mente calculaba el coste del entrenamiento con las nuevas armas, con las lanzas a dos dracmas y medio la unidad (el jornal de un remero).

Le consoló que el precio era muy inferior al valor de un mercante perdido. Y luego volvió a preocuparse por los almacenes disponibles y pensando qué ciudades necesitaban mejor suministro de agua.

«Dos semanas más y estaré en el mar, lejos de todo esto», pensó.

Capítulo 3

Melita estaba sentada en una banqueta cubierta de pieles, luciendo su mejor coselete de escalas de bronce plateado, sus botas preferidas de cuero de caribú y el abrigo de caribú de su madre encima de la armadura. Pese a ocupar una banqueta, mantenía la espalda muy erguida. Apoyaba la mano derecha en la espada de su madre que, según la tradición masageta, había sido arrebatada a *Ciro el Grande* como botín, tras una batalla librada en un pasado remoto.

Detrás de ella estaba su guardia, veinte caballeros jóvenes de su propia casa, al mando de su amante, Scopasis, que estaba a su lado como una musculosa estatua.

Delante de ella tenía diez días de trabajo pesado, los hombres y mujeres masagetas que habían traído sus casos para someterlos a su juicio. Era la reunión de primavera de los masagetas en su «ciudad» de terraplenes y murallas provisionales, oculta en el curso alto del río Borístenes, donde casi ningún griego había viajado jamás.

Durante días habían ido llegando mercaderes. Cientos de ellos: espaderos, orfebres, ceramistas y talabarteros procedentes de lugares tan distantes como Atenas y Alejandría, atraídos por la promesa de pingües beneficios y la sensación de aventura. La Tanja de los masagetas era una mezcla de tribunal, ágora y festival religioso, con una feria comercial para mayor entretenimiento. En los terraplenes había veinte mil hombres y mujeres de las tribus con sus grandes manadas encerradas, tribu por tribu, con doscientos mil caballos y el doble de ovejas ocupando cientos de estadios. El ganado vagaba de campamento en campamento, mugiendo ruidosamente y comiendo la hierba que empezaba a brotar, vigilado por niños que prestaban más atención al sacerdote egipcio y a su carreta que a los animales. Los caballos relinchaban unos a otros, los sementales rugían irritados ante el olor de tantos otros sementales desconocidos, y las yeguas retraían los labios para apreciar esos olores llenos de posibilidades. Los guerreros adolescentes de ambos sexos hacían aproximadamente lo mismo que sus caballos.

Melita recordaba las ocasiones en que había acudido a la Tanja con su madre: la adulación de los adultos, las alabanzas por sus logros a los seis años, la maravilla de la feria comercial, los corceles y los bellos ropajes. Pero ante todo recordaba el disgusto de su madre con su pueblo, que tan a menudo se comportaba como idiota, y su fastidio al encargarse de resolver sus fallos con arreglo a la ley. Adulterio, embriaguez, abandono de hijos, robo de caballos, brujería, asesinato... Melita había oído de todo.

«¿Acaso sois niños?», preguntaba con frecuencia su madre a los hombres y mujeres que eran conducidos a su presencia.

Centró la atención en dos hombres de su propia tribu, los Manos Cruelles,

veteranos de sus campañas de verano de tres años atrás, hombres que habían cabalgado para asaltar a los sármatas durante los dos últimos años. Al impacientarse con un comerciante de grano, lo habían matado, adueñándose de sus mulas y demás bienes.

—¡Había intentado estafarnos! —dijo el más bajo, como si eso lo justificara.

—¡Asesinasteis a un mercader extranjero a sangre fría! —contestó Kairax. Era su señor inmediato y actuaba en nombre de los comerciantes.

—¡No fue a sangre fría! —gritó el más corpulento—. ¡Estaba cabreado!

—¿Acaso sois niños? —espetó Melita. Hizo una breve pausa porque oyó la voz de su madre salir de sus labios—. ¿Os hizo enojar, y por eso lo matasteis?

—Nos estaba timando —volvió a decir el hombre más menudo.

Melita respiró profundamente. Miró a Kairax.

—¿Qué piden los mercaderes?

—Indemnización —dijo Kairax—. Cincuenta caballos por la vida del hombre, veinte más por sus bienes.

—¡Por el Arquero Celestial! —se exclamó el bajito.

—Ese cerdo no valía cincuenta caballos —dijo el más corpulento.

Los ojos de Melita vagaron por el recinto. Tapices, buenos tapices, colgaban a tres lados de ella, parando el viento frío de la primavera, separando sus deliberaciones del bullicio del mercado al otro lado de la barrera, aunque todos los sakje eran bienvenidos y varios cientos se apiñaban alrededor, muchos de ellos a lomos de su caballo.

Su mirada errante se cruzó con la de Scopasis, a quien sonrió; fue una sonrisa automática, pues estaba comenzando a dudar de la sensatez de haberlo tomado como amante. Era valiente y leal, y estaba profundamente enamorado de ella.

Suspiró para sus adentros y pensó en lo fácil que sería ser una mala reina; pasar por alto esos casos de poca monta, pronunciar veredictos rápidos y ser libre de deambular por las casetas, gastando sus riquezas en conos de oro para colgarlos a modo de cascabeles en los ribetes de su abrigo de caribú, o en buenas sillas de montar...

Drakas. Así se llamaba el hombre bajo. Había estado con ella durante la última carga en el río Tanais cuando todas las tribus se entremezclaron. Recordaba su fea nariz debajo del yelmo y su sonrisa.

—Drakas —dijo Melita. Y Drakas se puso tenso.

—¿Señora?

—Drakas, ¿cuántos caballos posees? —Se inclinó hacia delante y lo señaló con la espada de su madre—. ¿Cuántos?

—Más de cien —admitió Drakas.

—¿Y este patán? —preguntó Melita, que no conocía a su compañero. El hombre

corpulento se encogió de hombros.

—Una docena —contestó.

Melita negó con la cabeza. Drakas tenía suficientes caballos para ser tratado como un noble, pero su amigo no. Melita sospechó que su aparente desigualdad guardaba relación con el asesinato, y también sospechaba que el éxito de Drakas como cazador y asaltante guardaba relación con el hecho de que Kairax estuviera dispuesto a verlo castigado. ¿Rivalidad? ¿Celos?

«Sois como niños.»

—¿Quién asestó el golpe mortal? —preguntó Melita.

Drakas se encogió de hombros.

—Fui yo —admitió, frunciendo los labios. Escupió. Entre los sakje, no era un gesto irrespetuoso; era preciso que no lo olvidara. Entre los sakje, aquel hombre se estaba mostrando meditabundo y cortés.

—¿Cuál era el valor real de los bienes del comerciante? —preguntó a Kairax, que se encogió de hombros.

—Dicen que veinte caballos —contestó, y meneó la cabeza. Él y Drakas cruzaron una mirada que dio a entender que su relación era aún más complicada de lo que Melita había supuesto.

—Traedme a un mercader que conociera al difunto —dijo Melita. Levantó la cara hacia Scopasis—. ¿Quién es el siguiente?

Scopasis enarcó una ceja, expresión que Melita adoraba.

—Astis hija de Laxan del Pueblo de la Tierra oriental. —Hizo una mueca—. Su padre y sus hermanos fueron asesinados.

—¿Sármatas? —preguntó Melita, súbitamente interesada.

—Tal vez —respondió Scopasis—. En cualquier caso, es un asunto que merece tu atención. He oído su relato y me lo creo.

—Haz que la traigan —dijo Melita.

Un remolino en la muchedumbre anunció la llegada de dos mercaderes con largas túnicas; asirios. Hicieron una reverencia a Melita.

—Preguntan si usaremos a su intérprete —dijo Kairax. Sonrió.

—Diles que estaré encantada de usar a su intérprete —respondió Melita, que sonrió a su vez.

El intérprete se adelantó. Parecía avergonzado, y hablaron un momento entre ellos.

—¿Cuán numerosa era la familia del difunto? —preguntó Melita en sakje, y el traductor trasladó la pregunta a los mercaderes en griego.

—Seguro que usará el tamaño de su familia para establecer el valor total de la sentencia —murmuró un mercader. El griego tampoco era su lengua materna.

—Pues exagera. Ocho hijos —dijo el otro mercader.

—Señora, el mercader dice ocho hijos —dijo el intérprete—. Es lo que me han dicho que diga, señora —agregó.

—Pregúntale si conoce bien a la familia —dijo Melita.

—¿Y ahora qué le digo? —preguntó el segundo mercader. Su griego era mejor—. Si digo que no los conozco...

Melita se inclinó hacia delante y señaló con la espada al segundo mercader.

—Podrías decir la verdad sin más —dijo Melita en griego.

Gaweint, de entre sus caballeros el que mejor hablaba griego, tradujo esta agudeza para el público, que prorrumpió en carcajadas.

Los mercaderes fulminaron con la mirada a quienes tenían alrededor.

—Acércate. Habla conmigo —dijo Melita—. ¿Cuántos hijos tenía ese hombre?

—No lo sé —reconoció el mercader—. Este viaje era el primero en que trabajaba para mí.

—Y si te doy caballos, ¿alguno llegará a su esposa y sus hijos? ¿De dónde era?

—De un lugar lejano, mi señora, más allá del gran...

—Ahórrate la palabrería, asirio. Me crie en Alejandría y he navegado en un barco de casco negro hasta todos los puertos de la costa asiria. —Rio ante su turbación—. Tendríais que investigar más antes de venir al Mar de Hierba. Bien, basta de tonterías. ¿Sabéis de dónde era?

—No —admitió el mercader arameo. Se encogió de hombros expresivamente—. No, pero eso no debería significar que tu hombre quede impune.

—¿Cuánta mercancía perdió ese hombre? ¿Cuánto perdió realmente? —preguntó Melita.

—En torno al valor de diez buenos caballos —respondieron los mercaderes tras una breve discusión en susurros. Melita asintió.

—Kairax, acércate. Esta es mi sentencia. Cada uno de estos dos —señaló a los dos Manos Cruelas— dará cinco buenos caballos a los mercaderes. ¿De acuerdo?

Ambos hombres asintieron aunque el más corpulento, que era el más pobre, palideció.

—Drakas me pagará diez caballos a mí y otros tantos a Kairax por haber roto la paz de la señora.

Miró a Drakas, que dio un paso al frente.

—¿Dónde reside la justicia de ese fallo, señora? Alkaix, aquí presente, hizo lo mismo que yo...

—Tú diste el golpe mortal y tú, el noble, lo indujiste a cometer este crimen. ¿No es así? —preguntó Melita.

Drakas masculló algo ininteligible.

—Veinte caballos no te arruinarán, Drakas. Pero debería servir para recordarte que debes controlar tu genio.

Le hizo una seña para que se aproximara. Drakas así lo hizo y Melita le indicó con un gesto que se arrodillara para poder hablarle al oído.

—Deseas ser tratado como un noble, ¿verdad? —preguntó.

Drakas asintió.

—Tengo...

—Ahórramelo. ¿Qué posees como armadura?

Drakas se encogió de hombros.

—Un buen yelmo.

—La condición de noble tiene sus pros y sus contras. Arma a cinco hombres, dales monturas y envíamelos, y me ocuparé de que Kairax te garantice el trato que se te debe. Asegúrate de que uno de ellos sea tu amigo, aquí presente. De lo contrario, calla y obedece a tus superiores.

—¡Sí, señora! —dijo Drakas.

—¿Algo más? —preguntó Melita a la asamblea cuando Drakas se hubo retirado.

Reinó el silencio.

—He expresado mi voluntad. ¿Os encargaréis de cumplirla? —preguntó nuevamente a la asamblea.

Los hombres y mujeres asintieron. Se alzaron varias voces de aprobación. Kairax inclinó la cabeza. Scopasis la miró con adoración.

Melita sintió cierta satisfacción. Resolver en justicia era un buen trabajo.

—Siguiente —dijo.

Scopasis se levantó.

—Astis hija de Laxan el granjero solicita que la señora y el señor Thyrsis la ayuden a vengarse.

Astis era una mujer de aspecto recio con la cara cuadrada y el pelo castaño claro. Hacía poco que le habían roto la nariz y sus ojos presentaban la mirada propia de los animales acorralados y de las personas a quienes se ha hecho daño. Pero se mantenía erguida ante la asamblea del pueblo con un buen abrigo parsi de lana azul y pantalones de piel de ciervo.

—¿Quién habla en su favor? —preguntó Scopasis.

Thyrsis dio un paso al frente. Melita consideraba a Thyrsis el Aquiles de los masagetas. Su padre, Ataelo, había sido la mano derecha del suyo en las llanuras, su jefe de exploradores y un héroe en todas las batallas que libró. Tras la muerte del padre de Melita, Ataelo había servido a su madre. Cuando esta fue asesinada, defendió los altiplanos del este contra los sármatas en una campaña de incursiones que se prolongó seis años. Entretanto fue estableciendo un poderoso clan formado por hombres quebrantados y forajidos de ambos lados de la línea divisoria entre masagetas y sármatas. Thyrsis ya era un guerrero famoso; apuesto, alto y totalmente honesto; leal, fuerte en la batalla, inteligente en el consejo. Demasiado bueno para ser

verdad, en realidad.

Los padres de Thyrsis habían muerto defendiendo su reino; su madre, en combate, y su padre, poco después, y Melita siempre le había dedicado una atención especial. Muchos masagetas pensaban que debía casarse con él.

Thyrsis y Scopasis se odiaban, pero ambos la adoraban.

Cruzaron una prolongada mirada fulminante. Melita se rio.

—¡Eh, sementales! —dijo, levantando la voz—. La yegua está aguardando.

Esta ocurrencia hizo reír a carcajadas a la multitud.

Thyrsis se adelantó.

—Señora, esta mujer es la hija de Laxan, que sirvió con los arqueros en la Batalla del Tanais. Así me lo ha referido el herrero Temerix, que me habló en nombre de ella. Su gente se estableció en las tierras altas del curso superior del Tanais, al este del templo de la Diosa Cazadora, y el padre de su padre defendió el fuerte de Crax.

Melita asintió, dirigiéndose a la mujer.

—Sé bienvenida, y selo doblemente por el servicio que nos prestó tu padre.

—Gracias, señora. Tanto Temerix como Thyrsis dicen que eres la Señora del Pueblo de la Tierra además de serlo del Pueblo del Cielo, y rezo para que esto sea verdad.

Tenía la mirada un tanto extraviada y la voz empañada, como si tuviera miedo de hablar y miedo de permanecer callada.

—Aquí estoy —dijo Temerix. Era un gigantón de hombros tan anchos como la estatura de un niño y brazos musculosos como las raíces de un roble viejo. Era maestro herrero, y sus trabajos podían rivalizar con los de los sacerdotes herreros egipcios y los de los mejores herreros de la Calcídica o Heraclea. Y también era parte integrante de la infancia de Melita porque había servido con su padre.

Esa insignificante mujer del Pueblo de la Tierra contaba con dos poderosos defensores. Aquello resultaba interesante.

—Habla, hija de Laxan.

Melita le sonrió, procurando disipar la tensión de sus hombros y el miedo de su rostro.

—Señora, unos asaltantes vinieron a nuestra granja y mataron a mi familia. —Se rio, emitiendo un sonido horrible—. Se nos llevaron a mí y a mis hermanas. Viví con ellos... casi un año. —Respiró profundamente—. El otoño pasado robé un caballo y huí. No quería ser uno de ellos. He venido a pedirte... que cabalgues contra ellos.

La nariz rota y los peculiares gestos de su rostro indicaban que a aquella mujer la habían golpeado... muchas veces.

—¿Quiénes son? —preguntó Melita.

—¿Sármatas? —terció Scopasis. Los sármatas se habían convertido en enemigos de los masagetas, pero hacía tres años que los habían vencido y ahora muchos de sus

hombres se habían pasado a las tribus victoriosas, tal como siempre ocurre en las llanuras. Muchos de los hombres y mujeres congregados en la asamblea eran sármatas pero ya no pertenecían al Pueblo de Upazan, el líder que había cabalgado hacia la derrota y la muerte. Ahora eran de su propio pueblo. La dificultad de Scopasis para entender esas cosas era uno de los motivos por los que nunca podría ser su consorte.

—No son sármatas —dijo Astis. Volvió a soltar su extraña risotada—. En el año de la guerra, los sármatas vinieron e incendiaron nuestra granja. Mi padre se nos llevó al bosque. Maté a un sármata. Sé qué aspecto tiene un sármata. Aunque sea campesina, distingo a un caballo sármata de un caballo masageta.

Eso provocó gruñidos en la asamblea.

—¿Qué clan osaría poner en peligro la paz y asesinar a tu padre? —preguntó Melita. «Esto pinta mal», pensó, y en su fuero interno maldijo a Scopasis por no haberle presentado a la mujer en privado; y a Thyrsis por no haberla informado del asunto antes de la asamblea. Si uno de los clanes era responsable de aquello... adiós a su placentera marcha de primavera.

—No fue un clan masageta —dijo Astis.

Imperaba el silencio. Todos los oídos estaban pendientes de ella. Melita se sorprendió inclinándose hacia delante.

—Se hacen llamar parni —prosiguió Astis—. Hombres altos y rubios del este. Lo que hablan parece sakje pero no es sakje. Les oí decir que después de tomar Hircania vendrían hacia aquí. —Miró en derredor—. Fui con ellos al este del mar Caspio. Veinte días al este del agua salada. —Levantó sus ojos extraviados y Melita los observó, viendo un año de horror, esclavitud, palizas y violaciones, degradación—. Pido venganza por mi padre y mis hermanos, por mis hermanas que murieron en sus manos.

Melita se puso de pie.

—Astis, has sufrido, y discutiremos sobre tu venganza, pero este no es tema para la asamblea. Sobre esta cuestión no puedo dictar una única sentencia tal como lo haría en el asesinato de un hombre por otro. Si vamos a castigar a esos parni, deberemos contar con la aprobación de una docena de jefes de clan. Pero cuando nos reunamos te pediré que hables.

Poco rato después, en la relativa privacidad de su tienda, se enfrentó a Scopasis.

—¿Por qué no he sido advertida? —preguntó—. ¡Este asunto atañe a todos los masagetas!

Scopasis se encogió de hombros.

—Una mujer fue aprehendida durante una incursión —dijo—. Son cosas que ocurren.

—¡Artemis! Gentil señora, arquera mortal... ¿Acaso eres idiota, Scopasis? No se

trata de un simple rapto. A esa mujer la han tratado brutalmente. Y no lo ha hecho un jovencuelo con delirios de grandeza. ¡Ha sido obra de un clan del que nada sabemos y que ataca a nuestros agricultores de los altiplanos!

Thyrsis entró en la tienda detrás de Scopasis. La tienda principal de Melita era lo bastante grande para albergar a cuatro hombres montados. Hizo un ademán automático, invitándolo a tomar asiento.

—Vino para mis invitados —dijo a los criados. Melita y su hermano habían prohibido la esclavitud en la ciudad de Tanais, pero los masagetas no habían hecho el menor caso a esa prohibición. Tenían esclavos, sobre todo tras ganar una guerra.

—Perdóname, señora —dijo Thyrsis.

—¡Y tú! —exclamó Melita emprendiéndola con él—. Si él es idiota, tú también lo eres. Primero por no advertirme con antelación y segundo por no haberla enviado a Tanais.

Scopasis estaba enojado, Melita se percató enseguida. A ningún hombre le gusta que le llamen idiota delante de un rival. Thyrsis apenas se dejó afectar por la ira de Melita.

—Señora, esta mujer me fue presentada ayer mismo, cuando llegué al campamento. Viajó lejos, hacia el norte, y se unió a nosotros con los Caballos Rampantes aunque sea de los nuestros. Y es oriunda del este remoto, señora; ni siquiera estoy seguro de que pueda reivindicar ser de nuestro pueblo, excepto porque su padre sirvió con Temerix, cosa que tampoco he sabido hasta que ella ha venido a verme con el herrero esta mañana. Entonces este —señaló a Scopasis— me ha dicho que era un asunto poco importante y que te encargarías de ello en su debido momento.

Melita se volvió hacia Scopasis, que se encogió de hombros.

—Me he equivocado, según parece. No siempre puedo estar en lo cierto.

Melita tomó aire para decir lo que pensaba pero se mordió la lengua. La Señora de los Masagetas no era la misma persona que Melita, amante de Scopasis, como tampoco la misma persona que la guerrera Huele a Muerte. Desde el punto de vista masageta, estas personas distintas compartían su cuerpo —creencia que, en su opinión, habría enojado a Aristóteles. Pese a todo, desató su furia contra Scopasis.

—Ya hablaremos luego —dijo—. Entretanto, hazme el favor de convocar a los jefes tribales.

Aquella Tanja era la más concurrida en años, de modo que la mayoría de sus jefes de clan estaban presentes. Parshevaelt de los Manos Crueles y Kairax estaban cerca, y acudieron a su tienda antes de que sirviera el vino. Listra Mano-Roja, hija de Urvara, acababa de cumplir los dieciséis, pero Urvara había heredado a los Gatos Esteparios de su padre con muy corta edad, y Listra ya había matado hombres en combate,

encabezado las grandes cacerías a las que debía la fama su pueblo y era la jefa incontestable de su clan.

Los señores de los Lobos Silentes y de los Cuervos Hambrientos fueron más difíciles de encontrar, y eran hombres menos próximos a ella. Sus clanes habían llegado tarde a la gran batalla del río Tanais, quizá debido a una traición, quizá no. La decisión que tomó entonces de darles solo una pequeña parte del botín fue muy bien recibida por los demás clanes, mas no así por ellos.

Y, a decir verdad, los clanes se unían y separaban de las grandes tribus como la de los masagetas del mismo modo en que los guerreros se unían y separaban de los clanes. El Pueblo de Ataelo contaba con más sármatas que masagetas mientras que los Gatos Esteparios habían absorbido a muchos ex Caballos Rampantes, cuyo clan era ahora una pálida sombra de lo que fuera antaño aunque su nuevo señor, Sindispharnax, lo estaba reconstruyendo. Tenía tan pocos guerreros que quizá no le hubiese correspondido un lugar en el consejo de Melita, pero era miembro de su casa, uno de sus caballeros, y ya estaba presente. Además, Melita deseaba que tuviera éxito en la reconstrucción del que fuera el mayor de los clanes, después del de los Manos Cruels.

Para los extranjeros, el Pueblo del Caballo —el Pueblo del Cielo, según se llamaban a sí mismos— era una masa de nómadas anónimos que formaban una extraña sociedad impenetrable e inamovible. Los griegos los llamaban Escitas Reales, pero Melita sabía que eran tan cambiantes como el mar, tan distintos, de una tribu a otra, como los atenienses y los espartanos.

Tuarn de los Cuervos Hambrientos fue el siguiente. Menudo y de pelo moreno, presentaba un asombroso parecido con su animal totémico, desde los hombros encorvados hasta la nariz picuda. Tomó su vino con elegancia y los ojos le brillaron.

—Parece que tenemos un problema de fronteras —dijo.

Scopasis estaba muy erguido a su lado.

—Se lo he explicado —dijo, como un hombre que teme que cualquier cosa que haga resultará estar mal hecha.

Kontarus, señor de los Lobos Silentes, fue el último en llegar. La edad le había encorvado la espalda y su tanista, una mujer delgada de llamativo cabello pelirrojo, lo sostenía del brazo. Miró en torno a sí, rehusó el vino y gruñó.

—Saida —anunció, señalando a la pelirroja. Su tono dio a entender que no le agradaba haber sido convocado.

Melita no supo decidir si Saida era altiva o si estaba nerviosa. No la había visto hasta entonces. Melita cruzó la alfombra hacia ella y le tendió la mano.

—Saida, soy Melita —dijo con deliberada informalidad.

—Sí —respondió Saida—, lo sé.

Le estrechó la mano con la mayor ligereza posible, como si Melita padeciera

alguna enfermedad.

Melita se negó a reaccionar como un niño.

—¿Eres hija de Kontarus? —preguntó.

—No somos parientes —contestó Saida con terminante frialdad—. Además, no es asunto tuyo.

Melita tuvo ganas de poner los ojos en blanco. Semejante grosería resultaba inaceptable. Presentaba un claro trasfondo político.

—Querida —dijo Melita, pasando a un enfoque de estilo griego—, si no eres pariente del señor de los Lobos Silentes, no puedes esperar que no te acribilemos a preguntas para averiguar cómo llegó a nombrarte su sucesora. Y, en realidad, sí que es asunto mío puesto que soy tu señora, la señora de tu clan y de todos los clanes.

Saida no se dignó mirarla a los ojos.

—Lo que tú digas —respondió—. Mis relaciones son asunto mío. Soy su heredera. Nadie tiene por qué saber más... señora.

Melita se encogió de hombros y tomó nota de mantener una conversación con aquella mujer más adelante. Sabía cómo manejar ese tipo de situaciones. ¿Chicas con ínfulas? Pan comido.

—Señores de los caballos, tenemos un problema —comenzó Melita. Tan sucintamente como pudo, resumió la historia que había referido Astis y luego hizo que la llamaran para que la contara de nuevo.

Cuando la hubo contado y se retiró, apoyada en el fuerte brazo del herrero Temerix, Melita miró en torno a sí.

—Me gustaría saber qué pensáis —dijo, y su invitación fue recibida por el silencio.

«Oh, cuánto extraño a Ataelo y Urvara», pensó. Aquellos dos líderes la habían apoyado, enseñándole un montón de cosas. Incluso Geraint, antiguo señor de los Caballos Rampantes, muerto en Tanais como sus antiguos rivales, le había enseñado, a veces por la mera manera que tenía de oponerse a ella. Sus nuevos señores de los caballos eran tan jóvenes como ella y, en ciertos aspectos, estaban menos preparados.

Fue el cuervo hambriento Tuarn quien rompió el silencio.

—No podemos dejar de actuar —dijo. Al ver que nadie hacía comentario alguno, se encogió de hombros—. Así fue como comenzó la lucha contra los sármatas en los tiempos en que Marthax era el rey. El resto de vosotros quizá seáis demasiado jóvenes para recordarlo, y la señora no estaba entre nosotros. Los sármatas antaño fueron nuestros aliados, pero Upazan se convirtió en su señor y sus jóvenes guerreros se ensañaron con los pobladores de nuestros valles orientales. E hicimos muy poco al respecto.

—No es así como lo cuenta mi pueblo —dijo Thyrsis—. Entre el pueblo de Ataelo, decimos que luchamos y que nadie acudió en nuestra ayuda.

Tuarn rehusó ofenderse.

—Joven, ¿acaso eso es distinto a lo que acabo de decir? No he querido dar a entender que algunos masagetas no lucharan. Lo que quiero dejar claro es que no actuamos juntos. Y después pagamos las consecuencias.

—Naturalmente, algunos pagamos un precio más alto que otros —dijo Listra. Estaba junto a Parshevaelt y Sindispharnax, y los tres eran veteranos de campañas con Melita. Los lugares que ocupaban, cerca de Scopasis, su guardaespaldas, resultaban elocuentes.

—Y algunos de vosotros sacasteis mayor provecho que algunos de nosotros —agregó el viejo Kontarus.

—Quienes combatieron fueron recompensados. —Melita ya estaba harta de tanta estupidez—. Quienes no combatieron recibieron una recompensa menor. Esa es la costumbre del pueblo.

Saida se encogió de hombros.

—Quizá vaya siendo hora de que busquemos nuestra propia costumbre —dijo.

—Eso cabrá discutirlo en otra ocasión —repuso Melita. Dominó la expresión de su rostro con sumo cuidado—. O tal vez no. Si decidierais salir al Mar de Hierba, ninguno de nosotros podría o no querría deteneros. Marcharse es un derecho alienable del pueblo. Entretanto, centrémonos en el tema que nos ocupa.

Scopasis asintió.

—Estoy de acuerdo con el señor de los Cuervos Hambrientos —dijo.

Melita lo fulminó con la mirada. Scopasis era un exforajido y el capitán de sus caballeros, no uno de sus señores. Pero entre los sakje, un guerrero incluido en un consejo siempre se sentía con derecho a hablar, y Melita corría el peligro de pensar como un griego.

Thyrsis se rio.

—¡Por fin encontramos algo en lo que estar de acuerdo, forajido! —dijo.

—Flechas al viento —corroboró Sacopasis. Los sakje tenían un dicho: si lanzas cien flechas al viento, al menos dos volarán juntas.

Listra miró en derredor.

—Hemos soportado demasiada guerra —dijo.

Todos los jefes de clan asintieron. La población de los sakje, incluso con la adición de nuevos pueblos del este, estaba diezmada. En tres generaciones habían luchado en cuatro grandes campañas, y el resultado saltaba a la vista en cada uno de los campamentos.

—Ni siquiera sabemos quiénes son esa gente —dijo Melita—. Tengo intención de ir en persona. A verlos.

Eso los impresionó, pero Melita vio algo en el rostro de Saida que no le gustó. Miró a la pelirroja, pero esta ya había recompuesto su expresión, y Melita prosiguió:

—Mi idea es pedir cincuenta guerreros a cada clan; los mejores, con cinco caballos cada uno. Juntos cabalgaremos hacia el este, tan veloces como el viento sopla en la pradera, y encontraremos a esos parni. Para hablar con ellos... o matarlos.

—No. —Saida negó con la cabeza—. No. Los Lobos Silentes no enviarán guerreros.

—No —dijo Thyrsis, imitando su voz—. Los Lobos Silentes son un clan de niños y no tienen guerreros que enviar. Nunca lo hacemos...

—¡Thyrsis! —lo reconvino Melita, aunque en realidad apreció su comentario.

Saida miró a los demás señores de los caballos.

—Bah. Guerra y más guerra; es lo único que quiere esta. Nos largaremos a la hierba.

Se volvió para marcharse pero Scopasis había percibido la mirada de Melita y bloqueó la entrada de la tienda.

—No se te ha dado permiso para retirarte —dijo Melita—. Saida, parece que ansíes mi mal genio. Escúchame, pues. Todavía no hemos decidido una vía. Cada líder y cada tanista puede manifestar su opinión en el consejo. Pero si decidimos enviar jinetes y tú rehúsas, entonces quizá sea mejor que os vayáis al Mar de Hierba. Y que no regreséis. Entiéndelo, por favor: eso significará que no tendréis vuestra parte del grano y el oro que el Pueblo de la Tierra gana para nosotros, como tampoco tendréis derecho alguno sobre la tierra de los masagetas. Eres libre de irte al norte o al este y luchar por el pastoreo como lo hiciera nuestro pueblo en la antigüedad. ¿Queda claro?

Saida miró a Kontarus, que negó con la cabeza.

—Como si tú pudieras echarnos de nuestras tierras.

De repente Melita se sintió cansada; cansada de su infantilismo. Aquel hombre anciano y estrecho de miras hablaba desde la ignorancia porque no había acudido a combatir en el río Tanais: no sabía el poderío que tenían ella y su hermano.

Scopasis habló desde detrás de él.

—La señora tiene el poder de todos los clanes, y su hermano tiene cincuenta naves y cinco mil soldados. Y vosotros dos representáis a un pequeño clan que se comporta como si fuese el pueblo entero.

—Podéis retiraros —dijo Melita—. Lo que he dicho iba en serio. Si os negáis a servir, marchaos. Si intentáis elegir una vía intermedia, os eliminaré. Y, francamente —prosiguió, dejándose llevar por el mal genio—, estoy tentada de librarme de vosotros dos ahora mismo, dado que vuestros actos sugieren que ninguno de vosotros está preparado para liderar uno de mis clanes.

Scopasis desenvainó su *akinakes*.

—Tienes la palabra, señora —dijo.

Kontarus miró enfurecido en torno a sí.

—Matar a un viejo y a una mujer; ¡asesinato en el consejo! Bah. Hueras amenazas. Somos el mayor clan de los masagetas, ¿por qué no nos tratas con el respeto que merecemos? Tenemos más carros, más tiendas, más caballos...

—Y ningún guerrero —apostilló Listra—. La señora lleva razón. Idos, o quedaos. Tus propios guerreros murmuran contra ti porque eludiste el combate en Tanais. Intenta enfrentarte con nosotros y verás lo que es bueno.

Saida volvió a mirar en derredor, todavía con el semblante impasible.

—Muy bien —dijo. Levantó la vista hacia Scopasis—. Apártate de mi camino —ordenó.

Scopasis miró a Melita.

—He dicho que pueden marcharse —corroboró Melita, asintiendo. Cuando se hubieron ido, se volvió hacia el resto de sus señores.

—Esos dos tienen que irse —dijo—. No me había dado cuenta de lo malos que son.

—Es mera ignorancia —alegó Tuarn—. Yo también llegué tarde a la batalla de Tanais. Pero vi las fuerzas que había en aquel campo. Kontarus no tiene ni idea, vive en la época del padre de tu abuelo, señora. Los Lobos Silentes no han entrado en combate en muchos años. Al menos no a las órdenes de sus señores.

Melita se encogió de hombros.

—Ocupémonos de estos asuntos ordenadamente. ¿Estamos todos de acuerdo en enviar una fuerza al este?

Todos los jefes de clan asintieron, aunque ninguno lo hizo contento.

—¿Los Caballos Rampantes pueden proporcionarme veinticinco guerreros? —preguntó Melita a Sindispharnax. Este respiró profundamente.

—Sí —contestó—. Puedo enviar a cincuenta.

Melita le sonrió.

—No quiero cincuenta. Te pido que me proporciones veinticinco exploradores jóvenes, a Thyrsis le pediré lo mismo; gente que conozca el territorio. Al resto de vosotros os pido que aportéis cincuenta caballeros y un jefe que pueda hablar en nombre de vuestro pueblo, por si resulta que tengo que negociar.

Thyrsis sonrió.

—¿Podemos ir nosotros mismos? —preguntó.

Melita asintió.

—Espero que algunos lo hagáis y que otros os quedéis. Nombraré a mi tanista para que vigile al pueblo durante mi ausencia. —Sonrió forzadamente—. Esto se interpondrá entre mi hijo y yo —agregó—, pero Tuarn lleva razón. La última vez que nos amenazaron tardamos en reaccionar.

No eran como los griegos, que lo discutían todo interminablemente para luego someterlo a votación en farragosas asambleas. Al día siguiente, Melita informó sobre

los parni a todo el pueblo congregado, anunciando que habría una expedición hacia el este.

Sus palabras fueron recibidas con entusiasta aprobación, tres días después, Melita descubrió que Kontarus había ordenado a su pueblo que levantara el campamento y abandonara la Tanja, partiendo acto seguido, aunque menos de cuatrocientos de ellos lo acompañaron.

Así era como funcionaba la política en las llanuras. Por lo general, la gente no se reunía en asambleas para votar. Las más de las veces, «votaban» trasladando sus carros y tiendas a otro clan. De repente, el clan de los Caballos Rampantes era mayor de cuanto lo había sido durante cinco años.

Los Manos Crueles tuvieron que rechazar a nuevos adeptos; no les quedaba más tierra de pastoreo que compartir.

—No me gustó la mirada de Saida —comentó Melita a su capitán de la guardia. Ambos iban montados, regresaban de pasar revista a los guerreros que cada clan aportaba al contingente para la expedición al este.

—Tiene intención de causarte problemas —corroboró Scopasis—. ¿Debo perseguirla y matarla? —preguntó.

—No —contestó Melita, aunque antes hizo una pausa—. No, Scopasis. No es así como quiero gobernar.

Scopasis no había visitado la cama de Melita en cinco días. Se volvió hacia ella y la miró con detenimiento.

—Estás enojada conmigo porque soy quien soy —dijo—. Lo que tengo que decir no hará que me ames más.

—Tal vez te sorprendas —respondió Melita.

—No puedes ser la Señora de los Masagetas y permitir que esa mujer te desafíe —dijo Scopasis.

Melita negó con la cabeza.

—Puedo serlo. Y lo seré. No emprendas ninguna acción contra ella.

Scopasis volvió la cabeza para contemplar el sol poniéndose sobre las llanuras. La hierba se ondulaba como el mar, una alfombra verde que se extendía hacia el norte hasta donde alcanzaba la vista y hacia el oeste hasta el sol poniente que teñía de un color rojizo las espigas de la hierba fresca. Permaneció un instante contemplando el panorama.

—¿Preferirías que me marchara? —preguntó al cabo de un rato—. Me marcharía y no volvería a molestarte.

Ambas respuestas, sí y no, acudieron a la mente de Melita.

—Debes hacer lo que sea mejor para ti —dijo con cuidado, detestando el estúpido tono de sus palabras y la pomposidad con que las pronunciaba. De repente vio lo que la muerte de Xenos le había ahorrado—. ¿Puedes ser el capitán de mi guardia sin ser

mi amante? —preguntó, y se sintió orgullosa de haberlo hecho.

Scopasis gimió. Cuando Melita se volvió hacia él, vio que estaba llorando.

—¿Acaso eres un niño? —preguntó, súbitamente enojada—. ¡Pórtate como un adulto!

¡Vaya con las reflexiones maduras! Estaba contenta de ir a hacer la guerra en el este. Tenía la impresión de que matar a alguien la haría sentir mejor. Deseaba que Scopasis fuese menos tonto para poder tener su cuerpo alto y fuerte junto al suyo y no pasar sola las noches. La verdad era que elegir amante no era tarea fácil para la Señora de los Masagetas, y que resultaría mucho más sencillo conservar el que tenía.

Temió que hiciera algo estúpido o dramático.

—Quiero galopar —anunció Melita al aire. Hizo girar la cabeza de su caballo y se echó a cabalgar por la hierba.

Vio que Scopasis la miraba, tentado de seguirla.

Pero no lo hizo.

Dos días después, Melita decidió acortar su estancia en la Tanja de primavera, reunió a sus guerreros y partió hacia el este. Contaba con más de trescientos jinetes; la acompañaban incluso veinticinco hombres de Temerix montados en ponis, con grandes arcos al hombro y un buen cargamento de grano en sus carros. La hierba estaba verde y fresca y la caza comenzó a ser abundante en cuanto se alejaron de las inmediaciones de la Tanja, donde toda presa ya había sido cazada.

Listra vino con su joven primo, Filocles de Olbia, y un puñado de amigos suyos; caballeros olbianos, miembros de la nueva aristocracia, medio sakje medio griega, fruto de los constantes matrimonios mixtos. Habían acudido a la Tanja y ahora cabalgaban hacia oriente como si fuese la cosa más normal del mundo. Melita se alegró de tenerlos consigo; iban bien armados, eran hombres capaces que, pese a su juventud, ya habían participado en una o dos campañas.

Tuarn de los Cuervos Hambrientos también fue en persona, a lomos de un semental negro de un tamaño espectacular.

Melita se admiró ante el caballo y levantó la voz para felicitar a su amo, que salió de su lugar en la columna.

—Cuando eres señor de los Cuervos Hambrientos —bromeó— más te vale montar un buen caballo negro.

—¿Por qué no hemos sido amigos hasta ahora? —preguntó Melita.

Tuarn hizo una mueca.

—¿Siempre dices lo que piensas de esta manera, señora? Creía que una infancia entre griegos te habría hecho más... sutil.

—Todo lo contrario —repuso Melita. Desvió la mirada hacia su guardia, y allí estaba Scopasis, en su sitio, con la armadura puesta, y notó que el corazón le daba un

brinco.

—Yo era el lugarteniente de Marthax —dijo Tuarn—. A veces lo representaba ante Eumeles. No contaba con que fueras a perdonarme.

Melita tuvo que digerir esa información.

—No lo sabías —dijo Tuarn.

—No —admitió Melita.

—¿Debería marcharme? —preguntó él.

Melita negó con la cabeza.

—No. No, libremos juntos esta batalla y seamos amigos.

Tuarn asintió.

—Veo que tanta franqueza tiene sus ventajas.

Y, por supuesto, Melita tenía a Thyrsis, que eligió a sus guerreros cuidadosamente y se ofreció a llevar tres veces los solicitados, pero ella negó con la cabeza.

—Necesito saber que quedarán suficientes guerreros aquí, por si nos matan a todos. Para que mi hijo venga a vengarnos, cuando llegue el momento.

Pensó en el joven Kineas, de quien volvía a separarse.

Lo había dejado en Tanais con su hermano, al cuidado de la exótica esposa de Temerix, que ya había ejercido de niñera años antes, y un círculo de matronas sármatas. Su hermano, que la acusaba abiertamente de ser una mala madre.

«No tendría que haber dejado a Sátiro sin haber hecho las paces —pensó—. No debería estar alejándome de mi hijo.»

Cabalgaba con desenvoltura, respirando profundamente la hierba fresca y los demás olores de la primavera: las flores en las orillas de los arroyos, el olor de los caballos, el humo del primer campamento. Estando allí, haciendo lo que más le gustaba, cabalgar por las llanuras, resultaba difícil concentrarse en su vida invernal como mujer medio griega.

Era maravilloso ser joven, y también ser reina, y conducir a un ejército hacia el este. O, mejor dicho, debería ser maravilloso, pero mientras bebía en la fuente se preguntó si había tomado la decisión más acertada. Debido a la palabra de una joven campesina maltratada estaba conduciendo a la flor y nata de su pueblo hacia una guerra de venganza. ¿Estaba siendo resuelta o se trataba simplemente de una reacción al aburrimiento?

Scopasis se aproximó por detrás.

—¿Es satisfactorio el campamento? —preguntó.

Melita asintió.

—Magnífico —contestó. El comentario hizo sonreír a Scopasis—. Scopasis, ¿estoy haciendo lo correcto? —preguntó Melita de súbito.

Scopasis se detuvo detrás de ella y su castrado soltó un resoplido tras olisquear a la yegua de Melita con relativo interés. La yegua se echó hacia un lado.

—Me preguntas estas cosas —dijo Scopasis cuando ambos hubieron detenido a sus monturas—, pero la verdad es que yo no soy rey. No puedo contestar. Y siempre parezco un necio cuando lo intento. Debes preguntar a Thyrsis o a Listra. Ellos son señores. Yo era forajido y ahora estoy al mando de tu escolta. Sé preparar un buen estofado de conejo y estoy a la altura de cualquiera con el arco, pero lo cierto —y se las arregló para sonreír—, lo cierto es que no soy capaz de aconsejarte.

—También has montado un buen campamento —señaló Melita.

—Tengo mucha experiencia —respondió él.

—Podrías aprender a ser jefe de clan —dijo ella—. Tan bueno como Sindispharnax, o incluso mejor.

Scopasis se encogió de hombros.

—Tal vez sí. Si me empleara a fondo en esta campaña y comenzara a hablar a los jóvenes y a los antiguos forajidos de mi juventud que todavía viven en las tierras altas. —Se encogió de hombros—. Podría ser ese hombre que dices, supongo. Pero... —Miró en derredor, buscando las palabras apropiadas—. Pero ese hombre quizá no sería yo. No lo sé. —La miró—. Si me convierto en jefe de clan, ¿seré digno de ti?

Melita negó con la cabeza.

—No. O al menos no más de lo que ya lo eres ahora. Perdóname, Scopasis. ¿Te he tratado mal? Me parece que sí.

Scopasis gruñó.

—A cenar —dijo Melita, y espoléó a su caballo antes de lanzarle los brazos al cuello y volver a comenzar.

Capítulo 4

A diez días de zarpar, Sátiro estaba reunido con los agricultores de la costa sur para hablar de impuestos.

Eran un caso especial en un reino con más casos especiales que leyes e impuestos uniformes. Todos los demás ciudadanos del Reino del Bósforo (como rezaban las monedas de las que tan orgulloso estaba) eran auténticos ciudadanos de ciudades estado griegas cuya alianza encabezaba él mismo con Pantecapea, Olbia y Tanais, mientras que en el lejano oeste, cerca de la frontera con el Reino de Tracia de Lisímaco, y en el lejano este, cerca de las tierras agrestes de Hircania, su «reino» poseía «ciudadanos» que carecían de intermediario. No tenían una ciudad a la que rendir cuentas o pagar impuestos, no eran buenos lugares donde establecer refugios o tribunales.

Los occidentales eran un caso especial dentro de un caso especial dado que en su mayoría los controlaban, o gobernaban, caciques sakje que debían su lealtad a su hermana Melita. Y el hecho de que el Rey del Bósforo y la Reina del Mar de Hierba fueran hermano y hermana, gemelos en realidad, resultaba conveniente pero no significaba en modo alguno una unión de ambas Coronas, salvo en casos especiales.

Ahora bien, en el este, sus agricultores sindi y meotes que poblaban el curso del río Hispanis no tenían caciques nómadas ni arcontes ni tiranos. Y eran hombres verdaderamente ricos, o lo bastante ricos, con buenas casas de piedra, graneros bien aprovisionados, esclavos, caballos y ganado, propietarios que merecían su consideración. Incluso algo más que su consideración.

Miró a Gardan, que había combatido con su padre en el Vado del Río Dios y reclutado un *tagma* de arqueros para la campaña que culminó en la Batalla del Río Tanais. Gardan era, a su manera discreta, un hombre importante en su reino. Un hombre que los había salvado a él y a su hermana cuando eran exiliados perseguidos y sin un céntimo.

—Una fortificación en el río Hispanis podría parecerle una provocación a Sinope —dijo Sátiro al grupo. No iban bien vestidos según los cánones griegos. Eran hombres corpulentos con mantos de lana afelpada y quitones hilados en casa. Muchos de ellos llevaban pantalones, igual que los sakje—. Y vuestras granjas no están amenazadas.

—Hace tres veranos, unos asaltantes sármatas quemaron mi casa —dijo Gardan—. Señor, no puedes decirnos que no volverá a suceder.

—Los sármatas occidentales están colonizando nuestras tierras —respondió Sátiro—. En una generación seremos vecinos.

—Los asaltantes vinieron del este. Me lo contó un comerciante cuando el río se abrió. —Scarlad Longshanks era otro veterano de sus campañas. Negó con la cabeza

—. Señor, no tenemos una ciudad. Danos un fuerte.

—¿Necesitará soldados esa fortificación? —preguntó Sátiro.

—De poco serviría sin ellos —repuso Gardan—. Señor, pagamos impuestos y luchamos para ti.

Sátiro los escuchó hasta el final porque uno de los trucos de gobernar que ya había aprendido era que escuchar no le costaba nada y a menudo resultaba muy útil para disipar discrepancias. Escuchó, habló sobre el nuevo arado y se lo mostró, y luego se reunió con Coeno y Nicéforo, antiguo enemigo y actual comandante de su infantería.

Coeno meneó la cabeza.

—Sería el colmo para Heraclea y Sinope —dijo—. Ahora ya piensan que queremos tomarlas.

Nicéforo se encogió de hombros.

—Aun siendo así, estaría bien tener un par de buenas guarniciones donde fuésemos bien recibidos y donde los muchachos pudieran tener su propia casa. Alojarlos en casa de los lugareños siempre acarrea problemas.

Sátiro estaba sentado con el mentón apoyado en la mano, rascándose la barba.

—No esperaba reteneros tanto tiempo —admitió. Después de su victoria en el río Tanais aún le quedaban dos mil mercenarios de infantería, en su mayoría veteranos macedonios, y había capturado a Nicéforo y a su infantería griega, también mercenaria; otros dos mil. Había contado con emprender nuevas campañas, al menos en el este, pero el desmoronamiento absoluto de la Confederación Sármeta tras la muerte de Upazan lo había dejado sin enemigos externos salvo que decidiera invadir a sus vecinos. Sin enemigos externos y con cinco mil soldados veteranos (12 500 dracmas al día, más los oficiales, primas, alimentación y equipaje). Los utilizaba como infantes de marina, pero en el día a día suponían el segundo gasto más importante del reino, después de la flota.

Coeno enarcó una ceja.

—¿Pero?

Sátiro se enderezó y abrió las palmas de las manos.

—Parecerá una estupidez, pero el mundo entero está en guerra y el coste de la flota y el ejército me parece una buena prevención. Somos lo bastante fuertes para poner freno a cualquier intento que pudiera hacer cualquiera de los jugadores principales. Con las milicias de las ciudades y los masagetas, repeleríamos todo posible ataque.

Coeno sonrió y entrecerró los ojos.

—En realidad, ya lo hemos hecho.

Sátiro asintió.

—Por tanto no soy mejor que los agricultores. Quiero conservar intactos el

ejército y la flota por si acaso. Y nos lo podemos permitir. La estabilidad es la clave del futuro. Buenas murallas y un ejército poderoso.

Nicéforo sonrió.

—Caballeros, me alegra que tengáis intención de conservar nuestros empleos. Siendo este el caso, ¿qué os parecería dar granjas a los veteranos? Tenéis tierra para hacerlo. Las partes altas de los valles orientales tienen buena tierra de labranza, o eso me han asegurado, y en buena parte sigue estando vacía.

Sátiro miró a Coeno. Coeno negó con la cabeza.

—Los labriegos macedonios serán buenos agricultores, ¿pero lo serán los granujas tirios? Ni siquiera saben cómo se agarra un arado.

Nicéforo negó con la cabeza.

—Siempre pueden comprar un factor o un par de esclavos que cultiven la tierra.

—No me gustó ese informe sobre la incursión en las tierras altas del Tanais —dijo Coeno.

Sátiro tomó un sorbo de vino.

—A mí tampoco.

Coeno asintió.

—Si me llevara una patrulla, los *hippeis* de Tanais y algunos de tus hombres con ponis, podríamos reconocer el terreno para ver si cabe fundar asentamientos. Además, quiero regresar y ocuparme de la restauración del templo de Artemis. He dispuesto que unas sacerdotisas de Samos vengan a formar a algunas de nuestras muchachas, y la verdad es que esperaba que financiaras el proyecto.

Sátiro no estaba en posición de negar a su principal consejero y arquitecto de su reino el coste de restaurar un templo pequeño en el río Tanais.

—Por supuesto —dijo.

Coeno sonrió.

—Me parece que tengo tantas ganas de salir de la ciudad como tú.

—Dijiste que vendrías a Pantcapea conmigo —señaló Sátiro.

Coeno negó con la cabeza.

—Señor, te quedas solo. Llévate a Terón. Le gustan las ciudades.

La *Niké de Salamis* entró en el puerto de Tanais con los remos perfectamente controlados y su timonel la arrimó al muelle del malecón con la experimentada eficiencia de la nave correo más veloz del mar Medio. Su navarco, Sarpax de Alejandría, cruzó hasta la proa antes de que los remeros se hubieran levantado de las bancadas. Avanzaba presuroso por el puerto, y Sátiro lo observó con cierta inquietud desde su ventana de la ciudadela.

—Ahí viene Sarpax —dijo Sátiro a Terón—. Y con prisa —agregó. Helios le estaba abrochando un quitón nuevo, una enorme pieza de lana extrafina pensada para

ser llevada debajo de la armadura.

Terón se estaba comiendo una manzana. Se demoró junto a la ventana.

—No pueden ser buenas noticias —dijo—. Nadie corre tanto para decirte algo bueno.

Helios dio un paso atrás.

—Listo —dijo.

Sátiro encogió los hombros y gesticuló con los brazos como si diera mandobles altos.

—Es agradable. Y la tela, maravillosa.

—Sarpax de Alejandría está aquí, señor —anunció Nearco desde el umbral.

—Señor, tu tío León te manda saludos y ruega que te hagas a la mar de inmediato.

—Sarpax aceptó una copa de vino pero tenía el rostro colorado por el agotamiento y lo acompañaba un aura de apremio—. Demóstrate lleva casi tres semanas muerto. En Rodas corre el rumor de que lo asesinó Dekas, el antiguo catamita de Manes, como sin duda recordarás.

Terón se mesó la barba.

—¿Dekas se hará con el mando de los piratas?

—Corre la voz de que ya lo ha hecho y de que va a poner su flota al servicio de Antígono. —Sarpax respiró profundamente—. Mi cometido es armarte y hacerte zarpar, y acompañarte hacia el sur. León tendrá su escuadrón en Rodas.

Sátiro sabía que la defección de los piratas del Euxino tendría graves consecuencias sobre el equilibrio de fuerzas navales. Habían sido aliados, aliados poco fiables y de moral peligrosa. Ahora serían enemigos y atacarían a sus transportes.

—Supongo que por eso mantenemos una flota —dijo Sátiro—. ¿Qué viste al cruzar los estrechos?

Sarpax apuró su copa de vino.

—Veinte velas en Timaea. Bizancio estaba vacío. En Rodas dicen que Dekas ha vencido a una fuerza enviada por Lisímaco, y el Rey de Tracia ya ha perdido parte de la flota que transportaba su cosecha de primavera. El Tirano de Heraclea retiene a todas sus naves en puerto.

—Eso significa que Estratocles sabía lo que se avecinaba —dijo Sátiro—. Di a León que tenía previsto hacerme a la mar dentro de cinco días. Con un poco de esfuerzo, puedo zarpar mañana mismo. Terón, tendrás que ir a Pantecapea en representación mía.

Terón hizo una mueca.

—¿Mientras tú juegas a los navarcos? Qué injusto es el mundo.

—A ti no te gusta el mar —dijo Sátiro—. ¿Veinte cascos en Timaea? Eso es un tercio de la flota de Demóstrate. —Se volvió hacia Helios—. Baja corriendo a los

muelles y haz que Diocles llame a todos los capitanes. Diles que tengo intención de hacerme a la mar mañana a primera hora. Y diles por qué.

Sarpax dio su copa a un criado.

—Bien, pues me marchó.

Sátiro no disimuló su sorpresa.

—Quédate a pasar la noche. Deja descansar a tus remeros.

—León cree que Antígono intentará atacar Rodas o Egipto —informó Sarpax—. Cada día cuenta. Rodas está llamando a sus cruceros. Tolomeo tiene la mitad de su ejército en Chipre.

Sátiro entrecerró los ojos.

—Eso lo deja en una posición vulnerable. ¿Dónde está la flota? ¿La flota egipcia?

—En Alejandría, o al menos allí estaba hace tres semanas. A estas alturas probablemente se encuentre en aguas chipriotas. —Sarpax se detuvo en el umbral—. Demetrio está en Chipre, luchando contra Tolomeo.

Sátiro cruzó una mirada con Terón.

—Di a León que estaremos en Rodas dentro de diez días.

Neiron llevaba el timón, y Tanais era una mancha en el horizonte septentrional.

La flota entera de Sátiro formaba una larga punta de flecha que avanzaba cubriendo cuarenta mercantes, cuyos tamaños iban de los enormes buques de grano de construcción ateniense, cada uno capaz de transportar varios cientos de toneladas de trigo, a naves menores de mercaderes locales, barcas de pesca sobredimensionadas y antiguos barcos de guerra, así como una decena de balandras. En conjunto representaban dieciséis mil toneladas de grano, es decir, poco más de un tercio de toda la cosecha de otoño de su reino.

—¿Y si el cabrón de Ganimedes decide atacarnos con toda su flota? ¿Sesenta naves? —preguntó Neiron.

Sátiro se encogió de hombros. No pudo evitarlo: sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué más da? —preguntó a su vez.

Neiron se encogió de hombros.

—Solo era un comentario. Podríamos haber pedido refuerzos a Atenas. Aún estamos a tiempo de recalar en Heraclea.

Sátiro asintió.

—Me consta que la ruta más sencilla sería detenerse en Sinope y Heraclea, reunir sus barcos de guerra y sus mercantes y conducir lentamente esta gran armada de grano por los estrechos y a través del Jónico hasta Rodas.

Neiron pareció resignarse.

—Pero no lo vamos a hacer —dijo.

—No. —Sátiro se rio—. No lo haremos.

La sonrisa que le cruzaba el semblante le confería un aspecto varios años más joven. Se sentía años más joven. Iba a arriesgar su flota de grano y quizá su vida, pero no pasaba nada. Estaba en el mar. Y el mar era limpio, claro, proceloso y mucho más simple que la tierra firme.

Capítulo 5

Tras quince días de viaje por la estepa, el destacamento de Melita dejó atrás el Mar de Hierba para ascender a las tierras al norte de Tanais, con sus arboledas, escarpados montes y fértiles valles. Aquel territorio era más de su hermano que suyo, pero aún no habían discutido por tales cuestiones. Gobernaban juntos, siendo los señores de dos pueblos distintos que ocupaban la misma tierra.

Thyrsis se aproximó al trote, la funda dorada de su arco emitía destellos al reflejar el sol matutino.

—Jinetes —dijo—. Los exploradores dicen que son más de cincuenta hombres con cien caballos, y que avanzan lentamente por el camino del río.

Melita se preocupó.

—No deberían ser hombres de mi hermano —dijo—. Solo hace tres semanas que partimos y no había... —Dejó la frase sin terminar—. Vigíladlos y estableced contacto —ordenó, señalando río abajo con la fusta de montar.

Scopasis arrimó su caballo al suyo.

—¿Y ahora qué? —preguntó. Melita se encogió de hombros.

—Si me han llegado noticias de incursiones en el este, es probable que a mi hermano también. Cabalguemos.

Estuvo encantada de encontrar a Coeno, aunque no tanto de encontrar a Nicéforo, un hombre cuyo talento admiraba pero cuyas motivaciones seguían suscitando su recelo. Sin embargo, ambos cabalgaban juntos. Los acompañaba una buena tropa de hijos de agricultores montados en ponis y dos docenas de hombres de Nicéforo, armados como jinetes de caballería y montados en caballos de la estepa.

—¡Bienvenido, Coeno hijo de Jenofonte! —saludó Melita a voz en cuello mientras subía a la otra orilla del Tanais a lomos de su mejor caballo de batalla. Aún hacía suficiente frío para que nadar en el río, estando tan al norte, resultara un tanto incómodo y desagradable.

Coeno fue a su encuentro y la abrazó. Sus hombres ya habían acampado y encendido fogatas, de modo que la condujo a una de ellas mientras Scopasis se encargaba de acomodar al resto de su pequeño ejército. Los sakje conocían todos los pastos y prados naturales del curso alto del Tanais. Melita había librado una guerra allí, y Coeno había vivido diez años en la región.

—Pareces contenta —dijo Coeno.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Melita—. Tu nieto —agregó.

—Feliz y saludable cuando lo vi hace menos de una semana —contestó Coeno—. El vivo retrato de su madre... y de su padre. —Coeno no evitó decirlo, aunque el

padre del niño era su hijo Jenó, caído en Gaza. El primer amante de Melita. El recuerdo de Jenó afectaba más a Melita que a Coeno. La miró—. ¿No deberías estar en el lejano oeste, administrando justicia a los clanes?

Melita se encogió de hombros.

—Este invierno no ha habido muchos delitos, Coeno —respondió—. Tengo informes sobre incursiones en el este. Me pareció que debía investigarlo. Y algunos de mis jefes de clan están inquietos, de ahí que se me ocurriera llevármelos a dar un paseo.

—Esa es mi chica —dijo Coeno. Llenó de vino caliente una copa de asta y se la pasó, y Melita inhaló profundamente la fragancia antes de bebérsela de un trago—. Estamos buscando tierras para poblarlas con nuestros veteranos —prosiguió Coeno—, y también tengo cinco informes sobre esas incursiones; todos del pasado otoño.

—Llevo a una superviviente en mi caravana —dijo Melita—. La raptaron hace dos otoños. De modo que las primeras incursiones fueron un año después de la batalla.

Coeno asintió.

—Creo que a mí... Es decir, a nosotros —miró a Nicéforo— nos gustaría hablar con ella.

—¿Qué dicen vuestros informes? —preguntó Melita.

—Que no son sármatas ni masagetas —contestó Coeno.

—Mi víctima dice que son de un pueblo llamado parni. —Melita se encogió de hombros—. El nombre suena sakje, pero es la primera vez que lo oigo.

Coeno puso mala cara.

—Caray, me suena un montón —dijo—. ¿Cuándo he oído ese nombre? —Negó con la cabeza—. Da igual. Llevas contigo todo un pequeño ejército. ¿Has planeado hacer una incursión?

Melita estaba contenta de contar con la compañía de Coeno. Era un hombre sensato y siempre la aconsejaba bien. De niña lo llamaba «tío». Ahora, habida cuenta de que era el padre del padre de su hijo, entre los masagetas tenía el estatus de una especie de padrastro suyo.

—Tal vez —dijo Melita—. Me dirijo al este, a Hircania. Allí es donde mi superviviente dice que pasaban el invierno los parni. A lo mejor los encuentro y podemos parlamentar. Quizá saquee sus carros. Dependerá de lo que tengan que decir. —Melita adoptó un aire meditabundo—. Casi todos mis jefes de clan consideran que debemos ser fuertes y actuar con decisión para evitar que surja... otro Upazan.

Coeno asintió y tomó un sorbo de vino caliente. Los últimos carros sakje habían cruzado el río por el vado y estaban formando un círculo, con los caballos estacados y centinelas apostados.

Coeno había formado a Scopasis y lo observaba con una suerte de orgullo paterno.

—¿Todavía te acuestas con él? —preguntó Coeno. Había un dejo de reproche en su voz, cosa que enojó a Melita pese a ser consciente de que probablemente la estaba juzgando de la misma manera que lo hacía ella misma.

—No —contestó Melita. Coeno asintió.

—Artemis te bendiga, muchacha.

—¿Vendrás al este conmigo, Coeno? —preguntó Melita.

—Temía que me lo preguntaras —dijo Coeno. Hizo una seña a Nicéforo, que estaba tendido con la cabeza apoyada en un *aspis*, mirando al cielo, concediéndoles privacidad con la desenvoltura de quien ha pasado toda su vida adulta en el campo.

El oficial mercenario se levantó, se arrebujó con su clámide y se aproximó.

—Señora —dijo, inclinando la cabeza ante Melita. Ella lo había vencido en una escaramuza y no estaba segura de que la hubiera perdonado. Pero saltaba a la vista que Coeno lo apreciaba. Estaba dispuesta a tratar con él para contentar a Coeno.

—La señora se dirige al este, en busca de nuestros incursores —dijo Coeno—. Tiene motivos para creer que proceden del este del mar Hircano. Me gustaría ir con ella. ¿Cómo lo ves?

Nicéforo miró primero a Melita y luego colina arriba hacia el fuerte de carros.

—¿Con nuestros muchachos? —preguntó.

Melita asintió.

—Señora, ¿permitirás que mis hombres colonicen estos valles? —preguntó Nicéforo. Melita negó con la cabeza.

—No voy a darte el control absoluto sobre el curso alto del Tanais —dijo—. Por una parte, está bajo los cascos de Thyrsis, Señor del pueblo de Ataelo. Por otra, en buena medida pertenece al reino de mi hermano. —Levantó la mano—. Pero creo que podemos negociar una parcela de tierra tras otra, si así lo deseas. Aquí mismo...

Coeno negó con la cabeza.

—Les gustaría poblar el territorio al noroeste del templo de Artemis.

Eso quedaba a cincuenta estadios río abajo.

—Es buena tierra —dijo Melita—. ¿Qué opina Gardan?

—Todavía no se lo he preguntado, como tampoco a Sático —respondió Nicéforo—. Entiendo que es complicado. Algunas de esas granjas fueron incendiadas hace poco. A lo mejor hay supervivientes. Pero es buena tierra, y mis hombres podrían ayudar a defenderla. Para quien corresponda.

—Estamos hablando de un fuerte encima del templo —terció Coeno.

—Deberíamos incluir a Thyrsis en esto —dijo Melita—. Aunque a mí no me parece demasiado descabellado.

Nicéforo le dedicó una sonrisa.

—Gracias, señora —dijo. Miró a Coeno y enarcó una ceja—. ¿Y bien?

—Detesto la idea de dejar a Terón a cargo de todo. —Coeno miró a Melita—. Muchas cosas se fueron al garete después de tu partida. Demóstrate ha muerto.

Melita lo entendió de inmediato.

—¡La flota de grano! —exclamó.

Coeno asintió.

—Tu hermano se ha hecho a la mar con la flota. Va a intentar algo bastante arriesgado. Creo que ninguno de nosotros imaginábamos que ambos correríais peligro este verano.

Melita asintió.

—Lo entiendo, pero tengo que hacer esto. ¿Cuán grande es la amenaza para la flota?

Tenía la mente puesta en los ingresos del grano. El oro que generaba aquel trigo era, de hecho, su impuesto directo sobre los mercaderes que compraban grano a su Pueblo de la Tierra y, en última instancia, lo que le confería poder sobre los clanes. Existía un sentimiento de lealtad, pero el dinero contaba. Perder esos ingresos limitaría su capacidad de negociar con jefes como Kontarus y Saida.

«Todo era muy complicado.»

Todo sería tan simple como respirar si las personas se comportaran como los caballos.

Rio a carcajadas y se dio cuenta de que Scopasis estaba tomando vino con Coeno, como amigos. Por su parte, Nicéforo la observaba como si fuese un animal peligroso.

—No muerdo —le dijo Melita.

Nicéforo levantó ambas manos, rindiéndose en broma.

—Me parece que eso solo son palabras —repuso.

Coeno se rio de algo que había dicho Scopasis y le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, creo que tendremos tiempo de sobra para resolverlo —dijo el joven guerrero.

Melita sonrió.

—¿Así pues, vienes?

Coeno asintió.

—Una campaña más —contestó—. Quién sabe; quizá solo se trate de una buena cabalgada de primavera con una satisfactoria negociación al final.

Melita asintió.

—Ojalá sea así.

Nicéforo volvió a arrebujarse.

—Necesitaremos carros, grano y más ponis —señaló—. Está claro que vosotros avanzaréis deprisa.

—Dos o trescientos estadios al día —dijo Coeno, con la vista puesta en las

laderas que ascendían hacia el oeste—. No he estado por estos pagos desde hace... veinticinco años. Niceas murió aquí. Y Kineas también. —Coeno señaló al oeste—. A miles de estadios al oeste. Pero despierta recuerdos. La última vez que dormí en este campamento estaba con Niceas, a quien habían herido, y unas cuantas muchachas sármatas. —Coeno meneó la cabeza—. Y juré que construiría un templo dedicado a Artemis si Niceas sobrevivía. —Sonrió con la mirada perdida en el horizonte—. Aquí viví con mi esposa, y aquí fue donde nació Jenó.

Todos guardaron silencio. En la oscuridad, mil caballos pastaban hierba fresca, se tiraban pedos y relinchaban. Más cerca, un mercenario tocaba el *aulós*^[2] y otros dos soldados bailaban mientras un puñado de sakje los miraban sonrientes.

Melita fue consciente de que iban a saltársele las lágrimas, como tantas otras veces en que se mencionaba a su padre.

—¿Quién era Niceas? —preguntó Scopasis.

Coeno extendió su manto en el suelo y lo palmoteó, indicando a la Reina de los Masagetas que se sentara a su lado.

—Poneos cómodos —dijo—, y os contaré un historia. ¿Todos sabéis que Kineas era el padre de la reina? Era un mercenario griego...

Capítulo 6

Heraclea. Una de las ciudades más poderosas del mar Euxino, con altas murallas y una población servil de campesinos conquistados por los griegos y convertidos en vasallos, como los ilotas espartanos. Dionisio de Heraclea era su tirano.

La flota de Sátiro fondeó sin pedir permiso; veinte barcos de guerra y cuarenta mercantes cargados de grano cabeceaban en el oleaje de finales de primavera.

—Y nos vamos a la mierda si se levanta tormenta. —Diocles negó con la cabeza—. ¿Por qué no llevamos las naves detrás del malecón?

—En primer lugar, porque Dionisio ya estará suficientemente preocupado —contestó Sátiro—. Y en segundo, porque la ciudad está plagada de espías y no quiero que nuestros marineros hablen.

La llegada de la flota de grano apenas sorprendió a Estratocles, que había aconsejado a Amastris y a su tío que mantuvieran sus propios mercantes y barcos de guerra en casa hasta que arribara.

—Sátiro vendrá raudo como el viento cuando se entere de que Demóstrate ha muerto —había predicho Estratocles, y ahí estaba la flota, haciéndole parecer lo que realmente era: un espía de primera categoría. Las naves llevaban un día entero ancladas ante la bocana del puerto.

Su aparición fuera del malecón —y su inactividad— habían sido motivo suficiente para que Estratocles fuese llamado a la presencia del tirano. El obeso gobernante estaba recostado, como de costumbre, sobre un recio diván reforzado con cuerdas de cuero debajo del colchón para soportar su corpachón. Su sobrina, Amastris, estaba sentada en el borde del *kline*, como si su belleza de algún modo pudiera contrarrestar la fealdad del tirano. Estratocles había bromeado con Lucio, su capitán, diciendo que le gustaba trabajar para el tirano porque siendo tan gordo le hacía parecer apuesto. Estratocles nunca había sido agraciado con las trazas que convierten en héroes a los hombres, y un corte de espada en el rostro que sufriera años atrás no hizo más que empeorar su aspecto.

Se lo había hecho la madre de Sátiro. Estratocles suspiró. «Qué error había sido asesinarla». No fue idea suya, por supuesto.

—Bien. —Dionisio sabía modular muy bien la voz, como si fuese un actor. No era lo que uno esperaba oír en boca de semejante corpulencia pero, por otra parte, Dionisio de Heraclea nunca era como los demás esperaban—. Bien, Estratocles de Atenas. Predijiste esta situación. ¿Y ahora qué?

Estratocles sonrió a su ama y señora. Era sin duda la mujer más bella que había conocido o, al menos, que había conocido bien, y su belleza se le antojaba nueva o, al

menos, sutilmente distinta, cada vez que la veía. Amastris poseía una inteligencia notable y la dedicaba en buena parte a cultivar su apariencia.

—Mi señor —dijo Estratocles—, Sátiro necesita que tu flota apoye a la suya. Juntas serán lo bastante fuertes para transportar nuestro grano a través del Jónico hasta Grecia.

—Sátiro suele vender su grano en Rodas —repuso Dionisio.

—En efecto, mi señor. —«Al fin y al cabo, soy famoso como espía»—. Pero este año mi señor puede llevar la voz cantante. Sátiro no puede navegar sin tus barcos y tus infantes de marina. Y tú no quieres vender tu grano en Rodas, me figuro.

Estratocles jugaba a un juego peligroso. Por descontado era su deber, como ateniense, lograr que se transportara a Atenas tanto grano del Euxino como fuera posible. El exceso de oferta era bueno. La superabundancia significaría precios bajos y exportaciones. Pero no podía forzar el curso de los acontecimientos. Solo manipularlos.

Dionisio se encogió de hombros y le temblaron los carrillos.

—Sabes perfectamente que nosotros vendemos el grano a Atenas —dijo—. Defendiste esa política y me empujaste a apoyar a Antígono. Ahora él tiene todos los barcos de guerra. Sin duda mi flota podrá viajar sin contratiempos.

Estratocles negó con la cabeza.

—Ojalá fuese tan sencillo —comenzó.

—¡No me trates con condescendencia, ateniense! —replicó Dionisio—. En realidad, lo que quieres decir es que Dekas no está en condiciones de controlar a los piratas. O quizá que no quiere controlarlos. De modo que necesitamos que el joven Aquiles de ahí fuera nos ayude a abrirnos paso por los estrechos.

Estratocles asintió.

—Mi señor, eso es exactamente lo que quería decir.

Dionisio asintió, y su gesto se extendió por la grasa de su cuerpo como las ondas que forma una piedra arrojada a una alberca.

—Pues bien, si esta es la situación, ¿dónde está el joven Sátiro?

Al oír esta pregunta, Amastris levantó la vista.

—Eso. ¿Dónde está?

Dionisio señaló hacia el malecón.

—Sus naves llevan ahí toda la noche, pero el chico aún no ha bajado a tierra. Y Néstor dice que unas cuantas naves han zarpado.

Estratocles sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Zarpado? —preguntó. Fue hasta el borde de la terraza y escrutó la bahía. Poseía un excelente control de sí mismo, pero eso no impidió que soltara una maldición.

—¿Y bien? —preguntó Dionisio.

Estratocles no necesitó contar los barcos anclados bajo el resplandeciente sol primaveral. Había pecado al prever lo que deseaba ver. Negó con la cabeza.

—Mi señor, Sático se ha marchado con sus naves de guerra.

—¿Adónde? —preguntó Amastris. El lamento de su voz no auguraba nada bueno para sus doncellas ni para su espía.

Estratocles negó con la cabeza.

—¿No te ha pedido la flota? —preguntó al tirano.

—Sático de Tanais ni siquiera ha bajado a tierra —dijo Néstor desde la puerta.

Novecientos estadios al suroeste, la flota de guerra de Sático al completo, excepto los dos trirremes que estaban en Olbia, navegaban a remo bajo el último resplandor del sol, con los mástiles abatidos sobre la cubierta. Detrás iban los seis descomunales cargueros de grano de construcción ateniense.

—Bien —dijo Diocles, observando el cielo—, el tiempo nos acompaña. ¿Alguna cosa más?

Sático miró a sus capitanes, congregados en la cubierta del *Areté*: Neiron, Sandakes, Aekes y Gelón de Sicilia.

—Hagamos un sacrificio —dijo Sático. Fue a la popa; de tan grande como era, caminar por su buque insignia todavía le daba la impresión de estar cruzando el ágora. Allí se encontraba el altar dedicado a Poseidón, sobre la toldilla que cubría la espalda y la cabeza del timonel. Agarró la cabeza de un cabrito negro y lo miró a los ojos. El animal tenía unos cuernos perfectos y le devolvió la mirada con sus ojos brillantes...

Desenfundó y le rajó el cuello con diestro movimiento, enseguida se apartó para que la sangre manara sin salpicarlo y el sacerdote de Poseidón, Leóstenes, recogió la sangre en un cuenco. Luego el sacerdote utilizó su propio puñal para destripar al animal.

Observó las entrañas con esmero, frotando el hígado con ambas manos. Acercó la nariz y lo olió, cosa que Sático jamás había visto hacer a un sacerdote. Acto seguido asintió.

—Victoria —dijo—. Completa, absoluta y tuya, señor.

Sático no estaba acostumbrado a oír tan enfáticos dictámenes.

—Ojalá estés en lo cierto —dijo Sático.

El sacerdote cortó el hígado del resto del cuerpo y lo alzó, aún chorreando sangre. Se volvió hacia los marineros, remeros e infantes de marina que aguardaban en la cubierta, manteniéndose a una distancia respetuosa. En un barco más viejo no se habrían aproximado tanto puesto que no habría habido cubierta en la que estar de pie, solo una pasarela entre las bancadas de remeros.

—¡Victoria! —gritó el sacerdote.

Los hombres rugieron de entusiasmo y, en otros veinte barcos, las tripulaciones se hicieron eco de su aclamación.

Noche cerrada. El *Areté* de Sático iba en cabeza, con la marea saliendo con fuerza del Euxino y la corriente empujándolos con brío hacia Bizancio, que quedaba a pocos estadios, en la orilla opuesta.

Sático y Diocles habían combatido una temporada entera en aquellas aguas. Conocían las mareas, que eran poco notables, así como los Dardanelos, que eran tan traicioneros como los piratas que los infestaban.

—¿Te arrepientes? —preguntó Neiron a Sático.

—Bah —respondió Sático. No sabía qué pensar del nuevo sacerdote y de su confiado vaticinio de victoria. Le parecía una muestra de *hubris*^[3].

Al cabo de una hora los vigías le dijeron que Timaea estaba a la vista. Trepó al trinquete y escrutó la penumbra y vio luces, aunque podían ser de cualquiera de los pueblos pesqueros, tracios o griegos, o uno de los refugios de piratas que florecían en aquella costa.

¿Realmente era posible que Dekas hubiese dejado veinte naves en Timaea sin siquiera montar guardia? ¿O era una trampa? Tendría que ser una trampa muy minuciosa, habida cuenta de su testarudez.

Sático comenzó a tamborilear con los dedos sobre la baranda mientras barajaba las distintas formas en que podía fracasar su arriesgada empresa, pues el riesgo era colosal.

—En Timaea van a enterarse de quién eres —dijo Neiron levantando la voz—. Relájate, señor.

Una hora después iban a remo, avanzando con sigilo a un estadio de las orillas fangosas del estrecho, y resultó obvio para todos los hombres a bordo que el puerto de Timaea estaba abarrotado de naves. Más de veinte barcos, y al menos otros quince varados en la playa. Había mercantes atracados en los embarcaderos, y los que estaban varados descansaban sobre sus panzudos costados.

Sático se sopló las manos frías y se apoyó contra la plataforma de combate situada sobre el inmenso espolón del *Areté*.

—Cuento cuarenta y cuatro naves —dijo el vigía en voz tan baja como pudo.

Neiron chascó la lengua detrás de Sático, que silbó quedamente.

Sático guardó silencio durante cincuenta angustiantes segundos, durante los cuales vivió y murió de diez maneras diferentes. Tomó una decisión, luego otra y, finalmente, otra más. Luego respiró profundamente.

Sático percibió el brillo de los ojos de Neiron en la oscuridad.

—Hazlo —dijo.

La mirada de Neiron le dijo que estaba de acuerdo. Se volvió hacia Helios.

—Enciende el resto de los faroles —dijo—. A mi orden, velocidad de combate.

Se oyó un gruñido procedente de la cubierta de remo. Sático se levantó de su posición en la proa y se estiró para paliar el dolor repentino de las piernas; demasiado rato en una misma posición e insuficiente ejercicio durante los últimos tres días. Sonrió para sus adentros. Haría mucho ejercicio durante la hora siguiente.

Retrocedió hasta el pie del palo mayor y bajó a la abarrotada cubierta de remo. Tuvo que encorvarse para moverse, y los baos que soportaban la cubierta principal lo obligaban a agacharse al pasar debajo de ellos. Aun siendo una fresca noche de primavera, en la cubierta superior de remo el ambiente estaba muy cargado y hacía calor. En pleno verano, en combate, resultaría insoportable. Y aquella era la más fresca y ventilada de las tres cubiertas de remo. La cubierta superior estaba iniciando la palada, y los hombres gruñían, maldecían o charlaban, armando bastante ruido, pero no el suficiente para no oír al maestro remero o el compás del ritmo de estrepada.

—Buenas noches, amigos —saludó Sático. Caminaba por la pasarela central que discurría entre las bancadas. Un hexarreme como el *Areté* tenía tres cubiertas de remeros, con dos hombres en cada uno de los ciento setenta remos. Los remeros de la cubierta superior contaban con una especie de balancín con una caja para darles más estabilidad y permitirles hacer mejor palanca al bogar, y para dejar más espacio a los remeros de la cubierta intermedia, los zigitas, y a los talamitas, de la cubierta inferior. Solo la cubierta superior tenía suficiente espacio para disponer de pasarela.

Los remeros de la cubierta inferior completaban sus estrepadas y sus brazos se movían, cientos de hombres echándose hacia delante, deslizándose sobre sus cojines de cuero aceitado para sacar el mayor rendimiento a sus músculos. Estos talamitas eran remeros muy bien entrenados, en plena forma después de surcar las aguas del Euxino. Los hombres de la cubierta superior descansaban con los remos cruzados delante de ellos, de modo que Sático apenas veía el final de la cubierta en la casi oscuridad.

Le respondió un murmullo, casi un gruñido.

—Ahí fuera está oscuro —dijo Sático, enunciando como un orador profesional. «Para esto te preparan», pensó. «Para que tu voz se haga oír en la asamblea... o en las cubiertas de remo»—. Vamos a atacar a la flota pirata a oscuras —dijo, lenta y cuidadosamente—. Desembarcaremos a nuestros infantes de marina para que tomen la ciudad. Si vencemos, el botín se repartirá entre todos los hombres. ¿Entendido?

Esta vez el gruñido de respuesta fue sonoro, como el de una fiera lista para saltar. Algunos hombres dijeron «¡A por ellos!» y otros simplemente mascullaron «Sea pues».

Un tranita añoso que estaba al lado de Sático soltó una carcajada.

—Oímos el augurio —dijo—. ¡Plata en nuestras manos!

Sático le dio una palmada en la espalda y subió a la cubierta principal por la empinada escala. Había luz en la popa, habían encendido un triángulo de faroles de aceite, cincuenta lámparas, cuidadosamente preparadas y listas durante la noche, a la espera de aquel momento. En menos de cien latidos, se prendieron faroles semejantes en todas las demás naves, de modo que la pequeña flota de Sático parecía resplandecer.

—Ritmo de combate —dijo Neiron al tambor que marcaba la pauta. En un barco tan grande como el *Areté*, el maestro remero no podía dirigir las estrepadas sirviéndose solo de la voz. Antes de que terminara de halar, el barco pareció toser; una especie de chasquido cuando los sesenta y dos remos de la cubierta superior se separaron de los luchaderos a la vez.

El tambor había guardado silencio mientras navegaban con cautela por el canal, pero ahora resonaban tambores en todos los barcos.

Los remos se deslizaron por las chumaceras y se inclinaron bajo el empuje de toda una tripulación.

Incluso el *Areté*, con diferencia el buque más grande del escuadrón, dio un salto hacia delante.

Sático se dirigió a proa y se asomó sobre el espolón, observando el agua deslizarse, sintiendo la velocidad y la potencia de su nave. Echó un vistazo a la balista, desgarnecida y envuelta en lona pintada. Aún era oscuro para disparar, pero tenía ganas de usarla.

Neiron manejaba los remos de gobierno e hizo entrar al gran barco en primer lugar. La intención original había sido eliminar toda oposición, pero no había un solo barco enemigo guarnecido, y ahora el *Areté* avanzaba veloz, siendo su casco el de mayor calado y el que más probabilidades tenía de embarrancar. Viraron en dirección a la playa, pasando justo por detrás de los barcos amarrados que formaban largas filas con pesadas lonas echadas con descuido sobre las bancadas de remo.

—Piratas —dijo Sático con desdén—. Esos cabrones ni siquiera se molestan en mantener las naves que usan para asaltar a los demás.

Pero en su mente veía hombres ocultos bajo las lonas.

Helios dio un grito ahogado. El muchacho había sido secuestrado por piratas cuando era niño. Si por él fuera, habría matado a todos los piratas del mar. Él, por lo menos, estaba completamente a favor de la campaña que había decidido emprender su amo.

A un estadio de la costa oyeron gritos en la ciudad. Los hombres corrían hacia la playa, chillando de miedo.

—¡Estrepada final! —ordenó el maestro remero desde media eslora. Sático no

mandaba nada esa noche; o, mejor dicho, estaba al mando de todo. Pero estaba dejando que su hermosa nave participara en su primer combate en manos de otros hombres, aunque ardía en deseos de entrometerse y dar órdenes, embestir un barco vacío por el puro placer de hacerlo...

—¡Preparados! —gritó Neiron desde los remos de gobierno, y todos los infantes y los tripulantes de cubierta se agarraron a algo.

El espolón golpeó uno de los barcos varados, proa contra proa, salvo que el espolón del *Areté* descollaba sobre la nave menor como un elefante ante un caballo, y la proa del barco pirata varado se aplastó como si estuviera hecha de papel. Entonces el barco mayor tocó tierra, deteniéndose amortiguado por el destrozo causado en armazones y tablas.

Sátiro se levantó, se puso el yelmo en la cabeza y trincó las mentoneras.

—¡Infantes! —gritó, y Draco rugió a sus espaldas, y acto seguido estaban saltando por la borda al buque destrozado y corriendo por su pasarela central, usando el barco pirata como puente entre el descomunal *Areté* y la playa.

El *Empeño de Heracles*, un *penteres*, hizo lo mismo, varándose abarloado a un trirreme varado que utilizó como desembarcadero, pero el resto de la flota se varó sin más, excepto cinco trirremes que permanecieron en la oscuridad, desembarcando infantes de marina en los barcos amarrados.

—¡Los embarcaderos! —gritó Sátiro en cuanto puso un pie en la playa—. ¡Tomad los embarcaderos!

Los infantes de marina habían recibido la consigna de luchar sin cuartel y no estaban siendo demasiado quisquillosos en cuanto a quién mataban. Era un trabajo desagradable, pero así se aplastaba enseguida la primera resistencia, y era preciso tomar los embarcaderos. Eran cruciales para el plan de Sátiro.

El Rey del Bósforo iba en primera línea por la simple razón de que necesitaba tomar los embarcaderos deprisa, y nadie estaba mejor preparado que él para llevar a cabo esa misión. O eso fue al menos lo que Sátiro se dijo a sí mismo. Fue uno de los primeros hombres en llegar a los embarcaderos, y oyó a los suboficiales gritando órdenes a los infantes, que en su mayoría estaban acostumbrados a trabajar en grupos de no más de diez o quince hombres, para que formaran una línea a través de la plaza adoquinada.

Sin embargo, los piratas no tardaron en reaccionar. Los callejones que quedaban al oeste de los embarcaderos de pronto se llenaron de hombres y jabalinas, dardos y flechas que surgían de la oscuridad. Una pesada teja lanzada desde el tejado de un almacén cercano alcanzó el yelmo de Helios.

Entonces, antes de que Sátiro, Draco y Apolodoro tuvieran a los infantes dispuestos, llegó el primer contraataque. Había más de cien hombres, casi todos con lanzas, algunos con hachas, y acometieron a los infantes como si fueran tracios, con

gritos de desafío.

Los infantes de marina eran veteranos y casi todos portaban el pequeño *aspis* macedonio y lanza larga. Todos llevaban buenas armaduras. Armadura que, incluso de noche, les daba seguridad. Solaparon sus *aspis*, las filas segunda y tercera se pegaron a la del frente, y los piratas fueron recibidos con una descarga cerrada de jabalinas lanzadas a bocajarro. Con pocas armaduras y menos escudos, las jabalinas abatieron a una quinta parte de los enemigos, y el resto huyó.

Sátiro condujo a sus infantes por el laberinto de callejones del oeste de los embarcaderos, siguiendo a los hombres vencidos en el primer contraataque. Algunos de sus hombres se detenían para ejecutar a los heridos, pero Sátiro nada hizo por impedirlo.

Una jabalina surgió de la oscuridad y el astil le golpeó el yelmo. Sátiro tuvo que hincar una rodilla en tierra de tan intenso como fue el dolor.

—¡En el tejado! —gritó Apolodoro a sus espaldas—. ¡Arqueros! ¡A mí!

La incursión por los callejones había perdido empuje cuando llegaron a los pasajes más estrechos y las largas paredes negras de la segunda calle de almacenes, tiendas y residencias. Allí el aire olía a humo y sangre.

Helios se abrió paso y cubrió la cabeza de Sátiro con su *aspis*.

—¿Señor?

—Dame un momento —gruñó Sátiro. Se desabrochó las mentoneras para quitarse el yelmo, se quitó el bonete y se palpó el cráneo. Sangre; tenía el pelo lleno. Luego volvió a ponérselo todo—. ¡Ay! —dijo.

A su alrededor, los hombres rieron.

Seguían cayendo jabalinas desde los tejados circundantes y no había un solo arquero a la vista.

—O bien tenemos que retroceder y cederles esta calle, o se la arrebatamos —dijo Sátiro.

Apolodoro puso mala cara y Draco gruñó.

Sátiro miró en derredor. En el callejón, y en el cruce que tenía a sus espaldas, había unos cuarenta infantes de marina.

—Arrebatémosela —dijo—. A los tejados. Sin cuartel. Procurad no matar a cautivos y esclavos pero, ante la duda, dadles muerte.

El yelmo tracio de Draco brillaba dorado a la luz de las llamas de los edificios incendiados más al sur.

—¡Escuchad al rey! —dijo—. En un combate casa por casa caen más hombres que en el campo de batalla. Permaneced en vuestra fila y no aflojéis la presión una vez que comencéis.

Sátiro miró primero en derredor, luego callejón abajo y, por último, hacia el humo.

—Antes teníamos un almacén al final de esta calle —dijo Sátiro—. Al otro lado hay una avenida perpendicular. Ningún avance más allá de ese punto.

—Sí, señor. —Draco miró en derredor—. ¿Todo el mundo se ha enterado?

Apolodoro se rio.

—Veo que el taxiarca y el navarco van a dirigir una carga despiadada en plena noche —dijo—. Tal vez el rey debería mantenerse al margen, ¿no?

Draco se rio.

—Buenos tiempos, señor. Mi espada no ha tocado más que madera en tres veranos.

—Por Ares y Heracles —dijo Sátiro—. Estoy aquí.

Estaba asustado y exaltado a la vez.

Los infantes se apretujaron en torno a él con los escudos levantados contra una lluvia de proyectiles, apiñados en las esquinas de dos edificios y aguardando la siguiente descarga de jabalinas que, atentamente, les cayó encima desde delante.

—¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad! —gritaron los oficiales. Cuando los proyectiles resonaron contra el tejado de escudos, los hombres estaban de pie y corriendo, una fila de seis hombres hacia cada una de la media docena de casas y almacenes del estrecho callejón. No fue una maniobra bien planeada y algunos hombres cayeron o se enredaron con sus armaduras, pero hicieron bastante ruido.

Sátiro iba al frente, Draco corría a su lado, y sus filas se dirigían calle arriba, más allá del punto desde donde les habían lanzado las jabalinas.

Una mujer chilló y una teja enorme se hizo añicos junto al pie de Sátiro. El dolor casi lo hizo caer pero se las arregló para no perder pie. Él y Draco alcanzaron juntos la puerta de la casa que habían elegido e irrumpieron en el interior. El patio estaba lleno de gente, faltó poco para que Sátiro partiera en dos a una muchacha. Ella al verlo gritó, y acto seguido el patio entero se puso a gritar.

«El patio de un tratante de esclavos», pensó.

—¡Al suelo y no os mataremos! —rugió. Se abrió paso entre la multitud mientras los esclavos se tiraban al suelo como si cayeran muertos. Sátiro llegó al pie de la escalera de la vivienda principal mientras Draco se llevaba a su fila al almacén. Se oyeron gritos. Chillidos. Los sonidos de la desesperación y la muerte.

De pronto Sátiro pensó que tenía pocos hombres desplegados, eran como el borde de una burbuja que podía estallar en cualquier momento. Por eso necesitaba que los embarcaderos estuvieran despejados, pues sin ellos sus hombres iban a empezar a morir.

En la escalera había un hombre con un hacha. La blandió contra Sátiro, que paró el golpe con el escudo y se resintió en la vieja rotura, pero escudo y brazo resistieron. Entonces Sátiro lo golpeó con el escudo, agarró el filo del hacha, lo empujó y arremetió por debajo del escudo hasta que el hombre cayó muerto.

Una flecha alcanzó su escudo.

—¡Necesito ayuda aquí! —gritó.

No hubo respuesta. Otra flecha alcanzó su yelmo, y esta atravesó el revestimiento de bronce, asomando tres dedos en la cara interna de su *aspis*.

—Heracles, Hijo de Zeus —rugió Sátiro. Acto seguido pegó el escudo contra la pared que tenía al lado para parar las flechas y corrió escaleras arriba, manteniéndolo delante de él.

Otra flecha más alcanzó el escudo cuando estaba a medio tramo de la escalera, y por fin llegó a lo alto.

Eran tres.

Uno le disparó a bocajarro. El tipo estaba casi detrás de él, pero con la excitación se dejó llevar por la prisa y erró un tiro que podía haber sido mortal, y la flecha se perdió en la noche.

«Dispongo del tiempo que tarde en cargar de nuevo el arco», pensó Sátiro.

Sátiro dio un salto adelante, estampó su escudo contra el hombre más corpulento y dio un potente rechazazo con la espada a la vez, contra el otro oponente. Su filo acertó; alto, en algún lugar de la cara o la cabeza, y luego Sátiro enseguida hacia la izquierda, sin dejar de empujar con el escudo a su adversario.

Este blandió su espada por debajo del escudo y Sátiro no pudo hacer nada al respecto puesto que su *aspis* estaba enredado y su espada, en otra parte. Sus grebas recibieron el golpe y, de repente, la espinilla derecha le estalló de dolor y trastabilló hacia atrás, se apoyó sobre el pie bueno e hincó una rodilla en tierra con el escudo de cara al arquero.

—¡Dejadme tirar! —gritaba el arquero, pero el primer atacante de Sátiro había bloqueado al otro hombre que también estaba gritando; los tres actuaban descoordinados. Sátiro dio un paso atrás, y el hombre que tenía más cerca lo atacó, bloqueando al arquero.

Sátiro dejó que se aproximara y luego lo golpeó con el escudo, apoyando su peso en el hombro, empujó y dio un golpe alto, y sus espadas entrechocaron. El otro hombre retrocedió un paso y Sátiro volvió a acometerlo, otro potente golpe alto, y el hombre se agachó y lo paró, pero su espada, mucho más ligera y barata, ya había tenido bastante, y la hoja se partió y él perdió algunos dedos. Gritó de dolor y cayó de espaldas, procurando mantener su escudo en posición defensiva, empujando con los pies para arrastrarse por el tejado hasta que chocó con el arquero.

Sátiro no les daba respiro para recuperarse sino que daba mandobles a cualquier cosa que estuviera a su alcance, golpes demasiado rápidos para contarlos a oscuras, y de súbito giró sobre sí mismo, preguntándose adónde había ido el tercer hombre.

Estaba arrodillado con la cabeza entre las manos.

—¡Estoy ciego! —aullaba con la descarnada intensidad de una mujer dando a luz.

La hoja de Sático le había cortado la zona de los ojos y la nariz. Había sangre por todas partes, negro brillante sobre el negro mate de la noche.

Sático lo decapitó.

El tejado estaba tranquilo. Las mujeres chillaban en el patio pero el tejado estaba despejado, y gracias a los juegos que ardían en los embarcaderos pudo ver que los grandes mercantes atracaban.

No iban llenos de grano.

Los llenaban dos mil veteranos macedonios que saltaron a los embarcaderos recién asegurados, formaron aproximadamente en su orden habitual de combate y procedieron a tomar la ciudad por asalto.

Eran despiadados, eran concienzudos, y los piratas no tenían nada para ponerse a su altura.

Hubo más lucha, pero Sático no participó. El tobillo le ardía, tenía un corte de mal aspecto en la pierna y había que separar la greba estropeada de la herida.

Se marchó del tejado dando traspiés, y su sandalia derecha hacía ruido de succión a cada paso que daba. En el patio los esclavos estaban tendidos bocabajo en medio de tanta sangre que parecía que los hubieran masacrado a todos.

Un hilo de sangre salía del patio hasta la alcantarilla del medio de la calle.

Sus macedonios abarrotaban la calle entre bramidos, oliendo la victoria y una ciudad que saquear. Sático tuvo que aplastarse contra una pared para evitar que lo arrollaran, o algo peor, al toparse con un *taxeis* que avanzaba arrasando con todo por la madeja de callejones hacia el ágora y los edificios públicos de la ciudad. Sático vio que Draco salía del almacén. El oficial macedonio esbozó un saludo y se zambulló en el río de falangistas gritando órdenes y desapareció, dejando al Rey del Bósforo sangrando en una relativa paz.

Sático se tambaleaba, apoyándose en la pared de un almacén fue renqueando por la calle adoquinada hacia los embarcaderos. Estaba perdiendo sangre pero veía dónde habían caído hombres: un infante de marina con la cara destrozada por un adoquín, otro con una jabalina clavada en la espalda. En la esquina donde habían comenzado la carga, Helios estaba tumbado encima de su *aspis*. Su yelmo presentaba una profunda hendidura.

Sático se agachó y recogió al chico. Incluso con armadura, no pesaba mucho. Helios tosió, escupió y maldijo. Varios pasos después soltó una especie de grito ahogado.

Sático lo llevó hasta los embarcaderos, donde los *itairoi*, los curanderos, estaban reuniendo a los heridos. Eran una innovación reciente, cada nave llevaba uno, y lo cierto es que Sático todavía no los distinguía. Tropezó con una bala de tela y cayó con su hipaspista encima de él. Ambos gritaron.

—¡Mi señor! —exclamó un hombre, y de pronto estuvo rodeado de hombres con

antorchas.

—Vosotros coged al rey, yo me encargo del hombre que llevaba en brazos —dijo una voz, y entonces Sátiro perdió el conocimiento.

Volvió en sí tendido sobre un par de barriles. Tras un prolongado y doloroso momento de desorientación, se dio cuenta de que estaba en el patio que antaño había sido el del almacén de Abraham ben Zion, tenía un vendaje compresivo en la espinilla, hecho con un trozo de lino superfino, mientras a su alrededor había hombres que gritaban a causa del bistori o que murmuraban su agradecimiento a los hombres que cuidaban de ellos. El sol del nuevo día iluminaba el patio y el aire apestaba a humo sucio; edificios incendiados, carne chamuscada.

Diocles lo encontró una hora más tarde, cuando el dolor había comenzado a adueñarse de su pierna y su hombro. Ni siquiera sabía por qué le dolía el hombro, y tuvo que declinar el jugo de amapola que mantenía calmados a casi todos los demás heridos.

Helios yacía en los adoquines encima de su capa, inconsciente y con una línea de puntos de sutura a lo largo del brazo de la espada y una magulladura en la cabeza que hacía temer al *iatros* que tuviera el cráneo roto. Sátiro lo miraba, viendo lo que le había costado su osado, impetuoso y brillante ataque.

—Creo que hemos vencido —dijo Diocles.

Sátiro estaba mareado por la pérdida de sangre y cierta embriaguez.

—Oh sí. Muy gloriosa victoria. ¿Alguna idea sobre las bajas? —Bebió un trago de vino de su odre y sacudió la cabeza—. ¿Bajas aparte de las que veo aquí?

Draco salió de la calle y le cogió el odre.

—Doce en las primeras refriegas, antes de que llegaran refuerzos —dijo. Le chorreaba sangre de debajo del yelmo y tenía el brazo derecho de color marrón rojizo hasta la altura del codo. Bebió un trago largo—. Hacía mucho que no tomaba una ciudad. Los muchachos estarán contentos, desde luego. —Sonrió—. En cuanto el resto de los muchachos ha bajado a tierra, apenas se ha combatido.

—Tampoco hemos tomado muchos prisioneros —señaló Diocles.

Sátiro se encogió de hombros. Los piratas eran unos indeseables. Que algunos de ellos antes hubieran sido sus aliados era... Moira. Apartó ese pensamiento de su mente para aclarar cómo se sentía en realidad. Pues de lo contrario vomitaría y no estaría en condiciones de mandar a los hombres. Ni de ser rey.

Se incorporó, se obligó a dejar de mirar a Helios y asintió.

—Pocas bajas y me figuro que un botín que merece la pena.

Draco asintió.

—Un buen comienzo. Hemos bajado la guardia y los muchachos han pasado tres veranos muy cómodos. Esto les reavivará la sangre.

Sátiro sopesó varias respuestas posibles, había sangre de los suyos por doquier,

pero finalmente negó con la cabeza.

—Quiero partir antes de que caiga la noche.

Diocles saludó con el puño y Draco gruñó.

—Es más fácil sacar a un borracho de un burdel que a un soldado de una ciudad recién tomada —dijo—. Los burdeles cuestan dinero.

Sátiro intentó apoyar su peso en la espinilla. Eso hizo que aún le doliera más, cosa que pareció despejarle la cabeza.

—Al anochecer —insistió.

Sátiro dedicó un sacrificio a Apolo a la puesta del sol, y antes de que el ternero estuviera degollado para despiezarlo y asarlo Draco anunció que la ciudad estaba asegurada. Los barcos capturados, los que merecía la pena salvar, los habían remolcado. El resto lo quemaron. La ciudad, salvo los embarcaderos y los almacenes, fue incendiada. Los supervivientes o bien se cargaron a bordo de las naves para venderlos como esclavos o, si eran demasiado viejos para resultar útiles, fueron expulsados a la *chora*, las granjas de los alrededores de la ciudad, para que hicieran su camino. De todos modos, muchos serían apresados por los tracios que también los venderían como esclavos. Otros morirían de hambre o sucumbirían a las enfermedades, o simplemente los matarían por ser inservibles.

Sátiro endureció su corazón y recordó que se trataba de piratas. Su destino era justo.

Por descontado, sabía perfectamente que en su mayoría formaban parte del séquito de los piratas; esposas, prostitutas, criados y los pequeños artesanos que toda comunidad atraía. Habían elegido ir allí para buscarse la vida. Muchos de ellos eran inocentes y su único crimen era la pobreza.

Cuatro días sin noticias de una flota mercante cada vez más inquieta, anclada delante de Heraclea. Y entonces regresaron las naves de guerra.

Estratocles observó a Sátiro de Tanais navegando costa arriba. Tenía buena vista y era capaz de ver a lo lejos que las naves de guerra de Sátiro habían criado como conejos o se habían encontrado con amigos.

O apresado enemigos. Estratocles meneó la cabeza. El chico era bueno. Estratocles corrió a ver a su ama.

—¿Ha tomado Timaea? —preguntó Dionisio. Estaba bastante sereno para ser un hombre que acababa de enterarse de que un rival potencial poseía la base naval más cercana.

—Solo es una suposición mía, señor —contestó Estratocles—. Seguro que no tardará en venir, ufano de su triunfo, a explicarlo.

Amastris no le veía la gracia.

—¡Podría habérselo dicho! —exclamó.

Dionisio observaba la flota, que ya había fondeado.

—Podría —dijo Dionisio despacio—, pero no lo hizo, como tampoco dejó bajar a tierra a sus marineros. No confié en nosotros. ¿Este es el hombre con quien deseas casarte, querida? —le preguntó a Amastris.

Amastris se encogió de hombros.

—Sí. Aunque no estoy nada contenta con este giro en los acontecimientos. ¡Es culpa tuya, tío! Lo has tenido tanto tiempo pendiente que buscará otra esposa y vendrá...

—Silencio —interrumpió Dionisio. Se incorporó en el *kline*, que protestó—. Deja que piense. Dekas ha perdido su base y un tercio de su flota. Y seguramente su tesoro.

—Ahora no tiene más opción que servir a Antígono —apuntó Estratocles.

—Y Sátiro de Tanais domina la entrada de los Dardanelos —prosiguió Dionisio—. Puede controlar nuestro grano.

—No lo sabremos hasta que oigamos lo que tenga que decir —señaló Amastris—. Hablaré con él.

—Quizá simplemente venga para llevásete —dijo Dionisio—. No me había planteado la posibilidad de que Demóstrate fuera mejor vecino que Sátiro. —Se rio sin regocijo—. Y pensar que fui yo quien le ayudó a comenzar.

Estratocles asintió porque no había tomado en consideración la debilidad de la posición pirata, solo su fortaleza. «Me estoy haciendo viejo», pensó.

—Sátiro, Rey del Bósforo, y su séquito —anunció Néstor.

—¡Podrías habérmelo dicho! —protestó Amastris en cuanto estuvieron a solas. Entendiendo por a solas en compañía de una docena de miembros del séquito, esclavos y Néstor.

Sátiro no llevaba armadura. En invierno se había imaginado desembarcando para ir a verla con su espléndido *thorax* de escamas y su magnífico yelmo de plata, todo un trofeo en sí mismo. Se había imaginado llegando de una batalla naval reciente.

La toma de Timaea no era algo de lo que quisiera jactarse, como tampoco tenía interés alguno en llevar armadura. Vestía un viejo quitón azul celeste que había sido lavado con tanta frecuencia que lo sentía sobre los hombros como un amigo. Calzaba botas beocias porque siempre se las ponía en el mar. No parecía un rey guerrero, y vio la sencillez de su atuendo reflejada en los ojos de Amastris.

—Tenía que actuar deprisa —dijo Sátiro. Le sorprendió lo normal que sonaba su voz.

—Tenías que tranquilizar a tus aliados, entre los que nos contamos mi tío y yo.

Mi tío piensa, incluso ahora, que podrías arremeter contra nosotros, tomar Heraclea y someterla a tu corona de «rey».

Amastris no se mostraba enojada, solo objetiva. Una buena estadista, pensó Sático. Seguramente se le daba mucho mejor tratar con embajadores que a él. Su belleza, algo más que su belleza, hizo que le dolieran las entrañas. Sus pechos asomaban un poco cual pálidas frutas. Sático recordaba la sensación de acariciarlos.

—Lo siento —dijo Sático. Cambió el tono de su voz; ya no era un estadista imparcial—. Amastris, si hubiese desembarcado, ¿cuándo habría partido?

Alargó el brazo para tocarle la mano, pero ella la retiró y le dio la espalda.

—Me toqueteas, y la gente habla. —De repente se puso de pie—. Creo que debes presentarme una disculpa mejor que ese intento de adularme, basado únicamente en la lujuria. —No obstante se acercó a su pecho, pero sus ojos ardían en los suyos. Estaba enojada, tan enojada que le temblaban los hombros—. ¡No confiaste en mí!

—¿Cómo iba a hacerlo? —respondió Sático sin detenerse a pensar lo que decía—. Empleas al hombre que asesinó a mi madre.

—Sabes que eso no es verdad —dijo Amastris—. Te reto a demostrarlo. Además, aun suponiendo que estuviera involucrado, solo fue un asunto político. Nada personal.

Sático negó con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que dijo él, o eso sostiene mi hermana.

—¿Y qué? —repuso Amastris—. No quieres que tenga un consejero tan bueno y concienzudo como Estratocles. Preferirías que fuese una virgen ignorante, lista para el matrimonio. Puedes decirme lo que consideres oportuno, y así al menos fingiré que me alegra que compartas esas perlas de tu sabiduría masculina conmigo. No eres mejor que mi tío, solo eres más agradable a la vista.

Sático nunca la había visto así. No estaba seguro de que esta Amastris enojada, indiferente y tendenciosa no le gustara más que la complaciente tentadora del palacio de Tolomeo.

—Muy bien —le dijo—. Hablemos pues como gobernantes, ¿de acuerdo?

—No te pongas condescendiente conmigo —le espetó Amastris.

—No me pongo condescendiente contigo, Amastris. Tan solo te digo la pura verdad sin tratar de adularte. —Se sentó cuidadosamente en un diván—. Mi ataque dependía de la celeridad y el efecto sorpresa. Celeridad para atrapar a las naves de guerra de Dekas cuando aún estaban amarradas en puerto. Efecto sorpresa porque reduce el número de bajas y, tal como presupuse, nos superaban en número de una manera espantosa. Cometí... —Revolvió su copa—. Cometí un error de cálculo garrafal, y solo el favor del divino Heracles...

—Eres de una beatería deprimente —interrumpió Amastris, negando con la cabeza—. El favor del divino Heracles. ¿Te criaste en una ciudad poderosa? ¿O

resulta que en realidad eres un pastor de Ática?

Sátiro esbozó una sonrisa, en buena medida el tipo de sonrisa que se dibujaba en su rostro cuando combatía, aunque él no lo supiera.

—Tal vez sea un pastorcillo, bien pensado —dijo—. Sin embargo, necesitaba el efecto sorpresa para tomar Timaea. No me fío de Estratocles. Lamento que lo aprecies, y aún lamento más que confíes en él.

Hizo una pausa para beber un sorbo de vino.

—Te ayudó a conseguir el trono.

—Sospecho que tú lo incitaste a hacerlo, y aún sospecho más que eso coincidía con los intereses de Atenas. —Sátiro se encogió de hombros—. En cualquier caso no se trata de Estratocles, querida. Siempre discutimos acerca de él, y esta vez lo hacemos por nada. Aunque no hubiese estado a tu lado, no habría desembarcado. La mayoría de mis remeros e infantes de marina ya saben demasiado. Si hubiesen bajado a tierra, el rumor habría cruzado el istmo en alas de halcón hasta Timaea.

Amastris se encogió de hombros.

—¿Y? Tal vez tendría que haber cosas más importantes para ti que la vida de un puñado de mercenarios.

Le sonrió, y sus hoyuelos aparecieron como si los hubiese llamado.

—Creía que estábamos hablando como estadistas —señaló Sátiro. No sabía bien qué sentía. Había venido; ¿por qué había venido? León lo aguardaba y él estaba desperdiciando un día.

De pronto, en el tiempo que tarda el corazón en latir dos veces, percibió el cambio, como el momento en que el borde del sol aparecía sobre el mundo.

—Mi señora, tengo que irme a Rodas —anunció.

Por un momento, Amastris se mostró confundida. Sátiro nunca la había visto confundida.

—Lo siento si mi táctica os confundió a ti o a tu tío. No tenía intención de haceros ningún daño. Los estrechos están abiertos para vuestras naves. Tengo que marcharme.

Se inclinó hacia delante para besarle la mejilla pero ella se levantó de un salto de su silla y la puso entre ambos.

—¿Te marchas? ¿Tienes la más remota idea de lo que estás haciendo? Tenemos que hacer planes...

Sátiro negó con la cabeza.

—Planes que podemos hacer en otra ocasión. El viento es favorable y mi tío me está aguardando en Rodas. Estaré de vuelta en cuestión de semanas y entonces podremos hacer planes.

—Afrodita me asista. ¿Me abandonas, Sátiro? ¿No somos amantes? ¿Qué servicio es este?

Volvía a estar enojada, o quizá lo había estado todo el rato.

Sátiro también estaba enojado, aunque apenas comenzaba a ser consciente de ello.

—Quizá si estuviéramos casados me tomaría estas protestas más en serio —dijo—. Tal como están las cosas, somos un par de gobernantes en duelo por el poder. Eso puedo hacerlo en cualquier otra parte, y me requieren en otra parte. Ansío casarme contigo, Amastris, pero mientras tu tío no se avenga, ¿qué sentido tienen estos encuentros? Enojo, recriminaciones...

—Pues vete —dijo Amastris—. Tienes toda la razón. No tienen sentido. Por favor, márchate de inmediato.

Sátiro recogió su clámide de una banqueta. Había hablado más de la cuenta, diciendo lo que no debía decir. Y ahora se arrepentía.

Pero nada podía añadir sin rendirse, y nunca había sido muy proclive a aceptar una rendición.

La miró, esperando comunicarse con la mirada, pero ella salió majestuosamente de la estancia. Oyó el ruido del metal golpeando el yeso.

Sátiro suspiró y se fue. Recogió al silencioso Helios en las cocinas y encontró a su escolta aguardándolo bajo los aleros del palacio. Néstor estaba allí, hablando con Apolodoro.

—Buenas noches, Néstor —saludó Sátiro al aproximarse.

—Señor —dijo Néstor, inclinando la cabeza—. Una victoria memorable.

—Muchos niños y mujeres muertos —dijo Sátiro con cierta amargura.

—Un nido de víboras, si te interesa mi opinión.

—No te la he pedido —replicó Sátiro.

—¿No has tenido un buen día con mi señora? —preguntó Néstor esbozando una sonrisa.

Sátiro negó con la cabeza.

—Me parece que hemos terminado —dijo. Tenía ganas de llorar; tenía la impresión de que decirlo en voz alta le haría hacerlo.

Néstor negó con la cabeza.

—No mientras sigas deseándola —sentenció—. Solo es el veneno de esa hiena ateniense. —Se encogió de hombros—. A lo mejor un día lo mataré para mi rey... y para ti.

Sátiro negó con la cabeza.

—Heraclea nunca me ha sido propicia —dijo. Captó las miradas de su escolta—. Nos requieren en Rodas. Deberíamos zarpar cuanto antes.

Capítulo 7

Días a vela y a remo, noches bajo lonas en playas desde el cuello del Bósforo hasta la costa de Asia. La segunda noche acamparon bajo las ruinas de Troya y Sátiro fue a ofrecer sacrificios a los espíritus de Aquiles, Patroclo y Héctor. La cuarta noche acamparon bajo las ruinas de Metimna, en Lesbos, y Sátiro bebió vino con el comandante de la guarnición, Filipo Xifos, un viejo amigo de Draco.

—Ese puto catamita te está aguardando en aguas de Quíos —dijo Filipo sin más preámbulo.

Sátiro asintió.

—Gracias por el dato —dijo.

Filipo se rio.

—Draco dice que era un buen hombre, por más que seas un griego afeminado además de un bárbaro —dijo. Filipo había perdido un ojo, igual que su tocayo, y tenía un par de cicatrices que parecían dedos que le cruzaran la cara. Su compañero de diván en la cena era un chico muy guapo con el cuerpo de un atleta olímpico, un descendiente de Safo.

—Soy descendiente de Safo y de Alceo —proclamó orgullosamente.

Después de cantar unos cuantos poemas de su antepasada y de tocar muy bien la lira, el chico fue a sentarse junto a Sátiro en su diván.

—¿Me tomarías como infante de marina? —preguntó—. Quiero ir a la guerra. Aquí no hago más que entrenarme.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sátiro.

—Cármides —dijo el muchacho.

—¿Qué edad tienes, chaval? —preguntó Sátiro, sintiéndose como si tuviera mil años.

—Dieciocho... dentro de unas semanas.

—Meses —apostilló Filipo—. No será efebo hasta el Festival de Heracles. Y me refiero a mi festival de Heracles, en Pella.

—Sé a cuál te refieres —respondió Sátiro con tolerancia—. ¿Qué opinas de esto, señor? ¿Quieres que se haga a la mar como infante?

El viejo macedonio sonrió con ternura al muchacho.

—Espero que nunca vea el destello de una lanza en la mano roja de un enemigo —dijo—. Pero, por otra parte, tiene muchas ganas de verlo, igual que todos nosotros, ¿eh? —Filipo hizo una mueca—. Tú has visto mucha acción, para ser griego.

Sátiro se encogió de hombros.

—Podría enviarlo con Antígono, pero tiene fama de comer hombres —prosiguió Filipo—. Casandro quizá sea regente de Macedonia, pero me es imposible amarlo. Tolomeo siempre fue mi favorito, pero Egipto está muy lejos.

—¿Me estás pidiendo que enrole al chico? —preguntó Sátiro.

—Deja que lo piense —contestó Filipo.

Por la mañana, el apuesto muchacho estaba en la playa de arena negra de Metimna con un pesado petate y luciendo una buena armadura. Filipo estaba a su lado con una capa medio púrpura, medio parda. Sátiro sonrió ante el uniforme de los Compañeros del Rey Alejandro. Una fanfarronada magnífica. Y verdadera, por lo demás.

—Supongo que alguna vez tendrá que irse, ¿eh? —preguntó Filipo—. Había esperado enviarlo con Draco...

—Está defendiendo Timaea para mí —dijo Sátiro—. ¿Puedes decirme otra vez tu nombre, muchacho?

El joven miró tímidamente al suelo; realmente, demasiado bien educado para ser verdad.

—Me llamo Cármides —dijo.

El chico le recordaba a alguien a Sátiro, pero no sabía a quién. Se volvió hacia Apolodoro.

—Tenemos un nuevo infante de marina —le anunció.

Apolodoro sonrió.

—Un muchacho bien dispuesto, según veo. ¿Sabes lanzar la jabalina, chaval?

Cuando Cármides sonrió se le hicieron hoyuelos en las mejillas.

—Bastante bien —contestó con prudencia.

—¡Bastante bien para lanzarla en las competiciones de los Juegos Olímpicos! —terció Filipo—. Cuida bien de mi chico. He sido su padre en todo menos en linaje.

Sátiro estrechó la mano del anciano.

—Haré lo posible —dijo—. El mar no siempre es amable.

—Veamos si puedo hacer que lo sea un poco más —respondió Filipo—. Demos un paseo por la playa.

En unos pocos minutos de paseo, Filipo expuso las disposiciones de Antígono, Demetrio y el pirata Dekas.

—Dekas tiene sesenta naves —agregó Filipo—, incluidas cuatro mías.

Sátiro torció el semblante.

—No puedo enfrentarme a sesenta naves. Me gustaría. Creo que podría apresarlos, pero el riesgo es demasiado alto y mis mercaderes saldrían malparados.

—Pues aguarda unas semanas. Dekas no puede aguardar para siempre, Antígono lo necesita para expulsar a Tolomeo de Chipre. O para bloquear Rodas. —Filipo meneó la cabeza—. Puedes aguardar aquí. No te cobraré mucho —agregó.

Sátiro asintió.

—Gracias —dijo—, pero no.

—¿Tienes intención de combatir? —preguntó Filipo, y la mirada que dirigió a

Cármides, que ya estaba guardando sus cosas debajo de una bancada, fue de lo más elocuente.

—No —contestó Sático.

Sático zarpó de Metimna dirigiéndose al oeste, no al este para enfilear los Estrechos de Lesbos como tenía planeado. Estando a finales de primavera, ese rumbo era arriesgado, y su siguiente paso aún lo fue más, pues abandonó la seguridad de la costa de Lesbos en Ereso una mañana despejada, cruzando el mar abierto hasta la solitaria isla de Psara, al suroeste, alcanzándola al anochecer. Sus hombres comieron cangrejo y langosta en la playa y bailaron con los isleños que fueron a su encuentro cuando tuvieron claro que no eran asaltantes.

Zarparon encomendándose a Eos, la lujuriosa diosa del amanecer, cuando esta acarició el cielo con sus dedos rosados, y navegaron con rumbo sur todo el día, más de cien estadios de aguas profundas sin avistar una isla ni una gaviota una vez que dejaron a popa las rocosas laderas de Psara. Y luego cayó la noche, y con ella corrieron el mayor riesgo de todos; cuarenta naves surcaban el mar abierto a oscuras con las popas iluminadas como templos en un festival.

Por la mañana el escuadrón de Sático se había dispersado sobre cincuenta estadios de mar, pero él siguió adelante, aprovechando el viento fresco de popa que lo llevó hacia el sur hasta que, al salir las estrellas, Míconos apareció entre el mástil y el castillo de proa.

Neiron asintió.

—Buen avistamiento —dijo. Acto seguido sonrió como un chacal egipcio—. Excelente avistamiento. —Pocas cosas hacían sonreír al viejo y amargado Neiron, pero una buena navegación siempre merecía unas risas—. ¿Qué tienes en mente, jovencito?

Sático se molestó como siempre que lo llamaban jovencito, pero se encogió de hombros.

—El precio del grano —contestó—. Estos días siempre me ronda el pensamiento. —Dirigió la mirada hacia Míconos—. Tengo diez mil *mythemnoi* de grano; más, sospecho. Todo el grano de mis granjas, todo el grano de la mayoría de las granjas de meotes del Tanais y todo el excedente de Pantcapea. A cuatro dracmas por *mythemna*, precio ateniense, cubrimos gastos. Un mal año para los pequeños agricultores. A cinco dracmas y medio, sacamos un pequeño beneficio.

—Yo no soy granjero —dijo Neiron—. ¿Cuánto es un pequeño beneficio?

Leóstenes, el sacerdote de Poseidón, dio un resoplido. Estaba sentado en el banco del timonel, leyendo un rollo. Se levantó.

—¿Ni siquiera te criaste en una granja, viejo? —preguntó.

Neiron sonrió y negó con la cabeza.

—Barcas de pesca y mercantes.

Leóstenes asintió.

—Mi padre se las veía y deseaba para alcanzar su cuota de doscientos *mythemnoi* anuales. Doscientas medidas o más, y eres ciudadano de pleno derecho. Menos, y si el tasador quiere, puede quitarte el derecho a servir; muchos derechos. Si no satisfaces la cuota, tu hijo no puede entrenarse en el gimnasio.

Leóstenes se volvió hacia el mar, a todas luces recordando algo penoso.

Sátiro nunca se lo había planteado así. Por supuesto, salvo las pocas semanas en que fue un exiliado aterrorizado, nunca le había faltado dinero. Miró al sacerdote.

—¿Alguna vez sucedió?

Leóstenes rio forzosamente.

—Jamás. De vez en cuando teníamos un año de buenas cosechas de grano y aceituna y alcanzábamos la cuota holgadamente, y pagábamos los impuestos y apartábamos dinero para dotes. Un año de cada cinco. El resto, trabajábamos en los campos con los esclavos, espigando cada grano antes de que se lo llevaran los cuervos. En Atenas tienen un nombre especial para los granos de avena sucios.

Se encogió de hombros. Sátiro volvió a mirar a Neiron.

—Así pues, a cinco dracmas, sacamos un pequeño beneficio. Uno de mis agricultores meotes es afortunado si tiene doscientos *mythemnoi* como el padre de Leóstenes. Pongamos que tiene cuatro esclavos, un caballo, un buey y un arado, seis hijos... Bien, haz el cálculo. Doscientos *mythemnoi* de grano a cinco dracmas le suponen mil dracmas. Diez minas de plata. La sexta parte de un talento. Parece una cifra respetable hasta que alimentas a tus hijos, a los esclavos y al buey, por no mencionar al caballo.

Neiron asintió.

—Todo barco mercante sabe a qué atenerse, señor.

Sátiro hizo una mueca.

—Cuando miro ahí atrás —señaló los mercantes que los seguían en formación de punta de flecha—, lo único que veo son las esperanzas y temores de mil pequeños agricultores. Si lo pierdo todo en una tormenta, ¿qué ocurre? Un ataque pirata, una mala elección de puerto, precios bajos al llegar...

Leóstenes se mostró interesado. Neiron frunció el ceño.

—Gajes del comercio, Sátiro. Cada cargamento soporta su peso en preocupaciones, o al menos eso decía mi padre.

Sátiro señaló con el mentón la isla de Míconos que ya se perfilaba claramente en el horizonte.

—De modo que no es solo un avistamiento. Es un riesgo superado. Se supone que hemos dado esquinazo a Dekas. Podría luchar contra él. Hades, cuánto me gustaría luchar contra él por más que nos supere en número. Pero este no es mi grano. O al

menos la mitad no lo es.

Leóstenes asintió.

—Señor, deberías cruzar el estrecho y visitar al dios en Delos.

La idea atrajo a Sático, y le sorprendió no haber pensado en ningún momento en Delos, separado de Míconos por una estrecha franja de agua.

—He tenido la mente demasiado puesta en el mar —dijo—. Encontraré el momento para visitar al dios.

Pasaron la noche en las playas del norte de Míconos, adonde fueron arribando naves hasta el amanecer. Sático decretó un día de descanso y los marineros repararon cabos y velas mientras los remeros dormían y los infantes de marina hacían instrucción, ejecutaban danzas de guerra y lanzaban jabalinas hasta dolerles los brazos. El joven Cármides lanzó tan bien que Apolodoro se negó a hacerse responsable del chico.

—Los hombres o bien lo tirarán por la borda o bien se quedarán perdidamente prendados de él —dijo Apolodoro. Negó con la cabeza—. Es demasiado agradable.

Sático se rio.

—Sigo sin saber a quién me recuerda —respondió.

Se llevó a Helios y al joven Cármides con él, anduvo playa abajo en busca de Diocles y el *Halcón Negro* y dispuso que lo llevaran a remo hasta Delos, al otro lado del canal, para visitar el Templo de Apolo, el santuario más sagrado del mundo helénico. Sático no lo conocía, nunca había tenido ocasión de verlo. Y mientras conducía a sus naves dando un largo rodeo para frustrar la estrategia naval de Antígono, había tenido, quizás como consecuencia de su encuentro con Amastris y sus consecuencias, la sensación de estar contaminado, de haberse ensuciado.

¿Qué le debía a Amastris?

¿Por qué no se había asegurado de separarse de su hermana en mejores términos?

Los hombres de Diocles remaron con ahínco, tan ansiosos por ver el mercado de Delos, uno de los mejores del mar, como él por visitar el templo.

—Se estarán meando en los quitones —dijo Diocles con una carcajada, mirando la playa.

Sático salió de su ensimismamiento y vio la playa de desembarco del gran Templo de Apolo; el *hieron* del nacimiento de Apolo y su hermana Artemis. Había al menos cien sacerdotes y acólitos en la playa.

Sático los miró y negó con la cabeza.

—¿Todo eso es por mí? —preguntó.

Diocles volvió a reír.

—Tienes veinte naves de guerra a pocos estadios de aquí. Este templo ha respaldado a Antígono desde los albores de la guerra... y aquí estás tú.

Glaucón, el amo de Diocles, poseía una de las voces más agradables que Sátiro hubiera oído jamás. Señaló al otro lado del cabo, hacia donde se alzaba el gran templo junto al lago sagrado. Estando tan cerca, apenas era visible.

—Un botín de unos cuantos dracmas —dijo.

Sátiro dio un grito ahogado ante semejante blasfemia.

—¿Acaso somos piratas? —preguntó Sátiro.

Diocles negó con la cabeza.

—No, señor. Nosotros no somos piratas. Ellos, sí.

Sátiro sonrió.

—En mi familia se cuenta la leyenda de que a uno de nuestros ancestros lo trataron bastante mal aquí... aunque según se dice le hicieron una buena profecía.

—Que te engañen los sacerdotes forma parte del peregrinaje —dijo Diocles.

—Un botín de unos cuantos dracmas —insistió Glaucón con un aire ensoñador.

—¡Reacciona! —le dijo Sátiro, aunque riendo—. Olvido que soy un rey y un lobo de mar. Con un poco de esfuerzo, espero vengar amistosamente a mi antepasado.

—Apuesto a que vale mil talentos de plata —dijo Fileo, pero enseguida se tapó la boca.

Sátiro se llevó a Helios y Cármides playa arriba, donde besaron el suelo diligentemente y los sacerdotes los recibieron con entusiasmo.

Sátiro soportó varias horas de atenciones en exceso obsequiosas a cambio de unos breves momentos en la grieta sagrada y de su oportunidad para rendir culto al Señor del Arco de Plata, cosa que hizo, sacrificando un carnero con su propia espada, y otro por Melita en el altar de Artemis para gran regocijo de la suma sacerdotisa. Les dejó parte del botín de los piratas de Timaea, cosa que pareció complacerlos más que su devoción.

De pie junto al lago sagrado, estuvo un rato mirando las aguas negras, pero el dios no le habló. Y en la grieta sagrada oyó murmullos y un chillido, un chillido muy teatral, pero la voz del dios permaneció muda para él.

El lugar en sí mismo era de una dramática belleza, antiguo y con la pátina de mil años de culto, y quizá de dos mil. Y cuando se volvió para marcharse del lago sagrado, donde tenía la impresión de haberse quedado demasiado tiempo, se encontró con que el gerofante lo estaba aguardando.

—Mi señor —dijo a media voz—. ¿Te ha hablado el dios?

Sátiro negó con la cabeza.

—No. La grieta y el lado han guardado silencio por igual. Confieso que mis pensamientos suelen dirigirse a mi antepasado Heracles, y quizás haya descuidado al Señor de la Lira.

Sátiro se encogió de hombros. Lamentó el impulso que lo había llevado allí.

El gerofante negó con la cabeza.

—No has ofendido al Señor Apolo. —Hizo una pausa—. No de un modo concreto.

—¿Pues entonces cómo? —preguntó Sátiro. A los dioses los adoraba pero los sacerdotes a veces lo sacaban de quicio.

El gerofante lo miró con dureza. Curiosamente, eso hizo que a Sátiro le cayera mejor; eran los sacerdotes demasiado obsequiosos lo que lo fastidiaban.

—Soñé contigo, mi señor. Cargas con la impureza de una enorme culpa de sangre. Has matado a muchos hombres; a muchos hombres, mi señor, y sin excusa. Tu linaje es de asesinos hasta la generación de Heracles, alabado sea su nombre. — Los ojos del gerofante lo miraron de hito en hito, sin pestañear—. Debes plantearte una expiación.

—¿Un sacrificio? —preguntó Sátiro. Aun siendo un hombre piadoso, estuvo tentado de preguntar si un donativo generoso limpiaría su supuesta culpa de sangre.

El sacerdote entrecerró los ojos.

—Tienes fama de ser un hombre amante y temeroso de los dioses —dijo—. Te comportas como un sofista ateniense.

Sátiro se avergonzó.

—Ambos hombres pueden habitar un mismo cuerpo —dijo.

El sacerdote asintió.

—Incluso el cuerpo de un sacerdote. Escucha mi sueño, y la palabra de Apolo, y obra en consecuencia o no, porque los dioses otorgan a los hombres libre albedrío para hacer o dejar de hacer, y esperan que los hombres asuman las consecuencias, diría yo. Apolo pide que sacrifiques parte de tu tiempo y que aprendas a tocar la lira. Mi sueño dice que de niño te dedicaste poco a la música. Apolo ordena que aprendas a tocar su instrumento y, mediante este, tal vez veas cosas que todavía no has visto.

Sátiro se quedó atónito ante la sencillez y la sutileza del requerimiento del dios.

—Te doy las gracias, señor sacerdote. Tomaré en consideración la exigencia del dios. Obraré en consecuencia.

En efecto, un levísimo olorcillo a piel de gato húmeda alcanzó su nariz, la primera señal de su dios ancestral en muchos ciclos lunares, y se conmovió. Abrazó al sacerdote, que asintió gentilmente.

—Los maestros acudirán a ti —dijo el sacerdote de súbito.

—¿Un maestro de música? —preguntó Sátiro.

El sacerdote se encogió de hombros.

—Yo... algún *daimon* se ha manifestado. He hablado sin pensar.

Sátiro se sintió satisfecho. Los dioses habían hablado, su visita no había sido en balde. Culpa de sangre; sí, Sátiro admitió que la muerte de muchas víctimas permanecía justo debajo de la superficie de su mente, aguardando a que él se sumergiera en aguas más profundas. La chica sakje que había matado en su primer

combate. Los marineros que una vez ejecutó en una playa para mantener la disciplina. Los muertos de sus batallas. Las mujeres masacradas cuando sus infantes saqueaban una ciudad. Un rey enseguida apilaba un montón de cadáveres.

De vuelta en la playa, Cármides le agradeció con gracia que le hubiera permitido acompañarlo.

—¿Eres piadoso, Cármides? —preguntó Sático. Estaba sumergido, viendo a todos sus muertos.

El joven se sonrojó, una habilidad llamativa en un hombre capaz de lanzar la jabalina a medio estadio.

—Creo... creo en los dioses, señor.

Sático asintió.

—¿Y tú, Helios?

—Creo más en los dioses siendo hombre libre que cuando era esclavo —dijo Helios—. Los dioses tienen muy poco que ofrecer a un esclavo.

Sático volvió la vista hacia popa.

—Helios, ¿sabes tocar la lira?

Helios se mostró incómodo.

—No, señor.

Sático miró a Cármides, que se sonrojó y masculló algo.

—Apuesto a que toca la mar de bien —dijo Sático a Helios—. Todos los habitantes de la isla de Safo deberían ser músicos.

Cármides negó con la cabeza.

—No, señor. Nunca... Nunca le dediqué el tiempo suficiente. La música es difícil. —Se encogió de hombros—. Pasaba el tiempo corriendo y aprendiendo a luchar.

Sático frunció los labios.

—Según parece me he rodeado de no-músicos. Y sin embargo tanto a Terón como a Filocles les encantaba tocar y cantar. Apolo me ordena que aprenda a tocar la lira, caballeros. Cuando haya contratado a un maestro, os invitaré a aprender conmigo.

Ambos muchachos sonrieron complacidos, y eso alegró a Sático a su vez.

Sático pensó en la música durante toda la travesía a Míconos.

Rumbo sudeste, bajando por la «garganta» entre las Cícladas y las Espóradas. Una noche en una playa sin nombre de un islote ante la costa de Astipalea, comiendo provisiones en torno a pequeñas fogatas, y por la mañana volver a zarpar hacia el oeste de Cos. Esa mañana avistaron dos naves en el horizonte al norte, a sesenta estadios o más.

—Mileto está por la aleta de estribor —dijo Neiron.

—Con casi todas las naves de guerra menores de Antígono, si Filipo de Metimna

llevaba razón —respondió Sático—. De todos modos, deberíamos estar al sur de Dekas.

—A no ser que esos sean sus exploradores —dijo Neiron.

—No tocaremos tierra hasta que oscurezca —dijo Sático, y se fue de nuevo a escrutar el mar. El ocaso los encontró costeano ante un cabo que tendría que haber sido Tilos pero que se veía extrañamente diferente.

—Nos quedamos en el mar —dijo Sático—. Enciende las luces de popa y sigue adelante.

De noche, las estrellas comenzaron a desvanecerse en lo alto durante la segunda guardia, y Neiron despertó a Sático para que iniciara su turno en los remos de gobierno. En la toldilla había una lámpara de aceite parpadeando, pero el resto era tan negro como la grieta de Apolo.

—Poseidón, no nos abandones —susurró Sático al viento.

El viento sopló constante durante toda su guardia y el barco avanzó deprisa, quizá demasiado. Aunque ya tenía que ser el momento de virar al este para pasar entre Simi y Halki, ¿o acaso no?

Sático aguardó tanto tiempo que se sintió capaz. Estaba preocupado por las naves que lo seguían, cuyas luces observaba sin cesar, y por el silencio del dios en Delos, y por el enojo de su hermana y, sobre todo, por Amastris. En una guardia nocturna reina la oscuridad, y todas sus responsabilidades le acudían a la mente, el peso de cada relación, el número de muertos en su haber.

Finalmente se apoyó en los remos de gobierno y el *Areté* viró al este, hacia una noche tan negra como la brea recién derretida. Vio que el *Halcón negro* de Diocles viraba detrás de él, o, mejor dicho, conocía suficientemente bien el *Halcón* para saber que era el barco que llevaba a popa. Después de eso contó luces, seis, siete, ocho, y luego la oscuridad pudo más que su vista. Le constaba que algunos de sus barcos iban detrás de él. Deseó haber tocado tierra en Cos. Deseó haber desembarcado al menos para cenar y hablar con sus capitanes. Casi todos eran sus mayores y habían navegado por aquellas aguas mucho antes de que él naciera.

Se inclinaba hacia delante, buscando bajíos, atento a cualquier cambio en el ruido del mar. En dos ocasiones pasó los remos a Helios, que estaba acurrucado en cubierta pero despierto porque su señor también lo estaba, y fue a proa para comprobar que sus vigías estuvieran alerta, pero ambas veces los encontró despiertos, escrutando las aguas con ojos de lince e inquietos como solo pueden estarlo los hombres en el mar en una noche oscura.

—Nunca volveré a mantener un escuadrón en el mar durante la noche —dijo Sático a Helios. El muchacho estaba sentado con la espalda apoyada en la de Sático, compartiendo el calor corporal. El viento húmedo y fresco los enfriaba más que el viento invernal en el Mar de Hierba.

Helios se rio.

—Lo que tú digas, señor —dijo—. ¡Pero no lo jures, que los dioses te oirán!

Sátiro asintió a la oscuridad. ¿Era eso la primera luz gris del alba?

—Lo digo en serio —dijo.

—Sí, claro, señor. Hasta la próxima vez que parezca la mejor decisión —respondió Helios.

Amanecer y lluvia; primero un ligero chubasco y luego un aguacero con viento, de modo que Sátiro ordenó arriar las velas. La visibilidad era de una eslora, tal vez un poco más.

—No oigo rompientes —dijo Neiron al despertar—. Deduzco que seguimos vivos...

Sátiro se puso en cuclillas junto al timonel.

—No cuentes tus dracmas todavía —le dijo—. La bruma matinal es tan densa que no me veo la nariz.

Se oyó un gran estrépito en popa, y gritos, maldiciones; sonaba tan cerca que parecía que viniera de su propio barco.

Sátiro oyó a Diocles gritándole a alguien.

—Alguien ha chocado con el *Halcón* —dijo Neiron—. Mal asunto.

—Los hombres tienen hambre —dijo Esteságoras a su lado—. Hay que llevarlos a tierra cuanto antes.

—Lo sé —respondió Sátiro. Reflexionó sobre las causas del miedo; a plena luz del día, si estaban donde esperaba, sus hombres estarían tranquilos, respetuosos, con ganas de llegar a puerto. Pero en medio de la bruma del amanecer, la preocupación los angustiaba.

—Deja de ir de aquí para allá —le dijo a Neiron.

Neiron dejó de caminar de un lado a otro de la cubierta de mando.

—Sí, señor.

Sátiro se tumbó en el cobijo que proporcionaba la toldilla, al lado del banco del timonel.

—Despertadme cuando la bruma se disipe y tengamos Rodas a la vista —dijo. Se tapó la cabeza con la clámide y se acostó a solas con sus miedos, fingiendo dormir, atento al primer presagio de desastre.

Pero había sido una noche muy larga y se durmió.

En su sueño, se le apareció Heracles y le puso una mano en el rostro.

—Si tuvieras cuanto deseas —dijo el dios—, no podrías ser considerado un héroe, ¿verdad?

Entonces se encontró en el ágora, el ágora de la Tanais de su infancia. Estaba atestada de hombres y mujeres, sakje, griegos y meotes.

Y allí estaba Ataelo y Filocles, uno al lado del otro.

—No para tener todo —dijo Ataelo, y se encogió de hombros—. Tienes que estar para elegir.

Filocles asintió.

—Cuando llegue el momento —dijo despacio—, sospecho que la elección será obvia. —Sonrió como atribulado, una sonrisa que Sático recordaba tan bien que incluso en su sueño lo invadió la emoción—. Confía en el músico, chico.

Entonces, de súbito, había dos caballos en un cercado; un caballo negro y una yegua zaína con una bonita crin.

Estratocles se acercó, luciendo el gorro de fieltro rojo como los que llevaban los tratantes de caballos sakje.

—Te quedas el que te quedas, yo me quedaré el otro —dijo con una mirada lasciva.

—Esta muere —dijo Ataelo, señalando la yegua zaína.

—Tócale la cabeza y caerás a tierra... —comenzó Estratocles, pero la palabra «tierra» hizo que ocurriera algo en el sueño, y Sático se despertó.

—¡El cabo de Rodas! —gritó Neiron desde la proa.

Sático sonrió y lo saludó con la mano. Estaba al borde del llanto, de tanto como lo había conmovido el recuerdo de Filocles y Ataelo. Deseó dormirse de nuevo aunque no recordaba lo que había soñado.

El sol estaba en su apogeo cuando doblaron el cabo para dirigirse al puerto de Rodas. Neiron señaló las murallas.

—¿Habéis visto eso? —preguntó.

—Por la lanza de Ares —dijo Esteságoras. Sus marineros estaban por toda la cubierta principal, preparándose para arriar la vela mayor y luego abatir el mástil. Él, como siempre, mantenía los pies bien separados y no salía de su asombro—. ¡Están construyendo una muralla sobre el mar!

Las cuadrillas de obreros trabajaban tan febrilmente que las murallas de Rodas parecían crecer ante sus ojos. En el lado norte del puerto, estaban levantando una torre de pesados sillares con una grúa gigantesca accionada mediante una rueda de transmisión movida por hombres; esclavos, sin duda. Mientras miraban, la grúa levantó un sillar del tamaño del pecho de Sático, sostenida con una eslinga de cuero, y lo depositó donde indicó un capataz sentado a horcajadas sobre la muralla en construcción. Obedeciendo sus órdenes, el sillar se asentó, encajando a la perfección con sus hermanos y hermanas.

En el extremo sur de la gran curva del puerto crecía una segunda torre imponente y a sus pies ya habían construido un largo embarcadero de madera, y entre sus postes estaban vertiendo escombros de relleno. Buena parte del embarcadero estaba terminada, de modo que ya había barcos amarrados.

En todo el tiempo que hacía que Sático conocía el puerto de Rodas, había estado desguarnecido, pues tácitamente se consideraba que la gran armada de Rodas era el baluarte contra cualquier intento de invasión por mar. La última vez que Sático había arribado a aquel puerto se veía el gran Templo de Apolo en medio de la curva de la bahía, junto al templo de Poseidón, y la rosa de bronce dorado que constituía el emblema de la ciudad, centelleando a lo lejos en dirección al ágora. Ahora había una muralla que crecía a lo largo de todo el frente marítimo, salpicada de puertas y torres almenadas.

El lado de tierra tampoco se quedaba corto en cuanto a nuevas fortificaciones. Hacia el sur, Sático vio una torre enorme que ya había subido tres pisos. Parecía tener un cuarto de estadio de anchura, la longitud de veinte caballos en fila.

La parte de su mente capaz de calcular el precio de cualquier construcción nueva en Tanais corría como un potro un día de primavera, y Sático no daba crédito a la cantidad de dinero que estaba viendo gastar.

—Por el Arco de Plata del Señor Apolo —dijo—. Esa muralla por sí sola vale tanto como toda nuestra ciudad.

Neiron negó con la cabeza.

—Deben de estar cagados de miedo —dijo. Señaló hacia el nuevo malecón—. Ahí hay buenas noticias.

Sático no había reparado en los barcos de León agrupados en torno al nuevo embarcadero; estaban contruidos siguiendo un patrón casi idéntico al de los cruceros rodios, y habían atracado junto a la marina rodia, de modo que se confundían entre las largas hileras de naves de guerra cuidadosamente ancladas.

—Cuento ciento sesenta buques, con los de León incluidos —agregó Neiron.

—Los nuestros son más pesados —dijo Sático.

—No seremos tan rápidos ni maniobrables —señaló Neiron—. Pero si tenemos tiempo de probar esas máquinas nuevas, quizá podamos enseñarles un par de cosas a mis primos.

Se volvió hacia popa para mirar la larga hilera de naves de guerra y mercantes que estaban arribando.

—Mejor será cerrar la punta de flecha —dijo Sático, e hizo una seña a Helios, que alzó el *aspis* dorado de su amo y lo hizo destellar varias veces. Todavía les faltaban seis barcos, pero era lógico que una larga noche en el mar y una mañana brumosa hicieran perder el rumbo a algunas naves. El resto había vuelto a la formación de punta de flecha mientras Sático dormía, y ahora los hizo formar en columna para cruzar la bocana del puerto de Rodas.

En tierra los hombres dejaron de trabajar para observarlos. Muchos levantaron los brazos y los vitorearon.

—Sienta bien, ser popular —dijo Sático, sin dirigirse a nadie en particular. A lo

largo de la cubierta asomaron cabezas; el ritmo perfecto de los remos falló mientras los hombres miraban a la orilla. Los marineros se encaramaron a las barandas para ver mejor y el barco escoró dado que todos estaban en la banda de tierra.

Helios sonrió y miró a Cármides, que se sonrojó.

Neiron miró con el ceño fruncido a todos los presentes en la cubierta de mando.

—Esta es una nave de trabajo —ladró.

Todo el mundo regresó a sus tareas.

El desembarco fue bastante bien, sobre todo porque la barca del práctico que salió a su encuentro los vitoreó y les hizo señas para que en lugar de varar las naves en la playa pedregosa se dirigieran al nuevo embarcadero. Como si quisieran enmendar el momento de descuido, los remeros fueron tan precisos como una cuchilla en la aproximación a las piedras y los maderos. Los remos de la banda de tierra entraron en el casco como si los empujara la mano de un dios, y la nave se arrimó a los postes forrados de cuero como un ave marina al posarse en el agua.

El primer hombre que los recibió en tierra fue Pantero, Gran Almirante de la Armada de Rodas, y el segundo fue León. Sático no veía al nómada desde hacía más de un año, y su piel morena contrastaba vivamente con su pelo canoso.

Había multitudes, multitudes inquietas, supuso Sático, que salían en tropel de las calles laterales hasta el embarcadero principal y los vitoreaban. Pantero iba rodeado por cuarenta infantes de marina rodios, mercenarios en su mayoría y de aspecto temible. León llevaba consigo a ocho de sus hombres, cuatro negros de África y cuatro bárbaros rubios del remoto norte; sin embargo, casaban como hermanos, luciendo idénticas corazas de bronce y yelmos áticos a medida con plumas rojas y blancas. Tal vez fueran los ocho hombres más corpulentos que Sático había visto jamás. Abrió la boca para hacer un cumplido pero León se le adelantó. Acto seguido Pantero gritó.

Lo que ambos dijeran quedó ahogado por el barullo de la muchedumbre.

Sático se aproximó a ellos aguzando el oído.

—No quiero oír ni una palabra acerca de mi pelo —gritó León, y sonrió. Estrechó la mano de Sático y se abrazaron.

—Da un poco de miedo —dijo Sático—. ¿Necesitamos llevar tanta escolta?

—Espera a que te ocurra a ti —dijo León. Y se echó a reír—. Pensaba que te referías a mi pelo blanco. ¿Escolta? Sí. Aquí el pueblo no es feliz.

—El pelo blanco no está tan mal —dijo Sático.

—Mejor que no tener —agregó Pantero. Lo alto de su cabeza relucía al sol como un yelmo bien pulido.

Sático abarcó con un ademán la actividad que se veía en las murallas.

—¿Tan inminente peligro corre Rodas? —preguntó. El gentío se apretujaba en torno a ellos, coreando el nombre de Sático.

A sus espaldas, Helios llamó a Apolodoro. Sático no pudo menos que reparar en que Helios había desarrollado potentes pulmones.

Pantero negó con la cabeza.

—Este no es lugar —dijo—. Cuando te hayas instalado, iré a verte.

Miró el escuadrón de Sático. Las últimas naves acababan de doblar el cabo y a lo lejos se veían los mástiles de otros dos. O al menos Sático esperó que fueran suyos. El resto estaba siendo conducido a los atracaderos por oficiales del puerto rodio.

—¿No has tenido contratiempos? —preguntó León.

Sático levantó la voz lo justo para que ellos le oyeran.

—Tomé Timaea a los piratas —dijo—. Me llevé quince naves y quemé otras tantas.

Pantero sonrió.

—Sabía que eras un buen aliado —dijo. Miró en derredor, localizó a su filarco y le dijo algo.

—¡Haced sitio! —gritó el filarco—. ¡El Almirante Pantero va a hablar! ¡Atrás, atrás!

Pantero subió a una paca de tela.

—¡Escuchad, ciudadanos! Sático, Rey del Bósforo, ha atracado con veinte naves de guerra y cuarenta mercantes cargados de grano del norte. ¡No habrá más escasez de pan! ¡Además ha derrotado a los piratas y tomado una de sus bases! ¡Me encargaré de que estas noticias se anuncien detalladamente en el ágora! ¡y ahora por favor regresad a vuestras tareas!

—¿Y Dekas? —preguntó León mientras Pantero hablaba a la muchedumbre.

—Ni idea. Los últimos datos de inteligencia, cortesía del tirano de Metimna, es que me está aguardando en aguas de Quíos. —Sático se encogió de hombros—. Di un rodeo. Tenía que pensar en mis cargamentos de grano.

Miró al gentío. Le pareció que había más esclavos y mujeres que ciudadanos.

—Hiciste bien —dijo León. Pantero bajó de la paca de tela y León le asistió.

—Esto debería bastar, al menos por un tiempo. —León indicó el *Areté* con un ademán—. Si Dekas sigue en Quíos —dijo en voz baja—, podríamos darle una sorpresa.

—¿Con toda la flota? —Pantero negó con la cabeza—. No me puedo arriesgar tanto. La *boulé*, la pequeña asamblea, se reúne y debo asistir.

—El Señor Tolomeo...

—Cuéntamelo mañana —interrumpió Pantero—. Señor Sático, has hecho bien, muy bien, trayendo tu flota de grano aquí. Os recompensaremos a ti y a tus capitanes como a héroes. Hasta mañana.

Sático lo abrazó, y el almirante rodio reunió a sus amigos, infantes y cortesanos y enfiló hacia la calle, cruzando una puerta tan nueva que el enlucido de los ladrillos

todavía no estaba seco, aunque los hombres ya estaban haciendo bosquejos con carboncillo.

—Son demasiado cautos —dijo León—. Y Tolomeo es demasiado severo. Me temo que... —Miró en derredor—. Bueno, no todo son malas noticias. Tengo aquí a tu amigo, el joven Abraham.

—¿Su padre le dejó venir? —preguntó Sático.

—Su padre le hizo venir —respondió León—. Ben Zion ha trasladado buena parte de su negocio a Rodas durante los dos últimos años. Abraham está aquí para... bueno, para dirigirlo. He alquilado parte de su casa para ti.

Sático se rio.

—Me siento más como un rey que como un mercenario —dijo—. ¿No hay palacio? —Echó un vistazo al muro de infantes de León y a los suyos propios. Helios había desembarcado al contingente entero del *Areté*. Apolodoro le frunció el ceño desde las últimas filas, todavía abrochándose las mentoneras. Detrás de los soldados, la multitud permanecía serena y disciplinada, pero muchos alargaban el brazo para tocarlo. Sático lo encontró desconcertante—. ¿Llevamos escolta a todas partes?

León sonrió.

—Has estado alejado de la civilización mucho tiempo, hijo mío —dijo—. Incluso en Alejandría, no voy a lugar alguno sin una docena de espadas. ¿Puedo decir sin ánimo de ofender que te veo... muy adulto?

Sático se rio, olvidando la sensación de extrañeza.

—Caray, gracias, tío de mi juventud. —Se detuvo y echó un brazo a los hombros de León—. Tuve un sueño en el que aparecían Filocles y Ataelo —dijo—. Me hizo llorar.

—¿Intentaban decirte algo? —preguntó León.

—Creo que sí —contestó Sático. Pero no recordaba el qué—. ¿Nihmu está aquí? —preguntó.

—En Alejandría —respondió León. Su rostro reflejó un pensamiento desagradable.

«Si ahora soy un adulto, tú te sientes viejo», pensó Sático.

Capítulo 8

La avanzada edad de León no se notaba lo más mínimo cuando deambulaba por las calles de la ciudad. Caminaba deprisa, hablando sin cesar. Los escribas lo seguían copiando cartas, mientras caminaban, en tablillas de madera y cera que llevaban colgadas del cuello.

No, Sátiro se fijó en que no lo hacían caminando sino cada vez que se detenían. Y hablar con León resultaba bastante frustrante porque cada vez que un escriba terminaba un documento, León lo leía.

—Tu gran *penteres* es magnífico. ¡Y llevas seis de esas máquinas nuevas a bordo! —León asintió con aprobación, y volvió a centrar su atención en un conocimiento de embarque—. ¿Has decidido el precio de tu grano? —preguntó.

—Todavía no hemos practicado con ellas... —comenzó Sátiro. Pero la atención de León estaba puesta en una carta que le acababan de entregar. El escriba dedicó a Sátiro una sonrisa de disculpa, como diciendo: aunque seas rey, si no hago esto querrá mi cabeza. La carta estaba escrita en una tablilla de cera que León se acercó a los ojos para leerla.

—*Paideuo* no es un verbo apropiado cuando se habla de dar instrucciones a un par, Epictetos. *Paideuo* significa «te enseñaré como si fueras un niño». —León le guiñó un ojo a Sátiro—. Cosa que en realidad es el caso, pero no lo digamos a las claras. Tal vez *didasko*. —León hizo una pausa, observó a su escriba hasta que el estilo borró la palabra vieja y la sustituyó por la nueva en la cera, y entonces se volvió de nuevo hacia Sátiro—. ¿No habéis practicado con las armas nuevas?

—Hemos estado un poco atareados —dijo Sátiro. León a veces le hacía sentirse como un niño aunque no fuera esa su intención.

—Se la jugaste a Dekas, y eso no es poco. —Los ojos negros de León buscaron los suyos—. ¿Has fijado el precio de tu grano? —repitió.

Sátiro asintió.

—Sé lo que necesitan mis agricultores —dijo, quizá con más brusquedad de la que pretendía.

León asintió, con la vista en otra tablilla.

—Te robarán el grano si no vas con cuidado. He venido para advertirte. Están desesperados, mucho más desesperados de lo que la situación justifica.

Sátiro encontraba amenazadora la presión del pueblo.

—Esto es peor que ser un músico famoso en Alejandría —dijo.

León asintió.

—Eres un hombre famoso. Yo soy un hombre famoso. Acabas de traer a esta ciudad noventa días de grano. Tal vez el doble. En resumidas cuentas, eres motivo de celebración, y nosotros dos juntos nos bastamos para organizar un buen desmadre.

Ah, ya hemos llegado. —Se detuvo—. Envía a un mensajero a decir a los capitanes de tus naves que amarren y mantengan las tripulaciones a bordo —dijo.

Su escolta comenzó a entrar en un patio tapiado por una puerta muy alta. A la derecha había una sinagoga. Sátiro reconoció los símbolos del dintel, escritos en griego y arameo.

Abraham los estaba aguardando. De entrada Sátiro no lo reconoció porque esperaba ver a un navarco alto y atlético, y lo que tenía delante era un judío barbudo vestido con largos ropajes. Pero solo fue por un momento, tan breve que Sátiro dudó que alguien le hubiera visto titubear. Abrió los brazos y Abraham lo estrechó entre los suyos.

—¡Rey del Bósforo! —dijo Abraham—. Sé bienvenido en mi casa.

—¡El judío de Rodas! —dijo Sátiro con el mismo histrionismo—. ¡Ven a visitar mi reino!

Abraham se rio y le pegó un manotazo, un revés contundente como los de su adolescencia en el gimnasio de Alejandría.

—¡Estoy impresionando a mis vecinos, inútil aristócrata!

Sátiro lo abrazó otra vez, y entonces las puertas se cerraron detrás de los últimos infantes de marina de Sátiro, y Apolodoro se quitó el yelmo. Él y Helios cruzaron una mirada. Sátiro se percató.

—¿Problemas? —preguntó.

Helios se encogió de hombros.

—Mis disculpas, capitán.

Apolodoro se encogió de hombros.

—Ha ordenado que yo y mis infantes desembarcáramos. Es tu hipaspista, no mi oficial.

Sátiro sonrió forzosamente.

—Este no es momento ni lugar para eso.

Ambos hombres tuvieron el atino de mostrarse avergonzados.

Sátiro se volvió hacia su antiguo esclavo.

—Helios, por tus pecados, vas a hacerme un mandado. León, una tablilla, si tus escritas pueden prescindir de ella. —León se rio, le cogió una tabla de madera oscura a uno de sus hombres y se la dio con un estilo de hueso, y Sátiro escribió deprisa en la cera endurecida—. Directo a Neiron, y ni una palabra a cualquier otro hombre —dijo, sin dejar de sonreír.

Helios saludó a la manera macedonia y se marchó a la carrera, con la cabeza bien alta y el *aspis* todavía al hombro.

Sátiro se volvió hacia su anfitrión.

—Abraham, ¿te acuerdas de Apolodoro?

Abraham se rio y abrazó al oficial de infantes de marina.

—Demasiado bien.

Apolodoro también se rio.

—No hay muchos hombres con quienes haya jugado a «dar de comer a la flautista» en público —respondió.

Sátiro hizo caso omiso de este comentario para presentar a Helios.

—Mi hipaspista, Helios, es el hombre que acabo de enviar al puerto.

—Lo recuerdo muy bien —dijo Abraham.

—Yo no —apuntó León—. Aunque lo he visto varias veces contigo. Parece griego.

Sátiro asintió.

—Sí, señor, lo es.

—¿Un antiguo esclavo? —preguntó León.

—¡Ciudadano de Tanais! —proclamó Sátiro.

—¿Cómo se «da de comer a una flautista»? —preguntó una dulce voz.

Sátiro volvió la cabeza. Detrás de Abraham estaba su hermana Miriam. Sátiro la había visto una sola vez en casa de su padre en Alejandría. Sus miradas se cruzaron.

En esta ocasión Miriam no bajó la vista como hiciera cuatro años antes. Su mirada era la más atrevida que Sátiro hubiera visto jamás, con las excepciones de su hermana, Nihmu, la esposa de León y casi todas las mujeres sakje que conocía. Tenía los ojos castaños, de un castaño oscuro con motas doradas en el iris. Sus cabellos eran una profusión de marrones con los mismos reflejos dorados de sus ojos.

Todos los hombres se miraban las sandalias.

Sátiro se rio.

—No has cambiado —dijo.

Abraham carraspeó.

—Mi hermana Miriam —dijo—. Deberíamos entrar.

—Mis disculpas por los soldados —dijo Sátiro—. No he tenido elección. La muchedumbre era... ingente.

—Y los necesitarás en todo momento mientras estés aquí. —Abraham levantó el brazo y señaló—. Mira, tengo torres en mi patio. Arqueros en las torres. Barracones para cincuenta hombres, y siempre tengo contratados un mínimo de treinta a jornada completa. Puedo alimentar a tus hombres. Además —agregó con su característico sentido del humor—, estás pagando.

—¡Qué generoso de mi parte! —reconoció Sátiro. El patio no era muy bonito, ciertamente; pavimentado con gruesos adoquines pero sin estatuas ni jardín. Unos arcos conducían a los almacenes; arcos lo bastante grandes para el paso de carros, así como a la vivienda. Sátiro tardó un poco en darse cuenta de que era más grande que su palacio en Tanais. Entonces se rio y siguió a su anfitrión a través de un arco.

Al otro lado del arco, bien podría haber estado en otro mundo. Entraron en una

rosaleda con senderos de mármol blanco y arbolillos; manzanos, al parecer. Todo el jardín olía a jazmín aunque Sático no veía una sola flor de jazmín en parte alguna.

La casa era típicamente griega, con una columnata que rodeaba la rosaleda. Pero en las paredes, aunque estaban decoradas con dibujos geométricos y flores en vivos colores, no había dioses, diosas ni bailarinas.

Todo aquello daba que pensar. León hizo una reverencia a Abraham.

—Tengo mucho que hacer, Abraham. ¿Me disculpas?

Y se marchó envuelto en una nube de escribas, lanzando a Sático una mirada que este no supo interpretar.

Hicieron pasar a Sático a la sala principal de la planta baja, semejante a un andrón con un suelo nuevo de mosaico. Sático se rio ante tanto engreimiento; estaba cubierto de restos de comida, mendrugos de pan, huesos y un cráneo de cordero, todo ello representado en el mosaico como si acabara de celebrarse un banquete.

—¡Qué bonito! —dijo.

—Somos judíos —dijo Miriam a sus espaldas—. No empleamos representaciones de personas, en nuestra religión. Pero esto nos pareció inocente... y encantador.

Sático asintió. Un esclavo acudió para llevarse su clámide y su espada. Abraham le alcanzó una copa de vino.

—Una vez más, bienvenido a mi casa, hermano.

Sático alzó la copa hacia ellos.

—Es un placer ser tu invitado.

Se preguntó por qué Abraham se mostraba tan judío de pronto, pero optó por no mencionarlo. Lo achacó a la presencia de la hermana. Desde luego a él lo afectaba.

—¿«Dar de comer a la flautista»? —preguntó ella.

—Por favor, cambiemos de tema, Miriam —dijo Abraham.

Debía de tener diecinueve años, tal vez veinte. Un poco mayor para seguir soltera. ¿O acaso eso solo era así entre los griegos? De repente Sático tuvo ganas de averiguarlo, y dudó que Helios supiera a quién preguntar.

Sático sonrió con malicia a su anfitrión.

—Podría explicárselo —dijo.

—Solo si estás dispuesto a buscar otro alojamiento —repuso Abraham.

—¿Debo adivinarlo, entonces? —preguntó Miriam—. Me parece injusto que mi hermano tuviera una educación tan liberal y que a mí siempre se me retenga en casa, preguntándome qué dijo Platón y cómo se da de comer a las flautistas.

Sático se dio cuenta de que aquello era un juego; que Miriam sabía perfectamente en qué consistía el dar de comer a la flautista; que estaba avergonzando a su hermano en público y que un astrólogo podría haber marcado aquel día con tinta roja para prevenir humillaciones sociales diversas.

—Tengo grandes cantidades de grano para vender —dijo Sático—. Debo ponerme

manos a la obra.

Abraham asintió.

—Iba a decirte que te puedes quitar las sandalias.

Hizo una seña a su hermana para que se marchara. No obstante, Sático notó que alguien se sentaba en su *kline*.

—¡Miriam! —exclamó Abraham.

Sático volvió la cabeza. Estaba bastante cerca. En realidad, estaba a una distancia perfectamente respetuosa, tanto así que no habría suscitado comentario alguno entre griegos. Pero estaba lo bastante cerca para que viera el modo en que la luz jugaba con su mata de pelo castaño. No pudo evitar sonreír.

—Soy viuda —dijo Miriam, y se encogió de hombros—. No cabe esperar que permanezca escondida. Además, Abraham, soy tu anfitriona. Sático, el rey, es una responsabilidad tan mía como tuya. No estamos en casa de nuestro padre.

Sático pensó que Abraham parecía a punto de estallar. Alargó el brazo y tocó a su amigo.

—Grano —dijo—. Si mis naves están descargando, no es buen momento para peleas.

Sático se volvió hacia Miriam.

—Estoy encantado de volver a verte, Despoina, pero tu hermano y yo tenemos que hablar de negocios, y tus tomaduras de pelo no lo ayudarán a concentrarse en el asunto que nos traemos entre manos. ¿Podéis hacer una tregua mientras yo esté en la casa?

Miriam se ruborizó.

—Mi vida con mi hermano no es asunto de tu incumbencia —dijo.

Abraham se mostró herido.

—¡Miriam!

Sático se obligó a sonreír.

—Dado que eres mi anfitriona, seguro que puedo pedirte una copa de vino y un poco de intimidad para tratar cierto asunto.

Miriam se contuvo de demostrar su genio. Lo miró un momento, y sus ojos hicieron amago de sonreír. Se puso de pie y se fue muy ofendida sin decir palabra. Era muy esbelta, observó Sático. Sin duda tenía las piernas muy largas. Apartó ese pensamiento. Considerándolo fruto de la abstinencia y de una insuficiente devoción a la Nacida de la Espuma.

Era un pensamiento difícil de apartar ya que la lana transparente de su quitón perfilaba el contorno de sus caderas y su cintura, que la tela sedosa apenas ocultaba. Y Miriam sonreía; no provocativamente sino con la sonrisa de una persona a quien le gusta otra.

—Bien, pues me encargaré de tu vino y comodidad. Y, puestos a hablar con

franqueza, ¿quizá luego podemos pasar juntos un rato? Podría tocar para ti, por ejemplo.

Miró a su hermano enarcando una ceja. Abraham cedió enseguida.

—¡Por supuesto! En cuanto hayamos arreglado el destino del mundo, querida. Y, por favor, cena con nosotros. Eres la anfitriona y estamos en Rodas, no en Atenas.

Una vez que el ruido de sus sandalias se perdió en el peristilo, Abraham se dio una palmada en el muslo.

—Si alguna vez abdicas, ven a vivir conmigo y la metes en cintura. Por Jehová, Sático, lo has hecho muy bien. —Frunció el ceño—. Desde que murió su marido, no hay manera de controlarla.

Se interrumpió, con el aire de quien ha hablado más de la cuenta.

Sático sospechó que había algo más que una chica incontrolable, y le constaba que su hermana Melita no dejaría pasar la palabra «controlar» sin hacer un comentario. Pero tenía grano que vender.

Se encogió de hombros.

—Siempre me ha caído bien, y mi hermana apreciaba su compañía —dijo—. Y habida cuenta de las opiniones de mi hermana sobre mujeres aisladas, tendrá que permitirme que me ponga de su parte.

Abraham sonrió de oreja a oreja como en sus años mozos.

—Ahora es viuda. Y bastante rica. Y a decir verdad, he estado tentado de enviarla con tu hermana para que le enseñara a montar y a tirar. Es demasiado inteligente para desperdiciar el tiempo. Podría dirigir mis almacenes sin mí, y lo digo en serio. —Se encogió de hombros—. Si no fuéramos judíos le compraría un puesto en el templo, y bien podría convertirse en suma sacerdotisa de Artemis o Atenea. Entonces sí tendría una vida propia. —Se encogió de hombros—. Pero es judía. Más judía, me parece, que yo mismo. ¿Hablamos de ese grano? ¿Cuánto tienes?

—No lo sé con toda exactitud —dijo Sático—. Más de diez mil *mythemnoi*, en cualquier caso. ¿Cuánto vale una *mythemna* de grano en el puerto?

Abraham enarcó una ceja.

—Seis dracmas y pico.

Sático sonrió y se le levantó el ánimo, casi como si hubiese obtenido una victoria. Y tal vez fuera así.

—¡Voy a hacer felices a un montón de agricultores!

Abraham asintió.

—Me gustaría comprarlo todo. —Enarcó una ceja—. Si mi crédito tiene validez. No guardo tanto metálico aquí. Esta ciudad puede caer, o pueden requerirle que aporte multas excepcionales para aplacar a Antígono. —Se encogió de hombros—. No voy a regatear. Me quedo tu cargamento entero a seis dracmas y tres óbolos por *mythemna*, peso ateniense.

—¿Es más segura Alejandría? —preguntó Sático. Se encogió de hombros—. De todos modos, me parece estupendo vendértelo a ti.

Abraham negó con la cabeza.

—Ningún lugar es seguro, de modo que repartimos nuestro oro y nuestra plata entre todas nuestras casas.

Sático asintió.

—Pues entonces paga a León en Alejandría. Pero cobra tu tarifa por mis barcos y mis hombres; y tengo una lista de cosas que me gustaría comprar aquí.

Abraham se mostró interesado.

—¿Qué quieres que te consiga?

Sático hizo una mueca.

—Es una lista muy larga, hermano. Vivo en los confines de la civilización. Especies, metal y mano de obra cualificada. Sobre todo herreros y curtidores. Me gustaría comprar suficientes de ambos oficios para montar una industria. Puedo prometer la libertad y empleo a todo esclavo que compre. Tienen que ser libres en Tanais.

Abraham silbó.

—La mano de obra cualificada es barata de un tiempo a esta parte. Antígono toma muchas ciudades y vende mucha gente a los tratantes de esclavos. Veré qué puedo encontrarte.

—Helios tiene la lista completa —dijo Sático. Recordó su promesa al dios—. Me gustaría hacerme con un músico, un profesor de música. Para mí.

—¿Cítara o lira? Muy bien, hazme llegar esa lista. Haré que se la pasen a mi factor. ¿Algo más? —Abraham sonrió—. Me estás haciendo un favor enorme. Me encargaré de que tengas el mejor profesor de música que alguna vez haya ido a la guerra.

Sático asintió.

—Bien. —Rio a carcajadas—. He estado temiendo este momento durante todo un mes, y por fin ya ha pasado. Ay, mis agricultores están salvados.

Abraham negó con la cabeza.

—Todavía no hemos terminado. En primer lugar, solo debería quedarme la mitad. Así mantengo la amistad con mis competidores. Además, si entran todas tus naves, estamos hablando de... ¿Cuánto has dicho? ¿Diez mil *methymnoi*?

Sático asintió. Abraham también.

—Cualquier otro año, tan solo ganarías dinero. Este año, puedes montar una matanza. Tú y yo, por supuesto.

Un esclavo entró silenciosamente, le dijo algo a Abraham al oído y se marchó.

—Tenemos visita —dijo Abraham—. Nicanor es el Arconte Basileo de Rodas. ¿Lo conoces?

—Coincidimos brevemente en el consejo de los cincuenta cuando Rodas aprobó prestarme un escuadrón el último año olímpico.

Sátiro se levantó.

Nicanor hijo de Eurípides era un hombre menudo con un apretón de manos un tanto húmedo. Lanzó su clámide a un esclavo.

—¡Has venido con todo tu grano! —dijo en cuanto le sirvieron una copa de vino—. ¡No sabes lo que eso significa para nosotros!

Sátiro sonrió.

—Me prestasteis un escuadrón cuando era un aventurero prácticamente sin un céntimo —dijo.

Nicanor frunció el ceño.

—Sí, sí. Las cosas están realmente mal, pero debo decirte que la *boulé* acaba de votar quedarse con todo tu grano a cuatro dracmas por *mythemna*. Hemos aprobado una ley.

Abraham permaneció inmóvil un momento y luego suspiró profundamente.

—Perdón, ¿habéis aprobado una ley para prohibir que Sátiro del Bósforo venda su propio grano?

Nicanor asintió.

—Sí. Nosotros, es decir, la ciudad, vamos a comprarlo todo. A un precio muy razonable: cuatro dracmas por *mythemna*. No hay nada que temer.

Abraham, atónito, guardó silencio.

Sátiro vio que el suelo se hundía bajo sus pies.

—Salvo que el grano vale mucho más, y lo sabes. Y si haces esto, Nicanor, ningún hombre volverá a traer su grano aquí durante el sitio, si es que realmente os sitian. Nadie. No puedes hacerlo.

—Debemos impedir que cunda el pánico y que se produzca una escalada en el precio del pan —respondió Nicanor—. La seguridad de la ciudad está en juego. Antígono y el inútil de su hijo tienen agentes infiltrados en la ciudad; entre los esclavos, entre las clases bajas. Agitadores. Casi ha habido disturbios en los muelles cuando has llegado.

Abraham soltó otro suspiro.

—Obligasteis a todos los hombres de clase baja de la ciudad a trabajar en las murallas a un precio fijo, sin embargo no fijasteis el precio del pan —dijo—. No se necesitan agitadores forasteros para que surjan problemas cuando haces algo así.

—Si no les gusta trabajar para nosotros, pueden marcharse —repuso Nicanor.

Sátiro se encogió de hombros.

—Os venderé la mitad de mi grano a siete dracmas —dijo—. La otra mitad la venderé al precio que me parezca mejor y a quien yo decida vendérselo, y eso incluye al factor de León en Alejandría. Y si os metéis conmigo, señor, cogeré mis naves de

guerra y mi grano y me largaré.

El silencioso esclavo había vuelto a entrar con sigilo y le susurró algo a su amo.

Nicanor se puso de pie para protestar.

—Necesitamos ese grano. En el pasado te hemos beneficiado, joven. Eres, según creo, ciudadano honorario de esta ciudad. Tienes obligaciones...

Pantero apareció en el umbral.

—Nicanor, ¿acaso eres idiota? —bramó en cuanto entró.

—¡Estamos fijando el precio del grano! —dijo Nicanor.

—¡Estás desestabilizando la ciudad! —replicó Pantero.

Sátiro fue mirando a uno y a otro mientras discutían; una discusión prolongada y con antiguos antecedentes, según dedujo. Interesante. Rodas siempre había parecido ser la más unida y poderosa de las ciudades. Pero ahora, con la amenaza de un sitio inminente y el enemigo en sus puertas, las líneas divisorias no solo eran obvias, eran peligrosas.

Mientras los dos políticos discutían, Abraham comentó en voz baja:

—En realidad, aquí todos son oligarcas. No hay un solo partido digno de ser llamado democrático, aunque con cada nueva generación, los estudiantes importan un poco de democracia de Atenas. Pero la gente de Nicanor quiere ostentar un control directo; en realidad, la posesión de todo lo que tenga que ver con la *polis*. Muy platónico. Por cierto, también quieren limitar el derecho a voto a unos dos mil hombres, los dos mil más ricos. —Abraham tomó un sorbo de vino y soltó una desagradable carcajada—. Son tan idiotas que creen que pueden utilizar la amenaza del sitio para privar a las clases de sus derechos. Todo el mundo sabe perfectamente qué tienen en mente. Y pinta mal. —Se recostó. Nicanor hizo una pausa para tomar aliento y Pantero le hizo callar a gritos. Abraham sonrió—. Si los pulmones son las armas de la oratoria, la atronadora voz de Pantero ganará cada vez. Pantero en realidad no pertenece a un partido. Es marino y militar. Pero entiende de comercio. Y la armada no quiere que los oligarcas hagan algo que ponga en peligro el comercio. La armada necesita remeros libres con interés en remar bien; dicho de otro modo, una clase baja con derecho a voto.

Sátiro removi6 el vino de su copa.

—Me parece que debería regresar a mi nave —dijo. Sentía el enojo de un hombre que había estado a punto de obtener una victoria importante pero se la habían arrebatado.

Abraham asintió.

—Lo siento. Lo siento mucho. Tenía muchas ganas de verte, pero sí. Reforzarás tu baza si regresas a bordo. —Se encogió de hombros—. También lo lamento por tus agricultores. —Sonrió con amargura—. Y por mi hermana que, si te soy franco, esperaba con ilusión tu visita para que aliviaras el tedio de su vida. Lleva una semana

haciendo preparativos.

Sátiro asintió a su vez.

—¿Puedes llamar a mis infantes? Y me gustaría ver a León.

Abraham gruñó.

—León ha tenido la amabilidad de dejarnos juntos para que retomáramos nuestra vieja amistad. Y yo no soy más que un meticuloso extranjero aquí, no puedo intervenir en esta discusión. Pero te garantizo que si Nicanor se sale con la suya, perderás tu grano y sus amigos lo venderán sacando pingües beneficios.

—Siempre tengo la opción de unirme a Antígono —dijo Sátiro.

Abraham le dio un manotazo.

—Eso, ni mentarlo —replicó.

Nicanor dejó de hablar con Pantero.

—No puedes negociar con el consejo, seas o no seas rey.

—Al contrario —dijo Sátiro—. Voy a regresar a mi nave y me marcharé. No negociaré en absoluto; llevas toda la razón.

—¡Habrás disturbios! Lo prohíbo. —Nicanor se subió el quitón al hombro—. Si el populacho ve que todo ese grano se va...

León llegó desde el jardín. Esta vez no lo acompañaban sus escribas.

—Nicanor, ¿has perdido el juicio? —preguntó.

—Os venderé la mitad, tal como he dicho —terció Sátiro—. La mitad, a siete dracmas por *mythemna*, peso ateniense. El resto, a quien yo decida. Así tendréis grano barato para mantener bajo el precio del pan y los mercaderes pueden sacar un beneficio del resto.

—¿Dices que siete dracmas es barato? ¡El grano debería costar menos de tres dracmas! —Nicanor estaba rojo de ira, y señaló bruscamente a Abraham—. ¡Mercaderes como este judío obtienen ganancias a costa de caballeros!

Pantero se rio.

—Nicanor no es consciente, según parece, de que somos una ciudad llena de mercaderes. Vamos, Nicanor, entra en razón. —Se plantó delante de él—. El grano iba a tres dracmas la *mythemna* cuando toda la costa de Asia competía para vendernos su grano. Bien, hoy Antígono es el amo de Asia. Si Sátiro no nos hubiese traído grano del Euxino, no tendríamos nada.

—Aun así, eso no es lo que ha votado el consejo, jovencito. Quizá seas rey allí arriba en el Bósforo, pero aquí, en Rodas, solo eres un extranjero. —Nicanor sonrió—. Cuatro dracmas es un precio justo.

Sátiro alargó el brazo y un esclavo de Abraham le pasó el cinto de la espada por encima de la cabeza mientras otro le ponía la clámide sobre los hombros.

—Para mí no. Lo siento, Nicanor. Hay personas para las que tengo responsabilidades; pequeños agricultores, terratenientes, mercaderes. Y no soy, como

has dicho, un *xenos*, un extranjero. Si intentas ponerme trabas a mí, que soy ciudadano, sospecho que serás linchado. —Sátiro le dedicó una calculada sonrisa—. Te lo diré a las claras. Si un hombre me pone la mano encima a mí o a mis infantes, correrá la sangre.

Nicanor frunció el ceño.

—¿Esta es tu gratitud? —Escupió—. ¡Te dimos tu reino, muchacho!

—Traslada mi generosa propuesta al consejo —dijo Sátiro amablemente.

—¡Necesitamos tu grano! —dijo Pantero—. Por más necios que se muestren Nicanor y el consejo, necesitamos ese grano.

—Soy un hijo consciente de sus deberes —respondió Sátiro—. Entiendo que Rodas quiera disponer de un buen suministro de grano a precios bajos. Sé que me ayudasteis a conseguir mi trono, ayuda que se tradujo en un mar despejado de piratas y mejores precios para el grano. Ayuda por la que pagué en plata. Pero olvida eso. Traslada al consejo mi contraoferta. La mitad, cinco mil *mythemnoi*, a siete dracmas. Y por supuesto, incluso a ese precio me daría mucha vergüenza descubrir que ese grano se hubiera utilizado para rebajar otros precios y obtener beneficios a título privado.

Nicanor negó con la cabeza.

—No me entiendes en absoluto, Señor Sátiro. —Se irguió—. Ningún rey va a darle órdenes al consejo.

—Muy bien. Pero, por favor, presenta a la *boulé* mi contraoferta. La mitad, a siete. —Sátiro cruzó los brazos—. O nada a ningún precio.

Nicanor estaba enojado e inseguro, y era consciente de que la postura de Sátiro no era un farol.

—Llamaré al portavoz —dijo, y salió majestuosamente de la habitación.

—Presuntuoso de mierda —masculló Pantero. Se volvió hacia Sátiro—. Entenderás que no puedo permitir que abandones el puerto.

Sátiro se quedó estupefacto.

—Pantero, no lo dirás en serio.

—Me temo que sí. —Pantero meneó la cabeza—. Lo siento, señor. Pero nuestra supervivencia depende de tu grano.

—Pues confiemos en que el consejo entre en razón —dijo Sátiro—. Porque de lo contrario habrá un combate dentro del puerto. Y solo saldrán beneficiados Antígono y los piratas. —Miró a León—. Me voy a mi nave.

Le tendió la mano a Pantero, que se la estrechó.

—Debo anteponer el deber a la amistad —dijo Pantero.

—Antepón el sentido común a ambas cosas —terció León.

—Creo que tu pueblo es presa del pánico —dijo Sátiro—. Creo que si todo el mundo respira hondo, todo saldrá bien.

Pantero asintió, recogió su manto y se marchó presurosamente de la habitación.

León levantó una mano.

—Estoy contigo. Permite que me haga traer mis cosas. —León habló con un esclavo y asintió—. Nicanor es tan estúpido como un demócrata ateniense... pero mejor luchador. —Miró a Sátiro—. Te has manejado bastante bien.

Sátiro se rio.

—Eso me parece a mí pero, ¿se avendrán?

León se encogió de hombros.

—Podrías haber sido un poco menos agresivo. Abraham sin duda te dirá que la cuestión es el trato, no quién tiene los huevos más grandes. ¿Verdad, Abraham?

Abraham se sonrojó pero enseguida enarcó una ceja.

—Sí, yo habría sido menos hostil. Pero tienes que regresar al puerto antes de que alguien, incluso Pantero que es amigo, decida impedirte subir a bordo de tus naves. Esto puede ponerse feo. Sobre todo si interviene la muchedumbre. Por cierto, ¿la otra mitad es para mí?

León enarcó una ceja.

—Pensaba que era para mí.

Sátiro asintió.

—Podéis repartiros la mitad a siete dracmas y haremos lotes a ocho dracmas para los demás mercaderes.

—Seis y tres óbolos. ¡Lo acabas de aceptar! —protestó Abraham.

—Las circunstancias han cambiado un poco durante la última hora —dijo Sátiro, y se encogió de hombros—. Muy bien, vosotros dos al precio de hoy en el mercado. Todos los demás a ocho.

Abraham pareció relajarse.

—Perdona. La vida en Rodas ha sido un tanto excitante últimamente. —Meneó la cabeza—. No has cedido terreno, por mí y mi precio. No lo olvidaré.

—¿Y esto lo dice un hombre que solía tener por hobby ser la primera espada en abordar una nave enemiga? —preguntó Sátiro—. Somos hermanos de corazón, Abraham. No tengo tantos amigos como para permitirme forzar un trato con ellos.

Lo abrazó.

—Arriesgar mi vida es más fácil que arriesgar el dinero de mi padre. —Abraham se mesó la barba después del abrazo—. ¿Seis y tres óbolos?

—Sí —dijo Sátiro.

—Corre a tus naves —dijo Abraham—. Si Nicanor transige, regresa. Hemos preparado un buen banquete en tu honor.

León negó con la cabeza.

—Pantero iba a decirnos que en Esmirna y Mileto no hay nadie —dijo—. La flota de Antígono se ha ido. ¿Adónde habrá ido, a Chipre, seguramente?

—¿O sea que no hay riesgo de sitio —preguntó Sático— y el precio del grano caerá?

León chasqueó la lengua.

—Rodas será sitiada, amigo mío. Este verano o el que viene. Las murallas y el grano no se desperdiciarán. Pero si Plistias, a saber, el almirante de Antígono, Plistias de Cos, no está aquí, sin duda se ha ido a Chipre en busca de Menelao.

—¿El hermanastro de Tolomeo? —preguntó Sático—. ¿Tolomeo ha confiado una flota a su medio hermano?

—De eso se trata precisamente —respondió León—. De confianza. Tolomeo no puede dar la flota a uno de sus macedonios, podrían entregársela a Antígono. O a Demetrio. El Niño Bonito tiene espías por todas partes, y paga buen dinero por una pequeña traición. Es uno de los motivos por los que todos llevamos guardaespaldas.

Sático asintió.

—Doy gracias a los dioses por los hombres que mi padre y mi madre me dejaron —dijo.

—Nunca confíes en un macedonio —dijo León—. En cualquier caso, si Plistias está en el mar camino de Chipre, nada se interpone entre nosotros y Dekas. Si zarpamos de inmediato, podemos alcanzarlo en aguas de Quíos o atacarlo mientras navega hacia el sur para reunirse con Antígono.

Sático sonrió.

—Tengo veintidós naves.

León asintió.

—Yo solo tengo ocho. Pero si Pantero nos presta una docena, tendremos suficientes.

Abraham negó con la cabeza.

—Puedo decirlo lo que dirá Pantero. Tiene que sacar cruceros al mar para proteger nuestro grano y puestos a ser franco, amigos míos, y esto no debería decíroslo, la *boulé* está negociando con... con Antígono el Tuerto. Rodas no puede permitirse que una nave suya parezca hacer la guerra contra el Tuerto.

La piel oscura de León palideció y acto seguido se puso colorada.

—¿Rodas está traicionando a Tolomeo? —dijo—. ¡Por eso Nicanor cree que puede ponerse tan gallito con Sático!

Abraham enarcó una ceja.

—Rodas no es parte del reino del Señor Tolomeo —dijo—. No es una traición. De hecho, el invierno pasado nos advirtieron de que habría que intentarlo.

León se dejó caer en un diván.

—¡Por el Tártaro! —exclamó—. ¡Titanes del mundo inferior! Presenciad la confusión de un anciano. ¿Tolomeo estuvo de acuerdo con esto?

—Tolomeo no tenía elección —dijo Abraham—. No puede imponerse a Rodas,

del mismo modo que Antígono, si no es mediante un sitio. La muerte de Demóstrate fue la gota que colmó el vaso. Rodas necesita paz.

León apoyó la cabeza en las manos un momento. Sátiro rara vez había visto tan hundido al hombre que llamaba su tío.

—¿León? —preguntó—. ¿Qué podemos hacer?

—Podemos dar alcance a Dekas —dijo León levantando la cabeza—. Si lo derrotamos, ponemos a Rodas de nuevo en el tablero, allí donde estaba antes de que Demetrio muriera. —A los dioses les dijo—: Tenían una oportunidad; atacar a los piratas ellos mismos y decir a los embajadores del Tuerto que la piratería no era asunto suyo.

Abraham se encogió de hombros.

—Hace dos años, tal vez. Pero Antígono crece y Tolomeo decae. Incluso yo pienso que el Granjero está casi acabado.

León frunció el ceño.

—Muy bien. El rey y yo tenemos mucho que hablar.

Abraham asintió.

—Lo siento.

León se levantó y abrazó a Abraham.

—Yo también. Sabes que amo Rodas casi tanto como Alejandría.

León se volvió hacia Sátiro.

—Te he metido en esto. Si decides coger tus naves y marcharte, lo entenderé.

Sátiro negó con la cabeza.

—No. Me gusta el riesgo. Y los rodios se están comportando... irracionalmente. Antígono quiere su ciudad. No su alianza. O eso tengo entendido.

León se sirvió vino.

—De acuerdo. Así pues, atacamos. ¿Estás listo para zarpar?

—Todo depende de si mis trierarcas han dejado bajar a tierra a los remeros. — Sátiro vio a Helios en el umbral—. ¿Has dado el mensaje? —preguntó.

—Sí, señor —contestó Helios, y saludó. Asintió y se esfumó.

León se levantó trabajosamente.

—La vejez es una maldición. Si zarpamos hoy, esta noche podemos acampar en Tilos y atacarlo por la mañana.

—Voy contigo al puerto —dijo Sátiro, poniéndose la vaina de la espada bajo el brazo.

—Como en los viejos tiempos —dijo León.

—Mejor, espero —respondió Sátiro. La última vez que habían combatido juntos habían perdido de mala manera.

Apolodoro tenía a todos los infantes de marina formados en el patio. Sátiro sonrió a Cármides, tratando de recordar a quién se parecía.

—¿Abraham? —llamó Sático. Como por arte de magia, Abraham apareció a su lado.

—Ojalá te pudieras quedar.

—Volveré a venir —dijo Sático—. Tengo un navarco que no vale nada en un trirreme grande. ¿Seguro que no te gustaría venir a librar una batalla naval?

Abraham titubeó el tiempo que un músico tarda en tocar tres notas.

—No —dijo finalmente—. Mi lugar está aquí.

Sático se decepcionó pero procuró que no se le notara.

—Lo entiendo. Saluda a tu hermana de mi parte, por favor.

—Tienes que enseñarme a hablar con ella.

Abraham le dio un abrazo.

—Habla con ella como si fuese un muchacho —dijo Sático—. Y consíguele un preceptor. Un buen preceptor.

—Los demás judíos se escandalizarían si lo hiciera —dijo Abraham, pero se echó a reír—. Tendría que haberseme ocurrido a mí. —Miró en derredor—. ¿Cómo es de grande la nave?

Sático trató de disimular su sonrisa.

—Si te diera mi propio *penteres*, ¿vendrías?

Abraham vaciló.

—Conste que la oferta sigue en pie —dijo Sático. Pese a las prisas de la última hora y el profundo desengaño a propósito del grano, fue consciente del gran afecto que sentía por Abraham; el corazón le latía como si estuviera en combate—. ¡Ven conmigo!

Abraham eludió la parte más íntima del abrazo y retrocedió con torpeza.

—No —dijo—. No, mi sitio está aquí.

Y acto seguido Sático estuvo al otro lado de la verja, rodeado de sus marines y avanzando a paso ligero.

«¿Qué le ha pasado a mi Abraham?», pensó, y luego enterró ese chasco con las demás decepciones, un hábito que estaba adquiriendo con demasiada facilidad, la rápida compartimentación del enojo, el fracaso social, cualquier cosa que se interpusiera entre él y su siguiente cometido. Se preguntó si los rodios recurrirían a la fuerza o harían alguna otra estupidez para impedirle partir. Ese era el peligro inmediato. Abraham tendría que esperar.

Había gente en las calles, muchos hombres de clase baja, unas cuantas mujeres. Pero solo profirieron algunos vítores y no hicieron nada para entorpecer el paso de Sático, de modo que vio el muelle en el tiempo en que un hombre tarda en correr dos estadios. Un hombre veloz.

En el gran embarcadero se encontró con que Abraham le había enviado provisiones; un almacén lleno de vino, aceite y queso. Diocles estaba debajo de una

grúa, vigilando la carga de las canastas llenas de tinajas de aceite a bordo de las naves del Bósforo.

—Estaremos listos para zarpar dentro de una hora —dijo—. He recibido tu mensaje. Helios ha corrido como el viento. —Diocles sonrió—. He ordenado que las naves se dirijan al cabo y practiquen con las máquinas en cuanto estén cargadas.

—Eres un príncipe —dijo Sático. Volvía a estar a bordo de su nave, y las últimas horas le parecieron un sueño—. Aunque tendrán que permanecer amarradas salvo si todos zarpamos juntos.

—Necesitamos agua —dijo Neiron en cuanto se puso la armadura.

—Esta noche en la playa. En un lugar que conoce León. —Sático estaba ensimismado—. Si zarpamos.

—¿Vamos a luchar? —preguntó Neiron.

—Sí —contestó Sático—. Tal vez aquí mismo, en el puerto.

—¿Probabilidades? —preguntó Neiron.

—Dos a una. Piratas —contestó Sático—. O seis a una contra la armada rodia.

—Yo no combatiré contra Rodas —dijo Neiron—, y Diocles tampoco.

—¿Ni siquiera si pretenden robarnos el grano? —preguntó Sático.

Neiron se sentó pesadamente en el banco del timonel.

—¿Así de mal están las cosas?

—Así de mal. Es como si esos hombres hubieran perdido todo el nervio —dijo Sático. Dio un palmetazo contra la baranda—. ¡Mierda! He estado tan cerca de vender nuestro grano y zanjar el asunto...

Neiron lo miró.

—¿Qué pasa? —dijo Sático—. ¡Estoy harto de estúpidos, emboscadas y avariciosos! —Se encogió de hombros—. Estoy harto... —comenzó, pero se mordió la lengua. Había estado a punto de decir que estaba harto de ser rey y de estar solo, sin pares ni amigos, solo subordinados, seguidores y críticos.

Neiron apartó la vista, desconcertado.

—Viene alguien —dijo, sonando aliviado—. Alguien importante.

Sático miró más allá de su trierarca y vio a Nicanor bajando al puerto con un manto púrpura ondeando a sus espaldas y un séquito de otros doce mantos, cada uno del valor de una nave pequeña. La *boulé*.

—Ha llegado la hora de dejar de ponerme gallito —dijo Sático—. Nada de séquito. Helios, dame el manto que guardas debajo del banco. Toma el mío. Mostrémonos amistosos.

Sático se puso un sencillo manto militar de color pardo sobre su mejor quitón, saltó a tierra y se dirigió a grandes zancadas hacia los consejeros, a todas luces solo y desarmado.

Ahí estaban Pantero y Herion, y otro par de hombres a quienes Sático recordaba

de anteriores visitas a Rodas.

Antes de que Nicanor tuviera ocasión de hablar, Sátiro levantó la mano derecha como un orador y sonrió forzosamente.

—La juventud a menudo habla acalorada —dijo—, por eso os ruego, caballeros, que perdonéis mi deseo de ser un buen rey para mi pueblo y un mercader listo en estos muelles. Os ofreceré la mitad de mi grano a seis dracmas, no a siete. Cinco mil *mythemnoi* a seis dracmas lo convertirán en el grano más barato de Rodas. Y tal vez sirvan para resolver todo resentimiento.

Nicanor enarcó una ceja.

—Eres menos adusto y agresivo de lo que esperaba.

Sátiro asintió.

—No busco conflictos aquí. Igual que vosotros, no estoy en guerra abierta contra Antígono, pero sí contra los piratas. Y cualquier división entre nosotros será motivo de regocijo para nuestros enemigos.

Nicanor dirigió un gesto de asentimiento a los demás consejeros como diciendo: «¿Lo veis, acaso no es como os he dicho?» Cruzó los brazos.

—Ya que parece dispuesto a negociar, tal vez aceptes nuestro precio. Que sigue siendo de cuatro dracmas por tu cargamento entero.

Sátiro no dejó de sonreír. Se sentía como cuando se enfrentaba a un nuevo oponente en un combate de pancracio.

—A ese precio, me marcharé. O lucharé contra vuestra armada en vuestro puerto, causando todo el daño que pueda. Y esto no es una fanfarronada. Será el resultado de que tratéis mi oferta con desdén, con *hubris*. Mi grano no procede de diez estadios más allá de los Estrechos. Mi grano procede de miles de estadios de distancia y requiere una flota para defenderlo, y a cuatro dracmas mis agricultores pierden dinero. Pierden dinero después de cuatro años de guerra.

Sátiro trató de mirar a los ojos a los demás consejeros, trató de conmovierlos con su sinceridad.

Nicanor metió los pulgares en el cinturón y sonrió.

—No lucharás —sentenció.

Sátiro miró a los demás mercaderes, a los almirantes de la armada, a los aristócratas terratenientes.

—Este hombre está poniendo en peligro vuestro futuro y el mío por una suma de dinero que es vital para mi pequeño reino y que, seamos francos, apenas es nada para vuestra ciudad. Y os digo que lo hace por su propio interés...

Nicanor escupió.

—Saca la armada al mar y apres a estos bárbaros —le dijo a Pantero.

Sátiro notó que la ira se adueñaba de él; una mezcla de frustración y enojo. Que aquel hombre se opusiera a él sin más motivo que su avaricia y sus ansias de poder...

La tentación de partirle el cuello fue tan grande que se puso a temblar, y Nicanor de repente dio un paso atrás.

Pantero negó con la cabeza.

—Nicanor, te suplico... —comenzó, y entonces apareció León, corriendo a lo largo del muelle como un hombre mucho más joven.

—Nicanor —dijo León.

Nicanor estaba demasiado enojado para responder.

—Exijo —comenzó.

—Nicanor, Demetrio está en el mar. Tal vez vaya tras de ti o tras Menelao y Tolomeo. Pero hay una guerra, Nicanor. Y si le haces esto a Sático, por todos los dioses te prometo que ningún mercader independiente volverá a poner rumbo a este puerto. Ya has perdido Atenas. ¿Perderías Alejandría y el Euxino también? Y el resto de vosotros, no soy más que un meticuloso acaudalado pero, por los poderosos caballos de Poseidón, ¿acaso Zeus os ha hecho perder el juicio? ¿Creéis que podéis imponer vuestra voluntad de esta manera? No soy un jovenzuelo, Nicanor, te llevo bastantes años, ¡y te digo que estás socavando los cimientos de esta ciudad más concienzudamente que Demetrio y sus trescientas naves!

Los hombres de la *boulé* se revolvieron incómodos, y el rostro de Nicanor se puso tan rojo que parecía púrpura. Escupió.

—¡Tú también! ¡Tú también nos traicionas en nuestra hora de necesidad!

—¿De qué traición hablas? —León negó con la cabeza—. Nicanor, actúas como Agamenón en la playa, tratando de agarrar la brida de Aquiles. Piensa en el resultado, Agamenón. Y transige.

Nicanor respiraba pesadamente. Sático le tendió la mano.

—Cinco dracmas y seis óbolos, y la mitad de mi grano. Me es imposible hacer una oferta mejor. Por favor, señor. Puesto que soy el más joven, pido disculpas por mi intemperancia. No convirtamos esto en algo personal, hagamos lo mejor para nuestra ciudad.

Aquella era la última flecha de su arco, y la tiró bien. Al instante percibió que ahora la *boulé* estaba de su parte. Y Nicanor no solo sería descortés sino idiota en caso de negarse. Y seguiría obteniendo un beneficio que pintaría una sonrisa en el rostro de Gardan. Lo miró a los ojos y se obligó a sonreír, pestañear y actuar como si él fuese un hombre de menos valía.

Nicanor le estrechó la mano.

—Tienes buenos modales, para ser un rey —dijo. Pero no sonrió, y Sático tuvo claro que no eran amigos—. Ordena que descarguen tu grano.

León se plantó al lado de Sático.

—Lo acostumbrado es firmar antes el contrato —dijo con una cordial sonrisa—. Y da la casualidad de que tengo a un escriba aquí mismo.

Nicanor se encogió de hombros.

—Menudo hatajo de verduleras sois los extranjeros —dijo—. Pantero puede firmar en nombre de Rodas. Tengo amigos que atender.

Asintió, la mínima cortesía que no fuera una ofensa directa, y se marchó haciendo ondear su magnífico manto. Sátiro reparó en que media docena de representantes de la *boulé* se fueron con él.

La media docena más rica.

Pantero le echó un vistazo que distaba poco del puro odio.

—Y ahora figura mi nombre en este contrato. Y esto lo protegerá cuando quiera recortar el presupuesto de la armada. Menudo bellaco.

—Lamentablemente —dijo León con el ceño fruncido—, mi escriba ya ha encabezado el documento poniendo «El señor Nicanor y la *boulé*» y no tenemos más papiros. De modo que si simplemente firmas «en nombre de la *boulé* de Rodas», creo que todos —y aquí León sonrió como el león que realmente era— podremos regocijarnos discretamente. Y dejar que nuestros muchachos desembarquen y se vayan de parranda.

Sátiro asintió.

—¿Qué pasa con Dekas? —preguntó.

—Ahora es demasiado tarde. Hemos perdido mucho tiempo regateando. Zarparemos al alba. —León sonrió a Pantero—. Diez naves, y la victoria está garantizada.

Pantero negó con la cabeza.

—No puedo prestar ni una —dijo. Acto seguido sonrió—. Bueno, una sí. La mía.

—Lo tenemos crudo —dijo Sátiro.

León asintió.

—Debemos hacerlo. De lo contrario Rodas se irá a pique.

Sátiro tardó en olvidar la cena de aquella noche en casa de Abraham. Volvieron a recibirlo como si hubiese vuelto a estar un par de años fuera. La cena consistió en pollo húmeda y atún ateniense, langostas, sutiles especias, sutiles cambios de textura y temperatura, cuencos de hielo tras una sopa que quemaba la lengua y vinos cada vez más exquisitos. Los bailarines, que no eran las bailarinas eróticas al uso sino apuestos jóvenes de ambos sexos que bailaban como los bailarines del templo, y acróbatas que ejecutaban saltos prodigiosos, y un par de hombres con armadura que comenzaron a luchar como si estuvieran en un combate a muerte para luego irse acobardando, siendo los mejores mimos que Sátiro había visto desde su última estancia en Alejandría. Se rio tanto que le saltaron las lágrimas y tuvo que sonarse la nariz, incapaz de salir de su asombro.

Sus ojos se cruzaron con los de Miriam. Ella también se estaba sonando y se echó

a reír de nuevo.

—Eres un buen invitado —dijo desde su diván—. Toda anfitriona sueña con complacer a sus invitados en la medida en que tú estás complacido. —Señaló a su mayordomo—. Este es Jacob, un primo mío; fue quien encontró a buena parte de estos hombres y mujeres.

Jacon hizo una reverencia desde donde dirigía el espectáculo.

—Encantado de complacerte —murmuró.

Abraham se recostó junto a Sático.

—Los eligió ella misma —dijo—. Se le dan muy bien estas cosas, y lo hizo sin quebrantar nuestras leyes. Jacon ayuda, por supuesto. Nada de lascivia, ni asomo de religión helenística. Yo jamás habría tenido tiempo para ocuparme de esto, y mis cenas tienen fama de ser aburridas.

—Después de esta noche, eso cambiará —dijo Sático, y alzó una copa de oro hacia Miriam. Volvió a dirigir la mirada a Abraham. Estaba un poco borracho de vino, y necesitaba tener la cabeza despejada para mandar sus naves por la mañana, pero no pudo seguir mordiéndose la lengua por más tiempo.

—Antes no te preocupaban tanto estas cosas, hermano. Solías asistir a fiestas que jamás de los jamases cabría tachar de aburridas por más que acabaran en un caos.

Abraham asintió.

—Sin duda pensarás que soy un hipócrita, Sático, pero la sangre es más espesa que el agua y he hecho una promesa a mi padre: vivir con arreglo a ley durante tres años. No está tan mal, salvo cuando el hombre que amo más que a nadie me ofrece una nave de combate y una espada. —Abraham se recostó—. Dios, cuánto añoro el mar.

Sático estaba lo bastante bebido para insistir en su opinión, pero el respeto por los padres era una creencia esencial para Sático, tanto más cuanto que no había llegado a conocer a su propio padre, que muchos hombres idolatraban como un héroe, e incluso como un dios.

—Una promesa a tu padre es sagrada —dijo Sático cuando se le hubo pasado la tentación de aprovechar el momento.

Abraham lo abrazó.

—Gracias —dijo.

Cuando Abraham se levantó del *kline* para ir a hablar con Pantero y León, enzarzados en una discusión sobre un combate naval, Sático buscó con la mirada a Miriam, con ganas de elogiar sus arreglos, según se dijo a sí mismo. Tal vez con demasiadas ganas de ver sus ojos castaños y constatar una vez más el placer que al parecer le causaba su placer.

Pero su diván estaba vacío. Y no reapareció.

Bebió una copa más de vino, del que derramó una discreta libación para no

ofender a nadie. Pasó la copa a sus capitanes y a los de León, y Abraham también bebió, volviendo a ser, por unos instantes, uno de los suyos.

Capítulo 9

Al sur de Quíos, con un viento frescachón que levantaba las popas con todas las velas desplegadas y sin resaca del vino de la víspera, Sático estaba tan contento como el mar azul, salpicado de borregos de espuma blanca que se separaban de los costados de su barco como el más fabuloso manto que alguna vez se hubiera importado de la remota Qu'in.

Veintidós naves en tres columnas. Sático encabezaba la del centro a bordo del *Areté* porque era la nave de más porte y, en consecuencia, la más lenta. A estribor, León encabezaba su columna, y a estribor, el *Anfítrite* de Pantero, el barco de mayor eslora de los mares, un cuadrirreme construido con remos adicionales a lo largo en vez de a lo ancho a la manera en que solo Rodas, hasta la fecha, construía navíos.

Sático admiraba el *Anfítrite* cada vez que sus ojos se topaban con él, como el más educado de los hombres admiraría los pechos de una mujer sin intención de ofenderla.

El penteconter explorador de León los había advertido de que Dekas estaba delante de ellos con cuarenta y cuatro trirremes y dos *penteres* pesados tan grandes como el *Areté*. Sático se mesó la barba y miró a Neiron, que estaba manipulando la máquina de guerra de estribor.

Durante el camino, habían practicado en dos ocasiones, enviando ambas veces veloces hemiolas con objetivos flotantes que sujetaron, o intentaron sujetar, manteniéndose al paio. Sático no creía que fueran a acertar un solo disparo, pero los proyectiles con la punta de hierro que lanzaron valían tanto como una granja pequeña. Neiron seguía insistiendo en que eran un arma inútil, pero de todos modos siguió ajustándolas.

—¡Nave en proa! —se oyó gritar al vigía.

Sático renunció a llamar la atención de Nicanor. Fue hacia proa alejándose del timón hasta la cubierta de mando situada a media eslora. Atrás quedaban los días en que él mismo debía llevar el timón.

Apolodoro saludó.

—La proa informa de un enemigo a la vista —dijo. Con la vela mayor y la de trinquete completamente desplegadas y el viento en popa, nadie veía qué ocurría delante salvo los hombres apostados en el castillo de proa.

Sático había reparado en que los rodios, innovadores natos, ahora llevaban pequeños canastos, como nidos sujetos a los mástiles, desde donde los vigías, al estar más altos sobre la superficie del mar, advertían a sus oficiales de cualquier peligro con más antelación.

Sático se dirigió hacia la parte delantera de la amplia cubierta, se agachó para pasar por debajo de la vela de trinquete y subió por la escala hasta el castillo de proa.

Aquel barco era muy diferente de un trirreme. El *Areté* nunca había entrado en combate, y Sátiro se preguntaba si todo aquel dinero sería una locura de juventud. Las naves grandes no garantizaban la victoria y podían convertirse en objetivos mayores y más lentos.

Escala arriba y al castillo de proa, y una vez allí, oteando el horizonte, Sátiro vio al enemigo. Hizo visera con la mano y observó aquellas naves hasta que no soportó el resplandor del sol.

—Están todas ahí —le dijo a Apolodoro. Detrás de él, Helios subió al castillo. Sátiro dejó que mirara un momento.

—Ponte la armadura —le dijo en voz baja—. Y trae la mía.

Habían hecho planes en la playa de Tenedos, cuando los exploradores les llevaron noticias del enemigo. Los superaban en número a razón de dos a uno, y se disponían a atacarlos con una táctica en absoluto ortodoxa. Una táctica que haría correr un gran riesgo al *Areté*.

Todo era cuestión de sincronización, suerte y la voluntad de los dioses, y Sátiro bajó del castillo con una tensión en los brazos y las piernas que no acababa de ser fruto del miedo físico sino tal vez miedo a un error de cálculo, excitación e incluso regocijo, todos ellos comunicados a través de sus músculos.

Helios y Cármides le ayudaron a ponerse la armadura. Se la puso entera: peto y espaldar de pesado bronce, grebas profusamente labradas, protecciones para los muslos y los brazos y hombreras también de bronce, así como el yelmo plateado de Demetrio con el penacho blanco, negro y rojo. Antes de coger su *aspis* recubierto de oro, fue hasta la borda con una pesada copa de oro llena del mejor vino de Chian y la alzó a los cielos.

—Poseidón, Señor de los Caballos y de todos los abismos, danos tu fuerza, protege nuestros frágiles cascos de los peligros del mar y el espolón, y permite que volemos sobre la faz del mar tan veloces como tus caballos. —Sátiro derramó el vino tinto al mar y luego lanzó al agua la copa, que valía tanto como una nave pequeña—. Para ti, Dios del Mar.

Los marineros murmuraron su aprobación. Un sacrificio tan costoso como aquel, un sacrificio en el que incluso un rey tendría que reparar, era la mejor manera de propiciar la voluntad del susceptible dios de las olas. Sátiro oyó que Polícrates, el conocido abogado criticón del remo número tres mascullaba «bien hecho» con su espantoso acento, y supo que había hecho lo correcto pese a que la copa se la hubiese regalado su hermana y fuese su favorita.

Después de la libación Sátiro notó en el vientre y los músculos que estaba más sereno y se plantó a media eslora, desde donde no podía ver los movimientos del enemigo, satisfecho de parecer despreocupado. Apolodoro ya lo avisaría si maniobraban, y los mensajeros iban y venían cada tanto, asintiendo o saludando y

dándole el parte de novedades.

—El enemigo está formando en una línea, señor —dijo el primer mensajero.

—El enemigo ha formado en dos líneas —dijo el segundo, transcurridos unos minutos.

—Las líneas enemigas han formado una media luna con las puntas adelantadas como las de la luna nueva —dijo el tercer mensajero. Su comportamiento indicó a Sático que estaban cerca.

Sático tenía sus propias reglas de conducta, y una de ellas era que no debía mostrar nerviosismo ante sus hombres. Así pues, ahora que el combate era lo bastante inminente para que sus mensajeros estuvieran nerviosos, se dirigió a proa con la dignidad de un sacerdote, subió por la escala y dirigió la mirada al mar.

En el tiempo en que un hombre correría una carrera de seis estadios, todo había cambiado. Tal como le habían informado, el enemigo había formado en una media luna amplia y profunda con las puntas bien adelantadas, y su intención de envolverlos era tan clara como despejado era el día.

Sático miró a León, todavía en la popa de su hermoso *Loto Azul*, y miró a babor donde vio a Pantero observándolo desde el *Anfitriete*. Aguardó un rato en lo alto del castillo de proa, mirando hacia atrás y hacia delante, deseoso de que los barcos que lo rodeaban se mantuvieran en posición y no mostraran su baza.

Cuando los tres buques insignia estuvieron justo a la altura de las puntas de la media luna envolvente (y qué clarividente le parecía ahora León, dado que el viejo nómida había predicho que Dekas usaría precisamente aquella formación), Sático alzó su aspis y lo agitó, de modo que el sol del mediodía se reflejara en el rodel dorado y refulgiera como el fuego.

El efecto fue casi instantáneo y muy semejante al que causaría un niño al dar una patada a un nido de avispas caído en un camino. Las naves de la retaguardia de las tres columnas, en realidad todas las naves que iban detrás de los busques insignia, diecinueve barcos en total, giraron como bailarinas, o como galgos, y, atravesándose al viento, se alejaron de los flancos. Pudo haber sido un caos; de hecho, Sático observó la maniobra con el pulso palpitándole en la garganta.

El segundo barco de León pasó tan cerca de la popa del *Halcón Negro* que destrozó un remo, pero no hubo más accidentes y las tabas de la guerra fueron lanzadas ante la mirada de los dioses.

Sático se dio cuenta de que su sonrisa era tan feroz que le partía el semblante en dos.

—Por los dioses —dijo al aire que lo rodeaba.

Saltó por la baranda del castillo a la cubierta principal aterrizando como un atleta, gozando del puro regocijo del momento, y corrió hasta el centro de la nave, olvidando toda pretensión de dignidad. Se detuvo bajo el palo mayor, tomó aliento y

se obligó a contar hasta diez.

—¡Arriad las velas! —bramó. La tripulación de cubierta llevaba diez minutos lista y las velas cayeron sobre la cubierta como si hubiesen cortado las drizas. Se volvió a derecha e izquierda. Ahora tenía una visión clara del enemigo, que ya estaba virando hacia dentro para encerrarlo, cazadores que habían tendido una trampa y solo conocían una manera de usarla. El plan de León se fundamentaba en que los piratas carecían de instrucción, cosa que les permitiría cambiar la formación. Era todo un riesgo. Pero un riesgo calculado.

Mientras el último trozo de pesada lona caía sobre cubierta y el barco viraba, Sático asintió a su maestro remero.

—Velocidad de embestida, por favor —dijo. Se volvió hacia Apolodoro—. Abre el fuego. Concentra todos tus proyectiles en las naves de nuestros flancos.

—Derroche de dinero —criticó Neiron por criticar—. Los dioses quieran que me equivoque.

—Te necesito al timón —dijo Sático—. Elige un barco del centro de su línea y arremete proa contra proa.

Neiron asintió con aire adusto.

—Se echarán sobre nosotros como los cerdos en la mierda —dijo.

—Pues procuremos ser un cerdo engrasado —repuso Sático.

En proa la primera máquina disparó, y el ruido sordo que causó se transmitió al buque entero de tan violenta como fue la vibración.

El resultado, según pudo ver Sático con el rabillo del ojo, fue tan espectacular que los remeros de la banda de estribor perdieron palada y la nave se estremeció.

Justo a estribor, a una distancia de algo más de un estadio, el trirreme insignia del enemigo daba la proa al *Areté* y el proyectil, guiado por la mano de Apolo o de Tiké, pasó por encima de la proa del trirreme y se inclinó ligeramente para desaparecer en las desprotegidas cubiertas de remo. El cuerpo de un hombre salió volando por los aires y la rociada de sangre fue visible incluso a esa distancia, y el barco enemigo de súbito viró bruscamente, demasiado bruscamente, hacia su banda de babor dado que sus remeros de estribor murieron cuando el pesado proyectil de hierro golpeó su cubierta. El viraje involuntario atravesó el barco herido ante la proa de otro barco pirata que se acercaba, y el estrépito de la colisión pudo oírse claramente por encima de los gritos de los remeros atrapados.

—¡Por la gloria de Poseidón! —dijo Sático asombrado. Sus artilleros no habían alcanzado un solo objetivo en dos días de prácticas.

La repentina muerte de un trirreme, aparentemente a causa de un rayo caído del cielo, afectó a toda la flota pirata, y sus naves aminoraron la marcha en toda el ala de estribor. El ala de babor, por descontado, no podía ver nada.

Todas las demás máquinas disparaban y su estrépito ahora alentaba a la

tripulación en tanto que la noticia del éxito del primer disparo se extendía entre los remeros que no lo habían visto. La velocidad de la nave aumentó espectacularmente.

Sátiro miró en derredor. Ningún otro proyectil había hecho diana, pero el remolino causado por el primer disparo había paralizado el ala izquierda del enemigo a su banda de estribor. Justo enfrente, un *penteres* enemigo rehusó arremeter proa contra proa y viró, dejando que un trirreme de menos porte afrontara su arremetida. Una descarga cerrada de flechas procedente del castillo de proa del *penteres* cayó sobre la cubierta del *Areté* mas no sobre remeros desprotegidos, y Sátiro sostuvo su *aspis* encima de Neiron y notó los tremendos impactos de dos saetas cretenses.

La máquina de proa del *Areté* disparó contra el *penteres* enemigo a una distancia de menos de un estadio y no falló. El proyectil de hierro levantó una lluvia de astillas al hacer añicos la borda de la nave enemiga y luego siguió hasta la plataforma de mando dando vueltas en el aire, y Sátiro vio cómo partía por la mitad a dos hombres que lucían espléndidas armaduras.

Sátiro levantó el puño al cielo.

El navío enemigo siguió su curso con la cubierta de mando repentinamente silenciosa.

En proa, el trirreme enemigo que quedaba para enfrentarse al *Areté* intentó maniobrar. Su trierarca o bien no había combatido en formación hasta entonces o bien perdió la cabeza, sabiendo que no podía atacar de frente a un titán, y su última maniobra confundió a sus remeros situando su nave de lado ante la veloz proa de bronce de un leviatán. Sus remeros eran buenos, obedeciendo órdenes entraron los largos remos, acostumbrados como estaban a combates contra naves menores en los que el peligro residía en los destrozos del espolón en un costado, matando a los remeros con sus propios remos.

Pero esos remeros estaban tan equivocados como su trierarca. El *Areté* nunca fue una nave veloz y tenía sus defectos, pero era a un tiempo ágil y pesado, y Neiron, ayudado por Helios, apoyó todo su peso sobre los remos de gobierno a tan solo un largo de caballo del costado del enemigo y su proa se movió, quizá la longitud de un brazo, pero la inexorable matemática de Pitágoras y Poseidón hundió su macizo pico de bronce de pleno en el tajamar. En una nave menor, habría sido un viraje perfecto.

Sátiro, con buena visibilidad, estaba más horrorizado que eufórico. Su espolón destrozó el tajamar como si estuviese hecho de cerámica fina y el avance del *Areté* pareció no disminuir al aplastar la esbelta nave pirata con la pata delantera. La parte alta del espolón alcanzó la borda enemiga, tal como debía hacerlo según su diseño, pero en lugar de volcar el barco enemigo, el espolón lo atravesó, arrancando la proa del buque enemigo tal como la esposa de un granjero parte el cuello de un pollo antes de un festín familiar.

El trirreme enemigo se llenó de agua en un abrir y cerrar de ojos, tan deprisa que

los marineros de Sático sintieron tanto pavor como los enemigos que se ahogaban. Y de pronto desaparecieron, engullidos bajo las olas de tal manera que en años posteriores los marineros de Sático afirmarían haber visto cómo Poseidón había hundido el barco, agarrándolo con una mano enorme.

Y el *Areté* siguió adelante, todavía a una velocidad superior a la de crucero a remo, como si la muerte de doscientos hombres no fuera asunto de gran importancia para su majestad.

—¡Poseidón! —rugió Sático.

Las máquinas hablaron de nuevo, sin causar más estragos pero sembrando el terror. A babor, el largo *Anfítrite* de Pantero había embestido el *penteres* sin mandos a media eslora mientras a estribor León había optado por cruzar intacto el enorme hueco de la línea enemiga, de modo que ahora sería el primero en alcanzar la segunda línea enemiga.

Salvo que la segunda línea enemiga se había quedado atrás y en lugar de lanzar contraataques estaba rompiendo la formación para huir.

Parecía imposible, y Sático era demasiado piadoso para maldecir el éxito, pero habían vencido al enemigo atacándolo con la osada arremetida de tres naves pesadas sin recurrir a la trampa tendida por los veloces rodios, alejandrinos y del Bósforo que corrían en sus flancos. La repentina destrucción de cuatro de sus naves les había arrebatado todo coraje, y ahora huían.

—¡Cobardes! —gritó Neiron—. ¡Malditos sean! ¡Ya eran nuestros!

Todos los hombres de a bordo, desde el último remero hasta el navarco, sentían lo mismo, pero Sático los refrenó.

—Agradeced la victoria —gritó Sático, y bajó corriendo a las cubiertas inferiores para repetir la consigna.

A babor y estribor, los rodios y alejandrinos más veloces dieron alcance a los piratas más lentos. Su ejecución fue rápida, aunque también lo eran los demás piratas, contentos de salvar la vida a expensas de sus camaradas.

La nave de Sático era la más lenta de la flota, y pasar de ser atacante a mero observador resultaba doloroso. Pero aún había una cosa más que podía hacer, y la hizo. Se encaramó al castillo de proa y emitió señales mediante los destellos de su escudo.

—Persecución sin cuartel —fue su mensaje.

Y acto seguido ordenó que el *Areté* izara de nuevo el velamen con la esperanza de no perder de vista al enemigo.

Capítulo 10

Hicieron noche en una playa de un islote al sur de Cos. Sático había cambiado su amado *Areté* por la velocidad del *Halcón Negro* y la flota se había desperdigado. Sático sospechaba que ahora había barcos desde Mileto hasta Rodas puesto que los piratas habían huido en desbandada. Sin embargo, el *Halcón Negro* y el *Oinoe* de Dekas seguían juntos.

Notaba el sabor del exceso de vino en la boca y la tensión en los hombros tras tres días y dos noches con la armadura puesta y sin dormir ni descansar. Había librado dos combates contra hombres desesperados que sabían que ellos no tendrían piedad. Y ahora, envuelto en su manto bajo la popa del *Halcón Negro* a punto de caer dormido, sintió un hormigueo en la cabeza; un pensamiento errabundo, un ruido en la orilla del agua. Se incorporó en la fresca brisa nocturna.

Pies corriendo. No muchos; solo un hombre, tal vez dos. Se levantó de un salto, dio una ligera patada a Helios, que yacía a sus pies, y se palpó el costado izquierdo para asegurarse de que llevaba la espada.

—¡El rey! ¡Llebadme ante el rey! —decía un hombre. Había antorchas. Los centinelas estaban despiertos y alerta y daban la voz de alarma, y un pelotón de infantes acudía trotando por la arena a sus espaldas. Sático se serenó.

Helios se incorporó.

—¿Señor? —preguntó.

—Una copa de agua, si tienes la bondad —dijo Sático.

Apolodoro apareció a su lado, todavía, o de nuevo, con armadura.

—Un pescador ha ido en busca del último piquete de la bahía. Dice que hay tres trirremes fondeados al otro lado del canal, frente a la costa de Asia. —Apolodoro se encogió de hombros—. Podrían ser Pantero o León, señor, pero también los malditos piratas. Y zarparán al amanecer.

Sático guardó silencio, el hombro le dolía, la promesa de las fatigas de la edad madura ya eran muy reales en su cuerpo joven. Le dolían las manos. Se frotó la mandíbula y la notó pegajosa tras tres días sin lavarse, sin aceite, sin...

—Hagamos lo que hay que hacer —dijo. Era una expresión típica de su padre. Hizo sonreír a Apolodoro a la luz titilante de las antorchas.

Helios se levantó con tanta gracia como una bailarina del templo, descansado y apuesto nada más despertar.

—¡Te has tendido con la armadura, señor! —dijo.

—Me pareció la manera más rápida de robar unas horas de sueño —respondió Sático con una sonrisa atribulada.

Alguien le puso una copa de vino caliente entre las manos y se la bebió de un trago, seguida por una cantimplora entera de agua, y luego arrimó el hombro contra el

codaste y ayudó a sacar el *Halcón Negro* de la playa, empujándolo hacia el oleaje. Se mojó los pies, luego las piernas y de pronto el casco estuvo a flote. Se preguntó si tendría fuerzas para trepar a bordo.

No obstante, halló fuerzas para correr por la playa hasta donde Diocles tenía su nave lista para echarla al agua. Sátiro se detuvo debajo de la popa en el agua tibia como la sangre.

—¡Diocles!

—¡Aquí, señor!

El navarco estaba al timón de la nave.

—Deja que yo decida si son amigos o enemigos. Si voy hacia la playa, vamos todos, raudos como centellas. Desembarcamos a todo el mundo. A la manera de Tanais —concluyó con una sonrisa.

—Entendido. ¿Grito de guerra? —preguntó Diocles.

—Tanais —contestó Sátiro—. Si vamos errados y son amigos, Tanais debería dejárselo claro. De lo contrario, quiero prisioneros.

Diocles resultaba invisible incluso a un brazo de distancia, no era más que una sombra barbuda, pero Sátiro tuvo la impresión de que fruncía el ceño.

—Lo intentaremos —dijo Diocles.

—Quédate en mi popa hasta que yo maniobre —dijo Sátiro. Dio una palmada al casco del *Oinoe*, el barco de Diocles, y echó a correr playa abajo hacia su propio navío.

—El rey a bordo —anunció Neiron en cuanto Sátiro puso un pie en la cubierta, y los marineros empujaron la popa de la nave y el maestro remero cantó los primeros compases del peán para que todos los hombres comenzaran a la vez, y se hicieron a la mar.

En la playa había hogueras desperdigadas como ascuas caídas de un hogar. Demasiadas hogueras. Había cinco naves, no tres, y el campamento era demasiado caótico para que fuera el de León.

Resultó fácil tomar la decisión, pero una vez que hubo ordenado a los infantes de marina que avanzaran y que se armara a los remeros, tuvo mucho tiempo para preguntarse si se había equivocado y lanzado un ataque desesperado teniéndolo todo en contra, o si estaría atacando a su tío y sus amigos morirían a oscuras.

Regresó al banco del timonel, donde el propio Neiron llevaba los remos de gobierno.

—Cinco naves —dijo Sátiro.

Neiron escupió.

—Escoria —dijo—. Huyeron cuando nos tenían en sus manos. Ahora les entrará el pánico.

Curiosamente, Sático se tranquilizó.

—¿Piensas que estoy haciendo lo correcto?

Neiron hizo un ruido extraño en la oscuridad, desorientando a Sático, que tardó un poco en identificarlo como una risa, no un ahogo.

—¿Cómo voy a saberlo? —le soltó Neiron, y se echó a reír otra vez—. El rey eres tú.

Para hablar de tranquilidad. Sático se dirigió a proa. El *Halcón Negro* carecía de castillo y de cubierta entera, y Sático se agazapó apoyado contra la familiar mole de la cabina de los marines, ubicada encima de la proa. Su hombrera izquierda estaba mal acolchada y el bronce le cortaba la piel donde el *aspis* se apoyaba con todo su peso, y tenía el brazo izquierdo condenadamente cansado para poder sostener el escudo de modo que no se le clavara en el hombro. Y podría haber dejado que aquellos cabrones se largaran al amanecer.

Se arrebujo con su manto y olió el tufillo a gato mojado; y el corazón se le aceleró, sus ojos se abrieron, sus brazos recobraron la fuerza.

La proa hendió suavemente la arena. Neiron los había llevado a tierra muy despacio.

Sático se levantó.

—Seguidme —dijo a los infantes de marina, y saltó al agua por la borda, agua solo hasta los tobillos, y corrió a oscuras por los guijarros. Se oyeron gritos procedentes de las fogatas. Sático estaba a un cuarto de estadio de un trirreme enemigo, una bonita silueta recortada contra el resplandor de las hogueras, larga y baja como una serpiente mortífera: un diseño fenicio o tal vez siciliano; en todo caso, nada parecido a las naves de su improvisada flota.

—Alabado seas, Señor Heracles —dijo en voz alta. Y corrió arena arriba.

Aún había hombres durmiendo. Sático no se dignó matarlos sino que los dejó bajo la vigilancia de Helios y Cármides y condujo a los infantes de Apolodoro y Diocles a través de la playa. Dos veces tropezaron con puñados de hombres en la oscuridad, y el brazo de Sático estaba caliente a causa de la sangre derramada, pero abatir hombres que huyen no es combatir, y después de que el segundo grupo suplicara clemencia aun sabiéndose condenado a la esclavitud, pues ningún pirata podía esperar otra cosa, la lucha cesó. El miedo, la sorpresa y la osadía habían librado el combate por ellos.

Los remeros y los infantes lo aclamaron en la playa como si fuera un dios.

Diocles lo abrazó y Neiron le ayudó a tirar el escudo a la arena.

—No lo olvides —dijo Neiron—. No siempre será lo mismo, pero cuando vences así, los hombres no lo olvidan. Esta sensación de invencibilidad es lo que recuerdan hasta que son viejos.

Sático tuvo que abrazarlo de nuevo, y luego corrió al mar a lavarse mientras salía el sol. Bañado en sal, sacrificó tres corderos al alba, y Helios le llevó su mejor quitón

y sandalias como si fueran a ir al templo a rezar.

—Es un día especial —insistió Helios.

Sátiro sintió que el agotamiento le nublaría la consciencia pero hizo de tripas corazón y caminó entre sus hombres, dándoles trozos de carne del sacrificio y concediendo lo que se le ocurría conceder. Había un buen botín: veinte copas de oro que por sí solas eran casi una señal de Poseidón por la que había tirado por la borda en Quíos. Había plata en lingotes y más en trocitos, así como un poco de oro. Sátiro lo repartió todo allí mismo; el salario de dos meses para los marineros y el doble para los infantes. Los oficiales de infantería y de la armada, dieciséis hombres en total, recibieron una copa cada uno, y en su mayoría nunca habían bebido en copa de oro. Apolodoro se rio al saberse propietario de otra granja. Thrasos, el celta pelirrojo que se había convertido en el timonel de Diocles, tuvo el atrevimiento de abrazar a su rey, y Esteságoras, el oficial de cubierta de Sátiro, llenó su copa de vino de un odre capturado antes de llenar las copas de los demás.

—Debemos hacer una libación de agradecimiento todos juntos —dijo.

Fileo, el maestro remero del *Areté*, no hacía más que sonreír a todos bajo la luz rosada del alba.

Derramaron libaciones de vino capturado en honor de todos los dioses de Olimpia y de unos cuantos más: dioses asiáticos del mar y la costa, una o dos ninfas y Niké, una y otra vez. Finalmente, Sátiro insistió en que bebieran por Kineas, su padre.

Apolodoro lo dejó pasmado al mostrarle un amuleto.

—Venero a tu padre cada día —dijo el marinero—. Kineas, Protector de los Soldados.

De modo que Apolodoro dirigió la libación.

Cuando el frenesí de la victoria comenzó a bajar de tono y estaban bebiendo vino en lugar de tirarlo a la arena, Diocles rodeó a Sátiro con un brazo y señaló con el mentón las cuatro filas de hombres arrodillados en la playa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Diocles arrastrando las palabras—. ¿Qué hacemos con todos esos prisioneros de mierda?

Helios, una paciente sombra siempre a su vera, intervino.

—Señor, hay algo que deberías oír. Cármides y yo...

Diocles se rio.

—Tenemos los infantes más lindos del mar, señor. Quizá por eso los dioses te aman tanto. Mira la delicada curva de su mandíbula. Y sin embargo tiene la mano roja; no es un blandengue, tu chico. Un asesino, más bien. —Y se echó a reír otra vez.

Helios procuró hacer caso omiso de Diocles.

—Señor, debes oír lo que estos hombres tienen que decir.

Sátiro asintió.

—Tráelos.

Cármides llevó a dos piratas ante los oficiales, empujándolos con la lanza.

—Decid al rey lo que nos habéis dicho a nosotros —ordenó.

Uno de los piratas se había meado encima yapestaba. El otro simplemente se dejó caer en la arena con un abyecto agotamiento que Sático entendía demasiado bien.

Sático se mantuvo erguido y caminó hasta los dos hombres.

—Juro ante los dioses que ambos viviréis y marcharéis libres. Hablad y nada temáis.

El hombre agotado asintió.

—La bendición de Poseidón es contigo. Así pues, tienes que ser Sático.

Sático asintió.

—Tus infantes quieren que te digamos que Dekas ha muerto, señor. Nuestro capitán, Spartes, lo mató anoche por ser un idiota. Nadie protestó, señor. —El hombre se encogió de hombros—. Y ahora parece que Spartes no es mejor que él, ¿eh?

—Dile al rey lo otro —instó Cármides.

—Anoche Spartes nos dijo que fuéramos a Chipre —comentó el pirata. Se encogió de hombros—. Yo soy... era timonel. Por eso nos lo dijo.

Sático miró a Diocles.

—Chipre... para reunirse con Antígono el Tuerto.

El hombre se encogió de hombros.

—El nombre que oí fue Plistias de Cos.

Neiron habló:

—El almirante de Demetrio.

Cármides pinchó al hombre con la punta de su lanza, lo bastante fuerte para que un hilillo de sangre apareciera en su cadera desnuda.

—Y el resto.

El hombre miró a su mugriento compañero.

—Pínchalo a él. Yo lo he dicho todo.

El otro hombre lloraba.

—Nos matarán —dijo.

Sático se encogió de hombros.

—Podría mataros ahora mismo.

El hombre sollozó.

—Hay otros seis barcos en el puerto de Duria, y más a lo largo de la costa. Nos lo dijo anoche un pescador.

Neiron gruñó.

—No podéis. No podemos.

Sático echó los hombros para atrás, sintiendo el peso de cada escala de su peto.

—Debemos. Diez naves más; incluso escoria como esta; podría ser el fin de Menelao. Tenemos que ir a Chipre.

Diocles miró playa adentro, hacia los prisioneros.

—¿Y ellos? —preguntó—. No los esclavos; a ellos podemos liberarlos o incluso usarlos para reemplazar a los nuestros que han muerto. Me refiero a los putos piratas.

La palabra «mátalos» llegó a formarse en la garganta de Sátiro. Pudo notar su sabor a vino agriado en los labios. Medio millar de piratas, dos días de trabajo para llevarlos a remo hasta Rodas. Lo más inmundo de la humanidad; hombres inclinados a hacer el mal; violadores, asesinos.

Notaba el sabor de esa palabra, la facilidad de deshacerse de ellos; veinte minutos de trabajo sanguinario, como un gran sacrificio en el templo, y asunto resuelto. Sus hombres lo harían gustosos; aquella mañana eran suyos de un modo que sus otras victorias, libradas a sangre y fuego, no siempre habían conseguido hacerlos suyos. Hoy era como un dios. Podía ordenar que mataran a los piratas. Y así tendría vía libre para navegar hacia Chipre. Cada minuto contaba.

A su lado, tan claro como el sol en el cielo, estaba Filocles.

—Sé fiel —dijo, y desapareció.

Sátiro se dio cuenta de que le temblaban las manos. Escupió aquel sabor para quitárselo de la boca.

—Ve a Rodas con el *Oinoe* y algunos de nuestros barcos de grano, vacíos, y todos los soldados que Abraham te pueda prestar. Deja a tus infantes de guardia. Y luego te los llevas de regreso a Rodas.

Sátiro escupió otra vez.

Diocles enarcó una ceja.

—Matarlos sería más rápido y, además, permaneceríamos juntos. —Se encogió de hombros—. Escucha, sé que está mal. Pero no son hombres. Son animales.

Sátiro hizo acopio de energías para sonreír.

—Estoy de acuerdo. Pero a veces la *areté* hace sus propias exigencias, Diocles. Si sabemos que obramos bien y nuestros enemigos, mal... —De pronto tuvo claro que su decisión era la correcta—. Tener razón significa actuar correctamente. Nosotros somos mejores, debemos obrar en consecuencia.

Diocles soltó un resoplido.

—A veces eres un beato gilipollas, señor. —Acto seguido dio un paso atrás—. Podría encargarme de hacerlo si te vas a dar un paseo por la playa.

Sátiro negó con la cabeza.

—Tienes tus órdenes —dijo, y sus propias dudas hicieron que su tono fuese más frío de lo que quería.

Diocles dio una especie de saltito para mantener el equilibrio y echó un brazo a los hombros de Sátiro. Estaba borracho, pese a la indulgencia de que gozaba por ser un hombre de mar.

—Te irás en una nave y morirás. ¡Y te amamos! Mata a los putos piratas y deja

que nos quedemos contigo. —Miró en derredor—. Ve a lo alto de la playa y mira a los cautivos. Mira a la chica que han violado tantas veces que ha enmudecido. Mira al labriego que vio cómo mataban a toda su familia por deporte. Habla con ellos. Te convencerán.

Sátiro prefirió no ofenderse.

—Diocles, ponte en marcha. Estaré bien. Y tienes tus órdenes.

Pero un perverso sentido del deber le hizo caminar por la arena, más allá de las largas filas de piratas cautivos. Cármides y Helios fueron con él. Sabía con qué se encontraría. Conocía la guerra, había visto ciudades saqueadas y había vivido con piratas cuando los había necesitado. No le gustaba demasiado hacia dónde conducía ese pensamiento.

Cármides dijo:

—Señor, no sabía que realmente hubiera hombres como tú.

—Cállate, Cármides —dijo Sátiro. Se preguntaba si Diocles, en cierta medida, tenía razón. Pero Filocles... se le había aparecido.

Aun así caminó hacia los cautivos, doscientos hombres y unas cuantas mujeres que habían sido apresados como remeros, esclavos sexuales o cocineros, o las tres cosas a un tiempo. Sátiro se detuvo en medio de ellos y les hizo una seña para que se callaran.

—Soy el Rey Sátiro de Tanais. Todos sois libres. ¿Preferís que os liberemos aquí o en Rodas?

Miró a su alrededor. Muchas de aquellas personas estaban destrozadas, pero no todas. Vio esperanza, preocupación, ira y desesperación en otros tantos rostros.

Nadie le contestó o, mejor dicho, todos lo hicieron.

—¡Silencio! —rugió a voz en cuello—. Debo zarpar antes de que el sol se haya alzado un palmo más. Dentro de pocas horas habrá rodios aquí. Mis infantes de marina se encargarán de que cada uno de vosotros reciba... —miró a Helios y articuló las palabras «veinte dracmas», y Helios negó con la cabeza discretamente— ... diez dracmas para viajar a vuestra casa. Tenéis que decidir si queréis ir a Rodas o si viajaréis desde esta playa.

Una muchacha con un bebé en el pecho cayó de rodillas, llorando. Otras personas tuvieron otras reacciones: alegría, terror...

Algunas simplemente tenían la mirada perdida. Una mujer demacrada le palmeó el manto de un modo que le dio más miedo del que jamás hubiera sentido ante un hombre enojado. La pobre había perdido el juicio por obra y gracia de los dioses. Apolo, ni siquiera era vieja. Solo estaba destrozada.

Diocles lo había seguido por la playa y se puso a su lado. Señaló a la muchacha que lloraba arrodillada.

—Eso lo hicieron los piratas. Y esta «cosa» antes era una dama de Lesbos. Y este

hombre era granjero. Mata a los putos piratas de una vez.

Sátiro lo miró a los ojos.

—Siguiendo esa lógica, mejor sería que también la matara a ella —dijo—. Y al bebé, ya que no tiene padre. ¿Qué puede esperar de la vida? Pero no soy un dios. Y tú tampoco. Sin embargo, soy tu rey. Estás convirtiendo esto en un asunto entre tú y yo. Obedéceme.

Diocles sonrió, no tan borracho como un rato antes.

—Tenía que intentarlo, señor. Realmente pienso que te estás equivocando. Pero obedeceré. Por otra parte, si te vas y te matan lejos de mí, iré en persona al inframundo y vaciaré un cubo de estiércol sobre tu espíritu.

Alargó los brazos y Sátiro lo estrechó entre los suyos.

Y acto seguido se volvió hacia la gente de la playa.

—¿Alguien puede hablar en nombre de los demás? —preguntó.

Un hombre, un hombre con chispa en los ojos y el acento propio de las personas educadas y acostumbradas a mandar, se adelantó.

—Yo era cautivo, no esclavo —dijo con cuidado—, pero hice lo que pude por algunos de ellos, y todos me conocen. Creo, si es que hablas en serio, que preferirían permanecer juntos.

Sátiro miró en derredor.

—¿Juntos? —preguntó.

Un hombre asintió.

La chica del bebé escupió en la arena. Sin dejar de llorar, dijo:

—Señor, ¿piensas que debería regresar a mi pueblo?

A su lado, Helios dijo:

—Tanais podría acogerlos, señor, y no estaría peor. Quizá mejor.

—Apolo —dijo Sátiro—. ¿Una nave a Tanais? Eso costará mucho.

Helios alzó su recién adquirida copa de oro.

—Pagaré yo, señor. Fui uno de ellos, tiempo atrás. Señor, no tienes ni idea de la vergüenza... el terror. —Los ojos de Helios se arrasaron en lágrimas—. Ninguno de nosotros fue capaz de regresar a su casa, señor. Ese mundo ha desaparecido. ¿Quién querrá casarse con ella? ¿Quién dará trabajo a este hombre en su forja o su granja? ¿Y los que vieron cómo mataban a sus familias? ¿Quién los entenderá? —agregó Helios muy erguido.

—Seguramente la gente sabe que los dioses nos aman cuando cuidamos de... — Sátiro hizo una pausa. Eso era lo que creían los pitagóricos.

Helios lo interrumpió; tal vez fue la primera vez en que interrumpiera a su amo.

—Señor, tú quizá puedas vivir así, lo mismo que tus compañeros. Pero los campesinos dirían que esta mujer trae mala suerte. Que ese hombre está maldito. Vivió con piratas... es un pirata. Y ella, una puta.

Sátiro miró al hombre cultivado que se había erigido en su portavoz.

—¿Es verdad? —preguntó.

El hombre asintió.

—Tu hipaspista habla por ellos mejor de lo que podría hablar yo, señor. Si tu corazón estuviera dispuesto a llevarlos juntos a alguna parte, sería lo mejor. Algunos morirán de todas formas, pero otros quizás empiecen una vida nueva. Y cualquiera que no esté de acuerdo siempre podrá marcharse por su cuenta.

Sátiro tuvo la sensación de tener el cerebro lleno de pegamento, pero se las arregló para hacer girar un poco los engranajes.

—Helios, te encargarás de que toda esta gente vaya a Rodas en un barco distinto al de los prisioneros, ¿de acuerdo?

Sonrió a su hipaspista.

Helios asintió.

—Ocúpate de que los alojen en casa de Abraham a mi costa, y júntalos con los libertos que viajarán a Tanais como colonos. Resuelve todo esto y luego únete a Amintas como infante de marina a bordo del *Oinoe* y aguarda mi regreso. —Sátiro sonrió—. Piensa en esto como en una manera de reinsertarlos en la vida.

Helios sonrió.

—¿Pero quién se ocupará de ti, señor?

Sátiro enarcó una ceja.

—Ya vivía antes de conocerte, muchacho. Además, Cármides apenas hace nada...

Enderezó la espalda, alentado. Sintióse moralmente bueno. Una sensación rara en un soldado.

—¿Vas a perseguir al resto de los piratas? —preguntó el hombre que había sido cautivo.

Sátiro asintió.

—¿Puedo ir a bordo como voluntario? —preguntó el hombre—. Soy bueno con la lanza. Y me encantaría meter hierro en unos cuantos vientres. Y toco la lira; soy músico. Podría tocar para tus remeros...

—¿Crees en los dioses? —preguntó Sátiro de improviso.

—Solo los locos no lo hacen —contestó el hombre.

—Pues sé bienvenido. ¿Alguna vez has enseñado a tocar la lira? —preguntó Sátiro. Vio que el *Halcón Negro* y el *Oinoe* ya estaban casi cargados, con el botín hasta la borda, los prisioneros conducidos como ganado bajo el ojo vigilante de Amintas *el Macedonio*, que sostenía una lanza con una mano y una copa de vino con la otra.

—Alejandro nunca me dio una copa de oro —gritó—. ¡Bebo a tu salud, señor rey!

«Así es como deben de sentirse los dioses», pensó Sátiro.

—La lira y también la cítara. Algo de danza y manejo de la espada, sí. Enseño a hijos de hombres ricos. Soy Anaxágoras de Atenas. Los amigos me llaman Ax.

Sátiro alargó el brazo y se dieron un apretón de manos.

—Casi todos mis amigos han muerto —dijo Sátiro—. Casi todos los hombres me llaman señor.

No había tenido intención de mostrarse tan amargado.

Anaxágoras asintió.

—Es natural, yo mismo soy un cabrón excesivamente obsequioso. ¿Debo llamarte Aquiles divino? ¿O tal vez Alejandro redivivo?

Sátiro se rio.

—¿Y los piratas no te destriparon? —dijo—. O sea, ¿hablabas así y has sobrevivido?

Anaxágoras se encogió de hombros.

—Hay quien me encuentra entretenido.

Mileto, cuartel general de Antígono el Tuerto, el templo de Poseidón

Antígono el Tuerto tenía setenta y ocho años, era un monstruo desgarrado todavía fuerte, todavía rápido, poseído por tanta energía que los hombres hablaban de ello en susurros y hacían signos contra lo sobrenatural. Tenía el pelo del color del acero viejo, el acero de una buena espada, cuidadosamente mantenida. Seguía siendo ancho de espaldas, los tendones que le unían los brazos al cuello aún eran gruesos como sogas. Los hombres se juntaban para verle entrenar en el gimnasio.

Su hijo Demetrio tenía toda la gracia divina y la belleza de las que su bestial padre carecía: rizos rubios y un físico esbelto, perfecto. No en balde los hombres lo llamaban el Niño Bonito. Pero cuando se le encendía el genio y montaba en cólera, morían hombres.

La procesión acababa de llegar a la escalinata que ascendía a la Acrópolis de la ciudad. El templo de Poseidón se alzaba en lo alto de la empinada colina, siendo el mayor templo de Mileto y, según se decía, del mundo entero. Doce mil hombres y mujeres abarrotaban la escalinata, controlados en su entusiasmo por otros cuatro mil soldados de élite de Antígono, escudos de plata que habían servido con Alejandro. Aquellos veteranos de Arabela e Issos, de Jaxartes e India ya eran hombres mayores ahora; el más joven tenía casi medio siglo y el mayor bastante más edad. Sus escudos y su pelo eran plateados, pero sus cuerpos eran duros como el hierro.

Los sacerdotes, y Antígono había exigido la asistencia de todo sacerdote de la ciudad, iban con retraso. Desde lo alto de la escalinata, Demetrio vio a la sacerdotisa de Artemis, una figura fríamente bella, arrogante y distante. Demetrio se encaprichó de ella al instante y comenzó a preguntarse qué tendría que hacer para conseguirla, aunque solo fuese por una hora. Esa fantasía resultaba bastante placentera y le ayudó a matar el rato.

—Piensas que esto es una estupidez, ¿verdad, hijo? —gruñó el anciano.

Demetrio sonrió beatíficamente.

—Padre, rara vez cometes estupideces. Y has tenido razón muchas veces en las

que yo estaba equivocado... —el Niño Bonito se encogió de hombros—. Si tu deseo es que seamos reyes, seamos reyes.

—Los símbolos son importantes, hijo. Tolomeo nos desbarató una marcha después de haberse hecho coronar. Eso contribuyó a reforzar las mismas lealtades que tanto trabajo nos costó intentar romper. —El anciano tosió, tapándose la boca con la mano—. Seamos reyes. —Volvió a mirar la procesión y el gentío—. De soldados rasos a reyes. Un buen ascenso. Como esta maldita escalinata interminable.

Debajo de ellos, a los pies de las columnas de la larga *stoa* que se extendía colina abajo, lugar donde los hombres más ricos de la ciudad se congregaban, construido y pagado por Antígono, Demetrio vio a un hombre con quitón militar que corría.

—Cuando acabemos todo esto, llevas la flota a Chipre mientras yo desplazo al ejército principal en transportes.

Antígono sonrió a su Niño Bonito. Sutil como una serpiente, vengativo, malvado, bestial, monstruoso... Antígono era llamado todas esas cosas, pero lo único que el mundo sabía con certeza sobre él era que amaba a su hijo.

La sonrisa que partió el radiante semblante de Demetrio sugirió que el afecto de Antígono no era en balde.

—¡Por fin! Esperaba que estuviéramos aguardando para ello; es decir, muy bien, padre. ¿Chipre?

Antígono hizo una pausa, saboreando sus palabras. Encima de ellos, la bella sacerdotisa de Artemis hizo un leve gesto con la mano, infinitamente elegante, y una larga hilera de trompeteros subió a una tarima. El sonido de sus trompetas era una mezcla de barritos de elefante y relinchos de caballo, y, por un momento, Demetrio tuvo la sensación de estar en batalla; batallar era su razón de ser, algo mejor que los suspiros de las mujeres debajo de él y que el clamor de cincuenta mil gargantas.

Las trompetas callaron y su eco regresó lentamente desde los acantilados que se alzaban al este de la ciudad, donde dos siglos antes los persas habían ubicado sus máquinas de sitio.

Antígono apoyó una mano en el hombro de su hijo.

—Chipre es importante. Necesito que venzas allí. Hay que desperdigar la flota de Tolomeo porque el objetivo es Egipto.

Demetrio, aun estando acostumbrado a la sagaz estrategia y los repentinos cambios de rumbo de su padre, se quedó desconcertado. Entre el público las cabezas se volvían hacia ellos. Parecía que el viejo monstruo y su hijo estuvieran discutiendo: un notición para la corte.

—Pero... ya hemos perdido un cuarto de la temporada. Y no estamos mejor aprovisionados que cuando yo...

Demetrio rara vez se quedaba sin saber qué decir, pero estaba sorprendido.

—Tengo provisiones almacenadas. Nos abasteceremos desde el mar, una vez que

hayas derrotado a Tolomeo. Usaremos el mar para flanquear sus defensas en Gaza. Avanzaremos tan deprisa que estaremos en Alejandría antes del invierno.

La procesión comenzó a moverse.

—Eres brillante... o estás loco. —Demetrio sonrió, saludó con la mano a la multitud—. Por eso no estamos siendo coronados en Atenas.

El anciano asintió a un Escudo Plateado tan viejo como él; el saludo de un veterano a otro.

—Exactamente, muchacho. Necesitaba la primavera para hacer acopio de grano. Cuando Dekas me traiga el grano del Euxino, estaré listo.

—Menudo idiota afeminado —dijo Demetrio. Dekas lo sacaba de quicio.

Antígono hizo una pausa con el pie en el último peldaño de la escalinata triunfal que ascendía diez veces la estatura de un hombre desde las calles de abajo en un esfuerzo consciente por superar la escalinata de la Acrópolis de Atenas.

—Muchacho —dijo, y volvió la cabeza de modo que todo el peso de su imponente mirada recayera sobre su hijo—. Muchacho, deberías estar por encima de esas preferencias y manías. Dekas tal vez no sea un héroe épico. Quizá no lo invitarías a un simposio selecto celebrado para recompensar a tus mejores hombres, tus amigos más leales. Pero es nuestra herramienta. Su odio al arribista del Euxino y a Tolomeo es la oportunidad que hemos estado aguardando cuatro veranos. Desprécialo si quieres, pero recuerda que nos lo enviaron los dioses y que es un instrumento de los dioses.

Demetrio se enfurecía cuando su padre hablaba de los dioses. Demetrio era un hombre moderno, un racionalista. La superstición de su padre le molestaba. Y Dekas era detestable. Mientras que Sático, el «arribista del Euxino», era un digno adversario, la clase de hombre cuya medida te hacía más grande. «Héctor para mi Aquiles.»

Demetrio consiguió esbozar una sonrisa porque si podía creer que Sático era su Héctor, era señal de que era tan supersticioso como su padre. Y su padre era cualquier cosa menos tonto.

—Trataré a Dekas con el debido respeto —concedió Demetrio—. Los sacerdotes nos están haciendo señas. Deberíamos cuadrar los hombros y avanzar.

Sin embargo, el corredor de la túnica militar casi los había alcanzado. Saltaba a la vista que era un mensajero, y a tan corta distancia advirtieron que llevaba uno de los tubos del mensajero personal de Antígono; un rollo de hierro chapado en oro macizo, la única insignia que necesitaba el corredor.

—Esto no será bueno —dijo Antígono, sin dejar de sonreír a la multitud—. Ningún oficial mío enviaría a un mensajero entre el gentío con buenas noticias. Prepárate y no manifiestes nada, sea lo que sea.

Su padre pensaba en todo.

Demetrio dominó su expresión y se mantuvo junto a su padre. El corredor no

aminoró la marcha al llegar a la escalinata, moviéndose con una gracia y agilidad semejantes a las de la sacerdotisa de Artemis. Subió los escalones saltándolos de tres en tres hasta plantarse ante el viejo *strategos* para entregarle el tubo con la mirada en el suelo.

—Cuéntame, chaval —dijo el Tuerto con brusquedad.

—Los rodios y el príncipe del Euxino han derrotado a Dekas, señor.

El corredor hizo una reverencia. Nunca era bueno ser portador de malas noticias. Por otra parte, los antigónidas eran soldados profesionales, no tiranos mezquinos.

Demetrio sonrió y tocó el rostro del corredor con la mano derecha.

—¿Qué regimiento? —preguntó.

—Lanzas de Isis —contestó el joven.

—Corres bien —comentó Demetrio para que el muchacho se relajara.

Antígono se encogió ligeramente de hombros, sin que la muchedumbre se percatara de nada.

—Ven, hijo mío —dijo—. Convirtámonos juntos en reyes.

Tomó la mano de su Niño Bonito y la levantó por encima de su cabeza como si fuese el atleta vencedor de una competición, y el gentío rugió su aprobación. Empezó a caer una copiosa lluvia de pétalos de amapola y rosa.

—Putas Rodas y puto Sátiro de Tanais —dijo Antígono entre dientes—. Los destruiré.

A Antígono no le gustaba que le desbaratasen los planes. Pero Demetrio estaba encantado de ser él, y no Dekas, quien fuera a derrotar a Sátiro.

Libro II

Egipto

Capítulo 11

En cuanto estuvieron a bordo, Sático y Neiron buscaron el viento de popa y la proa apuntó al sur, y prácticamente toda la tripulación del *Halcón*, excepto la de cubierta, se durmió tan deprisa como si la propia Circe los hubiera embrujado. Sático durmió tanto que cuando se despertó la nave estaba a oscuras y quieta, además de vacía, y estuvo sumamente desorientado un buen rato hasta que se dio cuenta de que la quilla debía de estar bien hincada en la arena.

Cármides dormía a su espalda y el hombre nuevo —¿realmente se hacía llamar Ax o solo era cosa de su sentido del humor?— estaba sentado en el banco del timonel rasgueando el aire con los dedos como si estuviera tocando un instrumento.

—Estás despierto —dijo Ax en voz baja.

—Así es —dijo Sático. Tenía ganas de seguir durmiendo.

Ax sonrió.

—Tu Neiron ha varado la nave al caer la noche, y te han dejado dormir.

Sático se las arregló para trepar a la popa, saltar a la playa y buscar su tienda. Luego se dejó caer sobre un montón de pieles y volvió a caer dormido.

Amanecía, y Cármides lo estaba obligando a despertar, y se encontraban de nuevo sobre el mar oscuro como el vino, navegando con rumbo al sur sureste hacia el mar abierto, como lo llamaban los marineros. Ya no había más islas entre ellos y Chipre, patria de Afrodita, la nacida de la espuma. Ninguna isla y ningún refugio.

Pero el tiempo era espectacular; altas nubes doradas por la mañana, y a media tarde un cielo de un azul tan deslumbrante que daba la impresión de que hubieran cruzado lo más alto del mundo. Sático sacrificó al único animal que había a bordo (salvo por el gato) en agradecimiento a Poseidón y Afrodita por el día y la navegación, y asaron el gallo en el hogar, una gran vasija de arcilla que los barcos usaban para trasladar el fuego de una playa a otra.

Volaron empujados por el viento, y ni un marinero tocó un remo entre el alba y el ocaso.

Avistaron Chipre bastante antes de que cayera la noche y navegaron hasta un puerto de la costa oeste, un puerto que había albergado a no pocos piratas, pues las únicas luces estaban en la montaña, a más de seis estadios en el claro aire vespertino. Y los pescadores, un puñado de valientes en cualquier tierra, acudieron al cabo de una hora para venderles langostas, pargos y salmonetes. Encendieron grandes hogueras con troncos y tablas que el mar había arrastrado hasta la playa y cocinaron. Y Sático se durmió otra vez.

Pero por la mañana los remeros tuvieron que ganarse el sustento. Ahora el viento

soplaba del oeste, y al este siguiendo la costa era hacia donde tenían que ir, y remar hacia el ojo del viento era una tarea desalentadora, tanto más cuanto que ningún hombre a bordo se había recuperado de los tres días de combate sin dormir.

Sátiro pasó el día descifrando las circunvoluciones de la mente de Anaxágoras. Poseía un extraño sentido del humor, parecía que no tuviera ningún miedo de ofender y que para él una chanza fuese más importante que la carne o la bebida. Su bisabuelo había sido el famoso filósofo contrario a Sócrates, y conocía muchas anécdotas sobre los filósofos de Atenas que Sátiro no había oído jamás.

Había nacido en el seno de una familia de rancio abolengo y de joven había sido sacerdote de Némesis, época en la que se enamoró del canto y la música. Y de la danza.

—Bailé con armadura en dos Grandes Panateneas —dijo orgulloso—. Y participé en las carreras de carros de guerra en una tercera.

Sátiro sonrió. Todo aquello le parecía increíble.

—¿Carreras de carros?

—En Atenas. ¿Has estado en Atenas?

—Soy ciudadano. Mi padre era Kineas de Atenas.

Sátiro se recostó contra la hornacina del dios del mar, que entre un sacrificio y otro hacía las veces de respaldo para el timonel.

—Por supuesto. ¿Alguna vez has visto los juegos? —preguntó Anaxágoras.

Sátiro negó con la cabeza.

—Era demasiado joven para asistir y luego... —Sonrió—. Luego fui un exiliado, un soldado y un rey.

El rostro de Anaxágoras se ensombreció.

—Los reyes hacen furor en Atenas. —Su rostro volvió a iluminarse—. En cualquier caso, yo era corredor de carros. Eso significa que, vestido con armadura completa, subes y bajas a saltos de un carro mientras avanzas a toda velocidad.

Sátiro sonrió.

—Parece peligroso. —Hizo una pausa—. ¿Alguna vez... has combatido? ¿Cuerpo a cuerpo?

Anaxágoras negó con la cabeza, deshinchado.

—No. Cuando los putos piratas nos apresaron yo estaba durmiendo, y luego fui un mero cautivo. Nunca me he enfrentado a un hombre a punta de lanza.

Sátiro enarcó una ceja. Cármides sonrió al ateniense.

—¡Yo sí, dos veces! Es aterrador... y bonito, señor. Te encantará.

Sátiro alcanzó su copa a Cármides para que se la rellenara.

—Nadie, y me refiero a nadie que conozca, ha llamado bonito a un combate.

Sátiro aceptó que Anaxágoras era un enviado de los dioses. Lucía la marca de Apolo, el pelo rubio del dios, y era músico. ¿Qué más podía pedir Sátiro? Y Sátiro lo

había rescatado de los piratas así como su padre había rescatado a Filocles del mar.

—A veces las cosas son sencillas —dijo Sátiro tras beber un poco más de vino.

—Casi nunca —respondió Anaxágoras.

—Mi padre rescató a Filocles del mar, y fueron amigos de por vida —explicó Sátiro, mientras los remeros que estaban bajo sus pies maldecían su necesidad de ir de prisa.

—Apostaría a que en eso hubo mucho más —dijo Anaxágoras—. Alguna semejanza fundamental, una apreciación parecida de las cosas y alguna experiencia compartida, tal vez compartida justo después del rescate. Aceptémoslo, los hombres rescatados rara vez aman a sus salvadores.

Le guiñó el ojo a Cármides, que había estado escuchando embelesado.

—¿Por qué? ¡Qué descortesía!

—Tal vez, pero así son los hombres. —Ax se rio—. Escucha, chaval, nada mancilla más la imagen de un hombre que estar en deuda por su vida. Los mitos están llenos de ejemplos.

—Pero Filocles era un gran hombre —señaló Cármides.

Sátiro miró al muchacho lesbiano.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sátiro—. Quiero decir, ¿has oído hablar acerca de él a los mayores?

Cármides negó con la cabeza. Apartó la vista y, cuando volvió a mirar a Sátiro, estaba sonrojado.

—Durante tiempo combatió en Lesbos.

Sátiro asintió.

—Sí, por supuesto. Eso fue antes de que mi padre lo conociera. En Metimna.

—Si ese tal Filocles superó el amor propio por amor a su salvador, sin duda era un hombre noble. ¿Estamos hablando de Filocles el filósofo? ¿De Alejandría?

Ax parecía interesado.

—Fue mi preceptor. Y uno de los hombres más nobles que haya pisado la faz de la tierra. Pero tú, señor, ¿acaso eres un desagradecido? Te salvé, y das la impresión de tomártelo de buen grado.

Sátiro sonrió. Era un placer tener a alguien a quien tomarle el pelo.

—Creo que eso solo demuestra lo muy noble que soy —respondió Anaxágoras, sonriendo lentamente.

—Me parece que llevas media hora preparándome para soltar esa frase —repuso Sátiro.

—Pues sí —dijo Ax, y sonrió de oreja a oreja.

El día era lluvioso y siguieron costeano hacia el este, todavía con el viento de proa, recorriendo menos de dos estadios. Sátiro tuvo la tentación de ir a tierra y tomar

un caballo, estaba impaciente por reunirse con Menelao de Alejandría.

Sin embargo, ante la costa de Lampasis, donde el santuario de Afrodita descuella sobre el mar, encontró otras dos naves amarradas para pasar la noche: su *Maratón* y el *Troya*. Y esa no era la única buena noticia. Sandakes, el mercenario jonio al mando del *Maratón*, re torció el bigote y señaló hacia el este.

—El *Areté* está en la bahía siguiente con el *Platea* —anunció.

Sátiro se fue a dormir aliviado y se despertó para mandar un escuadrón de poderosos navíos. Por la mañana trasladó a todos sus oficiales de regreso al *Areté* y el moreno Aekes, a la sazón navarco del *Halcón Negro*, fingió enojarse con ese cambio.

—¡Todas esas cubiertas tan altas! —dijo Aekes, que era un retaco—. ¡Podía caminar entre las bancadas de remo sin agacharme!

Pero a juzgar por el modo en que sus ojos miraron el *Halcón Negro*, saltaba a la vista que estaba contento de regresar a su propio barco y de verse libre de la responsabilidad de tan esforzado mando provisional.

Laertes, el segundo de Apolodoro, había organizado prácticas con las máquinas a diario mientras estuvieron separados, disparando trozos de madera para no desperdiciar proyectiles de hierro.

—¿Cómo se explica que llegaran aquí antes que nosotros? —preguntó Sátiro a Neiron.

—Aekes supuso que vendríamos a Chipre —contestó Neiron—. Es un buen hombre.

Al día siguiente los hizo avanzar tan deprisa como pudo, todavía contra el viento, porque se estaba aproximando al frente de guerra, y la exigencia de mantener a sus remeros en forma para combatir aconsejaba un esfuerzo general para alcanzar el fondeadero de Salamis, donde tanto los pescadores como los rumores coincidían en que había dos flotas enemigas ancladas; la de Tolomeo, para ayudar a su hermano que tenía sitiada la ciudad, y la de Antígono el Tuerto, que intentaba salvar la ciudad o al menos capturar una parte de los buques de Tolomeo.

Aquella misma tarde avistaron un convoy mercante que resultó estar compuesto por tres naves: un trirreme y dos grandes cargueros. Sátiro reflexionó un momento y decidió que su necesidad de información era más acuciante que la de llegar, de modo que les dio caza.

El trirreme huyó en cuanto los vio, sin hacer el menor intento por proteger a sus compañeros, y Aekes desapareció en el horizonte en su persecución. El *Maratón* y el *Troya* alcanzaron las naves de grano; no podían navegar contra el viento y los barcos del Bósforo lo tenían a favor, de modo que no tuvieron ocasión de zafarse. Eran barcos asiáticos de Tiro, con cargamentos para la flota de Antígono, y Sátiro los confiscó con íntimo regocijo. Los grandes cargueros valían una fortuna en el Euxino, suponiendo que lograra llevárselos a casa.

El amanecer siguiente trajo al *Halcón Negro* con su enemigo en la popa, un trirreme de poco porte, recién pintado, con bellos ornamentos y una hornacina consagrada a Ba'al en la cubierta de popa. Sático puso a bordo de la nave apresada una exigua dotación de remeros del *Areté* y condujo su flotilla en torno a la larga punta de Chipre y luego hacia el sur, rumbo a Salamis.

Llegaron al cabo, donde se alzaba el principal templo a Artemis de la isla, poco después de que el sol cruzara el cenit, y Sático soltó un profundo suspiro de alivio al ver los cascos negros varados en tres lugares: sesenta naves de Menelao bajo las murallas de la ciudad; más al oeste, en el campamento de Antígono, no menos de cien naves y algunos buques de mayor porte; y todavía más al oeste, otras tantas en el campamento fortificado de Tolomeo Sator, el Rey de Egipto.

Tres flotas. Cientos de naves. No había llegado demasiado tarde.

No había llegado demasiado tarde, pero en cuanto constató el poderío del armamento enemigo sintió como si le apretaran la espalda con un trozo de bronce frío.

—Cuento... —comenzó Sático. Hizo una pausa. Estaban bastante alejados de la orilla y Plistias de Cos no dio muestra alguna de considerar que mereciera la pena molestarse por ellos. Ni un solo barco salió del fondeadero—. Cuento doscientos dieciséis buques. Diecinueve *penteres*. Y otros que todavía parecen mayores.

Neiron puso a Thrastos al timón mientras contaba.

—Doscientos once, según mi recuento. Pero sí, muchacho, aquello es un monstruo, no cabe duda.

Contemplaron en silencio la enormidad de los preparativos de Antígono y al cabo estuvieron corriendo por las playas bajo control de Tolomeo. Tolomeo tenía menos naves aun con las fuerzas de su hermano que sitiaban la ciudad, y además eran de menor porte.

—Ojalá tuviéramos aquí el *Oinoe* —se permitió decir Sático. El gran cuadrirreme era casi tan poderoso como el *Areté* y resultaba patente que Tolomeo carecía de suficientes buques importantes.

—¿Dónde está el resto de la flota egipcia? —preguntó Sático.

—¿De qué parte de los mares ha sacado tantas naves Antígono? —preguntó Neiron.

—Rodas debería estar aquí —dijo Sático—. Cincuenta naves rodias derrotarían a Antígono para siempre.

—Humm —dijo Neiron—. Eso será si vencemos. Y no creo que Rodas quiera correr un riesgo semejante.

—Si Tolomeo vence, nunca habrá un sitio en Rodas —respondió Sático—. Por los dioses, Neiron, hemos desmantelado la flota pirata y ahora, con el favor de los dioses, un poco de suerte y el beneplácito del mar, veremos a Tolomeo hacer lo mismo. ¡Y

luego podremos regresar a casa!

—Sí, a lo mejor —dijo Neiron.

Tolomeo se veía avejentado. Solo tenía una franja de pelo en torno a la cabeza calva, casi como Pantero de Rodas. Seguía frunciendo los labios con un gesto involuntario de sorna (que contradecía su agradable disposición de carácter) y tenía manchas de vejez en las manos; y llevaba una diadema.

—Supongo que ahora ambos somos reyes —dijo a modo de saludo—. Parece que solo haga unos veranos que me senté en la tumba de Alejandro y te relaté la historia de su vida. Y ahora eres rey.

—Bueno —dijo Sático, arrodillándose—, soy rey de unos cuantos caballos y ovejas. No me avergüenza postrarme ante ti, poderoso señor de Egipto.

Tolomeo se levantó y lo abrazó.

—En realidad nunca creí que lograras tomar el maldito palacio, muchacho. Pero lo hiciste. La única victoria en mi favor en estos cuatro años de guerra maldita por los dioses. Corre el rumor de que este verano has luchado contra los piratas.

Sático le refirió sucintamente la actividad de su escuadrón.

Amintas, el almirante de Tolomeo, asintió.

—Los derrotaste, ¿pero cuántos destruiste?

Sático contó en voz alta.

—Hundí cuatro. Me quedé cinco y hundí otros dos al cabo de unos días. Solo me cabe esperar que León y Pantero apresaran más.

Amintas asintió.

—Así lo espero también yo. Pero debes reconocer que es posible que otros treinta barcos podrían unirse a Plistias cualquier día de estos.

Sático se encogió de hombros.

—Es posible. Pero, de igual modo, el resto de mi escuadrón podría llegar. Diocles reunirá cuantas naves encuentre en Rodas. Debería ir un día detrás de mí, dos como máximo, y quizá no haya encontrado el maldito viento de proa que nos ha rezagado mientras costeábamos la isla.

—Mi señor, con el debido respeto, debo preparar la guerra con lo que tengo ante mis ojos. Con tus cuatro naves, tu hermoso *penteres*, estamos más igualados que nunca. Ciento noventa y cuatro contra doscientas siete naves que se enfrentarán en la línea de combate.

Amintas levantó los brazos hacia Tolomeo de Egipto.

—En mi opinión no podemos arriesgarnos a aguardar más naves del señor Sático. Hay las mismas probabilidades de que mañana a mediodía veamos llegar treinta barcos piratas para unirse a Plistias.

Sático no podía discutir al respecto.

—Mis tripulaciones están cansadas —dijo.

Tolomeo sonrió con picardía.

—Ofréceles una paga en metálico —dijo—. Mañana lanzamos las tabas.

Capítulo 12

—Los cascos están mojados —se quejó Neiron cuando estuvieron a bordo del *Areté*, con el disco rojo del sol naciente en el horizonte.

—¿Cómo dices? —preguntó Sático.

—Todos los cascos de Tolomeo están secos. Ligeros. Nosotros llevamos cuatro semanas seguidas en el agua; pesamos. Deberíamos disponer de un par de días para secar los cascos —agregó Neiron, y se encogió de hombros.

Sático observaba a sus remeros empujar la pesada nave hacia el agua, paso a paso, mientras el maestro remero marcaba el compás de sus empujones con un tamboril muy parecido al que tocaban las sacerdotisas del templo.

—No me gusta mucho el tiempo que se avecina por el oeste —dijo Neiron. Se rascó la barba—. Tengo un mal presentimiento.

—¿Qué te parece no compartir eso con el resto de la tripulación? —dijo Sático—. Nos superan en número, pero no por mucho. Anoche Tolomeo recibió a un mensajero de su hermano y lo único que debemos hacer es reunirnos ante el rompeolas. Insisto, apenas hay diferencia numérica... ¡Sagrada Deméter Madre del Grano! ¿Qué es eso? —preguntó en voz alta, volviéndose hacia sotavento.

Había más barcos en la playa, en la zona donde Plistias de Cos tenía su campamento. Quince barcos nuevos o más varados juntos, con los cascos relucientes al sol, negros de brea, y entre ellos un buque gigantesco como un inmenso caparazón de tortuga.

—Por las tetas lustrosas de Thetis, es enorme. —Neiron silbó—. Un cuarto de estadio. Más. Zeus Sator, no nos abandones.

Sático observó cómo lo echaban al agua. Los hombres trepaban por el casco como hormigas, y largas hileras de hombres empujaban con pértigas.

—Heracles —dijo.

—Nunca había visto un buque tan grande —dijo Neiron.

Bajo sus pies, su nave se liberó súbitamente de la tierra y cobró propia vida, y los hombres comenzaron a subir a bordo en tropel por las escalas de cuerda que colgaban en ambas bandas del casco, trepando en filas disciplinadas y corriendo a sus remos. Hacerse al agua y varar eran las maniobras más complicadas para las naves grandes, y cada vez era más frecuente que tales barcos fondearan ante la playa en lugar de amarrarse a tierra.

Anaxágoras trepó por la escala y se plantó de un salto en el puesto del timonel.

—Buenos días, señor rey. Y Neiron, gran consejero, domador de caballos.

Neiron, cuyo amor por la *Ilíada* había descubierto Anaxágoras, intentó darle un guantazo con la mano libre, pero Sático se rio.

—¿Eres el viejo jinete Néstor? —preguntó.

—Aguarda a tener mi edad y que los jóvenes se burlen de ti —contestó Neiron.

—¡Zeus Salvador! —exclamó Anaxágoras al tiempo que Cármides llegaba a la borda—. ¡Por favor, decidme que ese leviatán está en nuestro bando!

Sátiro negó con la cabeza.

—Me temo que no. Me da la impresión de que es el buque insignia de Demetrio. Supongo que el Niño Bonito ha arribado durante la noche, y eso significa que ahora nos superan en número —hizo una pausa para calcular—, a razón de unas doscientas veinte naves contra ciento noventa y cinco.

Anaxágoras miró hacia la playa enemiga haciendo visera con ambas manos.

—¿Eso es malo? —preguntó.

—Calla un momento, señor —dijo Cármides. Neiron y Sátiro estaban dando órdenes a la tripulación de cubierta. Entre los barcos que se estaban haciendo a la mar, el *Areté* era prácticamente el único que tenía el trinquete levantado y afianzado, y Sátiro gritó a Esteságoras que izara el foque.

Bajo la popa, un mensajero gritaba.

—Señor —dijo Cármides tirando del quitón de Sátiro—. Señor, un mensajero.

—Convocatoria a una reunión de mandos —comentó Sátiro—. Bota la nave por mí, Neiron. Cármides, conmigo, sin armas. Quizá tengamos que nadar. —Sátiro se encaramó a la baranda, agarró las cuerdas de una escala que estaban recogiendo, se dio impulso y saltó a la playa—. ¿Por qué no podíamos celebrar la reunión antes de que tuviera mi nave a flote? —preguntó a los dioses, y se echó a correr por la playa con Cármides pisándole los talones.

Amintas, uno de los cientos de Amintas que servían en los distintos ejércitos macedonios y a quien sus subordinados conocían como Amintas de Alejandría, estaba de pie junto a una mesa en la tienda de Tolomeo, con una carta de la bahía chipriota de Salamis. Sostenía un compás de puntas fijas con una mano, un utensilio que Sátiro solo había visto manejar a los arquitectos.

—Tres cuerpos, tres mandos. Todas nuestras naves pesadas en el centro para enfrentarse a las suyas. Según parece, Demetrio ha venido durante la noche y tiene un octorreme. Poseidón quiere volcar ese maldito casco en el oleaje. Es mayor que cualquiera de nuestras naves, y dos veces más pesado que nuestro hexarreme más pesado. Un espía de nuestro señor dice que lleva veinte máquinas a bordo.

Tolomeo habló desde su sitial dorado.

—Amintas, estás aquí para darnos órdenes, no para desmoralizarnos.

Amintas se encogió de hombros.

—Tampoco es momento para gilipolleces, señor. Muy bien. Todas nuestras naves pesadas en el centro; la tuya también, Señor Sátiro. Lamento separarte del resto de tus naves pero no puedo permitirme situar un solo barco pesado en los flancos. Muy

bien, las naves más rápidas y con las mejores tripulaciones, los trirremes de Meleagro y del joven Sático, y todas las naves de la vieja flota con dotaciones profesionales, en el ala derecha. Y cuando establezcamos contacto con tu hermano, señor, Menelao formará nuestra ala izquierda, más cerca de la playa. Nuestra táctica debe ser simple y a la antigua usanza. Barco contra barco, nuestros enemigos tienen barcos más pesados, más infantería, más castillos y más máquinas. Por eso debemos combatir a la manera rodia; a la manera ateniense. Arremetiendo con los espolones para acto seguido retroceder a remo y huir deprisa. Nada de arrimarse. Una vez que nos sujeten con garfios, estamos perdidos.

Sático no estaba contento, de hecho estaba muy descontento con la idea de separarse del resto de sus naves. En resumidas cuentas, el hermoso *Areté* iba a ser enviado a vivir o morir a capricho de unos desconocidos. Pero tenía que reconocer que en todo lo demás Amintas, un hombre que nunca le había caído bien, proponía un plan sensato fundamentado en una apreciación racional de las fuerzas enemigas.

Sático levantó la mano.

Amintas le ignoró un momento, pero cuando vio que nadie más preguntaba, asintió.

—¿Cómo nos mantenemos alejados? —preguntó Sático—. Tenemos que acometer, aunque solo sea para unirnos a Menelao.

Menelao dio unos golpecitos en la mesa con su compás.

—Esa parte será la más crítica, sobre todo si Plistias intenta mantenernos separados. —Se encogió de hombros—. Estad atentos a las señales de la nave del rey. Ciaremos cuando nos aproximemos demasiado a ellos; quizás haremos que se retiren de la tierra.

Sático quería preguntar si todos ellos estaban suficientemente entrenados para ciar durante una hora. Tan solo unos pocos años antes había visto a Eumenes, su enemigo, perder toda cohesión, y la Corona, porque sus naves fueron incapaces de ciar a la vez. Pero no sería apropiado decirlo en ese momento.

Tolomeo se inclinó hacia delante. De repente parecía más viejo.

—¿Cómo formamos? ¿En columnas?

Amintas negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado. Esa clase de formación es poco flexible y la flota, muy numerosa. Apuesto a que Plistias hace lo mismo, formar líneas ante la playa. Haré que Filipo Cresos forme nuestra ala derecha con las naves veloces y que la comande mientras yo organizo el centro. He anotado el orden de las demás naves, desde la playa hasta el mar abierto. Leed la lista y ocupad vuestras posiciones, caballeros.

Sático vio que sus barcos de guerra, al *Maratón*, el *Troya* y el *Halcón Negro* les habían asignado posiciones en el extremo derecho de la línea, junto al mar. Resultaba halagador. Amintas no era precisamente un admirador de León ni de Sático, pero

estaba admitiendo que sus tripulaciones eran las mejores.

Sátiro iba justo en el centro, cuatro naves más hacia la playa que Tolomeo, que iba a bordo de un buen hexarreme enorme. Llevaba una gran tela roja ondeando en un asta sobre la popa, indicando que se trataba del buque insignia, otra innovación reciente.

Sátiro vio que Neiron mantenía el *Areté* a poca distancia de la playa. Se quitó el quitón por la cabeza y se lanzó al agua, nadando hasta llegar a la escala para encaramarse a bordo. Cármides bajó a la cubierta inferior y regresó con toallas limpias.

Sátiro sonrió a Neiron.

—Qué bien sienta.

Neiron negó con la cabeza.

—Reza para que sea el único baño de hoy. ¿Cuál es nuestra posición?

Sátiro escupió por la borda.

—Vamos con el rey —dijo—. Un lugar de honor, sin duda, pero Aekes y los demás irán cuatro estadios mar adentro, en el extremo de la línea.

Neiron asintió.

—Qué suerte la suya. ¿Vamos con el rey? —preguntó. Adoptó una expresión muy seria—. En el centro, donde el combate será más duro.

Sátiro miró a su alrededor. No albergaba el menor deseo de desalentar a sus hombres.

—Amintas ciará cuando estemos cerca del enemigo —dijo.

—¿Con esta gente? —preguntó Neiron en voz baja.

Sátiro se encogió de hombros.

—No llamemos al mal tiempo. Nuestra flota la componen mayormente profesionales alejandrinos y un puñado de mercenarios. Todos hablamos el mismo idioma y muchos de ellos, muchos de nosotros, ya hemos navegado juntos antes.

Neiron asintió.

—Sí, señor, y Plistias tiene una horda de asiáticos, cilicios y fenicios. Pero también tiene naves grandes. Y si no se complica la vida, nos resultará difícil vencer.

Sátiro volvió a encogerse de hombros.

—Plistias no es innovador, formará dos líneas y arremeterá contra nosotros, confiando la contienda a los dioses. Si nosotros logramos ciar y si Menelao sale a tiempo, saldremos bien parados. Recuerda, Neiron, que pese a nuestra pasión no tenemos que vencer. Ni siquiera tenemos que quedar en tablas. Plistias necesita una victoria aplastante.

Sátiro sonrió.

Anaxágoras, que había permanecido callado todo este rato, habló.

—¿Por qué? Perdón, soy un novato en asuntos de guerra. Pero una victoria es una

victoria, de eso no cabe duda.

Sátiro negó con la cabeza y lo mismo hizo Neiron. Tan exactamente simultáneo fue su gesto que los demás hombres presentes en cubierta se echaron a reír a carcajadas.

—No. Hazte una idea más amplia. Antígono es el atacante. Ha arriesgado mucho para armar esta flota tan grande. Ahora tiene que destruir la nuestra para que no podamos oponerle resistencia en el mar. A no ser que nos destrozce, no podrá perseguir sus dos objetivos principales: Alejandría o Rodas.

Neiron sonrió, expresión que rara vez se veía en su semblante.

—Y como derrotamos a los piratas, lo tienen peor.

Anaxágoras dijo:

—¡Pero esto es tan complejo como una danza! ¿Por qué peor?

Sátiro se volvió para soltar una retahíla de órdenes mientras el *Areté* avanzaba por detrás de la primera línea y se situaba detrás del buque insignia con su gran enseña real, y comenzó a contar naves. La línea estaba formando bien, ni asomo del caos que había temido. De hecho, la flota alejandrina, pese a la legendaria parsimonia de Tolomeo, estaba bien entrenada, y sus remeros parecían bien alimentados, satisfechos con la paga y de buen humor. Todo ello levantó el ánimo de Sátiro. Sabía por experiencia, aunque no fuese tan dilatada como la de Neiron o la de Diocles, si bien ya tenía unos cuantos años a sus espaldas, que una flota que forma bien, combate bien.

A sus espaldas, Neiron explicaba la situación a Anaxágoras.

—Peor para ellos porque la flota pirata servía para impedir que Rodas participara en la guerra —dijo el viejo—. Antígono es un cabrón muy sutil. Utiliza a los piratas para aislar Rodas y se sirve de la diplomacia y del conservadurismo de los rodios para amenazarlos de modo que no se unan a la alianza de Tolomeo. Pero con los piratas fuera de juego, los rodios quizá decidan sumarse con sesenta naves; naves mejores, a decir verdad, que cualquiera de las que pueden mostrar los bandos que se enfrentan aquí.

Anaxágoras sonrió.

—Es como el argumento de una comedia de Meleagro —dijo.

—Solo es una comedia si vencemos —repuso Sátiro.

La flota alejandrina formó primero. Sátiro tuvo al *Areté* en la línea enseguida y tuvo que aguardar un buen rato. Iba de un extremo a otro de la cubierta, mirando los montones de proyectiles para las máquinas, los remos de repuesto en sus soportes, las tinajas llenas de agua. Bajó a las cubiertas de remo y charló con sus remeros; a aquellas alturas había bebido vino con muchos de ellos y ya no eran un mar de rostros desconocidos en la oscuridad de la bodega de los tranitas sino hombres a quienes

conocía; divertidos, tristes, escandalosos, lascivos, simples. Su tranita número dos, situado en la bancada de proa, se llamaba Kronos porque aun siendo tan viejo para recordar el nacimiento de los dioses era lo bastante robusto para remar.

—Buenos días, abuelo —dijo Sático, y los hombres se echaron a reír.

Los remeros siempre se ponían nerviosos antes de entrar en acción, sobre todo allí, en las bancadas del fondo, donde la primera señal de derrota era el agua entrando a raudales hasta cubrirles el rostro. Remaban justo en la línea de flotación, cagados de miedo, como solían decir los veteranos. En la mayoría de las naves percibían la paga más baja aunque, igual que los rodios, León y Sático pagaban a sus tranitas lo mismo que a los demás remeros. Un espolón que penetrara en el casco mataría a los tranitas en el acto y muchos se ahogarían tanto si el barco sobrevivía como si no. Las otras cubiertas de remo no eran peligrosas. Muchos capitanes usaban esclavos en la cubierta de remo inferior.

—Estamos en medio de la línea, cerca del rey de Egipto —gritó Sático a la penumbra—. Avanzaremos un rato y luego ciaremos. Esta será la maniobra más importante de toda la batalla pero no hay motivos para que los hombres que servís aquí os preocupéis. Combatiremos a la manera ateniense. Para quienes seáis más jóvenes que Kronos, eso significa atacar y huir. —Asintió al silencio. Siempre le parecía mejor decir a sus hombres, tanto en tierra como en el mar, a qué debían atenerse—. Recordad que todas nuestras vidas están unidas. No os abandonaré. Vosotros, por vuestra parte, seguid remando. Si ponéis el corazón en ello, beberemos juntos en la playa y tendremos más plata en las gorras. ¿Entendido?

Dio el mismo discurso en la segunda cubierta de remo que en la superior. Cada vez lo hizo con la misma espontaneidad, había tenido buenos preceptores, y cada vez fue correspondido con un gruñido de aprobación por parte de los remeros.

En la cubierta principal encontró a Anaxágoras tocando una curiosa lira para los remeros de arriba. Era un instrumento pesado, con la base de madera pero recubierta de piel de borrego como un tambor o un tamboril, de modo que las notas resonaban. Emitía un sonido áspero, militar, y el ateniense tocaba el himno a Niké una y otra vez, y los hombres cantaban.

—¡Salve, Orfeo! —dijo Sático.

Anaxágoras sonrió y siguió tocando.

Sático se detuvo a escuchar y Esteságoras fue a su encuentro desde la proa.

—Ni a Neiron ni a mí nos gusta el tiempo que se avecina, señor. Y... no es mi intención enojarte, pero estamos en el centro. Si algo no sale bien... Estamos perdidos.

Sático se las arregló para sonreír.

—Dime lo que tengas que decir, oficial de cubierta. Esteságoras suspiró.

—Me gustaría afianzar el trinquete con sogas gruesas. Sogas recias como cables

de ancla.

Sátiro se apartó del músico y levantó la vista.

—¿Por qué? —preguntó.

Esteságoras miró en derredor en busca de apoyo.

—Pienso... es decir, Neiron y yo pensamos que mantendrán el palo estable si tenemos que embestir. O si nos embisten. Incluso con la vela izada.

—¡Ajá! —Sátiro lo entendió—. Sobre todo dos de las sogas las aferramos en las bandas de popa. Tendréis que poner cuidado en dejar despejado el ángulo de tiro de las máquinas. Pero sí, y llevad otro estay bien a proa, junto al espolón. Hacedlo, Esteságoras. —Seguía mirando hacia arriba—. Y, ya puestos, colgad un canasto de la perilla tal como hacen los rodios. Con los nuevos cables, el mástil seguro que soporta el peso. Y poned a un par de arqueros en el canasto.

Esteságoras sonrió.

—Buena idea.

—¿Quién sabe? —preguntó Sátiro a los dioses—. Un vigía quizá nos diga algo bueno.

Una hora después la segunda línea de los antigónidas todavía bregaba para formar. Esteságoras había abatido el trinquete sobre la cubierta y toda la tripulación había estado clavando grapas de hierro en la corona del mástil para luego enrollar los cables móviles. Sacaron el hogar con cuidado y un par de espátulas de bronce al rojo vivo para untar de brea las sogas recién atadas a la perilla.

Anaxágoras tocó para ellos canciones de carreras ecuestres y simposios hasta que estuvieron listos para levantar el mástil, y entonces tocó una antigua marcha espartana con el ritmo muy marcado y el palo subió como si el propio Apolo hubiese agarrado la perilla con sus grandes dedos.

—Sería por esto que Orfeo era tan popular entre los argonautas —masculló Neiron.

Sátiro rara vez había visto a unidad tan poco nerviosa antes de entrar en combate, ni en tierra ni en el mar. En cuanto a él, era presa del nerviosismo a ratos. Se abstraía en el montaje de un estay o ayudando a coser trozos de cuero al canasto para que los arqueros tuvieran una mínima protección, y luego miraba por la borda y el corazón le latía más deprisa y se le secaba la boca.

Pero la música le hacía olvidar sus temores, fuese por la tendencia a cantar con los demás o por lo bien que tocaba el ateniense.

—Nos lo han enviado los dioses —dijo Sátiro.

Neiron asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo—. ¿Y cuántas veces digo algo semejante?

Rieron juntos mientras el mástil se erguía, y luego cuarenta marineros y todos los

infantes tensaron las nuevas sogas hasta dejarlas tensas como cuerdas de arco, atándolas a los recios postes que sostenían la baranda de combate. Resultaba tan feo como estiércol en una bailarina, pero el mástil parecía tan sólido como si hubiese crecido de una semilla, y el canasto forrado de cuero y brea subió mediante poleas hasta la perilla sin que el recio palo de roble crujiera una sola vez.

—Tu lira es la mejor arma de esta nave —dijo Sátiro a Anaxágoras, y este aún le estaba sonriendo a modo de respuesta cuando uno de los vigías llamó.

—¡Señor Sátiro! —gritó el hombre desde el canasto. Aun estando diez metros por encima de la cubierta, se percibía su excitación.

—Estáis seguros, muchachos —gritó Sátiro. En realidad, el canasto se balanceaba con cada movimiento del barco, pero eran voluntarios y a cada uno se le había prometido una recompensa de diez dracmas.

—¡El enemigo ya ha formado! —gritó el arquero jefe—. Y hay un gran escuadrón que rema alejándose.

—Deberías ponerte la armadura —dijo Cármides a su lado—. Señor, el rey está dando la señal de avanzar.

Sátiro se quedó paralizado un momento, pero sin duda el avance sería lento, y seguido por una ciada y una retirada. Le sobraba tiempo para ponerse la armadura.

—Ponle armadura al joven Orfeo, muchacho —dijo, señalando a Anaxágoras—. No quiero que vaya desnudo a este baile, quizá se encuentre con que su pareja no esté demasiado dispuesta a cooperar.

Entonces Sátiro se encaramó a los estayes que sostenían el mástil y comenzó a trepar a fuerza de brazos, agradeciendo a Poseidón que no hubiesen tenido suficiente brea para recubrir la nueva jarcia, con lo cual no se estaba manchando de negro.

Trepó hasta donde pudo agarrar los amarres del mástil y apoyar un pie en el canasto de los arqueros, haciéndolo balancear un poco.

—Leto, Madre del Arquero —murmuró Sátiro.

La aparente confusión del frente antigónida era como una parodia. Ahora podía ver más allá de la primera línea. En la segunda línea, el gigantesco buque tortuga ocupaba el mismísimo centro. Tuvo la impresión de que era mayor que un octarreme, quizás incluso que un decarreme aunque jamás hubiese oído hablar de tal cosa. Pero no fue la gigantesca máquina de guerra lo que atrajo su atención, sino un escuadrón de quince naves que se alejaba de la segunda línea de Plistias, dirigiéndose al noroeste, hacia Menelao. Eran naves de gran porte. Contó quince, quince cuadrirremes y *penteres* formando una ordenada línea.

Menelao tenía sesenta naves, pero eran naves más pequeñas al viejo estilo ateniense: trirremes sin cubierta y demás. Todavía estaba formando; llegando tarde al baile, como diría Neiron.

—Ojo avizor, caballeros —dijo Sátiro—. Escuchad, cuando nos aproximemos al

enemigo tirad contra la cubierta de mando. No desperdiciéis una sola flecha con los marineros. Solo infantería y oficiales.

—No nacimos ayer, señor —contestó el arquero más veterano—. Podrías enviarnos más flechas, si te parece bien, señor.

Sátiro enroscó las piernas en torno al estay y se deslizó con cuidado por la gruesa sogá, apartando con una mano el quitón para que la tela no se desgarrara con el roce. En cuanto sus pies tocaron la borda, echó a correr hacia popa.

—Otras doscientas flechas a la perilla —ordenó a Apolodoro—. Luego te reúnes conmigo en la cubierta de mando.

—Sí, señor —respondió Apolodoro, y saludó.

—Ha adelgazado el centro y enviado a sus naves más pesadas, las mejores, contra Menelao —dijo Sátiro a Neiron, que tenía a Thrasos en los remos de gobierno. ¿Qué significa eso, viejo consejero?

Neiron se mesó la barba.

—¡El enemigo avanza! —se oyó gritar en la perilla.

—Ese canasto es la mejor idea que he visto en diez años —dijo Neiron—. Los rodios piensan en todo.

Sátiro se volvió hacia Cármides.

—Busca al marinero que tenga los mejores pulmones y que pase los mensajes de nuestra perilla a las naves del centro; así el rey estará informado. El enemigo avanza.

—¡Espuma bajo sus proas! —gritó un vigía.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Anaxágoras.

—Significa que ya han alcanzado la velocidad de embestida. —Neiron dio una palmada—. Tomaré el mando. Dame los remos.

Thrasos asintió, se preparó y Neiron puso sus manos en los remos.

—Tienes el timón —dijo Thrasos.

—Tengo el timón —respondió Neiron, que se agachó bajo los brazos del corpulento celta y ocupó el puesto del timonel.

Cerca del oído de Sátiro una voz potente rugió al *Poseidón* de Hermeo, el barco que navegaba a su lado por la banda de tierra:

—Enemigo a velocidad de embestida.

Sátiro de pronto se dio cuenta de que las dos flotas se estaban acercando con la velocidad de dos caballos al galope y de que iba desarmado y sin armadura.

—¡Cármides! —llamó.

El joven estaba a su lado con los brazos cargados de bronce y hierro.

—¡Ármame! —ordenó Sátiro, con los ojos puestos en la línea enemiga o, mejor dicho, en lo que podía ver de ella. La vela de trinquete limitaba la visión hacia proa.

—¡Arriad la vela! —gritó Neiron, leyéndole el pensamiento—. Pero con las drizas a punto para volver a izarla.

Los marineros corrían descalzos por la cubierta. La principal ventaja de la cubierta corrida era la presteza con que los marineros podían acudir a cualquier parte de la nave sin tener que pasar por encima de los remeros.

Sátiro ya tenía el coselete en torno a la cintura y Cármides le ató los cordones antes de atar las ligaduras del pecho.

—Vamos a embestir —dijo Sátiro a Neiron—. Ya es demasiado tarde para ciar.

Neiron vigiló el arriado de la vela y de pronto pudieron ver el centro de la línea de Plistias a un estadio, viniéndoseles encima como un caballo de batalla.

Tolomeo y Amintas debían de haber pensado lo mismo porque la nave del rey aceleró hasta alcanzar la velocidad de arremetida.

Cármides terminó de atar las ligaduras superiores bajo las axilas de Sátiro, que se echó para atrás para cargar con el yugo de la coraza.

—¡Ponme las grebas! —dijo. Comenzó a abrochar los cordones del peto—. Heracles, Señor y Ancestro, no me abandones.

Cerca; muy cerca. Notó que el *Areté* aceleraba hasta su velocidad máxima. La nave tal vez fuese pesada, pero sus hombres estaban en plena forma: bien alimentados, bien entrenados y confiados.

Apolodoro le estaba atando las hombreras a las correas de la cintura.

—Tú sigue mandando —dijo en voz baja—. Nosotros te mantendremos con vida.

—¿Las máquinas están cargadas? —preguntó Sátiro.

—¿Tan idiota parezco, señor? —preguntó Apolodoro—. Eh, mejor no contestes.

Sátiro notó las grebas acoplándose a sus piernas. Alguien le estaba abrochando las hebillas de plata detrás de las rodillas y los tobillos.

—¿Brazales? —preguntó Apolodoro.

—Sí. —Sátiro no volvió la cabeza—. Neiron, a por el de la derecha, el buque que va al lado del *Poseidón*.

—Sí, señor. —Neiron tiró de los remos—. Thrasos, aquí, necesito tus brazos. Tú, el de los pulmones, di al *Poseidón* que voy a embestir a ese cabrón del toldo verde.

El corpulento marinero hizo bocina con las manos.

—¡El *Areté* va a embestir al del toldo verde! —rugió.

—Recibido —dijo el hombretón a Neiron—. El timonel ha hecho una seña.

—Pues no la jodamos. —Neiron miró a Sátiro—. Creo que tenemos problemas —dijo en voz baja.

—Arremete contra su centro y veamos dónde estamos —respondió Sátiro—. Lo digo en serio, Neiron: *diekplous* y cruzamos hasta la segunda línea.

Neiron asintió muy serio.

Sátiro notó el consabido peso de la armadura, flexionó los brazos, se agachó.

A sus espaldas, Neiron y Thrasos se apoyaron juntos contra los remos de gobierno.

Los hombres de la perilla comenzaron a tirar flechas.

Apolodoro miró a Sático, que asintió.

—¡Máquinas! ¡Fuego a discreción! —ordenó a voz en cuello.

Solo las máquinas de proa tenían objetivos a su alcance, y dispararon a la vez. El grave y resonante estrépito de un proyectil al golpear una de sus amuras demostró que el adversario también tenía máquinas pesadas.

Medio estadio.

Sático se volvió hacia Cármides.

—Ahora ya no hay segunda oportunidad. Que todos los hombres con armadura se unan a los infantes de marina. Apolodoro, si lo abordamos, hagámoslo como el rayo; hacemos lo que haya que hacerse y regresamos a bordo.

—Sí, señor.

Sático corría hacia proa, las correas de las grebas estaban demasiado prietas y le cortaban los tobillos. Demasiado tarde.

Demasiado tarde para un montón de cosas.

—¡Infantería! ¡Preparaos! —gritó Apolodoro, y las máquinas de proa dispararon otra vez, juntas, apresurándose para ser las primeras.

A babor, la nave del rey iba un largo de espolón por delante, apuntando a la nave mayor de la primera línea enemiga, un octarreme que era, tablón por tablón, prácticamente idéntico al del rey. Chocaron proa contra proa, con una explosión de madera, una tormenta de astillas y una lluvia de flechas. Entonces Sático agachó la cabeza, agarró sus mentoneras, las juntó y se las abotonó a la garganta.

El impacto no fue el peor que hubiera sentido; en realidad, si bien lo empujó contra la pared posterior del castillo, no lo tiró al suelo. Encima de su cabeza, el capitán de los arqueros gritaba órdenes mientras cargaban y tiraban sin cesar. El *Areté* transportaba un contingente de arqueros mucho más nutrido que la mayoría de las naves: veinte hombres, casi todos sakje, provistos de elegantes arcos de asta y tendón y flechas con la punta arponada de bronce. Los griegos eran alejandrinos o cretenses, y usaban arcos pesados que tiraban flechas largas capaces de atravesar el bronce.

La reacción de los arqueros desde el castillo enemigo llegó tarde y fue débil.

—¡Le hemos aplastado la proa! —se oyó gritar en el castillo.

El ánimo enardecido de Sático, listo para repeler un abordaje, decayó.

Neiron hizo la seña para que los remeros cambiaran de bancada y el maestro remero soltó un grito tremendo.

—¡Va a hundirse! —anunció un infante, y acto seguido una oleada de enemigos fue a por ellos, cincuenta infantes de marina que cruzaban por tres puntos distintos, allí donde los castillos de proa de ambas naves se habían quedado enganchados.

Sático llegó a la baranda de estribor antes que el primer infante enemigo. La

suerte, buena o mala, le dejó solo salvo por Cármides mientras el enemigo intentaba saltar a la sección central posterior al castillo, donde estaba él, en lugar de ir a reunirse con sus camaradas; una táctica fruto de la desesperación.

Sátiro arponeó al primer hombre en el yelmo, asestándole un golpe limpio en la parte delantera del penacho de crin, y la cabeza se le dobló para atrás, perdió el equilibrio y cayó por la borda.

—¡Corta los garfios! —rugió Sátiro a Cármides, que no le hizo caso, soltó un grito de guerra y lanzó su lanza. Alcanzó al segundo infante enemigo justo encima de la nariz y la hoja ancha le destrozó la cara, aunque se llevó la lanza de Cármides al agua con él.

—¡Los garfios! —bramó Sátiro, ahora enfrentado a tres hombres. Corrió un enorme riesgo y atacó al del medio, contando con la tendencia de todos los hombres a estar seguros de haber afianzado los pies antes de dar un salto. Su acometida pasó por encima del escudo de su oponente y le dio en un lado desprotegido del cuello, abatiéndolo. Ahora Sátiro estaba demasiado cerca, no tenía más alternativa que luchar a la desesperada. Rugió, soltó la lanza, agarró el escudo del hombre que tenía a la derecha por la base y lo empujó hacia arriba contra las mentoneras de su yelmo, rompiéndole la mandíbula.

El tercer hombre golpeó la espalda desprotegida de Sátiro y lo tiró al suelo. Las escamas repelieron la punta, pero el dolor fue intenso; como un puñetazo en los riñones durante un encuentro de pancracio. El mundo se volvió blanco, luego rojo, y Sátiro cayó muerto.

Pero en el tiempo que tardó en pensar que estaba abatido y muerto se dio cuenta de que seguía teniendo control sobre sus miembros y rodó por el suelo, apoyó la espalda contra la pared del castillo de proa, afianzó los pies en la cubierta y empujó con las piernas. Una espada resonó en una de sus grebas. Cármides se puso de un salto delante de Sátiro y recibió la arremetida de lanza que iba dirigida a su amo, y Sátiro se sentó pesadamente, con la espalda contra el castillo y el peso de Cármides encima.

Apolodoro rugió, y los infantes del *Areté* cargaron desde el castillo. Cármides se encogió.

Un infante antigónida se plantó encima de ellos, alzó su lanza y sonrió de puro deseo de matar.

Anaxágoras le dio una estocada por la espalda, un golpe corto y brutal, y luego giró como un bailarín y clavó la contera de su lanza en el siguiente infante, usando el impulso del cuerpo al girar, y aunque el asta se rompió, el infante enemigo cayó derribado como un árbol delante de un leñador. Cármides chillaba, le manaba sangre de una herida, pero Sátiro no tenía tiempo para eso y se quitó al muchacho de encima de las piernas para ponerse de pie.

«Mano a la axila; puño de espada; desenvainar; ¡atacar!»

Sátiro clavó la punta de su espada en el ojo de un enemigo. El hombre cayó encima de otro infante, también muerto.

—¡Cortad los garfios! —gritó Sátiro desgañitándose.

Anaxágoras estaba en la borda, mirando cómo caía al mar su tercera víctima. Levantó la vista.

—El chico tiene razón. Esto es maravilloso.

Sátiro vomitó por la borda y vio que arrojaba sangre.

—Encárgate del chico —dijo.

Espadas y hachas golpeaban las cuerdas de los garfios, y la nave enemiga se estaba hundiendo con la proa destrozada tras la primera colisión; mala madera, carcoma, mal diseño... no tendría por qué haber sucedido, pero el espolón del *Areté* estaba enganchado en el casco del barco que zozobraba y Sátiro oía cómo se rompían las tablas de su propia nave.

—¡Remad! —gritó Fileo—. ¡Por vuestra vida!

La cuerda del último garfio se partió con un estrépito de rayos y truenos un día de tormenta, y la nave enemiga se separó de su espolón, deslizándose a regañadientes, y de pronto flotaron libres, alejándose a fuerza de remos.

Escupió y levantó la cabeza.

—¡Remos adentro! —gritó—. ¡Banda de estribor!

Fileo oyó la orden, Anaxágoras la repitió y los remos entraron como si la nave fuese una máquina construida por el forzado Hefesto, y el pico de bronce del trirreme golpeó la parte baja del costado desprotegido pero las tablas resistieron.

Idomeneo condujo deprisa a sus arqueros hacia la banda comprometida.

—¡Todos a una! ¡Tirad! —gritó, y veinte flechas cayeron sobre los remeros indefensos del trirreme. Luego todas las máquinas de la banda de estribor dispararon a la vez; un, dos, tres proyectiles hacia abajo a bocajarro, atravesando hombres y bancadas y seguramente llegando hasta el mismísimo fondo de la nave enemiga.

El trirreme enemigo intentó ciar a la desesperada, pero tenía veinte remeros muertos o más y en las bancadas reinaba el caos. Su maestro remero estaba prácticamente partido en dos por un proyectil más grueso que el brazo de un hombre. El trirreme se bamboleaba con el oleaje e Idomeneo ordenó otra descarga, gritando junto al oído de Sátiro.

—El rey está aplastando a su adversario —dijo Apolodoro.

Sátiro notó que se le despejaba la cabeza.

—Dame agua.

—¿Vino? —respondió Apolodoro, y le puso la cantimplora debajo de la nariz.

Sátiro bebió, escupió y volvió a beber.

—Buen vino —dijo.

—¿Por qué morir con sabor de vino barato en los labios? —preguntó Apolodoro. Anaxágoras estaba inclinado sobre el muchacho lesbiano. Sátiro se acercó a ellos tambaleándose.

—¿Vive? —preguntó.

—Volverá a bailar, si así lo disponen los dioses —contestó Anaxágoras—. Nunca he visto hacer esto... Nunca lo he hecho. Necesito ayuda.

Sátiro se agachó a su lado, y Apolodoro y dos infantes agarraron al muchacho por los hombros y lo sostuvieron mientras Anaxágoras buscaba con dedos resbaladizos.

—¡Lo tengo! —dijo. Tenía una lazada de tendón entre los dedos, un trozo de cuerda de arco—. Apolo, dame fuerza en los dedos. ¡Tiras! —le dijo a un infante, y este tiró del tendón como un cazador furtivo haría con el cordón de una trampa, y negó con la cabeza.

La sangre salpicó la cubierta.

Sátiro levantó la vista. Neiron le llamaba, señalando.

—¡Marineros, aquí! —gritó Sátiro, y pasó los pies de Cármides a dos hombres. Amaba al muchacho pero tenía cuatrocientos hombres a los que salvar.

—¡Está muy resbaladizo! —gruñó el infante.

Otros dos trirremes de escasa obra viva se acercaban desde la línea enemiga. Eran más pesados que el primero pero llevaban infantería a bordo.

—¡Déjalo! —gritó Sátiro a Idomeneo. Hizo una seña hacia el trirreme maltrecho que tenía a sus pies; podría apresarlo si lograra abordarlo con diez infantes, pero, ¿para qué?

Volvió la cabeza hacia arriba y vio que los dos arqueros de la perilla tiraban. Eran metódicos y rápidos para ser hombres que tiraban desde un canasto que se balanceaba. Uno dio un toque al otro en el hombro y señaló hacia proa.

Sátiro ya no podía ver nada.

—¡Todas las máquinas, todos los arqueros, a por ese! —gritó, y la voz se le quebró debido a la fatiga.

Señaló con una lanza, —¿de quién?, ¿de dónde había salido?—, al más cercano de los dos nuevos atacantes, y casi tan raudo como el pensamiento, un proyectil de hierro salió disparado y alcanzó de refilón la proa del trirreme para luego rodar por la cubierta de remo. Los remeros enemigos perdieron la estrepada y el barco cayó a estribor, dejando que el otro prosiguiera el avance en solitario.

Tuvo tiempo para fijarse en que las máquinas mataban relativamente a pocos hombres, pero los mataban de una manera espectacular y horripilante, de modo que socavaban la moral de toda la tripulación de una nave.

Sátiro regresó dando tumbos hasta el puesto del timonel. Thrasos estaba gritando doblado en dos, con una flecha mortal clavada en la parte baja de la espalda. Sátiro miró a babor por primera vez en lo que parecían horas y vio un *penteres* enorme, una

nave tan grande como la suya, arremetiendo contra ellos. Sus arqueros le gritaban cosas. Mientras los observaba, una flecha rebotó en la chapa de bronce de su *aspis* y desapareció a sus espaldas.

—¡Tienes que hacer que Idomeneo ponga a los arqueros a tirar! —gritó Neiron, agachado detrás de su *aspis*.

Sátiro negó con la cabeza. Neiron no podía ver, pero el *penteres* que se aproximaba no era la mayor amenaza. Lo eran los dos trirremes. A media eslora, el grupo de hombres que atendía a Cármides dio un grito, y varios agitaron el puño en alto. Se produjo una estrepitosa colisión cuando el trirreme chocó contra el costado de estribor, y entonces todos los hombres de Idomeneo se asomaron por la borda y tiraron directamente sobre la proa de la nave enemiga.

—¡Tenemos que largarnos! —gritó Neiron—. ¡Se están concentrando en torno a nosotros! ¡Solo los dioses saben por qué!

En cierto nivel de su táctica, la idea de estar repeliendo el ataque de cinco naves enemigas complacía a Sátiro en grado sumo. Pero aquello no podía durar, y las tablas de su recia nave nueva no aguantarían muchas más arremetidas pese a las virtuosas maniobras de Neiron y el insignificante tamaño de los espolones enemigos. Aun así bendijo a los constructores del barco y cada óbolo que les había pagado.

Otra descarga de flechas cayó sobre ellos, alcanzando su escudo como el viento azotando el manto de un hombre en una tempestad, y dos le dieron en una greba y una tercera en el yelmo, de modo que trastabilló.

Dos infantes acudieron desde media eslora, portando grandes escudos.

—Apolodoro dice que nos permitas proteger el timón —dijo Filipo de Tarso. Era un viejo amigo, veterano de todas las batallas de Sátiro, y logró que el rey tuviera la sensación de dejar a Neiron en buenas manos.

En lo alto, los arqueros de la perilla habían cambiado de objetivo. Comenzaron a tirar contra el *penteres* de babor y daba la impresión de que cada una de sus flechas abatía a un hombre. Incluso Sátiro se agachó y retrocedió hacia popa, pasando por encima de un impresionante número de cuerpos. Polícrates, muerto con un par de jabalinas clavadas; ¿qué demonios hacía en la cubierta superior? Sátiro vio con el rabillo del ojo que el maestro remero enemigo caía, se ponía de pie y le clavaban otra flecha en el hombro, muriendo como la víctima de un sacrificio, y nadie gobernaba el timón de la nave enemiga.

Las máquinas de la banda de babor dispararon a quemarropa; de repente, todo ocurría en distancias muy cortas. Estaban diezmado los efectivos enemigos, disparando contra sus máquinas, una estrategia excelente que Sátiro deseó que se le hubiera ocurrido a él.

Bajó la vista y se dio cuenta de que estaba perdiendo sangre de mala manera, pues le manaba de la entrepierna.

—Mierda —dijo, y trastabilló.

—Resiste, Aquiles —dijo Anaxágoras metiendo su hombro bajo la axila de Sático—. Si tú caes, todos nos echaremos a llorar y no podremos seguir luchando.

—Estoy herido. Mierda. Mira cuánta sangre.

Sático no lograba discernir de dónde le manaba, pero la espalda le dolía tanto como si tuviera cinco heridas. La visión de su propia sangre lo debilitaba.

Flechas contra su escudo. Anaxágoras torció el gesto y bajó la vista hacia donde una flecha le había atravesado el muslo. Abrió la boca y se desplomó sin decir palabra sobre la cubierta.

Idomeneo había cambiado de objetivo. Desde lo alto del castillo de proa, sus hombres habían barrido las cubiertas de mando de los trirremes y ahora tiraba descargas cerradas contra el *penteres* de babor.

Sático echó un vistazo a estribor. Uno de los trirremes se había enredado con los remos del otro y no suponían una amenaza; al menos durante un buen rato.

Sático cruzó su nave hasta la banda de babor, pero el *penteres* ya había tenido suficiente. Sus remeros estaban intactos aunque su cubierta superior estaba bañada en sangre; algo sobre lo que a los poetas les resulta fácil cantar, pero en este caso los arqueros y las máquinas habían masacrado a los marineros y arqueros enemigos, y no quedaba una sola armadura a la vista. Alguien estaba diciendo a los remeros que bogaran, pero no había nadie al mando.

Sático levantó la vista hacia la perilla.

—¿Dónde está el rey? —preguntó a voz en cuello.

—Avanza hacia el sur. Con una presa a remolque —fue la respuesta.

—¿Dónde está el buque insignia? ¿Ese enorme cabrón? —gritó Sático.

—¡Medio estadio al norte! —le contestaron.

Sático se volvió y la espalda le hizo daño. Pero aún no había muerto y había llegado la hora de hacer algo más que sobrevivir, por mas noble que eso pareciera habida cuenta de las circunstancias.

Apolodoro. Tenía a sus infantes de marina formados bajo el castillo de proa; a salvo, al menos por el momento.

—Apolodoro, ¿ves el *penteres*? No hay tripulación en cubierta. Es una buena nave. —Sático sabía cuándo tocaba hacer un poco de comedia—. Me gusta bastante. Tomémosla.

Los hombres armaron un buen jolgorio.

Sático corrió a popa.

—Voy a tomar el *penteres* y a darle media vuelta. Pasa por el hueco y pon rumbo al sur.

—¿Al sur? —preguntó Neiron.

Sático asintió.

—Si estamos ganando, tú y yo les romperemos la línea. Si estamos perdiendo, estaremos huyendo hacia nuestras naves con el viento a favor. En todo caso, vamos al sur. Si me pierdes y nos están derrotando, dirígete a Alejandría. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —contestó Neiron—. ¡Ve con los dioses!

—¡Esteságoras! —Sátiro consiguió llamarle la atención. Apolodoro tenía a media docena de hombres lanzando garfios, y Neiron ya había sacado los remos—. Esteságoras, tú y todos los marineros que no se precisen para manejar la vela de trinquete. Y una vela de trinquete de repuesto y una driza. Ahora mismo.

Esteságoras asintió y bajó corriendo por una escalera de mano.

Sátiro se volvió hacia el *penteres*. Mientras lo observaba, Neiron y Fileo sacaron los remos, solo los de popa, un milagro de mando y control, y arrimaron suavemente el espolón del *Areté* a la popa de la nave enemiga, facilitando así el paso de los infantes de Apolodoro. Se abalanzaron sobre el puñado de infantes enemigos que quedaban a bordo; uno fue abatido mientras salía de su escondite. Sátiro había tenido intención de dirigir el abordaje y en cambio fue el último hombre con armadura que cruzó, encontrándose con que ya no había nadie vivo en cubierta, una cubierta muy parecida a la suya pero solo con una máquina en cada banda, instaladas a proa y ahora destrozadas. Todo esto lo asimiló de un vistazo y acto seguido tuvo los remos de gobierno en sus brazos.

Esteságoras cruzó detrás de él, con veinte marineros con un gran fardo de lona y una driza larga.

—Levanta el palo de trinquete —dijo Sátiro—. Luego iza la vela. Te necesito al timón. —Se volvió hacia Apolodoro—. Asalta las cubiertas de remo —dijo—. No aceptéis resistencia, y diles que si reman los liberaremos y que si luchan los hundiremos aquí mismo.

Apolodoro sonrió de oreja a oreja, estaba ileso en medio de la vorágine, sin una señal en el cuerpo.

—Sí, señor —dijo—. Dame un momento para convencerlos y apuesto a que remarán tan bien como cualquier remero del Pireo.

Acto seguido bajó en tropel con todos sus infantes de marina hacia las cubiertas inferiores.

Los imbornales del *Areté* escupían sangre, y una de sus máquinas de babor estaba inutilizada; desde allí alcanzaba a ver los daños en la cubierta y la borda, así como tablas rotas del casco que sin duda dejaban entrar agua, pero Neiron lo tenía arrumbado y avanzando bien, ya a media eslora de distancia, dispersando los pequeños trirremes como un tiburón dispersa a los pargos.

—Necesito un maestro remero —dijo Sátiro—. Esteságoras, ¿a quién cojo?

Esteságoras meneó la cabeza.

—De entre los míos el mejor es Laertes, pero está levantando ese mástil. Patroclo

es el del vozarrón de cuando íbamos a iniciar el combate.

Sátiro asintió.

—Bueno, se hace oír. Ponlo a media eslor.

Se asomó por la popa, escupió sangre al agua y sus ojos repararon en el nombre de la nave, escrito en griego asiático con letras de oro bajo las tablas de popa: *Atalante*, la cazadora, la amada de Artemis, la heroína de su hermana Melita. Sátiro decidió tomarlo como un buen augurio aunque cuando alzó la cabeza vio estrellas y tuvo que escupir sangre otra vez para quitarse de la boca el amargo sabor a cobre.

Decidió permitirse creer que le manaba menos sangre de la espalda. En realidad, si la herida fuese tan grave como había temido, ya tendría que haberse desmayado. Puesto que seguía de pie, lo más probable era que sobreviviera a no ser que el dios del contagio y la infección le lanzara un dardo envenenado. Dedicó una plegaria a Apolo, otra a Poseidón e incluso una tercera a Hefesto por la buena construcción de su nave, y de pronto Apolodoro había regresado, resoplando como un fuelle pero sonriente.

—¡Esclavos! —dijo—. ¡Es un milagro de Ares, señor!

Abrazó a su rey y, habida cuenta de las circunstancias, fue un abrazo al que Sátiro correspondió de buena gana.

Remeros esclavos significaba hombres que serían libres si su nuevo bando ganaba la batalla; hombres sin la menor lealtad a sus amos muertos.

—Escucha —dijo—. Ve abajo y déjales esto bien claro. Vamos a ciar dos esloras y luego haremos un viraje cerrado a babor con los remos de babor bogando. Ciad cuarenta estrepadas, invertid las bancadas de babor, quince estrepadas avante.

—Cuarenta atrás, inversión a babor, avante a toda —repitió Apolodoro—. Ares, soy infante, no marinero —y se esfumó.

El nuevo maestro remero tenía una lanza. La partió con las manos para deshacerse del contrapeso del regatón, y se puso a marcar el ritmo golpeando la cubierta.

—¡Remad! —gritó Sátiro—. ¡Todas las bancadas, atrás!

Fuese por el miedo, la pasión o la valentía, poco importaba, pero los remeros estaban motivados y la nave se movía, pesadamente las cinco primeras estrepadas y luego como el proyectil de una máquina, de modo que Sátiro se dio cuenta de que su estimación de cuarenta estrepadas era excesiva. Pero también sabía lo que podía conllevar dar contraórdenes a una tripulación nueva. La popa salió disparada «avante» y la nave comenzó a virar a babor, simplemente porque sus remos de gobierno no podían corregir el rumbo desde la «proa» temporal. No obstante, estaba virando en la dirección deseada. Solo que se estaba adentrando mucho más en la segunda línea enemiga de lo que había pretendido.

Allí no había una sola nave. En el sur vio al gigantesco decarreme que, tras

destronar uno de los *penteres* de Tolomeo, virando para atacar a un par de cuadrirremes, naves que por lo general se consideraban pesadas pero que, en este caso, distaban mucho de dar la talla. Y en el norte, ruina. Tolomeo no estaba venciendo.

Ahora bien, Sático disponía de tiempo: el centro enemigo estaba desierto, despojado de las naves destacadas para enfrentarse a Menelao y por la derrota de las naves de menor porte al arremeter contra el *Areté*.

El *Areté* estaba cerca, veinte largos de caballo a babor, virando para dirigirse hacia el sur. Pero la separación entre ellos se iba agrandando a causa de la velocidad de la retirada de Sático.

«Treinta y ocho, treinta y nueve...»

—¡Invertid las bancadas! —gritó Sático—. ¿Aún te queda vino? —preguntó a Apolodoro.

Sin decir palabra, este le puso la cantimplora en las manos.

La proa comenzó a virar... demasiado deprisa.

—¡Todos sentados para bogar! —ordenó Sático a voz en cuello. Intentar compensar el viraje excesivo con los remos de gobierno hacía que le doliera la espalda como si tuviera hielo y fuego sobre la piel desnuda. Había cometido un error de cálculo de varios grados. El rumbo que ahora llevaban los conducía derechos al costado del distante leviatán, el buque insignia enemigo, que descollaba por encima de la batalla como un elefante entre un cuerpo de infantería.

El nuevo maestro remero estaba al quite.

—Banda de estribor, ¡clavad los remos! —rugió con todo su vozarrón—. ¡Y ahora remad, cabrones!

Por fin se movían. Sático se había alejado de la línea enemiga y estaba avanzando, justo a lo largo de las popas de las naves enemigas, demasiado cerca para que resultara reconfortante. Podría causar daños devastadores con su nave una sola vez, pero Sático tenía la impresión de que la batalla estaba perdida. A barlovento, Tolomeo retrocedía, alejándose del combate, cubierto por las pesadas naves de su escolta. El *Poseidón* ciaba lentamente, con las máquinas todavía disparando contra los trirremes que el *Areté* había inutilizado. Pero por lo demás, apenas se oían vítores en el bando de Tolomeo. Menelao o bien no había llegado a zarpar o bien lo habían vencido, y de ahí que el centro egipcio se hubiese desmoronado desde la parte más cercana a la costa; este había sido desde el principio el punto más débil del plan de Amintas. Más al sur, el buque insignia enemigo intentaba dar alcance al de Tolomeo, que ciaba desesperadamente para librarse de la trampa.

Pero mientras observaba lo que sucedía alrededor, el trinquete de la proa de su nueva captura comenzó a subir, sujeto por cuatro obenques que se fijarían más a popa. Los infantes tiraban de las sogas como marineros, al parecer no era el momento

para viejas rencillas, y el palo subió y fue amarrado con la misma suavidad que si se hubiese hecho en un astillero.

Neiron se estaba rezagando, manteniendo el *Areté* a poca velocidad. Aguardaba a su rey. Cuando Sático se situó a su lado, con los nudillos blancos de agarrar los remos, temeroso de enredar sus remos con los del *Areté*, Neiron gritó a través del agua.

—¿Luchamos, señor? ¿O huimos? —preguntó.

Sático volvió a apoyarse sobre los remos de gobierno.

—¡Dame espacio! —gritó—. ¡Quiero apartarme de sus popas! —El enemigo estaba demasiado cerca—. ¡Huimos!

Neiron hizo una seña conforme lo había oído.

El *Areté* viró a babor y Sático intentó hacer lo mismo, alejando su vulnerable banda de estribor del enemigo, pero el remo de gobierno de babor se rompió, probablemente deteriorado a causa de la primera colisión y el abordaje. A continuación imperó el caos, sus infantes trataban de encontrar un remo de repuesto en un barco desconocido, y sus nuevos remeros tenían miedo; miedo a una masacre, a la derrota. Neiron cayó a babor, manteniéndose tan solo a un cuarto de estadio de distancia. Ambas naves llevaban izada la vela de trinquete y con el viento portante comenzaban a avanzar bien, pese a tratarse de naves pesadas.

Sático se tomó un momento para echar un vistazo en derredor. Vio problemas en el sur; o bien había nuevos barcos o alguien había dilucidado que no era de su bando. Pero en la retaguardia de la flota de Demetrio reinaba la confusión; la confusión de la victoria, pero ninguna nave los desafió cuando comenzaron a alejarse. Laertes trataba de compensar la ausencia del remo de gobierno frenando con los remos de la nave, primero en una banda y luego en la otra, pero como consecuencia la nave aminoraba y los enviaba en una perezosa curva de regreso hacia las popas del enemigo. Ningún barco reaccionó, ningún barco pareció reparar en ellos.

Ningún barco excepto el gran decarreme, el poderoso navío que había comenzado la batalla detrás del centro. Sático supuso que aquella nave era el buque insignia de Plistias, y no tenía la menor intención de atacarlo. Sin que fuera voluntad suya, tenía que pasar cerca de la popa del leviatán, y justo cuando comenzó a pasar, con el rostro crispado por estar tan cerca de un peligro tan grande, el buque insignia enemigo comenzó a separarse de los dos cuadirremes con los que estaba combatiendo, abordándolos simultáneamente, tan nutrido era su contingente de infantes comparado con el de ellos; cien hombres masacrando a unos quince en cada cuadirreme, dejándolos a la deriva, con regueros de sangre corriendo por la cubierta que parecían el intento de un niño por escribir en un pergamino, tras asesinar a los remeros para ganar tiempo. Y la inmensa mole de la nave enemiga cío bajo control, con sus remos batiendo el agua como las patas de un desgarbado milpiés.

Neiron vio que el buque insignia enemigo se movía al mismo tiempo que Sático, y ambos gritaron órdenes a sus respectivos maestros remeros. Las mismas órdenes.

—¡Velocidad de embestida! ¡Todos los remos! —gritó Sático, y Neiron dio la misma orden.

Sático notó el aumento de potencia a través de las plantas de los pies, pero el inmenso navío enemigo ya estaba avanzando y su popa se alzaba junto a su costado, y ahora la tripulación enemiga era consciente de su presencia; les gritaron suponiendo que eran de los suyos hasta que se dieron cuenta de que estaban equivocados.

Sático se mantuvo erguido junto al remo de estribor, empujándolo con todo su peso.

—¡Quiero desviarme! —gritó a su maestro remero novato a través de la cubierta.

Laertes asintió y gritó por la escotilla de media eslora a los remeros de las cubiertas inferiores. Sático negó con la cabeza. Sus manos agarraban el remo de gobierno pintado de rojo como un luchador de pancracio en el último forcejeo de un combate, y tenía la frente empapada en sudor. Había sangre en su costado derecho y en la espalda y tenía frío.

Apolodoro se plantó a su lado, protegiéndolo con su *aspis*. La gigantesca nave enemiga llevaba arqueros a bordo, y estaban tirando contra él.

—Gracias —dijo Sático.

—¿Por qué no viramos? —preguntó Apolodoro, agarrándose a la borda.

—Estamos demasiado cerca —contestó Sático—. Si viro a babor, nuestra popa no se aleja de la suya. Si viro a estribor, voy de cabeza a su costado... ¡Mira esas máquinas de guerra!

El decarreme se erguía imponente sobre ellos como un adulto sobre un niño. Sus bandas eran como acantilados, y ante el *Atalante* tenía la misma ventaja que el *Areté* había tenido ante los trirremes. Neiron, un cuarto de estadio detrás de ellos, tenía una ventaja, no obstante: todas sus máquinas de estribor podían disparar y las del enemigo, por el momento, no.

Sático agarró el hombro del quitón de Apolodoro.

—Que la máquina de proa empiece a disparar —dijo.

Apolodoro asintió.

—Voy a probar —respondió.

Tan cerca.

Sático dio un tirón al remo de gobierno que quedaba y en estas un infante apareció en el tambucho principal arrastrando un remo. Sático consiguió empujar suavemente la proa hacia babor y volver a enderezar el rumbo varias veces seguidas, tratando de escabullirse de la popa del enemigo sin perder velocidad. Y el infante, a quien Sático en realidad no conocía, tenía bien amueblada la cabeza. Se puso a amarrar el nuevo remo de gobierno en su sitio, asegurándolo en la borda con nudos rápidos y

profesionales.

Pero el remo nuevo llegó un pelo demasiado tarde.

—¡Remos dentro! ¡Ahora! —rugió Sátiro, y Laertes repitió la orden al instante. Estaban demasiado cerca, no había manera de evitar la colisión, y Sátiro ya veía, como si de una lección de matemáticas se tratara, que si la nave enemiga le golpeaba la popa, ambos barcos quedarían abarloados tras pivotar sobre sus respectivas popas, aplastando sus remos entre sus cascos.

Volaban garfios. El decarreme los quería abordar. Uno se enganchó en la borda de popa a tan solo un largo de brazo del hombro de Sátiro, y otro en la cubierta un poco más adelante, y acto seguido la popa enemiga golpeó su popa; el ángulo era demasiado agudo para que el buque enemigo les causara daños, pero la arrancada y los garfios los hicieron girar a estribor de tal manera que mientras el mamut se deslizaba, con sus remeros tratando de recoger los remos a la desesperada, el pequeño *Atalante* chocó de lado como un potro atado contra una cerca, astillando remos y ensuciando el magnífico trabajo de pintura de la nave enemiga.

Los remeros del *Atalante* metieron los remos de babor en su sitio antes de que los cascos se rozaran.

Una descarga cerrada de flechas cayó en torno a Sátiro, pero por suerte o por voluntad de los dioses ninguna le dio.

Sátiro tuvo ganas de maldecir. Sentía que lo invadía la desesperación, el pariente espiritual de la sensación de la espalda y el frío en la espina dorsal, pero sacudió la cabeza. «Hemos estado a punto de escapar», pensó. Mientras lo miraba, su trinquete se vino abajo, astillándose, y la vela oscureció la cubierta entera. Hubo una pausa.

«¿Rendirse?»

Pero no había rendición que valiera en un combate naval. Si se detenía a pensarlo, los regueros de sangre que teñían los costados de los dos cuadrirremes abandonados un poco más al este hacían elocuente lo que le aguardaba en caso de ceder.

En proa, Apolodoro puso a disparar una máquina pesada de la banda de babor. La nave entera se estremeció cuando el enorme arco lanzó el proyectil, que entró en el casco enemigo por el portillo de un remo, dando la impresión de desaparecer en la piel de una gran bestia, como una flecha en un elefante.

Justo en su popa, el *Areté* disparó las tres máquinas a la vez y los proyectiles impactaron contra el decarreme, aunque no surtieron más efecto del que la honda de un niño tendría contra un toro bravo.

Sátiro soltó los remos y se colgó el *aspis* del hombro. Lo fastidiaba contra toda lógica tener que morir allí, en una batalla perdida por un monarca que no merecía su sacrificio. Nada en aquella situación era siquiera remotamente heroico, solo se encontraba en aquella posición porque había calculado mal el tiempo de su virada al retirarse de la batalla, y era su *hubris* por apresar el *Atalante* lo que le había

conducido a la muerte.

Agarró la correa de su yelmo con la mano derecha y la tensó.

—Solo es culpa mía —dijo—. Heracles, no me abandones.

El olor a piel mojada era penetrante, acre, embriagador. El olor lo alentó, significaba que seguía en contacto con el otro mundo, el mundo de los héroes. Pero lo afectó de otra manera; nunca había olido el gato tan claramente, y sospechó que los velos entre este mundo y el mundo de los héroes se estaban adelgazando.

«Voy a morir», pensó. No era un pensamiento nuevo pero nunca le había transmitido tanta inmediatez, y la duda le provocó un escalofrío mientras pensaba en cincuenta cosas intrascendentes que le hubiera gustado haber hecho. Pensó, entre otras cien estupideces, en las caderas de Miriam bajo su quitón. La idea le hizo sonreír.

—Todavía no estoy muerto —dijo en voz alta; tan alta que el infante que tenía al lado le sonrió.

—No, no lo estamos, señor.

El soldado se irguió un momento, se colgó el *aspis* al hombro y alzó su lanza.

—Aquí vienen —dijo.

Sátiro deseó ser capaz de recordar cómo se llamaba. Le había traído un remo nuevo de la bodega, lo había amarrado en su sitio y luego había protegido a Sátiro de las flechas enemigas. Nada de eso era digno de un pasaje de la *Ilíada*, pero todo lo hizo de prisa y bien, y ese tipo de cosas eran las que podían inclinar una batalla hacia un lado o el otro, tanto o más que las decisiones de un comandante.

Participaron cincuenta infantes enemigos en el primer asalto, cincuenta soldados profesionales. Apolodoro tenía a sus veinte en formación, y Sátiro y su compañero... —«Se llama Neco», Sátiro recordó su nombre entre un maremágnum de recuerdos — se echaron a correr juntos, abandonando el puesto del timonel como si estuvieran huyendo. Los infantes enemigos que trepaban a la popa se burlaron de ellos.

Cuando se encontraron con Apolodoro a media eslora, el capitán de infantería naval estaba dando sus órdenes; con calma y sin levantar la voz para que no lo oyera el enemigo.

—Mostraos asustados. Retroceded. Que parezca que estáis poco dispuestos a luchar... y cuando dé la consigna, cargad. Cualquiera hombre que rehuya su deber es hombre muerto. —Hizo una pausa—. ¡Pareced el hatajo de cagaos que no sois! —dijo. Señaló hacia popa, más allá del enemigo—. El *Areté* está en camino. Demostrad lo que valéis.

Su discurso pareció levantar el ánimo de los infantes de marina que, por descontado, estaban acostumbrados a Apolodoro y sus mordaces comentarios. Ningún hombre que lo siguiera esperaría un saludo a los dioses o un discurso florido.

Los infantes enemigos treparon por la popa y Apolodoro los dejó subir a bordo, a

casi todos. Hacía ver que estaba aterrorizado, que sus hombres se quedaban atrás.

Lanzó una mirada a Sático, que asintió. Apolodoro era un soldado nato y Sático no era más que un rey. Su asentimiento permitió que Apolodoro tomara el mando.

—¡Cobardes! —gritó Apolodoro. Una flecha procedente de la popa enemiga le dio en el yelmo y rebotó—. No cedáis terreno, quedaos conmigo... ¡Ahora! —bramó, dejando ya de fingir, y corrió por la cubierta en pos de la aglomeración de infantes enemigos.

Sático habría dicho que era imposible sorprender a unos soldados en guerra declarada, sobre una cubierta despejada en medio de una batalla, pero resultó obvio que los infantes enemigos se quedaron pasmados cuando su contingente los atacó como un solo hombre. Tal vez habían contado con una negociación, una rendición, una masacre...

Sático estampó su *aspis* contra el primer hombre que encontró, un oficial con un ornamentado yelmo ático azul y dorado con dos penachos de plumas, y el hombre cayó para atrás, derribando a su compañero de fila que también cayó a su vez, y Sático clavó la contera de su lanza en un ojo del segundo hombre, la arrancó y arremetió con la punta de acero afilado contra el cuello de un tercer hombre. Entonces empezaron a llover golpes contra su escudo como olas de tormenta contra la proa de una nave; tres, cuatro, cinco y dio un traspié hacia atrás cuando un sexto golpe amenazó con hacerle perder el equilibrio. Arremetió a ciegas con la lanza, sus ojos bajo la visera del yelmo eran una tormenta de dolor, y notó que la punta afilada como una aguja cortaba, se deslizaba, se hundía como un cuchillo en carne asada, y acto seguido un golpe por la derecha le partió el asta y se encontró empuñando un trozo de fresno con una contera. Paró un golpe alto de hacha con el asta rota, el hacha segó parte de su penacho causando una lluvia de crines azules y blancas, y lanzó la contera contra un gigante sin armadura que tenía delante, haciéndolo retroceder, y entonces Apolodoro tuvo al hombre a su alcance y lo apuñaló veloz como el pensamiento una, dos, tres veces, y el corpulento infante enemigo se dobló sobre sí mismo y desapareció del limitado campo de visión de Sático. Lo que pareció un puño con armadura golpeó el yelmo de Sático, que se balanceó y trastabilló pero no llegó a caer porque estaba apretujado entre otros combatientes; dio un traspié, recobró el equilibrio y bendijo las largas jornadas de entrenamiento en la palestra. De manera inconsciente se llevó el brazo derecho a la axila y desenvainó su espada, dio un paso al frente y dio un mandoble en lo alto al primer hombre que tuvo a su alcance, dándole tal porrazo en la cresta del yelmo que cayó inconsciente.

El enemigo rugía, gritaba y los infantes saltaban a bordo en tropel, pero Sático y Apolodoro habían despejado la cubierta a su alrededor, y la primera tanda de infantes enemigos acabaron acorralados en la popa, aterrados y pidiendo ayuda a gritos, pidiendo algo...

—¡Salvad al rey! —gritaban una y otra vez unos a otros.

Sátiro bajó la vista y se dio cuenta de que entre sus piernas estaba el comandante enemigo, a quien había derribado con el golpe de escudo en los primeros instantes de la melé. Le bastó con mirarlo un momento para reconocerlo.

—¡Demetrio! —dijo.

—Sátiro del Euxino —contestó el hombre tendido debajo de él. Demetrio el Rubio le agarró un tobillo y lo tiró al suelo con una llave muy practicada, y Sátiro se vio sobre la cubierta con el movimiento del brazo izquierdo entorpecido por su escudo, un instrumento maravilloso en un combate naval pero una impedimenta en un forcejeo, y Demetrio alargó los brazos buscando su tráquea, pero Sátiro golpeó con la empuñadura de su espada la visera y el bronce plateado se abolló con el impacto y Demetrio gruñó. Salió sangre a borbotones. Aun así, Demetrio encajó un buen golpe en la garganta de Sátiro justo cuando este se estaba levantando, y cayó rodando hacia atrás. La negrura le limitaba la visión y respiraba entrecortadamente cuando un segundo grupo de infantes enemigos cargó.

Los hombres de Apolodoro los repelieron como dioses cargando contra ellos; los superaban en número, pero estaban desesperados y cargaron con el sereno coraje de Apolodoro, alentados por la visión del trinquete del *Areté* aproximándose. Demetrio retrocedía como un cangrejo a cuatro patas, intentando ponerse de pie. Sátiro consiguió no perder el sentido. A Demetrio le chorreaba sangre de debajo del yelmo pero Sátiro debía suponer que tan solo se había roto la nariz. «Por eso están mandando a todos los infantes a mi nave —pensó—. Salvad al rey, desde luego.» Se puso de pie y Demetrio hizo lo mismo, quedando separados por un largo de lanza.

—Tú eres el hombre con quien quería luchar —dijo Demetrio. Desenvainó la espada con una floritura mortífera. Dentro del yelmo, el muy cabrón sonreía—. El Héctor de mi Aquiles. Un héroe digno de ser vencido por mí, no como el pobre Tolomeo.

Sátiro era consciente de que Demetrio estaba más descansado e ileso, y pensó, como si lo hiciera a distancia, que si hubiese atacado sin soltar el discurso sobre Héctor podría haber terminado el combate en el acto. Sátiro iba desarmado. Al abollar el yelmo de Demetrio había hechos añicos la empuñadura de hueso de su espada. La soltó, dio un paso atrás y su mano vacía encontró una lanza encajada en la borda a su lado. Agarró el arma, pasó de contestar a Demetrio, afianzó los pies, tomó aire entrecortadamente y lanzó.

La lanza no era ligera. Era una pesada *lonche*, el arma que portaban casi todos los infantes de marina, y Sátiro se dio impulso hacia delante al lanzarla, imprimiendo todo el peso de sus caderas en el proyectil, y dio al rey antigónida justo en medio de su torso, derribándolo sobre la cubierta. Pero los reyes llevan buena armadura, y el mejor lanzamiento de Sátiro no lo penetró sino que resbaló hasta la cubierta,

impidiendo que el golpe fuera mortal.

Sátiro dio un par de pasos tambaleándose. Los infantes enemigos de su primera arremetida se habían reagrupado y se pararon en seco al ver a su gallardo rey tumbado en el suelo otra vez. En lugar de emprender una carga que habría matado a Sátiro, se estaban reuniendo en torno al caído Demetrio. Se colocaron en posición de atacar a la retaguardia de los hombres de Apolodoro...

De las cubiertas inferiores surgieron remeros encabezados por Esteságoras, que blandía una enorme hacha de dos filos. El bronce refulgía como el fuego...

«Como el fuego.»

Sátiro tragó otra bocanada de aire mientras consideraba el ridículo plan que le había salido de la cabeza como Atenea saliera de la de Zeus, y otra más mientras Esteságoras se abría camino a través del frente enemigo con el hacha antes de lo inevitable: una lanza en el vientre que supuso su muerte.

Fue una de las decisiones más difíciles de la vida de Sátiro porque la decisión natural, la decisión heráclita, era lanzarse a luchar y morir con sus remeros recién liberados, con Esteságoras, un hombre aguerrido que acababa de morir como un héroe.

Pero en el destello del hacha de Esteságoras, Sátiro había visto la manera de salvarlos a todos; las probabilidades de tener éxito eran pocas, pero alguna tenía.

Bajó de un salto la escalera central de la nave y cayó al suelo cuando un golpetazo la sacudió. Se puso de pie, procuró ignorar su propia sangre, que formaba un charco en torno a él, y fue trastabillando hacia proa por el pasillo central. Había remeros allí abajo. Solo los más valientes, los más desesperados y los menos cuerdos se habían unido a Esteságoras. Se abrió paso entre ellos dirigiéndose a proa, más allá de las bancadas de la media eslora, más allá de los remeros de la sección siguiente, más allá de los remeros de élite que se sentaban en la proa, hasta el tabernáculo, el reducido espacio bajo el castillo de proa y encima del espolón donde los marineros guardaban el fuego que les permitía calentar el hierro o encender hogueras en la playa. Un pesado recipiente de arcilla cuidadosamente protegido, del tamaño de la cabeza de un hombre, lleno de brasas dispuestas en un lecho de hojas y pedazos de corteza para que se consumieran lentamente. Sátiro lo cogió por el envoltorio de lino grueso, los marineros temen el fuego como Ares teme a Atenea, y se irguió, fue a la escalera de proa y trepó a la cubierta, encontrándose a menos de dos largos de caballo detrás de la lucha. Fue tambaleándose hasta la borda de la nave y levantó la vista hacia el inmenso costado del buque enemigo, y su corazón pareció detenerse para morir dentro de su pecho. En plena forma e ileso jamás habría sido capaz de lanzar la pesada vasija por encima de la borda enemiga.

Respiró estremeciéndose y se irguió. Una flecha le golpeó el yelmo y rebotó, y una segunda le dio en el pecho con tanta fuerza que se tambaleó, pero la punta no

perforó su armadura y Sátiro se mantuvo de pie y levantó la vasija de la cubierta con la bolsa de lino, y en un arrebato de inspiración la hizo girar por encima de su cabeza. El daño en la espalda se intensificó como si las brasas hubieran prendido fuego en ella, pero Sátiro hizo caso omiso del dolor concentrándose en el movimiento, en la pureza del círculo sobre su cabeza, y giró sobre sí mismo moviendo los pies con destreza, y entonces, cuando le pareció oportuno, cuando el dios le habló, soltó la vasija del fuego.

Jamás pasaría por encima de la borda enemiga. Por un instante, en el momento perfecto del giro, había pensado que tal vez, por la gloria de Heracles... pero su lanzamiento había sido demasiado bajo.

Demasiado bajo y demasiado fuerte, sin trazar un arco, salió disparado como un proyectil de las máquinas de guerra, derecho como una flecha a través de la cubierta y el agua, hasta el agujero que había roto en el casco el primer proyectil de hierro de Apolodoro, matando a todos los remeros. La vasija entró por el agujero y se hizo añicos, esparciendo brasas sobre la madera reseca de las bancadas, y allí no había nadie para apagarlas con una cantimplora de agua o de vino.

Y entonces Sátiro tuvo que dar media vuelta porque había actuado movido por la desesperación, aunque al menos los dioses vieron que su lanzamiento alcanzaba la nave enemiga, si bien sin resultados: ni humo ni una sola lengua de fuego.

Tenía la espada rota, perdida en alguna parte. Su *aspis* estaba apoyado contra el podio donde solía descansar la vasija del fuego dentro del tabernáculo, justo bajo sus pies pero tan lejano como la Hiperbórea.

No obstante, la cubierta estaba infestada de enemigos y Sátiro recogió una espada corta, pesada como una maza de hierro, y un *aspis*, ambos de uno de sus infantes muertos.

«Ahora a muerte.»

Estaba detrás de los infantes enemigos y mataría a unos cuantos antes de que ellos, desesperados, se volvieran contra él. Suspiró profundamente, estremeciéndose, y la espalda le dolió. Se preguntó qué importancia tendría el número de infantes que matara; iba a morir y ¿acaso ellos no eran tan hombres como él? tal vez hombres mejores. Tal vez hombres con amores, con vidas en tierra firme. Lo entristeció, mientras se quitaba el peto del cuello y liberaba su brazo para un combate más, descubrir que tenía muy poco por lo que vivir. «Mi hermana —pensó—. Y su hijo. Me echarán en falta, y yo a ellos. Padre, he fallado y lo lamento.»

Entonces, en un acto de voluntad, apartó la duda, apartó la autocompasión, sacudió la cabeza para quitarse el sudor de los ojos y cargó contra la retaguardia de los infantes del antigónida.

Paró en seco, tampoco era cuestión de suicidarse, y dio un tremendo mandoblazo a la parte trasera de una cabeza provista de yelmo, y su oponente cayó. Sátiro se

tomaba su tiempo; el hombro le dolía. Derribó a un segundo hombre y a un tercero, y de pronto repararon en él.

Pero en lugar de cerrarse en torno a él como una manada, Sático vio, como desde el fondo de un túnel, cómo una de esas cosas que los hombres comentan mientras beben vino —los auténticos veteranos, los hombres que han resistido en los combates más reñidos y que saben hallar humor en el horror, o al menos espacio para vivir con él— vio que los infantes del antigónida se desplazaban hacia la derecha y que los hombres de Apolodoro, exhaustos, los dejaban marchar como si el enconado enfrentamiento hubiese terminado de mutuo acuerdo. Cada bando miraba al otro como gallos de pelea pero no se movía un arma, y Sático se sumó a aquella tregua tácita aun estando en posición de liquidar a uno o dos hombres más. Fue, de hecho, el momento más extraño que alguna vez hubiese visto en un combate.

Sático fue al lado de Apolodoro, que se mantenía erguido, ileso y magnífico, en medio de un puñado de sus hombres, los supervivientes de la lucha.

La tregua se rompió cuando los infantes enemigos comenzaron a caer como si los cortaran con una hoz; flechas que aparecieron en el aire mientras Sático se desplomaba porque el daño de la espalda se impuso a su entrenamiento y ya no pudo mantenerse erecto. El *Areté*, luchador hasta el final, se había abarloado, y sus arqueros estaban diezmando al enemigo. Mientras Sático observaba, Idomeneo se inclinó por la borda y tiró contra un oficial que estaba intentando forzar otra arremetida.

En la popa del *Atalante*, un grupo de infantes enemigos, cubriéndose desesperados la cabeza con los escudos, levantaba a Demetrio el Rubio de la cubierta donde yacía como si estuviera muerto para izarlo por el costado de su grandiosa nave. Los marineros y los remeros habían entrado en acción y Sático ya no podía determinar qué bando iba venciendo, pero los infantes enemigos morían y saltaba a la vista que ya habían tenido suficiente, y se dio cuenta de que el equilibrio de fuerzas cambiaba. Lo vio claramente.

—¡Un ataque más! —logró gritar. Alzó su espada prestada y Apolodoro juntó su escudo con el de Sático.

Como carga cerrada no fue gran cosa, avanzaron en formación dando traspiés, pero Sático había interpretado bien al enemigo. Su rey estaba abatido y los arqueros los estaban matando sin que ellos pudieran reaccionar. Por alguna razón, todos los arqueros de poderosa nave habían dejado de tirar. El corto muro de escudos de Sático empujó al enemigo hacia popa, hasta arrinconarlo en el puesto del timonel. Un valiente no cedió terreno para cubrir la retirada de sus camaradas y durante unos instantes que se hicieron eternos repelió a Apolodoro y a Sático, moviendo el escudo como un loco. Logró hacer un tajo a Sático en la pantorrilla y clavó la punta de su lanza en un hombro de Apolodoro, y entonces Neco, desde la segunda fila, lo abatió

con su contera y la melé se abalanzó sobre él, pero Demetrio se había ido y casi todo el resto de infantería enemiga había escapado gracias a la soberbia valentía de un solo hombre.

—¡Cortad los garfios! —bramó Sático, o quizá lo bramó dentro de su cabeza porque lo que se oyó fue un gemido y un chillido. No obstante, Apolodoro, ileso, le oyó y corrió a la banda. Sático permaneció a su lado, aporreando a un marinero herido enemigo cuando intentó oponer resistencia al capitán de infantería, y luego levantó su escudo para proteger a Apolodoro de las flechas enemigas.

Dos veces se movieron para cortar otra guindaleza, y cada vez serraron la soga como niños cortando un cordón con cuchillos romos, hasta que el movimiento del dañado *Atalante* cambió al liberarse. Sático no podía creer que estuvieran vivos, que estuvieran a flote, que no estuvieran soportando los destrozos de la inmensa hilera de máquinas de guerra que se cernían sobre sus cabezas a un largo de caballo, diez máquinas solo en aquel costado.

Al levantar la cabeza después de cortar el último garfio olió el humo. El leviatán enemigo echaba humo como una bestia herida chorrea sangre; humo desde el tambucho de proa y más humo a media eslora, saliendo por los agujeros para los remos de tal manera que toda la increíble bestia parecía estar perdiendo sangre.

—¡Empujad! —graznó Sático, y Apolodoro repitió la orden. Sático se apartó del costado de la nave, olvidando el dolor en un arrebato de esperanza, de auténtica esperanza. Cruzó la cubierta hasta la banda de babor y se agarró a la regala.

—¡Pasadnos un cabo para remolcarnos! —gritó.

—¡Salid de ese cascarón! —contestó Neiron a voz en cuello—. ¡Abandonad la nave!

Sático sintió a dios dentro de él y se irguió cuan alto era, sobreponiéndose al daño que le hacía la espalda.

—¡No! ¡Danos un cabo y tira de nuestra popa!

El fuego en la nave enemiga ya estaba ardiendo, las llamas eran visibles a lo largo de todo su costado, y Sático percibió un curioso cambio de actitud entre sus hombres, héroes agotados tras el combate. Les entró el pánico, como si el fuego fuese un enemigo demasiado espantoso para enfrentarse a él; o tal vez, tras tan prolongado estrés, simplemente no pudieran soportar otra crisis. Muchos hombres, hombres valientes, se alejaban del costado, corrían por la cubierta y se agachaban arrimados al mamparo de babor. Un marinero se atrevió a saltar al *Areté* pero no logró sujetarse, y cayó entre ambos cascos para ser aplastado como un insecto cuando las olas los juntaron.

Si las llamas se propagan a bordo...

Sático agarró el cabo que le lanzó un marinero y corrió hacia proa con él, amarrándolo a la base del trinquete.

—Vamos, muchachos —graznó—. Ya casi estamos. No moriremos abrasados. Vamos a vivir. ¡Venga!

Hizo una seña y los dos hombres que tenía más cerca confiaron en él; abandonaron la ilusoria seguridad del mamparo y lo ayudaron a asegurar el cabo de remolque.

—Poned a la tripulación de cubierta en marcha y volved a izar la vela de trinquete —dijo Sático. Ambos estaban demasiado apabullados para contestar. Sático se alejó dando traspiés. Ahora todo era cuestión de segundos.

El cabo de remolque comenzó a tensarse.

Sático vio a Neco agazapado junto a la borda.

—¡Neco! ¡De pie, hombre! Ve a hacer que esos marineros cumplan con su deber. ¡Vamos! —gritó Sático. Le dio una palmada en el hombro como un camarada a otro, y el rostro de Neco se despejó al recobrar el coraje.

—¿Mi señor? —dijo, como si acabara de despertar.

—¡Trinquete arriba! ¡Y la vela apartada para que no se encienda! —gritó Sático tan fuerte como le permitía su garganta, y Neco dio la impresión de comprenderlo. Entonces Sático se fue a popa. Notaba que el cabo de remolque inclinaba el *Atalante* a babor y supo que se estaba moviendo; no deprisa, pero su proa se estaba apartando del buque enemigo.

Apolodoro no sintió pánico en ningún momento. Él y Laertes estaban en la popa, empujando la del enemigo con lanzas para intentar apartarla. El calor del fuego era tan intenso allí que Sático sintió otro momento de terror. Había chispas que saltaban a bordo, apagándose con un siseo en la sangre que formaba charcos como los que deja un chubasco donde el combate había sido más reñido.

Otros hombres habían seguido a Sático y se pusieron a empujar con lanzas y pértigas, empleando las pocas fuerzas que les quedaban. Cuando un marinero más se unió a ellos la popa se movió, y de pronto estuvieron deslizándose sobre el agua con la proa trazando una curva hacia babor para seguir al *Areté*, y Sático notó que sus remos de gobierno cobraban vida. El valiente, el hombre que había luchado contra ellos hasta el final, yacía atravesado a los remos de gobierno entorpeciendo su manejo, y Sático le agarró los pies y Apolodoro la cabeza y lo apartaron un poco, dejándolo de nuevo en el suelo con tanto cuidado como pudieron en una tácita muestra de respeto por su heroísmo.

Entonces Sático cogió los remos.

—¡Laertes! —dijo con la poca voz que le quedaba—. Todos los remeros a sus puestos. Remos fuera.

—Sí, señor —contestó Laertes. Tenía un corte en la frente y le chorreaba sangre por la cara.

A Apolodoro, Sático le dijo:

—En cuanto los remeros nos den impulso, corta el cabo de remolque.

Apolodoro asintió.

—¿Vas a desmayarte? —preguntó.

Sátiro consiguió sonreír a pesar de todo.

—No si puedo evitarlo. Y ahora manos a la obra. Pareceríamos idiotas si ahora un vulgar crucero nos impidiera escapar.

Capítulo 13

La tormenta pronosticada no se desencadenó. Hacia el suroeste, las nubes se encumbraban desde el horizonte hasta lo más alto de los cielos, cerniéndose sobre el mar, de modo que un marinero supersticioso podía pensar que Zeus estaba presente con toda su ira. El sol se reflejaba en las nubes y en el ensombrecido mar, una lámina de bronce sobre un mar de sangre.

El *Areté* y el *Atalante* no eran las únicas naves tripuladas por héroes, y así lo hizo patente el hecho de que el titánico enemigo hubiese apagado el incendio a barlovento. El viento arrastraba consigo la columna de humo. Sátiro podía imaginar cómo había sido estar a bordo; las cubiertas de remo, un infierno, y un puñado de valientes obligándose a arrimarse al fuego para vaciar yelmos llenos de agua sobre las llamas. Pero el barco incendiado había cubierto su retirada, y la prisa de todas las naves antigónidas en auxiliar a su rey había salvado el centro de Tolomeo.

Sátiro, apoyado agotado entre los remos de su timón, no necesitó contar las naves de Tolomeo para ver quién había vencido. El resultado era evidente. La flota de Tolomeo estaba muy maltrecha; treinta barcos o más perdidos en combate y los demás avanzando lentamente, siguiendo la dirección del viento hacia Egipto, abandonando la contienda.

Lo peor de todo era que en comparación la flota de Demetrio y Plistias estaba prácticamente intacta y que sus naves más ligeras estaban organizando una persecución. Mientras las nubes de tormenta se apilaban en el oeste y el sol se ponía en la ira del trueno, el escuadrón de *penteres*, formado por naves del tamaño y el desplazamiento del *Areté*, que había pasado la jornada inactivo aguardando a las sesenta naves inactivas de Menelao, ahora iba a por ellos, remando con brío a la luz del ocaso, resuelto a capturar a una docena o más de los trirremes rezagados de Tolomeo. Y desde el centro de la formación de Plistias salieron otras dos docenas de trirremes, igualmente anhelantes de proseguir el combate.

Casi todas las naves de Tolomeo habían dejado sus mástiles y velas en tierra y ahora corrían con el viento, impulsados por sus agotados remeros. Iban despacio. Solo la noche los salvaría.

El *Areté* y el *Atalante* llevaban izada la vela de trinquete, se encontraban diez estadios al sureste de la flota de Tolomeo que se batía en retirada y ya estaban a salvo por virtud de la inexorable matemática del mar.

Pero al caer la tarde, cuando el último promontorio de Chipre se hundió en el horizonte, y cuando las nubes de tormenta comenzaron a parecer algo sobrenatural en el oeste, el vigía del *Areté* avistó velas en el este y sus gritos alertaron a Laertes, a media eslora del *Atalante*, que fue corriendo a popa en busca de Sátiro, adormilado en sus remos.

—Velas al este —dijo.

Sátiro tuvo dificultades para enfocar la vista. Le dolía todo el cuerpo y desde donde se había repantigado entre los remos, veía a los infantes de marina, o al menos al puñado de supervivientes, agachados en actitudes que expresaban el mismo cansancio y sufrimiento.

—Puedo llevar el timón —dijo Laertes.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó Sátiro.

Laertes negó con la cabeza.

—No, señor.

Sátiro asintió.

—El velamen tira bien. Los remeros descansan. Lo único que tienes que hacer es ir derecho. Estoy dispuesto a dejar que lo intentes si asumes la responsabilidad.

Laertes sonrió forzosamente.

—Será un orgullo intentarlo, señor.

Sátiro asintió.

—Pon las manos en los remos. Ahora di: «Tengo el timón.»

—Tengo el timón —dijo Laertes.

—Tienes el timón —respondió Sátiro, y pasó por debajo de sus brazos para salir de entre las varas y Laertes lo relevó, torpe por las ganas de hacerlo bien. La nave pareció dar un salto, la popa se movió el largo de un brazo a babor mientras Laertes intentaba equilibrar las dos varas, y por fin encontró la presión correcta, bastante correcta, y la nave se estabilizó.

Sátiro fue a la banda de babor y observó el canasto colgado del trinquete del *Areté*. Neiron estaba a los pies del mástil y los hombres del canasto gesticulaban y hablaban.

—No parecen asustados —comentó Sátiro.

—Ya no me quedan fuerzas para asustarme —dijo Apolodoro—. Señor, es una lástima que hayamos perdido cuando nosotros hemos luchado mejor.

Sátiro esbozó una sonrisa.

—Tus hombres parecían dioses.

Apolodoro asintió, y Sátiro vio que le corrían lágrimas por el rostro aunque no sollozara; su expresión ni siquiera cambió.

—Ya van ocho muertos, y otros tres es probable que no sobrevivan.

—Y Esteságoras —apostilló Sátiro.

—Sí. —Apolodoro agachó la cabeza. Sátiro se dio cuenta de que aquel hombre menudo con su postura arrogante y su inagotable energía, su molesta superioridad, su destreza en la lucha, su casi perfección y su aparente desdén por sus hombres y cuantos lo rodeaban, estaba llorando desconsoladamente.

Sátiro agarró por los hombros al capitán de los infantes.

—A veces merece la pena recordar que estamos vivos —dijo Sático—. Hoy he estado convencido de que moría... dos veces, creo. —Se encontró con que también él lloraba—. Me parece que... que... que me esforzaré más en estar vivo. Y los hombres que han muerto... Por Zeus Sator, Apolodoro, lo menos que podemos hacer es que hayan muerto por algo.

—¿Por el Rey de Egipto? —preguntó Apolodoro con voz ronca—. ¿Por la gloria?

—Ni idea —contestó Sático. Respiró profundamente. En la cubierta de la otra nave los hombres vitoreaban y señalaban al este—. Ni idea, pero deberíamos hallar algo antes de que muramos.

Estaba divagando. Apolodoro no pareció darle importancia y de pronto se irguió.

—Estoy bien. Perdón, señor. Lo lamento. Por Poseidón, no me creía capaz de mostrar semejante debilidad.

Apolodoro se alejó tambaleándose, se agarró a la borda y vomitó en el mar.

Sático regresó al puesto del timonel, encontró su cantimplora debajo del banco y llenó de vino una copa de asta. Miró a Laertes, que estaba concentrado en su tarea con heroica intensidad, con todo su ser apremiado a la nave a mantener el rumbo. Laertes le echó un vistazo e intentó sonreír.

—Hago lo que puedo —dijo.

—Una muesca en tu estela —dijo Sático, y eso le hizo sonreír a pesar de todo—. Cuando me has mirado, has aflojado tu remo de babor.

Se volvió y regresó junto a Apolodoro.

—¿Vino? —le preguntó.

Apolodoro levantó la cabeza. Tenía la mirada más despejada.

—Gracias. —Se bebió toda la copa de un trago. Sacudió la cabeza; algo le había llamado la atención—. ¡Eh, vosotros! —gritó más allá de donde estaba Sático—. ¿Qué demonios creéis que estáis haciendo, Estilicón?

Neiron les hacía señas desde la otra cubierta, y Sático se inclinó sobre la borda para escuchar. Lo único que oyó fue el nombre de Diocles. Pero cuando volvió a mirar, lo entendió.

El *Maratón* se aproximaba por el este impulsado por la vela mayor, la de trinquete y los remos, con el *Troya* y el *Oinoe* y otra media docena de naves formadas en una línea detrás. Sático incluso vio que la tercera nave de la línea era la que habían capturado en la playa de la costa asiática, el hermoso trirreme largo y bajo de diseño fenicio.

—Bien —dijo Sático. Cerca de él solo estaba el infante de marina Necao. Necao era más joven de lo que Sático había esperado, y sin el yelmo no parecía en absoluto un veterano. De hecho, se le veía tan joven que daba pena. Tenía los ojos amoratados a causa de un golpe que le había clavado el yelmo en la frente y presentaba un aspecto espantoso. Espantoso pero vivo, y sus ojos brillaron al cruzarse con los de

Sátiro.

—¿Señor? —preguntó.

—Bien —repitió Sátiro—. Me parece que vamos a vivir.

Durante la noche aumentó el oleaje y Sátiro temió por la suerte de los restos de la flota de Tolomeo, vista por última vez desperdigada sobre treinta estadios de agua y con el enemigo acechando en el norte. La escolta de Tolomeo había permanecido unida, de un modo u otro se las había arreglado para aparejar velas de trinquete que permitieron descansar a los remeros, y las naves grandes, capaces de resistir mejor el tiempo que se avecinaba, comenzaron a adelantarse hacia el sur.

Al anochecer Sátiro bajó a las cubiertas inferiores del *Atalante* y paseó entre las bancadas, deteniéndose a hablar con algunos hombres. «Hemos sobrevivido» era el meollo de lo que tenía que decir, y los remeros se alegraron de oírlo.

—Vosotros no me conocéis —dijo—. Soy Sátiro del Euxino y, al menos de momento, sois mis hombres. Me ocuparé de que recibáis paga y comida, y ningún hombre será esclavo en esta nave siempre y cuando mantengáis alejada la esclavitud remando como es debido. Si alguno de vosotros quiere abandonar esta nave, podrá hacerlo cuando llegemos a Alejandría. Hasta entonces, ¡necesito que reméis!

Sus palabras no fueron acogidas con vítores y ovaciones, pero su discurso tampoco había sido gran cosa, y Sátiro tuvo la impresión de que, en conjunto, los hombres estaban bastante contentos —vida y libertad son sensaciones fuertes—, aunque también temió que Esteságoras se hubiese llevado consigo a los auténticos líderes en su demencial carga hacia la gloria. Los remeros no parecían estar especialmente mustios. Necesitaban refuerzos, oficiales, jefes de sección, y el puñado de infantes y marineros exhaustos no estaban por la labor. Tampoco lo estaba él.

Al pasar a bordo del *Oinoe* se cayó a la cubierta desde la borda pues las piernas ya no lo sostenían, y Diocles y Helios tuvieron que recogerlo.

Pero a cambio, decenas de marineros, suboficiales y remeros pasaron a bordo del *Atalante*. Trasladaron al *Atalante* un trinquete de repuesto del *Oinoe* que se izaría como palo mayor provisional cuando llegara el alba.

Mientras caía la noche todas las naves del Euxino encendieron lámparas de aceite que metieron en faroles de bronce colgados en sus popas. Todos los capitanes preferían las comunicaciones al sigilo. Con las velas de proa desplegadas, los portillos de los remos cerrados y los tranitas fuera de sus bancadas porque en la cubierta inferior de remo siempre había filtraciones de agua, con los hombres haciendo cola en las cubiertas para turnarse en las bombas de achique, el escuadrón mantuvo el rumbo al sur. El *Oinoe* retrocedió hasta ocupar una posición central.

Sátiro intentó escuchar a Diocles pero le fue imposible. Cayó dormido.

Se despertó al amanecer, con el cielo teñido de rojo. El sol salía por el este y su

luz bronceína se reflejaba de una forma extraña a su alrededor.

—Estás despierto —dijo Diocles.

Sátiro ya no llevaba armadura; vestía un desastrado quitón de lana encima de un grueso vendaje de lino que le envolvía el torso, dándole tantas vueltas que no podía doblar la cintura, y en cuanto pensó en su espalda sintió una punzada de dolor.

—¿Y qué? —gruñó Sátiro. Notaba la boca como si alguien se la hubiese pintado con óxido.

—Hueles a sangre. Dejamos que te pierdas de vista unos días y vas e intentas hacerte matar. ¡Justo lo que dije! —Diocles negó con la cabeza.

Helios le estaba lavando los pies y las piernas. Los tenía cubiertos de sangre seca.

—Tenía miedo de despertarte, señor —dijo.

Sátiro lo apartó de un empujón, le dio una patada, para ser más exactos, se puso de pie trabajosamente y fue a la borda de sotavento. Se levantó el quitón y orinó a favor del viento. Y sintió que el corazón se le paraba cuando vio que orinaba sangre roja.

—Oh, Apolo —dijo Sátiro a media voz. Cuando terminó, los riñones le dolían lo indecible, y los orines fueron tan rojos al principio como al final. Sátiro se sintió débil.

—Tuve un amo que me pegaba con un palo —dijo Helios en voz baja—. Siempre meaba rojo después de una paliza.

Sátiro se tumbó sobre las pieles de cordero que habían apilado para él. Tenía frío y Helios lo tapó con una manta. Las palabras de Helios hicieron que se sintiera mejor.

—No lo sabía. No había meado sangre hasta hoy. Bueno, una vez sí, después de un combate en la palestra, pero no... no tanto.

—Te curarás —dijo Helios con amabilidad.

Sátiro volvió a dormirse mientras el tono del viento en los estayes subía una octava.

—Tenemos que ir a tierra —dijo Diocles, interfiriendo en un sueño en el que Sátiro iba a lomos de un monstruo alado. Sátiro se esforzó en salir a la superficie del sueño como un hombre revolcándose bajo una ola rompiendo en la playa y consiguió sacar la cabeza de la pesadilla para abrir los ojos. Había la misma luz que antes.

—Supongo que apenas he dormido —dijo a Helios, antes de darse cuenta de que el muchacho dormía.

Diocles sonrió.

—Has dormido todo el día, señor. Ahora el sol se está poniendo. Y el viento refresca, y estamos en medio de ninguna parte. —Negó con la cabeza—. El viento rola en redondo, lo tendremos de cara y habrá que arriar todas las velas, y además trae arena de África. Se avecina una mala noche.

—¿Dónde está Egipto? —preguntó Sático.

—A unos cien estadios a proa —contestó Diocles, y no se molestó en disimular su resentimiento—. Lo mismo podría estar a diez mil estadios, Sático. Estaremos en el ojo del viento dentro de diez minutos y no podemos remar contra eso. Y no hemos tomado una comida caliente en tres días. Los remeros no han descansado, la comida escasea y se está acabando el agua potable; y no hay un puerto excepto Alejandría a barlovento o si regresamos a Chipre, de cabeza a las garras del enemigo.

En algún momento de la perorata de Diocles, Sático se despertó. Tenía que orinar pero le daba miedo hacerlo. Le daba miedo el chorro de orina rojo oscuro. En algún momento del combate ante la costa de Salamis en Chipre había descubierto cuánto amaba la vida y que había muchas cosas que deseaba hacer. Y ahora se preguntaba cuán malherido estaba. Eso le daba más miedo que cualquier batalla, más que la amenaza de una tempestad.

Enfrentándose a sus temores, se puso de pie, fue tambaleándose hasta la borda y orinó. El chorro era tan rojo como el tinte tirio.

—¿Dónde está el enemigo? —preguntó Sático. Se sentía desfallecer pero no iba a rendirse.

—Justo al norte. Si te ves capaz de encaramarte a la popa deberías poder verlos —contestó Diocles.

—¿Cuántas horas de luz quedan? —preguntó Sático.

—Una como mucho. Es difícil decirlo con esta luz tan extraña. —Diocles negó con la cabeza—. Lamento haber llegado tarde. Los hombres andan diciendo que faltó muy poco. Quizá podríamos haber vuelto las tornas.

Sático rio con amargura.

—¿Cinco naves? Diocles, no seas tan engreído. Perdimos sesenta naves. Menelao se quedó en el puerto y nos dejó morir. Teníamos las de perder en ese combate, amigo mío, y lo único que hubieseis hecho habría sido morir.

—Sin embargo capturaste una nave, una nave bien bonita —dijo Diocles.

—Soy un zorro astuto y mi padre va camino de convertirse en un dios —respondió Sático, intentando resultar gracioso. Trepó a la baranda de popa, manteniendo el equilibrio sobre la resbaladiza madera que cubría el puesto del timonel.

Alcanzó a verlos, justo detrás de su estela a la luz mortecina del ocaso. Contó quince naves antes de hacerse un lío. Saltó de nuevo a cubierta sintiéndose torpe y un tanto mareado.

—Abarlóanos al *Areté* —dijo—. ¿Alguna vez has visto un tiempo como este? —preguntó.

Diocles se encogió de hombros.

—No. Pero hay un infante egipcio que dice haberlo visto río arriba y que anuncia

una tormenta de arena.

Se miraron a los ojos. Sátiro había visto pequeñas tormentas de arena en oriente, en el Sinaí.

—Por eso hemos visto el cielo cobrizo —dijo.

Diocles se encogió de hombros.

—Si tú lo dices, seguro que sí. ¿Alguna idea?

—Sí —contestó Sátiro—. Mi idea es preguntar a Neiron.

Draco, que había sido compañero de Sátiro desde la infancia, que una vez había confundido al Rey del Bósforo con un niño prostituto en los barracones macedonios de Heraclea, fue a su encuentro y lo abrazó.

—Me han dicho que ha sido un buen combate —dijo—. Según parece, el joven Necao piensa que tú y Apolodoro sois dioses.

—Los dioses no resultan heridos tan a menudo como yo —se quejó Sátiro.

—Eso es más o menos lo que le he dicho. Toma, bebe un poco de vino caliente. Siempre sienta bien cuando tienes una herida. Los muchachos dicen que meas sangre.

Draco siempre fue el auténtico rey de la franqueza.

—Es verdad —farfulló Sátiro.

—Ya, bueno, deja de portarte como si esto fuese el final. —Draco se rio—. ¿Cómo es posible que un cabronazo como tú haya librado tantas batallas y nunca haya meado sangre? —Volvió a reírse, un tanto cruel en su actitud—. La primera vez, pensé que iba a morirme. Y me duró varios días. ¡Días!

Draco rio por tercera vez.

—Señor —dijo Diocles señalando al *Areté*, que ahora tenían a sotavento.

—Gracias —contestó Sátiro. Se apoyó en la borda, hizo bocina con las manos y llamó a Neiron levantando tanto la voz que la espalda y los riñones volvieron a dolerle.

Neiron apareció y saludó con la mano.

—¿Tormenta de arena? —preguntó Sátiro a voz en cuello. Hizo una pantomima de desconcierto como si fuese un actor trágico.

Neiron asintió.

—¡Sí! —rugió, y su voz profunda como el mar salvó la distancia como la voz de Poseidón.

El problema era que Sátiro tenía que mantener aquella conversación a gritos, de manera que todos los hombres de cubierta y la mayoría de los remeros podían oírle. La confianza en su rey no aumentaría con lo que oirían.

—¿Qué sugieres? —preguntó Sátiro.

Neiron lo miró con cara de no comprender.

—¿Qué hacemos? —gritó Sátiro.

Neiron se llevó las manos a la boca.

—¡Rezar! —contestó.

—Vaya, menudo consejo de mierda —murmuró Diocles al lado de Sátiro.

—¿Deberíamos enfilar al norte? —gritó Sátiro. Esperó, rezó para que Neiron interpretara su sugerencia: rumbo norte, de modo que los impulsaran las velas con el mar de popa y la arena a sus espaldas. Pero derechos hacia el escuadrón enemigo.

Neiron se mostró sorprendido, incluso pasmado.

El viento aullaba, y la primera racha cargada de arena los alcanzó, y todo el mundo se apresuró en buscar mantos y quitones de lana fina para envolverse la cabeza.

Sátiro permaneció junto a la borda, observando a su navarco, un hombre que tenía diez veces más experiencia que él navegando con mal tiempo. Neiron habló con alguien que llevaba el timón, el hombre situado entre los remos.

—¡Sí! —gritó a modo de sucinta respuesta.

De repente Sátiro notó que se le aceleraba el pulso y que tenía náuseas. Estaba todo muy bien cuando solo era una idea atrevida. Ahora era real: hacer virar las seis naves con sus tripulaciones exhaustas y lanzarlas de cabeza contra una fuerza enemiga mayor. Pero la noche estaba al caer.

—Al frente de la línea, por favor, Diocles —dijo Sátiro. No tenía sentido aguardar—. Pon la vela de trinquete junto al palo y que todos los marineros que tengas la sujeten, listos para izarla. ¿Entendido?

Diocles se rio.

—Fui yo quien te enseñó este truco.

Sátiro correspondió a su sonrisa.

—Ciertamente. Quiero que las demás naves te vean hacerlo y capten el mensaje.

Diocles asintió. Dio órdenes, una serie de órdenes rápidas que pusieron a correr a los hombres en todas direcciones.

—Helios, el *aspis* dorado a la popa. Tan deprisa como puedas.

Sátiro se dirigió al puesto del timonel. Helios, que llevaba poco rato despierto, se las arregló para sacar el enorme escudo de su funda y se plantó a su lado.

—Álzalo para que sepan que vamos a emitir señales —dijo Sátiro.

—Vela de trinquete a punto. Listos para dar media vuelta. Los remos están avisados. —Diocles asintió—. Cuanto antes mejor. Costará lo suyo que las naves de más porte viren en redondo con este viento. Apenas avanzamos con los remeros bogando a tope.

Sátiro se volvió hacia Helios.

—Indica «PREPARADOS».

Cuatro o cinco naves emitieron un destello a modo de respuesta. La sexta, el *Atalante*, probablemente ni siquiera tenía un escudo de señales.

—Indica «VIRAR EN REDONDO POR ORDEN».

Sátiro enarcó una ceja mirando a Diocles, que sonrió.

—Lo hemos practicado cincuenta veces —dijo.

Al empezar la tormenta de arena Helios había llevado a Sátiro su mejor manto, de un espléndido púrpura tirio con bordados de águilas, cuervos y estrellas. Era grueso y le abrigaba la garganta cuando lo abrochaba con el cuervo de oro que hiciera Temerix el herrero, un regalo para su madre. Lo estrechó en torno a sí un momento. Recordaba a su madre luciendo el broche del cuervo para administrar justicia en Tanais cuando él era niño. El recuerdo le dio una punzada como las del dolor de los riñones. Luego se quitó el manto por la cabeza, se plantó en la baranda de popa y ofreció el manto al mar.

—¡Poseidón, Señor de los Caballos, toma esto como muestra de la hecatombe que te enviaré y salva mis naves! —le gritó al viento, y soltó el manto. El viento lo hinchó y lo hizo subir antes de dejarlo caer abierto sobre la superficie del mar como si una ninfa se dispusiera a tomar un picnic, y de pronto se hundió como si una mano invisible tirara de él.

—Indica «VUELTA EN REDONDO» —dijo Sátiro.

El *Oinoe*, temporalmente en cabeza, estaba preparado y los remeros de la banda de babor arrastraron sus remos mientras sus compañeros de estribor siguieron bogando avante, y la nave viró tan deprisa que Sátiro apenas tuvo tiempo de temer por su estabilidad cuando toda la fuerza del viento africano la azotó de costado, pero los remeros bogaban por su vida y la proa giró en redondo en un abrir y cerrar de ojos, y sin antes de que Sátiro tuviera ocasión de formular las palabras, Diocles ordenó que izaran la vela, y toda la tripulación de cubierta y todos los infantes de marina jalaron de la driza, y el viento hinchó la vela, aun estando muy cazada, y de pronto el avance de la nave fue completamente distinto, más suave, menos agitado.

El *Areté* era el siguiente de la fila y viró en redondo después del *Oinoe* con estilo, aunque su banda de babor escoró en el viraje y sin duda entró agua a todas las cubiertas. A bordo del *Oinoe*, las tres bombas de achique ya estaban trabajando, y el agua salía disparada al viento mientras los hombres subían y bajaban las palancas; hombres valientes, hombres que debían encaramarse a la borda para manejar las bombas de madera.

—Remos dentro y portillos cerrados —dijo Sátiro a Diocles, sin apartar los ojos de las naves que lo seguían.

—¿Vamos a combatir a vela? —preguntó Diocles.

—No tengo mucho combate en mente, amigo mío —contestó Sátiro—. Tengo intención de pasar derecho entre sus escuadrones, pero si quieres disparar las máquinas, adelante. Piénsalo, Diocles, ¿qué alternativa tienen? ¿Atravesarse a este viento para intentar detenernos?

Estaban adelantando al *Atalante*. Sus poco experimentados oficiales habían

cometido un error y estaban virando sobre sí mismos en lugar de seguir al de delante y dar media vuelta en orden. Los remeros estaban cansados, y la lluvia de órdenes raras e inesperadas los habían pillado desprevenidos, y los remos se agitaban como aspas de molino. Mientras la nave viraba lentamente, una ola rompió contra su costado y el buque entero se estremeció.

Alguien había trepado al trinquete y cortado las trincas de la vela, que se abrió con un chasquido que sonó como un relámpago, y las escotas aguantaron bien. Una se rompió, pero las demás simplemente se tensaron y de repente la proa de la nave en apuros giró como un caballo inquieto montado por un jinete diestro.

Por alguna razón, el *Troya* replicó los movimientos del *Atalante* y todavía complicó más la maniobra al virar por estribor en lugar de hacerlo por babor, de modo que faltó poco para que chocara con el *Atalante*, y su proa pasó rozando la popa y los timones del *Atalante* y, por la gracia divina, se detuvo en el punto de máxima aproximación.

Diocles fue hasta la borda y lanzó su espada al mar, con su empuñadura de oro, la vaina y todo, el fruto de una temporada entera de combates el año en que Sátiro y su hermana habían ganado sus reinos.

—¡Poseidón, no nos abandones! —le gritó al agitado y rojizo mar.

No obstante, las seis naves habían virado en redondo. Por voluntad de los dioses formaban dos columnas, con el *Oinoe* y el *Areté* siguiendo al *Platea* mientras que, bastante más al oeste, al *Troya* y al *Atalante* lo seguía de lejos el *Maratón*, cuyo confundido navarco había probado una mezcla de ambas formas de girar. Se había rezagado seis estadios o más.

Pero habían invertido el rumbo. Llevaban las velas izadas y tenían la tormenta en la popa, y el creciente oleaje rompía contra la parte de la nave diseñada para soportar una tempestad mediterránea.

Y justo enfrente tenían las naves antigónidas. El giro mal realizado significaba que las naves de Sátiro no formaban un todo cohesionado sino que estaban desperdigadas en varios estadios de mar. No había posibilidad de comunicarse ni de maniobrar más, con el viento aullando y ululando, las velas de trinquete hinchadas como burbujas de lona duras como piedras en la proa y los remos de gobierno repiqueteando como si tuvieran vida propia.

—Si embistiéramos... —dijo Sátiro, e hizo una pausa.

Diocles abrió ojos como platos.

—Moriríamos. La proa estallaría. Señor, nunca hemos navegado en un barco de este tamaño a esta velocidad. Corremos más que un caballo al galope.

Sátiro asintió. Tal vez. Tal vez no. A aquella velocidad, el espolón podría partir en dos una nave enemiga, rompiendo todas las tablas, y seguirían navegando...

Una locura.

Sátiro sonreía de oreja a oreja.

—¡Sonríe, Diocles! Esto va a funcionar.

Diocles tuvo que gritar para hacerse oír.

—Es el mejor plan, habida cuenta de dónde estamos —dijo—. Pero todavía no es de noche.

Sátiro se encaramó a la borda y los rociones lo dejaron empapado; incluso tan a popa, la espuma que levantaba la proa mojaba a todo el mundo. Echó de menos su manto. Por un instante no localizó las naves antigónidas, pero enseguida las tuvo delante; tan cerca que las había tomado por las suyas.

Mientras miraba, los infantes de Neiron abrieron fuego con sus máquinas. Sátiro vio volar los proyectiles, negros sobre el cielo color bronce, aunque eran demasiado pequeños para seguir su trayectoria una vez disparados.

Pero los antigónidas, al menos algunos de ellos, habían decidido virar. Sátiro observó a uno de los *penteres* que iba en cabeza iniciar su virada bogando con los remos de babor y ciando con los de estribor. Fue una maniobra impecable, y la nave dio media vuelta como un autómeta, invirtiendo su rumbo con una profesionalidad digna de admiración.

La segunda nave optó por clavar los remos y virar por babor, pero alguien entendió mal la orden y las cañas de babor entrechocaron en un desbarajuste de estrepadas, perdiendo el ritmo al tiempo que la nave perdía impulso y se bamboleaba en la cresta de la última ola.

La ola siguiente, llegada desde África, impactó primero contra los remos lanzándolos hacia arriba, y sin duda murieron hombres cuando los remos entraron a la fuerza en la nave, saliéndose de los escálamos, aunque apenas importaba porque un instante después la ola chocó contra el casco y la nave escoró, y alguien en proa soltó un puño de la vela de trinquete rizada; la vela entera fue arrancada de las manos de los tripulantes y en un abrir y cerrar de ojos la nave había desaparecido, volcada y hundida bajo la gran ola que justo en aquel momento empujaba al *Oinoe*. Pero los restos del naufragio todavía estaban allí, justo debajo de la superficie como siempre ocurría en una batalla, y la primera nave que había dado media vuelta tan valientemente la golpeó con toda la fuerza de la tempestad a sus espaldas.

Y el escuadrón del Euxino siguió navegando hacia el norte, avanzando tan raudo como una manada de caballos espantados en el Mar de Hierba. Pasaron entre los brazos extendidos de dos escuadrones antigónidas y siguieron rumbo a Chipre.

Cuando Draco fue a cargar la máquina de la banda de babor, Sátiro envió a Helios a detenerlo.

—Dile que esta noche todos somos marineros —dijo.

Draco fue a la popa.

—Eres demasiado blando —dijo—. Una vela de trinquete rasgada y se pueden

dar por muertos —agregó, señalando al trirreme antigónida más cercano, que solo estaba a un estadio.

—Acaban de morir mil hombres —dijo Sático—. Hasta ahora Poseidón ha salvado a los nuestros. Dejemos que se vayan y veamos si el dios nos deja marchar a nosotros también.

Draco asintió.

—Eres blando —insistió—. Estarán locos de ganas de matarnos por la mañana.

Sático notó una racha cargada de arena en la espalda.

—¡Helios! —llamó—. ¡Otra clámide!

Fue la noche más larga de la vida de Sático. O quizá la segunda o la tercera más larga. Esas noches son incomparables; mientras las vives son eternas y cuando terminan no recuerdas más que el miedo, las ráfagas de arena, miedo y viento, miedo y agua, miedo y el sabor arenoso del vino bebido apresuradamente.

Cuando salió el sol, no fue más que un disco blanco perdido en la arena volante. Sático tuvo la presencia de ánimo de ordenar que se revisaran todos los cabos de la vela de trinquete y que se sustituyeran los que la arena hubiese desgastado.

—Cae al oeste si crees que puedes virar a babor —dijo Sático al timonel cuando se hizo de día. Había arena por doquier, se amontonaba en la sentina y se le metía en la boca. Tanto de qué preocuparse, y ahora debía sumar la preocupación de que pudieran llegar derechos a Chipre sin ser consciente de ello.

A mediodía, según supuso, llegó la lluvia. Los golpeó como un puño cuando los azotó en forma de turbión, arrancando la vela del trinquete y arrojándola al mar, haciéndolos escorar tanto que los hombres cayeron de las bancadas.

Pero Poseidón aceptó sus sacrificios y los dejó proseguir, y enderezaron la nave y aparejaron en el trinquete otro trozo de lona como buenamente pudieron y navegaron al mismo ritmo de pesadilla hasta la segunda noche. Iban tan escasos de agua potable que Diocles estaba repartiendo vino. El vino tampoco duraría mucho y la arena no hacía más que empeorar las cosas. Recogieron un poco de agua de lluvia y se la bebieron toda. Los hombres extendían sus quitones sobre la cubierta, quedando desnudos bajo la lluvia en plena noche, y luego retorcían las prendas hasta casi secarlas en su boca, bebiendo sudor de tres días, sangre, orina y sal además de agua.

El segundo amanecer; para la mayoría de ellos el cuarto en el mar sin descanso, y esto para unos remeros que estaban acostumbrados a varar las naves cada noche para cocinar su comida. Los remeros tenían tanta hambre que apenas podían hablar, y estaban tan deshidratados que cuando abrían la boca salía bien poca cosa.

A mediodía del segundo día el viento comenzó a amainar entre rachas, y Sático pensó que quizá cesaría, ya no había arena en el aire, bendito alivio, y los hombres sacaron la cabeza de sus envolturas para contemplar el sol en un mar embravecido.

Pero el mar todavía no había acabado con ellos, y a última hora de la tarde cambió de dirección, soplando de nuevo del norte y enfriándose, y Sático puso a los remeros a bogar e hizo virar la nave otra vez, suponiendo que se encontraba a trescientos estadios al sur sureste de Rodas, que ahora estaba en el ojo del viento. Podría haber sido divertido si no hubiese estado tan cansado.

Estaba tan cansado que cuando orinó por la borda ni siquiera se fijó en que la orina le salía de un marrón amarillento en lugar de roja. Helios sí reparo en ello, no obstante, y se rieron juntos como chiquillos. El triunfo está hecho de tales cosas, cuando llevas tres días de tormenta tras un día de batalla.

Pero lograron sobrevivir a aquella noche, aunque había remeros que empezaban a reaccionar mal por causa del hambre, y Diocles puso infantes de marina en los tambuchos por si acaso.

Sático llevaba los remos de gobierno. El *Oinoe* estaba trágicamente desprovisto de oficiales tras haber enviado a los mejores al *Atalante*. En aquel momento le pareció una mala decisión puesto que no había avistado otra nave en tres días.

Pero una hora después Sático vio al *Areté* navegando hacia el sur con la vela mayor y la de trinquete izadas, a diez estadios de su banda de estribor, y los hombres se pusieron a vitorearlo haciéndose eco de su grito. El *Areté* maniobró y se situó en su popa.

En plena noche encontraron al *Atalante* y al *Platea* remando pacientemente contra el viento. En cuanto vieron a quién habían encontrado, las otras dos naves dejaron de remar, dieron media vuelta e izaron sus velas. El viento amainaba hacia un confortable rugido, y Sático calculó su posición, empujó el timón y ordenó que levantaran el palo mayor e izaran la vela.

El amanecer encontró a las cuatro naves navegando deprisa de empopada. A mediodía vieron que el *Troya* estaba desarbolado, bamboleándose en las olas pero todavía a flote, y Sático le envió infantes porque habían surgido problemas, y el *Platea* echó mano de sus pertrechos para proporcionar drizas con las que aparejar una vela de trinquete provisional.

Doce horas después un infante de marina mató a un remero que le había atacado para robarle la cantimplora vacía.

Y una hora después de ese incidente la costa de África surgió ante la proa.

Capítulo 14

Tocaron tierra en una playa a pocos estadios al oeste de Cirene, una ciudad griega que distaba cientos si no miles de estadios de Alejandría. Sático, por lo general buen navegante, había perdido el rumbo por completo.

Neiron tampoco había sido mejor, pero después de un banquete de ganado, vino y agua fresca ningún hombre de ninguna nave parecía tener presente que se hubiese cometido algún error. Charlaban de pie en torno a las hogueras escrutando el mar en busca del *Maratón* y se contaban lo cerca que habían estado de morir, por cuán poco se habían librado de volcar, de la catástrofe... y acto seguido se apresuraban en expiar este pecado contando lo buen navegante que era Sarpax, cuán difícil era que cometiera una equivocación.

Por un curioso giro temporal, la batalla parecía haber tenido lugar mucho antes, tanto así que resultaba extraño encender piras funerarias para los muertos que no habían amortajado y tirado por la borda en los momentos más endemoniados de la tempestad.

Sático recorrió la larga hilera de muertos, en su mayoría infantes de marina del *Areté*. Ahí yacía un hombre que había estado en Gaza cuando lucharon contra los elefantes. Allá otro que había resultado herido en la Batalla del Tanais. Ahora, muertos. Muertos por él.

Llevaba oro a bordo de sus naves y lo gastó como agua en la construcción de una estela funeraria del tamaño de un monumento egipcio para sus marineros y sus infantes.

Hubo tres sorpresas felices, hombres a quienes había dado por muertos pero que seguían vivos. Cármides, el guapo muchacho de Lesbos, nunca volvería a serlo tanto como antes puesto que cojearía para siempre. Pero estaba vivo y su sonrisa levantó el ánimo de Sático. Y Anaxágoras, el músico, había sobrevivido a cuatro heridas gracias a que ninguna de ellas se había infectado. Sonrió a Sático de oreja a oreja.

—Es un milagro —dijo Sático, viendo la manera en que una espada había desgarrado la carne de la pierna y el costado derechos del músico.

Anaxágoras sonrió de nuevo.

—Me temo que lo pasé en grande. Toda buena noche pasa factura por la mañana.

—Sospecho que habrá que esperar una temporada para que puedas enseñarme a tocar la lira —dijo Sático.

—Puesto que ambos estamos vivos, al menos sigue siendo posible —contestó Anaxágoras.

Y el valiente muchacho que había cubierto la retirada de Demetrio también estaba vivo. Neco le había golpeado con la contera de su lanza, dejándolo inconsciente. Había recobrado el sentido en plena tormenta, levantándose para ayudar a trincar la

vela de trinquete. Laertes, que tenía unas ojeras que le conferían el aspecto de un niño rico libertino, fue al encuentro de Sátiro llevándolo del brazo.

—Clearco de Creta —dijo—. Le he prometido que no lo esclavizaríamos, señor. Ha sido como un oficial para mí.

El cretense hizo una reverencia.

—Señor.

Sátiro no sintió animadversión por aquel hombre tan serio. Había dejado atrás la mediana edad y tenía las sienes y la barba canosas.

—¿Eres mercenario? —preguntó Sátiro.

—No, señor. —Clearco se encogió de hombros—. Era voluntario. He servido con el Tuerto desde que era joven, desde poco después de la muerte del Gran Rey.

—Siendo así, querrás regresar con ellos —señaló Sátiro.

—Tengo dudas —dijo el cretense, y titubeó—. Dudo que yo valga un rescate, señor.

Sátiro asintió.

—Bien, a veces la excelencia debe ser su propia recompensa; tuya y nuestra. Vamos a ir derechos a la guerra otra vez, Clearco. Contra tu Demetrio, que ahora mismo debe de estar recuperándose de la tormenta. Así pues, enfila la playa y al final gira a la izquierda. Al cabo de pocos estadios llegarás a Cirene. Allí podrás encontrar un mercante que te lleve con tu gente.

Clearco hizo una reverencia y dio las gracias con voz entrecortada. Los soldados rasos rara vez eran rescatados o liberados. Generalmente se vendían como esclavos o se mataban.

Sátiro negó con la cabeza.

—Aguarda.

Con la ayuda de Helios, se sentó y escribió una larga nota para Demetrio, a quien se dirigió como «Mi noble adversario». Ensalzó al cretense y dijo que pensaba que, de no haber sido por su valentía y lealtad inquebrantable, él, Demetrio, habría terminado el combate como prisionero, o muerto. «Esto lo enojará», pensó Sátiro, pero no creía que Demetrio el Rubio fuese la clase de hombre que castigaba a los mensajeros.

—Aquí tienes una carta para Demetrio, y aquí un darico de oro para que llegues hasta él —dijo Sátiro—. Puedes conservar tus armas.

Clearco lo sorprendió haciendo una reverencia a la manera persa y besándole la mano.

—Eres el digno hijo de un padre divino —dijo Clearco. En su garganta relució una cuenta azul; la misma cuenta que llevaba Apolodoro.

Sátiro ya no estaba muy seguro de que le gustara la creciente deificación de su padre, pero sonrió al cretense hasta que dio media vuelta tras saludar y se echó a

caminar por la playa.

—Ha sido una buena acción —dijo Diocles.

—Eres demasiado blando —dijo Draco.

—Es más que probable que ambos llevéis razón —dijo Sático—. Y ahora, antes de que esto se convierta en un debate, dejadme dar unas órdenes. He pagado a los mercaderes de este lugar por provisiones para seis días y tenemos los tanques de agua casi llenos. ¿Estamos listos para zarpar?

—¿Cuándo? —preguntó Diocles.

—Cuando salga el sol —contestó Sático—. Ahora mismo, Demetrio y su almirante están igual que nosotros: escrutando el mar en busca de supervivientes, preparándose para hacerse a la mar. El primero que zarpe...

Diocles negó con la cabeza.

—¡Estás loco! —exclamó.

Llegó Neiron, que había ido a bañarse. Un esclavo le llevó una toalla y se secó junto al fuego mientras bebía vino.

—Claro que está loco, pero además tiene razón.

Sático se pasó los dedos por la barba.

—Si Demetrio llega sin oposición a la costa de Egipto, Tolomeo está acabado.

Diocles negó con la cabeza.

—¿A quién le importa un comino?

Sático no se enojó. Resultaba curioso cómo lo habían centrado los últimos días, pero no le molestaban la intemperancia y desobediencia usuales en Diocles, como tampoco ninguna otra cosa. Veía claramente lo que era preciso hacer y estaba decidido a hacerlo.

Sático apuró el vino de su copa.

—Diocles, valoro tu opinión, y cuando seas rey podrás hacer lo que se antoje. Pero ahora mismo tengo intención de arriesgar vuestras vidas para mantener Egipto independiente de Antígono el Tuerto. ¿Por qué? ¿Por alguna magnífica razón última? ¿Por una moral que el viejo Aristóteles consideraría encomiable? No, caballeros. Vamos a combatir, y tal vez a morir, para que los precios del grano en el Euxino permanezcan estables. Para que no vengan soldados extranjeros a nuestras costas. Porque tenemos un aliado y, si él cae, nosotros seremos los siguientes. —Sático los miró con satisfacción—. Ningún otro equipo me serviría. Vosotros, caballeros, sois mi equipo, incluso el lechuguino Gelón y el tirano Apolodoro. —Estos dos últimos acababan de salir de la oscuridad que los envolvía—. Puedo entender perfectamente que un hombre vacile ante la perspectiva de dar su vida por la estabilidad de los precios del grano en el Euxino, pero, amigos míos, eso es por lo que luchamos. Y si no queréis hacerlo... Bueno, Cirene está justo allí. Por la mañana me llevaré este escuadrón y todas las demás naves que pueda reunir y saldré a hostilizar a Demetrio

mientras él intenta apoyar el ataque de su padre contra Egipto.

Diocles se rio.

—Maldita sea. Muy bien hablado, señor. —Alzó su copa—. ¡Por los precios del grano del Euxino!

Gelón, el siracusano, se rio.

—¡Por el grano! —dijo, y bebió.

El sol salió sobre un mar ligeramente encrespado por un viento fresco, y el astro era una bola roja en el horizonte oriental, pero Sátiro ya tenía todas sus naves en el agua, navegando en la dirección del viento, rumbo al este, en una línea muy abierta, rastreando las aguas en busca de amigos, de enemigos, de noticias.

El primer barco que encontraron era amigo, el *Artemis Efesia*, la captura de construcción fenicia que el *Halcón Negro* había hecho al norte de Chipre. Sátiro apenas conocía al hombre que estaba al mando, Niceas hijo de Draco de Pantecapea, que había iniciado la campaña como suboficial de cubierta a bordo del *Halcón Negro* que ahora capitaneaba. Según él, ni el *Halcón Negro* ni el *Maratón* ni el *Troya* habían sufrido daños en el combate de la Salamis chipriota, noticia que fue recibida con agrado. Las cuatro naves habían tratado de permanecer juntas en la desbandada, pero el desorden de la flota de Tolomeo en su huida hizo imposible cualquier intento de formación.

El *Artemis Efesia* había perdido a los demás en cuanto la arena comenzó a salir volando. Su tripulación había remado con ahínco, remado hasta el agotamiento absoluto, y aún fueron capaces de dar unas cuantas estrepadas más. Habían pasado un día entero casi a la vista de Cirene pero sin fuerzas suficientes para remar hasta la costa. No obstante, cuando tocaron tierra comieron y bebieron, y al punto zarparon en busca de amigos. Estaba claro que semejante coincidencia era obra del cielo, y al anochecer todos los hombres estuvieron dispuestos a hacer un sacrificio.

Del *Halcón Negro*, el *Maratón* o el *Troya*, por otra parte, no había ni rastro.

Al amanecer del segundo día dieron alcance a un trirreme de Tolomeo. Todos los infantes de marina y los oficiales habían muerto a manos de los remeros, y se habían cometido actos nefandos a bordo. Apolodoro cruzó a la otra nave con todos sus infantes, colgó a un par de hombres de la driza del trinquete, y Sátiro sacó a todos los remeros de la nave para distribuirlos entre las suyas, ordenando que el *Areté* remolcara el trirreme.

Al sur, sobre África, se estaba formando otra tormenta. Sátiro varó las naves para pasar la noche, exhortó a todos los remeros a redoblar sus esfuerzos y al día siguiente arribaron a Alejandría.

Tal como esperaba y temía, el Puerto Real estaba vacío. Envió un esquife a tierra para llevar a casa de Diodoro un mensaje para Safo, diciéndole que ocuparía su

dársena y pidiendo noticias de León. Luego condujo a su escuadrón a los embarcaderos sitios entre los almacenes que tan bien conocía, el hogar de su adolescencia, de su primer amor, de su primera guerra. El olor de Alejandría era el aroma de su hogar.

Las instalaciones portuarias de León eran las mejores del océano porque era un hombre rico con una buena flota mercante y se podía permitir lo mejor. Su factor era Nicodemo, y Sátiro y él se abrazaron como viejos amigos.

—Dos combates y una tempestad —dijo Sátiro a modo de saludo—. Necesito una reparación de la quilla a la perilla en todas las naves; raspar la suciedad, secarlas durante un día como mínimo. Los cascos pesan tanto que los remeros las pasarían moradas para alcanzar la velocidad de embestida aun después de un buen descanso.

Nicodemo hizo una reverencia.

—Estamos a tu servicio —dijo—. Tanto más cuanto que eres un cliente de pago.

Sátiro aprovechó la ocasión para descargar los arcones de oro y plata de Rodas y guardarlos en los sótanos vigilados del Templo de Poseidón. Abrazó al sumo sacerdote medio egipcio, que había servido con él en la primera guerra antigónida en Gaza.

—Hermano, necesito hombres —dijo Sátiro—. Necesito de todo: remeros, soldados, oficiales. Naves, si tu gente tiene alguna escondida por ahí.

—¡Ay! —respondió el sumo sacerdote de Poseidón—. ¡Ay! Naves no tenemos pues de lo contrario a vosotros los griegos os tiraríamos al mar y seríamos un pueblo libre —dijo, haciendo una mueca—. Pero entretanto, tú y Tolomeo sois infinitamente mejores que Antígono. Remeros e infantes de marina, los encontraré; hombres que sirvieron con nosotros en Gaza.

Sátiro asintió.

—Estamos, si cabe, más desesperados —dijo—. Tolomeo perdió la batalla saliendo malparado; tan mal que temo por el propio rey.

—Nada temas —dijo el sacerdote—. Tolomeo vive, y él y sus naves de escolta están de camino; un camino bastante tortuoso. Tocaron tierra en Gaza hace cuatro días y el viento les ha soplado en contra, y ya han tenido una refriega con Demetrio.

—Debe estar bien servir a un dios omnisciente —dijo Sátiro.

—No sabría qué decirte. Tengo un buen servicio de inteligencia. Y el Viejo Gales y yo intercambiamos información. Deberías ir a verle, quizá tenga noticias más recientes. Por supuesto la versión oficial es que el rey ganó la batalla.

A Safo la abrazó como a una madre reencontrada y, por un momento, envuelto en sus brazos, no pensó en cordajes, en dardos de hierro para sus lanzadores de proyectiles, en yelmos de cuero para los nuevos infantes ni en pan seco. Ni en ánforas para el aprovisionamiento de agua. Se limitó a vivir el momento.

—Mi pobre hijo —dijo Safo. Había envejecido. Sátiro se sorprendió al constatar

el cambio que había sufrido en cuatro años.

Y luego tomó prestado su numeroso y bien engrasado servicio para que fuera la máquina de su personal, y lo usó para llenar las naves de provisiones mientras los sacerdotes sustituían a los remeros e infantes muertos, al tiempo que él reclutaba la tripulación de las naves capturadas y del trirreme egipcio que se había amotinado.

En la dársena real había dos trirremes tan podridos que los habían dejado atrás. Tras dos días y dos noches de trabajo bajo el sol y a la luz de las antorchas por parte de carpinteros de ribera a quienes los sacerdotes habían prometido redención eterna, ambos estuvieron en condiciones mínimas de navegar, con tripulaciones improvisadas al mando de oficiales reclutados entre capitanes mercantes de la ciudad. Sátiro trabajó como un esclavo pero envió mensajeros a todas partes, y los hombres acudían a verle y él daba órdenes como si fuese un rey y era obedecido. Madera de Levante que valía su peso en especias, donada por los judíos. Vasijas de cerámica para el fuego como la que había usado contra el buque insignia de Demetrio, ahora cada nave llevaba una docena, y sacos de carbón para llenarlas, donados por los carboneros. Alejandría era una ciudad que se amaba a sí misma, y si bien muchos, la mayoría, fingían desdeñar al viejo Tolomeo, luchaban por él, el menor de todos sus males.

Uno de los primeros hombres que fue a verlo a la dársena fue Dionisio, todavía guapo, todavía dado a ponerse quitones de lana transparente y perfume caro. Pese a lo cual Sátiro, cubierto de hollín de brea de calafatear el *Amón Ra*, lo abrazó.

—Necesito un capitán —le dijo.

Dionisio arrugó la nariz, aunque resultó difícil saber si lo hizo por el maloliente sudor de Sátiro o por el estado del *Amón Ra*.

—No en este barco —dijo Sátiro—. Uno de los de Tolomeo. Está en el embarcadero, a la derecha del *Areté*. ¿Lo ves?

—Es más pequeño que el *Avispa*.

Dionisio dejaba de cecear cuando hablaba de barcos.

—Es exactamente igual que el *Avispa*. Creo que ambos salieron del mismo astillero; Éfeso o Mileto, diría yo. —Sátiro estrujó la mano del joven petimetre—. Vamos, hermano. Olvida tu agenda social y ven al mar.

—¡Por supuesto! —dijo Dionisio. Se quitó por la cabeza el quitón hecho en la India que valía como cuatro esclavos fuertes y se lo lanzó a su criado—. Consígueme un quitón de trabajo —dijo al criado. Y se puso a embrear el casco.

Ocho días después de la derrota en la Salamis chipriota, a pesar de los contratiempos de la tormenta y los antigónidas, Sátiro se hizo a la mar con diez naves en su popa, dotadas de las mejores tripulaciones que había podido reclutar. Los hombres estaban descansados y sus preciados cascos habían gozado de casi tres días

fuera del agua.

Echaba en falta el escuadrón que había comandado desde Tanais. En su estela había solo cuatro de sus naves, el *Oinoe*, el *Platea*, el *Tanais* y el *Avispa*. Todas las demás naves eran capturas o reemplazos. Extrañaba algunos de sus mejores barcos, el *Tetis*, el *Niké* y el *Ariadna*, cuadrirremes armados con máquinas y dotados de remeros entrenados y nutridos contingentes de infantes de marina. Solo Poseidón sabía dónde estaban.

Diocles, por supuesto, iba al mando del *Oinoe*. El *Platea* y el *Tanais* los comandaban los hermanos de Siracusa, Anaxilao y Gelón, y el *Avispa*, el trirreme más pequeño de sus fuerzas y quizá de todo el océano, seguía a las órdenes de su veterano capitán Sarpax, el mayor de los trierarcas. A la nave egipcia que había asesinado a su navarco y a sus infantes la rebautizó *Ramsés* para complacer a sus tripulantes egipcios, y Dionisio capitaneaba ese barco y a una tripulación de voluntarios entusiastas con muy poca experiencia en navegación de altura. Al *Amón Ra* y al *Avispa* los había encontrado pudriéndose en la dársena, y los tripulaban egipcios a las órdenes de trierarcas desconocidos; el *Amón Ra* tenía su propio capitán de infantería, con Apolodoro al mando, y el *Avispa* llevaba a bordo a Fileo, su apreciado maestro remero. El *Artemis Efesia* había sobrevivido a la tormenta a las órdenes de Niceas de Pantecapea, y no cabía imaginar mejor carta de recomendación sobre las aptitudes de un marino. Y que Laertes fuera a bordo del *Atalante* obedecía a la misma lógica, aunque ahora contaba doce suboficiales elegidos entre los mejores marinos del *Avispa* y el *Oinoe*.

Él había regresado a la cubierta del *Areté*. Con la excepción de Neiron, los oficiales eran todos nuevos. El *Areté* había perdido a muchos hombres en dos combates y luego había cedido oficiales a las demás naves. Neiron parecía indemne tras dos batallas y una tormenta, y los hombres nuevos en realidad no eran tan nuevos. Sátiro había tenido todo el verano para descubrir su valía o, mejor dicho, ocho días de acción incesante que ahora daban la impresión de haber durado lo mismo que toda una temporada de guerra.

Laertes, el marinero con los pulmones de bronce que había reemplazado a Esteságoras y que ahora era trierarca, fue sustituido como oficial de cubierta por Jubal el Africano. Apolodoro eligió a Neco para comandar a los infantes. Andrómaco de Atenas era el remo número uno, en el extremo de proa y en la banda de estribor, en sustitución de Polícrates. Sátiro no estaba seguro de saber los nombres de todos los marineros de cubierta pero sabía la mayoría porque había trabajado con ellos a la luz de las teas, ajustando cabos y clavando estacas en la nueva cubierta en el astillero de León, amén de haber hecho guardias con ellos. Jerjes, un nemeo, era tan espeso como una roca y había que decirle que hiciera cualquier cosa con un elaborado lenguaje de signos, pero era fuerte y servicial y los demás hombres lo

apreciaban. Y Jubal, antaño el tercer oficial de cubierta casi invisible de Esteságoras, era alguna clase de norteafricano; había perdido todos los dientes en un combate y tenía la manía de mirar a Sático entornando los ojos como una coqueta flautista. La combinación de la mirada desviada, la ausencia de dientes y la profunda cicatriz ritual en su semblante marrón oscuro causaba una impresión indeleble que a menudo era motivo de mofa por parte de los demás marinos, pero era inteligente y sabía navegar orientándose con las estrellas. Quirón, un corintio barrigudo, era el nuevo maestro remero, ascendido desde el primer puesto de la banda de babor. Era dado a reírse y hacía cantar a los hombres aunque, no obstante, era temido por su genio, nada que ver con el amable Fileo.

Sin embargo, pese a todos los nuevos oficiales, los tripulantes ya no eran un grupo de profesionales que compartían el reducido espacio de los cascos negros. Eran tripulantes y punto, para bien o para mal. Si sobrevivían al verano, aquellos hombres se sentarían en las tabernas y burdeles de Alejandría a Pantecapea y asentirían y dirían: «Este es Jubal, es un hijo de perra, no le lleves la contraria, compañero. Nos embarcamos juntos a las órdenes de Sático, que entonces era el Rey del Norte, ¿sabes? Y nos dio por el culo el capullo de Demetrio; oh, hizo pedazos nuestra línea pero cumplimos, ¿verdad, amigos? Sí, y quemamos sus diez hileras de remos, menudo incendio, por poco capturamos al muy cabrón. Nuestro maestro remero, Esteságoras... Por cierto, ¿no era tu tío, joven León? Murió en ese combate rugiendo como un león.»

En todas las naves había sucedido lo mismo, de modo que Diocles tenía una tripulación mejor en el *Oinoe*, y Sarpax en el *Avispa*, que aquellas con las que habían comenzado el verano. Cada nave era distinta, cada nave tenía su personalidad y unas eran mejores que otras: la *Oinoe* y la *Areté* eran tan buenas o mejores que las rodias, mientras que Dionisio y su *Ramsés* respondían bien al formar en línea recta. El *Amón Ra* tenía filtraciones como el proverbial cedazo de Sísifo.

Y allá fuera, al noreste, detrás del horizonte estaba el enemigo: doscientas naves o más, en su mayoría más pesadas que la más pesada de las suyas.

Y quizás algunas suyas. Quizás el rey. Quizá León.

Más a proa, junto al palo mayor, Jubal gritó algo y sus pocos dientes brillaron, y los hombres que lo rodeaban rieron.

—Gaza —dijo Sático a Neiron.

—Gaza —repitió Neiron.

Y detrás de su hombro derecho las columnas de nubes seguían creciendo sobre el desierto africano, anunciando una tormenta que se avecinaba como un castigo tramado por el dios de los judíos.

Capítulo 15

Anochecía ante la costa de Gaza y la playa estaba atestada de hombres, antigónidas, y había casi cien naves varadas. Sátiro se aproximó desde el sol poniente con todos los mástiles abatidos y sus naves en columna a sus espaldas, a remo.

—Debe de ser el propio Antígono —dijo Neiron. Escupió por la borda, tal vez indicando lo que opinaba sobre el plan de su rey.

—Setenta y cinco, setenta y seis, setenta y siete —contaba Sátiro.

—Mira las naves de grano —dijo Jubal.

—Calla y déjame contar —replicó Sátiro. Estaba de pie en lo alto del castillo de proa—. Ochenta y tres, ochenta y cuatro. Me salen ochenta y cuatro. Y ninguna nave mayor que un trirreme.

Neiron se encogió de hombros.

—Pues entonces las probabilidades son de ocho a uno. Tan fácil como comer pescado. Vayamos a por ellos.

Sátiro asintió.

—Exactamente.

El escuadrón alejandrino maniobró para pasar de ir en columna a navegar en fila con la elegancia de un hipopótamo del Nilo saliendo del fango del río. El *Ramsés* reaccionó tarde y viró en el sentido equivocado, y Sátiro alcanzó a oír la furia de Dionisio a través de las aguas. El *Amón Ra* fue tan lento que no parecía formar parte de la línea.

No importaba puesto que nadie los estaba vigilando. La flota de Plistias creía que tenía los mares de Gaza y Palestina para ella sola, y todavía se estaba recuperando de la peor tempestad de los anales náuticos. De ahí que cuando la desdibujada línea de Sátiro acometió y comenzó a forcejear con los cascos vacíos, las tripulaciones tardaran mucho rato en dar crédito a lo que estaban viendo, así como en reaccionar, y cuando los hombres armados llegaron a la playa de guijarros y los arqueros comenzaron a cargar flechas en sus arcos, los alejandrinos ya habían regresado al mar, remolcando tras ellos una captura por nave excepto el *Amón Ra*, que había llegado tan tarde a la playa que tuvo que invertir los remos y alejarse con las manos vacías.

El escuadrón de Sátiro desapareció en la noche, remando entre risas.

—Tenemos que quemarlos —concluyó Sátiro la mañana siguiente después de examinar cada uno de los cascos capturados.

Neiron estuvo de acuerdo.

—Me parte el corazón —admitió—, pero si hay que dotarlos de tripulación, estaremos convirtiendo a los tranitas del *Areté* en trierarcas antes de la primavera. Y todos seguiríamos igual. Igual de malos. —Se encogió de hombros—. Tal como están las cosas, creo que la calidad de la flota ya está bastante mermada, señor.

Apolodoro asintió.

—Somos como un desayuno de esclavos, señor; muy poco aceite de oliva y demasiado pan seco.

Sátiro se rascó la barba.

—Esos dos son particularmente buenos; esos dos barcos largos. Llamémoslos *Amón Ra* y *Avispa* y quememos las carracas en las que habéis remado esta última semana.

Dionisio meneó la cabeza.

—Tanto trabajo desperdiciado me da ganas de llorar.

—¿De qué desperdicio hablas? —dijo Sátiro, implacablemente alegre—. Nos han traído hasta aquí. Ahora tenemos cascos mejores. Hacedlo, caballeros.

En medio de tanta confusión como si los estuvieran atacando, cientos de remeros trasladaron sus cojines y pertrechos a lo largo de la playa: vasijas para el fuego, comida, ánforas de vino, todos los cachivaches para la vida en el mar. Al amanecer el *Avispa* zarpó para patrullar frente a la playa, efectuaron el traslado sin ser molestados y desvararon las naves, mientras un grupo permanecía en tierra para quemar las que no podían dotarse de tripulación y regresar a nado, dejando seis columnas de humo que se alzaban a los cielos como piras funerarias para héroes de la *Ilíada*.

Neiron miraba África haciendo visera con la mano mientras Sátiro vigilaba que los últimos nadadores subieran a bordo.

—Por el miembro palpitante de Poseidón, me parece que se nos viene una buena encima otra vez —dijo Neiron.

Jubal escupió.

—Arena —dijo—. Odio la arena.

Sin los dientes delanteros, pronunciaba las erres como des, de modo que dijo «adena».

Sátiro miró primero hacia África y luego hacia Asia.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Neiron se encogió de hombros.

—No —contestó.

—Estupendo —murmuró Sátiro, y Jubal se echó a reír.

Navegaron rumbo al este, hacia Alejandría, hasta que el horizonte se tragó la tierra y estuvieron a salvo en la neblina diurna con una brisa africana abrasadora soplando de babor, y entonces Sátiro ordenó izar las velas y formar en una línea bien

amplia, separando las naves seis estadios entre sí a fin de cubrir una distancia enorme. El mar era de un azul fangoso y brillante bajo un cielo mortalmente blanco, y el sol se abatía sobre ellos como un enemigo despiadado, pero el viento africano hinchaba sus velas mayores manteniéndolos de empopada, barriendo el mar hacia el norte a lo largo de la costa de modo que el *Areté*, la nave más cercana a Asia, podía ver tierra más allá del oleaje y el *Oinoe*, setenta estadios al oeste, veía las imponentes columnas de nubes sobre el delta del Nilo.

Navegaron hacia el norte durante una hora por un mar vacío incluso de barcas de pesca. La flota pesquera de Alejandría estaba varada en las playas de Faros, y los pescadores remaban para Sátiro.

Era casi mediodía cuando el vigía gritó.

—El *Amón Ra* acaba de hacer la señal: hay algo al este. Está virando en esa dirección —informó desde el canasto en lo alto del palo. Tenían señales muy simples, cuatro maniobras y dos avistamientos.

Sátiro acababa de formular mentalmente las palabras «Vayamos a ver qué han encontrado» cuando el vigía informó de nuevo.

—Vela en la banda de tierra.

La dirección opuesta, por supuesto, y todas sus naves ya se dirigían veloces a ver qué sucedía en el este. Si enfilaba al oeste, hacia el enemigo, estaría solo.

Se encaramó a la borda. La herida de la espalda ya había cicatrizado pero aún gritaba su presencia cada vez que intentaba trepar a algún sitio. Comenzó a trepar por un obenque a pulso, enrollando los pies en la soga, despacio en comparación con los marineros, pero seguro. En casa solía pasar tres horas al día en la arena de palestra. Allí, trepaba a la jarcia.

En lo alto de la jarcia, casi en la perilla del trinquete, afianzó las piernas en torno al mástil, apoyó las manos en el borde del canasto del arquero y escrutó el mar resplandeciente mirando hacia el oeste, hacia el ojo del sol.

Dos velas grandes, cuadradas. Naves de grano.

—Estate ojo avizor. Avísame cuando veas velas; dime si son triángulos o cuadrados. ¿Entendido?

Sátiro se puso contento al constatar que ni siquiera estaba jadeando.

—Sí, señor —dijo el hombre del canasto.

Sátiro bajó por el obenque sin quemarse las manos. La brea y la resina de la jarcia firme estaban pegajosas por culpa del sol abrasador, y le quedó una raya negra como la mala miel en las piernas.

Helios se rio a carcajadas.

—¡El rey de las cebras! —proclamó. Él y Cármides se rieron, y Sátiro decidió que bien podía ser objeto de un poco de humor. Pero a Neiron le dijo:

—Naves de grano para Antígono. Pon rumbo noreste, las alcanzaremos en una

hora.

Igual que los hombres de la playa el día anterior, los tripulantes de los dos grandes buques de grano, cargueros de cascos redondos y altos costados con ojos pintados en las amuras de proa, ambos atenienses, se quedaron consternados al descubrir que tenían enemigos en aquellas aguas.

—Llevábamos escolta —dijo un capitán con amargura—. Anoche nos perdió.

Sátiro tomó a los capitanes como rehenes y envió las naves a Rodas con un puñado de infantes en cada una, a las órdenes de Draco y Amintas porque no tenía otros hombres de confianza. Para entonces se encontraba prácticamente en el rompiente de la playa de Antígono en Gaza y, una vez más, los hombres de la playa lo ignoraron como si no estuviera allí.

El *Areté* tuvo que remar contra el viento para regresar a la costa de África y, puesto que hacía tanto calor, Sátiro ordenó que se remara despacio, avanzando lentamente, tan solo con la velocidad mínima para poder gobernar la nave.

A última hora de la tarde el vigía avistó algo en el agua delante de ellos, y una hora de remo los condujo hasta un trirreme volcado que flotaba bocabajo justo debajo de la superficie del agua. Las gaviotas picoteaban los cadáveres.

—No es de los nuestros —dijo Cármides desde la proa con la crueldad propia de un veterano. Regresó cojeando a la baranda trasera del castillo de proa—. Acaba de ocurrir. Todavía hay tiburones comiendo.

Siguieron adelante, hacia el sol abrasador y contra el viento. Sátiro había sudado a través de su quitón más ligero durante su turno a los remos de gobierno. No podía imaginar lo que estarían soportando los tranitas, de manera que bajó a las sofocantes profundidades de su nave.

El aire estaba tan viciado y caliente en la cubierta del fondo que parecía sopa de cilantro, solo que olía mucho peor. Sudor, orina, heces y queso rancio.

—¿Todo el mundo sigue vivo? —preguntó Sátiro.

—¡No, estamos todos muertos! —gritó un veterano.

—Ojalá estuviéramos muertos —dijo otro.

—¿Ya hemos llegado, padre? —gritó un tercero.

Sátiro no pudo menos que sonreír a pesar del hedor. Si los tranitas mantenían aquella buena disposición de ánimo, él estaba en plena forma.

Una hora después las nubes de África eran inequívocas. Neiron se las señaló a Sátiro, que estaba departiendo con Idomeneo, el capitán de los arqueros. El cretense no lo sabía, pero era candidato para convertirse en el capitán de la captura siguiente. Sátiro lo estaba examinando sobre sus conocimientos de navegación.

—¿Y de Chipre a Rodas? —preguntó Sátiro.

—¡Soy de Gortina! —dijo Idomeneo riendo con ganas—. Nací en el mar. De Chipre a Asia y derecho al oeste costeando, oeste sudoeste para doblar el cabo de

Cos, y luego cruzar el estrecho hasta Rodas. Un niño podría hacerlo.

—Si tomamos más naves, Cármides tendrá un mando —dijo Sátiro—. Y él es lo más próximo a un niño que hay a bordo de esta nave.

Neiron señaló el cielo bronceado del sur.

—El viento refresca —dijo—. Igual que la otra vez.

—Deberíamos ir a la playa —dijo Jubal.

Caía la noche y vieron hogueras al oeste, a lo largo de la costa, y Sátiro soltó un suspiro de alivio cuando reconoció el *Avispa* y el *Ramsés* varados de popa. Diocles los estaba aguardando; todo el escuadrón ya había cenado y alineó a los hombres en la playa para que lanzaran amarras a bordo del *Areté*, que se bamboleaba con el creciente oleaje, y tiraran del gran buque hasta que su proa de bronce descansó sobre la arena seca. Todas las naves del escuadrón reposaban sobre la arena.

—Cuento doce —dijo Sátiro cuando tuvo la espalda apoyada contra un arcón y una copa dorada de vino en la mano.

—Hundimos dos, tomamos una —dijo Diocles—. La acción de combate más fea que hayas visto alguna vez, si te gusta ceñirte a un plan. Pero nuestras naves han ido llegando y finalmente los hemos enviado a pique. Tu joven Dionisio lo ha hecho muy bien, sus hombres han ciado casi como auténticos remeros.

—¡Cierra el pico, gilipollas! —dijo Dionisio imitando la jerga marinera—. Somos tan buenos como cualquiera, y mejores que algunos, para que te enteres.

Gruñó para sus adentros.

Sátiro se rio con los demás.

—No es mi Dionisio. Al fin y al cabo, era a los pechos de mi hermana a quien escribía los poemas.

Apolodoro se rio.

—Apuesto a que no ha tocado un pecho en su vida.

Dionisio entrecerró los ojos.

—Mejor eso que violar cadáveres para disfrutar del sexo, corintio.

Sátiro intervino.

—¿Acaso somos piratas, amigos? Estamos hablando como piratas.

Diocles asintió.

—Los muchachos están excitados. Ha sido un buen día. Permitidme decirlo, y dejémonos de más apartes.

Apolodoro enarcó una ceja.

—Mis disculpas, Dionisio. Mis comentarios pretendían ser chanzas, nada más.

Dionisio sonrió y ceceó.

—Disculpas aceptadas, oh Don de Apolo. Y te presento las mías. Seguro que algunas de tus víctimas de violación siguen vivas.

Apolodoro se contuvo. Sonrió.

—Quizás encuentre el momento para convencerte de lo contrario, hijo del Dios del Vino.

Sátiro clavó un soberano codazo en las costillas de Dionisio con toda la energía del gimnasio, y Dionisio derramó vino encima del fuego.

—Apolodoro, debes perdonarlo. Siempre ha sido así. Creo que el término técnico es «capullo insufrible». Y no voy a consentir que os peleéis. Reservad la mala uva para Demetrio.

Dionisio se partía de risa.

—Echaba esto de menos —admitió, frotándose las costillas.

Apolodoro dio la mano al petimetre.

—Dejemos que cuente su historia.

Diocles abrió las palmas de las manos.

—Dionisio localizó a dos y fue a por ellas. Luego retrocedió; recibió una ligera embestida, metió los remos. Y el *Amón Ra* y el *Avispa* llegaron y se pusieron a perseguirse en círculos...

Apolodoro se rio.

—Fue lastimoso. Mis remeros se equivocaron, di una orden errónea...

Dionisio se rio.

—Ordené a mis hombres que invirtieran las bancadas y solo un tercio aproximado lo hizo, de modo que nos quedamos abarloados a una de las naves enemigas...

Sátiro hizo una mueca. Diocles negó con la cabeza.

—Entonces llegué con el *Oinoe* y aquello parecía un circo naval, con barcos girando en círculo, persiguiéndose la cola como gatos. Y de pronto la nave enemiga más grande sale del círculo para embestir al *Ramsés*...

—Y mis muchachos dejan de hacer el tonto y de repente volvemos a ser una nave como es debido, y clavo mi espolón en el suyo —dijo Dionisio—. Vamos más despacio que un viejo caminando...

—Y ese enorme trirreme se empala en el *Ramsés* —dijo Diocles—. Su proa debía de estar podrida o carcomida, o los dioses han bendecido a Dionisio, pero ese barco se hundió en el acto.

—Y al verlo, los otros dos han perdido todo su brío y los hemos apresado en menos tiempo del que se tarda en decirlo —dijo Apolodoro.

—Y mis muchachos, que habían estado remando con ese calor infernal como héroes para socorrer a estos idiotas, se quedan como el grupo de animadores. Para entonces ya hemos visto las nubes de tormenta encima de África y hemos corrido a la playa. —Diocles volvió la vista atrás hacia la pared gris, casi negra, que atravesaban los relámpagos—. Compadezco a cualquier hombre que esta noche esté en el mar. Amigo o enemigo.

—Sin duda habréis tomado prisioneros —dijo Sátiro.

Apolodoro asintió.

—Muchos. No todo es miel sobre hojuelas para Demetrio. La mitad de su flota está aquí y la otra mitad, dispersa entre Chipre y Alejandría. Fijó un punto de encuentro y Plistias, su almirante, fijó otro. Antígono necesita comida enseguida; sus hombres cruzaron el Sinaí en pleno verano y necesitan de todo. Al menos esto es lo que se decía en Tiro hace cinco días. Fue allí donde esos dos pasaron la última tormenta.

Neiron llegó y se plantó al lado de su rey.

—Estáis conspirando —dijo.

Una racha de viento esparció carbonilla y brasas por la playa, y buena parte cayó encima de Sático.

—Siempre estoy conspirando. Con el tiempo me convertiré en una especie de Estratocles.

—¡Los dioses nos libren! —exclamó Diocles.

—La última tormenta sopló tres días —señaló Sático.

Neiron asintió.

—Si nos hacemos a la mar en cuanto deje de volar arena... —dijo Sático, y Neiron lo interrumpió.

—Estaremos zarpando hacia la mar más gruesa de todo el verano. —Neiron negó con la cabeza—. El tercer día fue mejor, pero solo por comparación.

Sático negó con la cabeza.

—Todo depende —dijo. Se encogió de hombros—. Pregúntame dentro de un día o dos.

Dos días de tormenta de arena, rayos y lluvia.

A media mañana del primer día de tormenta Sático estaba tendido en su catre de pieles observando cómo se movía y agitaba la vela que tenía encima de la cabeza y preguntándose si arrancarían las estacas que la sujetaban a la playa, cuando Anaxágoras se agachó bajo las pesadas alfombras que cerraban la abertura de la tienda y entró, derramando arena de su clámide roja.

—Toca lección de música —dijo.

Sático se incorporó con una carcajada, vencido el aburrimiento, y pasó una hora espantosa intentando que sus encallecidas manos imitaran los gestos de su maestro sobre las cuerdas de la cítara; diez cuerdas, todas dispuestas desde un palo de ébano sujeto entre las puntas de los cuernos de madera hueca del instrumento, hasta cruzar la caja de resonancia. La cítara de Anaxágoras era una preciosidad, como correspondía a un músico profesional, toda de limonero y ébano con incrustaciones de marfil.

—Puntea las cuerdas con la derecha —dijo Anaxágoras por octava o novena vez

—. Modifica el timbre con la izquierda.

Sátiro no tenía problema en usar el plectro para rasguear las cuerdas con la mano derecha, le resultaba bastante natural, pero la insistencia de su maestro en que amortiguara el sonido de algunas cuerdas al tiempo que dejaba que otras sonaran lo desconcertaba sobremanera.

—Pero si dices que has estudiado las matemáticas de Pitágoras —dijo Anaxágoras, a todas luces nervioso y tal vez a punto de enojarse con un alumno testarudo.

Sátiro suspiró.

—Cuando veo una nave navegando en diagonal a mi rumbo, veo las matemáticas de Pitágoras —respondió—. Puedes hablarme sobre la longitud de las cuerdas hasta que se te congestione la cara, que no entenderé nada.

Anaxágoras respiró profundamente y forzó una sonrisa, una sonrisa muy falsa.

—Tengo entendido que el dios te ordenó que aprendieras a tocar —dijo Anaxágoras.

Sátiro se disponía a decir a Anaxágoras exactamente qué podían hacer él y el dios con una cítara cuando se oyeron gritos en el exterior.

El viento había volcado uno de los trirremes capturados y sus costados se rompían con el balanceo de la nave. El mar se fue encrespando hasta que Sátiro temió que el *Avispa* fuera arrastrado por la resaca, de modo que pusieron a los hombres bajo el azote de la lluvia arenosa para que tiraran de la nave playa arriba; y luego soportaron otras dos horas de lo mismo para subir también el *Oinoe* y el *Areté*.

—¿Navegasteis con este tiempo? —preguntó Dionisio la noche del segundo día—. Me da miedo incluso en la playa.

Apolodoro y el alejandrino habían alcanzado cierto grado de entendimiento.

Apolodoro lanzó una sonrisa al hombre más joven.

—No diré que esta tormenta no sea peor, querido. Pero sí, navegamos con un tiempo así durante tres días y tres noches.

Al alba del tercer día Sátiro reunió a todos sus hombres en la playa; más de dos mil entre marineros, remeros e infantes. Pero el viento que soplaba de África no había amainado y el sol no salió de entre las nubes hasta mediodía.

—Hoy ya es demasiado tarde —dijo Sátiro mientras el viento comenzaba a aflojar y los mosquitos de las marismas del este se levantaron de su descanso forzoso para encontrar una rica fuente de sangre en la playa. Hicieron que aquella fuese la peor noche de las tres. Su agudo zumbido acabó siendo un sonido terrible, como la lejana respiración de un maligno dios insecto. No los dejaron en paz ni siquiera en plena noche, y hacía calor y el aire no se movía.

Sátiro desvaró sus naves al amanecer en un mar absolutamente llano, pero se levantó una fuerte brisa costera que desterró a los insectos y envió al escuadrón hacia

el norte por un mar tan calmo que parecía cerámica vidriada bajo el nuevo sol.

—Raciones completas para tres días —informó Jubal, y escupió—. Eso después de dividir todo lo que tomamos de las capturas.

Sátiro asintió.

—Izad la mayor. Rumbo a Chipre. —Negó con la cabeza—. Veamos si podemos causar estragos.

Su primera captura tuvo lugar dos horas después; una veloz nave mensajera que la última tormenta había desarbolado y que flotaba a la deriva en su proa, y que hundieron para que no fuera capturada por otros. Los remeros cautivos informaron de que la tormenta había perjudicado seriamente la línea de abastecimiento de Antígono, pero que había mandado aviso a Chipre reclamando la presencia de su hijo y de todas las naves de los escuadrones victoriosos.

Sátiro pasó el día en el canasto del vigía, protegiéndose los ojos del resplandeciente sol, escrutando el norte y luego la larga línea de nubes oscuras que se estaban apilando en el horizonte occidental. Las tempestades del oeste eran algo desconocido en el mar de Chipre, pero también lo eran las tormentas de arena fuera de África.

—Quizás haya hecho un mal lanzamiento —dijo Sátiro, de regreso en cubierta, conversando con sus oficiales e imitando el gesto de lanzar las tabas—. No tenemos una sola playa a sotavento y esa tormenta... viene hacia aquí.

—Pues naveguemos hasta que refresque el viento —dijo Neiron—. Y luego remamos. Eres demasiado amable con los remeros, señor. Pueden hacerlo.

Sátiro se acostó preocupado y se despertó con el primer trueno. Ya era por la mañana, una mañana entre gris y blanquecina, calurosa y en la que no corría el aire. Los remeros gruñeron pero se pusieron a remar a velocidad de crucero, y Sátiro dispuso su pequeña flota en dos columnas de seis naves, rumbo al norte.

El sol estaba alto en el cielo y ya había pasado el mediodía cuando los alcanzaron las primeras rachas de viento del oeste. Al llegar la tercera vieron que el turbión se les venía encima, y Neiron ordenó arriar todas las velas, abatir todos los palos y aparejar la nave para resistir el mal tiempo.

—¿Dónde nos sitúas, viejo lobo de mar? —preguntó Sátiro a Neiron.

Neiron hizo una seña para conjurar el mal.

—A cien estadios al sur de Chipre, más o menos. Es difícil decir cuánto norte ganamos anoche.

Jubal escupió.

—Más al sur que eso —dijo confiado—. Anoche no soplaba ni un pedo, señor.

Sátiro se dirigió más a proa con Anaxágoras.

—Enséñame —dijo.

—Solo si aprendes —respondió Anaxágoras.

Sátiro suspiró. Pidió banquetas y se sentaron a la sombra del castillo de proa. De ahí que él fuese el oficial más próximo cuando el vigía gritó.

Capítulo 16

—¡Velas! ¡Velas al este! Diez cuadradas... ¡Cincuenta triángulos!

La voz del vigía sonó como si el pánico la hubiese desprovisto de los registros más graves.

Sátiro subió corriendo al castillo de proa sin sentir una punzada de dolor en la espalda. Lejos, hacia el noreste, había una gran flota, con todas las velas izadas, navegando hacia el sureste con el furioso viento del oeste.

Navegando hacia la costa de Asia.

Sátiro permaneció inmóvil un momento, contando velas. Las naves del escuadrón más próximo se veían enteras sobre la línea del horizonte, grandes naves en perfecta formación, y Sátiro supuso que se trataba del escuadrón de *penteres* que le había hecho frente a Menelao. Más allá había otros dos escuadrones de triángulos con los cascos hundidos tras el horizonte, y tal vez otro todavía más lejos. Y como mínimo veinte barcos mercantes, y otros tantos más al norte.

Sátiro dirigió la mirada hacia el oeste, lejos del enemigo, donde una línea de turbiones abarcaba todo el horizonte.

Helios subió la escalera.

—Neiron pregunta cuántos son y qué vamos a hacer.

Sátiro sonrió.

—Seguro que lo ha dicho de una manera más directa.

Anaxágoras subió al castillo, todavía con la cítara en la mano.

—Se han mencionado actos sexuales —apostilló el músico riendo.

Helios dio una manzana a su amo.

—No has comido, señor.

Sátiro cogió la manzana y le dio un mordisco. Miró la flota enemiga, que ahora llenaba el horizonte. Luego miró de nuevo hacia el frente tormentoso.

—Vayamos a popa —dijo, y cuando llegó junto a Neiron, al timón, ya había tomado una decisión.

—Vamos a luchar aun con tormenta —dijo Sátiro.

Todos asintieron, incluso Neiron.

Pese a que nadie puso objeciones, Sátiro sintió que debía explicarse.

—En cualquier caso el viento nos va a alcanzar —dijo—. Los tripulantes son todo lo buenos que pueden ser. Y si esta tarde los alcanzamos, cualquier nave que sufra daños se hundirá durante la noche.

Neiron asintió.

—Pero nada de embestidas ni abordajes —dijo.

—Exactamente —respondió Sátiro—. Rastrillos de remos, arqueros, las máquinas si podemos hacerlas funcionar. Y el miedo. No olvidéis el miedo.

Miró en torno a sí y todos parecían confiados, les estaba proponiendo un combate naval en plena tormenta y al parecer estaban de acuerdo.

Asintió, masticó el último trozo de su manzana y tiró el corazón por la borda.

—Formación en fila. Remaremos otra media hora, izaremos las velas de trinquete y a correr, con los portillos de los remos cerrados. El *Areté* irá al frente. Si lo hacemos bien, deberíamos pasar por detrás del *penteres* y alcanzar de cabeza los barcos de grano. —Les sonrió; apenas sentía sus habituales temores previos a la batalla—. Porque, amigos míos, todo esto es por el grano. Quememos el grano y Antígono no podrá invadir Egipto.

—¡Por el grano! —gritó Anaxágoras. Pese a su evidente ironía, los demás hombres lo secundaron.

Una hora después, impulsados por las velas de trinquete, ya se precisaban dos hombres para mantener al *Areté* en su rumbo, uno en cada remo de gobierno, tan fuerte era la presión de la velocidad. El *Oinoe* seguía su estela y ahora el resto se había perdido entre los rociones, y el frente tormentoso estaba tan cerca de su popa que sería una carrera muy reñida si Sátiro alcanzaba a los barcos de grano antes de que la tormenta, con toda el agua que parecía traer, se les echaba encima.

Todas las naves iban en la misma dirección; al este, hacia la costa de Asia. Pero las naves enemigas de abastecimiento eran más lentas, incluso a vela y con el viento de empopada, que los esbeltos barcos de guerra, que en su mayoría habían izado sus velas mayores y surcaban raudos las aguas. Hacia el sur dos *penteres* acechaban como monstruos marinos en la luz gris. Detrás de ellos había otras naves, más al suroeste.

Los cascos de Sátiro estaban limpios y secos tras haber pasado por el astillero y, por una vez, era él quien tenía la ventaja de la velocidad, una ventaja que quedó tan clara como el día que se desvanecía cuando el *Areté* dio alcance al barco de grano como un corredor olímpico adelantando a un hombre gordo.

—Encended las vasijas de fuego —ordenó Sátiro. Estaba, literalmente, jugando con fuego—. Poseidón, perdóname por usar esta llama extranjera en tu mar; mi necesidad es apremiante.

No tenía nada a mano que ofrecer como sacrificio personal.

El barco de grano era un mercante, probablemente tirio, de costados abombados como pompas de jabón de madera, prácticamente insumergible. Arbolaba dos altos mástiles pero solo llevaba un poco de trapo en el trinquete. Cuando se abarloaron, el capitán saludó a Sátiro con la mano suponiendo, como tantos otros habían hecho, que Sátiro pertenecía a su escolta.

Neiron ladró una orden y la proa del *Areté* viró varios grados. Los remos estaban dentro, y el castillo de proa del enorme *penteres* hacía honor al francobordo del

mercante en cuanto a altura. Los mejores atletas, Anaxágoras, Cármides, Neco, lanzaron vasijas a través de los escasos metros de agua que los separaban, y acto seguido lo adelantaron, con las máquinas de babor y los arqueros disparando contra el buque indefenso. El malicioso viento del oeste avivó las brasas y las llamas parecieron explotar en la proa del barco herido mientras su capitán caía en cubierta con una de las saetas de Idomeneo clavada en el cuello.

Todas las naves del escuadrón dispararon contra el desventurado mercante, pero el daño estaba hecho; perdió el rumbo, atravesándose al viento, sin que nadie atendiera el timón.

Otros dos barcos cayeron en rápida sucesión y luego el enemigo comenzó a reaccionar tal como reaccionan los peces ante una manada de delfines. Los barcos de grano se fueron desperdigando, girando sus timones bruscamente a babor y estribor, prefiriendo los peligros de navegar de través a la inmediata y clara amenaza de las naves que los alcanzaban tan deprisa por popa, pero el viento había refrescado y soplaba con fuerza detrás de ellos y el frente de la tormenta resultaba palpable en la estela del *Avispa*.

Sátiro vio cómo volcaba un barco de grano; demasiado trapo, demasiado brusca la virada. Escoró hacia babor, la borda se sumergió en el agua y Poseidón se lo llevó; así, sin más. Desaparecido.

Se volvió hacia Neiron.

—Hecho. Y ha merecido la pena: aunque ahora nos vayamos todos a pique, Egipto está a salvo.

Neiron hizo una mueca.

—¿Y eso hace que valga la pena?

Y entonces arremetió la tormenta.

Cuando los hombres contaban la historia años después, no fue gran cosa como batalla. Ninguna de las naves de Sátiro recibió siquiera un flechazo. Fue más bien como tomar una ciudad por asalto; un trabajo feo, una masacre de los casi inocentes.

Pero la guerra es un tirano malvado y las tácticas del terror y la muerte eran las únicas que le quedaban a Sátiro. Sus naves salieron de la tormenta abalanzándose como tiburones sobre pescadillas, como furias vengando una ofensa a los dioses, y todos los barcos que estos obligaron a atravesarse al viento se hundieron.

Como batalla, fue más bien una masacre.

Pero como tormenta, fue toda una tormenta. Los hombres que sobrevivieron hablaron sobre la tormenta el resto de su vida.

Nadie sobrevivió a bordo del *Avispa*. Una inusitada ola cruzada alcanzó al *Avispa* antes de que cayera la noche, lo hizo escorar demasiado y el despiadado viento sentenció a la nave y sus doscientos remeros a la misma pena a la que había

sentenciado a los buques de grano atenienses; muerte sin indulto para Sarpax y toda su tripulación. Sátiro los vio perecer y algo más crudo que la ira, algo como la culpa, le hizo un nudo en la garganta. Perder a los hombres que apreciaba por Ares formaba parte de la guerra, pero el mar era más limpio y peor; doscientos hombres en un suspiro.

Nadie sobrevivió a bordo del *Ramsés*. El *Ramsés* iba justo detrás del *Oinoe* al atardecer, navegando hacia el oeste con un retazo de vela, y se hundió tan cerca que los hombres al timón del *Areté* oyeron los gritos cuando una ola lo llenó de agua, o las tablas del casco no resistieron, o la proa se rajó al chocar contra los restos de un naufragio o un tronco flotante. Poseidón tenía mil maneras de ahogar a un hombre, y Dionisio se fue al fondo con sus hombres.

Y cuando el sol salió en algún lugar sobre Asia, tan a ras de sus proas que pudieron ver el oleaje con las primeras luces del alba, los demás habían desaparecido. El *Areté* corrió al oeste hasta que no hubo más agua, y en el mar detrás de su estela no había señales de vida. Neiron acercó la nave a la playa, arrió el último trozo de vela al borde del rompiente y lanzó el gran navío a la costa de proa, arriesgándose contra el dios del mar para mantener a sus hombres con vida, haciendo caso omiso de las protestas que el rey le gritaba al oído. Y bajo el azote de la ira de Neiron, Sátiro saltó al agua con su tripulación de cubierta, sus infantes y sus remeros y se pusieron a tirar una y otra vez hasta que el *penteres* salió del agua.

No todas las naves habían tenido tanta suerte. En la playa había restos de naufragios, naves que habían embarrancado de noche para morir allí. Sátiro contó cuatro solo en aquella playa. Tenía que visitarlas. Caminó, solo, de una a otra. Ninguna era suya.

Los hombres encendieron fogatas.

Los hombres cocinaron comida.

El mar estaba vacío. A mediodía apareció el sol, y el viento, el viento asesino del oeste que había mandado a más de mil hombres a reptar por el fondo del mar con Anfítrite, con los pulmones llenos de agua, finalmente se calmó, y el mar adoptó el azul oscuro de la inocencia: estaba vacío como el monedero de un borracho.

Sátiro echó a caminar solo, se sentó en una roca y lloró.

Neiron fue a su encuentro.

Sátiro levantó la vista, inseguro.

—¿Y bien? —preguntó Neiron—. ¿Ha merecido la pena? Porque los has perdido a todos.

El anciano dio media vuelta y se marchó.

Gaza, Palestina

Antígono el Tuerto no necesitaba un taburete de marfil para parecer importante. Estaba sentado en un taburete de hierro forrado de corderillo y mantenía los hombros tan cuadrados como los de un hombre de cincuenta años. O de treinta. Tenía ochenta.

Su hijo entró. No parecía él mismo: el pelo seco y descolorido, no la llama de oro que solía parecer. Tenía ojeras como magulladuras y la piel parecía más una imagen de cera que la de un hombre activo.

—Un asiento para el Rey de Egipto —dijo Antígono a un esclavo.

Demetrio se rio.

—El rey de Egipto es Tolomeo, padre.

Un esclavo le puso una copa de vino en la mano y se la bebió de un trago.

—¡Los dioses lo maldigan! —gritó Antígono—. ¡Putas y cabrones! ¡Dos años de trabajo perdidos en una tormenta! ¡Una tormenta! ¡Egipto estaba desnudo, aguardando a que marchara sobre él!

Demetrio se preguntó si su padre estaba perdiendo el juicio. Lo abrazó.

—Padre... Padre. Nada de *hubris*.

—¿Esto tengo que oír de tus labios? ¿Quién sostiene ser un dios personificado? —El viejo no había perdido el juicio. Se echó a reír. Revolvió el pelo de su hijo y luego lo apartó—. Los maldigo a todos. Debemos comenzar de nuevo. Si no ordeno la retirada esta noche, perderé hombres capaces, macedonios, dentro de pocos días. La marisma es hedionda; el miasma del Tártaro, y los hombres ya están enfermando. Aguarda a que hayas pasado una noche aquí. Los mosquitos son peores que los partos. Peores que los malditos sakje.

Demetrio bebió una segunda copa de vino.

—¿No hay reprobación? Fui yo, padre, quien dijo que podría abastecer desde el mar.

—Bah —respondió Antígono—. Reuniste las naves que prometiste. Incluso esa ramera, Atenas, puso de su parte. Y venciste a Tolomeo en Chipre. Me figuro que

Menelao se rindió, el muy maricón.

—En cuanto las naves de su hermano se perdieron en el horizonte —dijo Demetrio—. Mi único éxito del verano, me temo.

—¿Cuántas naves nos quedan? —preguntó Antígono.

—Al menos cien. Todas grandes; fueron las que capearon mejor el temporal. Tal vez más. A decir verdad, el mayor error que cometí fue fijar un punto de encuentro distinto al de Plistias. En realidad no sé lo que me queda. Y él tampoco. Ahora estarán diseminadas entre Siracusa y Tiro.

—¿Y Tolomeo? —preguntó Antígono.

—Menos. —Demetrio se recostó en la cama—. ¿Sabes quién intervino para derrotarnos, padre?

—¿Poseidón? —preguntó Antígono.

—Sátiro de Tanais. Casi me vence en Chipre. —Demetrio sonrió—. Me cae bien. Quiero matarlo en combate singular.

—Hijo, a veces, cuando los hombres me dicen que estás loco tengo tentaciones de creerles. Nosotros no luchamos en combates singulares. Ganamos imperios. —Antígono chasqueó los dedos para que les sirvieran más vino—. Ojalá pudiera intercambiar a Sátiro por alguno de nuestros inútiles aliados, de todos modos. ¿Por qué conseguimos Heracles cuando Tolomeo consigue Tanais? ¿Eh? No podré confiar en Dionisio de Heraclea mientras no pueda derrocarlo. Y está más gordo que Milos.

El anciano escupió.

—Dispondremos de todo el invierno para reagrupar la flota —dijo Demetrio. Contemplaba el tapiz de seda que colgaba del techo de la tienda.

—Si puedes evitar que los jodidos rodios transporten más tropas a Alejandría, podremos regresar en primavera —dijo el anciano—. Malditos sean todos los dioses y las putas de sus madres. Estaba a las puertas de los fuertes del río, ¿lo sabías? Y no se le ocurre nada mejor que alinear su artillería a lo largo de la orilla. Una de sus máquinas mató un elefante. De no haber llegado la tormenta, podrías haber rodeado su flanco por el mar...

—Si los deseos fueran pan, los mendigos nunca pasarían hambre. Padre, deja que me lleve la flota y ataque Rodas. —Demetrio se levantó de la cama de un salto, súbitamente rebotante de energía—. Rodas es la clave. Egipto resistirá o caerá con Rodas, y Rodas es la nuez más fácil de romper.

—Rodas es un forúnculo en nuestro culo. Egipto es la llave del mundo.

Antígono miró fijamente los ojos azules de su hijo y se preguntó cómo era posible que hubiese engendrado un hijo tan apuesto.

—Saja el forúnculo —dijo Demetrio—. Saja el forúnculo y tendrás la llave.

Antígono hinchó las mejillas y soltó el aire de golpe.

—Tengo dolor de barriga y mis entrañas se disuelven —dijo—. Las piernas me

duelen todo el puto tiempo. La mitad de las noches, mi pequeña persa no consigue ponerme duro el miembro ni con un tonel de aceite de oliva y los mejores pechos del océano oriental. Detesto ser viejo, y lo único bueno que tiene mi edad es que es mejor que la muerte. —Antígono miró a su rubio y maravilloso hijo—. ¿Sabes qué me mantiene vivo?

—¿El amor a los dioses? —preguntó Demetrio.

—Tú, y el dominio. Y el maldito Tolomeo. Lo odiaba cuando era el catamita de Alejandro y ahora quiero verle morder el polvo. Antes de que me muera. Quiero ser el amo de Egipto.

—El camino a Egipto pasa por Rodas —dijo Demetrio.

Antígono envolvió a su hijo con sus brazos todavía fuertes.

—Pues entonces, adelante. Saja el forúnculo. Consígueme la llave usando la metáfora que más te plazca, hijo, pero consíguemela pronto.

Demetrio sonrió con la cabeza apoyada en el hombro de su padre y, en su mente, los engranajes que urdían sus planes comenzaron a girar.

—Será increíble —sentenció.

Libro III

El sitio de Rodas

Capítulo 17

Kineas de Atenas, reproducido en bronce, el blanco de los ojos de oro puro, las pupilas de lapislázuli, se erguía en el vestuario del gimnasio con una esbelta vara de vid en la mano. Cuando hablaba, sus dientes de plata le brillaban en la boca junto a la lengua de bronce.

Sátiro estaba pasmado por el efecto, pero las palabras que su padre decía eran claras y serias, cargadas de importancia. Sátiro se inclinó hacia delante, tratando de escuchar, pero el juego de la luz en el rostro metálico de su padre lo volvió a distraer y le llenó los ojos, de modo que se puso a divagar como un niño que elude sus lecciones, fantaseando con vuelos, con el cielo, con las nubes...

—¡Sátiro! ¡Presta atención! —La voz de Filocles: la voz aguda y cortante de un preceptor grave y enojado. Sátiro se encogió por miedo a que el profesor le cruzara la espalda con la vara y acto seguido se irguió en el asiento.

Volvió la cabeza y vio que Filocles estaba detrás de él, también reproducido en metales nobles; la misma estatua que acababa de ser entregada en Tanais, solo que animada. Y sentado detrás de él, donde Jenofonte siempre se sentaba en clase en Alejandría, estaba Estratocles el Informador, que mostraba el mismo terror ante Filocles que solía mostrar Jenofonte.

Había otros chicos. Vio a Demetrio el Rubio a su izquierda, ¿y no era posible que el chico de la cabeza redonda fuese Pantero de Rodas? De pronto la vara de Filocles lo golpeó con su acostumbrada fuerza; el dolor le recorrió el cuerpo, pero no desde la espalda sino desde los pulmones, y tenía sangre en el pecho.

—¡Sátiro! ¡Presta atención!

—¿Va a morir? —preguntó Srayanka. Su madre era guapa; tenía el pelo tallado en una piedra negra y le colgaba libre, lindamente peinado, como lo hacía cuando él era niño, en las raras ocasiones en que se vestía como una griega.

—¡Te lo garantizo! —dijo Filocles con un resoplido—. *Es mortal, ¿no? Y la muerte es la condición ineludible de todos los mortales, ¿no?*

La vara del preceptor le golpeó la espalda otra vez, y le salió más sangre de la boca, que derramó sobre su pecho.

—¿Tanto tiempo pasas con tu padre que puedes permitirte ignorarlo cuando habla? —preguntó Filocles.

Sátiro miró a su padre y se quedó fascinado con el juego de la luz en sus ojos dorados. Se obligó a escuchar la lección, haciendo caso omiso del montón de preguntas que llamaba a la puerta de su mente...

«¿Cómo es posible que mi padre esté hablando en el gimnasio de Alejandría?

»¿Cómo es posible que hable una estatua?

»¿Quién ha dejado entrar a mi madre en el gimnasio, siendo una mujer?

»¿Acaso tampoco está muerta?

»¿Por qué está Estratocles aquí? ¿Dónde está Jenofonte? Está muerto. Debería estar aquí. Pero yo también lo estoy. ¿Estoy muerto?

»¿Esto es la muerte?»

La vara volvió a golpearlo, obligándolo a echarse hacia delante entre toses, y cada vez que tosía le manaba más sangre de la boca. Finalmente, exhausto, cayó para atrás. Jenofonte lo recogió, como tan a menudo lo había hecho en clase.

—*¡Deberías escuchar, Sátiro!*

Sátiro se recostó apoyando la cabeza en las piernas de su amigo y observó a su padre, la estatua.

Su padre le sostuvo la mirada y sonrió.

—*Me alegra mucho que por fin me prestes atención, muchacho.*

Era como si pudiera verse a sí mismo. Zeus Sator, tenía un aspecto espantoso. Sangre en la ropa de cama, ojos desorbitados. ¡Apolo! ¡Tenía los ojos tan amarillos como los ojos de oro de las estatuas!

Se encontraba en una habitación que le resultaba familiar, y la habitación estaba llena de personas que le resultaban familiares, pero en ese preciso momento Sátiro era incapaz de dar nombre a los actores o al lugar y tan solo flotaba, observando a la mujer de pelo moreno que le limpiaba la sangre del pecho mientras otra mujer, más añosa, le hacía engullir algo. Había dos muchachos aguardando cerca, observando con la impotencia de los hombres que no saben cómo hacer algo útil.

La mujer mayor terminó su tarea y negó con la cabeza.

—Se está yendo —dijo. Hizo una pausa para hacer girar la cabeza y flexionar los músculos de los hombros—. He dicho que se está yendo, niña. Permite que se vaya. Deja el lavado a los limpiadores de cadáveres.

La mujer morena siguió lavándolo, moviendo las manos con violenta determinación. Sátiro, aun estando tan lejos, pudo interpretar que aquella mujer tenía intención de dejarlo bien limpio; limpio de muerte, si le fuese posible.

Sátiro hizo una mueca al ver su propio cuerpo, que estaba muy delgado. ¿Dónde estaban sus músculos? ¿Dónde estaba su fuerza? Sus brazos eran como palos, las piernas parecían de mujer. Deseó que se le cerraran los ojos para ocultar el espantoso amarillo.

—Todavía no ha muerto —dijo la mujer más joven.

La mujer mayor miró a los hombres.

—Traednos agua, tan fresca y fría como sea posible.

Salieron presurosos de la habitación y la joven abrió los ojos con ademán inquisitivo.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó. Decir que sus ojos brillaban de esperanza sería dar a entender demasiado. Tal vez, pensó Sátiro, así era como se reflejaba la

esperanza de tener esperanza.

Deseó ser capaz de recordar el nombre de la joven que tan entregada estaba a él, y deseó poder recompensarla por su entrega. Él no habría tocado un cuerpo como aquel ni siquiera con una espada.

«Soy una ruina —pensó—. Dejádme morir. No me gustaría tener que vivir así.»

La mujer mayor se encogió de hombros.

—No, querida. Solo quería que salieran de la habitación. Voy a darle jugo de amapola.

—Pero... —La joven negó con la cabeza—. Dijiste...

Y la mujer mayor esbozó una sonrisa.

—Eres una buena chica. Hace dos meses, cuando luchábamos contra la enfermedad con un cuerpo fuerte, temía inducirle de nuevo su adicción. Ahora solo intento que muera tranquilo. Allí donde va no habrá adicción que valga.

La joven dio la espalda a la mujer mayor y Sátiro pudo ver que no era una chica sino una mujer adulta. Y no era su hermana. Había esperado que fuese su hermana. Amaba a su hermana, y ese sentimiento, ese amor, la pérdida de Melita, allí donde estuviera, se le echó encima como una ola y lo apagó como si fuese una lámpara de aceite.

El sitio es la forma de guerra más mortífera para el soldado y el ciudadano. El sitio es la única batalla en la que mujeres y esclavos son soldados; el único campo de batalla en el que los hombres, no los dioses, crean el terreno; solo en un sitio puede verse un hombre obligado a luchar todo el día, dormir, levantarse y seguir combatiendo. Los ejércitos que emprenden sitios prolongados a menudo acaban destrozados y nunca vuelven a ser útiles como ejércitos. Las ciudades que sobreviven a un sitio pueden morir de agotamiento; las ciudades que son tomadas en un sitio son saqueadas. Las leyes marciales que protegen a los cautivos y los rehenes quedan en nada porque un ejército que sitia una ciudad debe asumir riesgos, azares y un espantoso número de bajas para cumplir con su objetivo, y como consecuencia, cuando ese ejército es victorioso, se toma su venganza. Se mata a todos los hombres, libres o esclavos, nobles o plebeyos. Los templos se saquean y se queman, y eso no se considera un acto de impiedad. Se viola a las mujeres, no una vez sino hasta desmoralizarlas y luego se venden como esclavas para que trabajen en el telar de otro y en la cama de otro hasta que mueran.

Y sin embargo, por virtud de las mismas leyes despiadadas que dictan que los sitiadores victoriosos actúen como animales y saqueen la ciudad, la propia ciudad empleará cualquier dispositivo, cualquier estratagema,

cualquier táctica por temeraria que sea para impedir el saqueo. Sobornará, coaccionará, seducirá; malbaratará la vida de sus ciudadanos en misiones de combate para quemar el campamento enemigo, expulsará a los esclavos de la ciudad y los verá morir de hambre bajo sus murallas, incluso a los viejos criados de las familias. Sacrificará ciudadanos como los sacerdotes sacrifican cabras, y contarán el coste a la ligera. Porque la derrota significa extinción, degradación, horror y muerte.

Y esta contienda se libra con toda la ciencia que ha desarrollado el hombre, con toda la pasión que los dioses han dado al hombre para cosas mejores, con la crueldad que los hombres deberían reservar para luchar contra las bestias. Bien podría el viejo Platón decir que para ver lo peor que puede sacar el hombre de sí mismo, basta con observar el sitio de una ciudad.

Pero hoy debatiremos cómo es mejor sitiar una ciudad, y cómo es mejor defenderla. Yo he hecho ambas cosas. Y para ayudaros en esta consideración, emplearé lo que Filocles os ha enseñado sobre el cuerpo humano, y os pediré que uséis el cuerpo como un modelo de la ciudad. En esto soy poco original puesto que Platón y Aristóteles lo hicieron antes que yo.

¿Cómo ataca el cuerpo una enfermedad? Sostendré que puede atacarlo de dos maneras, igual que un sitiador. Comenzaremos por el sigilo. Tras explorar concienzudamente el cuerpo, puedo intentar apoderarme del cuerpo mediante un repentino asalto por sus puertas; tomar una puerta lateral de una poterna, tal vez, en un inteligente ataque al despuntar el día mientras los centinelas del cuerpo todavía están dormidos. Y de repente el contagio, y las defensas del cuerpo no tienen ocasión de reaccionar antes de que el sanador pueda rezar a los dioses o administrar alguna medicina; antes de que un baño esté preparado para limpiarla, la ciudadela ha contraído la rápida enfermedad mortal y el hombre es un cadáver que se enfría. ¿Acaso no lo hemos visto alguna vez?

Pero la rápida aparición de la fuerza secreta rara vez triunfará en la toma de una ciudad. Como sitiadora, tiene que ponerse a prueba; incluso a costa de perder los hombres más selectos de tu ejército, el ahorro en sangre y oro de semejante intento es casi incalculable. Cuando seáis comandantes, nunca os permitáis contar la pérdida de ese grupo selecto contra la posibilidad de tener éxito. Si una ciudad debe caer, si ese es el objetivo de vuestra campaña, no debe haber un precio personal que no estéis dispuestos a pagar por impío o inmoral en la toma de la ciudad.

Yo perdí a mi hipereta, mi más viejo amigo, en la toma de una ciudadela. Lo lloré pero lo conté como un precio razonable.

De la misma manera, si os encontráis defendiendo una ciudad, debéis

estar preparados desde el principio a ser blanco de un rápido asalto de vuestras puertas por parte de fuerzas secretas. Debéis asumir que toda proposición de parlamentar encubre un ataque. Desde el primer indicio de que podéis veros sitiados, debéis cambiar a los guardias de las puertas regularmente, y cambiar también a los oficiales que defienden las torres, asumiendo, siempre, que todo hombre puede ser sobornado. Esta es una manera hiriente de tratar a vuestros conciudadanos, pero todo lo relacionado con un sitio es hiriente. Muchos morirán, y muchas cosas e ideas que apreciamos también morirán; el amor muere de hambre tanto como de enfermedad, y también el honor se sacrifica o se pierde con demasiada frecuencia, porque el sitio no es una batalla de un día que saca lo mejor de los mejores hombres, sino una interminable contienda que da a toda mente la oportunidad de mostrar sus más oscuros excesos.

Pero consideremos qué ocurre cuando la fuerza secreta ha fallado. En un ataque contra el cuerpo, la enfermedad ahora se conforma con sitiar la ciudadela. La enfermedad ya tiene alojamiento, ha tomado el control de una parte del cuerpo. Una herida, tal vez, que se inflama, o la fiebre que traen consigo el aire viciado o el miasma. Esta clase de enfermedad no puede ganar la ciudadela con un solo combate; el cuerpo humano es demasiado fuerte salvo que ya lo hayan minado la mala alimentación, la falta de sueño, la ausencia de ejercicio, los achaques de la edad u otros males, tal como una ciudad que sobrevive a un asalto inicial durará mucho tiempo salvo que ya la hayan debilitado las luchas intestinas, las derrotas militares, el mal gobierno, la hambruna y demás cosas por el estilo. De ahí que la enfermedad deba trabajar minuciosamente. Debe socavar las murallas de la salud impidiendo dormir al cuerpo; agotando sus músculos con ejercicios agobiantes; subiendo y bajando la temperatura corporal para estimular un clima adverso, estimular sueños que rompen la fibra moral y destruyen la voluntad del cuerpo a resistir mientras el sitiador tratará de infiltrar espías y difundir informaciones falsas.

Y cuando el cuerpo esté suficientemente débil, caerá. O debería caer. A veces el cuerpo cuenta con un defensor excepcional: la voluntad. Y la voluntad puede mandar a las defensas igual que un tirano manda a su escolta. Los tiranos, en muchos casos, son malos gobernantes, pero a menudo son la nuez más difícil de romper en un sitio porque tienen la voluntad de resistir hasta el mismísimo final. Si la mente tiene esta determinación, puede resistir la enfermedad hasta el punto en que la propia enfermedad muere. Asimismo, una ciudad que no haya perdido el juicio, que recuerde el precio del fracaso, que tenga la voluntad de un tirano aun siendo una democracia,

puede resistir y vencer al sitiador.

Otro día me explayaré más sobre tácticas, sobre cómo reforzar una puerta, sobre cómo construir una torre, sobre cómo emplear arena caliente y plomo derretido, sobre cómo construir un túnel secreto. Pero ya he hablado bastante por hoy, y algunos de vosotros estáis a punto de dormiros.

Sátiro, esto te lo digo a ti. Si deseas vivir, vive.

Con estas palabras resonando en sus oídos, Sátiro se despertó.

Quizá no sea exacto decir que Sátiro despertó. Salió del sueño de su padre, un sueño de colores más vívidos que el mundo real, con estatuas que hablaban y las almas de hombres muertos, para aparecer en un mundo mucho más parecido al mundo que habitaba a diario, excepto que lo veía de lejos, como si fuese la primera vez. Allí, en la cama, yacía su cuerpo descarnado.

Helios, a quien reconoció de inmediato, dormitaba en una silla. La mujer mandona de pelo gris hierro dormía en un *kline* bajo un gran ventanal. Fuera, el sol brillaba resplandeciente sobre el puerto de la ciudad, y las obras en las murallas proseguían con el mismo frenesí. Al otro lado del puerto, amarrado a un nuevo embarcadero, el *Areté* era el barco más grande del puerto de Rodas.

«O sea que estoy en Rodas», se dijo Sátiro.

La mujer de piernas largas de su sueño entró en la habitación con un pequeño *lekythos* del que sirvió leche en un tazón. Sátiro olió el jugo de amapola en cuanto lo vertió, y ansió tomarlo en cuanto lo olió.

Ella cogió una cucharilla de hueso y le metió un poco en la boca. A Sátiro le maravilló que soportara siquiera tocarlo; parecía un cadáver. Daba la impresión de que la cabeza le hubiera crecido sin la menor proporción a su cuerpo, y sus hombros, antaño musculosos, eran puro hueso.

—¿Qué voy a contarte hoy? —comenzó, y algo en su voz le dijo que aquello era una costumbre, una vieja costumbre. «¿Cuánto tiempo lleva hablándome? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Dos meses?»

—Demetrio tiene doscientas veinte naves reunidas en Mileto, o al menos eso dice Pantero. Viene a menudo a verte con Menón. Aquí nadie ha olvidado lo que hiciste por nosotros, Sátiro. —Su voz era amable. Le tomó la mano y con un dedo le acarició la palma—. Dicen que vendrá hacia aquí con el primer viento portante de la primavera, con cuarenta mil hombres en naves de transporte. Por eso la ciudad entera se está preparando para el sitio, y oh, ¡cuánto desea mi hermano que te recuperes! —Se inclinó y le besó la frente—. Todo el mundo pregunta por ti, rey Sátiro.

Entonces se levantó y cruzó silenciosamente la habitación embaldosada, rodeando con cuidado a Helios. En la puerta habló de nuevo pero su tono fue diferente. Sátiro vio que le hablaba a un rollo que colgaba de la pared.

—¿Tanto sería, oh alto y solitario dios, dejar que este hombre viviera? —dijo, dirigiéndose al rollo.

«Nunca adoptes ese tono con los dioses», quiso reprenderla Sátiro, pues sonaba amargada, enojada y resentida, como un niño pequeño que ha descubierto la falibilidad de sus padres.

Helios se despertó sobresaltado.

—¿Ama Miriam? —preguntó.

«Miriam.»

La muchacha entró otra vez en la habitación.

—Perdona, Helios.

—Dioses, Despoina, soy yo quien debe disculparse. Tendría que haber estado despierto. —Helios se restregó los ojos—. Anoche llamaba a su padre y a Filocles, y volvió a toser sangre. —Helios miró a la mujer mayor tendida en el *kline*—. Aspasia ya no cree que vaya a vivir, ¿verdad?

Miriam hizo una mueca. No era lo bastante mayor para comportarse como una matrona pero lo intentó, dominando sus emociones tan bien como pudo.

—Estás en lo cierto. Y es posible que ella también. —Miriam se apoyó contra la jamba de la puerta y se restregó los ojos—. Ningún hombre debería ser capaz de vivir tanto tiempo sin comida. Pero le estoy dando amapola, y lo mismo hace Aspasia. Le aliviará en su final... o le permitirá comer.

—Tiene una voluntad de hierro —dijo Helios con la parsimonia del joven que ha adquirido grandes conocimientos—. No morirá fácilmente. Y sin embargo... Oh, Despoina. Se culpaba por todos los que perdió en la tormenta. Anaxágoras dice que fue eso y no el miasma lo que le hizo enfermar.

—Anaxágoras cree que puede curarse con música —respondió Miriam. Suspiró—. Y sin embargo Anaxágoras también está lleno de sabiduría. ¿Por qué somos todos tan sabios y ninguno de nosotros es capaz de salvarlo?

«Perdidos en la tormenta», resonó en su mente. Sí. Diocles, Sarpax, Akes, Dionisio. ¿Cuántas naves perdidas? ¿Siete? ¿Y todos sus tripulantes? Mil quinientos hombres perdidos porque tuvo la sensación de que tenía que...

«Debía hacerse. —¿Solo me estoy defendiendo del cargo de irreflexión? ¿O creo realmente que debía hacerse?»

«Perdí a mi hipereta, mi más viejo amigo, en la toma de una ciudadela. Lo lloré pero lo conté como un precio razonable.» Lo había dicho su padre. En un sueño.

El cuerpo que yacía en la cama se estremeció, y Sátiro cayó dentro de los ojos del cadáver, metiéndose en largos túneles...

Filocles estaba sentado entre dos hombres que Sátiro solo conocía de las estatuas: Sócrates y Arimnestos, el héroe de la familia. El platense que había

salvado Grecia. Los tres estaban inmortalizados en bronce y oro, vistiendo quitones de mármol. Detrás de ellos se erguía la estatua crisoelefantina de Atenea Niké.

Filocles se inclinó sobre la mesa que tenía delante. Sátiro no se atrevió a volver la cabeza pero pensó que de repente debían de estar en Atenas, en el templo de Atenea Niké de la Acrópolis. Ni idea de por qué.

—Te acusas de la pérdida de mil quinientos hombres —dijo Filocles—. ¿Realmente quieres un examen en profundidad? ¿O tan solo te regodearás en esa culpa una temporada y luego la apartarás de tu mente?

—Una vida no examinada no merece la pena vivirla —dijo Sócrates—. Hagamos un juicio justo.

—Cualquier comandante que malgasta el tiempo contando los cadáveres de sus amigos vale una mierda —dijo Arimnestos—. Todo este sentimentalismo no hará más que debilitarte. —Él, a su vez, se inclinó sobre la mesa—. A no ser que los dilapidaras, ¿eh? Eso sería vergonzoso. Los hombres tienen vidas; incluso los esclavos. Incluso los remeros. Tal vez no tan dignas como la tuya, pero no están ahí para ser despilfarradas.

—Dejad hablar al muchacho —dijo Sócrates con amabilidad—. Escucha. Chico. Una vez que tomemos este camino te juzgarás tú mismo, y si descubres que no das la talla, será mucho peor que lo de esos idiotas que me ordenaron beber cicuta. —Soltó un resoplido—. Ningún hombre puede huir de sí mismo. Como tampoco es necesario que se considere sabio porque sepa que las peores furias no son las tuyas.

Filocles sostenía un compás de puntas en una mano.

—Vamos —dijo, tal como lo hacía cuando pedía a un Sátiro mucho más joven que le diera una respuesta en clase de geometría—. Vamos, ¿someterás el caso a juicio?

Sátiro se incorporó.

—Lo haré.

Arimnestos se rio.

—Siendo así, tengo listo mi veredicto.

Sócrates asintió.

—Sí, muchacho, yo también estoy listo.

Sátiro se sintió como si le hubiese azotado una tormenta.

—¡Pero faltan las pruebas!

Filocles asintió.

—Se ha acabado. Escucha, muchacho, todo está en tu cabeza. —Dedicó una de sus escasas sonrisas a Arimnestos—. Detestaría tener que decirle a su padre que ha sido hallado culpable.

Arimnestos asintió respetuosamente a Filocles y luego se volvió hacia Sático.

—Tú, muchacho, eres impetuoso.

Sócrates asintió.

—Demasiado osado. Insensato. Dado a correr riesgos porque crees que puedes arrojárselos con suerte y planificación.

Filocles asintió.

—De hecho, es precisamente esta virtud, la capacidad de atacar a un enemigo de improviso, de trazar un plan sobre la marcha, calcular el riesgo y superarlo mentalmente, la que está en juego en este tribunal. Habiendo perdido a mil quinientos hombres, ¿volverás a confiar en ti mismo alguna vez?

Sócrates asintió.

—Exacto. —Miró un momento a Filocles—. ¿Dices que eres espartano?

Filocles se encogió de hombros.

—Es la verdad.

—Humm —dijo Sócrates—. Un espartano educado. Aun así, el mundo es ancho y ningún hombre posee la sabiduría de los dioses, o siquiera la de los demás hombres. —Se mesó la barba—. Escucha, muchacho. Cuando resistí en Delio, cuando el joven Alcibíades me rescató, perdí a mis dos amigos más íntimos porque cuando resistí, ellos resistieron. Y no obstante supe que había matado a mi Niceas y a mi Casandro como si yo mismo les hubiera cortado el cuello con mi kopis . Y sin embargo estuve convencido, con todo el convencimiento de la juventud, de que estaba haciendo lo correcto. Lo moral. Lo que Aquiles habría hecho. —Sócrates se encogió de hombros—. Sus espíritus me agobiaban todos los días, por supuesto. Aun cuando me mantuviera firme en mi convencimiento. De hecho, diría que sus espíritus me convirtieron en Sócrates el Sofista . Tuve que buscar respuestas.

Arimnestos miró a Sócrates y sonrió, aunque la suya no fue una sonrisa muy agradable.

—Estoy seguro de que la sofistería te honra —dijo el guerrero—. Perdí amigos como los niños pierden juguetes. ¿Cómo no iba a ser así? Para mí el lugar donde luchar siempre era el lugar donde el combate era más reñido; dioses, cómo me gustaba. Y si mis amigos me seguían, si me seguían donde Ares bailaba, muchos de ellos morirían. ¿Era culpa mía? No soy un loco, Sático. Eso me preocupaba tanto como a cualquier comandante que valga dos pedos. Pero no me preocupaba más de la cuenta. Cuando el bronce resuena y el hierro reluce, matas o te matan. Y luego haces las paces contigo, si puedes, o te vuelves —el guerrero miró al sofista— loco como una cabra. —Se

encogió de hombros—. *O pierdes contacto con lo divino y te conviertes en un animal.*

Filocles hizo una mueca.

Sátiro, estoy sentado entre estos dos por una razón, como tú, que siempre fuiste un chico brillante, habrás adivinado ya. Veamos, por favor. ¿Cuál es tu veredicto?

Sátiro miró fuera del templo y vio los espíritus de miles de hombres, estaban Ataelo y Samahe, y el propio Filocles, y la chica sármata a la que había disparado, la primera persona a quien había matado a sangre fría, y estaba el macedonio al que había hecho morder el polvo en Gaza... Ares, había moles. ¿Aquel del fondo era Diocles? Fantasmas, volutas, y sin embargo parecían extenderse por la Vía Panatenaica. Murmuraban. No los oía pero no obstante le infundían mucho miedo.

Las tres estatuas se mantenían inamovibles delante de él. Y detrás de ellas tres estaba Niké, hecha de mármol, dorada y pintada, que le sonrió.

—¿Quiénes son? —preguntó Sátiro, molesto por el miedo que traslucía su voz. Señaló con el pulgar a los fantasmas.

—El jurado —contestó Niké—. Ni se te ocurra sobornarlos. ¡Están muertos!

Y se echó a reír, y su risa fue un sonido fluido como un arroyo en primavera, ligero y cantarín.

Volvía a flotar en la habitación y observaba a Aspasia, así se llamaba. Ya lo había curado en otra ocasión, descubrió su adicción al jugo de amapola y lo ayudó a superarla.

Aspasia se movía por la habitación con determinación, como un trierarca en la cubierta de una nave de guerra surcando los mares a remo. Callada y confiada, preparó una tisana de hierbas y fármacos con agua caliente y se la fue dando a cucharadas.

Sátiro, viéndose a sí mismo, se preguntó por qué se molestaban. Tenía la piel transparente como el pergamino más caro, y el tono del pergamino era amarillo, un color espantoso. Mientras arrugaba la nariz ante semejante color, la figura raquíca de la cama se retorció y gritaba.

Aspasia le susurraba palabras cariñosas, apartándole el pelo de la cara con ternura. De pronto, mientras le peinaba los rizos desordenados, se detuvo, murmuró algo inaudible y le apoyó el dorso de la mano en la frente y luego en la mejilla. Acto seguido lo destapó y le metió la mano en la entrepierna.

—Ay —dijo, y volvió a taparlo hasta cubrirle la cara.

Troya... El sitio de Troya... Interminable. Sátiro luchaba y luchaba día tras día; era Menelao, era Aquiles, era Héctor y Eneas. Diomedes...

Aspasia regresó con Abraham, que ya lloraba, y Miriam, Helios, Anaxágoras y Neiron. Neiron lucía un quitón completo, como un propietario acaudalado camino de la asamblea. Aspasia llevaba un espejo de plata en la mano y lo frotó contra su pecho hasta sacarle brillo.

—¿Hay noticias de su hermana? —preguntó.

—No —contestó Neiron—. Y ahora su hijo es rey, supongo. Un festín de cuervos si los heraclianos...

—¿Es que no tenéis corazón los gentiles? —preguntó Miriam—. ¿Acaso Sátiro no era un hombre? ¿Vuestro amigo? ¿Y solo queréis hablar de su herencia?

Neiron se encogió de hombros.

—Despoina, era rey. De haber vivido, hubiese querido que su reino viviera, no que lo descuartizaran como hace un carnicero con un cerdo.

«¡Zeus Sator! Cuánta razón llevas, viejo.»

Miriam se sentó en el borde de la cama y le acercó el espejo a los labios.

—Nunca está de más asegurarse —dijo con total naturalidad—. Está frío —agregó, y suspiró estremeciéndose—. Neiron, perdón.

—No hay nada que perdonar, Despoina. Lo apreciaba. Más, me temo, de lo que le permití saber, pero soy lo bastante viejo para no querer que el mundo vea todo lo que cruza el puente de mis pensamientos.

Abraham negó con la cabeza. Levantó los puños al cielo. Luego recobró la compostura. Miriam le agarró un brazo y su hermano la abrazó.

Helios lloraba.

Anaxágoras se sentó en la silla y se puso a tocar una pequeña lira.

Aspasia le lanzó una mirada adusta.

—Trabajé para Orfeo —dijo Anaxágoras, sonriendo.

—Al Hades con tu blasfemia —respondió la médico sacerdotisa.

Pero la sencilla melodía que tocó fue como un canto fúnebre, como una marcha, como un himno. Sus manos parecían fluir sobre las cuerdas de la lira, que sonaba más fuerte de lo esperado, ralentizando las notas hasta que caían una por una como gotas de agua en un desierto, y luego Anaxágoras acarició todas las cuerdas como si limpiara una pizarra y comenzó a marcar el ritmo con una sandalia contra el suelo, un ritmo tan pegadizo que Miriam, arrebujada entre los brazos de su hermano, se sorprendió dándoles palmaditas en la espalda mientras Helios lo hacía contra el brazo de la silla y el mentón de Neiron se movía levemente de arriba abajo.

—Ven y ocupa tu lugar, Sátiro —dijo Anaxágoras—. Aquiles dijo —y aquí el ritmo fue más marcado—, Aquiles dijo que era mejor ser el esclavo del peor amo

entre los vivos que ser rey entre los muertos.

Y entonces su mano derecha reanudó el movimiento y las notas comenzaron a caer y fluir más rápidamente y con más insistencia...

Anaxágoras se puso a cantar, y la voz ronca de Neiron se le unió al instante, lo mismo que Aspasia, con los ojos brillantes, y que Helios, vacilante...

¡Hijas de las musas que recorréis las laderas boscosas del Olimpo!

Tal era la letra del peán para Apolo, la canción que cantaban las doncellas al dios recién nacido y que los hombres rugían a modo de desafío cuando se disponían a vender cara su vida.

Las notas caían como una cascada de sonido y gloria, y Sático se encontró con que podía elegir si así lo deseaba, y eligió caer con la cascada de regreso a la profunda charca de su cuerpo...

Y la música siguió, la magia más potente del hombre contra las tinieblas, la salvación del remero, la ayuda del guerrero, la luz de la bailarina doncella hasta que la cabeza de Sático estuvo más llena de notas que de fiebre.

Y cuando la música terminó, hubo silencio y oscuridad.

Lejos, muy lejos, oyó decir a la curandera:

—Mira esto. Me he equivocado, y todo este alboroto por nada, querida. ¿Ves que su aliento ha empañado la plata? Siempre es mejor asegurarse.

Pero respiró entrecortadamente y faltó poco para que sollozara mientras detrás de ella Helios y Anaxágoras terminaron el himno.

Capítulo 18

Sátiro se despertaba al son de la música y se dormía al son de la música. La *Ilíada* y la *Odisea*, los poemas bélicos de Tiresias, salomas de marineros, canciones de taberna, himnos a los dioses. Y otra voz, más aguda pero pura, cantaba canciones de mujeres, las canciones de Safo sobre la pureza del amor:

*Hay quien dice que un cuerpo de caballería es lo más hermoso,
y hay quien dice que la falange es lo más hermoso,
y hay quien dice que un escuadrón de naves es lo más hermoso,
pero yo digo que el más hermoso
es aquel a quien amé.*

Y sus ojos se abrieron, pestañearon y permanecieron abiertos. A los pies de su cama Aspasia estaba sentada en una silla de ébano, su rostro arrugado sereno al dormir. Y más cerca, sentada de manera que su cadera reposaba en una charca de calor contra los huesos de su propia cadera, Miriam tocaba la lira y cantaba cómo Helena prefirió el amor a la guerra y cuán grande era la belleza de ese don.

Sátiro permaneció tendido con los ojos abiertos un buen rato.

Un rato muy largo.

Miriam cantó otra canción con una voz muy diferente, una canción extraña, casi discordante, que casi era más un cántico que música griega.

Sonrió mentalmente al darse cuenta de que estaba realmente despierto; aquellas eran personas reales, no fantasmas, y su cerebro seguía funcionando. La palabra «hebreo» flotó en la superficie de sus pensamientos: el idioma de los judíos en su hogar. Miriam estaba cantando en hebreo.

Y entonces volvió a dormirse.

Días de atiborrarse de sopa, vomitando con unas simples alubias, engullendo caldo para luego ir aceptando alimentos más completos hasta que comió pan sin devolverlo, y sus amigos se reunieron en torno a su cama como si fuese un día de fiesta en el templo o como si su cuarto de enfermo fuese un simposio.

—Has sobrevivido —dijo Neiron.

Sátiro logró sonreír.

—Si a esto lo llamas vida... —dijo en un susurro. Si había ganado algo de peso, no lo notaba—. ¿Cuánto tiempo?

—Casi tres meses, señor —contestó Helios.

Una sacudida, un *daimon* de energía le recorrió todo el cuerpo.

—¿Alguna... más? —preguntó Sátiro.

—¿Alguna más qué? —preguntó Helios a su vez.

Sátiro intentó levantar el brazo, intentó hablar con más precisión, pero solo consiguió emitir un gemido.

—Lo estáis agotando —dijo Aspasia—. Todavía está muy débil.

Neiron negó con la cabeza.

—No, Despoina. Pregunta si han venido más naves, si alguna sobrevivió a la tormenta. Señor, estamos en invierno, y hace el peor tiempo para navegar de los últimos cincuenta años. Ninguna nave ha llegado a este puerto. Apenas tenemos noticias del mundo exterior.

—Y Demetrio está en la orilla de enfrente, y cuando el tiempo mejore sus naves vendrán en misión de combate para cerrar el bloqueo —dijo Helios de corrido.

«Se propone sitiar la ciudad en cuanto el tiempo mejore...»

Sátiro ya no lograba dar sentido a lo que oía, de modo que se volvió a dormir.

Durmió y no recordó los sueños excepto uno en el que luchaba contra adversarios designados por Heracles, y en su sueño su físico estaba igual de demacrado que en la vida real y Heracles se burlaba de él.

—*¿Cómo salvarás esta ciudad con el cuerpo de un hombre muerto?* —preguntó.

Despierto, Aspasia lo alimentaba, obligándolo a comer mientras las pullas de su patrón resonaban en sus oídos. Comía y comía, y Anaxágoras iba y tocaba música para él, y las notas parecían penetrar en su *psyche* como clavos de bronce clavados en el borde de un escudo.

Dormido, despertaba al oír cantar a Miriam y procuraba sonreírle mientras ella seguía tocando, ajena a su presencia, absorta en sus canciones. Y despierto percibía la profundidad de su tristeza como si la llevara escrita en la cara en letras de picapedrero. Atenderlo no era solo el deber de la mujer de la casa, era un alivio.

Miriam seguía cantando y Sátiro se dormía.

Se despertaba y comía.

Y dormía.

Y finalmente cobró consciencia del ritmo de la casa, del movimiento del sol a través de su ventana, de la rueda del tiempo y la vida. El sol era más cálido. El invierno se retiraba. Sus visitantes cada vez sonreían menos.

Rodas estaba suplicando a Demetrio que le permitiera rendirse.

Abraham y Neiron fueron a contárselo y semejante noticia lo apenó tanto que retrasó su alimentación una semana porque no estaba seguro de querer vivir en un mundo en el que Rodas se rindiera cobardemente. Lo más humillante de todo era que Rodas hubiera enviado embajadores al Rubio, el conquistador, para negociar la rendición.

Al otro lado del estrecho Demetrio había invitado a los piratas, a todos ellos, a unirse a él para expoliar Rodas. Más de trescientos se le habían unido; había quien

decía que eran todos los piratas que quedaban sobre la faz de los mares, y Demetrio, en lugar de destruirlos, les prometió el inimaginable botín del saqueo de la ciudad más rica del océano.

Abraham estaba sentado en la silla de ébano con las manos entrelazadas como si fuese él quien estaba suplicando que le permitieran rendirse.

—Antígono hizo regresar a nuestros emisarios y dijo que prefería vernos convertidos en esclavos —dijo Abraham. Frunció el ceño—. Pero Demetrio está hecho de otra pasta. Se ve superior a los hombres, como la encarnación de un dios. Transigiré, aunque solo sea por su reputación.

Neiron parecía no estar tan seguro al respecto.

Sátiro se dio cuenta. Demasiado bien.

—No transigiré —dijo—, precisamente porque piensa que es un dios y que está por encima de la moralidad del hombre.

Neiron entrecerró los ojos como si viera algo nuevo.

Sátiro se durmió. Tuvo siniestros sueños de derrota y esclavitud, y rechazó la comida.

Se despertó al son de la música. Anaxágoras tocaba para despertarlo y se detuvo en medio de un clamoroso himno militar.

—¡Despierta, gandul! —dijo Anaxágoras—. ¿Crees que te hemos salvado el pellejo para que pudieras morir? Aquí hay hombres que necesitan un rey, un líder. Un combatiente. Despierta y lucha o duerme y muere. Mis dedos se cansan de tocar para ti.

Y se rio a mandíbula batiente, y su risa salió por las ventanas hacia el aire de primavera como un himno a Dionisio.

Sátiro tomó su medicina y después comió.

Se recostó y escuchó los relatos de los hombres.

Intentó levantarse de la cama pero tuvo que permanecer tendido, humillado, mientras Aspasia y Miriam le limpiaban el cuerpo de excrementos y se reían de él.

—Eres el bebé que nunca he tenido —lo reprendía Miriam.

—Si te hubiese dejado morir, nos habríamos ahorrado un montón de trabajo —decía Aspasia bromeando.

Al cabo de unos días, tal vez una semana aunque su percepción del tiempo todavía no era muy clara porque, según sospechaba, había jugo de amapola en el agua que bebía, soñó de nuevo con su padre, Kineas, la estatua, hablando sobre las tácticas de sitio. Cuando despertó, el sueño le resultó remoto y confuso, nada parecido a la inmediatez del primero. Salvo en un aspecto.

Pidió a Miriam que avisara a Neiron, que no tardó en acudir vestido otra vez con el quitón largo que caracterizaba el atuendo formal de los ciudadanos.

—¿Estabas en la asamblea? —preguntó Sátiro.

—Hemos ido a escuchar a los embajadores —contestó Neiron. Su semblante se lo dijo todo a Sátiro.

—Demetrio os ha rechazado —dijo Sátiro cansinamente.

—Demetrio tiene intención de arrasar esta ciudad, matar a todos los hombres, vender a todas las mujeres como esclavas y echar sal a nuestros campos. Se propone no dejar piedra sobre piedra, de modo que los hombres sepan a qué atenerse si desafían a los antigónidas. —Neiron apartó la vista. Tragó saliva—. Acompañó a los embajadores de una ciudad a otra para que vieran el poderío de su armamento. Tiene quinientas naves de guerra, contando las de los piratas. Y cuatrocientos mercantes para trasladar cinco mil soldados.

—Troya —susurró Sátiro.

Neiron aguzó el oído.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—¡Troya! —contestó Sátiro en voz alta—. Está jugando a ser Aquiles, o quizás Agamenón. —Se rio un poco—. O tal vez solo juegue a ser Alejandro.

—Si está jugando, juega en serio. Cuenta con mil naves, o poco le falta —agregó Neiron, y suspiró.

—Si vamos a ser los troyanos, más vale que nos preparemos para resistir —susurró Sátiro.

—¿Resistir? —Neiron soltó una carcajada cargada de amargura—. Los hombres están más interesados en discutir quién es culpable de este desastre que en trazar planes defensivos. La muralla del puerto no estará terminada porque el partido oligarca no está dispuesto a gastar el dinero necesario para finalizar las obras. El único motivo por el que no han huido al exilio es que temen ser capturados por los piratas.

—Si Demetrio ha rechazado la propuesta de rendición —dijo Sátiro en voz tan alta como pudo—, habrá que oponer resistencia.

Neiron se encogió de hombros.

—¿Nuestros hombres, Neiron? —preguntó Sátiro.

—Muchos han estado enfermos, señor. Aquejados de la misma enfermedad que tú. De hecho, corre el rumor de que Tolomeo la contrajo y murió. Otro motivo para que la ciudad esté desesperada. No hay esperanza.

Neiron se tapó el rostro con las manos.

Abraham respiró profundamente.

—Tu capitán de infantería de marina, Apolodoro, fue el que estuvo más grave después de ti, pero sobrevivió, y eso nos infundió esperanza, señor. Hace dos meses que se levantó de la cama y uno que hace ejercicio en el gimnasio. Murieron cuatro hombres y cincuenta se pusieron enfermos. Los infantes estuvieron más graves que cualquiera de los remeros.

Sátiro asintió.

—¿Pero se han recuperado? —preguntó Sátiro.

Neiron asintió.

—Y Abraham ha cuidado de ellos y les ha pagado, de manera que siguen siendo una tripulación.

—Bien —dijo Sátiro. Entornó los ojos—. Traedme a Apolodoro.

Daba la impresión de que solo tuviera que pestañear para que las cosas sucedieran. Cuando volvió a abrir los ojos, Apolodoro estaba allí, sentado en la silla de ébano. En cuanto vio que Sátiro lo miraba, hincó la rodilla en tierra y besó la mano de Sátiro.

—Señor, temía por ti. Enviaré una hecatombe al cielo, a Asclepio.

—Mejor le envías otra al arquero infalible, pues fue su arco el que tiró contra mí y contra ti. Anaxágoras cambió las tornas con un himno a Apolo. Lo vi, como también muchas otras cosas sagradas. Esto es lo que quiero decirte, Apolodoro.

Sátiro hizo una seña con la mano más fuerte y Apolodoro se acercó.

—Escucha las palabras de mi padre, pronunciadas en un sueño —dijo Sátiro, y le satisfizo que el capitán de los infantes tocara el amuleto azul que llevaba al cuello—. La rápida aparición de la fuerza secreta rara vez triunfará en la toma de una ciudad. Como sitiadora, tiene que ponerse a prueba; incluso a costa de perder los hombres más selectos de tu ejército, el ahorro en sangre y oro de semejante intento es casi incalculable. Cuando seáis comandantes, nunca os permitáis contar la pérdida de ese grupo selecto contra la posibilidad de tener éxito. Si una ciudad debe caer, si ese es el objetivo de vuestra campaña, no debe haber un precio personal que no estéis dispuestos a pagar por impío o inmoral en la toma de la ciudad.

—Tu padre te advierte de que Demetrio intentará tomar una de las puertas de la ciudad con sigilo... antes de que sus tropas desembarquen. —Apolodoro se frotó las manos—. Me encargaré de ello.

—Tienes que hacerlo en secreto —graznó Sátiro—. La manera más simple de tomar esta ciudad sería una traición, y aquí abundan los candidatos a traidor. Te encomiendo que los busques.

Apolodoro asintió.

Sátiro dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Hay otra cosa —dijo—. Esto no es de un sueño aunque, a decir verdad, fue dicho en un sueño y luego le he estado dando muchas vueltas, a veces con fiebre y otras con la mente tan clara como el mar. Necesito que lo llesves a cabo sin poner reparos. Requerirá de todos nuestros marineros y los mantendrá ocupados. ¿Te ocuparás de que se haga?

Apolodoro sonrió.

—Cualquier cosa que pidas, señor, siempre y cuando me obedezcas en lo concerniente a tu estado físico y me permitas comenzar a entrenarte. Tardé un mes en recuperar mis carnes, y tú estás mucho peor de lo que estaba yo.

Sátiro asintió. Ardía en deseos de transmitir su idea.

—Compra una casa —dijo—. Compra una casa en la parte occidental de la ciudad, cerca de la muralla. Y excava un túnel.

—¿Un túnel para escapar? ¿Debajo de la muralla? —preguntó Apolodoro. Parecía sorprendido y no demasiado complacido.

—El túnel debe llegar hasta la loma que queda detrás de la gran torre; hay un granero. La otra boca del túnel tiene que estar en el granero.

Sátiro asintió. Apolodoro se encogió de hombros.

—Dudo que haya alguien sobre la faz de la tierra que sea capaz de excavar un túnel tan largo.

Sátiro se obligó a incorporarse.

—Cavad, maldita sea —dijo—. Tenéis meses.

Y lo venció el sueño.

Dormir, despertar y comer. Intentaba caminar y caía en los brazos de Helios y Anaxágoras. Pero se negaba a permanecer tumbado y caminaba con los brazos como palos sobre sus hombros hasta que los músculos le ardían como los de un hombre que ha librado un largo combate contra otro más pesado en la arena de la palestra. Cuando se marchaban, riendo contentos por los progresos en su recuperación, lloraba de verse tan débil.

Sin embargo, caminar tenía su recompensa ya que el ejercicio le abría el apetito, y el apetito lo nutría para hacer ejercicio. Caminó en las piernas de otros hombres, luego con un bastón, cogido a Miriam mientras recorría su habitación de un lado al otro cinco veces, luego diez y luego cincuenta, y la curva de su cintura era una delicia.

Ahora bien, el mundo exterior parecía pudrirse con la misma celeridad con la que su cuerpo se curaba. El sol brilló hasta que de pronto una sucesión de tormentas de primavera hundieron dos naves de grano que casi habían burlado el bloqueo, y el desánimo volvió a adueñarse de la ciudad. Demetrio apresó otro mercante de grano y crucificó a su capitán, y eso supuso el fin de los intentos por burlar el bloqueo. Sus naves comenzaron a ser visibles en el estrecho continuamente, e incluso Miriam fue víctima del miedo y Abraham parecía envejecer ante los ojos de Sátiro.

—Tenemos comida para cinco meses —dijo Abraham—. ¡Oh, Sátiro! Tendría que haber sacado a mi hermana de aquí. Quiera Dios que no tenga que degollarla.

—Hermano —dijo Sátiro, y apoyó una mano en el hombro de Abraham—, volveremos a luchar codo con codo y no vamos a perder esta ciudad.

—Casi te creo —respondió Abraham.

—Adoramos a dioses diferentes —dijo Sático—, pero tal vez me entiendas si digo que fui enviado de regreso a Rodas para salvarla, si puedo. O al menos eso es lo que creo.

—Que estas palabras sean ciertas —dijo Abraham—. Para ser pagano, eres piadoso. Nunca te he oído blasfemar. ¿Dices la verdad?

—Por Zeus Sator —contestó Sático—. Te lo juro. Mi padre me habló sobre cómo salvar la ciudad, y Filocles también.

Abraham se levantó.

—Me parece que tengo demasiadas ganas de creerte —dijo.

Más tarde, Helios llegó con las manos sucias y tierra debajo de las uñas.

—¡Vas hecho un asco! —le recriminó Miriam.

Helios adoptó un aire culpable y se escabulló avergonzado a lavarse. Regresó cuando Miriam había ido a atender asuntos domésticos.

—Estamos excavando, señor —dijo.

Durante quince días estuvo caminando, disfrutando de la sensación del cuerpo de Miriam bajo su brazo; algunos apetitos se recobran con mucha facilidad, se dijo con socarronería. Miriam era viuda, la hermana de su compañero más íntimo y una mujer sumamente desdichada. No necesitaba sumar a sus males el convertirse en la querida del rey. Sático lo sabía, pero la enfermedad había creado entre ellos un vínculo como una cadena de hierro, vínculo que Sático sentía vivamente. Y cuando Miriam lo lavaba o le enjugaba el rostro, su mano se demoraba una fracción de segundo más de lo estrictamente preciso... ¿O acaso eran imaginaciones suyas?

Al cabo de quince días Apolodoro le llevó un viejo esclavo del gimnasio que ejercía de entrenador profesional, un hombre entrecano con cicatrices en los brazos y un dedo amputado.

Apolodoro se lo presentó.

—Este es Korus —dijo—. He prometido concederle la libertad cuando seas capaz de llevar armadura y blandir una espada.

Y con la incorporación de Korus al personal de la casa comenzó un tormento peor, en muchos aspectos, a la enfermedad que lo había precedido. Korus mandaba como un tirano, ordenándole comer y hacer ejercicio, y dicho ejercicio era brutal. Primero le hacía levantar pesas hasta que se le entumecían los brazos. Luego venían las piernas; lo obligaba a correr sin avanzar, moviendo los pies encima de toallas de lino sobre el suelo liso de baldosas, medio agachado y apoyándose en los brazos, hasta que se caía de bruces y se golpeaba la cabeza.

Y finalmente, la comida: Sático oía a Miriam levantar la voz enojada, furiosa en realidad, ante la exigencia de que las cocinas prepararan cerdo asado en cantidades

dignas de un festín, y eso en una casa donde estaba prohibido el consumo de cerdo. El cerdo devino la causa de una guerra: Miriam se negaba a permitir que entrara en su cocina y Korus lo adquiriría en otras partes y obligó a Sático a comerlo hasta hacerle aborrecer el olor. Miriam le daba pescado y pollo y Korus le daba cerdo; cinco o seis comidas al día, y a veces vomitaba debido a tal exceso.

Korus era incapaz de conversar. No era un hombre cultivado como Terón y no debatía sobre asuntos filosóficos ni religiosos. Tampoco hablaba de la guerra que amenazaba a la ciudad. Su único interés era el cuerpo de Sático, y era implacable en la persecución de su objetivo.

Tras varios días sometido a este régimen, cuando Sático se había abierto la cabeza al golpeársela contra el suelo por pura fatiga, Korus le exigió que se levantara y prosiguiera con el ejercicio, y Sático perdió los estribos.

—Deseo descansar —dijo con una voz autoritaria.

—Y una mierda, chico —repuso Korus. Todo el mundo era un chico, un *país*, para el entrenador—. Levanta el culo del suelo. Puedes hacerlo mejor.

Sático se puso de pie de un salto, orgulloso de controlar de nuevo algunas partes de su cuerpo tras cinco meses de enfermedad, y acto seguido se desplomó sobre la cama al fallarle las piernas mientras la habitación daba vueltas.

—Levántate, pedazo de inútil. Ponte de pie y a correr —dijo Korus sin siquiera levantar la voz.

—¿No ves que está agotado? —preguntó Miriam con acritud—. ¡Cómo te atreves a hablarle así!

Korus se mostró herido.

—¿A hablarle cómo, Despoina? Y tú, de pie de una puta vez. —Hizo caso omiso de Miriam y se plantó ante Sático—. De pie, he dicho.

—¡Está exhausto! —chilló Miriam—. ¿Tan estúpido eres?

Korus la miró.

—No soy estúpido en absoluto, Despoina. Soy lo bastante listo para saber que todavía le quedan fuerzas en los brazos y las piernas, y quiero ordeñar hasta la última gota de energía para poder devolvérsela en forma de alimento. De cerdo.

—¡Fuera de mi casa! —dijo Miriam con una intensidad asesina. Korus asintió.

—No, Despoina. Tengo permiso de tu hermano. No es agradable lo que estoy haciendo, pero lo hago bien.

—Le estás haciendo daño —respondió Miriam—. ¿Eso te gusta?

Korus se encogió de hombros.

—Yo no me hago daño, ¿verdad? Pero cuanto antes lo machaque, antes volverá a estar fuerte. Y podrá combatir. Eso es lo que pone en el contrato. Y aunque a ti te traiga sin cuidado, Despoina, resulta que estoy luchando por mi libertad. Llevo demasiado tiempo siendo un puto esclavo. Déjame prepararlo y luego haz lo que

quieras con él.

El doble sentido de sus palabras fue tan obvio que Sático se levantó de la cama enojado y Miriam se sonrojó desde la raíz de su cabellera cobriza hasta la espalda, que le asomaba entre los pliegues del quitón.

—Sabía que aún te quedaba algo de energía, chavalito —dijo Korus cuando Sático se levantó.

Llegaron rumores acerca de Demetrio. Otros diciendo que Tolomeo había muerto, y Sático dijo a Abraham que se trataba precisamente del tipo de rumor mortífero que Demetrio haría llegar a la ciudad para sembrar el pánico.

Más sueño. Otro día de interminable tormento; levantar, acarrear y caer; más fracasos que éxitos. Sático odiaba la voz de Korus, su rudeza, su falta de conversación.

Y luego, por la noche...

Lo despertaron ruidos de lucha; lucha cercana, en la puerta del mar, y cuando tuvo los ojos abiertos vio el reflejo rojizo del fuego en el techo de su habitación y se levantó de la cama.

No tenía espada ni armadura. Pero era obvio que se estaba llevando a cabo una intentona de asalto. Oía voces, el inconfundible ruido de una lucha a muerte. La voz de la hoja de la espada, el canto del hacha, el resonar del escudo bajo la lanza y el quejumbroso coro de los heridos y agonizantes. Desde su ventana, que se abría al puerto, podía verlo tan claro como el día: por la nueva puerta del mar entraban hombres a raudales y en el malecón había naves que antes no estaban allí. Sático encontró una clámide, probablemente de Helios, olvidada por descuido, y se envolvió con ella antes de dirigirse a la escalera que bajaba desde su habitación al patio.

No había pisado un peldaño en cinco meses y cuando llegó a los pies de la escalera iba agarrado a la barandilla con las dos manos como un hombre agarrado a un madero flotante después de un naufragio. Fue hasta la puerta del patio y la encontró cerrada con una recia barra.

Una barra que habría podido levantar cuando tenía trece años; una barra de pesada madera que habría hecho reír a Terón. No podía moverla, no podía correrla en su desgastado canal de piedra. Como si fuese un chiquillo.

Apretó los dientes y empujó la barra con las dos manos. Antes podría haber cortado un obenque de un solo mandoble. Antes podría haberle cortado la cabeza a un buey de un solo hachazo. Ahora todo lo que deseaba era mover la barra de la verja de una casa. Empujó con todas sus fuerzas y rezó a Heracles. Finalmente la barra se deslizó algo más de un palmo y la puerta se abrió lo suficiente para que pasara un hombre, y salió al tiempo que se empezó a oír un griterío a sus espaldas.

Intentó correr hacia la puerta del mar pero tropezó con un adoquín suelto y se

cayó al suelo. Un grupo de hombres armados y desarmados corría hacia él. Estaba indefenso; después de la caída no creía que pudiera ponerse de pie. Débil e incapaz de oponer resistencia, los observó aproximarse. Pasaron por encima de él. Solo un pie le golpeó las costillas; el dolor tremendo de una bota con tachuelas en el vientre, y acto seguido el pelotón desapareció, sin dejar de correr, haciendo caso omiso de su cuerpo tendido sobre la inmundicia de la calle.

Faltó poco para que se echara a reír. Eran infantes de marina antigónidas, y habían pasado por alto la presencia del Rey del Bósforo tendido en una calle rodia. Pero el daño era demasiado agudo para reír, e intentó ponerse de lado para protegerse las entrañas.

Un estrépito de hierro y bronce resonó en lo alto de la calle. Los sonidos se oían con claridad, y su cabeza funcionaba aunque sus tendones no lo hicieran. Los hombres que habían pasado por encima de él estaban siendo atacados.

—Estáis rodeados —oyó decir a Apolodoro por encima del ruido de los hombres que morían—. Soltad las armas o morid.

Pese a una bruma de frustración, ira, daño y temor, Sátiro se alegró.

La alegría de los defensores por salvar su ciudad del intento de asalto se vio empañada por el hallazgo del Rey del Bósforo tendido en la calle delante de casa del judío Abraham, maldiciendo su propia debilidad. Entre varios hombres lo llevaron de regreso a la cama y Aspasia, que parecía una furia con pelo cano despeinado, lo fustigó como si fuese un niño y lo humilló mucho más a conciencia que Korus.

—¿Acaso pensabas coger una espada y un escudo? ¿Para ayudar en la defensa de la ciudad? Eres un insensato, rey Sátiro. ¿Crees que te salvamos para que pudieras arriesgar tu vida como un idiota?

Y Neiron lo miró fijamente.

—Estos arrebatos son como una enfermedad. Escucha, rey. Mataste a medio millar de hombres a causa de tu *hubris* en la tormenta, y anoche casi consigues que te maten. Esta ciudad te necesita. ¿Quién hizo los preparativos para repeler el ataque sorpresa? ¿Y aún eres tan necio para ir en persona?

Sátiro permaneció en la cama mientras Aspasia y Miriam lo lavaban y le cambiaban las sábanas. Ambas estaban tan enojadas que no decían palabra. Miriam lo arropó bruscamente. Volvió a sentirse como un niño pequeño, esta vez como un niño que hubiese contrariado a su madre y a su tía.

Pero en su fuero interno se sentía infinitamente mejor.

El sol del nuevo día borró cualquier resto de enojo con Sátiro. La primavera resplandecía sobre el mar, el agua era tan azul como el lapislázuli recién cortado y el sol, un disco rojizo en un cielo cobrizo. El día era tan hermoso como todos los recuerdos de juventud de todas las personas que lo contemplaban desde sus ventanas,

desde las murallas, desde las colinas de encima de la ciudad y desde el puerto ennegrecido por el humo donde Apolodoro había tendido su trampa, desbaratando el asalto del enemigo y quemando sus naves.

No obstante, la belleza del día fue tan efímera como el triunfo de la víspera porque el mar que se extendía azul hacia el norte estaba atestado de naves negras. Mil naves. Una armada invencible.

Capítulo 19

Día primero

Sátiro cayó dormido casi al instante pese a la patente desaprobación de sus cuidadoras. Lo despertó Miriam con un tazón de sopa caliente. El sol estaba alto en el cielo. La dignidad de Miriam le pareció, al principio, un nuevo reproche por su impetuosidad de la víspera, pero Sátiro había pasado suficiente tiempo con ella, dormido y despierto, a lo largo del último mes y medio de su convalecencia para conocerla.

—¿Qué sucede? —preguntó, de un modo muy poco griego. Los griegos jamás reconocían su debilidad.

—Anoche te portaste como un niño —contestó Miriam con acritud—. Como un niño impetuoso. Un niño tonto que siempre tiene que ponerse a prueba contra todos los obstáculos.

Sátiro esbozó una sonrisa.

—De niño era así —dijo.

—¿Por qué? ¿Por qué malgastar el esfuerzo de tantas personas? ¿Creías que tu brazo enclenque iba a salvarnos a todos?

Miriam lo miraba, pero los ojos se le iban cada dos por tres hacia la ventana.

Sátiro se tomó la sopa.

—No me gusta ser un inválido —dijo—. ¿Crees que resulta agradable estar aquí acostado mientras la ciudad es amenazada? —Se encogió de hombros—. ¿Puedo decirte una cosa, Miriam?

Los ojos de Miriam seguían puestos en el mar.

—He lavado tu cuerpo y te he oído delirar. Dudo que tengas muchos secretos para mí —repuso con intención de herir, y lo consiguió.

—Tal vez todavía tenga uno o dos secretos —contestó Sátiro, procurando no reaccionar frente a su actitud. Estaba enojada. Sátiro creía saber por qué y deseaba ayudarla, pero la coraza de Miriam era muy gruesa.

Miriam apartó los ojos de la ventana, se volvió con visible esfuerzo para enfrentarse a él.

—Sorpréndeme, pues.

—Soy un cobarde —dijo Sátiro.

Miriam se rio, pero fue una reacción automática, la respuesta de una mujer ante un hombre. Su risa fue falsa.

—No te rías, es verdad. Pienso que es verdad en muchos hombres, solo que a mí

me ha mordido un poco más que los otros la serpiente del miedo. Tengo miedo de muchas cosas: la muerte, la traición, la pérdida de quienes están cerca de mí. Pero sobre todo me da miedo reconocer mi miedo. Incluso ante mí mismo. Me lanzo a hacer cosas que me espantan y a veces —dijo con una sonrisa— me devuelven el golpe.

Miriam entrecerró los ojos.

—Bien expresado. Pero de un modo u otro has conseguido parecer más noble en lugar de más parecido a un niño pequeño.

Sátiro hizo ademán de ir a levantarse de la cama.

—Sátiro, vuelve a poner los pies en la cama de inmediato —le dijo como un oficial dando órdenes. Como una enfermera dando instrucciones a niños pequeños—. Tienes que parar de una vez, Sátiro. Neiron se desespera contigo. Abraham está convencido de que vas a morir. Y Sátiro, tú no lo sabes, pero esta ciudad ya pende de un hilo. En cuanto a mí, me gustaría vivir en libertad, sin ser violada, en mi propia casa hasta la vejez, y tú, señor, eres mi mayor esperanza de sobrevivir a esto; el famoso rey soldado del Norte. Si mueres combatiendo en las calles, tu nombre quizá será recordado durante una generación pero mis posibilidades de terminar mis días en un burdel se multiplicarán.

Sátiro asintió.

—Tienes miedo, Miriam.

Ella entrecerró los ojos.

—Pues claro que tengo miedo. ¿Te has asomado ahí fuera? De acuerdo, levántate de la cama, por favor. ¡Mira!

Mientras todos los hombres armados de la ciudad permanecían apostados en las murallas y observaban, la inmensa armada de Demetrio navegaba sin topár con resistencia alguna pasando ante el puerto, costa abajo, para desembarcar en la primera playa que quedaba tras el primer cabo; primero un puñado de naves de élite llenas de argiráspidas y luego un *taxeis* entero de lanceros que formaron en la tierra seca de encima de la playa de guijarros. Los *psiloi* corrieron a tierra entre grandes salpicaduras para cubrirlos y luego un escuadrón entero de caballería; los caballos eran empujados al mar desde las naves de transporte para que nadaran a tierra, donde los aguardaban sus jinetes, igualmente mojados, para montarlos y cabalgar hacia las lomas y dispersarse formando una larga línea de avanzada que cubriera los desembarcos iniciales. Todo ello muy profesional.

—Hay quien dice que lo más hermoso del mundo es un escuadrón de caballería, quien dice que lo es una falange de infantería y quien dice que lo es una escuadra de naves —dijo Sátiro. Se apoyó en el alféizar de la ventana, caliente por el sol mediterráneo.

Miriam se volvió para mirarlo. De repente estaba muy cerca, el pelo le olía a

jazmín.

Ambos sabían perfectamente el siguiente verso del poema.

Sátiro se obligó a volverse otra vez hacia la ventana.

—No puedo decir que esté contento de estar en esta ciudad, como tampoco de que lo estén mis amigos —dijo—. Somos Troya. Ese joven Aquiles de ahí está resuelto a tomarnos, y todas las ambiciones de su padre requieren que caigamos.

La miró un momento. Miriam había bajado los ojos y tenía las mejillas ligeramente sonrosadas, como el alba que pinta el cielo gris al despuntar el día. Sátiro notó calor en su propio semblante... y en otras partes también.

Miriam no poseía los encantos sensuales de Amastris, nadie le escribiría poemas diciendo que era la encarnación de Afrodita. Tenía la nariz demasiado pronunciada, el pelo le crecía en una nube de rizos cobrizos completamente indómitos y rara vez se vestía sacando partido a su figura, cosa que Amastris hacía a diario. Pero en su porte nada tenía que envidiar a Amastris, y su mentón y sus ojos reflejaban carácter, determinación, temple. Podía ser severa.

Todo esto acudió a la mente de Sátiro de manera parecida a como lo hiciera el pelotón de infantería antigónida la noche anterior. Se veía impotente ante la avalancha de observaciones porque la veía de una sola vez. Y notó que el calor de sus mejillas aumentaba.

—Sin embargo —prosiguió, procurando mantener un tono ligero—, pese a todo, con un poco de ayuda de los dioses, resistiremos.

Miriam se volvió hacia él y de pronto la tuvo muy cerca, Sátiro no tenía claro quién de los dos había salvado el último palmo que los separaba, pero ahora, aun sin tocarse, estaba lo bastante cerca para percibir el calor de sus caderas, sus pechos y su rostro...

—Buenos días, señor —saludó Korus desde el umbral—. Despoina, buenos días.

—Tengo trabajo que hacer —dijo Miriam. No se dio media vuelta, cosa que a Sátiro le pareció admirable puesto que él mismo se había acobardado al oír la voz de Korus. En cambio, lo miró a la cara y sonrió—. Cúrate pronto —agregó, y luego sonrió a Korus, que se había quedado atónito, y salió de la habitación con su acostumbrado paso majestuoso.

—Me dicen que anoche saliste e intentaste luchar —dijo Korus.

Sátiro asintió.

—¿Estás mal de la cabeza? Si mueres así, sigo siendo un puto esclavo. Lucharás cuando yo diga. —Korus negó con la cabeza—. Dice Apolodoro que fuiste atleta. ¿Es verdad?

Sátiro negó con la cabeza.

—Nunca llegué a competir. Pero tenía un entrenador y practicaba el pancracio.

Korus gruñó.

—¿Algún problema con el pancracio, entrenador? —preguntó Sático. Ya estaba levantando pesas. Korus solo hablaba si efectuaba mal un movimiento.

—Yo también lo practicaba. —Korus asintió—. Ya es hora de darte pesas más pesadas. —Abrió una bolsa y sacó dos barras de hierro—. Bajemos al jardín, señor. Conviene que te dé un poco el sol.

Una hora después Sático estaba bañado en sudor.

—Sabrás que nunca volverás a ser el mismo, señor —dijo Korus. Tuvo la gentileza de mostrar cierta pesadumbre.

—Sí, eso me figuraba —reconoció Sático, y lo que sintió en su corazón fue algo parecido a la pena. Como la pérdida de un buen caballo o de un amigo. Su cuerpo, su físico, lo mantenía vivo en la batalla. Y hacía que los hombres lo siguieran, que lo vieran como alguien especial.

—Dedicaste una vida entera a construir ese cuerpo —dijo Korus, pasándole una piedra con tan poco esfuerzo como si le pasara una correa—. Ya no lo tienes, y ahora dispongo de unas pocas semanas para reconstruirlo. No será el mismo, señor. Y cuando empecemos a luchar, y eso será pronto, tienes que aprender a luchar de otra manera. Apostaría a que eras uno de esos forzudos que hacen que hombres más débiles se caguen encima a fuerza de dar mandobles hasta que matan a alguien. Ahora tienes que luchar con habilidad.

Sático asintió.

—Me parece que te sorprenderías —dijo—, pero tomo nota.

La piedra, de unos cuatro *mythemnoi* de peso, cayó al suelo junto a su cadera, aplastando la grava.

—Heracles —dijo Sático. Los músculos de su brazo izquierdo habían dejado de funcionar sin más.

—No dejes que esto te vuelva a pasar, señor. Cuando llegues al punto en que no puedes más, tienes que parar. ¿Entendido? Me avisas y yo cogeré la puta piedra.

Sático asintió, alargó una mano y Korus le ayudó a levantarse.

—Ve a lavarte y duerme una siesta, señor. Te enviaré una comida. Esta tarde, repetimos.

Sático apenas podía soportar tener los músculos tan cansados pero tenía más hambre que un caballo; que él recordara, era la primera vez en meses que tenía ganas de comer.

—Podría comerme un león —dijo.

Korus casi esbozó una sonrisa.

—Ya iba siendo hora.

Por la tarde corría de una punta a otra de la calle. Todos los ciudadanos que veía llevaban armadura y, si bien muchos se reían al ver su demacrada figura corriendo, la mayoría le gritaba saludos. Cuando se detuvo para apoyarse en los muslos y recobrar

el aliento, un puñado de hombres encabezados por Menón, el marido de Aspasia, se aproximaron, le estrecharon la mano y le dieron las gracias.

—Tu hombre, Apolodoro, salvó la ciudad. Todos sabemos a quién debemos agradecersele: nos dijo que le habías advertido. Por Zeus, señor, no tenemos suficientes soldados en esta ciudad.

El portavoz era un hombre mayor de pelo entrecano pero fornido y bien proporcionado como un atleta.

—Demófilo —dijo Menón—. Me parece que no os conocéis. Uno de nuestros mejores trierarcas.

—Mucho gusto, señor —dijo Sátiro, estrechándole la mano otra vez—. Que yo sepa, todos los hombres de esta ciudad y la mayoría de metecos son soldados bien armados y bien entrenados. Me consta que mi amigo Abraham ha servido valientemente en Gaza y otros lugares. Conmigo.

Demófilo asintió.

—Conocemos a Abraham, y es cierto que todos hemos combatido, Sátiro. Pero pocos hemos mandado en una batalla en tierra o hemos presenciado un sitio. Sospecho que a estas alturas todos los hombres de esta ciudad habrán leído a Eneas *el Táctico*, pero lo que está escrito...

—Lo que está escrito es mejor que ningún consejo. Y todavía pasará cierto tiempo antes de que pueda estar en la brecha y combatir. —Sátiro negó con la cabeza—. Pero soy ciudadano de Rodas, si bien solo a título honorario, y serviré a mi ciudad. Ayudaré como pueda.

—Buen hombre —dijo Demófilo—. Así pues, ¿qué es lo siguiente?

Sátiro se quedó tan aturdido como si Demófilo le hubiese dado un puñetazo.

—¿Lo siguiente? —jadeó. Korus estaba apoyado contra la jamba de una puerta, observando la escena. Su desaprobación era patente.

—Adivinaste que intentarían un asalto sorpresa —dijo Demófilo.

Sátiro se enderezó.

—Cualquiera podría haberlo adivinado. Ahora debéis preguntaros cuál es el punto más débil de las murallas.

—Menón asintió; todo el grupo asintió.

—La cortina aneja a la gran torre por la parte de tierra —corearon todos, aunque de maneras distintas.

Sátiro se rascó el mentón.

—No estoy de acuerdo —dijo.

Los rodios lo miraron como si estuviera loco. Menón enarcó una ceja.

—Terreno llano, casi sin foso...

—Y una gran torre llena de artillería y arqueros cretenses; una torre que hace que la torre sea casi superflua. —Sátiro se encogió de hombros—. He estado enfermo,

caballeros, pero miro desde mi dormitorio y veo cosas. Mi ventana está justo ahí —levantó la mano—. Como está en el segundo piso, veo el puerto. Y señores —hizo una pausa dramática—, la muralla marítima no está terminada. Un hombre puede trepar por un puñado de lugares que veo desde mi ventana.

—Nicanor es un idiota —dijo Menón—. Está impidiendo que el consejo gaste dinero en la muralla marítima. Dice que necesitamos ese dinero para comprar grano.

Sátiro se echó a reír.

—Hay que estar vivo para comer —dijo—. Ocupaos de la muralla marítima.

Los hombres le estrecharon la mano de nuevo. Le levantó el ánimo sentirse aceptado como uno de ellos. Ver que estaban dispuestos a resistir; ser capaz de contribuir.

—Hay personas que harían cualquier cosa para eludir su entrenamiento —dijo Korus.

—Tú también vives aquí —respondió Sátiro.

—Soy un esclavo —replicó Korus—. Cuando sea libre, a lo mejor lo veo de otra manera. Ahora mismo, me trae sin cuidado que la ciudad caiga o no.

Sátiro lo miró.

—Korus, lo entiendo, y mejor de lo que te imaginas por más que yo sea rey y tú esclavo. Pero te equivocas. Si esta ciudad cae, morirás. Ningún hombre escapa al saqueo de una ciudad como esta. Ni libre ni esclavo.

—A lo mejor me escabullo por la muralla —dijo Korus.

Sátiro supo de inmediato que el enojo no sería la reacción apropiada. Corrió otro sprint, regresó y escupió.

—Cambiar una clase de esclavitud por otra —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Korus.

—A lo de saltar la muralla. Te verás construyendo máquinas de sitio y cavando trincheras para Demetrio hasta que mueras, o hasta que tome la ciudad. Y luego te venderán.

Korus sonrió. Fue la primera sonrisa que Sátiro vio en aquel hombre, y no fue una sonrisa agradable.

—Piensas que soy estúpido —dijo Korus.

—No —comenzó Sátiro, pero el entrenador lo interrumpió.

—Piensas que soy estúpido. Piensas que no sé que Demetrio no es mejor o que incluso pueda ser peor. Jódete, señor. Lo sé de sobra. Pero cuando eres un hombre como yo y te han convertido en esclavo, llega un momento en el que cualquier cambio es mejor, y en el que quizá ver morir en un saqueo a todos los cabrones que te esclavizaron parece una buena recompensa. Señor.

Korus se calló y tuvo el atino de parecer asustado un momento, temeroso de haber hablado más de la cuenta.

Sátiro estaba demasiado cansado para discutir.

—¿Te esclavizaron? ¿Aquí? ¿Qué eras antes? ¿Pirata?

Korus escupió.

—Quizá —gruñó.

Sátiro lo miró de hito en hito.

—¿Eras pirata, Korus? ¿Remero? ¿Infante?

Korus lo fulminó con la mirada.

—Soy entrenador. Se me llevaron de Sicilia. Pensé que sería mejor tirar de un puto remo que morir. —Se encogió de hombros—. No era una mala vida. —Se encogió de hombros otra vez—. Pero los arrogantes rodios nos apresaron y nos vendieron a todos como esclavos.

Sátiro tenía la sensación de que sus muslos y hombros estaban a punto de negarse a sostenerle los huesos.

—Y dentro de unas pocas semanas serás libre. Necesito un entrenador. ¿Por qué no tomar lo que ofrecen los dioses? Puedo liberarte y darte una vida cómoda. Soy buen amigo de quienes me apoyan.

Korus se rio.

—¿Eso te dicen? —preguntó—. Lo que yo oigo es que quien permanece a tu lado muere.

Día segundo

Cuando Sático se despertó le dolían todos los músculos del cuerpo, pero por primera vez en meses, se despertó con el sol a su hora, tras dormir ininterrumpidamente, y tuvo ganas de levantarse. Se destapó, se puso de pie, se estiró, se frotó los hombros y fue hasta las ventanas que daban al puerto.

Desde allí se veía la costa al sur de la ciudad. Vio fogatas titilando a lo lejos, por la parte de Afandi, y había columnas de humo en el horizonte. Sático salió a la terraza para tener una visión mejor y luego decidió subir, no sin dolor, por la escalera de mano hasta el tejado de su habitación, desde donde tuvo una visión panorámica de la ciudad.

Demetrio ya había comenzado a fortificar su campamento. Era un comandante muy activo, Sático lo sabía bien, pero si precisaba más pruebas, estas se las proporcionaba el hecho de que con las primeras luces del alba toda la caballería de Demetrio ya estaba en el campo, bastante adelantada, casi al alcance de los arqueros de la ciudad. Partidas de hombres talaban todos los olivares del extremo norte de la isla, amontonando los árboles y enviándolos en trineo al campamento, donde otros grupos de trabajo afilaban las ramas y las convertían en un gigantesco abatis, una especie de alambrada de zarzas que rodearía el campamento como primera línea de defensa. Detrás del abatis, minúsculos como hormigas, otros hombres cavaban la tierra suelta y la roca de debajo con picos, y otros tantos tejían canastos enormes para retener la arena y la tierra, y aún había más llenando esos canastos con palas, de modo que la línea de terraplenes reforzados con canastos de olivo se alzaba sobre la zanja de detrás de los árboles talados.

El ritmo del trabajo, hombre a hombre, era exasperantemente lento puesto que encima de la roca apenas había tierra. Pero tomado en conjunto, el ritmo era asombroso. Demetrio sin duda había esclavizado a toda la población rural de la isla durante la noche, y sus partidas de trabajo habrían circundado sus naves en cuestión de dos o tres días.

Sin embargo, pese a la actividad de los hombres en torno al campamento, los miles de hombres que rodeaban el campamento, lo que atraía la mirada profesional de Sátiro era la actividad en la lejana playa. Por más que miraba no lograba decidir qué estaba viendo.

De pronto cayó en la cuenta de que llevaba bastante tiempo en el tejado y de que había oído algo...

—¡Sátiro! —oyó llamar desde abajo. Tuvo la impresión de que alguien lo había estado llamando un buen rato.

—Aquí arriba —dijo.

Aspasia salió a la terraza con un manto largo persa sobre los hombros y el pelo suelto en la espalda.

—Me has asustado, niño idiota. Pensaba que te habías vuelto a escapar. —Hizo una seña—. Ven a tomar tu medicina. Benditos dioses, muchacho, vas desnudo.

Un tanto disgustado, Sátiro se dio cuenta de que, en efecto, estaba desnudo.

—Lo he visto todo antes —dijo Aspasia—. Ven.

Sátiro bajó por la escala de mano con plena consciencia de su desnudez. Entre los griegos, mostrar el cuerpo estaba permitido, siendo incluso grato, pero solo si el cuerpo en cuestión era hermoso. Sátiro todavía se sentía como un saco de palitos.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Aspasia. Hubo algo en su voz que alertó a Sátiro.

—Cansado. Pero... robusto, en cierto modo. Y tengo hambre —agregó sonriéndole.

—He reducido la dosis de amapola casi del todo —dijo Aspasia—. ¿No lo has notado?

Sátiro se encogió de hombros.

—¿Por eso me duele tanto el cuerpo? —Torció el gesto—. Creía que era solo por la fatiga, pero ahora lo recuerdo de la otra vez.

—Lo estás haciendo muy bien. Estás prácticamente limpio. Te dejaré en manos de Korus y atenderé a mis otros pacientes: mi marido, para empezar, agradecerá tener de nuevo mis pies fríos en su cama. Eres uno de los mayores triunfos de mi carrera como médico, aunque nunca entenderé cómo sobreviviste cuando estuve convencida de que habías muerto. ¿Lo recuerdas?

—No —mintió Sátiro.

—Bueno, fue un don de los dioses. No lo desperdicies. Me gusta pensar que fuiste enviado de vuelta para librar a esta ciudad. —Sonrió—. A mi edad, no tengo los temores que tienen otras mujeres. Si la ciudad cae, puedo abandonar este cuerpo antes de que se me infrinja la última vejación. Pero los demás... mis hijos, las muchachas como Miriam... merecen ser salvados.

Sátiro tomó sus medicinas, vaciando las ampollas de cerámica una tras otra.

—¿Qué probabilidades tenemos, Sátiro? —preguntó Aspasia.

—Muy pocas —contestó Sátiro. Bebió de un trago la más amarga; tenía un sabor tan fuerte que casi había llegado a gustarle—. Demetrio no tiene un pelo de tonto. Es muy profesional, y puede permitirse contratar a los mejores ingenieros y soldados. No cometerá errores. —Hizo una mueca a causa del sabor—. Y no puedo salvaros. Solo podéis salvaros vosotras mismas.

—¿Nosotras mismas? —preguntó Aspasia—. ¿Te parece que este sea un mundo que hayan hecho las mujeres? Son los hombres quienes hicieron esto: guerra, esclavitud y muerte hasta donde alcanza la vista.

—Las mujeres no son diferentes —repuso Sátiro.

—Las mujeres educan. Los hombres destruyen —dijo Aspasia.

Sátiro se rio.

—Tendrías que conocer a mi hermana, a quien echo de menos, y cuya mano destructora le resultaría muy útil a esta ciudad. No sé si llevas razón o no, doctora, pero rara vez he guerreado contra quienes no me habían atacado a mí. Quieres que yo y los hombres como yo nos interpongamos entre vosotras y la destrucción de esta ciudad.

—Vaya, crees que te estoy atacando. No lo hago, joven rey. Es a mi marido y a muchos otros hombres de aquí, a quienes culpo. Tan solo cosechamos el fruto de nuestra política. ¿Por qué ir a la guerra contra unos piratas que no se ensañan con nosotros? ¿Por qué apoyar a Tolomeo contra Antígono en lugar de limitarnos a comerciar con ambos? Son muchas decisiones... y ahora nos vemos así —concluyó, y se encogió de hombros.

—Siempre es así, Despoina. —Sátiro oyó los pesados andares de Korus; tuvo que preguntarse si pensaba que él era un Sátiro lascivo y por eso hacía ruido cada vez que se aproximaba—. La guerra surge cuando los hombres cometen errores... o cuando son tan idiotas para desealarla, como cuando invitan a un tirano a gobernar su ciudad.

Aspasia asintió.

—Haz lo que puedas por nosotros. Es cuanto pido. Y... Sátiro. Tengo ojos. Miriam...

Sátiro puso la misma cara que al tomar la medicina amarga.

—Miriam no es para mí —dijo.

—Bendito sea el chipriota que te lo hace entender. Ya suponía que era así. ¿Cómo puedes ser tan sensato y tan tonto a la vez? —preguntó Aspasia.

Sátiro se rio. Le besó la mano.

—Soy humano, me parece.

Korus carraspeó y entró.

—Hora de comer, y luego a entrenar —dijo.

A mediodía, un descanso. Sátiro envió a Helios a convocar a todos sus oficiales y Abraham se avino a estar presente.

—A partir de mañana haremos ejercicio en el gimnasio —anunció Korus después de una carrera.

Sátiro enarcó una ceja.

—Mientras siga existiendo un gimnasio —dijo.

Korus cogió una toalla de lino basto y se puso a secarlo.

—¿Qué cojones quieres decir con eso? ¿Señor?

Para entonces Sátiro estaba tumbado bocabajo en un *kline*.

—Quiero decir que el gimnasio será uno de los primeros edificios que echarán abajo —dijo—. Esta ciudad necesitará material de construcción listo para ser utilizado. Piedra labrada. Las tapias de los jardines correrán la misma suerte.

—Ares —gruñó Korus—. Mi sustento.

—Ven a trabajar para mí —dijo Sátiro.

Tras otro gruñido, Korus respondió:

—Estamos poniendo un poco de carne en tus huesos. Eso es bueno para ti. Estoy así de cerca de la libertad.

Agotado, vestido como un caballero por primera vez en cinco meses, Sátiro se sentó en una silla de mujer mientras Neiron, Abraham, Anaxágoras y Helios, así como Draco y Amintas, vistos por última vez subiendo a bordo de las naves de grano capturadas tanto tiempo atrás que parecía cosa de otra vida, y también Cármides, entraron, conducidos por los esclavos de Abraham, lo abrazaron y se acomodaron en divanes. Había otros hombres también, hombres a quienes se alegró de ver. Sandakes, el apuesto jonio, reluciente de aceite de oliva. Ostentaba el mando del *Maratón*, visto por última vez desapareciendo durante la tormenta en aguas de la Salamis chipriota, la noche de la batalla perdida. Y Dédalo de Halicarnaso, que no era, en sentido estricto, uno de los hombres de Sátiro sino un mercenario con nave propia, el gran *penteres Gloria de Deméter*. Sátiro los abrazó a los dos. Con ellos llegaron otros tres capitanes suyos, hombres a los que conocía bastante bien; Sator, hijo de Néstor de Olbia, que capitaneaba el *Tetis*, uno de sus mejores cuadirremes; Xiphos *el Joven*, también de Olbia, un antiguo esclavo que se había abierto camino hasta el puesto de trierarca, un hombre grosero, no demasiado agradable, alto, cargado de espaldas y con cicatrices, pero un capitán fiable al mando del *Niké*; y Aristos *el Cojo*, otro caballero ateniense que había pasado lo suyo. Su pata de palo le había dado su apodo, y el dolor constante que le causaba alimentaba su conocido mal genio. Capitaneaba el *Ariana*.

—No os imagináis cuánto me alegra veros —dijo Sátiro.

Neiron sonrió forzosamente.

—Bueno es saber que nos quedan unas pocas naves —dijo.

Sátiro se negó a dejarse someter.

—Sí, así es. Dédalo, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—He oído que andabas contratando. Hice unas cuantas capturas, las traje para venderlas. Patrullé por si venían los piratas, por mi cuenta, podríamos decir. — Sonrió. La suya no fue una sonrisa agradable—. Las tormentas me atraparon aquí en otoño y el bloqueo me dejó encerrado.

Sátiro sonrió a Sandakes.

—Te he echado de menos. Tuvimos unos cuantos combates cerca de Egipto.

Sandakes correspondió a su sonrisa.

—Según me han dicho, fue mejor para mí y mi tripulación haberme perdido la segunda tormenta; la primera nos mandó al oeste de Sicilia, señor. Tardamos un mes en regresar. Bajé hasta África porque corre el rumor de que Atenas apoya activamente a Demetrio, y su flota está en el mar. —Se encogió de hombros—. Llegamos aquí después que tú. Para entonces ya estabas guardando cama y Neiron ordenó que me quedara.

Sátiro miró a sus otros capitanes, a quienes había extrañado desde el combate con los piratas en aguas de Cos. Todos se encogieron de hombros.

—Señor, fuimos al punto de encuentro y entonces las tormentas nos alcanzaron.

Xiphos fue más beligerante.

—¿Estás dando a entender que hicimos algo mal? ¿Eh?

Sátiro no se ofendió, ni mucho menos; ver a sus hombres le levantaba el ánimo. El sonido bronco de la voz de Xiphos le hizo sentir como no se sentía desde hacía semanas.

—En absoluto. Estoy encantado de que hayáis conservado vuestros mandos, eso alimenta mis esperanzas de que se hayan salvado otras naves.

Fulminó con la mirada a Neiron, que no apartó la vista. Luego los fue mirando a todos uno por uno.

—¡Korus! —gritó Cármides en el silencio reinante, y se sonrojó. Saltaba a la vista que no pretendía ser oído.

—¿Cómo va esa pierna? —preguntó el entrenador.

—Mucho mejor con tus ejercicios. Me gustaría hacer más. ¿Tienes tiempo? —preguntó Cármides.

Sátiro sonrió.

—Me parece que soy dueño de todo su tiempo, Cármides, pero si te parece bien compartirlo conmigo, estaré encantado.

—Es maravilloso —proclamó Cármides con el entusiasmo propio de la juventud—. Salvó los músculos de mi pierna cuando me hirieron.

—Sin duda tiene grandes dotes —dijo Sátiro—. Caballeros, permitidme llamaros

al orden. Estado de las naves. ¿Neiron?

Neiron sostenía una tablilla de cera.

—Podría haberte dado todo esto —dijo.

—No me cabe la menor duda. Estoy convencido de que eres un navarco excelente. Quiero hacerlo de esta manera. Sígueme la corriente.

Neiron exhaló sonoramente.

—El *Areté* está en casi todos los aspectos listo para hacerse a la mar. Nos faltan veinticuatro remeros. Carga plena de agua y de aceite. No puedo decir que los rodios no hayan sido gentiles. proyectiles para la artillería. Me gustaría completar la dotación de remeros y la tripulación de cubierta, y sabes tan bien como yo que andamos escasos de oficiales.

Sátiro asintió. Dio unos pasos por la habitación.

—¿Dédalo? ¿Estás con nosotros?

El mercenario sonrió.

—¿Pagas? —preguntó.

Sátiro sonrió de oreja a oreja.

—Sí —contestó.

Dédalo asintió.

—Entonces soy todo tuyo.

En general, todos los informes fueron semejantes: habían tenido el invierno para reparar las naves, al menos hasta que el bloqueo se endureció, y dejando aparte el personal, estaban bien abastecidos, armados y, en la mayoría de casos, en mejor forma que cuando salieron del Euxino casi un año antes.

—Apolodoro, ¿cuántos infantes de marina tenemos? —preguntó Sátiro. Apolodoro señaló a Draco, que se levantó.

—Ciento cincuenta y ocho propios, señor. El señor Dédalo ha tenido la gentileza de entrenar a sus hombres con los nuestros este invierno; otros treinta y ocho. Habida cuenta de los rumores sobre el sitio que se avecina, así como de la oferta de la ciudad, hemos adquirido un montón de armaduras nuevas y hemos practicado la lucha con ellas; corazas de bronce y grebas. Y también hemos hecho muchas prácticas de tiro con las máquinas. —Asintió—. Contando a los oficiales, puedo poner a doscientos hombres en las murallas.

—¿Qué hay de la guarnición? —preguntó Sátiro—. ¿Cuántos hoplitas pueden proporcionar los ciudadanos?

Apolodoro hizo una mueca y miró a Abraham.

Abraham se encogió de hombros, exagerando el gesto.

—Menos de seis mil, contando a todos los metecos y los *thetes* de la ciudad que tienen armadura y ya están defendiendo la muralla. La ciudad nos está ofreciendo la ciudadanía a muchos de nosotros; yo la he aceptado. Menón y Pantero están pidiendo

a la *boulé* que libere a los esclavos sanos, los arme y los convierta en hoplitas.

Sátiro asintió. Otras ciudades hacían lo mismo. Las bajas diezmarían la población masculina.

—¿Y? —preguntó.

Abraham puso cara de fastidio.

—Las cosas todavía no están suficientemente mal. Los oligarcas creen que negociaremos un acuerdo, no quieren llevar a cabo lo que llaman cambios innecesarios —dijo Abraham, prácticamente escupiendo estas dos últimas palabras.

Apolodoro negó con la cabeza.

—Estamos bien jodidos —dijo.

Dédalo sonrió.

—¿Puedo rescindir nuestro contrato, señor? Todavía no hemos cobrado.

Xiphos se puso de pie.

—Menuda gilipollez. Señor, mi espada es tuya, pero tenemos cinco... seis buenas naves. Danos una noche oscura y un viento fresco y nos largaremos sin que ni un capitán de Demetrio nos lo impida. ¿Por qué morir aquí, como un zorro atrapado en su madriguera? Regresemos a Tanais, a Olbia.

Sátiro miró a su alrededor. Sandakes mantenía la compostura, era aristócrata de nacimiento y le habían enseñado a disimular sus pensamientos, pero era evidente que estaba de acuerdo. Neiron apartó la vista. Draco sonrió abiertamente y miró a su amante, Amintas. Amintas se encogió de hombros.

—Un combate memorable —dijo Amintas—. Los hombres dicen que es el mayor sitio desde Troya. —Sonrió a Draco, dedicándole una descarada sonrisa de chico que desentonaba en un hombre de treinta y cinco años—. Me gustaría saborear la gloria... una vez más.

—Estás loco —repuso Draco—. Los sitios no tienen nada de glorioso. No hay más que inmundicias, polvo, humo y enfermedades.

Sátiro asintió.

—Pospongamos la discusión sobre una posible huida —dijo—. No soy contrario a debatir esa cuestión, pero antes quiero recibir todas las noticias. Me he perdido cinco meses de vida. Ni siquiera sabía que la mitad de vosotros estuvierais aquí. Abraham, tú eres el príncipe mercader. Recibes noticias. ¿Cuán fuerte es Demetrio? ¿Y qué se sabe acerca del resto del mundo? ¿Atenas? ¿Tanais? ¿Alejandría?

Abraham hizo una seña y Miriam entró, bellamente ataviada al estilo griego, con sus largas piernas apenas cubiertas de lana transparente. Detrás de ella iban veinte esclavos, en parejas de hombre y mujer, con fuentes de pollo especiado a la manera africana, pan de cebada y vino, una buena provisión de vino. Miriam atendió a los huéspedes de su hermano, yendo de un diván a otro, haciendo que los hombres se sintieran como en casa. Sátiro se fijó en que Amintas, que desdeñaba a las mujeres en

aras de la virilidad, sonreía al oír una broma que Miriam le estaba contando. Draco poseía una ruda caballerosidad que la muchacha empleó para mover una mesa. A Xiphos lo desarmó; Sátiro no oyó lo que le dijo, pero aquel brutal luchador sonrió como un niño y se sonrojó. Anaxágoras se levantó para ayudarla, se mantuvo a su lado mientras ella daba órdenes como un general, y luego fue a un rincón de la estancia, donde se sentó en una silla y se dispuso a tocar la cítara. Poco después Miriam fue a sentarse junto a él, prácticamente a sus pies, y Sátiro de repente constató que estaban bastante unidos. El modo en que se sentaron reflejaba una prolongada intimidad; naturalmente, ambos eran músicos y habían pasado cinco meses juntos.

Lo acometieron unos celos desacostumbrados, un sentimiento que a duras penas reconoció y que descartó de inmediato. Anaxágoras era un caballero de buena posición económica, un hombre honorable, soltero, un pretendiente legítimo para la hermana de un ciudadano de Alejandría y Rodas, un hombre rico, dueño de veinte naves.

Comenzaron a tocar y el sonido de la música cambió el ambiente de la reunión. Xiphos podría haber hecho un comentario mordaz, desdeñaba lo que llamaba «falsos modales» de los caballeros capitanes, pero Miriam ya lo había desarmado y en lugar de molestar escuchaba, atrapado en la tela que tejían los dos instrumentos, y no era el único. Dédalo también sabía de música, Sátiro lo recordaba tocando en un sinfín de playas del mar Jónico, y movía los dedos sin darse cuenta, como si quisiera sumarse a los músicos, y sin duda Sandakes sentía lo mismo.

Bebieron vino, comieron pollo especiado y panecillos de cebada, y la música cesó para dar paso a la risa y el aplauso.

—No tardaremos en quedarnos sin cebada y pollo —dijo Neiron.

—Eres el alma de la fiesta, ¿verdad, Neiron? —repuso Sátiro.

—Creo... —comenzó Neiron.

—Cállate —interrumpió Sátiro. Era lo bastante humano para permitir que el mal genio fruto de sus celos recayera sobre Neiron, y se arrepintió aunque en cierto modo se lo merecía—. O eres uno de mis capitanes o no lo eres. Estoy absolutamente seguro de que hiciste un buen trabajo asumiendo el mando en mi ausencia. ¿Me consideras desagradecido? Eso no me hace justicia. No lo soy. Pero por los dioses, Neiron, tomé la decisión que debía tomar, tal como lo he hecho en el pasado. Lamento profundamente que murieran hombres. Hombres a los que amaba. ¡Dionisio! —Por un momento, la emoción se adueñó de Sátiro, que se avergonzó de su arranque aunque casi nadie estaba escuchando excepto Neiron, tan pálido en su diván que parecía que lo hubiera alcanzado un rayo, y Miriam, que casualmente le estaba sirviendo vino—. ¡Zeus Sator! Por Heracles, mi ancestro, ¿piensas que soy descuidado? No lo soy. Y ahora estoy al mando. Estos hombres y esta ciudad

necesitan corazón. Alma. Pasión. Fe. No críticas y quejas.

Neiron se movió inquieto y Miriam desapareció, plenamente consciente de que no tendría que haber oído nada de aquello.

—Creo que te equivocaste al sacarnos al mar en la segunda tormenta —dijo Neiron, pero acto seguido negó con la cabeza—. Aunque el rey eres tú, no yo. Pido disculpas por mi actitud, señor.

Sátiro respiró profundamente.

—Gracias a los dioses, Neiron. Sin ti no podría vencer aquí. Pero te necesito bien dispuesto, no dudando de cada idea que tenga porque soy impetuoso.

Sátiro sonrió a los demás hombres. En su mayoría se habían dado cuenta de que sucedía algo pero Anaxágoras había interceptado sus miradas con una broma subida de tono que hizo que Miriam se ruborizase mientras daba órdenes a sus esclavos, al tiempo que Aristos se desternillaba de risa.

—Ya basta —dijo Sátiro—. Tenemos que escuchar a Abraham.

Los hombres se aplacaron. La doble fila de esclavos volvió a entrar discretamente para recogerlo todo, hasta la última miga, con una eficiencia que denotaba una buena formación y cierto impulso vital, cosa rara en los esclavos.

Abraham carraspeó.

—Tocas espléndidamente, Anaxágoras. Pocas veces he oído algo igual.

Otros hombres también le prodigaron elogios. El músico hizo una reverencia.

—Toda alabanza es bien recibida. Tu hermana posee un talento excepcional; pocas mujeres son intérpretes tan consumadas.

—Pocas reciben la educación precisa. Mi padre solía decir que era la mejor manera de mantenerla callada. Tiene mucho temperamento.

Abraham sonrió y Anaxágoras correspondió a su sonrisa.

«Asunto arreglado —pensó Sátiro—. Debería estar complacido. ¿Por qué no lo estoy?»

—En cualquier caso —prosiguió Abraham—, echemos un vistazo al mundo. —Se situó en medio del círculo de divanes—. Sobre Tanais, Olbia y Pantecapea sé poca cosa, pero lo poco que ha llegado a mis oídos no es malo. Tu hermana no ha regresado a Tanais, todavía no ha regresado de su viaje al este. Esto lo he sabido por el factor de León en Alejandría. —Miró a los presentes y se encogió de hombros—. Esta noticia no es mejor. Dionisio de Heraclea ha muerto; falleció hace pocas semanas. —Esto atrajo la atención de todos: pequeñas noticias en el gran mundo, pero grandes noticias para los hombres del Euxino—. Ahora Amastris es reina.

Sátiro sintió aprensión.

—Y yo estoy aquí.

—En efecto —dijo Abraham—. Amastris ha enviado cinco naves para apoyar a Demetrio.

Sátiro asintió.

—Tiene que hacerlo. Su padre había firmado un tratado.

Abraham enarcó una ceja y prosiguió.

—Tolomeo está vivo. Mantiene el control sobre Egipto. Hoy me ha llegado una paloma de tierra firme; ojalá que el mensajero que la ha enviado siga vivo. Tolomeo está preparando una armada para venir aquí. Y León está vivo, en Alejandría.

—Alabados sean los dioses —dijo Sátiro, y muchos de sus oficiales lo secundaron.

—Solo he recibido las pocas noticias que caben en un trozo de papiro tan pequeño como la mano de Miriam —dijo Abraham—, pero son menos malas de lo que cabía esperar. Si logramos resistir, incluso unos pocos meses, Tolomeo vendrá.

—Tolomeo nunca ha ganado un combate naval contra Demetrio —señaló Neiron.

—Tolomeo nunca ha luchado con el apoyo de Rodas —agregó Sandakes.

Sátiro se mesó la barba.

—Bien. Puesto que estás tan bien informado, ¿en qué posición está Demetrio?

Abraham se rio.

—Cuarenta mil soldados, veinte mil esclavos, doscientos mil remeros. —Torció el gesto y encogió los hombros como un mimo griego en un teatro.

—¿Puede alimentarlos? —preguntó Xiphos.

—Ese tiene que ser su punto débil —terció Sátiro.

Aristos hizo una mueca, cualquier gesto le hacía daño, y puso su pie de madera en el suelo con un ruido sordo.

—Estamos mejor en el mar —dijo.

Sátiro asintió mirando a Abraham, que se sentó, y él se levantó.

—He dispuesto de varios meses para hacer poco más que pensar —dijo, suscitando risas discretas—. Prefiero la opción de huir. No voy a engañaros, caballeros. Soy rey del Bósforo, no rey de Rodas y, entre nosotros, no tengo intención de morir aquí. Estoy de acuerdo con lo que veo en todos vuestros semblantes; podemos desaparecer cualquier noche sin luna. Y si me pongo gallito diré que podemos hacerlo incluso con luna, ¿me equivoco? Sospecho que podríamos vencer a cualquier unidad con la que pretendieran darnos alcance. —Miró en derredor—. Pero si podemos ayudar a salvar esta ciudad, lo haremos. En primer lugar porque soy un cabrón impetuoso y prometí hacerlo. —Sonrió a Neiron, que hizo una mueca de desagrado—. En segundo lugar, porque todos nosotros, incluso yo, servimos al pueblo del Euxino. Todo nuestro grano pasa por esta ciudad, y buena parte la venden los mismos mercaderes a quienes estamos intentando defender. La pérdida de Rodas nos haría mucho más pobres, caballeros. Y cuando Egipto caiga, Antígono dirigirá sus ojos de cerdo hacia el norte.

Estaban asintiendo. Le dolía la cabeza, la fatiga había alcanzado el punto en que

sentía el estómago como una cuba de ácido, pero los había convencido.

—Con permiso de Pantero, quiero mandaros al mar. Mañana por la noche, si es posible. Dar comienzo a las incursiones. No os molestéis en luchar contra las naves de Demetrio. Solo apresad las naves de grano y, por descontado, traedlas aquí. —Miró en derredor—. Permitidme predecir el futuro, amigos. Dentro de una semana, quizás algo más, Demetrio lanzará un ataque contra la muralla del puerto. No quiero que mis naves estén aquí porque, gane o pierda, este puerto será pasto de las llamas.

Los miró uno tras otro.

—Y finalmente, Apolodoro, quiero a la mitad de los infantes de marina en tierra. Los mejores. Elígelos y quédate con ellos. —Miró al menudo oficial—. ¿Cómo va la excavación? —preguntó.

—Dista mucho de estar terminada —contestó Apolodoro.

—Bien, solo era una idea. Organizaremos turnos con los remeros mientras las naves estén en puerto. Haré saber a Pantero cuáles son nuestras intenciones. ¿Algún comentario?

Dédalo levantó la mano.

—Es fácil salir... una vez. Estoy de acuerdo. ¿Volver a entrar? No tan fácil.

Sátiro asintió.

—Tomo nota. Por eso cobras tanto.

—Y si la segunda vez será más difícil, la tercera todavía lo será más —dijo Dédalo—. Seguro que Demetrio intentará organizar un bloqueo —agregó, e hizo un ademán que abarcó todo el puerto.

Sátiro sonrió.

—Es uno de los mayores problemas de enfrentarse a él —dijo tras una pausa—. El puerto es inmenso; un puerto doble, dos entradas, el malecón, el embarcadero y la puerta del mar, en el norte, que se abre a la playa. Tiene que cubrir tres direcciones del viento y veinte estadios de muralla marítima, y dudo que pueda hacerlo; no si León y Tolomeo comienzan a amenazarlo de manera que tenga que sacar un escuadrón a la mar para prevenir un ataque de ellos. No hay una manera evidente de taponar Rodas. Solo le queda hundir naves en la bocana. En realidad no hay un buen puerto contra el viento como el que Alejandro tenía en Tiro. Sea como fuere, caballeros, enseñemos a los rodios a organizar un bloqueo. Y cada nave que apreséis será grano que no llegue a sus bocas para entrar en las nuestras. Demetrio tiene muchas más bocas que alimentar que nosotros. Y las saetas mortíferas de Apolo caen sobre sitiadores y sitiados por igual. La disentería, la peste, la fiebre que contraje en Egipto... Una epidemia, y Demetrio está acabado. Rezad pidiendo suerte. Rezadle a Apolo. Y traednos comida.

—Todo se reduce al grano —dijo Cármides riendo—. Esta frase debería ser de Homero.

Día tercero

Ejercicio. Comer. Planear. Dormir. Comer. Planear. Ejercicio.

Un día más.

Noche sin antorchas en el gran embarcadero.

—Tenemos que construir la muralla del puerto bien alta para que nadie pueda ver el interior —murmuró Pantero—. Para momentos como este.

Cinco barcos de guerra rodios iban a hacerse a la mar con las naves de Sático. Uno tras otro, sus capitanes, hombres que tanto le había alegrado reencontrar, le estrecharon la mano y subieron a bordo de sus naves. Neiron fue el último, y Sático lo abrazó, estrechándolo con fuerza. Intentó decirle con un abrazo lo mucho que valoraba al viejo navegante.

Neiron tenía la misión más difícil de todas porque se consideraba que su nave era la mejor. Al amanecer pasaría ante la playa de Demetrio, aun a riesgo de ser interceptado y capturado, para echar un vistazo a lo que estaba ocurriendo detrás de las murallas del nuevo campamento enemigo. El *Areté* era el barco más imponente del puerto además de ser rápido; era el que tenía más probabilidades de sobrevivir al encuentro con una patrullera ante la playa enemiga. Cármides iría a bordo de la nave. Su misión, igualmente difícil y peligrosa consistiría en regresar a la ciudad desde el sur, disfrazado de esclavo, con el informe pertinente.

Y entonces, cuando se puso la luna, zarparon con sigilo. Solo un puñado de remeros bogó hasta que estuvieron en la bocana del puerto, donde sacaron el resto de los remos a la vez, desplegándolos como las alas de las raudas golondrinas, brillantes en la oscuridad de la noche.

Las diez naves se adentraron en el mar tenebroso sin que se oyeran gritos de centinelas enemigos.

El puerto dio la impresión de haberse quedado vacío en la penumbra.

Y entonces Sático se fue a dormir.

Lo despertó Helios. El alba era pálida fuera, Helios parecía un fantasma.

—Es la hora, señor. Neiron ya estará llevando a cabo su misión en la playa.

Helios llevaba una lámpara de aceite en la mano y derramó un poco de aceite caliente sobre el hombro de Sático, que chilló.

—¡Ten cuidado, jovencito! —dijo—. ¿Acaso parezco Eros?

Helios se rio, ayudó a su señor a ponerse un quitón sencillo y luego subieron juntos a la torre.

Sático veía la línea del amanecer pero poca cosa más, y ni una sola vela en el horizonte.

Ruido abajo; primero en el patio, después en su terraza. Apareció Abraham, seguido de Anaxágoras y Miriam, que estaba muy guapa a la luz del primer arbol del alba.

—¿Estás bien? —le preguntó Anaxágoras. Era un hombre sociable y enseguida se dio cuenta de que algo iba mal.

—Preferiría estar actuando que observando —dijo Sático. Quedó bastante satisfecho con su respuesta porque era un disimulo perfecto. Había dicho la verdad, solo que no la verdad acerca de la frialdad que súbitamente sentía por su profesor de música.

Abraham le puso una mano en el hombro.

Miriam sonrió.

—¿Puedo quedarme? —preguntó.

Sático fue incapaz de mostrar siquiera un ápice de frialdad.

—Por supuesto —contestó. Miriam se sentó junto a él; entre él y Anaxágoras en realidad. Hacía frío.

«Vas por mal camino —pensó Sático de sí mismo—. Tienes que ir a ofrecer un sacrificio a Afrodita, y tal vez buscar a una esclava acomodaticia. Neiron está a punto de arriesgar tu nave, a tu tripulación y a tus amigos, y tú estás enojado por el lugar donde se sienta esta muchacha.»

Lo peor de todo es que sabía muy bien, en el fondo de su corazón, que no estaba entrenando como un loco por la noble causa de salvar Rodas sino por una razón mucho más simple.

Cuando Miriam y Anaxágoras estaban lejos, por ejemplo abajo, era consciente de la buena pareja que formaban. Y algún día él se casaría con Amastris. Ahora Amastris era su querida y Reina de Heraclea, y juntos gobernarían el Euxino. Recordaba el olor de sus pechos, el vello de su entrepierna, el aroma de su nuca...

Tan diferente de la mujer que tenía al lado.

—¡Ahí está! —dijo Helios.

Todos se levantaron a la vez, como espectadores en una carrera de caballos.

Sático ni siquiera había estado mirando en la dirección correcta. Neiron había

aprovechado la noche con astucia e inteligencia. Se estaba aproximando por el sur, con las velas arriadas y los mástiles abatidos, avanzando bastante rápido a lo largo de la playa.

Incluso desde el tejado que dominaba el puerto de Rodas, el campamento enemigo quedaba a menos de seis estadios, lo bastante cerca para oír el repentino murmullo de actividad, oír los gritos y ver la lengua de fuego que salió despedida desde el suelo invisible para ellos.

Y luego nada: salvo que pudieron ver el ejército de Demetrio resistir. Los hombres salían en tropel de las tiendas, ni siquiera hormigas a esa distancia, más una impresión de hombres que hombres propiamente dichos, y saltaron las nuevas murallas dirigiéndose hacia los campos.

A lo largo de toda la playa, las naves se hacían a la mar.

En el campamento algo se encendió con una especie de rugido, como si un dios hubiese inhalado profundamente y tosido. Una columna de llamas alcanzó las nubes.

Nada. Solo aguardar.

Más espera, salvo los gritos de los hombres por todo el campamento. Apareció la caballería enemiga, enfilando hacia la maleza del sur a medio galope.

—Quieran los dioses que no estén siguiendo el rastro de Cármides —dijo Sátiro.

Ahora el campamento parecía sumirse en el caos al tiempo que zarpaban más naves; de hecho, parecía que toda la línea de naves enemigas estuviera en movimiento, y entonces el *Areté* surgió de entre la humareda y las llamas, todavía avanzando a ritmo de carrera frente a la playa, y de repente estuvo cerca, a menos de dos estadios, y mientras lo observaban, todas sus máquinas de babor dispararon a la vez y una lluvia de hierro letal cayó sobre una unidad de infantería que estaba formando en la playa, y sus gritos les llegaron con suma claridad mientras eran barridos de la playa tal como un curtidor de pieles quita la grasa al comenzar su trabajo.

Ahora había rodios en todas las murallas y torres, y animaban a los combatientes como si fueran corredores a punto de alcanzar la meta, y el *Areté* pasó veloz ante la torre del mar, clavando ya los remos de babor, y de pronto el enorme barco viró como una bailarina gira cuando la música cambia de tempo; viró y entró como una flecha en el puerto.

—Este no era el plan —dijo Helios con la inexperiencia de la juventud.

Anaxágoras miró a los ojos a Sátiro; ya no como rival, solo como oficial del Estado Mayor.

—¿Debo ir, señor? —preguntó.

Sátiro negó con la cabeza.

—Solo me cabe esperar que haya visto algo demasiado importante para encomendárselo a Cármides —dijo—. Vayamos corriendo; querrá volver a zarpar

enseguida.

Corrieron hasta el puerto, incluso Miriam corrió con sus largas piernas como una doncella corre en los Juegos de Artemis, pero llegaron tarde. Para cuando llegaron al puerto había cincuenta trirremes justo fuera y otros dos flotando bocabajo allí donde habían osado probar el alcance de la artillería de la torre del mar para acabar siendo destruidos.

El *Areté* entró en el puerto a toda velocidad y frenó con los remos, los hombres ciaron para retener el agua, y la gran nave aminoró el paso, pilotada con destreza por Neiron, que la hizo virar bajo el templo de Poseidón y la arrimó a la playa, casi a los pies de Sático.

Saltó directamente desde el timón al embarcadero.

—Demasiado importante para dejárselo a Cármides —dijo.

Pantero llegó corriendo con Menón, Demófilo y otros treinta prohombres rodios. Nicanor se contaba entre ellos y ya estaba proclamando que estaban provocando a Demetrio.

—Un momento, cuéntanoslo sin más demora —dijo Sático. Miriam se apoyaba en él, muy ligeramente, pero la presión era real. Anaxágoras ya estaba a bordo del *Areté*. Sático sonrió.

Cuando casi toda la *boulé* estuvo reunida, Neiron miró hacia fuera del puerto.

—Ha construido una docena de naves dobles —dijo—. Dos cascos enormes; yo diría que *penteres*, señor, tan grandes como nuestro *Areté*. Unidos por una cubierta, con unas máquinas enormes. Zeus, nunca había visto algo igual.

—¿Cómo son de grandes los proyectiles, a tu juicio? —preguntó Menón.

—Nada de proyectiles —respondió Cármides—. Canastos. Esas máquinas no lanzan proyectiles como las nuestras. Su diseño es completamente distinto. Mirad, he hecho un dibujo.

Les pasó un esbozo, y los hombres negaron con la cabeza.

Anaxágoras había regresado. Miró por encima del hombro de Cármides.

—Contrapeso.

Sandakes estuvo de acuerdo.

—Señor, tú nunca has estado en Sicilia. El antiguo tirano de allí adoraba estas cosas. Son capaces de lanzar una piedra, una piedra de treinta minas. Incluso de un talento. Incluso de cinco, aunque no muy lejos.

—¡Por Hefesto! —exclamó Pantero—. ¿Diez cascos dobles, cada uno del tamaño de un *penteres*, llevando una de esas enormes máquinas?

Cármides negó con la cabeza, agitando sus rizos en todas direcciones.

—Cinco máquinas en cada plataforma. —Sonrió—. Aunque solo tiene nueve plataformas.

Neiron se permitió una sonrisa de satisfacción.

—Incendiamos una. Y había algo en su embarcadero; porque han construido un embarcadero. —Sonrió más abiertamente—. Ahí ya no podrán almacenar más aceite. Y el propio embarcadero ha desaparecido —agregó sin dejar de sonreír.

Pantero levantó los brazos.

—Eso ha sido toda una proeza, a la vista de todos los hombres de la ciudad.

—Una proeza que solo servirá para provocar más a Demetrio —dijo Nicanor.

Haciendo caso omiso de Nicanor, Pantero prosiguió:

—Pero a pesar de vuestro esfuerzo, nos decís que tiene cuarenta y cinco máquinas capaces de lanzar un talento cada una... montadas en naves.

Eso silenció a todos los presentes.

—Atacaré la muralla marítima —dijo Sátiro—. Rápido y fácil; un bombardeo y luego un asalto. Demetrio se propone tomar la ciudad con un solo ataque, como corresponde a un dios.

Capítulo 20

Día octavo

El *Areté* flotaba tan vacío como el día en que lo botaron debajo de la ventana de Sátiro. Todas las naves del puerto estaban vacías. Prevenidos, los rodios sabían que las grandes naves máquina atacarían las defensas del puerto, y habían despojado a todas las naves que quedaban de todas las máquinas, los remos, el aceite, el agua potable, las ánforas, cualquier cosa que pudiera ser de utilidad para el enemigo. Y las naves se amarraron juntas a lo largo del frente de la muralla de la playa, de modo que había una muralla de madera delante de la muralla inacabada en tierra firme.

La muralla marítima apenas era un palmo más alta. Sátiro no se había molestado en discutir con los oligarcas que seguían intentando negociar con Demetrio a diario. Había gastado su propio dinero, y el de Abraham, y una legión de esclavos había trabajado detrás de la muralla.

Cuatro días habían trabajado como esclavos, y el quinto amaneció despejado y rosado, y en cuanto hubo bastante luz, Demetrio sacó su poderosa flota al mar. No los piratas. No la chusma. Solo su magnífica flota, escoltando diez grandes plataformas, cada una tan grande como una manada de elefantes.

Sátiro, todavía dolorido en todas las articulaciones por el ejercicio del día anterior, se encontraba en el terrado de la casa de Abraham. El terrado había cambiado. Ahora unos arbotantes reforzaban las paredes delanteras y las esquinas de las torres principales, y el piso reforzado albergaba un par de balistas del *Areté* ocultas detrás de sendas cortinas de piedra. Cuatro días pueden ser mucho tiempo, si dispones de suficientes hombres que trabajen.

El Teatro de Dionisio ya no existía. El Templo de Poseidón había perdido la fachada oriental y el muro de contención. Un decreto expuesto en el ágora prometía a cada dios que se viera así afectado una restitución multiplicada por diez si la ciudad sobrevivía. El decreto, y el permiso para dismantelar monumentos públicos, lo había aprobado la *boulé* por unanimidad.

—¿Listo para probar, señor? —dijo Helios a su lado. Su hipaspista tenía preparada su armadura en el terrado. Sátiro no se había puesto una armadura desde antes de su enfermedad. Había recuperado musculatura, resultaba obvio en sus brazos, pero no tenía nada que ver con la musculatura que lucía un año atrás. El armero de Abraham había reducido el tamaño de su peto además de hacerle unas grebas nuevas para las piernas. Sus antiguas grebas no eran más que un doloroso recordatorio del cuerpo que tenía antes.

Pero cuando el peto estuvo bien abrochado sobre su *thorax* solo lo soportó el tiempo que tardó la flota enemiga en silenciar con sus balistas la batería de máquinas ubicadas en lo alto de la torre del puerto, cuestión de minutos, antes de encontrarse jadeando y encorvado bajo su peso.

Humillado, dejó que Helios se lo quitara. Sátiro se sintió mejor de inmediato y observó la acción que se desarrollaba delante de él mientras el sudor se le enfriaba.

Demetrio no tenía prisa. En realidad, estaba haciendo una demostración. Las grandes máquinas funcionaban, pero las tripulaciones no estaban entrenadas y tardaron horas en calcular su alcance. Piedras del tamaño de la cabeza de un hombre caían sin causar daños dentro del puerto a un estadio o más del objetivo. Los rodios bromeaban diciendo que Demetrio tenía intención de llenar el puerto de piedras.

Por la tarde ya nadie bromeaba. De repente, todas las grandes máquinas, que cada hora disparaban unas cuatro veces, encontraron el punto de alcance. Tres piedras grandes alcanzaron casi a la vez la parte alta de la torre y luego, con considerable estruendo, una cuarta golpeó en lo alto de la torre tal como un hombre fuerte golpearía a otro para hacerle caer de rodillas, seguida de otras seis piedras lanzadas apuntando bajo, y la torre desapareció en una nube de polvo entre un fragor de madera astillada y piedra rota, como si la hubiese aplastado el puño de un dios.

Cien ciudadanos rodios fallecieron en cinco segundos.

—¿Señor? —preguntó Helios. Miriam estaba detrás de él. Sostenía algo en los brazos.

—Encargué que te hicieran esto —dijo Miriam—. Porque eres testarudo e impetuoso. Y estás débil.

Su sonrisa desmentía la dureza de sus palabras. Parecía Thetis pintada en una vasija antigua, sosteniendo un peto de cuero. Bonito cuero ateniense, curtido y teñido con alumbre, con los bordes rematados en bronce y un cinturón de hierro sobre los riñones.

Pesaba muy poco. Era sencillo, tan sencillo como el que un infante de marina podría llevar, pero era de su talla y podía soportar su peso. Miriam lo ciñó alrededor de su cintura con sus propias manos y Sátiro le dio un beso, un beso decoroso de agradecimiento, pero los labios de ambos se tocaron demasiado rato, y cuando Sátiro se volvió hacia sus hombres, Abraham lo miró con el ceño fruncido.

La pérdida de la torre del puerto señaló el final de la jornada. La flota de Demetrio se retiró, burlándose de los defensores.

Los rodios lloraron.

Sátiro bajó a su habitación, comió e hizo ejercicio. En el ágora, la asamblea se reunió y votó proponer sumisión absoluta a Demetrio, y se despacharon embajadores de inmediato.

Sátiro se fue a dormir.

Día noveno

Con las primeras luces grises del amanecer, Helios lo despertó y juntos comieron pan seco mojado en vino. Korus vino y le hizo hacer ejercicio. Antes de que los dedos rosados de la aurora se extendieran sobre el puerto, Sátiro había corrido la mitad del circuito de las murallas y caminaba de regreso a la casa, saludando a otros hombres de la ciudad. Rodas era una auténtica democracia, no nombraba a un único comandante, ni siquiera en tiempos de guerra. La *boulé* ostentaba el mando. Los oligarcas temían un mando unificado; temían, y no sin parte de razón, crear un tirano peor que Demetrio que nunca pudiera ser expulsado. Sátiro era lo bastante listo para saber que él, como rey, era peligroso para los oligarcas, incluso más que para la gente común y corriente, y corría desnudo por la ciudad a propósito, con la intención de mostrar que era tan vulnerable como cualquiera.

La destrucción de la torre del puerto aplastó los ánimos de los rodios. Los oficiales de las tropas de pago, los profesionales, no habían esperado otra cosa, pero en la *boulé* cundió el pánico. Incluso Pantero negó con la cabeza.

—La rendición es lo mejor que cabe esperar. Y una guarnición de soldados suyos —dijo, con la experiencia de su avanzada edad—. ¿Me aceptaríais en Tanais?

Sátiro asintió.

—Me encantaría —contestó—, pero Demetrio no aceptará la rendición. No la necesita. Intentad rendiros después de infligirle una derrota. Cuando la victoria ha sido suya, ¿qué necesidad tiene de tratar con vosotros, tristes mortales?

Pantero torció el gesto.

—¡Quita! —dijo, haciendo una seña campesina.

Nicanor volvió a la carga.

—¿Eso es lo que tú piensas, oh gran rey?

Sátiro era un hombre desnudo, bajo y delgado, en medio de un puñado de hombres ricos con coraza. Se echó a reír.

—¿Acaso soy una amenaza para vosotros? —preguntó. Y se marchó corriendo a

casa de Abraham, donde su entrenador le hizo levantar pesas hasta que Helios lo llamó para que subiera al terrado.

Korus le dio una canasta.

—Cerdo. Cómetelo. Tienes que ganar peso. —El esclavo frunció el ceño—. Lo estás haciendo muy bien —agregó a regañadientes.

Sátiro se sentó en el terrado, masticando cerdo y contemplando el avance del sol entre ambos bandos. Cuando alcanzó las murallas enemigas, oyó el murmullo antes de verlo con sus propios ojos.

Habían crucificado a los embajadores.

Sátiro se rascó la barba, terminó el pollo y se chupó los dedos. A veces no tenía más remedio que preguntarse si, en efecto, era como los demás hombres. Conocía a dos de los embajadores. Buenos hombres, con hijos. Pero viendo sus cadáveres, sonrió. Pensó en su padre y en Filocles, e incluso, un poco, en Sócrates.

La flota enemiga atacó de prisa. Las baterías del puerto no abrieron fuego, de manera que cuarenta naves de gran porte, cuadrirremes y *penteres* en su mayoría, se amontonaron en la bocana. Entraron en el puerto seguidas por las plataformas de las máquinas, sus cascos dobles gigantescos a la luz matutina.

Una vez dentro del puerto dispararon su primera andanada contra la muralla marítima. Una piedra voló justo por encima de la muralla y de la casa de Abraham, yendo a impactar en el tejado de una casa vecina que quedó arrasada, de modo que las dos máquinas que había en el terrado quedaron ocultas por una nube de barro y argamasa pulverizados que se levantó del edificio derruido. Hombres que habían sobrevivido a grandes terremotos dijeron cuánto se parecía aquello.

Pero antes de que pudieran recargar, la ciudad desató su primera sorpresa. En los terrados de las casas más altas, y no en las torres inacabadas de la muralla marítima, se habían instalado máquinas arrebatadas a las naves o adquiridas antes de que terminara la temporada de navegación. Cuando Helios levantó una bandera roja, todas dispararon a la vez.

Casi todos los proyectiles que utilizaban los defensores eran de madera con la punta de hierro, ni mucho menos lo bastante pesados para penetrar los gruesos cascos de las naves más pesadas, si bien pudieran resultar letales contra un trirreme.

Pero Sátiro y sus hombres no eran los únicos innovadores de Rodas, como tampoco Demetrio el Rubio era el único que tuviera ingenieros. Sus máquinas las transportaban naves. Eso imponía limitaciones.

Las máquinas de los defensores estaban situadas a más altura. Y cada una ocupaba el terrado de un edificio de piedra con sus cocinas y gigantescos hogares. Habían puesto las puntas de sus proyectiles al rojo vivo.

Algunos fallaron. Se desperdiciaron al hundirse siseando en las aguas azules del

puerto.

Otros golpearon contra metal y se desviaron chirriando. Unos pocos alcanzaron carne desdichada, liquidando a un hombre y a cuantos lo rodeaban con un macabro impacto de metal pesado y madera.

Y los mejor lanzados alcanzaron las naves.

Los resultados no fueron aparentes de inmediato. El metal al rojo vivo no enciende la madera enseguida, ni siquiera la madera cuidadosamente secada exponiéndola al sol mediterráneo y cubierta de brea.

Pero más o menos cuando la más rápida de las grandes máquinas a bordo de nueve cascos dobles estaba casi a punto de disparar, el fuego prendió en algunas naves, como si Apolo les hubiese enviado una lluvia de llamas. El resultado fue tan repentino y tan espectacular que sorprendió a defensores y a atacantes por igual.

El Rey Rubio no era idiota y no tenía la intención de arriesgarse a perder.

Se batió en retirada. En cuestión de minutos el puerto quedó despejado salvo por los naufragios incendiados, ahora auténticos infiernos, de quince naves del Rey Rubio. Los remeros atrapados en las bodegas gritaban despavoridos y el olor a cerdo asado acompañó a los ciudadanos de Rodas durante un día entero. Ardieron hasta la línea de flotación y después se hundieron.

Día décimo

Sátiro no llegó a hacer sus ejercicios el décimo día. Antes de que se despertara del todo, Demetrio ya tenía su flota en el agua y los rodios, alertados por los centinelas, guarnecían las máquinas y calentaban sus proyectiles.

Las naves de Demetrio habían extendido pieles mojadas sobre las proas y las cubiertas, y avanzaban con audacia hacia un fuego abrasador. Su atrevimiento fue una equivocación. Tres palmos de hierro al rojo vivo con una punta acerada no los detiene el pellejo mojado de un toro. Los marineros lidiaron con los proyectiles al rojo vivo, tratando de arrancarlos, y los arqueros mercenarios de la ciudad y los arqueros de sesenta trirremes rodios, cientos de hombres, dispararon flecha tras flecha a través del puerto contra los marineros, y el puerto comenzó a llenarse de cadáveres, como las moscas que plagan la superficie de un cubo de vino expuesto al sol.

Al cabo de una hora las máquinas flotantes habían disparado tres veces y calibraron su alcance. Una lluvia de piedras cayó sobre la muralla marítima, solo dos calles al sur de la casa de Abraham, machacando la muralla a medio construir hasta sus apuntalamientos. Ladrillos de barro seco desaparecieron en una nube de polvo. Las piedras se agrietaron bajo la arremetida y el revestimiento se fue rompiendo sin remedio.

En medio de la vorágine se abrió una brecha de cincuenta pasos de anchura.

Pero las naves de Demetrio no pudieron resistir el contraataque con proyectiles calientes de la artillería, las flechas incendiarias, las jabalinas, cualquier cosa que pudiera lanzarse o dispararse a través del puerto. Dos marineros suyos murieron durante esa hora, otras diez naves se incendiaron y los demás trierarcas, viéndose así amenazados, cieron desobedeciendo sus órdenes y huyeron. Como huyeron sin órdenes, se atascaron en la bocana del puerto, y entonces comenzó la masacre.

Fue la clase de guerra más aterradora que Sátiro hubiese presenciado jamás, y eso que se había enfrentado a una carga de elefantes. Pero allí, grandes piedras caían del cielo sin previo aviso ni misericordia. Una sola podía matar a una familia entera,

poner fin a un linaje de doscientos años de antigüedad, a un corrillo de esclavos o al perro o el gato de la casa. Las piedras eran despiadadas como una oscura encarnación de Tiké, y los veteranos empezaron a estremecerse cada vez que se oía el inconfundible siseo del paso de una de ellas.

Un infante de marina, un buen hombre, chilló y se tiró de bruces al suelo del terrado.

Apolodoro estaba presente; no el aterrador oficial que imponía férrea disciplina sino el héroe, y agarró al hombre por los hombros y lo levantó, hablándole al oído hasta que, colorado, regresó junto a su máquina.

—Imagínate diez días así —dijo Neiron al lado de Sátiro.

—Imagínate cien días así —respondió Sátiro.

Miriam subió por la escalera de mano con una canasta, seguida por diez doncellas. Estaba sonriente. Si tenía miedo, lo disimulaba a la perfección. Sátiro y Anaxágoras se sorprendieron mutuamente observándola. Pero con la muerte cayendo de los cielos como puños de granito, Sátiro no pudo sino sonreír. Y Anaxágoras no pudo sino corresponder a su sonrisa. Cuando Miriam llegó a lo alto de la escalera y levantó una larga pierna para encaramarse al terrado, todos los hombres que atendían la máquina sonreían.

Entonces Sátiro vio que las naves enemigas se retiraban; costaba verlo, con el humo de las naves incendiadas y la polvareda de los edificios derruidos.

—¡Neiron! —dijo Sátiro.

Neiron estaba masticando pan de la canasta de Miriam.

—¿Señor?

—¿Eso es una máquina flotante? —preguntó Sátiro. Miraba al otro lado del puerto a través de la bruma de la batalla.

—¡Por Hefesto! —exclamó Neiron. Corrió hasta una de las máquinas y Sátiro hasta la otra.

Abajo, en el patio, las esclavas habían calentado un par de proyectiles; demasiado calor, en un caso, había deformado la punta mordaz.

—No importa —dijo Sátiro—. ¡Cargad!

Los hombres metieron la munición en el canal de disparo, que ya estaba un poco chamuscado debido a la prisa con que habían trabajado algunos soldados, y tensaron la gruesa cuerda. Los hombres se movían más erguidos, se tomaban su tiempo, cometían menos errores; no había piedras cayendo. Y, por supuesto, Miriam y sus mujeres estaban en el terrado, y ningún infante quería que una mujer lo viera acobardado.

—¡Listos! —dijo Neco. Sátiro respondió agitando el brazo. Los infantes habían practicado todo el invierno mientras él yacía postrado en la cama, y ahora no iba a hacerse cargo de un arma cuando había otros hombres mejor preparados para

disparar, aunque le daba rabia. Deseaba participar.

Se asomó al patio, captó la atención de la esclava jefe y le hizo una seña.

—¡Más proyectiles; cuatro más, al rojo vivo, tan deprisa como puedas!

Para su asombro, la mujer le hizo el saludo militar. Era sumamente gorda y tan fuerte como un buey, y había aprendido a calentar las puntas sin chamuscar las pesadas astas mejor y más deprisa que cualquier otra persona.

—¡Fuego! —rugió Neiron, y se volvió pero no pudo ver nada. Neiron exhibía una desacostumbrada sonrisa y saludó al enemigo con su absurdo sombrero beocio.

La máquina de Neco disparó y, acto seguido, ya estaban levantando el siguiente par de proyectiles al rojo vivo, apresurándose para evitar que las puntas prendieran fuego a las astas. Sático ya no alcanzaba a ver el objetivo principal. En cambio Helios sí, y se agachó para ayudar a Neco.

Tras una pausa, ambas máquinas dispararon a la vez con un chasquido que hizo temblar el terrado.

Lejos, al otro lado del puerto, una lengua de fuego lamió el cielo como un sacrificio a los dioses.

Sático se sumó a la ovación, y mientras gritaban con entusiasmo el leviatán de dos cascos se encendió; primero una sola llamarada, luego dos.

Pero eso no fue el final, porque ahora las naves incendiadas actuaban como barrera para cubrir la retirada de las demás. Las tripulaciones de Sático ya no veían nada por culpa del humo pero otras máquinas instaladas al otro lado del puerto, sí, y dispararon sin tregua contra las indefensas naves enemigas. Transcurrió más de una hora hasta que unas pocas escaparon.

Diecinueve naves enemigas ardían en la bocana del puerto, y los cascos de la doble nave plataforma se veían justo sobre la superficie del agua con la marea baja. Ocho naves máquinas se escabullían, y Sático dudó que esa noche hubiera celebraciones en la tienda de Demetrio.

Se desplomó en su cama, agotado. Durmió toda la tarde, soñó otra vez con su padre, se levantó y se vistió sin ayuda; pocas cosas volvían a ser fáciles, y al día siguiente iba a comenzar las prácticas de pancracio y de manejo de la espada. La idea lo animó.

Se despertó con la cabeza despejada y con el recuerdo de un sueño con Heracles y una firme resolución sobre cuál iba a ser su siguiente paso. Saltó de la cama, se puso el mismo quitón de la víspera sin prenderle los broches de nuevo, se abrochó un cinturón y le satisfizo su aspecto. Estaba tan excitado que faltó poco para que se olvidara de las sandalias.

Encontró a Miriam ante su puerta. Ambos se llevaron una buena sorpresa. Ella se quedó inmóvil como un cervatillo atrapado por un cazador sigiloso que no utilizara perros.

—Iba a... —dijo.

—Ya estoy despierto —respondió Sático—. Tengo que hablar a la *boulé*.

Miriam se ruborizó.

—Por supuesto —dijo a media voz. Sonrió y se alejó por el pasillo—. No llegues tarde —gritó volviendo la vista atrás.

Sático negó con la cabeza y bajó la escalera sin sentirse mareado, cosa que le inspiró cierto orgullo, y se dirigió al salón de Abraham, ahora uno de los puestos de mando para la defensa de la ciudad.

Había un puñado de mensajeros aguardando y Pantero, con armadura completa, parecía ser el responsable.

Sático le estrechó la mano.

—Me gustaría hablar con toda la *boulé*, a ser posible —le dijo. Y mientras pronunciaba estas palabras le vino a la mente una pregunta. «¿Qué estaba haciendo delante de mi habitación? ¿Se disponía a entrar? ¿Y entonces qué?»

El corazón le palpitaba como si estuviera en combate.

Pantero le puso una mano en el hombro.

—¿Va todo bien, muchacho? —preguntó.

Sático sonrió.

—La *boulé* —insistió.

Pantero asintió. Se cubrió los hombros con su capa militar manchada de salitre, llamó a un par de efebos para que ejercieran de guardaespaldas y mensajeros y se llevó a Sático de casa de Abraham. Juntos caminaron calle arriba hasta la hilera de estatuas que se alzaban ante el templo de Poseidón, para luego torcer a la izquierda y enfilarse la colina más empinada hasta el ágora. A su paso no paraban de ver muertos y heridos, hombres, mujeres y niños; los muertos tendidos en la calle, muchos ya amortajados según la costumbre jonia, y los heridos se quejaban o guardaban silencio. Un niño de corta edad tenía los pies amputados, los ojos como platos, la boca abierta y una nube de moscas a su alrededor. Una mujer yacía en un ataúd, tenía un lado de la cabeza aplastado de tal manera que el pelo y los fragmentos de cráneo formaban una figura grotesca, pero estaba viva. Viva tendida en su féretro.

—Si vuestro pueblo quiere rendirse —dijo Sático—, tiene que hacerlo esta noche.

—¿Qué? —preguntó Pantero—. ¿Esto dices ahora?

Sático siguió al rodio hasta el ágora. Los esclavos estaban dismantelando la fachada del gimnasio para llegar a los sillares que había detrás del mármol. Pero el *tholos* circular de la *boulé* estaba intacto y entraron en el fresco y sombreado interior, donde los sonidos del exterior quedaban amortiguados; los sonidos de la gente agonizando.

Pantero lo condujo a la cámara principal, donde treinta hombres, casi todos con armadura, estaban sentados en bancos o recostados en *kline*. Había mapas, dibujos a

tiza de partes de la muralla y cestos de rollos; el gobierno devoraba vorazmente todos los libros sobre el arte de la guerra que había en la ciudad.

—Sátiro del Euxino quisiera hablarnos de asuntos que afectan a la ciudad. —Pantero miró en derredor—. Propongo que le permitamos hablar.

Nicanor se levantó de su diván con los ojos enrojecidos.

—Es un rey y un tirano. Me opongo a tu moción.

Pero cuando los presentes fueron llamados a votar, la moción de Pantero fue aprobada con holgura.

Pantero habló en voz baja a Sátiro.

—Tendría que habértelo dicho por el camino, pero tus ideas me han confundido. Los hijos de Nicanor, dos de ellos, murieron al derrumbarse la torre.

Sátiro asintió y acto seguido se plantó en medio de la sala.

—Demetrio estará tan loco como Ares esta noche, pero ya ha probado por primera vez el sabor de la derrota. Escuchad, lo que voy a exponer es mi opinión, nada más, pero en ciertos aspectos Nicanor tiene razón. Pensamos de manera muy parecida, Demetrio y yo. Somos reyes, estamos acostumbrados a salirnos con la nuestra. Y la rendición, una rendición que preserve la ciudad intacta y a vuestras familias con vida... Caballeros, lucharé el tiempo que sea preciso, pero no nos engañemos. Habéis visto las consecuencias de media hora escasa de bombardeo. Ahora imaginad que sobrevivimos al ataque contra el puerto. Y creo que lo conseguiremos. Entonces construirá más máquinas de esas, arremeterá contra la otra muralla y no habrá naves que hundir. Mis cálculos dicen que puede concentrar cien máquinas en cincuenta pasos de muralla. Ni siquiera tendremos posibilidad de contraatacar. Cada día destruirá otros cincuenta pasos de muralla. Una brecha al día —concluyó, y se encogió de hombros.

—¿Estás a favor de la rendición? —preguntó Nicanor—. Sin duda es un cambio de postura radical.

Sátiro se mordió el labio.

—No. En primer lugar, dudo que la acepte. En segundo lugar, lo más probable es que una vez que nos hayamos rendido nos masacre. Lo único que respeta es la voluntad de su padre. Ahora bien, si la *boulé* sigue queriendo seguir este camino, no habrá un momento mejor para hacerlo.

Pantero asintió.

—Yo sigo estando en contra —dijo.

Nicanor torció el gesto.

—Solo me queda un hijo. Hoy ha muerto mucha gente. En un solo día hemos perdido casi una doceava parte de la población en edad militar. Me sorprende que Sátiro *el Tirano* haya aceptado mi manera de pensar, pero propongo que sigamos su consejo y enviemos una delegación.

Sátiro le dedicó una sonrisa sardónica.

—¿Quién encabezará esa delegación? Tiene los cuerpos de vuestros últimos embajadores crucificados en las murallas de su campamento.

Demófilo se levantó.

—Me parece que Sátiro solo pretende mostrarnos los distintos caminos a seguir. Y yo, por mi parte, no me fiaría de Demetrio para que contara las monedas en un almacén. Digo que luchemos. Iré todavía más lejos, caballeros. Digo que necesitamos un mando centralizado. Propongo que Pantero sea nombrado polemarcha, arconte militar. Y que designemos a tres *strategoí*, como antaño, para que ostenten el mando de la ciudad.

Nicanor se levantó.

—Esto es el primer aliento de la tiranía. Dejemos que esta ciudad se gobierne como siempre se ha gobernado: honorablemente y por hombres de valía. —Nicanor miró en derredor—. ¿Y quiénes son esos *strategoí*? ¿Tú mismo, Demófilo?

Pantero se levantó y golpeó el suelo con su lanza.

—No somos bárbaros. Votemos los puntos propuestos, uno por uno. ¿A favor de la creación de una embajada de rendición?

Ya habían perecido casi quinientos soldados con carta de ciudadanía. Muchos estaban en la torre cuando se desmoronó; hasta entonces los rodios la habían considerado inexpugnable. Más estaban en sus casas o en la muralla marítima, o simplemente habían sido desafortunados. Y también había que contar a las ciudadanas, niños y esclavos; el número de bajas del bombardeo inicial era impactante.

Una doceava parte de la ciudadanía ya había muerto. Por los caprichos de la brillante Tiké, seis de los fallecidos eran oligarcas y miembros de la *boulé*. Y por el momento no había muerto un solo miembro del Partido del Pueblo ni del Partido Navarco.

Así pues, por suerte, el dominio de los oligarcas sobre la *boulé* quedó interrumpido tras el primer ataque de las máquinas de los sitiadores.

A los partidarios de la rendición les faltaron tres votos.

Solo entonces Pantero y sus aliados se dieron cuenta de que controlaban la *boulé*. Nicanor era un hombre orgulloso y además estaba acongojado. Se levantó, arregló los pliegues de su himatión y miró de hito en hito a los presentes.

—Ahora daréis órdenes a vuestra manera y fracasaréis. Los demócratas nunca pueden gobernar; el así llamado pueblo carece de la *areté* para alcanzar el éxito. Cuando los conquistadores estén montando a vuestras hijas como si fuesen putas, a mí no me miréis.

Dio media vuelta para marcharse.

Pantero levantó el brazo.

—Nicanor, estás apenado, y a cualquier mortal le ocurriría lo mismo. Quédate, ayúdanos a elegir a nuestros *strategoí*. Considero que tú deberías ser uno de ellos. ¿Por qué no? Eres un hombre de valía, un buen luchador con la lanza y, además, diriges un partido importante. No nos pongamos a contar votos. Actuemos juntos por el bien de la ciudad.

Nicanor hizo una pausa en el umbral.

—Solo pretendes enredarme en las redes de vuestro fracaso.

Pantero chasqueó la lengua.

—Nicanor, soy marino. Cuando se levanta tormenta, no pido consejo a los remeros. Como tampoco me critican los hombres que se están ahogando si me equivoco. Si fracasamos, no habrá política que valga en esta ciudad porque estaremos todos muertos.

Nicanor tenía más dignidad en la derrota y el enojo de los que tenía en la victoria.

—No. Serviré en las murallas pero no mandaré. Renuncio a mi escaño. Que tengáis un buen día.

Dio media vuelta y salió de la sala. Dos oligarcas de los más jóvenes, Heleno y Sócrates, se levantaron para ir tras él pero se detuvieron.

Demófilo los interceptó en la puerta, habló con ellos y regresaron a sus divanes.

La *boulé* entregó a Pantero el mando de la defensa. Y luego la *boulé* eligió a Sátiro del Euxino para que fuese miembro de pleno derecho. Ninguno de los presentes se sorprendió tanto como el propio Sátiro.

Fue conducido a un diván y Menedemos, joven aristócrata aunque demócrata, fue a sentarse a su lado.

—Eres tan aristócrata como nosotros —dijo impetuoso—. Tocamos la cítara con tu amigo Anaxágoras y sabemos que eres uno de nosotros. El sufrimiento ciega a Nicanor.

Sátiro se encogió de hombros.

—Soy rey —dijo—. Y mi pueblo fue aristócrata en Atenas y Platea desde los tiempos de los dioses.

Menedemos asintió.

—Exactamente. Y tú eres amigo de Pantero y de Demófilo. Entre los tres uniréis los partidos.

—Soy extranjero —susurró Sátiro.

Menedemos se rio con ganas.

—Eres rey, y todos los extranjeros te conocen. Hay mil metecos en esta ciudad. Muchos son hombres de valía: Abraham *el Judío*...

—Ahora es ciudadano, aunque estoy de acuerdo en que es un hombre de valía. — Sátiro miró a Menedemos, que era de su misma edad o quizás algo mayor—. ¿Adónde estamos yendo?

Menedemos señaló a Pantero. El navarco se puso de pie.

—Propongo que la *boulé* me asigne tres *strategoí* para dirigir el sitio —dijo—. Solicito a Demófilo hijo de Menandro, a Menedemos hijo de Menedemos y a Sátiro hijo de Kineas.

Sátiro se recostó en el diván y se echó a reír.

—Ahora lo entiendo —dijo.

Días decimoprimeros al decimoctavo

Sátiro estaba en la arena de la palestra del gimnasio, todavía lisa bajo sus pies aunque una brisa soplaba sobre la arena en la parte cercana a la fachada que había sido desmontada para extraer la piedra.

Iba desnudo y empuñaba una espada de madera con el brazo izquierdo envuelto en su clámide. Anaxágoras se enfrentaba a él. El músico nunca se había entrenado como espadachín y deseaba tomar lecciones. Korus estaba junto a ellos con un recio bastón. Sátiro estaba bañado en sudor y Anaxágoras relucía solo por el aceite de oliva puesto que acababa de llegar.

—Otra vez —masculló Korus.

Sátiro avanzó en la posición de guardia, con la pierna izquierda adelantada y el brazo izquierdo firme y alto, y con los pliegues de su capa cubriéndole el costado y la pierna; los pesos cosidos en el bordado de la cenefa hacían que la prenda cayera bien. Tenía el brazo de la espalda bastante hacia atrás, de modo que su oponente no pudiera controlarle fácilmente la espada; el codo izquierdo doblado casi como el de un boxeador a punto de dar un puñetazo; la punta de la hoja en alto, apuntando al cuello de su oponente.

Anaxágoras sonrió.

—No estoy convencido de que se pueda aprender algo de un maestro espadachín —dijo—. ¿No dice Jenofonte que empuñar una hoja es algo innato para todos los niños?

Sátiro asintió a través de las hojas de madera.

—No estoy convencido de tener fuerza suficiente para demostrarte la superioridad del arte sobre la ignorancia. Pero hazte una pregunta, profesor de música: ¿cuán bien toca la cítara ese mismo niño con sus dotes naturales?

Anaxágoras se cuadró delante de Sátiro con la espada bien separada y la capa pegada al cuerpo. Sonrió.

—Desde luego, admito que llevas razón desde un punto de vista intelectual. Bien

hablado.

A Sático le costaba encontrar desagradable al músico, y eso que a primera hora de la mañana lo había encontrado junto a la entrada de las dependencias de las mujeres, intercambiando agudezas con Miriam mientras ella supervisaba el trabajo de sus costureras.

Sonrió y movió ligeramente el brazo de la capa. Avanzó medio paso y su brazo de la capa salió disparado al frente, inmovilizó la espada de Anaxágoras y la suya dio un toque a su oponente en el cuello, lo bastante fuerte para que el músico trastabillara dolorido.

Muy satisfactorio, realmente.

Cuando Anaxágoras volvió a ponerse en guardia, tenía el rostro congestionado.

—Trampa —gruñó, y saltó hacia delante, blandiendo la espada brutalmente. Sático se agachó, paró golpes con su espada e hizo girar la muñeca, golpeando a Anaxágoras en la sien, golpe que procuró dar con cuidado.

El corpulento músico no se detuvo sino que devolvió el golpe.

Sático paró ese golpe con la parte más pesada de su espada de madera, la más cercana a su mano, y ambas espadas se engancharon un momento. Y Anaxágoras, aun teniendo ventaja mecánica, empujó fácilmente a Sático, pero Sático regresó con brío, sustituyendo el entrenamiento por la fuerza bruta, y extendió la espada alcanzando a Anaxágoras, aunque demasiado tarde: el músico blandió la espada, desbaratándole la parada y golpeando el brazo derecho de Sático con tanta fuerza que dejó caer su arma.

—Te he matado dos veces, puto ignorante —dijo Sático enojado.

—¡Si no me has tocado! —se rio Anaxágoras—. Justo lo que pensaba: bailas a mi alrededor y te golpeo igual.

—Te he golpeado en la cabeza y acabo de pincharte el vientre —repuso Sático.

—No lo bastante fuerte para hacerme daño —replicó Anaxágoras—. No seas mal perdedor. ¿Se debe a que eres rey? De haber sabido que tenía que perder, habría venido mejor preparado.

Sático notó que se ponía colorado. Por un momento montó en cólera. Entonces contó lentamente hasta diez. Al terminar respiró profundamente tres veces y se puso en guardia. Estaba empapado en sudor y le dolían los brazos, y además iba desnudo. Con armadura, incluso una armadura ligera, ya estaría exhausto.

—Listo —dijo.

Esta vez Anaxágoras puso su capa bien adelantada y corrió hacia él blandiendo la espada.

Sático no se movió. Eligiendo el momento con precisión, golpeó con su capa y tiró una estocada en la misma dirección. Incluso a través de la capa que lo envolvía, el golpe de Anaxágoras le hizo daño en el brazo. Pero la hoja de Sático alcanzó la espinilla del músico, que se desplomó como un ternero en un sacrificio.

—¡Los dioses te maldigan, maricón! —dijo Anaxágoras enojado. Se levantó de un salto y embistió a Sático, que retrocedió. Anaxágoras arremetió desequilibrado, sosteniendo la espada torpemente atravesada alrededor de su cuerpo, y Sático dio un paso adelante, dio un mandoble contra el brazo de la capa y metió su hoja de madera en la axila del adversario.

—No te dejes gobernar por la ira, músico —dijo.

Anaxágoras no se detuvo: dio un mandoble alto, un furibundo golpe de Harmodio, uno, dos, tres, tan deprisa como pudo, golpes fuertes que rozaron el brazo de Sático e hicieron que le doliera la mandíbula.

Sático golpeó el vientre de su oponente con el puño del brazo de la capa. Antaño habría sido un golpe vigoroso, aun dándolo con la izquierda. Ahora fue como un codazo. Pero Anaxágoras se apartó y Sático aprovechó para apartar su hoja del torpe intento de su oponente por inmovilizársela y se la hincó en el mismo sitio donde le había dado el puñetazo.

Anaxágoras no dejó de atacar. Pero para entonces Sático ya se había acostumbrado a su ira. Giró hacia atrás, se agachó, recibió el golpe en la capa y le dolió.

Se oyó un chasquido y Anaxágoras se detuvo, atónito.

Korus le había pegado con su bastón.

—Ya basta —dijo.

Anaxágoras paró. Sangraba por tres sitios: uno era su cabeza, donde le había alcanzado el segundo golpe de Sático. Respiraba pesadamente. El fuego de sus ojos se apagó y dejó caer su espada de roble.

—Oh, señor, lo siento —dijo—. Cuando me enardezco... Mierda. Me has hecho daño. Soy un cabrón.

Sático nunca había visto al músico de aquella guisa: entre enojado y arrepentido.

—Me has dado miedo, Anaxágoras —dijo.

—A mí también —apostilló Korus—. Si lo matas, adiós a mi libertad —agregó. El entrenador sonrió.

Anaxágoras agachó la cabeza.

—Perdón —dijo.

Sático dejó caer su capa. El verdugón del brazo estaba enrojecido y ya se estaba hinchando.

—Pegas fuerte.

Anaxágoras asintió.

—Encuentro que da resultado, en combate.

Sático tuvo que sonreír.

Korus asintió.

—Y tú pegas como una chica —le dijo al rey del Euxino.

—Deberías ver luchar a mi hermana —respondió Sático—. Y estaba practicando mi ataque, par de idiotas.

Korus escupió en la arena.

—El músico no quiere reconocer que le has alcanzado fácilmente. Tú no quieres reconocer que te falta fuerza en la mano. Sois unos mentirosos. —Se encogió de hombros—. Mañana, con armadura.

Tres días de tregua; Demetrio no salió de su campamento.

Tres días de lucha en la arena de la palestra mientras el gimnasio iba desapareciendo alrededor de ellos.

El cuarto día, la flota de Demetrio avanzó. Los rodios le opusieron resistencia. Sático se echó a correr desde la arena de la palestra, ya con la armadura puesta, cuando la alarma sonó desde el templo de Poseidón, y Anaxágoras corrió a su lado. Subieron juntos la escalera de mano hasta el terrado de la casa de Abraham.

—Que la infantería de marina forme a cuatro calles del puerto, y bien separada para que una piedra no los mate a todos a la vez —ladró Sático a Apolodoro—. Tú eres la reserva para este sector. ¿Alguna pregunta?

Apolodoro se abrochó la mentonera y asintió.

—Detesto esto —dijo—. Tengo ganas de darle a algo.

Fuera, en el puerto, se estaban guarneciendo dos naves, eran naves incendiarias, dirigidas por Menedemos. Tenía intención de quemar otra máquina flotante, si podía.

No obstante Demetrio desplegó una táctica distinta. Su flota llegó hasta el puerto principal pero se quedó fuera del malecón, detrás de los cabos que señalaban la entrada al puerto menor. Cinco máquinas flotantes cruzaron lentamente la bocana del puerto menor y cuatro de ellas echaron el ancla justo enfrente del cabo sur del puerto principal.

En cuestión de minutos, sus brazos comenzaron a actuar y sus piedras comenzaron a volar por encima de los malecones, por encima del puerto. Solo tenían alcance para dar a los extremos norte y sur de la ciudad más cercanos al puerto, así como a unos ciento cincuenta pasos de muralla en cada extremo del mismo.

Con la misma rapidez, los refugiados salieron en tropel de las zonas amenazadas de la ciudad. Huyeron a los templos, que quedaban fuera del alcance de aquel bombardeo.

Al anoecer, las naves se retiraron. La muralla marítima había dejado de existir allí donde la habían alcanzado las máquinas: desde la bocana del puerto, al norte y al sur, casi trescientos pasos de muralla habían quedado reducidos a arcilla pulverizada, argamasa rota y piedra triturada. Murieron decenas de ciudadanos y los incendios comenzaron en los hogares cuyos moradores habían abandonado, dejando encendidas lámparas de aceite en su interior.

El barrio del norte ardió durante dos días. Pantero ordenó que la reserva de la ciudad demoliera dos hileras de casas para aislar el fuego y que regresara a sus deberes.

En el momento álgido del incendio, Demetrio envió naves al interior del puerto; treinta naves abarrotadas de soldados. Pero tuvieron problemas para sortear los restos de los naufragios y además había decenas de barcos rodios anclados, vacíos, en las aguas someras cercanas a la playa bajo la muralla marítima, y a pesar de los daños, casi todos seguían a flote para impedir la navegación.

Ni un solo soldado enemigo llegó a tierra, y la despiadada decisión de Pantero de abandonar el barrio del norte a las llamas demostró ser sensata.

Cuatro trirremes enemigos fueron capturados y destruidos.

La decimoséptima noche del sitio, Pantero, Demófilo y Menedemos tomaron el mando de tres guardacostas ligeros y salieron del puerto remando en silencio para atacar las máquinas flotantes con fuego. Sático estaba en el terrado, incapaz de irse a dormir. La máquina de allí arriba llevaba días sin disparar porque el enemigo no se ponía a tiro, pero el terrado era el más alto del barrio de los templos y desde allí Sático alcanzaba a ver muy lejos.

Anaxágoras subió por la escalera de mano mientras Sático se sentaba. El ataque era secreto, tan secreto que Sático no lo había comentado siquiera con Abraham, pero todo el mundo sabía que se estaba cocinando algo.

—¿Soy bienvenido? —preguntó Anaxágoras.

Sático gruñó. Se había sentado encima de la balista de la izquierda para ganar todavía más altura, y escrutaba el mar.

—Traigo vino —agregó Anaxágoras.

Sático sonrió en la oscuridad.

—Bien, siendo así...

Anaxágoras le pasó un tazón metálico y se encaramó a la otra máquina.

—¿Ataque nocturno? —preguntó.

Sático se bebió el vino de un trago. Estaba nervioso y enojado. Lo enojaba que su cuerpo todavía no estuviera en forma.

—Todos los comandantes —dijo—, todos excepto yo están ahí fuera, en el agua.

Anaxágoras asintió.

—Son aficionados —dijo.

Sático lo miró, pero le fue imposible descifrar la expresión del músico en la penumbra de la noche sin luna.

—No soy soldado sino cantante profesional —dijo Anaxágoras—. Sé planear y llevar a cabo un encargo importante. Una gran fiesta, un espectáculo en el templo; cincuenta músicos, diez piezas, un coro, un número sexual y otro de lucha y un par de famosos intérpretes de lira; hay que mantenerlos a todos contentos y unidos para que

el cliente quede satisfecho.

Sátiro intentó beber vino de su cuenco vacío.

—¿Tienes más vino?

—Sí. Cógelo al vuelo —dijo Anaxágoras, lanzándole algo.

Sátiro lo agarró, un odre de vino, inclinándose sobre la balista, y se sintió orgulloso del cuerpo que estaba reconstruyendo. Se sirvió más vino.

—No te falta razón —dijo—. No ven el sitio en conjunto, solo sus partes. Demetrio atacará el puerto, tal vez mañana. Pero lleva días moviendo hombres en torno a la ciudad, y tarde o temprano arremeterá contra la muralla terrestre; otra intentona por sorpresa, me figuro. Y los hombres de la ciudad son valientes como leones pero no miran el futuro ni me escuchan. Solo piensan en los próximos días. El sitio durará un año. Es decir, si tenemos la suerte de sobrevivir a lo que nos aguarda mañana.

Anaxágoras cambió de postura en la penumbra.

—¿Un año?

Sátiro se encogió de hombros, aunque ese gesto apenas comunicó nada. De modo que habló.

—Como mínimo. Lo único que necesita Demetrio para ganar es matar a uno de nosotros por cada quince de sus hombres, y entonces estaremos acabados. Por ahora ha desdeñado esa táctica.

De repente había fuego en el agua. Se encendió una llama, luego otra y, súbitamente, en el tiempo que Sátiro tardó en respirar una vez, los fuegos se convirtieron en columnas y en la distancia su rugido sonaba como un zumbido de abejas.

—Poseidón —dijo Sátiro—. Heracles, no nos abandones.

Las llamas crecieron hasta que toda la zona exterior del puerto estuvo iluminada como si fuese de día. Las tres naves rodias se veían claramente, así como una docena de naves enemigas que se desvaraban en la playa y un par de guardacostas que ya avanzaban a velocidad de embestida.

Una nave rodia incendió un tercer objetivo a costa de recibir la temible embestida de un espolón.

Sátiro se retorció, moviendo el cuerpo como si tratara de librar la batalla desde allí arriba.

—¿Te has bebido todo el vino? —preguntó Anaxágoras.

Sátiro le devolvió el odre y el músico lo cazó al vuelo.

—Tus brazos están recuperando fuerza —dijo.

Sátiro sonrió para sus adentros.

—Sí —contestó.

—No somos tan diferentes —comentó Anaxágoras.

—¿No? —preguntó Sátiro, con los ojos pegados en el combate que se libraba fuera del puerto. Había cuatro naves enemigas en torno a una rodia. Las otras dos naves rodias habían logrado escapar.

—No. Tú que eres rey, un hombre rico, preferirías estar luchando en lugar de observando, aun a riesgo de perder la vida.

Anaxágoras soltó un resoplido.

Sátiro vio que la tercera nave rodia se había incendiado. Aquello era coraje.

—Sí —contestó.

—Yo también detesto quedarme mirando. Tengo que participar en lo que hacen los demás. Música. Juegos. Entreno con la espada.

Anaxágoras se rio. Sátiro se unió a él.

—Es verdad —admitió, aunque tenía el corazón en un puño. ¿Quién acababa de morir?

—Y estamos enamorados de la misma mujer —prosiguió Anaxágoras—. Lo siento.

Faltó poco para que Sátiro se cayera de la balista.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Quieres a Miriam. Yo también. Veo cómo la miras. Hades. Yo la miro igual. Y también me gustaría comérmela cruda. —Anaxágoras se rio. No fue una risa alegre—. La cosa está en que, tú, el rey, ¿qué puedes ofrecerle? Yo puedo darle la música y un buen nombre. Me casaría con ella si Abraham me aceptara.

Ahora había más naves en llamas, las tres enemigas que forcejeaban con la nave rodia, muriendo en un abrazo letal. Alguien había realizado un noble sacrificio. ¿Quién?

—Estoy haciendo esto en mal momento, señor. Tienes otras cosas en mente.

Anaxágoras emitió un ruido como el de un hombre al atragantarse.

Sátiro saltó de su balista sin decir palabra y luego bajó por la escalera de mano que tenía más cerca, haciendo caso omiso de Anaxágoras. No estaba preparado para plantearse la validez de la afirmación de Anaxágoras y, además, creía haber visto hombres saltando por la borda de las naves en llamas.

—¡Apolodoro! —llamó—. ¡Infantes!

Reunió a una primera docena, con Idomeneo y algunos arqueros, y echó a correr hacia la bocana del puerto. Tuvieron que aflojar el paso al llegar al barrio del sur, donde parecía que los edificios los hubiese aplastado la mano de un dios. Treparon por los escombros que cubrían las calles: casas enteras desmoronadas, fachadas que habían caído enteras, un terreno dificultoso. Pero la distancia era escasa y enseguida alcanzaron el rompeolas del puerto menor. Sátiro siguió dirigiendo la marcha de los infantes y los arqueros.

—¡Buscad a los hombres que están nadando! —ordenó a voz en cuello.

Una de las naves enemigas también buscaba nadadores; un trirreme. Avanzaba enérgicamente, con sus arqueros disparando al agua, e Idomeneo comenzó a disparar contra los arqueros. Sus hombres lo apoyaban, y el resplandor de las naves incendiadas iluminaba por detrás al enemigo mientras Idomeneo y sus arqueros resultaban invisibles en la oscuridad. En cuestión de segundos, los arqueros enemigos dejaron de tirar.

—¡Veo hombres! —gritó Apolodoro—. ¡Lanceros, a mí!

Idomeneo miró a Sático. El trirreme enemigo se aproximaba derecho hacia ellos, era posible que tuviera intención de desembarcar a sus infantes de marina en el rompeolas para cortar el paso a los nadadores.

—Intenta limpiar el puesto de mando —dijo Sático.

—Apuntad a media eslora —ordenó Idomeneo—. Todos juntos. ¡Tirad!

Una docena de flechas salió volando, y luego otra docena antes de que la primera hubiese dado en el blanco, y de repente la nave enemiga viró, no hacia babor, alejándose del rompeolas, sino a estribor, y en un abrir y cerrar de ojos embarrancó, a velocidad de crucero, empotrando el espolón contra las piedras sumergidas del malecón del puerto antiguo, el de los tiempos de Agamenón y Aquiles.

Entonces la noche fue puro combate. La tripulación enemiga, desesperada, saltó en tropel por la borda a las aguas profundas y subió por las rocas del rompeolas. Sático solo contaba con media docena de infantes, y tuvieron que correr de un lado a otro del camino que discurría sobre las obras del puerto, matando a los hombres que trepaban.

Y tenían que ir con cuidado porque, desde el principio, algunos de esos hombres que trepaban eran amigos, nadadores que venían de la nave rodia en llamas.

Sático se detuvo en lo alto de una escalera de hierro construida en el rompeolas y su escudo le pesaba en el hombro como si estuviese hecho de hierro; no recordaba sentirse tan cansado antes de un combate. Algunos enemigos habían logrado subir por aquella misma escalera o por otra y en su mayoría iban desarmados o mal armados, pero Tiké le envió un ataque: tres hombres con armadura, que habían trepado directamente del trirreme agonizante al embarcadero, y un puñado de marineros desarmados detrás de ellos, y él estaba solo.

Dio una patada a otro hombre que subía por la escalera de hierro y el pobre desdichado cayó al agua, y entonces Sático afianzó el hombro para resistir la acometida.

Lo único que podía hacer era retirarse, no podría haber defendido la escalera ni siquiera estando en plena forma. Se las arregló para dar dos buenos mandobles y ambos alcanzaron a sendos enemigos, pero no con suficiente fuerza, y ninguno de ellos cayó.

Atrás, atrás y más atrás, maldiciendo su propia debilidad. Una figura a su lado en

la oscuridad, blandiendo una espada fieramente, y los hombres empezaron a replegarse delante de ellos. Y luego un destello de luz, una llamarada y Sático entró a fondo, cambiando de pie, y hundió su espada en el ojo de un hombre que murió en el acto.

Y entonces, súbitamente, el rompeolas estuvo atestado de hombres. Menedemos arrimó su nave a la parte interior del rompeolas y desembarcó a sus infantes de marina y a su tripulación de cubierta, que opusieron resistencia al ataque. En cuanto adelantaron a Sático, este cayó de rodillas; unos segundos de forcejeo con su yelmo y vomitó a causa de la fatiga.

Anaxágoras le sostuvo el pelo para que no se lo manchara de vómito y luego le pasó un trapo, silencioso a la luz parpadeante de las naves agonizantes.

Sático se puso de pie.

—Gracias —dijo—. Creo que me has salvado la vida —agregó.

Anaxágoras sonrió.

—Creo que tú salvaste la mía en la Batalla de Salamis. —Se encogió de hombros—. ¿Tablas?

Sático no pudo levantar los brazos más arriba de los hombros.

—No lo puedo evitar —dijo.

Anaxágoras asintió.

—Yo tampoco.

Los rodios despejaron el malecón, matando sin piedad a cuantos enemigos hallaron. Todos los nadadores rodios fueron rescatados, incluso los tres hombres que apoyaron a Pantero, que aun llevando armadura había logrado cruzar el puerto a nado.

—Hay un hombre más cansado que yo —dijo Sático. Fue a abrazar al viejo navarco.

—Ahora se largará —dijo Pantero jadeando.

Sático negó con la cabeza.

—Ahora irá en serio —dijo.

Capítulo 21

Días decimonoveno, vigésimo y vigesimoprimeros

La mañana siguiente Demetrio permaneció en su campamento y los defensores durmieron. Para entonces había dos mil personas entre hombres libres, esclavos, ciudadanos y extranjeros durmiendo al raso en el ágora y delante del templo de Poseidón, y las familias construían chozas con mantas, velas viejas, canastos, cualquier cosa que encontraran. La madera escaseaba: los marineros de Sático se habían adueñado de cualquier trozo de madera que pudiera ser útil y los hombres talaban los olivos que crecían en los jardines.

La misión de combate había quemado otras tres máquinas flotantes, dejando a Demetrio con seis. Sus ingenieros y esclavos pasaron el decimonoveno día del sitio trabajando duro, y treinta trirremes escoltaron a una docena de mercantes hacia el norte.

—¿Qué crees que se trae entre manos? —preguntó Anaxágoras entre dos asaltos. Estaban en el jardín de Abraham, ya no había gimnasio que frecuentar.

—Conseguir madera para construir más máquinas —contestó Sático.

Luchar en el jardín de Abraham significaba hacerlo donde todos los infantes y marineros podían verlos. Y Miriam, por supuesto, que sonreía a ambos hombres. Todo ello contribuía a elevar la tensión de los falsos enfrentamientos al máximo.

Ambos acabaron cojeando al final. Miriam había presenciado todos los asaltos, mientras Cármides se disponía a luchar contra Helios; también se quedó a mirar. Otros infantes iban formando parejas.

—¿Tienes tiempo para mí? —preguntó Abraham. Llevaba la armadura puesta.

Sático sonrió. Agarró la espada de prácticas de la mano de Anaxágoras.

—¡Hermano! —dijo, y comenzó el enfrentamiento.

Abraham estaba en buena forma pero su técnica era anticuada y Sático lo empujó hasta el fondo del jardín, donde recibió una estocada en el vientre.

—¡Me lo he merecido! —rio Sático.

—Me ha encantado —respondió Abraham.

Libró otros dos combates antes de que la fatiga lo venciera. Vio que Abraham estaba practicando su ataque y levantó la mano.

—Ya no puedo más —dijo, y se abrazaron—. Me alegra verte con armadura —agregó Sático. Fue a situarse al lado de Apolodoro para ver a los infantes. No fue su intención situarse donde pudiera oír a Anaxágoras hablando con Miriam. Simplemente ocurrió.

—Qué raros sois los hombres —dijo Miriam a Anaxágoras—. Mi hermano está aquí cada día, pero cuando se pone armadura para convertirse en asesino, Sátiro le ama todavía más.

Anaxágoras negó con la cabeza.

—No, Despoina —dijo—. Es mucho más complicado que eso, y creo que lo sabes. La guerra los convirtió en hermanos. Cuando Abraham va vestido de judío, y sin ánimo de ofender, Sátiro no sabe a qué atenerse. Pero el rey es cortés y ama a tu hermano. Cuando tu hermano se pone armadura y muestra las piernas, caray, ese es el hombre que conoce, y lo conoce hasta el fondo de su corazón.

Miriam no resultaba visible para Sátiro. Deseó verle el rostro; la muchacha soltó un ruido extraño, casi como un gemido. Y Sátiro pensó: «Anaxágoras, cabrón, llevas razón. Y Abraham se merece algo mejor, se vista como se vista.»

Y luego comieron y durmieron, y Demetrio lanzó su mayor ataque hasta el momento.

Pilló a Sátiro por sorpresa. Había confiado en que Demetrio sería paciente, que obtendría más madera de tierra firme y que continuaría con su minucioso bombardeo. Al fin y al cabo era una estrategia demoledora.

En cambio, al alba del vigesimoprimer día, las seis máquinas flotantes se aproximaron, cubiertas por cien trirremes y dos docenas de *penteres*.

Los rodios se encaramaron a sus defensas. Ocuparon sus puestos y Sátiro tuvo tiempo, por más rápido que remara el enemigo, para alterar sus disposiciones. Era responsable del tramo central de la muralla marítima. Sus partidas de trabajo llevaban quince días trabajando en secreto. Sus marineros e infantes guarnecían algunas murallas. Su amado *Areté* estaba amarrado ante la sección más débil de muralla.

—¿Apolodoro?

—¿Señor?

—Todos los infantes a la reserva. Los marineros han estado practicando con las máquinas, dejemos que los sustituyan. Quiero a todo hombre con armadura preparado para defender una brecha, desde aquí hasta el ágora. No quiero perder ni a uno de vosotros en el bombardeo y deduzco que va a traer las máquinas muy cerca. —Sátiro le dio una palmada en el hombro—. Adelante.

—¡Sí, señor!

La flota de Demetrio formó ante el puerto menor y el principal, y al sonar un toque de trompeta una docena de trirremes entró veloz en cada puerto para toparse con una lluvia de proyectiles de balista, flechas incendiarias y lanzas.

Pero es difícil hundir un barco concreto con proyectiles. Los remeros de los trirremes eran valientes, y les habían prometido sustanciosas recompensas si tenían éxito. Condujeron los picos de sus naves primero contra la línea defensiva atracada, el muro de naves que defendía la muralla marítima, y le prendieron fuego.

—Mierda —dijo Sátiro. Una de las primeras naves donde prendió el fuego fue el *Areté*. Y lo único que pudo hacer desde su posición privilegiada en lo alto del terrado fue ver cómo se quemaba su amada nave. Fue como presenciar la muerte de un amigo o un amante. Un ser querido. Durante tres años de paz había vertido su deseo de acción, de una vida fuera del Euxino, en el *Areté*. Y se quemaba muy de prisa junto con sus sueños de libertad, deseo secreto de marcharse y dejar que Tanais se pudriera, no asistir a más consejos de granjeros ni contar dracmas al encargar estatuas; la nave ardía y él no podía apartar la vista de ella mientras parecía alcanzar una especie de perfección final, como si la propia nave fuera llamada al Olimpo y partiera a través de una apoteosis de fuego.

Demetrio había elegido bien a sus hombres y trazado sus planes con esmero. Toda la línea de la muralla de madera ardió y la brisa marina empujó el viento a tierra, contra los rostros de los defensores. Y mientras sus ojos lloraban y ellos se atragantaban con el humo, las naves de más porte entraron en los puertos, seguidas por las máquinas flotantes.

Entonces sus máquinas comenzaron a alinearse ante la muralla marítima. Disparaban a ciegas contra el humo, pero contaban con ingenieros formados por filósofos y matemáticos, y tenían medido el alcance gracias a las incursiones anteriores. La lluvia mortífera derribó la muralla marítima en tres puntos, abriendo brechas tan anchas como la eslora de una nave pequeña. Tras dos horas de acción, mientras las olas lamían la línea de flotación del ennegrecido *Areté* hundido en las aguas someras, apagando el último fuego del puerto, el aire se despejó y todas las fuerzas enemigas avanzaron sin amilanarse ante la desesperada descarga de artillería de los defensores. El puerto se llenó de naves enemigas. Las dos balistas del terrado disparaban tan aprisa como podían cargarlas; unos cuantos proyectiles calentados al rojo vivo en las cocinas, la mayoría fríos y derechos.

En el puerto, el fuego prendió en naves enemigas, capitanes enemigos cayeron, remeros enemigos murieron pero aun así la flota siguió acometiendo, y ahora las grandes máquinas flotantes levantaban sus puntos de mira. Sus grandes piedras dejaron de caer sobre la muralla marítima. Disparaban cientos de pasos tierra adentro, creando una línea de destrucción detrás de la muralla.

—Está aislando la playa de la ciudad —dijo Sátiro. Negó con la cabeza—. Es muy bueno. No se me había ocurrido que podía usar las máquinas grandes para mantener alejados a nuestros hombres.

Anaxágoras se agachó cuando una piedra pasó silbando junto a ellos y cayó sobre los escombros de la casa de detrás de la de Abraham por segunda vez.

—Ahí vienen —dijo Sátiro—. Ahora los vemos. —Se volvió hacia Helios—. Avisa a Abraham.

Momentos después su amigo estaba a su lado en la calle. Sátiro se lo llevó a un aparte, dentro del patio. Hizo una seña a Anaxágoras para que se uniera a ellos.

—Abraham —dijo—. La ciudad puede caer en cuestión de una hora.

—Lo sé —contestó Abraham.

—Si estás de acuerdo, dejaré aquí a Helios para que mate... a tu hermana. — Sátiro se encogió de hombros—. Anaxágoras, ¿me equivoco?

El músico negó con la cabeza.

—No.

Pero Abraham negó con la cabeza a su vez.

—Eso está resuelto —explicó—. Os agradezco que hayáis pensado en ello. Pero ella tiene su propia manera de hacer las cosas.

Sátiro asintió.

—Bien. Pues manos a la obra.

Vio a Miriam en la ventana de su cuarto de costura. La saludó con la mano.

Ella no le devolvió el saludo.

En las calles el ambiente era desolador. El aire estaba lleno de humo y polvo, y las astillas y trozos de piedra habían alcanzado a mucha gente, de modo que los esclavos y los niños heridos vagaban con desgana o corrían gritando.

Sátiro avanzó entre los escombros. Cuanto más se acercaba a la muralla marítima, peor era la destrucción. Muchas de las piedras habían errado el tiro, cayendo sobre la ciudad. Lo peor para su plan.

Para cuando llegó a la muralla marítima, o a los escombros de la muralla marítima que ahora era una brecha de cuatrocientos pasos, el enemigo estaba varando treinta naves ligeras atestadas de soldados. Dos ya estaban ardiendo; una había recibido un impacto de balista sobre los apretujados falangistas pero las demás seguían adelante y los hombres saltaban al agua poco profunda y subían por la playa gritando.

Hombres escogidos, todos ellos voluntarios. Veteranos de cincuenta combates, duros macedonios, griegos y asiáticos que se habían enfrentado a la caballería, a los elefantes, al fuego y a la espada durante veinte años subían por la playa contra una descarga de flechas tan cerrada que parecía la encarnación del viento. Caían hombres y otros seguían avanzando. Murieron docenas. Otros tantos resultaron heridos y una buena parte se encogió de miedo en la sentina de sus ligeras naves de asalto y se negó a saltar a tierra, pero aun así dos mil hombres desembarcaron en la playa y en su mayoría cruzaron la franja de guijarros hasta los pies de la brecha.

Pese a todo, no dejaba de ser cómico, como una de las mejores obras de Menandro, que Demetrio tuviera cuarenta mil soldados pero que sus ataques se vieran limitados al número de hombres que cabían en las naves que podía meter en el

puerto. Si hubiese podido llenar de hombres la playa, aunque fuese con cuatro mil hombres, la ciudad habría caído en cuestión de minutos.

Sátiro aguardaba en sus defensas. Dos semanas de trabajo de sus marineros y los esclavos de la ciudad. ¿Hacía bien? ¿Sospechaba algo Demetrio?

La inacabada y castigada muralla marítima ni siquiera ralentizó el avance de los profesionales macedonios, que ya penetraban en las calles.

—¡Permaneced juntos! —gritó un oficial—. ¡Nada de saqueo hasta que la guarnición esté muerta!

Lo ovacionaron como locos. Estaban en la ciudad, sus naves dominaban el puerto...

Sátiro vigilaba su avance.

Los hombres de primera línea morían bajo nuevas descargas de los arqueros, más cerradas que las anteriores. Y de pronto los oficiales macedonios comenzaron a levantar la cabeza y a entender.

Una manzana más allá de la muralla marítima había otra muralla disimulada entre las casas. Estaba construida con escombros y sillares del templo de Apolo y del gimnasio. Solo doblaba en altura la estatura de un hombre y en lugar de torres, las casas más altas se habían reforzado rudimentariamente, abriéndoles aspilleras. Todos los arqueros de la ciudad estaban dentro de las casas y disparaban contra las unidades de macedonios como cazadores cazando una manada de venados acorralados.

Los macedonios gritaban de miedo y rabia, pero no se daban por vencidos. Subían por las estrechas calles entre las casas con aspilleras. Eran veteranos. Aceptaban las bajas para llegar a la muralla porque hasta el último hombre sabía que la única salida era seguir adelante.

Sátiro había visto luchar a macedonios de segunda en Gaza pero nunca había visto la ferocidad de los mejores: los antiguos labradores de Pella, los hombres cuyo coraje había convertido a Alejandro en el amo de Asia. Rugían como los leones cuando los vaqueros los encerraban en un corral cuando trataban de atacar al ganado en las frías noches de invierno, y ahora estaban acorralados, demasiado enojados para huir. Bramaban como fieras y pasaban por encima de sus muertos para llegar a la muralla.

Llegaron a lo alto de la muralla en tres lugares. En dos, los contraataques los repelieron; después Sátiro supo que Idomeneo, el mejor arquero que conocía aparte de su hermana, había conducido a sus cretenses desarmados desde sus casas a los flancos de una penetración.

Pero eso fue después. Justo en el centro, donde recibieron cierto apoyo de las máquinas de sus naves, los macedonios subieron a la muralla tres veces y, en el tercer intento, trepando sobre cien cadáveres para acabar con sus manazas con la vida de los defensores, cruzaron la muralla, soltaron tremendos vítores y entraron rugiendo en la

ciudad.

Sátiro se volvió hacia Cármides.

—Trae a Apolodoro —dijo—. No mueras por el camino.

Tenía a Anaxágoras y a Helios, a Abraham y a una docena de marineros con armadura incompleta.

La mano de Neiron le estrujó el hombro.

—Tú no, señor.

Sátiro negó con la cabeza.

—Todos los hombres. Llevo armadura.

Neiron negó con la cabeza.

—Eres muy impetuoso.

Sátiro los miró a los ojos, se abrochó las mentoneras y empuñó su lanza. Su escudo amenazó con hacerle caer al suelo. Hizo caso omiso de su fatiga.

—¿Listos?

Los hombres que lo rodeaban gruñeron. Del terrado de casa de Abraham salían marineros en tropel. La calle estaba atestada: de un lado al otro no era mucho más ancha que un carro, y treinta hombres la llenaban de a seis en fondo.

Anaxágoras lo miró, inmenso y feroz con un impresionante yelmo de bronce, un yelmo tracio con un ventalle que le confería un aspecto perverso.

—Al menos quédate en segunda fila —dijo.

—Ni hablar —contestó Sátiro. Vio a Miriam en el terrado, vigilante. En el fondo sabía que era un idiota, un niño impetuoso, pero Miriam estaba allí arriba y él era el Rey del Bósforo, no un acobardado soldado de segunda fila.

Los macedonios se detuvieron en el fondo de la calle, gritaron y cargaron.

—¡A la carga! —rugió Sátiro.

Avanzaron pisando fuerte calle abajo hacia el enemigo, haciendo palmotear sus sandalias. Un macedonio tropezó con un cascote y se cayó, la carga enemiga titubeó, pero eran hombres entrenados y siguieron avanzando rodeando al hombre caído.

Sátiro deseó estar más fuerte, y entonces el *daimon* se adueñó de él y echó a correr.

Ambos bandos aflojaron el paso cuando sus escudos chocaron. Ninguno de los dos portaba sarisas, las enormes picas que los macedonios usaban en guerra abierta. Eran demasiado largas para usarlas en un sitio, y los falangistas enemigos portaban jabalinas y *lonche*, una especie de lanza propia de la caballería griega y de los cazadores. Sus escudos redondos también eran más pequeños, y Sátiro y sus compañeros tenían ventaja al entrar en contacto. Sátiro bajó el hombro y estampó su escudo contra un enemigo...

Y fue derribado, el enemigo pasó por encima de él y murió, derramando sangre

sobre el rostro de Sático mientras intentaba levantarse, y el golpe resonó en su yelmo y cayó de nuevo, con algo pesado encima de las piernas. Otro hombre pisó su escudo y su hombro se estremeció de dolor. Por un momento tuvo doce años y luchaba a oscuras bajo los pies de Filocles cuando los asesinos atacaron su casa en Heraclea. Soltó su lanza, desenvainó la espada y se hirió a sí mismo cuando alguien le dio una patada en el codo; perdió la espada y recibió otro golpe en el yelmo.

Resultaba tentador rendirse y quedarse tendido en el suelo, pero su ciudad estaba muriendo. Sacó el brazo del porpax de su escudo, resistió la punzada de dolor y apoyó la mano izquierda detrás de él, empujó con las piernas y las caderas; un escudo le golpeó la cabeza y volvió a caer, esta vez de bruces, viendo estrellas y un bosque de piernas y caderas encima de él, y la estrella de Macedonia en los escudos. Sático encontró la empuñadura de su espada debajo de su mano y dio un mandoble hacia arriba con su *xiphos* aunque con poca fuerza, pero el filo y la punta se clavaron en la entrepierna de un hombre que gritó y se dobló, cayendo encima del brazo de la espada de Sático, que soltó el arma. Otro golpe en la espada y cayó otra vez, y el peso en su espalda era tan grande que se preguntó si iba a morir aplastado. Los hombres morían encima de él, y ahora estaba atrapado, alguien gritaba maldiciones dentro de su yelmo...

Oscuridad.

Heraclea, primavera, 305 a. C.

—Sátiro del Bósforo ha muerto.

Se decía en el ágora y en los cuarteles, en las casas particulares de los mercaderes, en el dormitorio y en el andrón. Había quien lo decía convencido y otros lo decían titubeando.

En la ciudadela de la ciudad, muy por encima de los demás cuchicheos, Estratocles de Atenas estaba sentado en una silla de ébano en presencia de su señora con una bolsa de rollos a su lado. Sacó otro rollo, rompió el sello y leyó en voz alta el largo y florido saludo.

—A la divina Amastris, portadora de luz, heraldo de la belleza, amada de Afrodita y Atenea, este humilde suplicante envía sus saludos, implorando a su divina majestad su continuada protección y favor. —Estratocles levantó la vista y enarcó una ceja—. Menos mal que no pagamos por palabras. No obstante, Fiale es una vieja y fiable agente; ja, seguro que el mero uso de la palabra «vieja» le causará sufrimiento desde aquí. Y ahí lo tienes, Despoina: Sátiro está muerto. Murió a causa de una herida envenenada o tal vez de fiebre, hará cosa de un mes o algo más.

Amastris cogió una bella *pnux* de alabastro egipcio, la miró unos instantes y la lanzó contra la pared. Se rompió en mil pedazos que una pareja de esclavos se apresuró en recoger antes de que ella los pisara y fueran azotados por su tardanza.

Estratocles la observaba y torció el gesto; su persistente cariño por aquella mujer a menudo se resentía por el egoísmo de sus arrebatos de ira. La manera en que sopesaba un objeto antes de destruirlo... En otras ocasiones la había visto coger un objeto que le gustaba de veras, sopesarlo y luego devolverlo a su sitio. Al parecer nunca destruía algo que realmente valorase.

—No está muerto —chilló—. ¡No te creo!

Estratocles puso cuidado en mantener el semblante inexpresivo.

—Siempre cabe una pequeña posibilidad, querida. Pero estaba en Rodas, enfrentándose a Demetrio. Eligió apoyar a la ciudad condenada... contra tus

intereses, si me permites recordártelo. Y ahora ha pagado el precio. Puedes enojarte cuanto quieras con el destino, montar en cólera contra las Moiras si así lo deseas, pero ya va siendo hora de que nos enfrentemos a los hechos. De todos modos no ibas a casarte con él, ¿verdad?

No había tenido intención de decirlo; era una verdad desagradable, el tipo de cosa que un político precavido como Estratocles guardaba para sí, la clase de información que podía otorgar poder si se utilizaba con atino. Pero a veces la fingida y egoísta devoción de Amastris lo sacaba de quicio.

—Amo a Sátiro —le espetó Amastris. Su doncella favorita, la chica celta, estaba a gatas, recogiendo los trozos de la *pnix* rota tan deprisa como podía. Amastris puso énfasis a su amor propinándole un puntapié para apartar a la pobre chica de su camino—. Cómo te atreves, escoria ateniense, a fingir que no tienes sentimientos más elevados. ¡Fuera de mi vista!

Estratocles se apoyó en el respaldo de su silla.

—No —contestó. Iba a disfrutar de un momento de rebeldía; con frecuencia lamentaba las consecuencias pero no pudo resistirse a la oportunidad de mostrar a Amastris su propia imagen—. Deja de maltratar a tus esclavos y préstame atención, joven dama. Antígono y su hijo rubio lo han arriesgado todo, todo, para tomar Rodas. A decir de todos, están ganando. Tu padre tenía una estrecha alianza con ellos; la nuestra debe serlo todavía más. Y Sátiro está muerto. Su hermana ha desaparecido en oriente y, con un poco de suerte, también habrá muerto. Este es nuestro momento. Domina tus impulsos, junta unos cuantos barcos de guerra y envía a la escolta de tu padre a ayudar a Demetrio; un reconocimiento público. Va a necesitar hombres y naves. Un sitio como este devorará hombres como los cerdos devoran coles. Consigue su alianza, su aprobación, y luego pon Tanais en el punto de mira. Puede ser nuestra antes del final del verano. Nadie nos detendrá, toda su flota está fuera. Probablemente destruida.

Amastris se arrojó a su cama. Sollozó desconsoladamente varios minutos y luego, como un chiquillo, se incorporó.

—¿Con quién me ves casada? —preguntó.

Estratocles asintió. Aquella era la princesa que amaba. A menudo llevaba tiempo llegar hasta ella, pero al final el viaje siempre merecía la pena.

—Veo varias posibilidades —contestó—. Si estás dispuesta a ser reina del Emperador del Mundo, creo que la mejor elección es Demetrio. Es guapo, va a ser el amo de todo el mar océano...

Amastris negó con la cabeza.

—Nunca seré una segundona —dijo—. Aunque bien es cierto que es guapo, y recuerdo que tiene esa deliciosa creencia en que es más que un mero mortal; es lo mejor que tiene. Tal vez podría hacerme amiga suya antes de casarme.

Estratocles se rio.

—O después, querida mía.

Amastris rara vez había pasado más de un mes sin un amante y Estratocles no contaba con que eso fuese a cambiar en un futuro inmediato.

—Bien —prosiguió Estratocles—, pues si no va a ser el gran hombre, puedes elegir entre un montón de lugareños y convertirlos en tu consorte. El comandante mercenario de Melita, a quien de todos modos habrá de comprar, es apuesto y un don nadie. —Estratocles se rio—. Una vez que tengamos Tanais, siempre podemos mandarlo lejos.

—¿Alguien más? —preguntó Amastris, agitando los pies encima de su cabeza mientras yacía bocabajo. Bailaba constantemente, con una dedicación que desmentía su aparente pereza. Tenía el cuerpo de una bailarina del templo y, de hecho, a menudo dirigía las danzas religiosas en persona. Era notablemente flexible, y Estratocles tuvo que apartar la mirada. Amastris lo hacía a propósito: él lo sabía y ella también. Y sin embargo era capaz de atarlo corto.

Amastris sonrió con los ojos menos enrojecidos.

—¿Qué me dices del joven Heracles? —preguntó. Era el hijo de Banugul, el último hijo vivo de Alejandro. Nacido fuera del matrimonio, por supuesto. Pero Estratocles lo tenía escondido con su madre y no le diría a nadie dónde.

—Es un poco más joven que tú —dijo Estratocles, frotándose la barba—. Y para serte sincero, su momento todavía no ha llegado. Mi instinto me dice que Antígono cometerá un error y que entonces llegará el momento de mi chico. —Estratocles la miró—. Los dos sois jóvenes. Ahora toca casarse con el mercenario, dominarlo un año o dos y luego ver qué hay en el horizonte.

—Reina del Euxino. Reina del Bósforo. —Amastris sonrió—. Chica, ¿qué estás haciendo en el suelo?

La esclava se encogió pero Amastris se limitó a sonreír. A Estratocles le dijo:

—¿Y qué te parece Lisímaco?

—Lisímaco y Casandro sin duda están desesperados —contestó Estratocles—. Lisímaco solo puede prosperar si Asia y Europa están en guerra y él controla la zona intermedia. Casandro perderá Grecia en cuanto Antígono haya terminado con Rodas y Egipto. Mala señal, querida. Pero no adelantemos acontecimientos. Tienes mucho que ofrecer y ahora tienes la oportunidad de aumentar tus rebaños. Convierte a Demetrio en tu aliado y luego toma Tanais, Olbia y Pantecapea. Necesitaremos más tropas. A lo mejor Demetrio nos las alquila cuando Rodas caiga.

Amastris hizo un mohín y luego sonrió.

—Has pensado en todo, como de costumbre.

Estratocles enarcó una ceja.

—Si estás de acuerdo, tienes que enviarle naves a Demetrio. Y tenemos que

ocuparnos de Néstor, el capitán de tu padre. No cuentas con su aprobación.

Amastris sonrió enseñando los dientes como un depredador.

—Me parece que quien no cuenta con su aprobación eres tú, querido consejero.

Estratocles le devolvió la sonrisa, diente por diente.

—Creo que en la presente situación nuestros intereses van uncidos al mismo yugo, como los caballos de un carro de combate.

Amastris se quedó un momento mirando a sus doncellas en el suelo.

—¿Qué tienes en mente? Podría enviarlo a Rodas con los hombres de mi tío.

Estratocles se encogió de hombros.

—Esa es una solución a corto plazo.

—Y tú podrías ir al mando —agregó Amastris.

Libro IV

Campamento de Demetrio, isla de Rodas

Finales de primavera, 305 a. C.

Estratocles observaba a su señora flirtear con Demetrio con la misma inquietud de un padre viendo a su hija flirtear con un proxeneta.

Se veía obligado a admitir que en cierto modo eran tal para cual. Rara vez había visto dos cuerpos tan perfectos, ambos con la misma mata de pelo rubio, y además daban la impresión de reconocer algo el uno en el otro; algo que permitía interpretar el amor propio como amor.

Amastris se mostraba esquiva, tímida y coqueta, cosa nada usual en ella. Tras cinco días en su campamento, las manos de Demetrio todavía no la habían tocado. En esa ocasión, Estratocles tenía que ponerle la máxima nota en disciplina. Amastris no era Banugul. Tenía otras cuerdas en su arco, otras flechas en su carcaj.

—¿Debo deducir que me has traído aquí para verme morir? —preguntó Néstor. El gigante negro estaba a su lado.

Estratocles tenía muchos defectos pero la cobardía no era uno de ellos. De modo que no se amedrentó, ni siquiera en su fuero interno.

—No puede decirse que seamos muy amigos, ¿verdad, Néstor?

Néstor negó con la cabeza.

—No.

—Me consta que podrías orquestar mi muerte con la misma facilidad con la que yo podría orquestar la tuya —dijo Estratocles. Asintió a su teniente, Lucio, que se había situado muy cerca de Néstor. El italiano era el hombre más mortífero que Estratocles había conocido en su vida y el propio Estratocles era un luchador veterano.

Néstor estaba tan impertérrito como Estratocles.

—Tal vez —dijo Néstor—. Aunque no todos los hombres son víboras.

—¿Hacemos una tregua, Néstor? Tengo que comandar a estos hombres, nuestra señora no esperará menos. No tramaré tu fallecimiento si tú no tramas el mío. —Miró a Néstor a los ojos. El guerrero era absolutamente honesto: si tenía intención de

engañarlo, Estratocles se daría cuenta en el acto.

Néstor sonrió:

—¿Prestarías juramento, ateniense?

Estratocles asintió.

—Por supuesto.

Néstor sonrió de nuevo.

—¿Qué juramento debería aceptar? —preguntó.

Estratocles le hizo frente.

—Mantengo mi palabra —dijo enojado.

—¿En serio? —preguntó Néstor—. Siendo así, pongo a todos los dioses por testigo. Por la laguna Estigia, sobre la que juran los propios dioses. Por Zeus, que escucha todos los juramentos. Por las furias, que persiguen a quienes rompen juramentos. Juro que, mientras sirva a mi señora Amastris, no emprenderé acto alguno de pensamiento, palabra u obra para hacerte daño, Estratocles. —Se rio—. ¿Jurarás lo mismo?

—¿Qué necesidad hay, si ya estás obligado? —contestó Estratocles, riendo.

Néstor se sumó a su risa.

—¿Qué necesidad había de pedirme un juramento, ateniense? —preguntó. Dedicó una sonrisa a Lucio—. Ambos sabemos que solo te mataría cara a cara. Quieres que exija un juramento que necesitarías de un hombre como tú. Pero yo no soy como tú, y si lo fuera, mi juramento no me obligaría. Tiene su gracia el asunto, ¿no? —preguntó, y se marchó. Estratocles miró a Lucio, que encogió sus imponentes hombros.

—A mí no me mires, jefe —dijo Lucio.

—Tal vez lo necesite muerto uno de estos días —dijo Estratocles.

—Mátalo tú mismo, jefe —dijo Lucio—. Me huelo que ese será difícil de matar.

Estratocles no pudo evitar reír.

—No es preciso que me lo digas. ¿Puedo decirte un secreto, Lucio? En el fondo me cae bastante bien.

—A mí también —respondió Lucio. Se encogió de hombros a su manera tan italiana—. He tenido que matar a hombres que me caían bien y nunca me ha gustado hacerlo. Así que no liquidaré a Néstor, ¿de acuerdo?

Estratocles asintió.

—De acuerdo. De todos modos moriremos como moscas en otoño en este sitio. Has sido soldado más a menudo que yo. —Estratocles señaló con el mentón hacia las murallas del campamento—. ¿Cómo le va a nuestro héroe rubio?

Lucio se arrebujó con su capa. Estaban a finales de primavera y la temperatura del agua todavía era fría, y el aliento del viento marino tampoco era templado.

—Sufrió un revés importante la otra noche, antes de nuestra llegada. Perdió a dos mil hombres, dos mil hombres muertos, al intentar tomar por asalto las defensas del

puerto. He hablado con unos cuantos supervivientes que huyeron a nado. Los rodios construyeron una muralla oculta a un tiro de piedra de la muralla del puerto. Una idea cojonuda, en mi opinión. Jamás he visto hacer algo semejante en Italia. Había oído hablar de ello, pero estos cabrones lo hicieron de verdad; un estadio entero.

—Dos mil hombres —repitió Estratocles. Se quedó consternado. Había contado con encontrar Rodas a punto de caer.

Lucio se encogió de hombros.

—Tiene hombres de sobra; no muchos tan buenos como los nuestros, pero una buena cantidad. Cuenta con algunos de su padre, algunos buenos macedonios, algunos argiráspidas que su padre seguramente quiere que mueran, aunque solo sea para ahorrarse su paga. —Se encogió de hombros otra vez—. Vencerá, no temas. Pero creo que a este sitio todavía le queda un mes. Sobre todo habida cuenta de que está preparando otro asalto contra el puerto.

Horas después, caminando por la arena, siguiendo a su señora mientras ella paseaba cogida del brazo del Rey Rubio, oyó a Demetrio.

—¿No es como Troya? —preguntó Demetrio. Señaló con su brazo bronceado la línea de naves—. Mil naves con la popa en la arena, querida. Mil naves. Y nosotros somos los nobles aqueos, llegados para tomar la altiva Ilión; bueno, no tan altiva pero sí dura de pelar.

Amastris se rio de él.

—Eso es una pose un tanto exagerada, Gran Rey. La ventosa Ilión tardó más de diez años en caer. Y, por el momento, ninguno de tus ataques ha sido fructuoso.

Demetrio se detuvo y la miró; fue una larga mirada, una mirada que se prolongó hasta el punto de que todo el mundo se detuvo, todos los cortesanos y guardias, todos los asistentes, todos los esclavos.

—Un hombre de menos valía montaría en cólera si dudara así de él —dijo Demetrio—, pero los hombres de menos valía son, eso, de menos valía. Les falta confianza y optan por la ira cuando lo que en realidad manifiestan es miedo. Yo no soy como ellos. Tomaré Rodas porque soy el mejor; de hecho, porque soy como un dios. Tengo un gran ejército, una gran flota, ingenieros magníficos y, sobre todo, mi voluntad de mando. Ellos no tienen nada de esto pero tienen una muralla sólida y son valientes. En cierto modo, los amo por ello. Esta es la contienda de mi vida, Amastris. Si no fueran dignos de ella, perdería tanto como ellos. Si este sitio dura diez años, que sean diez años de grandeza.

Amastris lo miró a los ojos. Estratocles estaba lo bastante cerca para oírla. Y ella hizo que se sintiera orgulloso.

—Hablas como un dios, mi señor. Ya solo falta que me compares con Helena.

Demetrio sonrió, no como un dios sino como un muchacho.

—Eso sería una tontería, señora. Si tú fueras Helena, estarías en la ciudad,

desdichada por la traición a tu marido y tu infidelidad.

No reparó en cómo sus palabras, cuya intención era halagar, hicieron que Amastris entornara los ojos. Siguió adelante, ajeno al efecto de lo que estaba diciendo.

—Estás fuera de la ciudad —agregó.

—Oh —replicó Amastris—, ¿entonces soy Briseis o alguna otra ramera ganada a punta de lanza?

Demetrio rio con ganas.

—No me tomes por tonto, señora, y yo no te tomaré por una mera mortal. No eres Helena. Eres Afrodita personificada, que ha venido a presenciar el sitio. Y yo soy Ares. Esta noche asaltaré la ciudad otra vez. ¿Vendrás a ver el combate?

—Nada me resultaría más grato —contestó Amastris—. ¿Y quizá te gustaría usar a algunos de mis hombres en este asalto?

Estratocles se estremeció.

—Ay —dijo Demetrio asintiendo—. El deporte siempre es más emocionante cuando tienes un equipo en el campo, ¿no es cierto?

Capítulo 22

Melita estaba sentada en su caballo de viaje contemplando la lisura de la estepa que se extendía hacia el este, interrumpida solo por macizos de cardos y agarrochas. Masticaba una manzana tan seca que resultaba casi incomible. El aliento de su caballo se condensaba en nubes de vapor.

—¿Y bien? —dijo a Coeno.

—Aguarda a los exploradores —le aconsejó Coeno.

—Ya hemos aguardado tres días —respondió Melita. Había terminado la manzana y tiró el corazón a la nieve.

—Sería raro que Thyrsis y Scopasis fallaran —dijo Coeno.

Melita no quería admitir que temía el fracaso; el fracaso y el embrollo de sus sentimientos en lo que a aquellos dos hombres atañía. Scopasis, el antiguo forajido que desde hacía tiempo era su compañero de cama. Thyrsis, el Aquiles de los sakje.

—A estas alturas podrían estar muertos o cautivos —dijo malhumorada—. ¿Por qué demonios hicimos esto?

Melita se refería al viaje de mil doscientos parasangas hacia oriente. Las tierras altas del Tanais quedaban muy atrás. Habían cabalgado hacia el norte rodeando las marismas cuajadas de pájaros de la orilla norte del mar Caspio, donde sus caballos respingaron ante las cigüeñas y los gansos, y luego de nuevo hacia el sur siguiendo la costa oriental, donde encontraron caza abundante; comieron saigas cada noche durante semanas, dejaron las entrañas a las aves y secaron la carne sobrante metiéndola debajo de las sillas de montar; mataron un sinfín de avutardas y se las comieron preparadas de todas las maneras concebibles. Pese a la abundancia de caza, se detuvieron en Hircania para comprar provisiones. En dos ocasiones lucharon contra bandidos y en otras dos pasaron quince días con otras tribus sakje o sármatas, comerciando para obtener caballos de frescos y comida, y una vez tuvieron que pasar dos días cubiertos con pieles, junto con sus caballos, mientras una plaga de langosta barría las llanuras; y luego se comieron cuanta miel pudieron recolectar.

Al este de Hircania todo el mundo había sufrido incursiones de los parni, la nueva tribu recién llegada de los desiertos de debajo de las altas paredes del Qu'in. Eran primos lejanos de los parsis y los partos, o al menos eso decían los hombres. Pero nadie parecía saber dónde estaban.

Hasta que después de treinta semanas cabalgando cruzaron el lago salado y acamparon en las afueras de Samarcanda, en el mismo lugar donde había acampado Alejandro y su padre había combatido. Allí les llegaron rumores sobre los parni, que para entonces estaban penetrando en las tierras de Bactriana, tierras diezmadas durante una generación de guerra contra Alejandro y sus sátrapas. Alejandro no había conquistado Bactriana limpiamente, pero ninguno de los bactrianos que se opusieron

a él vivió para contarlos, y sus fuertes estaban tan vacíos como las camas de sus esposas.

Y los parni habían cabalgado al sur desde la estepa para ocupar parte de las tierras de pastoreo más ricas del mundo conocido.

Sentado en el ágora, el zoco de Samarcanda, Coeno había intentado convencer a su pupila para que diera media vuelta.

—Que los parni se hayan adentrado en Bactriana no es asunto nuestro. No volverán a causarnos problemas. Vinieron al oeste desde Hircania. Ahora se dirigen al sur. Has demostrado tu poderío, has cabalgado a través de la estepa como lo hizo tu madre, y demostrado a los masagetas que tu brazo todavía llega muy lejos. Regresemos a casa. Hay otros depredadores aparte de los parni.

Melita negó con la cabeza.

—Demostraré el alcance de mi brazo con mi brazo —dijo.

Y así, quince días después, reanudaron la marcha siguiendo el curso del río Zeravshan hacia oriente y luego bajando al sur con el primer cambio de tiempo, perdiendo caballos al subir a los pasos de las altas montañas de Sogdiana oriental; los mismos pasos que León, Ataelo y Temerix habían cruzado veinte años antes. Ahora sus conocimientos, transmitidos por sus hijos, hijas y amigos, eran más valiosos que el oro, y los masagetas y la caballería de sus aliados de Tanais descendieron a la Bactriana norteña por la puerta trasera del valle de Dusambé, donde compraron grano mohoso y comida caliente. E información.

El pueblo de Bactriana no amaba demasiado a sus nuevos caciques.

Melita había enviado a sus mejores hombres a buscar el objetivo más indicado. Y luego había intentado relajarse y descansar abrigada. En Bactriana todavía era invierno, un invierno inhóspito y, vista en retrospectiva, la travesía de los Montes Sogdianos parecía una empresa de lo más temeraria.

—¿Por qué hicimos esto? —preguntó Melita otra vez. Sin embargo, sabía de sobra que Coeno estaba evitando decirle la verdad: que era ella quien había tomado las decisiones que los habían conducido hasta allí.

Una hora después una ventisca arremetió desde el sur, la nieve les azotaba el rostro y Melita se retiró a su cálida tienda de fieltro, donde los demás jefes podrían mirarla y se vería obligada a ponerse una máscara de imperturbabilidad.

Cuando la ventisca amainó, Scopasis entró en la tienda sacudiéndose la nieve de su largo abrigo de cuero, sonriendo como un chico con su primer caballo. Detrás de él iba Thyrsis. No parecían rivalizar por el amor de Melita, parecían hermanos.

—Señora —dijo Scopasis, y a una indicación de Melita se sentó. Coeno le llevó una copa de vino y le dio otra a Thyrsis. Nicéforo hizo sitio junto al brasero para los recién llegados y Listra sonrió a Thyrsis.

Melita se estremeció al ver aquella sonrisa. Los celos eran un rasgo inaceptable

entre los sakje, y mostrarse celosa de una igual por un hombre con el que no te acostabas no era solo inaceptable sino inconcebible para la mentalidad de los sakje. De modo que Melita había observado cómo su bello Thyrsis había ido intimando cada vez más con la jefa de los Gatos Esteparios a lo largo del verano. Ahora compartían sus pieles abiertamente; Melita había permanecido despierta, escuchando cómo hacían el amor silenciosamente.

No hay privacidad en una yurta de invierno. Y Melita estaba sola.

«No volveré con Scopasis», pensaba. De modo que dormía al lado de Coeno, acurrucada en sus brazos, o sola, envuelta en pieles, según el humor que tuviera.

Y Listra era... perspicaz. Y no era insensible.

Salvo ahora. Sus ojos lo devoraban, y él la acariciaba en público sin ningún reparo.

Melita carraspeó.

Scopasis se bebió su vino caliente.

—Ha sido brutal —dijo. Su sonrisa no desmentía sus palabras. Tan solo sacaba a relucir el duro cabrón que era en el fondo.

—¿Y? —preguntó Melita.

—Los parni no son moco de pavo —dijo Scopasis—. Doce mil guerreros, mil arriba, mil abajo. Serían más pero no dejan luchar a sus mujeres. —Sonrió—. Se han trasladado aquí como una avalancha.

Coeno murmuró:

—Cuéntanos algo que no sepamos.

—Tienen preso a Diodoro —prosiguió Scopasis, rotundo como la grieta de un gran árbol en una helada.

Coeno se irguió en el asiento.

—¡Eso es! —dijo—. Ay, la debilitada mente de los viejos. ¡Diodoro está aquí como embajador!

—Y ahora los parni lo retienen para asegurarse el buen comportamiento de Seleuco. —Seleuco era otro de los rivales de Antígono el Tuerto y Demetrio, un firme aliado de Tolomeo de Egipto que además mantenía vigentes los contratos con los mercenarios amigos del padre de Kineas, los Exiliados—. Y por algo relacionado con un tributo.

Thyrsis sonrió a Listra y luego a su reina.

—Señora, hablamos con Diodoro. Se encuentra bien. Dijo que podía marcharse cuando quisiera.

—¿Dónde ocurrió todo esto? —preguntó Coeno.

—En Alejandría de Bactriana —contestó Scopasis—. A tres días a caballo. En verano. —Sonrió forzosamente—. Escuchad, el nuevo kan de Bactriana tiene allí a su caballería, diez mil caballos, a todas sus esposas e incluso un palacio de yurtas y

edificios. Ganax de los parni se ha apropiado del antiguo campamento de Alejandro.

—¿Guardias? ¿Guerreros? —preguntó Coeno.

Scopasis sonrió, y esta vez lo hizo con verdadero regocijo.

—Los parni son un pueblo del desierto —sentenció.

—¿Y? —dijo Tuarn de los Cuervos Merodeadores con su característica vocecilla.

—Pues que no cabalgan en invierno —dijo Scopasis—. Y tampoco son capaces de imaginar que alguien lo haga.

Los exploradores de Melita estuvieron en Alejandría de Bactriana cuatro veces. Ella misma cabalgó entre las manadas de caballos, llevando un sencillo abrigo de borrego. Vio a un centinela y escuchó sus quejas a propósito de la desdicha de estar de guardia en invierno. Cabalgó por el zoco sin que nadie la molestara. Contó cuántos guardias vigilaban el palacio de yurtas.

Listra fue con Filocles de Olbia y Thyrsis. Tuarn fue con Scopasis, Nicéforo y Coeno.

Luego construyeron una maqueta de la ciudad en la nieve de delante de la tienda de Melita.

Después durmieron, afilaron sus flechas y espadas y, dos noches después, durante una ventisca, atacaron.

Melita decidió montar con los griegos. Tenían buenas armaduras y una disciplina férrea, y juntaron a todos los olbianos con los hombres de Tanais y la caballería mercenaria a las órdenes de Coeno y Nicéforo. La tormenta de nieve fue providencial aunque no del todo, pues en dos ocasiones se perdieron durante la noche hasta que la fortuita visión de la fogata de un puesto de guardia los devolvió a su camino.

En realidad, llegar a la puerta principal del complejo de yurtas, carros y construcciones anejas fue la parte más difícil, manteniéndola en vilo. Melita rezó a sus dioses para que el frío no rompiera ningún arco, para que el tendón y el asta no cedieran. Casi todos cabalgaron durante la última hora con los arcos debajo de las piernas. Pero cuando llegaron al claro que se abría ante la puerta, los miedos de Melita se disiparon y sus entumecidos dedos ensartaron una flecha en la cuerda.

Y entonces ya no hubo tiempo para preocuparse. Cabalgaron por la nieve pisada de delante de la puerta y los centinelas murieron sin un solo grito.

La puerta era un chiste; en tiempos de Alejandro tenía foso y empalizada, pero nadie se había ocupado de mantenerla, y cruzarla con metro y medio de nieve era un juego de niños. Además, no estaba cerrada. Melita pasó por encima del cadáver del primer centinela, cuya sangre se veía increíblemente roja en la nieve, y cruzó la puerta hasta el corazón del palacio de tiendas. Una vez dentro del recinto, Filocles de

Olbia condujo a un escuadrón hacia el norte y Nicéforo condujo a otro hacia el sur. Solo se detuvieron para calentarse la mano en una hoguera y siguieron adelante gritando. Y los hombres comenzaron a salir de las tiendas, las yurtas y los carros, y Melita y sus guerreros los mataron en las calles, arrollándolos, tirando contra ellos a bocajarro.

La noche era un maremágnum de gritos y fuego, y lo único que ahora temía Melita era un accidente; muerte por fuego amigo de sus propios hombres o de Diodoro si salían a la calle desprevenidos. Pero tales cosas estaban en manos de los dioses, y mientras la corroían sus preocupaciones, tiró por la espalda contra un hombre ricamente ataviado que huía de los cascos de su poni, y cuando intentó levantarse le disparó otra vez.

Además, Scopasis había jurado rescatar al viejo Diodoro, y confiaba plenamente en su palabra.

Melita soltó un prolongado chillido y de pronto estuvo en el mercado central, donde el círculo de carros protegía la familia del kan. Y mientras penetraba en la noche iluminada por las hogueras, sus hombres aparecieron por los flancos; el joven Filocles con la capucha bajada y su melena al viento, y Nicéforo, bastante menos gallardo pero igualmente eficaz, surgió por la calle del norte. De inmediato empezaron a prender fuego a los carros.

Coeno apenas participaba. Cabalgaba detrás de Melita, vigilante, atento a una posible emboscada que no llegó a producirse, manteniendo a sus hombres en reserva por si ocurría un imprevisto. De hecho, su desagrado resultaba patente en cada línea de su semblante. Aquello era guerra a la manera de la estepa, no a la manera griega. Y no le gustaba.

Melita se adelantó por la capa endurecida de nieve hasta el borde del círculo de fuego.

—¡Sal, Rey Ganax! —gritó.

—¡No hagas locuras, muchacha! —gritó Coeno, y los caballeros de su escolta, al mando de Scopasis, corrieron a rodearla, pero ni una sola flecha salió disparada de la oscuridad.

—¡Quédate y arde o sal, Rey Ganax! —gritó Melita.

Y Ganax salió. No tenía elección. Como jefe de una tribu, sabía cuál era su deber. Salió con la armadura puesta, que relucía a la luz roja de las llamas.

—¿Quién demonios eres? —inquirió—. Los perros se comerán los cadáveres de tu pueblo.

Melita se rio.

—Soy Melita, Reina de los Masagetas.

Ganax llevaba un hacha, un hacha enorme con un mango de más de un metro. Puso el tajo del hacha en la nieve y se apoyó en ella.

—¿Los masagetas? ¿El Clan Real del Oeste? ¿Y yo qué tengo que ver contigo, zorra?

Melita sonrió. Había hecho lo correcto. Lo presentía.

—Tus guerreros mataron a algunos hombres de mi pueblo y se llevaron a dos mujeres como esclavas. Por cada quince muertos, tomo la vida de cien de los tuyos. Por las dos mujeres esclavizadas, te tomo a ti, Ganax. Tu pueblo conocerá el alcance de mi mano, que llega allí donde crece la hierba y cae la nieve.

Los hombres la observaban desde los carros.

Ganax levantó el hacha.

—Solo oigo palabrería —dijo.

Melita se aproximó, deteniéndose a dos largos de caballo de él.

—¿Qué me ofreces por tu vida? —preguntó.

—¡Que te jodan! —rugió Ganax.

Melita le disparó con desdén, clavándole una flecha en la entrepierna que le hizo caer al suelo entre gritos.

—Adiós, parni —chilló Melita—. No vuelvas a cruzar mi río.

Con su escolta y todos los griegos se marchó al galope, lejos de la nieve manchada de sangre y del campamento incendiado, perdiéndose en la noche.

En el risco que dominaba el campamento de los parni se reunió con las demás tribus; Tuarn con sus Cuervos, acurrucados como niños en el aire frío, y Listra con sus guerreros, y detrás de ella la nieve era negra de tantos caballos como había.

—¿Cómo nos las arreglaremos para llevármolos todos a casa? —preguntó Tuarn, riendo.

—Pensémoslo —dijo Melita—. Los parni no se quedarán de brazos cruzados. Por la mañana contarán a sus muertos, buscarán nuestras huellas y se nos echarán encima.

Scopasis negó con la cabeza.

—Verán que ha desaparecido la manada y se desesperarán. Y los caballos cubrirán nuestras huellas, de manera que no sabrán que somos tan pocos.

Una grave voz masculina habló en la oscuridad.

—¿Por qué no tomamos el camino más corto para regresar, señora?

Diodoro salió de la penumbra y Melita lo abrazó.

Detrás de él, Scopasis puso mala cara.

—Ya se había rescatado por su cuenta —dijo Scopasis, y escupió—. Lo único que he hecho ha sido escoltarlo.

Diodoro negó con la cabeza.

—No, yo lo cuento como un rescate —dijo—. Seleuco te amará por lo que has hecho, Melita. Para él los parni han sido una amenaza invencible durante dos años. Ahora ya no parecerán un hueso tan difícil de roer. —Diodoro se estremeció—. ¿Puedo sugerir que cabalgues hacia el sur? Podemos salir de la Bactriana en dos días.

—El sur no pondrá caballos en mis praderas —respondió Melita.

—Véndeselos a Seleuco y regresa a casa por mar —dijo Diodoro—. Has recorrido quinientos parasangas. ¿Por qué regresar por el mismo camino?

—No le falta razón —terció Coeno.

Los jefes de las tribus parecían preocupados, pero en cuanto la tensión del combate abandonó su pecho, Melita tuvo ganas de estar de vuelta en casa. Meses en la silla por una noche de fuego; había llegado el momento de marcharse.

—¿Cuánto hay hasta Persépolis? —preguntó.

—¿Treinta días? —aventuró Diodoro—. Yo tardé cincuenta en llegar aquí.

Melita asintió y cabalgaron hacia el suroeste.

Dirigirse al suroeste era como cabalgar hacia la primavera, de modo que tan solo cuatro días después de cruzar los pasos de Bactriana, la nieve desapareció y encontraron hierba para la manada. El suelo estaba blando y fangoso, y perdieron a los caballos más pequeños.

La tercera noche tras abandonar el campamento parni, Scopasis encontró a dos exploradores parni, los mató y abandonó sus cadáveres en el barrizal que dejaba el paso de los caballos. Ahora cada hombre disponía de varios caballos y los masagetas y los griegos avanzaban como el viento, cambiando de montura cada hora. La posibilidad de ser perseguidos o de que les tendieran una trampa comenzó a parecer remota.

El cuarto día Tuarn se situó al lado de Melita.

—Esto vivirá para siempre en la memoria del pueblo —dijo—, pero no quiero viajar a Persépolis. Demasiadas visitas se convierten en prolongadas demoras. Deberíamos dirigirnos al mar Caspio por el sur; solo diez días a caballo. Podemos estar en las tierras altas de la Cólquida para la primera luna de verano. —Sonrió—. Y conservar esta manada de caballos. Y, señora, no hablo como kan sino como hombre; cuando lleves estos caballos a casa, ningún clan volverá a cuestionarte jamás. No se los vendas a los seléucidas. Tienen más valor en pie, demuestran el alcance de tu brazo.

Una hora después, Scopasis se puso a su lado y le dijo prácticamente lo mismo.

Así pues, el decimoquinto día abrazó a Diodoro y lo envió hacia el sur con cien caballos y todos los bienes que había rescatado y casi todos los hombres de Nicéforo, todos ellos contentos de recibir nuevos títulos de propiedad a cambio de regresar a la civilización por el camino más rápido. Alejandro de Fócida asumió el mando, saludó a su capitán y a la Señora de los Masagetas, y luego se marcharon bajo una fina llovizna.

Y Melita dirigió a su columna al noroeste, hacia Hircania, la Cólquida y su hogar.

Capítulo 23

Heracles, músculos poderosos henchidos por la tensión, trabado en una reñida llave con Apolo, Señor del Arco Dorado. El físico de Apolo es más esbelto: es el eterno naioi, el efebo eterno, la imagen de la fuerza de la juventud, mientras que Heracles es el epítome del guerrero.

Entre ambos, un trípode forjado en bronce, el trípode sagrado que sostiene a la sacerdotisa en Delfos, símbolo de la exactitud y potencia de la profecía. Ambos forcejean por agarrar el trípode, por arrancárselo el uno al otro.

Mientras los mira, el trípode sufre una transfiguración: se alarga, cambia, se vuelve más rico, más lleno, el resplandor del bronce adquiere otro matiz y de repente es una mujer atrapada entre dos hombres, cada uno le agarra un brazo, tiran, y ella...

Las matemáticas de Pitágoras encarnadas en color y forma, círculos perfectos que caen del cielo de uno en uno, primero despacio y después deprisa, y ahora las manos de Apolo acarician su lira y Heracles baila la Pírrica pisando fuerte, el ritmo de su pie derecho sigue el compás de los latidos de su corazón, y los círculos blancos revientan en un derroche de color, color que se extiende en olas que son en sí mismas encarnaciones de otras matemáticas. Más y más círculos, olas, la lira de Apolo y el gran dios bailando...

Las notas saltaban de las cuerdas para caer por el aire; no, pensó Sático, las notas surcaban el aire como el viento sobre la cebada.

—Estás despierto —dijo Anaxágoras. Dejó su cítara en la mesa que tenía al lado, envolviendo el instrumento con reverencia en un paño—. ¿Cómo tienes la cabeza?

Sático respiró profundamente. Todo el cuerpo le hacía daño. Parecía que le dolieran los pulmones y tenía magulladuras y laceraciones en los brazos, cortes profundos en los bíceps.

—Heracles, no me abandones —dijo. Levantó la cabeza y la maza de un herrero le golpeó entre los ojos. Volvió a dejarse caer sobre la almohada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sático.

—Intentaste luchar en primera línea cuando aún te faltaban veinte kilos para estar en forma —dijo Anaxágoras—. O al menos eso fue lo que rezongó Apolodoro.

—¡Heracles! —murmuró Sático.

—Te derribaron enseguida y luego todos combatimos encima de tu cuerpo. Fue homérico, te lo prometo. —Anaxágoras se rio—. Pero resistimos. Apolodoro acudió con los infantes de marina. Para entonces había un montón de cadáveres en la calle;

tú estabas debajo. Cargamos por encima del montón de muertos y nos hicieron retroceder. En un momento dado caí, pero Apolodoro y Neiron los hicieron huir hasta la playa. —Anaxágoras se encogió de hombros—. Tengo que aprender más sobre las tácticas de combate.

Sátiro se tumbó sobre un costado, escupió sangre en una vasija y bebió un poco de agua.

—Me faltan veinte kilos —dijo.

Comió en cuanto tuvo la cabeza despejada, tras un día entero perdido, y contempló desde el terrado la entrada en el puerto de doce trirremes pesados, refuerzos para apoyar a Demetrio.

—Hay varias cosas que me gustaría saber —dijo a Abraham y a Neiron, ambos apostados a su lado para sostenerlo si se caía. Sátiro estaba harto de ser un inválido. Anhelaba recobrar sus fuerzas.

—Pregúntame —dijo Abraham.

—¿Esas naves forman parte del escuadrón que hizo partir la semana pasada o son nuevas? —preguntó Sátiro.

Neiron y Abraham cruzaron una mirada y Sátiro se percató. Le estaban ocultando algo, algo que adivinaba tendría un cariz personal: ¿la muerte de León? Serían idiotas si le ocultaran eso. ¿La de otro? Safo podría estar muerta... O Amastris.

Era curioso que en aquellos días pensara tan poco en Amastris. Claro que había poco que pensar aparte de los combates y sus preparativos. Envió un pensamiento de amor como una plegaria a la distante Amastris y volvió a mirar el campamento de Demetrio a lo lejos.

—Tendríamos que revisar todo el perímetro de la muralla —dijo.

Tuvieron que ir a pie. Todos los caballos de la ciudad ya se habían convertido en carne. Se llevó consigo a sus profesionales: Apolodoro, Draco, Amintas y Neiron, además del sacerdote, Leóstenes, y de Cármides, puesto que el muchacho tenía que aprender. La cabeza todavía la dolía, una ligera punzada a cada paso, un dolor difuso cuando su mirada se acercaba demasiado al sol.

—No volverás a comandar desde la línea de frente —dijo Apolodoro inopinadamente—. Al menos mientras no tengas el cuerpo de un hombre. Ares, señor, yo soy bajito; mi padre decía que era demasiado bajo para resistir en una guerra. Tú estás demasiado flaco. Y murieron hombres, señor. Gorgias y Neco cayeron mientras te defendían.

—Ay —dijo Sátiro. Lo dijo como se exclama un hombre cuando se golpea la espinilla con la cama: un dolor inesperado—. ¿Neco? —Apenas recordaba a Gorgias, pero Neco...

—Anaxágoras, Helios y él contuvieron el ataque cuando caíste, o eso he oído

decir.

Apolodoro giró siguiendo la Calle de los Templos, que ahora discurría junto a la que había sido la muralla secreta.

Sátiro reparó en que detrás de él, Neiron ensalzaba las virtudes de la muralla oculta; una sonora disertación claramente planeada para disimular la reprimenda del rey por parte de un subordinado.

Sátiro sintió que sus ánimos caían en picado. Fue como si una nube negra le envolviera la cabeza, como la mano del azar apretándolo contra la tierra.

—Heracles —dijo gimiendo.

—Bah, era un buen muchacho y murió como un héroe. Esta noche quemaremos su cadáver a la antigua usanza, y asunto concluido. Si no hubieses estado allí, habríamos perdido la ciudad, y eso no es poco. Esos putos macedonios son más duros que clavos de bronce.

—He cometido muchos grandes errores —dijo Sátiro con amargura.

—Ya, Neiron predijo que soltarías un discurso sobre tus defectos; para perdonarme. Lo estamos haciendo bastante bien, y lo sabes. Pero si mueres, señor, si mueres estamos jodidos. Haces un buen trabajo como comandante, y los hombres te aman, y tienes un nombre. Apolodoro el Infante no logrará que esta ciudad resista otros tres meses de sitio, ¿eh? De modo que vive, señor, y seremos más los que sobrevivamos. Y basta de paparruchas sobre tus defectos. Tienes muchos defectos. Eres mezquino, arrogante, tiránico...

Apolodoro se echó a reír a carcajadas porque había conseguido que Sátiro sonriera.

—Pues tenemos mucho en común —dijo Sátiro.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición —repuso Apolodoro, y se rio otra vez.

—¿Se supone que ahora debo sentirme mejor? —preguntó Sátiro.

—Basta de charla. Volvamos al trabajo —dijo Apolodoro, y dio una palmada en la espalda a su comandante.

El perímetro de las murallas tenía más de doce estadios y los condujo desde el puerto, donde estaban familiarizados con cada palmo de las defensas, tanto viejas como nuevas, hacia el sur, donde la gran torre ya terminada se elevaba treinta metros desde la base de piedra y el muro almenado de ladrillo, la estructura defensiva más moderna del mundo, con tres niveles de máquinas de guerra y un nuevo artefacto mortal en el terrado: una máquina de contrapeso que Neiron y Jubal habían construido aprovechando los restos del naufragio de una máquina flotante destruida en el puerto. Al disponer de los accesorios de hierro necesarios, Jubal había reparado la máquina en solo cuatro días.

Hacía semanas que Sático no había visto al negro. Jubal se había reinventado como ingeniero de modo que su destreza como marinero fuese de mayor utilidad para la ciudad. En esos momentos dirigía a un puñado de carpinteros en la construcción de una segunda máquina de contrapeso.

—Nos quedamos sin madera —dijo después de estrechar la mano de su rey—. Pero como el Niño Bonito no hace más que derribar casas, ahora usamos vigas de los tejados. Quiero poner cuatro máquinas aquí arriba, pero todos los herreros de la ciudad están haciendo armaduras, lanzas y puntas de flecha, y me faltan piezas.

Sático miró las maquetas de madera con sus juntas de codo, su pivote, una docena de placas de anclaje.

—Lo comentaré a la cúpula militar —dijo—. Sin duda nos iría muy bien contar con estas máquinas en el puerto.

Jubal asintió.

—No, te equivocas —dijo sonriendo.

Apolodoro se puso rojo como un tomate y Neiron se echó a reír.

—Jubal, cuando el rey se equivoca, procuramos no decírselo abiertamente.

Jubal asintió.

—Ya lo sé, pero el tiempo apremia. Señor, mira eso. El Niño Bonito tiene cuarenta máquinas como esta y ahora mismo está construyendo más. ¿Lo ves?

Desde luego la aguda mirada de Jubal había visto lo que habían traído los doce trirremes recién llegados al puerto: maderos pesados. Los ingenieros de Demetrio compensaban sus bajas con máquinas. Sático los miró trabajar un momento con los ojos arrasados en lágrimas y dolor de cabeza.

—Lo veo —dijo Sático, y el alma le cayó a los pies otra vez.

—Si ponemos cinco máquinas en el puerto, Demetrio sabrá que las tenemos y las bombardeará hasta hacerlas añicos. —Jubal se encogió de hombros—. Si primero las ponemos aquí, creo que puedo alcanzar su campamento. No es que se lo quiera hacer saber, pero esta torre tiene una altura formidable.

Neiron no miraba al sur sino al este de la torre.

—Se avecina tormenta —dijo—. No me había dado cuenta. Mirad el cielo.

Largas hileras de nubes oscuras corrían sobre el horizonte de levante.

Sático asintió, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

—¿Será lo bastante recia para resistir las sacudidas de las armas cuando disparen?

Jubal sonrió.

—Neiron preguntó lo mismo. No lo sé, la verdad.

Sático torció el gesto.

—De acuerdo. Pero no deberíamos construir solo unas pocas. Deberíamos tener cuarenta que podamos trasladar allí donde las necesitemos.

Jubal sonrió.

—Habrá que derribar hasta la última casa de la ciudad —dijo, adoptando un aire atribulado—. Y quede claro que todavía no he cargado ni una. Las hemos disparado vacías porque no podemos permitir que el Niño Bonito sepa lo que estamos tramando. No tengo intención de disparar hasta que lo tenga cerca.

Sátiro se frotó la nuca y luego el entrecejo, que le seguía doliendo.

—No tardará en hacerlo —dijo.

Neiron se lo llevó a inspeccionar las obras de excavación bajo la muralla. La ciudad estaba construida sobre una roca, casi todas las casas tenían sótanos excavados en ella, y el progreso del túnel fue muy lento hasta que salieron del promontorio de roca que la primera ciudad había utilizado a modo de cimientos. Después de la roca había arcilla, y Sátiro avanzaba con una maloliente tea en la mano, viendo un túnel de la altura de un hombre y poco más ancho que sus hombros que se adentraba en la oscuridad.

—Huele que apesta —dijo.

—Los hombres no suelen salir para hacer sus necesidades —respondió Neiron—. Al fin y al cabo, son marineros.

— Recibes muchas quejas? —preguntó Sátiro sin dejar de avanzar.

— He mencionado que son marineros? —dijo Neiron bromeando—. Las peleas son constantes.

La galería era sorprendentemente larga, apuntalada en algunos tramos con tablones que recordaban mucho la proa de una nave pesada.

—Aprovechamos la quilla del *Areté* —dijo Neiron.

— D nde estamos? —preguntó Sátiro. Habían llegado al final de la galería, donde media docena de sus remeros cortaban la roca con picos mientras otros recogían las piedras y la arcilla resultantes para cargarlas en canastos.

—Justo debajo de la muralla. Si retrocedes un poco.  Ves eso? pensamos que es el último apuntalamiento de la muralla sur, más o menos a una docena de largos de caballo al este de la gran torre.

Neiron se encogió de hombros. Sátiro hizo el mismo gesto.

—Seguid cavando. Si resistimos en la muralla del mar, creo que luego atacará por aquí. La muralla norte es inexpugnable y la del oeste es adamantina, toda ella de nueva construcción y de piedra.

—Jubal opina que de todos modos atacará por all  para evitar su preciada torre. El muchacho ama esa torre.

Neiron sonrió mientras daban media vuelta para enfilear hacia la salida del túnel. Sátiro llegó a los pies de la escalera de mano.

—Jubal es muy listo, pero Demetrio no quiere que el sitio tenga lugar tan lejos de su campamento, y querrá derruir esa torre. Tal como yo lo veo, si en efecto ataca la

muralla oeste, tenemos un montón de tiempo para prepararnos.

—En eso no te falta razón —reconoció Neiron.

—Pero vayamos a echar un vistazo de todos modos —respondió Sático.

La muralla occidental presentaba el aspecto que la gente imaginaba que debía presentar la muralla de una ciudad. Tenía la altura de tres hombres, revestida de piedra por ambos lados y sin un solo ladrillo. Entre los revestimientos de piedra había un relleno de tierra apisonada y gravilla que amortiguaría los impactos de las máquinas más grandes. Estaba coronada por sólidas torres, construcciones achaparradas que duplicaban la altura de la muralla, y en toda su longitud, almenada. Había cuatro poternas que pasaban por debajo de la muralla y detrás de esta, un foso y una pequeña fortificación, y delante un foso muy profundo.

—Si hubieran construido esto en torno a toda la ciudad, podríamos esperar sentados a Demetrio —dijo Apolodoro, y los demás oficiales mascullaron que llevaba razón.

—Sería un loco si arremetiera contra esto —sentenció Neiron—. Jubal está añadiendo flor de loto a su vino.

Sático miraba la muralla occidental con ojo crítico.

—Sin embargo, aquí sus máquinas estarán prácticamente a la misma altura que las nuestras —dijo—. Con cuarenta de esos engendros mortíferos ubicados ahí delante podría reducir a escombros unos cuantos metros de muralla en un día. El desmoronamiento de la muralla llenaría el foso. Es posible que Jubal no vaya errado. Si tiene paciencia...

—Viene un mensajero —avisó Cármides.

Sático se irguió. Había estado agachado sobre la muralla. Ya estaba cansado y era la hora de su entrenamiento. Le dolían la cabeza y todas las extremidades; no era de extrañar, los hombres le habían pisado los brazos, luchando y muriendo encima de ellos. Suerte tenía de no tenerlos rotos.

—Demetrio está moviendo su flota, señor. Pantero me envía a decir que está otra vez en el puerto.

El mensajero jadeaba, había acudido a todo correr.

—No vas a luchar en primera línea —dijo Apolodoro.

Cruzaron la ciudad a la carrera. Sático ya estaba agotado cuando se puso la armadura. Cogió una lanza larga del armero que Abraham había instalado en el patio.

Miriam también estaba en el patio, armando a Anaxágoras. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo y el largo quitón arremangado, mostrando las piernas como una bailarina.

Abraham le gritó algo, algo que sonó a broma, y ella soltó una risotada y siguió abrochando las correas de debajo del brazo de Anaxágoras. Sático sintió una nueva

punzada de celos: debería ser él quien llevara armadura pesada. Pero correspondió a su sonrisa y la saludó con la mano. Ella gritó algo más en hebreo y Abraham se puso serio mientras sopesaba una lanza.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sático a su amigo.

—Hoy es día festivo para nosotros —dijo Abraham, y voy a combatir. Está permitido, pero esta mañana me he saltado el ritual y para colmo no he rezado. Es lo que dice mi padre: puedo ser un guerrero o puedo ser un judío.

Sático asintió.

—Tal vez. Pero por el momento propongo que salvemos la ciudad y que confiemos en que nuestros dioses no nos abandonen.

—Solo existe un Dios —respondió Abraham, testarudo.

Sático miró fijamente a su amigo tratando de transmitirle muchas cosas: que aquel no era el momento, que no estaba de acuerdo, que amaba a Abraham y aceptaría toda clase de tonterías de su parte... y Abraham sonrió.

—Vamos —dijo Sático.

Los infantes de marina y muchos de los marineros y remeros, que en su mayoría ya empezaban a tener piezas de armadura, yelmos y buenas armas, se reunieron en las calles anejas al complejo residencial de Abraham. Los infantes iban delante en formación, y Sático y Neiron se pusieron a ordenar a los marineros en una falange.

Pantero apareció con un puñado de hombres que llevaban armadura.

—Las máquinas flotantes están echando el ancla —dijo—. Diez minutos hasta que abran fuego.

Sático dio palmadas pidiendo silencio.

—¡Escuchadme! —gritó.

Los marineros se callaron, luego los infantes y por último los demás hombres: los rodios en la muralla oculta, los que manejaban las máquinas en los terrados.

—Quiero que todos los hombres bajen de la muralla oculta y de los terrados y que formen aquí, en el centro —gritó Sático—. Dirigíos al ágora y formad en vuestras compañías ahora mismo.

Neiron hizo una seña a los marineros y los condujo por la maraña de callejones hasta el ágora. Los llevó hasta el extremo occidental, los hizo formar y los dejó descansar a la sombra de los árboles que se alzaban ante las ruinas del gimnasio. Los infantes de marina formaron delante de ellos, aprovechando la sombra del pórtico de la Stoa de los Mercaderes.

—Disfrutadlo —dijo Sático a Apolodoro—. Es el siguiente edificio en mi lista para obtener piedra.

Pantero abrió los ojos como platos.

—No nos dejarás nada que defender.

Sático negó con la cabeza.

—La piedra puede remplazarse. La muralla occidental es hermosa, por cierto.

La compañía de efebos rodios, doscientos muchachos, hijos de los ciudadanos más ricos, guarnecía el extremo norte de la muralla secreta y ahora formaba en la parte norte del ágora. Sátiro fue a hablar con su capitán, un mercenario profesional oriundo de Tebas que se llamaba Gorgus.

—No es un plan complicado —dijo.

—Bien —contestó Gorgus, que esbozó una sonrisa.

—Mi intención es dejarlos sin nada contra lo que disparar. Quiero dejar que desembarquen a sus hombres. Entonces mandaremos de nuevo a los arqueros a los edificios y después atacaremos. Estaremos cuesta arriba y organizados. Y seremos superiores en número.

Gorgus miró en derredor. Luego miró a Pantero.

—Es un riesgo —dijo—. Dejarlos entrar en la ciudad.

Pantero miró a Sático.

—Nunca he oído algo semejante, Sático.

Sático asintió.

—Los plateos lo hicieron contra los espartanos —dijo—. Muchas veces. Y los espartanos lo han hecho en un par de ocasiones.

Tenía los ojos puestos en el este, donde esperaba ver aparecer la primera descarga de piedras.

Pantero se secó la frente.

—Se lo diré a la compañía de ciudadanos del sur —dijo.

Menedemos vino acompañado de Nicanor, que se veía muy diferente con armadura.

—¡Estás loco! —dijo Nicanor; lo dijo con énfasis pero sin levantar la voz para no desalentar a los hombres.

Sático no había tenido un día de luz sino un día de oscuridad, y su espíritu había cargado con malos presentimientos. Pero una vez que tomaba una decisión, no había vuelta atrás.

—Para bien o para mal, esté cuerdo o loco, las tabas han sido lanzadas —dijo mientras una lluvia de piedras caía sobre la ciudad con el estruendo del trueno de Zeus desde un cielo azul, y una nube de polvo de ladrillo se alzó como consecuencia del impacto.

Cayó una segunda descarga y luego una tercera.

Sático miraba caer las piedras.

—¿Ha salido todo el mundo? —preguntó a Abraham. En el fondo de su corazón pensaba en Miriam.

Abraham tenía su *aspis* apoyado en las piernas, el yelmo echado para atrás con las mentoneras abiertas, y nunca había tenido un aspecto más griego. Señaló a su

hermana con el mentón.

—Se ha proclamado a sí misma polemarca de las mujeres —dijo.

Miriam estaba conduciendo a las mujeres y los niños hacia los refugios de la parte occidental del ágora.

Sátiro se volvió hacia Neiron.

—¿Crees que Jubal está lo bastante alto para ver lo que está ocurriendo en el puerto? —preguntó.

—Esta mañana he subido y se veía —contestó Neiron.

Sátiro asintió.

—Cármides, ve a la torre, echa un vistazo a lo que ocurre en el puerto y regresa corriendo con un informe. Y dile a Jubal que me mande un mensajero cuando comience el desembarco. —Sonrió a Apolodoro y a los demás oficiales, esperando parecer confiado—. Deberíamos saberlo de todos modos: las máquinas dejarán de disparar.

Estaba orgulloso de ellos. La cabeza le dolía y no estaba seguro de no haber cometido un error garrafal al retirar a todas sus fuerzas de la zona castigada por la artillería enemiga; a él le parecía evidente que no debían quedarse debajo del bombardeo, pero las máquinas eran muy nuevas y las tácticas contra ellas también; había que probarlo todo. En la ciudad había menos de cinco mil hombres armados y él tenía a dos mil en el ágora.

A pocos pasos de él, dos infantes jugaban a la taba. Le pareció que uno de ellos era Filipo, uno de los hombres de Draco.

—¿Ganas o pierdes, Filipo? —preguntó Sátiro.

—¿A quién coño le importa? —gruñó el soldado—. ¿Y a ti qué más te da? Oh... señor. Lo siento. No te había visto.

Sátiro se rio.

—Creía que los veteranos olíais a los oficiales.

—Esas putas piedras que caen del cielo habrán tapado el ruido de tus sandalias —dijo Filipo.

—El olor de toda esta mierda tapa el aroma de tu aceite —apostilló el otro hombre, sonriendo.

—Caryx el galo —dijo Sátiro.

—A la primera, señor. No me imaginaba que supieras mi nombre.

—Heracles os guarde, caballeros.

Sátiro les hizo una reverencia y se dirigió hacia donde un puñado de infantes miraba cómo cosían dos marineros con recias agujas de bronce. Estaban reparando sandalias; las correas de las sandalias se desgastaban pronto y las que calzaban los hombres ya las habrían cambiado tiempo atrás si la ciudad no padeciera los rigores del bloqueo.

Los hombres se empujaban para que les remendaran las sandalias, pagando dos óbolos por el servicio. Sátiro se apretujó detrás de dos corpulentos infantes, alargando el cuello para ver quiénes eran los marineros.

—¿Crees que el rey sabe lo que está haciendo? —preguntó un hombre.

—Ni puta idea, colega —contestó el otro—. Se lo ve sereno, y el Niño Soldado parece impaciente, y todo eso es una maldita pose para que estés contento y con ganas de luchar. —Se rio.

—Pero acabamos de rendir la muralla —respondió el otro infante, desconcertado.

—Bueno, al menos no nos están aplastando las rocas que caen del cielo, ¿no? Claro que no, colega. Así que no te preocupes por el rey. Está tan cagado de miedo como tú.

«Tengo suerte de contar con estos hombres», pensó Sátiro.

El bombardeo continuó toda la tarde. Cuando el cielo estuvo bajo en el cielo quedó claro que aquel día no habría incursión alguna, y Sátiro dispersó a las tropas de la guarnición para que cocinaran.

La tormenta anunciada solo trajo consigo vientos fríos y una hora de lluvia al anochecer, y el bombardeo cesó cuando las naves de Demetrio salieron del puerto para pasar la noche fuera.

Cuando la tarde comenzó a caer, Sátiro subió de nuevo a la torre. Esta vez lo acompañó Pantero. Pasaron todo el final del día vigilando la flota de Demetrio, anclada frente a la ciudad.

—Podríamos hacerlo —dijo Pantero—. Me quedan nueve naves. Convierto la mitad en máquinas flotantes y voy a por ellos.

—Tienen algo en el agua. Allí —dijo Sátiro, señalando—. ¿Tú lo ves, Jubal?

Jubal observó un rato y negó con la cabeza.

—Veo algo; alisa el oleaje. Pero no acierto a ver qué es.

Siguieron mirando un rato más pero la luz se desvanecía deprisa.

—¿Esta noche, tal vez? —preguntó Pantero.

Menedemos negó con la cabeza.

—Esa tormenta va en serio. Creo que mañana. Queremos atacarlos justo antes de la tormenta.

—Pues rezad para que sobrevivamos a mañana —dijo Sátiro.

El almacén de Abraham había desaparecido. Los barracones de los esclavos eran un montón de ladrillos quemados y polvo de barro. Pero por una ironía de los dioses, su hermosa casa, con las vulnerables máquinas de guerra en el terrado, estaba intacta.

—¿Simposio, caballeros? —preguntó Abraham mientras se quitaban la armadura

en lo que quedaba de su jardín—. Dudo que la casa dure un día más y tengo un montón de vino del que deshacerme. Y le debo un banquete a mi Dios.

Apolodoro se rio, pero miró a Sático, que se encogió de hombros.

—Demetrio respeta los horarios ciudadanos en este sitio. Me parece que podemos beber.

Fue un simposio improvisado, con todas las copas de vino aromatizadas con polvo de ladrillo y agua de alcantarilla. Pero Abraham era tan bueno como su palabra. Cuando los esclavos terminaron de despejar el patio y las salas principales para que los hombres se pudieran recostar, los invitó, junto a los marinos y a los infantes, a compartir su vino.

—Está en *pithoi* en el sótano —dijo—. De todos modos, mañana habrá desaparecido.

Decenas de inmensos *pithoi*: vino barato para los esclavos, vino fuerte para los marineros, vino de Creta y de Lesbos y el tinto oscuro de Quíos. Sático fue de diván en diván; aquello no era un mero relajó, también era una responsabilidad del mando. Se reclinó al lado de Abraham y le dio las gracias por su generosidad.

—Te he echado de menos, hermano —dijo—. Casi merece la pena estar atrapado en una ciudad condenada con tal de verte.

—Tu problema, hermano —respondió Abraham—, es que al haber perdido a tus padres buscas constantemente formar una familia.

Le sonrió como si hubiese dicho algo profundo. Quizá lo había hecho. Ya estaba más bebido de lo que Sático le había visto estarlo desde hacía tiempo.

Sático se arrimó al borde del *kline* y vertió una libación.

—Por el Dios único de los judíos —dijo—. Que no nos abandone.

Abraham abrió los ojos como platos.

—Nosotros no dedicamos libaciones a nuestro Dios —dijo.

—Y mira lo bien que te va —replicó Sático.

Abraham sonrió.

—Eres incorregible —dijo—. ¿Tienes intención de casarte con mi hermana?

Sático se quedó pasmado.

—Me casaré con Amastris de Heraclea —dijo con sumo cuidado.

—No, no lo harás —contestó Abraham—. Es una puta del infierno, tu Amastris. Ya iba siendo hora de que alguien te lo dijera. Miras a mi hermana... Podría enojarme. A veces me enoja. Es una respetable viuda, no una flautista.

Sático no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Habla conmigo cuando estés sobrio —dijo de manera cortante, y se levantó del *kline*.

—Y una mierda, hermano. Puedes confiar en que yo te respalde en una guerra, ¿verdad? Eso es lo que nos convierte en hermanos. Escucha, tengo hermanos,

hermanos nacidos de mi madre. Cuando hacen cosas que me fastidian, se lo digo. Como cuando blasfeman contra nuestro Dios, por ejemplo. Y tengo una hermana de la que soy responsable. La miras de una manera que es del todo inapropiada. ¿Por qué será, hermano?

Abraham se había puesto de pie y respiraba trabajosamente.

—Te ruego que retires tus comentarios sobre Amastris —dijo Sátiro.

—Tiene el coño más ancho que la bocana del puerto. Te engaña, hermano. Nadie quiere decírtelo, pero acaba de enviar a Demetrio cinco naves atestadas de infantes. Infantes a las órdenes del puto Estratocles de Atenas. Con Néstor. Y está instalada en ese campamento viéndonos morir. —Abraham se encogió de hombros, pareciendo de pronto más bajo y más sobrio—. Perdona, hermano. Alguien tenía que decírtelo.

Apolodoro apareció detrás de Abraham y susurró:

—Ya hablamos sobre esto.

Abraham miró al suelo, levantó la vista y luego se encogió de hombros. La fiesta se estaba sumiendo en el silencio.

Sátiro miró a su capitán de infantería.

—Eso no son divagaciones de borracho, ¿verdad?

Apolodoro negó con la cabeza.

—No —dijo—. Informe de un prisionero.

Sátiro asintió.

—Probablemente haya una razón. Se trata de una reina, caballeros. Hay cosas que tiene que hacer por su pueblo, por ella misma, para asegurarse su gobierno. Y tiene a Estratocles; ese maricón no dudaría en clavarme una espada.

Apolodoro lo miró a los ojos. Sátiro se dio cuenta de que rara vez lo hacía; no se había fijado en lo penetrante que era la mirada de sus ojos castaños.

—Me parece que ya lo ha hecho —dijo Apolodoro—. Clavarte una espada. Según nuestros prisioneros, ha difundido el rumor de que has muerto.

Sátiro se encogió de hombros.

—Faltó poco —dijo.

—¿No vas a ir corriendo al campamento enemigo para tranquilizarla? ¿Reconquistarla? —preguntó Apolodoro.

Sátiro negó con la cabeza y frunció los labios. Todos estaban de pie a su alrededor: Neiron, Cármides, Anaxágoras, Abraham.

—Todos pensáis que soy un idiota —dijo.

Neiron negó con la cabeza.

—Piensas de una manera... diferente —respondió.

—Necesito más vino —dijo Sátiro.

Fuera, salió la luna. Sátiro había ingerido tanto vino como Abraham durante dos

horas y su amigo se deshacía en disculpas. Sátiro lo abrazó con fuerza y fue a tenderse al lado de Anaxágoras, que alzó su copa a modo de bienvenida.

—Cármides y yo estamos hablando de Eros —dijo Anaxágoras.

—¿Preferís estar solos? —preguntó Sátiro con una sonrisa.

—Podría preguntarte lo mismo —contestó Anaxágoras—. Siento lo de la reina. No la conozco. No sé qué pensar.

—¿Estamos hablando sobre Eros? —preguntó Sátiro.

—Cármides dice que los hombres y las mujeres nunca pueden ser amigos. Que hay demasiada tensión, que solo pueden ser amantes, competidores o enemigos. — Anaxágoras alzó la copa hacia el guapo muchacho lesbiano—. Y aunque pienso que no le falta razón, yo encuentro que las mujeres pueden ser buenas amigas.

Sátiro hizo honor a su intento por celebrar un verdadero simposio con buena conversación, participando.

—Tú eres músico, Anaxágoras. Y Cármides, si me perdonas, es joven. Y como músico, Anaxágoras, tienes algo que compartir con las mujeres. Podéis tocar juntos. Podéis honrar a los dioses juntos. Es como estar codo con codo en la línea de batalla, ¿no? Eso lo he aprendido en mis clases de música. Cuando tocamos juntos y tocamos bien, hemos compartido algo real, ¿no?

—¡Caramba! —dijo Anaxágoras, encantado—. Veo que no eres solo una cara bonita.

—Mientras que Cármides, y perdóname otra vez, muchacho, es guapo, joven y rico. Las mujeres lo quieren en su cama, sobre todo en el lecho nupcial. ¿Me equivoco? Y tú las tratas con desdén cuando te lisonjean, igual que cuando se portan mal unas con otras al competir. Y viendo esto, piensas: ni siquiera pueden ser amigas entre ellas.

Sátiro se recostó, satisfecho de haber contribuido a la conversación como un buen invitado.

Cármides aguardó a que rellenaran el *kylix*.

—Mi señor, dices bien, y me apesadumbra admitir que llevas razón.

—Las mujeres tienen bastante valía cuando los hombres se lo permiten —dijo Sátiro—. Y cuando se portan como niños, normalmente descubriréis que los hombres las han obligado a comportarse así.

—¿Quién te hizo tan sabio? —preguntó Anaxágoras.

—Su hermana —dijo Miriam. Se sentó apoyando la espalda contra la de Sátiro. Su repentina calidez provocó una reacción física instantánea que Sátiro tuvo que disimular. Si ella se percató, no titubeó—. Su hermana es una mujer extraordinaria, la clase de mujer que las demás mujeres admiran o desprecian. Es fuerte y valiente, y vive casi enteramente de la manera en que los hombres griegos piensan que viven los hombres.

Cármides tenía los ojos tan grandes como copas de vino.

—No tenía intención de ofender —dijo.

—Y no me has ofendido. Las mujeres son como los hombres en esto: cada una es un reino para sí misma, y nadie debería ser juzgado por otro. —Se puso de pie y por fin Sátiro pudo verla—. Aunque se agradece que una voz se alce para defendernos —agregó Miriam, y su sonrisa burlona fue momentáneamente seria cuando miró a Sátiro.

Él se quedó mirando cómo se alejaba, luego miró a Anaxágoras, que le dedicó una sonrisa irónica.

—Un tanto para ti —dijo.

—Esto no es una competición —contestó Sátiro apresuradamente.

—¿No? —preguntó Anaxágoras—. Hubiese dicho lo contrario.

Capítulo 24

Vigesimosexto día

Por la mañana varios hombres tenían resaca y Abraham los obligó a beber agua del pozo hasta que vomitaron. Sático se sintió mejor, mucho mejor, que desde hacía días y se puso a hacer ejercicio con Anaxágoras, Apolodoro y Helios en el ágora mientras los hombres descansaban en la sombra. Luchó brevemente con Helios, un muchacho que tan solo un año antes habría sido incapaz de enfrentarse a él, y levantó pesas y rocas bajo la severa mirada de Korus hasta que sudó la última gota de vino.

Las piedras caían sin tregua. Los hombres de la ciudad asistían a la metódica destrucción de los templos de la orilla que habían sido el orgullo de la ciudad durante cien años. Fueron desmembrados piedra a piedra y cuando el tejado del templo de Poseidón se derrumbó, su estrépito sonó tan fuerte como los vítores de los antigónidas.

Sático estaba comiendo una manzana seca.

—Esa era nuestra ruta de contraataque —le dijo a Neiron.

—Pues más vale que hagamos algo —respondió Neiron. El día tocó a su fin y la casa de Abraham seguía milagrosamente en pie. Sático organizó a través de Pantero que los esclavos de la ciudad le despejaran seis rutas entre los escombros del templo.

La misión de combate naval todavía no estaba lista, de modo que fueron a acostarse y por la mañana despertaron bajo un cielo rojo que prometía de nuevo una tormenta en el horizonte oriental. Sático se levantó y encontró a Korus durmiendo en el patio.

—Hagamos ejercicio —le dijo—. Atacarán hoy.

Cuando Pantero apareció, Sático le dio instrucciones para los esclavos de la ciudad sin dejar de hacer ejercicio y pidió a Apolodoro que llevara a los hombres a la posición pasando por las brechas que habían abierto los esclavos y que formaran la falange en el terreno despejado que quedaba al este de los templos destruidos. Quería la formación lista antes de que las máquinas estuvieran en posición, y de prisa, mientras apenas había luz, para que no los viera el enemigo.

Una hora después, y tras un desayuno abundante como un almuerzo, Sático se puso la armadura con más facilidad que en las últimas semanas.

—Podría plantearme usar la de bronce —dijo.

Korus asintió.

—Ya tienes algo de músculo pero aún no hemos terminado —contestó.

Salieron al ágora, a los lugares que ahora ya eran los acostumbrados, y se reanudó

el bombardeo con las consabidas columnas de polvo y los incendios: el enemigo disparaba contra los escombros. O contra las naves del puerto; lo que quedaba de las naves. Sátiro sintió una punzada de pena al recordar que su amado *Areté* había muerto y que su chamuscada quilla sostenía parte del túnel de debajo de la muralla.

Los mensajeros iban y venían de la torre de Jubal, informando sobre los movimientos de las máquinas flotantes. A ratos Jubal las perdía de vista por espacio de una hora; una columna de polvo o de humo podía ocultar el puerto entero con la misma eficacia que una venda en los ojos. Pero sus informes eran precisos y oportunos, y Sátiro dependía de ellos.

Por la tarde los hombres estaban absolutamente relajados y muchos dormían como troncos cuando las piedras dejaron de caer.

—A formar —ordenó Sátiro.

Antes de que el último hombre ocupara su sitio en las filas, un mensajero de Jubal confirmó que unas naves ligeras llenas de tropas de asalto estaban entrando en el puerto.

Sátiro buscó a Idomeneo.

—Los arqueros delante —dijo Sátiro—. Todos los *psiloi*. Entrad en los edificios que queden en pie y matad a todo bicho viviente.

Idomeneo asintió con recelo.

—No estoy pidiendo que luchéis cuerpo a cuerpo —dijo Sátiro—. Solo que los disperséis y hostiguéis.

Idomeneo enarcó una ceja.

—Somos mercenarios —dijo. Sátiro asintió.

—Y recibiréis una buena paga.

—A los hombres les gusta vivir para cobrar —insistió Idomeneo.

Sátiro se dio cuenta de que el cretense hablaba en serio, que aquello no era una charla trivial previa a la batalla.

—Idomeneo, podría hablarte sobre la lealtad, sobre la estima que te profesa mi hermana o sobre cómo te hemos ascendido de arquero a capitán. —Sátiro hizo una pausa—. Pero en cambio te hablaré de profesional a profesional. No soy Tolomeo, no he prescindido de ti durante el invierno para volver a contratarte en verano. He pagado un salario regularmente, salario por lo demás generoso, durante tres años de paz.

Idomeneo agachó la cabeza ante la lógica del argumento, pero puso mala cara.

—Esto es como un suicidio, señor.

Sátiro negó con la cabeza.

—En absoluto. Informa a tus hombres, condúcelos a los escombros y sobrevivid. Estaremos a menos de cinco minutos detrás de vosotros.

Idomeneo parecía desesperado.

—Hago esto en representación de mis hombres. No puedo...

Sátiro no se enojó. Apreciaba a Idomeneo. Era uno de los mejores soldados que había conocido jamás. Y sabía la presión que ejercían sobre él sus arqueros, que se sentían desnudos cuando no los cubrían hombres con armadura. Pero estaban perdiendo un tiempo precioso; Sátiro podía oír el reloj de agua del destino en un rincón de su cabeza, goteando cada vez más deprisa.

—Ve y cumple. Promételes una bonificación si es preciso, pero condúcelos a los escombros.

Sátiro apenas cambió su tono de voz pero aun así dejó claro que no había más que discutir.

Idomeneo lo miró a los ojos.

—Sobre tu conciencia pesará —dijo, y su mirada reflejaba una clara acusación: sus ojos acusaban a Sátiro de sacrificar a los arqueros.

No obstante, Idomeneo corrió en busca de sus hombres, que ya se habían desplegado a lo largo de la calle donde antes se alzaba el gimnasio, tocó un silbato que llevaba al cuello y lo siguieron hacia los escombros.

Sátiro recorrió el frente de su falange en formación. A la derecha tenía a Apolodoro y a la élite de los infantes y los marineros con armadura pesada; doscientos hombres de bronce. En el centro, tras un delgado frente de infantería, se hallaba el grueso de sus remeros con algunos ciudadanos y remeros rodios, casi ochocientos hombres. A la izquierda estaban los efebos rodios, todos muy jóvenes pero espléndidamente armados como suele ocurrir con los hijos de los ricos. Los marineros formaban solo de a seis en fondo en el centro mientras que las unidades de los flancos eran más nutridas.

La sabiduría generalmente aceptada de aquel estilo de guerra residía en que las tropas con armamento ligero operarían mejor entre los escombros. Si Sátiro hubiese contado con peltastas, guerreros provistos de escudos ligeros, jabalinas y a veces espadas, lo más probable era que los hubiese utilizado como tropas de choque.

Sátiro no estaba siguiendo la sabiduría generalmente aceptada. Había apostado a sus tropas más ligeras en la formación de falange más densa que creyó que podrían mantener, y las situó donde podrían avanzar en el terreno más llano y con menos escombros, al este de los templos. Y a sus hombres con armamento más pesado, hombres cubiertos de bronce prácticamente de la cabeza a los pies, los había situado en los flancos, en formaciones increíblemente abiertas, casi tan abiertas como las que según los escritos antiguos eran comunes antes de Maratón, con unos dos metros entre un hombre y otro. Su lógica era simple: en el terreno desigual de la zona de escombros era fácil que un hombre tuviera que enfrentarse a varios oponentes a la vez, y solo una armadura lo mantendría con vida. O al menos eso le parecía a él, y no había nadie para decirle si era una mala idea.

Sátiro terminó el recorrido por el frente de la falange. Asentía a los hombres que conocía o les sonreía, y ellos le correspondían. Ahora los conocía a casi todos, incluso a los rodios. Tenía a Menón, el marido de Aspasia, en la segunda fila. Y uno de sus hijos, Polifemo, se erguía gallardo a un estadio de él, todo recubierto de bronce, en la primera fila de los efebos. Sátiro cruzó miradas con Apolodoro, y Neiron, con Anaxágoras, Cármides y Jubal, que se apresuró a bajar de su puesto de observación con su equipo de marineros de la cubierta superior.

Pero nadie le hablaba. Estaba solo. Les sonreía y ellos sonreían a su vez, pero nunca al revés.

Se volvió y encontró a Helios detrás de él.

—Korus dice que no debo permitir que luches en primera línea —dijo Helios.

—Lo tendré presente —respondió Sátiro sonriendo. Echó un último vistazo a la formación y sus oídos le dijeron algo; podría no haber sabido definirlo pero en el grito de guerra del enemigo había algo que indicaba que estaba siendo blanco de arqueros. Tenía suficiente experiencia para identificar aquel sonido.

Ahora le tocaba temer que hubiese aguantado demasiado, que su falange central tardara demasiado en desfilar entre las ruinas de los tres grandes templos hasta el terreno despejado de la orilla. Levantó la mano, se echó el yelmo hacia delante y tiró de la trabilla de cuero de la mentonera izquierda por encima del muelle de la mentonera derecha para abrocharlas. Un diseño italiano, decían los hombres. Muy bien hecho, mucho más sencillo que el magnífico yelmo plateado que arrebatara a Demetrio años atrás.

Curioso, pensar en eso en aquel momento.

—Adelante —dijo Sátiro.

Los marineros pasaron por las brechas cuidadosamente abiertas entre las ruinas de los templos tal como lo habían ensayado. Lo hicieron bastante bien, y cuando cometían errores, olvidando a quién seguían o qué fila iba primero, otros hombres los empujaban con firmeza. Fluían más que marchaban, pero cruzaron el montón de escombros hasta el terreno despejado del puerto y volvieron a formar mientras Sátiro, primero en cruzar los escombros del templo de Poseidón, en el centro, observaba al enemigo formar su falange bajo una descarga ligera de flechas.

Era casi mediodía y el sol achicharrante de mitad del verano los azotaba como arena ardiente, un segundo enemigo para ambos bandos.

Sátiro formó su falange con ambos flancos aparentemente vacíos. Y entonces, cuando todo el cuerpo central hubo formado, cosa que pareció eternizarse, salió de su puesto en la segunda fila.

—¡Amigos! —rugió.

Poco movimiento. Detrás de él, los hombres de Idomeneo lanzaron una descarga

de flechas y huyeron; habían cumplido con su cometido, según ellos, y ahora buscaban el amparo de la falange de marineros.

—Podéis derrotar a esos hombres. Los habéis derrotado antes. Cuando crucéis vuestras picas con las suyas, juntad vuestras espaldas y esperad mi orden. Cuando la dé, quiero oír vuestro grito de guerra, pero no antes. ¿Preparados?

Se oyeron gruñidos, los mismos gruñidos con los que los remeros contestaban a la orden de bogar a velocidad de embestida.

No por vez primera, Sátiro se preguntó si había una criatura global en la cabeza de cada remero; si cuando estaban juntos constituían una especie de monstruo de mil cabezas pero con un único pensamiento.

Se situó de nuevo detrás de Helios.

—¡Adelante! —gritó, y el centro se combó cuando la falange avanzó, pero ya era demasiado tarde para preocuparse por tales cosas.

Los remeros calzaban sandalias; sandalias de sitio, las llamaban los hombres, porque habían aprendido lo dañinos que resultaban los escombros para los pies, incluso para los pies encallecidos de un marinero de cubierta, y habían hecho botas ligeras para llevarlas cubriendo las sandalias de recias suelas, y los infantes habían arrancado todas las tachuelas de sus sandalias «Isócrates» porque lo que sobre una cubierta de madera mojada podía salvarles la vida se convertía en garantía de resbalones y trapiés sobre la roca desmenuzada y el mármol roto.

Sátiro tenía por seguro que el enemigo iría descalzo. Los soldados griegos, incluso los macedonios, a menudo combatían descalzos para afianzar mejor los pies. Y si los hombres que subían por la playa nunca habían luchado en un sitio (¿y quién había luchado en un sitio como aquel?), probablemente irían descalzos.

Los flancos de la falange de marineros se apresuraron, y el frente se recompuso.

El enemigo ya estaba cerca. Su formación era más profunda pero menos compacta, y llevaban una curiosa mezcla de armas.

Piratas.

Sátiro tardó unos segundos valiosísimos en darse cuenta de que esta vez Demetrio no había enviado a sus preciados argiráspidas ni a sus falanges macedonias. Aquellos hombres eran piratas y su único propósito, saquear.

¿Sería bueno o malo?

Faltaban segundos para el impacto. Los piratas contaban con una ventaja numérica de diez a uno, pero, curiosamente, titubeaban. E iban descalzos.

Chocaron.

Los hombres de Sátiro golpearon el frente pirata como un ariete contra un portalón, y varios hombres cayeron a causa del impacto; los hombres eran literalmente empalados en las picas y, como los piratas tenían tan poca experiencia, no se habían apiñado ni juntado sus escudos para resistir la tormenta de hierro que

constituía una acometida de falange, aunque esta solo contara con seis filas de lanzas.

Aunque también hubo golpes a cambio; un torrente de golpes, una imponente ola oceánica de golpes.

Sátiro no había luchado en segunda fila hasta entonces. Resultaba aterrador. En la segunda fila, podías ver. Los hombres de primera fila se agachaban, metían los ojos casi por completo debajo de sus escudos y resistían el embate, parando golpes instintivamente. En la segunda fila, un combatiente veía al enemigo. Podía sentir la presión de la columna a sus espaldas y transmitirla al jefe de fila; con cuidado, sin empujarlo a una muerte segura.

Como casi todos los soldados de la segunda fila, Sátiro portaba una lanza pesada, no una pica. Tuvo todo el tiempo del mundo —resultaba extraño, pero el combate se libraba enteramente a medio metro de distancia— para flexionar el brazo y asestar un golpe tan simple como fuerte justo debajo de la cimera del yelmo de un pirata.

El hombre se desplomó, la lanza regresó a sus manos y Helios ocupó el hueco y dio un revés contra el yelmo del pirata enemigo de su derecha, aplastándole el cráneo al instante de tal manera que su sangre salió a borbotones por la celada del yelmo.

Sátiro estaba preparado. Había practicado a diario con Helios y se sabía aquellas rutinas de memoria. Se situó detrás de su hipaspista, pisando al hombre que había abatido con su primera estocada, y lanzó su lanza por encima de la espalda de Helios contra otro pirata, esta vez alcanzándolo en el muslo o la rodilla; imposible saber dónde le dio, pero el hombre chilló y Helios lo decapitó con su mortífero revés. De repente se vieron en medio de la formación pirata y Sátiro vio el penacho azul y blanco de Anaxágoras apenas a un largo de caballo a su izquierda.

La intención de Sátiro había sido que el ataque de la falange de marineros fuese un amago para atraer al enemigo hacia los flancos.

Ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo. La falange de marineros estaba aplastando a los piratas contra sus naves.

Sátiro se irguió y respiró profundamente, los piratas se estaban amedrentando, y rugió con tanta fuerza como pudo:

—¡Areté!

Contó hasta tres mentalmente.

—¡Sangre en el agua! —gritó.

El rugido de respuesta fue como el oleaje de un día ventoso, como el trueno de Zeus, como el estruendo del destino cerrando sus tijeras. Los remeros ya tenían calados a sus adversarios y su grito de guerra fue tan fuerte y espantoso que los enemigos se paralizaron como cervatos ante el rugido de un león, quedándose inmóviles mientras la marea de bronce y hierro los barría de la playa.

Sátiro afianzó los pies, eligió a un pirata que lucía un bonito yelmo y arrojó su lanza tan fuerte como pudo. No se detuvo a ver las consecuencias. Dio una palmada a

Helios.

—Me voy —dijo, y se volvió—. ¡Dejadme pasar! —gritó, y se abrió paso contra la marea de su propia falange, avanzando fila tras fila; volvió la vista atrás y se congratuló al ver que el colorido penacho del oficial pirata había desaparecido. Llegó a base de empujones hasta detrás de su propia falange, hizo una pausa y respiró unas cuantas veces.

Se sentía bien.

Los soldados de las últimas filas lo miraban.

Se desabrochó las mentoneras y levantó su yelmo.

—¡Tú! —dijo señalando a uno de los marineros de cubierta de Jubal—. Busca a Apolodoro y dile que cargue.

—¡Sí, señor! —contestó el marinero.

—Y tú, a los efebos. Diles que olviden el plan y que bajen a la playa formando el frente más ancho posible. ¡Corre!

Sátiro estaba gritando cuando no tenía necesidad de hacerlo. Lo que necesitaba era que aquellos hombres entendieran y transmitieran bien sus órdenes.

—¡Sí, señor! —respondió el marinero y, dejando caer la lanza al suelo, se echó a correr por la playa hacia el norte, dirigiéndose hacia los escombros.

«Heracles, no me abandones. Algo va mal. Esto es demasiado fácil.

»¿Dónde están los argiráspidas?

»Una cosa después de otra.»

—¡Jubal!

—¿Sí, señor?

—Toda la última fila, conmigo enseguida. Formad bien juntos.

Sátiro estaba a pocos largos de caballo de la última fila y más de cien hombres la abandonaron para formar. Sátiro recogió la lanza que había dejado caer el mensajero y la sostuvo para que les sirviera de guía al formar; eran marineros, no espartiatas.

—¡De a tres en fondo! ¡De a tres en fondo! —chillaba.

Los marineros y los infantes se arremolinaron, pero al cabo de un minuto se habían ordenado; ni mucho menos de manera prolija, pero la ventaja de los marineros sobre los falangistas era que no esperaban ninguna clase de orden cuando combatían. El caos era natural en ellos.

—¡En cuanto el hombre de la derecha cruce el extremo de nuestros muchachos, daremos un cuarto de vuelta a la izquierda! —les gritó Sátiro—. ¡Miradme! ¿Entendido? Nos uniremos a nuestra fila izquierda y cargaremos.

Usó la pica para ilustrar sus palabras.

Algunos hombres asintieron. Otros tenían la expresión perdida.

—¡Escuchad! ¡Miradme! —A pocos metros de allí, los marineros soltaron un alarido y la falange avanzó el largo de un buey grande; y se detuvo—. Nos unimos a

esa fila que está justo ahí y giramos así.

Y volvió a dar indicaciones con la pica. Ahora vio más comprensión que confusión entre sus hombres.

Estaba en primera línea, sin un lugar al que ir cuando empezara la acción.

Así sea, pensó.

—¡Adelante! —gritó.

Su endeble línea avanzó, curvándose como los aficionados que eran.

—¡A la derecha! ¡Conversión! —rugió con su mejor voz de conjurador de tormentas, y casi todos los marineros efectuaron el giro, aunque a velocidades distintas, y el frente se desorganizó. Sátiro tuvo ganas de llorar; aquella era una maniobra que sus infantes de marina o sus mercenarios macedonios podían llevar a cabo con los ojos cerrados.

En torno al lado izquierdo de su falange principal había multitud de piratas y las filas más a la derecha de su débil contraataque los dispersaron; y entonces se encontró combatiendo.

Tenía los pies en la arena; de hecho estaban en la playa. Un hombre apareció delante de él, surgido de la confusión del combate; un hombre enjuto y nervudo con un pendiente y un hacha ensangrentada. Sátiro había perdido la pica y se encontró con que había desenvainado la espada. El hombrecillo le golpeó por lo alto y Sátiro estampó su pesado escudo contra el mango del hacha, clavando el borde del escudo en la hoja y empujó con ambas piernas para mantener el hacha en lo alto. El pirata intentó retroceder pero al ver que no podía agachó la cabeza e intentó dar un cabezazo con su yelmo contra el mentón de Sátiro, pero lo único que consiguió fue que este le traspasara el cuello con la espada, muriendo en el acto. Sátiro siguió avanzando, sintiendo el *daimon* del combate por primera vez desde lo que le parecieron meses, pilló desprevenido a otro hombre con un corte limpio en el cuello que no llegó a decapitarlo. Luego Sátiro dio un mandoble bajo contra un tercer hombre, rajándole la parte trasera de los muslos por debajo del borde del escudo, y después dos golpes dieron de pleno contra su escudo, haciéndole trastabillar, y un par de impactos en el yelmo le hicieron dar otros tantos traspiés. Arremetió con la espada, un mandoblazo sin destreza, un molinete para ganar unos segundos.

Hincó una rodilla en tierra y de pronto fue un hombre solo, y tenía a dos enemigos atentos a él y a un tercero en un lado, un oportunista que buscaba una víctima fácil.

Sátiro se levantó de un salto, con un fuerte empujón de su pierna derecha, estampó su gran *aspis* contra los dos hombres que tenía enfrente, salió rebotado y se lanzó contra el hombre que tenía a un lado, el oportunista, a quien clavó la punta de una *xiphos* entre la clavícula y el cuello. Pero mientras caía, la espada de Sátiro se quedó atascada en el hueso, y su víctima le arrancó la espada de las manos al caer.

Como si Heracles estuviera entrenándolo, Sático giró las caderas hacia la izquierda, alargó el brazo como si hubiese ensayado el gesto cien veces y agarró la muñeca de otro pirata, le estampó el escudo contra el rostro desprotegido y le quitó la espada. Notó que se trataba de un *kopis* por la pesadez de su hoja y se volvió hacia sus anteriores adversarios, avanzó, levantó el escudo y vio que uno de los piratas levantaba el suyo en respuesta al amago; un hombre sin experiencia que no iba a vivir para aprender. Sático cortó por debajo del escudo levantado, alcanzándole la cadera y la entrepierna, y el hombre cayó como un fresno talado por un leñador forzado. Entonces Sático arrojó brutalmente su cadáver, pues ya había muerto, contra su compañero de fila con el brazo del escudo y acto seguido le lanzó un mandoble alto y pivotó sobre su pie izquierdo, de modo que el pie derecho adelantó al izquierdo para imprimir al golpe todo el peso de su cuerpo, y la hoja torcida del *kopis* traspasó el borde del escudo ligero del pirata y también el fino bronce de su yelmo.

Nadie se enfrentaría a él, y todo el frente pirata se retiró unos pasos delante de él, dejándolo solo. Sático respiraba como un jabalí que hubiese dado muerte a todos los perros de caza valientes y que ahora se enfrentase tan solo a perros callejeros.

Sus hombres también se estaban apartando. El combate tenía esas cosas. Los hombres solo podían luchar cuerpo a cuerpo durante un cierto tiempo; cien segundos, doscientos segundos los mejores y más fuertes, y luego tenían que separarse y recuperar el aliento.

—¡El rey! —gritó un marinero a sus espaldas, y todos se hicieron eco—. ¡El rey! —coreaban—. ¡El rey!

Sático levantó el *kopis* y la sangre de la hoja le chorreó por el brazo, el cálido lametón de la muerte en la piel. Inhaló y pudo oler la piel de león de su señor en el viento, y pudo ver, como si lo llevara grabado en los ojos, que podría matar a cualquier hombre que se le enfrentara.

Sin embargo aquel instante de gloria se fue al garete cuando Apolodoro y sus infantes cargaron de cabeza contra los piratas en el extremo sur de la playa. Sático oyó el momento del impacto, que penetró en su cabeza ebria de batalla.

—Abridme paso —ladró a los marineros que tenía más cerca, y Jubal pegó un manotazo a un hombre para que se apartara de su camino.

Sático cruzó como una exhalación la endeble línea de marineros, hombres que se habían creído a salvo en la última fila y que aun así se las habían compuesto para sacar al héroe que llevaban dentro cuando se lo pidieron.

«Acuérdate de agradecerse después.»

Corrió playa arriba hasta la arena fina, que consumió las energías que le quedaban como un perro devora carne fresca. Se volvió y contempló la playa.

Aquella no era la batalla que había querido; se estaba librando por completo en la playa abierta al oeste de los templos, no en las angostas calles de la ciudad en ruinas,

en los flancos donde sus hombres con buenas corazas podrían liquidar fácilmente a aquellos piratas mal armados en los callejones sin sufrir bajas.

«Así sea.»

Hacías planes y se desvanecían. Sus hombres estaban venciendo a pesar de que los piratas seguían desembarcando; lo hacían apartados de la orilla y tenían que caminar a tierra con el agua hasta la cintura. Y aquellos hombres, que en realidad solo estaban a un cuarto de estadio, titubeaban. Los veía aguardando en los costados de las barcas de remo, sin saber si saltar por la borda o permanecer a bordo.

Ahora bien, aunque aquel ataque iba en serio, los auténticos soldados del Niño Bonito estaban en alguna otra parte.

Sátiro se tomó su tiempo para observar la escena que se desarrollaba a sus pies.

Apolodoro avanzaba entre la desorganizada formación pirata como un cincel de hierro a través del bronce caliente; lento pero inexorable, el impulso de las piernas de los infantes asemejaba un gran mazo que empujara la punta de su lanza contra el objetivo. Unas cuantas naves ligeras quisieron desembarcar más piratas detrás de él, pero Idomeneo y los arqueros habían reaccionado sin aguardar órdenes y los casi desnudos piratas recibían un severo castigo por su temeridad.

Ninguna crisis en aquella zona.

En el norte de la playa los efebos avanzaban despacio y con cautela pero formando un amplio frente, solo de a cuatro en fondo. Habían duplicado la anchura de su formación, confiando en sus armaduras, su entrenamiento y su juventud. No se habían equivocado, y los piratas, achantados, iban retrocediendo.

Faltaban minutos para que el combate en la playa se convirtiera en una auténtica carnicería.

En el sur, sin embargo, había naves tratando de forzar las defensas del puerto principal por primera vez. Estaban siendo seriamente castigadas por las cuidadosamente calibradas máquinas de Pantero. Sátiro siguió observándolo todo un buen rato, el tiempo que tardaron en morir cuarenta piratas, antes de decidir que lo que estaba observando era un amago: Demetrio había enviado las naves para atraer a Pantero.

¿Por qué?

No tenía ni idea de qué había ido mal pero lo notaba con la misma certeza que si hubiese sufrido una herida.

—¿Qué está pasando? —preguntó Abraham. Había salido de la parte trasera de la falange respirando como el fuelle de un herrero. Se dejó caer de rodillas en la arena—. No estoy en forma.

Sátiro siguió observando. Los piratas estaban a punto de darse por vencidos; demasiados muertos, y el agua lamiéndoles los tobillos. Los hombres de las últimas filas tiraban sus escudos y huían a nado.

Curiosamente, no fueron aplastados por Apolodoro o por los efebos, ni siquiera por los marineros que arremetían con paso firme contra su frente. Lo que los hundió, mientras Sático observaba, fue la deserción de sus naves; tan repentinamente como un banco de peces plateados atacado por un delfín, los pentecónteros y las barcas de remos que habían llevado a tierra a las fuerzas de asalto dieron media vuelta y huyeron, abandonando a sus camaradas en la playa. Su moral se vino abajo al instante; un movimiento visible en las filas delanteras y, de repente, los piratas arrojaban sus armas en todas direcciones e intentaban nadar, siendo perseguidos sin cuartel. Los remeros de Sático, muchos de los cuales habían sido esclavos, les segaron la vida como quien siega la última cosecha de centeno, apresurándose antes de la llegada del viento invernal y las primeras lluvias, arponeándolos con largas picas mientras nadaban o hincando sus dagas en los que se querían rendir.

—Necesito a Apolodoro —dijo Sático.

—Ya voy yo —se ofreció Abraham.

—Bien. Ve de prisa. Lo necesito con tantos hombres como pueda reunir. Los necesito enseguida.

Sático dio una palmada a Abraham en el espaldar y entonces se dio cuenta de que le salía sangre de debajo del yelmo.

—¡Estás herido! —dijo Sático.

—Bah, no es nada.

Abraham se quitó el yelmo y lo dejó caer en la arena. El yelmo tenía un agujero y él el pelo apelmazado por la sangre.

Sático volvió a centrar su atención en el combate que se libraba en la playa.

Los efebos se habían sumado a la matanza con todo el ímpetu de la juventud.

Sático siguió remontando la playa, tratando de alcanzar suficiente altura para ver qué podía estar ocurriendo en el extremo sur del puerto interior. La zona de Pantero.

Helios abandonó el combate y subió corriendo por la playa.

—Buen chico —dijo Sático—. Respira.

Helios tenía la mano y el brazo ensangrentados hasta el codo, y todo el costado derecho salpicado de la sangre que goteaba de su lanza.

—No la puedo soltar —dijo con una voz extraña.

La sangre se había secado, pegándole la empuñadura a la mano.

Sático vertió agua de su cantimplora sobre la mano del muchacho y poco a poco la sangre pegajosa se diluyó. Luego se bebieron el resto del agua.

Abraham regresó, corriendo bien, a grandes zancadas.

—Apolodoro va a terminar.

Helios se quitó el yelmo y lo dejó caer en la arena.

—Necesito que vayas corriendo hasta donde está Pantero —dijo Sático a Helios, que asintió sin hablar—. Tráeme novedades, tan rápido como puedas. Corre.

Sátiro sabía que estaba abusando del chico, pero sus opciones eran limitadas y la sensación de fatalidad, creciente. Y la única taba que tenía era que los piratas hubiesen muerto deprisa, dejándole una reserva de hombres y algunas alternativas. Tal vez. Quizá.

En la masacre, Anaxágoras estaba abriendo una brecha entre los piratas. Su penacho azul y blanco era inconfundible y Sátiro no tuvo problemas para localizarlo. Su ira era terrible, como algo salido de la *Ilíada*.

—En verdad espero que no suframos muchas bajas barriéndolos de la playa —dijo Sátiro, y su voz fue como la voz de Ares, una voz inhumana, como el tañido del bronce.

Abraham miró un momento la lucha.

—Un hombre moral diría que son hombres iguales a nosotros —dijo. Se volvió y no tuvo reparo en mirar a Sátiro a los ojos—. Pero no son hombres iguales a nosotros, y su muerte solo me produce placer.

—Matadlos a todos —dijo Sátiro. Según sus cálculos, y le sorprendió la claridad con la que era capaz de pensar, había tres o cuatro mil perros callejeros acorralados, muriendo a manos de una cuarta parte de sus propios efectivos. Jamás podría dar de comer a tantos; ni siquiera podía plantearse aceptar su rendición, pues eran hombres sin la menor valía y en cuya palabra no cabía confiar. No sintió la más mínima compasión.

Todo esto en tres rápidos latidos de su corazón.

—Di a la falange que los aniquile —repitió Sátiro a Abraham, y se volvió al oír que alguien gritaba su nombre desde los templos en ruinas.

—¡Sátiro!

Miró a izquierda y derecha. Los yelmos dificultaban esas búsquedas.

—¡Sátiro! —se oyó más cerca.

Era Miriam. Tenía sangre en la cara y el pelo.

Sátiro la estrechó entre sus brazos, aun no siendo su intención, como si su cuerpo actuara motu proprio.

Ella se dejó abrazar, con el quitón manchado de sangre y sudor, y los contornos de las hombreras de Sátiro quedaron impresos en ella para el resto del día.

Pero Miriam no murmuró palabras cariñosas.

—El enemigo está en la ciudad —dijo dominando la voz, conteniendo su propio pánico—. Están detrás del ágora, y un soldado que he encontrado dice que están entrando por las puertas del oeste.

Sátiro volvió la cabeza.

Apolodoro estaba subiendo por la playa, con sus doscientos hombres ilesos.

«Gracias, Señor Heracles, por la advertencia. Ojalá llegue a tiempo.»

—¿En las calles de detrás del ágora? —preguntó.

—Eso creo —contestó Miriam con voz temblorosa—, pero no estoy segura.

Sátiro quiso decirle algo como «bienvenida a la guerra» pero no había tiempo que perder.

—Reúne a tantas mujeres como puedas, subid a los tejados y tiradles tejas —dijo—. Llévate a todas las mujeres que encuentres en el ágora. Escucha: quizá te esté enviando a la muerte, Miriam, pero si tus mujeres no pueden entorpecer el avance enemigo en los callejones, estamos acabados.

—Lo entiendo —respondió Miriam.

—Te amo —dijo Sátiro.

Miriam le lanzó una mirada con los ojos entornados que daba a entender que, incluso en las garras del miedo, tenía el ingenio preciso para elegir sus palabras.

—Pues procuraré no morir —dijo, restando importancia al asunto. Se arremangó las faldas y echó a correr, mostrando sus largas piernas a la luz de la tarde, una visión nada frecuente en un campo de batalla.

Sátiro se volvió hacia Apolodoro.

—Enemigo a la ciudad, por detrás —dijo.

—¡Zeus Sator! Apolo, Kineas, no nos abandonéis —respondió Apolodoro.

—Seguidme.

Sátiro los condujo playa arriba y sus temores casi le arrebataron la capacidad de correr. ¿Habría caído ya la ciudad? Por regla general, una vez que el enemigo traspasaba las murallas, la defensa se venía abajo, aunque Rodas era tan grande que tanto Sátiro como Pantero habían aprovechado su extensión a modo de defensa.

Corrió de regreso entre los escombros, haciendo caso omiso del daño que le hacía el tobillo derecho, pasando por una de las brechas y cruzando el templo derruido de Poseidón hasta llegar al ágora.

No era una masa de soldados enemigos. Era una masa de civiles presa del pánico, y Miriam intentaba desesperadamente motivar a cuantos podía para que se unieran a ella.

Mientras Sátiro todavía corría, Lidia, la esposa de Pantero, y Aspasia, así como otras mujeres prominentes de la ciudad, las sacerdotisas y las curanderas, salieron de la muchedumbre y se pusieron a arengarla, y la muchedumbre se calló.

Por encima del silencio, Sátiro oyó los gritos que llegaban del oeste.

—Formad tres columnas; una en cada calle principal. Tiene que haber defensores, poned el alma en ello.

Sátiro ladraba sus órdenes y Apolodoro eligió a sus tres comandantes, y a medida que los hombres salían de entre los escombros los iban asignando a los tres grupos.

—Me llevo el de la derecha —dijo Sátiro.

—Debería quedarme contigo —respondió Apolodoro.

Sátiro negó con la cabeza.

—No estarás peor que ahora si yo muero aquí, si la ciudad resiste —dijo—. Además, tengo a Draco y a Amintas —agregó, mirándolos a los ojos—. No me dejarán morir.

Ambos guerreros dieron un gruñido que bien podría haberse tomado por una risa contenida.

—Por los huevos dorados de Ares, esto te sorbe como una flautista en un simposio de efebos —dijo Amintas—. Odio los sitios. —Se volvió hacia sus hombres—. ¿Alguna vez os he contado cómo salvé a Alejandro, muchachos?

—No más de mil veces —masculló Draco—. En marcha, o el joven rey intentará librar todo el combate él solito.

Amintas escupió.

—Solo lo está haciendo para impresionar a esa chica —dijo.

—Se me ocurren razones peores —replicó Draco.

Pese al miedo a una muerte inminente y a la pérdida de la ciudad, Sátiro descubrió que sus mejillas todavía le podían arder.

En las calles al oeste del ágora, terreno nuevo para Sátiro y la infantería de marina, avanzaban despacio, bien juntos, comprobando cada bocacalle cuando llegaban a ella.

Recorrieron medio estadio antes de encontrar a unos hombres saqueando. Una docena de hombres, todos ellos soldados enemigos que habían decidido que la ciudad había caído y que podían dar comienzo al pillaje prometido.

Su parálisis, su absoluta sorpresa al ver a sus fuerzas, dio a Sátiro cierta esperanza.

—Olvidaos de las calles laterales —dijo Sátiro—. Formación compacta. ¡De a dos! ¡Adelante!

Sus pies pisaron fuerte la piedra, los infantes avanzaron deprisa, fluyendo a lo largo de la calle ligeramente curvada a la velocidad de un niño o una niña que oye la llamada de su padre a lo lejos; y vieron al enemigo, un grupo reunido en torno a un pequeño olivo en una plaza cuadrada que no tenía más de dos largos de caballo de lado. La plaza estaba atestada de antigónidas que saqueaban una casa acomodada al tiempo que violaban a dos mujeres que habían atrapado y bebían vino bueno, todas las delicias y perversiones del botín de guerra a la vez, y los infantes de Draco arremetieron contra ellos sin aminorar el paso, y la masacre fue rápida, y la sangre se mezcló con el vino derramado, y la fuente del centro de la plaza quedó llena de soldados muertos.

Sin embargo, detrás del asalto inicial de simples piqueros había aguardado un cuerpo de veteranos, una reserva, que ahora reaccionaron como profesionales, viniendo del oeste y acometiendo derechos contra los infantes de Sátiro, y las picas y

lanzas se cruzaron, y comenzó la matanza en la plaza.

Los empujaron fuera de la plaza paso a paso. Amintas murió allí, él que había salvado la vida de Alejandro en la remota India, que había matado hombres desde Tebas hasta el Hindu Kush y más allá. Draco le vio caer y se plantó encima de su amante caído, y su lanza subía y bajaba como si fuese la encarnación de Ares, y los antigónidas temían enfrentarse a él; en efecto, aunque los enemigos tuvieran refuerzos, algunos de ellos gritaban su nombre porque ahora se enfrentaban a viejos veteranos, lo más escogido de las fuerzas de Demetrio, y los hombres de las primeras filas de los argiráspidas conocían a Draco de vista y se retiraban en señal de respeto.

Un infante arrastró a Draco hacia la calle mientras Sátiro y otro hombre agarraban a Amintas por las axilas y los tobillos y doblaban la esquina sin más contratiempos.

—¡Volved a formar! —bramó Sátiro. La voz le empezaba a fallar, y sintió que la fatiga minaba su voluntad de luchar, y el hecho de que no hubiesen sido capaces de resistir en la plaza sugería que, en efecto, la ciudad había caído.

—¡Sátiro! —gritó Miriam. Estaba encima de él; le dolió mirar tan arriba porque la cubrenuca de su espaldar se le clavaba en el cuello al girarlo para verla. Pero allí estaba, con una teja en la mano.

—¡A mí! —rugió Sátiro, recobrando todo su ímpetu. Y el cambio en su tono de voz fue más convincente que las palabras, y de pronto los infantes se hicieron fuertes en torno a él, justo cuando los argiráspidas cargaban doblando la esquina...

La esquina los pilló por sorpresa, y los infantes resistieron la acometida aunque varios veteranos murieron allí, hombres que habían trepado por las riberas del Ipsos y del Orexartes y que no habían cedido terreno en Arabela. Pero Sátiro no tenía tiempo para pensar, solo percibía la avalancha de hojas, el ruido sordo de su yelmo al recibir un impacto tras otro, el interminable rugido de los gritos de guerra y los chillidos y maldiciones que proferían los hombres al caer malheridos. Defendió su terreno en primera línea y los hombres que tenía a los lados hicieron lo mismo, y eso era cuanto cabía decir. Clavaba la lanza cuantas veces se atrevía y no tenía ni idea de si acertaba o no; a sus espaldas, los hombres blandían sus armas y se oían gritos; a Sátiro le parecía casi imposible seguir ileso cuando el combate en la calle daba la impresión de haberse prolongado durante horas.

Entonces, casi como si alguien hubiese dado una orden, los infantes retrocedieron tres pasos, de un lado a otro de la calle, y los argiráspidas no los siguieron. Y ahora que el combate cuerpo a cuerpo había cesado, los Escudos Plateados tuvieron tiempo de darse cuenta de cuántos hombres habían perdido, de cuánto habían sido castigadas sus fuerzas por las tejas y ladrillos arrojados desde las casas de ambos lados de la calle, armas improvisadas que los estaban diezmado con más eficacia que los cansados infantes.

Así como una niña pequeña con la rodilla pelada tras una caída puede tardar

varios segundos antes de llamar a su madre, los veteranos antigónidas tardaron largos segundos en ser conscientes de cuántas bajas habían sufrido.

Pero eran los mejores soldados del mundo. Y no habían vivido tantos años en las manos del terrible Ares sin aprender todas las duras lecciones de la bruma de la batalla. Cuando supieron lo maltrechos que estaban, lo mucho que se habían adentrado en la trampa tendida por las mujeres desde los tejados y los callejones, no se vinieron abajo. Llamándose unos a otros porque muchos de sus jefes de fila habían muerto, llamándose de hombre a hombre, solaparon sus escudos y cargaron.

Sátiro recibió la acometida con su escudo en un estado de desesperación porque en esas circunstancias cualquier otro soldado se habría dado por vencido. Lo único que podía hacer era defender su terreno y morir.

El hombre situado a su izquierda murió casi de inmediato, y Sátiro y su compañero de fila de la derecha, que resultó ser Jubal el marinero, un hombre que no pintaba nada allí, se vieron acorralados contra la pared de la calle por la arremetida de los veteranos macedonios. Pero Jubal resopló, arremetió con su lanza y derribó a un hombre, un hombre con un escudo con ricos adornos de marfil y plata, y en lugar de achantarse, el nubio avanzó y Sátiro levantó su escudo, lo solapó con el del nubio y empujó con las piernas contra los cimientos de la casa que tenía detrás. Alguien se sumó a ellos desde detrás, empujando el costado izquierdo de Sátiro y solapando su escudo, y de repente hubieron bloqueado la calle. Resistieron como un luchador menudo resiste a uno más corpulento cuando sus pies se deslizan hasta encontrar una piedra enterrada en la arena, una piedra lo bastante grande para detener la planta del pie y dar al luchador ese segundo precioso para recuperarse...

Y entonces Apolodoro cargó contra los flancos de los argiráspidas desde la plaza. El comandante enemigo no había entendido que el contraataque de Sátiro constaba de tres columnas. Había comprometido a todos sus efectivos en el centro. Y en un combate callejero la ignorancia es la muerte.

La columna de Apolodoro irrumpió en la plaza, cincuenta pasos detrás de la primera fila de argiráspidas, pero su impacto se transmitió al instante y eso sí que ya fue demasiado para los veteranos. Y aun así no se rindieron. Sabían que rendirse equivalía a morir. En su lugar lo que hicieron fue batirse en retirada por las calles, dejando hombres muertos a cada paso, muertos a manos de Sátiro, Apolodoro, Cármides... pero todavía más muertos a causa de la incesante lluvia de ladrillos y tejas.

Jamás se rindieron.

Avanzaban de prisa y seguían matando mientras se retiraban, y cuando sus camaradas macedonios decidieron huir y los abandonaron, cubrieron la retirada de los hombres más jóvenes en las puertas y murieron allí, y Sátiro pensó que eran los soldados más espléndidos que había visto en su vida.

Y de pronto estuvieron fuera de las puertas. Y justo al otro lado de las puertas, viniendo hacia ellos con decisión, había una falange de refresco, un *taxeis* entero, dos mil hombres. Dos mil hombres de refresco.

Las puertas seguían en pie; un misterio para Sático. «¿Cómo demonios han entrado?», pensó.

—¡Las puertas! —gritó a Apolodoro entre jadeos.

Una fila de argiráspidas llegó a la misma conclusión y dio media vuelta para defender las puertas. Media docena de hombres, hombres de cuarenta y cincuenta y tantos con barbas plateadas sobre sus escudos plateados.

Las puertas se abrían hacia fuera. Para cerrarlas, los argiráspidas tenían que salir.

El *taxeis* enemigo estaba cerca. Tan cerca que Sático veía las nubecillas de polvo que levantaban sus sandalias al correr hacia él.

Apolodoro no vaciló. Se echó a correr, preso de una enloquecida temeridad. Los argiráspidas se prepararon, pero se detuvo a poca distancia, se puso de puntillas, alzó su lanza y la hincó en la nuca de un hombre, clavándolo en el suelo. Sático iba medio paso detrás de él; había confundido la intención de Apolodoro y pasó volando por encima de él, cayendo despatarrado en medio de los argiráspidas. Tendría que haber muerto, pero los golpeó como un proyectil y tres de ellos cayeron, y de pronto estuvieron todos forcejeando en el suelo a la desesperada.

Sático liberó su brazo del porpax del escudo, sacó su daga de la vaina alojada debajo del porpax y apuñaló, tan rauda como Zeus al lanzar sus rayos, contra todo lo que tenía a su alcance mientras su mano derecha, libre por haber perdido la espada, agarraba la garganta de un hombre y se la estrujaba, sin dejar de dar mandoblazos con toda la ferocidad de un luchador de pancracio en el asalto final. Alguien le estaba mordiendo el bíceps con todas sus fuerzas, y recibió un porrazo entre las piernas, el tremendo dolor de un golpe en la entepierna, pero lo sobrellevó, apuñaló de nuevo y notó que la carótida de su oponente se hundía bajo su pulgar, notó el crujido del cartílago en el cuello del hombre. Movié la mano, palpó el rostro del hombre y le hundió el pulgar en un ojo.

Un golpe lo alcanzó en la espalda y salió despedido, rodando por el suelo, y el dolor de la entepierna se extendió por todo su cuerpo como una ola. Pero vio que a su alrededor los infantes vitoreaban. Se apoyó en una rodilla y vomitó, y luego cayó de bruces sobre su vómito.

Y los demás seguían lanzando vítores.

Se balanceó en el suelo durante una eternidad, con las rodillas bien prietas y la espalda dolorida. Poco a poco se convirtió en mero daño. Una especie de frío y maligno daño que se adueñó de la mitad inferior de su abdomen.

Apolodoro se inclinó sobre él. Estaba sonriendo.

—Vivirás —dijo.

Tendido bocarriba, Sático se dio cuenta de que lo que le había golpeado la espalda eran las puertas cuando sus hombres las cerraron de golpe. Y en las torres de ambos lados de las puertas, los hombres de Idomeneo disparaban descargas cerradas de flechas contra el *taxeis* que estaba indefenso a sus pies.

Miriam surgió de entre la bruma de sufrimiento. Parecía una furia, sangre y polvo y una expresión en su rostro que distaba mucho de ser bella; distaba, como mínimo, de la clase de belleza que los poetas y ceramistas ensalzaban.

Se quedó estudiándolo un momento.

—Me parece... —Carraspeó para aclararse la voz—. Me parece que te he visto con mejor aspecto, mi señor.

—Tú... —dijo Sático. Y felizmente para todos, se tragó las palabras que acudieron a sus labios—. Buen trabajo —dijo en cambio, como un oficial dirigiéndose a un lancero disciplinado—. Bien hecho, Miriam —jadeó.

Pero se estaban mirando a los ojos y los de Miriam hablaban más alto que los gritos de dolor de las entrañas y la entrepierna de Sático.

Capítulo 25

Día vigesimoséptimo

Sátiro no tenía más heridas que cualquier hombre que hubiese combatido todo el día con armadura: largos rasguños, magulladuras misteriosas, tres pinchazos profundos en la parte baja de la espalda donde las puntas de lanza habían atravesado la coraza de cuero. Tenía una magulladura en lo alto del brazo derecho que adquirió un color tan horrendo que los demás veteranos torcían el gesto al verlo, y otro en el culo a consecuencia del golpe de las puertas, que casi le había imposibilitado dormir.

En general, se sentía de maravilla.

Parte de su euforia se debía al jugo de amapola que Aspasia le había dado para el dolor de la entepierna, y en parte a su éxito: indudablemente, él y sus hombres habían alcanzado una señalada victoria. Demetrio había lanzado su gran asalto con casi doce mil hombres en su momento álgido y había sido rechazado, sufriendo una cantidad de bajas espantosa. La incursión con más tropas implicadas había tenido lugar en las playas, dando paso a una masacre en toda regla.

No obstante, su euforia se debía principalmente a las bajas o, mejor dicho, a la falta de bajas. La suerte, la planificación, la ayuda divina... Fuera cual fuese la razón, la falange de remeros solo había perdido a catorce hombres; los efebos de la ciudad solo habían perdido a seis y la infantería de marina, de todas las naves de Sátiro, que habían soportado la lucha más enconada, había perdido a diecinueve hombres entre los que se contaba Amintas, el único de los *hetairoi* de Sátiro, sus compañeros más allegados, que había muerto.

Pantero y Menedemos habían hecho frente a ataques menores, ataques reales pero con menos hombres, y cada uno había perdido a veinte hombres.

Era un milagro enviado por Atenea, decían los hombres.

Sátiro estaba tumbado en la cama, dolorido, y pensaba que en efecto se trataba de un milagro, enviado en buena parte por la arrogancia de Demetrio y una buena dosis de suerte. Y por la advertencia de Heracles.

El sol salió en un nuevo día, el del Festival de Apolo, y Sátiro estaba recostado en su diván, una magnífica alfombra persa en una tienda abarrotada de muebles rescatados de casa de Abraham. La casa había desaparecido tras ser alcanzada cuatro veces por piedras del tamaño de una oveja. Pero sus esclavos se habían mantenido leales y protegido sus pertenencias de los saqueadores, de modo que ahora Abraham, su familia, su séquito y sus esclavos disponían de un complejo de tiendas en el ágora, hechas con velas del *Areté*, al menos temporalmente fuera del alcance de las

máquinas de Demetrio.

Poco a poco, maldiciendo de vez en cuando, Sátiro bajó las piernas al suelo, se incorporó despacio y consiguió ponerse de pie.

Helios apareció a su lado.

—¡Mi señor!

—Ayer luchaste como un héroe, muchacho —dijo Sátiro. La palabra «muchacho» la salió espontáneamente. «Me estoy haciendo viejo», pensó, «si llamo muchachos a los hombres». Veinticuatro años. Y un año más por cada día de sitio.

Helios le sonrió.

—Eso parece, señor. Cármides dice lo mismo.

—Vaya, eso sin duda lo convierte en una verdad —bromeó Sátiro.

Helios se puso más serio.

—Puesto que estás despierto, hay asuntos que tratar, señor. Tras la matanza de piratas de anoche, Demetrio consiguió desembarcar tropas de asalto en el malecón de la ciudad. Levantaron una barricada en la punta y tienen un par de grandes máquinas dentro.

Sátiro puso mala cara.

—¿Cuántos hombres? —preguntó.

—Seiscientos, y unas cuantas naves de apoyo. Y Demetrio ha retirado sus máquinas flotantes un buen trecho y ha reconstruido la barrera flotante. La verás en el agua del puerto. Pantero ha venido hace casi una hora y ha solicitado que se reuniera la *boulé*. Abraham no ha permitido que te despertáramos.

Sátiro se frotó la mandíbula.

—Dioses, cómo apesto. Abraham es un príncipe. ¿Puedes conseguirme un baño y un poco de aceite, Helios? ¿Y un vaso de sidra?

Helios le alcanzó un cuenco de zumo de granada caliente.

—Me adelanto a tus deseos, mi príncipe.

Sátiro se recostó y fue bebiendo sorbos de zumo. Seguía sintiéndose eufórico.

—¿Logramos una noble victoria, verdad?

Helios se rio.

—Solo hay una cosa que no entiendo, señor. ¿Por qué no se rinde y se larga?

Sátiro se terminó el zumo y se levantó.

—Esto no ha hecho más que comenzar, Helios.

—¿Debo despertar a los demás, señor? —preguntó Helios.

Sátiro negó con la cabeza.

—Deja dormir a Neiron y Apolodoro.

Estaban acostados debajo de unos toldos cerca de su tienda.

Limpio, con un *chitoniskos* lo bastante corto para suscitar comentarios en Atenas,

Sátiro salió al sol abrasador del ágora. Se dirigió a la *boulé* pasando por la plaza donde había muerto Amintas. Encontró el olivo que tan bien recordaba y cortó una rama, hizo una corona y se la dio a Helios.

—Ponte esto, héroe —dijo.

Helios se arrodilló, cogió la corona y se le saltaron las lágrimas.

Sátiro cortó otras tres ramas y las trenzó mientras caminaban.

—Cuando acabemos con los hombres de esta ciudad, regresaremos, erigiremos un trofeo y enterraremos a Amintas —dijo Sátiro, y siguieron caminando hacia el *tholos* donde se reunía la *boulé*.

—Señor Sátiro —dijo Pantero, y fue a su encuentro en la entrada—. El héroe del día. Acabamos de votar erigir una estatua tuya si esta ciudad alguna vez renace de los escombros para permitirse tales cosas.

Uno tras otro, los hombres se levantaron y le estrecharon la mano o lo abrazaron. Eran buenos hombres, hombres nobles con independencia de sus linajes, y su agradecimiento, su sentido agradecimiento valía más que cien coronas de oro.

Pantero le indicó el podio.

—Creo que nos gustaría escuchar unas palabras tuyas, señor.

Sátiro sonrió forzosamente y subió al podio. Se echó la clámide hacia atrás, iba vestido de manera muy informal para ejercer de orador, y miró en torno a la sala en penumbra, atrayendo todas las miradas.

—Me gustaría regodearme en vuestra admiración, caballeros —dijo Sátiro—. En efecto, es un gran honor haberos servido bien. Y lo de ayer fue una victoria. Una victoria real.

Asintió ante las sonrisas y las aclamaciones, y luego levantó la voz y las cortó como un leñador con un hacha de hierro afilada.

—Serán precisas cien victorias iguales para preservar esta ciudad —dijo, y todos se callaron al instante—. Cada día, en cada asalto, debemos ser tan victoriosos como lo fuimos ayer, y con la misma ventaja. Perdimos a sesenta hombres, sesenta buenos hombres. Matamos a dos mil piratas y tal vez a quinientos de sus profesionales macedonios. Demetrio tiene treinta y cinco mil soldados más y el doble de piratas. Si perdemos cincuenta hombres al día y él pierde mil hombres al día, nosotros nos quedaremos sin hombres antes que él.

Silencio.

—Tenemos otros enemigos —prosiguió Sátiro—. Ahora vivo en los escombros del ágora. Desde aquí puedo oler la mierda de tres mil personas. Tenemos que hacerlo mejor. Dentro de poco toda la población de la ciudad vivirá en el ágora. Debemos tener servicios sanitarios, organización, letrinas en condiciones, pozos de verdad y zonas medidas. Ningún hombre rico debería disponer de más espacio del que realmente necesite para sus tiendas.

Los hombres cruzaron miradas.

—Además, debemos plantearnos la cuestión de los esclavos —dijo Sático—. Muchos han sido leales. Pero a medida que la comida escasee, y os aseguro, caballeros, que nos enfrentamos a una escasez de alimentos casi inmediata, su lealtad para con nosotros se resentirá. Deberíamos considerar el invitarlos a ser ciudadanos, pues cuando esta ciudad sobreviva, os prometo que los necesitaremos para compensar nuestras pérdidas.

Muestras de descontento.

—Y finalmente, caballeros, por más que ayer lográramos granjearnos el favor de Niké, alguien abrió las puertas del oeste a Demetrio. —Sático miró en derredor—. No nos andemos con rodeos. De no haber sido por Miriam, la hermana de Abraham, la ciudad habría caído. Aun con todo el heroísmo de nuestros infantes y efebos, nada nos habría salvado si Miriam no hubiese bajado a la playa a avisar de que las puertas del oeste estaban abiertas. Las mujeres de la ciudad, vuestras esposas, caballeros, nos brindaron unos minutos más que necesarios y luego contribuyeron a vencer a los mejores hombres que Macedonia puede ofrecer, hombres que en ningún caso habrían estado dentro de la ciudad si alguien no los hubiese dejado entrar.

Consternación.

—La guarnición de la muralla oeste se había retirado. ¿Quién dio esa orden? Décimo, el filarco en jefe, murió en la lucha. Nadie parece saber quién ordenó que sus hombres abandonaran la muralla. En cierto modo, ese traidor nos hizo un favor: nos permitió salvar a la guarnición de la muralla oeste en vez de perderla. Pero amigos, faltó muy poco, tan poco que incluso ahora, mientras me dirijo a vosotros, me tiemblan las piernas. ¿Quién es el traidor?

—Pudo hacerlo cualquier esclavo —dijo Pantero—. Tú mismo acabas de decirlo. Sático asintió.

—Es harto probable. Pero no se lo pongamos fácil al traidor. Designemos un comité que lo investigue. Descubramos qué esclavos desertaron ayer. Interroguemos a la guarnición de la muralla oeste. ¿Quiénes la componían? ¿Mercenarios de la ciudad?

Pantero asintió.

—Cretenses y griegos; doscientos hoplitas y cuatrocientos arqueros.

Sático asintió.

—Y enfrentémonos a la terrible posibilidad de que los propios mercenarios rindieran la puerta.

Pantero asintió y otros hombres adoptaron un aire serio.

Menedemos se puso de pie.

—Sático, hasta ahora has sido una veleta muy precisa. ¿Por dónde atacará Demetrio la próxima vez?

Sátiro entrecerró los ojos.

—No soy vidente, Menedemos. Contéstame a esto antes: ¿qué hay sobre la misión de combate naval? ¿Qué ocurrió en el puerto sur y en qué medida te impide el acceso al mar que el enemigo haya tomado posesión del malecón?

Menedemos lanzó una mirada a Pantero, que se rascó el mentón.

—Estamos bastante bien preparados —dijo—. Tenemos las naves a punto. Andamos un poco escasos de remeros, la verdad; todos nuestros remeros están en las murallas pero podemos zarpar cualquier noche.

Sátiro asintió.

—Escuchad, amigos, no puedo adivinar qué hará Demetrio; y si pudiera, tampoco acertaría cada vez. Tenemos que hacerle bailar a nuestro son. Lo mejor que podemos hacer sigue siendo atacarlo: romper la barrera flotante y destruir las naves máquina.

—¡Sus hombres ocupan el malecón! —dijo Carias *el Lidio*, un antiguo meteco convertido en uno de los hombres más ricos de la ciudad—. Poco podemos hacer mientras controlen el malecón.

—Las máquinas del malecón pueden alcanzar cualquier punto de la ciudad —apostilló Menedemos.

Sátiro asintió.

—Demetrio quiere que intentemos tomar el malecón por asalto, amigos míos. Y preveo que hará que esas máquinas lancen piedras contra el ágora, quizás incluso canastos de piedras pequeñas, en una matanza indiscriminada para incitarnos a asaltar el malecón.

Pantero lo miró.

—Creo que debemos hacerlo.

Sátiro negó con la cabeza.

—¡No! ¡Escuchadme! No podemos permitirnos tantas bajas. Retomar el malecón puede costarnos quinientos hombres. Es posible que los perdamos en balde. Sus máquinas, por malignas que sean, no matarán a tantos.

Pantero negó con la cabeza vigorosamente.

—Hoy tal vez no —dijo.

Discutieron hasta media mañana. Al final decidieron preparar la misión de combate naval y hacer caso omiso del malecón, y designaron comités para organizar a los ciudadanos desplazados, otro para comenzar a reclutar esclavos, los mejores, en calidad de ciudadanos, y otro más para buscar al traidor, suponiendo que existiera.

Menedemos movilizó a la guarnición de la muralla oeste para reubicarla en la muralla norte y que los hoplitas de la ciudad, que habían defendido la muralla norte para evitar bajas entre los ciudadanos más ricos, pasaran a servir en la muralla oeste, al menos temporalmente.

La moción se aprobó por unanimidad, cosa que demostró a Sátiro lo en serio que

se tomaban la amenaza de traición los hombres presentes en la sala. Era muy poco probable que los cuatrocientos hombres más ricos traicionaran a su propia ciudad.

Sátiro estrechó la mano de los demás consejeros y salió de nuevo a las calles llenas de escombros. En cada calle había casas que todavía se tenían de pie; algunas tan solo conservaban los muros exteriores después de que una roca hubiera caído sobre el tejado. Otras habían resistido el bombardeo porque las habían construido con vigas reforzadas en previsión de posibles terremotos. Otras las habían protegido las Moiras. Y en el frente marítimo de la ciudad había suficientes para que tuviera la apariencia de la dentadura de un anciano, con más agujeros que edificios, y lastimosos montones de escombros entre ellos.

Y entre los escombros había cadáveres de hombres, mujeres y niños, de cerdos y perros, de gatos y ratas pudriéndose todos juntos, de modo que la zona este de la ciudad apestaba como un matadero o como un templo después de un gran sacrificio. Y ese miasma generaría enfermedades.

Sátiro caminó entre los escombros en dirección al sur, hacia la gran torre que los rodios habían construido para dominar la llanura que se extendía al sur de la ciudad y el tramo más vulnerable de muralla. Pese al daño que le hacían las piernas, Sátiro subió a la torre.

Jubal ya estaba en lo alto. Rio al ver a su rey.

—Te has levantado temprano, señor —dijo Jubal sonriendo.

—Ayer luchaste bien, Jubal —respondió Sátiro. Sacó de debajo de su clámide una corona de olivo bastante deteriorada de las que había trenzado con ramas de la plaza donde había muerto Amintas—. Tuya es.

Jubal sonrió.

—Caray —masculló, y negó con la cabeza—. Esto no es para Jubal, señor. No hice nada para convertirme en héroe. Tan solo defendí mi posición.

—En eso es en lo que consiste ser un héroe, Jubal —dijo Sátiro—. ¿En qué estado se encuentran las máquinas? —preguntó, asomándose a un lado de la torre.

—Anoche las probé aprovechando la oscuridad —contestó Jubal. Uno de sus oficiales sonrió como la muerte—. Funcionaron bastante bien.

—¿En serio? —preguntó Sátiro. Daba gusto estar entre Jubal y sus hombres. Con ellos no había grandes asuntos que tratar aparte de la ingeniería precisa para hacer frente al sitio.

La sonrisa de Jubal era la de un cuervo acechando a un zorro.

—Reforzamos las paredes y el suelo, ¿eh? Y luego alargamos el brazo de lanzamiento y le pusimos un peso más grande en la punta. Y luego disparamos. — Ahora su sonrisa era triunfante—. Lanzamos una roca al otro lado de la muralla occidental; no te preocupes, cariño, no había nadie despierto para verlo u oírlo.

Sátiro tuvo que sonreír.

—¿Probaste el alcance de tu máquina por encima de nuestra ciudad?

Jubal se encogió de hombros y su diente de oro brilló.

—Una roca más o menos no va hacer mucho daño. —Miró en derredor—. Aunque el lanzamiento hizo que se moviera la torre entera.

Sátiro contempló el panorama que ofrecía la posición estratégica de la torre. Vio las nuevas obras que se habían construido a través del malecón; cuatro veces la altura de un hombre. Y vio que no había defensas en los flancos del malecón porque Demetrio tenía naves, una docena de naves de guerra, amarradas a lo largo de él, llenas de hombres. Y otros cuatrocientos hombres en el propio malecón.

Al sur, vio que ante el campamento de Demetrio habían fondeado más naves. Había zarpado o arribado otra flota. Sátiro deseó tener espías, buenos espías, pero solo un loco desertaría de un gigantesco ejército de bien alimentados sitiadores para unirse a la desesperada guarnición de la ciudad, y esa clase de loco no era abundante. Había habido unos pocos pero en su mayoría sabían tan poco que apenas tenían nada que ofrecer.

—Si tan solo lográramos quemar sus naves flotantes —dijo Sátiro, y se rascó el mentón.

—Entonces tendría que atacarme a mí —respondió Jubal—. He dado la vuelta a esta maldita ciudad y la única entrada es por aquí.

Sátiro se alegró de oírsele decir a Jubal puesto que había llegado a la misma conclusión meses antes, antes de que comenzara el sitio, y le constaba que el italiano que había construido la gran torre había pensado lo mismo.

—Tendríamos que empezar a construir una falsa muralla aquí —dijo Sátiro.

—Sí, claro —dijo Jubal desdeñosamente—. Pero antes quiero machacar las máquinas que tiene en tierra. Entonces construirá más y al final acabará por derruir esta maldita torre, y entonces será cuando necesitemos la falsa muralla. —Jubal se encogió de hombros—. Neiron y yo hemos hecho mediciones y cálculos. —Sonrió maliciosamente—. Incluso sé dónde se levantará la nueva torre cuando caiga esta.

Sátiro negó con la cabeza.

—¿Quién te ha enseñado matemáticas, Jubal?

Jubal hizo una mueca.

—Anaxágoras. Y Neiron. Y mi padre. Se le daba muy bien contar estrellas, a mi padre. Siempre le gustaron los números.

Sátiro sonrió.

—Me parece que voy a empezar a escribir un libro de refranes: «Nunca conoces a un hombre hasta que resistes un sitio con él» será el primero.

Jubal enarcó una ceja.

—No está mal, señor. Y ¿qué te parece «Quienes construyen buenos cimientos siempre pueden poner máquinas en sus torres», eh?

Sátiro tuvo que sonreír.
—Lo pondré en el libro, Jubal.

Día vigesimooctavo

Sátiro se despertó más dolorido que la víspera. El sitio le estaba enseñando la regla del segundo día, al menos en lo que a sus magulladuras atañía. Sufría.

De todos modos se levantó, y Cármides le llevó un tazón de infusión de salvia y otro de zumo caliente, que se bebió y le hizo sentir mejor. Y luego Korus insistió en que hiciera ejercicio, y luego comió; más alimento del que él consideraba necesario.

—Todavía tienes que ganar peso, señor —dijo Korus—. Estás mejor que antes; quizá seas el único hombre de esta ciudad que está ganando peso.

Miriam llegó con un cuenco de gachas de cebada y cilantro. El olor le atrajo tanto como la persona que lo llevaba, y dejó el cuenco limpio antes de sonreírle. Después se dirigió a su tienda y salió con otra corona de olivo.

—De parte de la infantería —dijo, y Apolodoro, que acababa de despertarse, se aproximó y la saludó como lo habría hecho ante un hombre, un atleta o un héroe.

Miriam se ruborizó, con un rubor considerable que parecía nacer en lo alto de su cabeza y bajarle hasta el ombligo, pero no perdió la compostura.

—Algunas de nosotras estamos encantadas con la oportunidad de perder peso, Korus. Mis caderas lucirán mucho mejor. De hecho, toda mujer necesita un sitio: hombres, buena compañía, ocasiones para llevar a cabo actos heroicos y hacer ejercicio.

Recogió los cuencos, sonrió a Sátiro y se fue de regreso a su tienda y al par de fogatas que ardían detrás de ella.

Anaxágoras llegó desde el terreno despejado más próximo al templo de Poseidón y tomó la botella de aceite de Sátiro sin preguntar, utilizando generosamente el caro aceite de cedro.

—¿No es una verdadera maravilla de la naturaleza? —preguntó en voz baja.

Sátiro gruñó.

—Ese aceite es mío —dijo.

—Te aconsejo aprender a compartir, señor rey —dijo Anaxágoras. En boca de

otro hombre, esas palabras podrían haber sido una premeditada ofensa, pero Anaxágoras era demasiado franco para tales mezquindades—. ¿La has besado?

—¿Y tú? —preguntó Sático, picado.

Anaxágoras se rio.

Los hombres compiten de muchas maneras, y Sático no era tan mezquino para pasar aquella por alto. Si Anaxágoras podía ser un alegre deportista, él también.

—Si usas mi aceite, oleremos igual —dijo Sático.

—¿Y? —respondió Anaxágoras, e hizo una pausa.

—Bueno, cuando te bese supondrá que soy yo. Los poetas muertos de hambre no usan aceite de cedro.

Sático sonrió con una confianza completamente impostada, como cuando mostraba coraje ante una carga de los argiráspidas. Hay veces en las que un hombre tiene que obligarse a aceptar un desafío.

Anaxágoras suspiró.

—No la he besado —dijo.

—Yo tampoco —respondió Sático—. Ahora devuélveme el aceite, antes de que Abraham nos mate a los dos.

Día vigesimonoveno

Otro día de inactividad; ejercicio, comida, cadáveres apestosos sacados de entre los escombros e incinerados. Juegos funerarios en honor de Amintas y una cena junto a las tiendas. El fuego disperso de las máquinas apostadas en las murallas mató a una docena de niños ciudadanos y a todo el rebaño de cabras con el que jugaban.

Hacia la caída de la tarde, la tormenta que llevaba una semana anunciándose de repente comenzó a manifestarse, y Miriam y Aspasia fueron de aquí para allá con otras mujeres disponiendo todas las vasijas que no estuvieran rotas para recoger agua. La ciudad contaba con una docena de pozos, pero la lluvia incesante de piedras estaba estropeando las cisternas además de verter tierra y arena en ellos.

El sol se puso, una brillante bola roja entre grises nubarrones oscuros, y Leóstenes el sacerdote aseguró que se trataba de un augurio. Requirió la atención de Sático.

—Señor, es una señal del Arquero Dorado. He tenido un sueño y deduzco que su significado es que debemos atacar el malecón.

Leóstenes comenzó un complejo discurso sobre su sueño y la interpretación de los sueños, haciendo hincapié en la importancia de los sueños de los sacerdotes.

Sático asintió y se marchó, dejando que el sacerdote contara su sueño a un público de infantes y marineros. Leóstenes, y Apolo, en realidad, no le estaban contando algo que no supiera ya, y se llevó a Neiron con él para ir a buscar a Pantero en la plazoleta del extremo sur del puerto, donde desembarcaron por vez primera, diríase que diez años atrás.

—Navarco —dijo Sático para saludar a su oficial avejentado.

—Mi señor —respondió Pantero, levantándose de su cena tardía de aceitunas con pan—. Una copa de vino para el rey.

Sático negó con la cabeza.

—Quiero tener la cabeza despejada. Pantero, eres el mejor marinero que hay aquí. ¿Cuánto tardará en estallar la tormenta?

Pantero enarcó una ceja.

—¿Tres horas? —aventuró, mirando a Neiron, y una ráfaga de viento entró en la tienda.

Neiron asintió.

—Justo lo que yo decía.

—Dos horas después de que anochezca —dijo Sático—. He oído decir que los rodios son los mejores navegantes del mundo, Pantero. ¿Te apetece poner a prueba esa aseveración?

Pantero se puso de pie de un salto.

—Ares, Sático, ¿quieres atacarlos esta noche?

Sático se encogió de hombros.

—Neiron suele llamarme impetuoso.

Neiron negó con la cabeza.

—Esta vez, no. Navarco, pensamos que si nos das una de las naves que has preparado... Bueno, tenemos a los mejores remeros con armadura de la ciudad. Quizá del mundo —dijo Neiron, con una sonrisa de pirata—. Desembarcaremos en el malecón, como salidos de la tormenta.

Sático se agachó para explicarlo cuando otra ráfaga atravesó la tienda.

—Ahora mismo, todas esas naves amarradas al malecón tienen que largar amarras y alejarse a remo si no quieren acabar hechas pedazos.

Neiron asintió.

—Jubal lo vio hace dos días pero no podíamos arriesgarnos a hablar de ello.

En la ciudad ya se producían desertiones a diario; eran tantos los esclavos y mercenarios huidos que no tenía sentido investigar la traición en la puerta occidental.

Pantero asintió y se bebió la copa de vino en dos tragos.

—Hagámoslo —dijo.

Una nave desconocida en la más absoluta oscuridad.

Pero Sático contaba con los ciento sesenta mejores remeros de la dotación del *Areté* y con los veinte mejores infantes de marina de toda su flota, así como con todos sus oficiales.

De hecho, la ciudad estaba volviendo a jugárselo todo en un solo lance. Menedemos iba al mando del trirreme de mayor porte, y Pantero del segundo en desplazamiento: ambos tenían intención de romper la barrera flotante de púas que protegía las naves máquina, lanzándoles vasijas de fuego. Sático se encargó de que llevaran cientos de vasijas de fuego de las casas a bordo.

—El ataque contra el malecón, aunque perdamos, al menos servirá como divertimento estratégico —dijo Sático cuando reunió a sus comandantes.

Y la *boulé* votó a favor de correr el riesgo. Todas las tabas en un solo yelmo.

Los remeros tardaron una hora en ocupar sus puestos. Llevaban armadura además

de yelmos, escudos y lanzas que apilaron en el tambucho principal; el trirreme carecía de cubierta superior encima de los remeros.

Fuera de la nave el viento aullaba como la encarnación del viento y la popa chocaba contra el muelle de piedra una y otra vez, incluso en el puerto interior de Rodas. A un estadio de allí, al otro lado del puerto, las olas rompían en el malecón alcanzando la altura de dos hombres, incluso de tres, en el fresco aire nocturno, y el viento arrastraba los rociones de espuma a través del puerto.

—Esos cabrones del malecón no estarán muy cómodos —dijo Neiron.

—Estarán despiertos —respondió Sático—. Toma el timón, amigo. Yo iré con los infantes.

Tenía a Draco con él. Apolodoro estaba en tierra, en la puerta del mar, frente al malecón, aguardando algún indicio de que el ataque contra el muelle había comenzado antes de conducir a cien soldados de élite hacia la oscuridad para trepar por el lado de tierra de la muralla provisional que los hombres de Demetrio habían construido con sacos terreros, barriles viejos y escombros.

—Soltad amarras —dijo Sático en voz baja, y los hombres se pusieron en marcha. Xiron, el nuevo maestro remero, más conocido para entonces como jefe de fila derecha de la falange, gran bebedor al que los hombres llamaban Centauro, marcó el ritmo sin hacer ruido, dando el tempo con la contera de su lanza, y los remos se hundieron en el agua y empujaron.

El *Risa de Afrodita* salió disparado a través del puerto. La tripulación tan solo precisó cuatro estrepadas para recordar su profesión, y acto seguido la nave avanzaba a velocidad de embestida.

Neiron había practicado aquella ruta un sinfín de veces durante las últimas horas, ensayando la manera de efectuar el viraje. Su intención era mantener la nave oculta tras los barcos anclados en el puerto interior hasta el último instante, y se lo había contado con todo detalle a sus remeros congregados en el ágora a la luz de las teas, de modo que después ningún hombre pudiera decir que no estaba informado sobre la ruta.

Bajo la popa de un enorme carguero de grano y luego un repentino viraje a estribor, otro a babor, y estuvieron volando a lo largo de la línea de cascos fondeados, una docena de antaño preciosas tremiolas ahora despojadas de todo salvo la cubierta, una muralla de madera que protegía la ciudad, una pantalla. Solo un hombre muy observador vería desde el malecón al *Risa de Afrodita* remontando la línea a lo lejos, casi en la bocana del puerto.

—¡Listos, todas las cubiertas! —gritó Sático. Se arriesgó a gritar, todo dependía de aquella virada.

Los remeros despabilaron a sus compañeros de bancada despistados. Los hombres se alzaron un poco las caderas, listos para bogar.

—¡Preparados! —gritó Sático desde la media eslora. Los alcanzó el viento del mar con toda su fuerza, pero lo tenían previsto y la proa ya se deslizaba hacia el sur, tal como ellos querían...

—¡Todo a estribor! —gritó Sático por si algún rezagado se había olvidado de la instrucción—. Banda de babor, a ciar; banda de estribor, avante toda. ¡Remad! ¡Remad! ¡Remad!

Simultáneamente, Jubal lanzó un par de pesadas piedras desde la popa; piedras atadas con guindalezas a los montantes del palo mayor, de modo que la nave devino un péndulo en la punta de un par de cables de ancla amarrados a media eslora.

La proa viró como con vida propia. Por un instante, toda la banda de babor quedó expuesta al vendaval, que empujó la nave la anchura de una casa, escorándola tanto que los remeros de estribor llegaron a tocar el agua con las manos y sus remos quedaron casi en vertical, o al menos eso pareció. Pero no se amedrentaron y ciaron con el mismo brío que habían demostrado en la falange, y los hombres de la banda de babor bogaron como héroes, y la nave viró sobre sí misma sin enredarse en las guindalezas de las anclas a velocidad de embestida.

Jubal, armado con una gran hacha, cortó sus guindalezas y la nave avanzó entre el retumbar de los truenos cercanos.

Como una gran flecha del arco del dios, el *Risa de Areté* salió disparado hacia el malecón desde la oscuridad propiciada por la tormenta. Sático corrió a proa desde la media eslora para unirse a los infantes de marina.

—¡Ares!

Ahora Sático podía ver al frente por encima de los infantes, todos ellos empapados hasta los huesos, y vio que Demetrio no había retirado las naves de los flancos. Medio hundidas, sus maderos rotos asomaban fuera del agua como dientes puntiagudos, y las demás se estrellaban contra el malecón, chocando estrepitosamente y haciéndose pedazos.

—¡Poseidón! —rezó Sático, y corrió hacia popa—. ¡El malecón está lleno de naves! —gritó.

—¡Pues no habrá que ciar! —rugió Neiron a modo de respuesta.

—¡Agarraos! —gritaron los hombres de la proa. Sático se tiró al suelo y se agarró a un montante.

La proa golpeó algo con un toque ligero, y luego algo más. Sático mantuvo la cabeza pegada a la cubierta, bien separada del montante, y notó impacto tras impacto; cuatro, cinco, un tremendo estremecimiento y un ruido de desgarrón, como si el velo que oculta el mundo de los inmortales a los hombres se hubiese rajado por la mitad, y luego un choque frontal.

Sático se encontró de pie sin siquiera pensar que había que abandonar la nave, y luego echó a correr hacia proa; el trinquete se había partido limpiamente y se apoyaba

sobre la proa, justo a través de la cubierta de un trirreme medio hundido, hasta el muelle.

Sátiro corría por la cubierta porque ya sabía lo que tenía que hacer. Pues solo un dios podría haber colocado el trinquete a modo de pasarela, cortando por encima de los restos del naufragio de la misma manera en que Heracles atajaba casi todos los problemas que se le planteaban.

A toda marcha, Sátiro saltó al mástil caído y corrió por el puente redondeado y resbaladizo, con los ojos fijos en el malecón para bloquear sus miedos; miedo a la altura, miedo a resbalar, miedo a que ningún hombre lo siguiera. Corrió por al mástil caído y resbaló justo al final, y derrapó sobre las rodillas en el borde del malecón para caer desmadejado... encima del malecón.

Solo las grebas impidieron que se despellejara las rodillas, y la espuma salada le escoció como cien furias vengadoras, pero se puso de pie en un periquete, empuñando todavía la lanza escudo al hombro, se había hecho daño en el hombro y lo pagaría caro después, y al volver la vista atrás vio a Draco venir por el trinquete y saltar a tierra sin esfuerzo.

—Matemos a todos estos cabrones —dijo, y se echó a correr por el malecón hacia la oscuridad.

Los remeros aún estaban abandonando las bancadas con la impedimenta que suponía la armadura, pero los infantes ya estaban cruzando por el mástil. Sátiro no los aguardó.

Se volvió y corrió malecón abajo en pos de Draco.

El malecón parecía desierto, y esa fue la impresión que tuvieron hasta que oyeron un grito y un relámpago iluminó la escena.

Draco estaba matando hombres y el malecón estaba abarrotado; allí estaban todos los tripulantes de las naves.

Zeus envió un rayo del cielo para darles luz, Poseidón sopló viento y lluvia contra los hombres del malecón, y Sátiro y su insignificante tropa salieron de la tormenta y comenzaron a matar.

Sátiro primero estampó su escudo contra un puñado de hombres iluminado por los rayos. Los truenos parecían sucederse sin solución de continuidad y los rápidos destellos de la tormenta arrojaban una luz estroboscópica que pese a alumbrar resultaba aterradora.

Casi todos los hombres que tenía enfrente eran remeros desarmados. Sátiro los mató de todos modos porque un asalto nocturno en plena tormenta no es un momento en el que un hombre muestre compasión. Era económico en sus gestos, luchando como solo un veterano de docenas de combates cuerpo a cuerpo sabe luchar, matando como solo un veterano sabe matar, con pinchazos en los ojos, la garganta y el abdomen, sin estocadas largas. La punta afilada de su mejor espada corta era una

guadaña implacable que desgarraba sienes, frentes y cuellos, y cada golpe dejaba a su víctima muerta, sin riesgo para el atacante, sin riesgo de resultar herido o de que su arma se incrustara en la herida.

La tormenta rugía, confiriendo al combate un cariz olímpico dado que no se oía un solo grito de hombre mortal.

Sucesivas oleadas de hombres emergían de la tormenta, más infantes cada vez, y luego Jubal y la tripulación de cubierta, y con los remeros de las naves enemigas, apelonados como un rebaño de ganado, morían sin oponer resistencia y sus gritos se perdían en el rugido de la tormenta.

Pero detrás de la muralla viva de remeros había buenos soldados profesionales, hombres que sabían cuándo eran objeto de un ataque, que sabían que sus vidas estaban en juego si perdían. Los remeros morían para que ganaran tiempo, y los soldados se despertaron, cogieron sus armas y se pusieron a formar.

Sátiro vio que formaban e intentó abrirse paso entre los últimos remeros aterrorizados que ahora empujaban contra las filas de soldados enemigos que trataban de formar, y los soldados enemigos mataron a los remeros tan despiadadamente como los hombres de Sátiro, defendiendo la integridad de su formación. Todo ello en medio de los rayos y truenos que embotaban los sentidos.

Sátiro cruzó la última fila de remeros encarándose con un oficial tocado con un desaliñado penacho doble. Dio un fuerte mandoble y la punta de su lanza alcanzó el peto del oficial, tirándolo al suelo, aunque no logró atravesar el grueso bronce. Sátiro dio un paso al frente, le dio una patada en la entrepierna y se dispuso a matarlo...

Una lanza paró la suya en su descenso y empujó hacia arriba, entrando en su guardia. Sátiro saltó para atrás y el contragolpe apenas rozó su yelmo debajo del penacho, un golpe mortal que erró el blanco por un dedo.

Sátiro afianzó los pies, paró el golpe siguiente con el escudo y ahora fue el otro hombre el que saltó hacia atrás.

El tiempo de pensar «este hombre es un gran lancero» y acto seguido una lluvia de golpes y paradas por instinto, y un mandoble alto con la punta de su lanza para golpear lo que no podía ver; pura suerte, su *saurauter* de bronce alcanzó al hombre en el costado del yelmo; solo fue un toque, pero bastó para hacerle trastabillar y se separaron, y cinco relámpagos seguidos mostraron a Sátiro que se estaba enfrentando a Lucio, a quien conocía de vista.

Lucio sin duda lo reconoció. El italiano sonrió enseñando todos los dientes.

—Bailemos —dijo, e intentó alcanzarlo haciendo un molinete con la lanza en alto.

Tal vez Heracles o Atenea levantaron su escudo. Tal vez solo fue cosa del viento. La lanza, que le apuntaba al ojo, rebotó en el bronce del borde de su *aspis* y salió despedida por encima de su cabeza.

Lucio estaba justo detrás de su escudo, habiendo desenvainado de prisa la espada, y su rechazazo hizo saltar esquivas de su *aspis*. Estaba dentro del alcance de la lanza de Sátiro.

Sátiro soltó la lanza y golpeó el rostro de Lucio con la mano abierta, un golpe de pancracio. Solo alcanzó la frente cubierta por el yelmo pero le torció el cabeza hacia atrás, impulsado por su cambio de pierna, con lo cual tumbó al italiano y fue en busca de su propia espada, pero las piernas del italiano se alzaron, asestándole una patada en el pecho. Sátiro cayó y su *aspis* se alejó rodando en la oscuridad entre los rayos.

Sátiro no sabía hacia dónde se dirigía el combate ahora, y había perdido a Lucio al caer. Se quitó la clámide empapada por la cabeza de un tirón y la enrolló en su brazo izquierdo. El hombro le dolía mucho y recibió varios golpes en la espalda, pero ninguno fue muy fuerte y se puso de pie, volviendo la cabeza como un halcón, buscando al italiano, faltándole el aliento a causa del terror.

Y entonces vio al italiano, que tenía agarrado por los talones al hombre que había derribado en la primera arremetida, a quien apartaba hacia un lado.

Sátiro se abalanzó y se encontró frente a un hombre gigantesco con una lanza que golpeaba con tanta fuerza como un hacha, y Sátiro se vio obligado a hincar una rodilla en tierra y parar la lanza con la clámide. No podría resistir otro golpe como aquel, de modo que se impulsó hacia delante, como un hombre placando a una cabra, y golpeó las corvas del gigantón al tiempo que la punta de su lanza chocaba contra su yelmo. Olió sangre, vio una luz brillante y siguió adelante, y el hombre cayó de espaldas, maldiciendo, con el ligamento de la corva roto, y Sátiro le clavó el escudo en el pecho y la punta de la lanza en el ojo...

Y entonces se dio cuenta de que acababa de matar a Néstor, el capitán de la guardia de su amante. Su amigo de infancia. Amigo íntimo, amigo del alma...

Sátiro gritó a la noche de los dioses, un lamento de dolor y furia más alto que cualquiera que hubiese bramado Heracles, un lamento tan fuerte que se oyó por encima del rugido de la tormenta.

Los hombres se estremecieron ante aquel grito. Algo murió en Sátiro con aquel grito que arrancó de su ser las últimas briznas de juventud que conservaba, de modo que el sonido que salió de su garganta sacó parte de su alma de la trampa de los dientes, arrojándolo a la noche odiosa.

Draco volvió la cabeza de golpe porque un hombre que acaba de perder a quien ha sido su amigo durante cuarenta años sabe perfectamente lo que contiene ese grito, y el macedonio se abrió paso a mandoblazos hasta Sátiro y lo ayudó a levantarse, haciendo caso omiso del enemigo, que en buena parte se había retirado, encogido de miedo contra la muralla.

Sátiro miró al enemigo con los ojos blancos de odio, aunque su odio no iba

dirigido a los hombres que tenía delante.

—¡Amastris! —rugió a la noche. «Por la risa de Afrodita», pensó, «cuánto odio a los dioses.»

Draco se sumergió de nuevo en el frío infierno del combate. Sático trastabilló hacia atrás, viendo cómo su vida se consumía ante sus propios ojos con la misma certeza que si un rayo lo hubiese alcanzado.

Amastris estaba ayudando a Demetrio. Con sus mejores hombres. Y Sático acababa de enfrentarse a Estratocles, a Lucio... y a Néstor.

Se arrancó el yelmo de la cabeza, se secó el agua que le chorreaba por el rostro y volvió a ponerse el yelmo.

La tormenta había amainado un poco y los hombres saltaban en tropel la muralla improvisada en el extremo sur del malecón: Apolodoro y sus infantes de marina.

Sático reparó en una barca que se alejaba del muelle hacia el ojo de la tormenta; tres veces sus dos remeros intentaron marcharse, chocando de costado contra el muelle, pero la barca no volcó, los remeros no perdieron coraje y al final la barca se alejó, subiendo a la cresta de una ola contra el viento.

Lucio y Estratocles, por supuesto.

El rostro de Sático hizo muecas como un niño horrorizado, y se echó a correr hacia la punta del malecón, rugió «Amastris» a la tormenta y arrojó la espada contra ellos. El arma se alzó trazando un arco hacia la tormenta y desapareció en el mar embravecido.

La barca se deslizó sobre la cresta de una ola y se perdió en la oscuridad.

Y Sático comenzó, como un adulto, a tratar de dominar su miedo, su angustia y su horror.

Detrás de él, entre los destellos de los relámpagos de la tormenta, columnas de fuego se alzaban a los cielos. Incluso cuando llueve a cántaros, las naves pintadas con brea arden bien.

Capítulo 26

Días trigésimo y sucesivos

Pantero había muerto durante la tormenta. Lo había matado la aciaga lanza de un infante de marina enemigo mientras dirigía el abordaje de las naves máquina. Su espolón había roto la barrera flotante, surgiendo de la tormenta como un rayo negro para golpear la barrera flotante con toda la fuerza del viento y el mar, y había hecho añicos la proa de su propia nave. Sus hombres lo habían seguido, saltando por las bordas hasta las naves de Demetrio. Capturaron un trirreme y un *penteres* y se los llevaron sin más contratiempos a través de la barrera flotante.

Los hombres de Sático despejaron el muelle, y antes de que hubieran terminado, estaban tan hartos de matar que tenían doscientos prisioneros, entre los que se contaban muchos guardias de Amastris. Sático se los devolvió a su examante a cambio del cuerpo de Pantero; doscientos hombres por un cadáver. En Rodas nadie cuestionó esa decisión.

El segundo día después del asalto al malecón, salió a pie de la ciudad al amanecer. Tenía los ojos secos y la mente despejada.

Caminó un estadio desde la ciudad, tal como habían convenido los heraldos, acompañado solo por sus *hetairoi*. Iba con Anaxágoras y Cármides, Neiron y Jubal, Helios, Apolodoro, Draco, Leóstenes el sacerdote, Abraham y otros veinte más, todos con sus mejores armaduras. Diez infantes de marina llevaban a Néstor en un féretro hecho con escudos de sus hombres.

Demetrio fue a su encuentro a caballo, un espléndido caballo alazán con una sudadera de piel de leopardo, y con una armadura de oro amarillo que reflejaba el sol naciente y le hacía resplandecer como un dios.

Sin duda, pensó Sático, el efecto deseado.

Sático también lucía sus mejores galas; su armadura de bronce, su yelmo plateado. Y cuando se aproximó al hombre montado, tuvo la satisfacción de ver que el hombre rubio abría sus ojos azules como platos.

Demetrio pasó una pierna por encima de la sudadera y se deslizó de su caballo con la misma elegancia que una doncella *sakje*.

—¡Sático! —dijo.

—Demetrio —respondió Sático, y saludó como un sacerdote saluda a otro.

Demetrio, rara vez desprevenido, estaba estupefacto.

—Tú... Creíamos que habías muerto.

Sático miró hacia otro lado.

—Pues estoy vivo —dijo.

Demetrio lo abrazó. Fue uno de los momentos más extraños de su vida que aquel hombre, su enemigo implacable, lo abrazara.

—¡Me das vida, hermano! —le dijo Demetrio al oído—. Al fin y al cabo, no me mantiene a raya un consejo de ancianos. Estoy compitiendo con un rival de mi talla.

Sátiro se sobresaltó como si una víbora hubiese aparecido entre los labios de Demetrio.

—Esto no es una competición —dijo.

La sonrisa de Demetrio podría haber partido los cielos.

—¡Es la contienda de mi vida! —respondió—. ¿Quién podría pedir más? ¡No somos hombres, Sátiro! ¡Somos dioses! Y competimos por cosas valiosas: ¡el honor y la gloria! No por pequeñeces como ciudades y mujeres. Esto es el sitio de Troya redivivo y tú, amor mío, eres mi Héctor.

Sátiro lo miró a los ojos. Lamentablemente, no eran los de un loco. La locura podría haber sido una excusa. Escupió, desdeñoso.

—Yo no soy Héctor —dijo Sátiro—. Devuelvo el cadáver de un gran hombre, de un héroe que murió por su reina cuando hombres inferiores huyeron. Lo ofrezco sin pedir nada a cambio, aunque si ella valiera un óbolo, habría anhelado recuperar su cuerpo tal como nosotros hemos anhelado el de Pantero. —Sátiro hizo un ademán señalando a los doscientos prisioneros que desfilaban saliendo de la ciudad—. Y a esos, a cambio. ¿Dónde está el cuerpo de mi amigo?

—¡No es más que un viejo! —dijo Demetrio, como si algo en aquella escena no tuviera sentido.

—Dios o mortal, Demetrio, cuando careces del atino de honrar a tus propios héroes, tus hombres te abandonan —dijo Sátiro. Le constaba que era una estupidez ofrecer consejo al enemigo, pero no se pudo resistir.

—¿Devuelves a doscientos prisioneros por un hombre muerto? —preguntó un oficial del estado mayor de Demetrio—. Es idiota, Señor Rey.

Demetrio se volvió y golpeó a su oficial con tanta fuerza que lo tiró de espaldas.

—El idiota eres tú, Filipo. —Se volvió de nuevo hacia Sátiro—. ¿Estás venciendo, verdad?

Sátiro se permitió sonreír.

—Gano con tanta diferencia que puedo darte doscientos hombres vivos, buenos lanceros, a cambio del cadáver de un amigo.

El estado mayor de Demetrio se removió como si una racha de viento azotara una arboleda en un día calmo.

—Tomaré esta ciudad —dijo Demetrio.

—No —contestó Sátiro. Dio media vuelta y apoyó la mano sobre el féretro de Pantero.

—¡Te venceré antes de diez días! —gritó Demetrio.
Sátiro siguió caminando.
Pisándole los talones, Neiron masculló:
—La mejor ofensiva de todo el sitio.
—Eso creo —respondió Sátiro.
—¿Por qué? —preguntó Helios.
Apolodoro gruñó.
—Demetrio acaba de sentir el mal trago de la duda, muchacho.

La pérdida de todas sus máquinas le costó un mes a Demetrio. Sus naves tuvieron que buscar madera en la costa asiática, y no efectuaron esas incursiones sin coste.

Pero la madera llegó y Sátiro, que subía cada mañana a la torre de Jubal para vigilar, vio cómo fueron tomando forma las máquinas. Hubo que forjar nuevas piezas de metal y cortar vigas de madera en el lejano Líbano y las no tan distantes laderas boscosas de Ida. Treinta días de trabajo, y Demetrio volvió a tener una batería de máquinas.

La ciudad no estuvo inactiva durante ese tiempo. La ciudad de tiendas del ágora se reorganizó, y los hombres se pusieron manos a la obra para mejorar las tiendas con vistas a las lluvias de finales del verano. Se cavaron letrinas en los escombros de los antiguos barrios del puerto norte. Se abrieron tabernas improvisadas, y los hombres saqueaban las bodegas de hogares derruidos para montar un puesto durante una sola noche donde vendían un poco de consuelo contra la desesperanza del sitio.

En el segundo mes de sitio se fue al traste la normalidad de la vida ciudadana. Todo comenzó con la emancipación de un tercio de los esclavos, convertidos en ciudadanos de pleno derecho; tres mil hombres y mujeres en total. A estos *neodamodeis* con derecho a voto se les organizó su propio regimiento, se les asignaron zonas para vivir, y algunos ciudadanos adoptaron a muchos de ellos; algunos en sustitución de hijos e hijas perdidos, y otros simplemente porque habían sido esclavos favoritos, o como prevención. Menedemos tomó el mando y los organizó en una falange.

En sus filas marchaba Korus. Sátiro le proporcionó una armadura completa y Apolodoro lo armó. Lo invitaron a servir con ellos, con los remeros o los infantes de marina. Pero su entrenador negó con la cabeza.

—Iré con los míos —dijo—. Me necesitan.

La emancipación contaba con resentidos detractores, y la muerte de Pantero había reforzado a los oligarcas. Nicanor había vuelto al poder. Defendía abiertamente la rendición en los mejores términos posibles y ridiculizaba a Sátiro por su insistencia en que se podía ganar el sitio. Pero lo más doloroso fue que lo acusara de ser un fanático de la guerra del mismo modo que un joven con su primera mujer podía

considerarse loco de amor. Hacía esta alusión en cada discurso, en cada reunión, de modo que los hombres de la ciudad comenzaron a ver a Sático no como uno de ellos sino como un extranjero con otros intereses, como la gloria.

—No tiene hijas en esta ciudad —proclamaba Nicanor—, y cuando seamos derrotados, su amigo Demetrio lo invitará a su tienda a beber vino mientras nosotros somos crucificados.

Sático reconoció que había parte de verdad en lo que decía Nicanor. Siempre la había. No era malo, tan solo estaba condicionado por la situación.

Nicanor clamaba contra la emancipación de los esclavos, pero ya estaba hecho. Aprobado por la escasa mayoría de Menedemos. Y lo mismo sucedió con el estatus de Sático como comandante. Por un voto, Sático conservó el mando.

Se sucedieron otros cambios que terminaron por enojar tanto a los hombres que la tensión en el seno de la clase política de la ciudad aumentó. Se sorprendía a mujeres, hijas doncellas de ciudadanos, acostadas con jóvenes, de hecho, Sático veía mujeres que iban a las fuentes y se mostraban a propósito ante los efebos. Y otras mujeres flirteaban abiertamente con hombres solteros y casados. Y no eran las únicas que se insinuaban.

En una ciudad al borde de la extinción, las viejas reglas no duran mucho.

El partido Demos tampoco mostró mucha paciencia con los tribunales de los oligarcas. Un jurado compuesto de hombres ricos halló culpable de cobardía en una escaramuza a un hombre pobre; al reo se lo llevaron a hombros sus compatriotas, que amenazaron con lapidar al jurado.

Dos extranjeros, mercaderes persas, fueron asesinados por una muchedumbre.

Los hombres se apuñalaban por una vasija de agua fresca.

Sático intentó mantenerse al margen. Se enfrascó en los asuntos concernientes al sitio, día tras día, instruyendo a los *neodamodeis* y efectuando incursiones con sus infantes. En cuatro ocasiones sus hombres, sin armadura, cruzaron la tierra de nadie entre la ciudad y el campamento enemigo para masacrar a los centinelas, tanto así que Demetrio tuvo que construir una muralla para proteger su muralla.

El quincuagésimo día del sitio la *boulé* tuvo que recortar el racionamiento. Los hombres pasaron a recibir dos tercios del grano que habían recibido hasta entonces y las mujeres, solo la mitad. Los ricos tenían otros alimentos y no elevaron protesta alguna; al fin y al cabo, eran los que dictaban las reglas. Pero las clases más pobres y los recién emancipados no tenían otro alimento y montaron en cólera.

Sático también se enojó. Fue de la *boulé* a casa de Abraham, se sentó pesadamente y aceptó un cuenco de agua clara que le ofreció Miriam, que ahora atendía la mesa. Abraham estaba orgulloso de haber liberado a todos sus esclavos.

—Hemos recortado las raciones de grano —dijo Sático—. Por voluntad de Nicanor, por supuesto.

—¿Por qué? ¿Hay escasez de grano? —preguntó Miriam.

Sátiro le sonrió. Hacía tiempo que apenas la veía. Prácticamente vivía en la torre de Jubal, preparando las defensas del sur para el asalto que se avecinaba. Nicanor ahora controlaba el puerto. Lo había requerido en una votación anterior y se sorprendió cuando Sátiro se lo cambió por el sur y el oeste sin poner objeciones.

—No. Todavía no. Aunque más temprano que tarde la habrá. Lo que en realidad le interesa es desmoralizar a los pobres para que empiecen a desertar o, mejor aún, para que abran otra puerta al enemigo. —Sátiro se bebió el agua—. Nicanor está dispuesto a arriesgarse a un saqueo con tal de poner fin al sitio.

—¡Está loco! —dijo Abraham.

—Lo mismo pienso yo —respondió Sátiro—. Me parece que la pena y la mezquindad le han hecho perder el juicio. Hoy me he planteado seriamente matarlo.

Abraham negó con la cabeza.

—¡Qué pronto olvidan!

Sátiro hizo una mueca.

—En realidad, no. Es solo que cuando ganamos una batalla la gente recobra los ánimos durante, ¿cuánto, tres días? Y luego nos volvemos a hundir. No puedo culparlos. Ahora mismo no acierto a ver el final. Hoy he visto que Demetrio desembarcaba otras cinco o seis toneladas de grano. He pasado una hora procurando concebir un plan para robarlo. No podemos... Cualquier incursión que lanzáramos resultaría inútil.

Miriam sonrió.

—Necesitas música, mi señor. Ven a tocar. Anaxágoras y yo te enseñaremos.

Sátiro sonrió con desdén.

—Solo sería la tercera rueda de tu carro, señora —dijo tan bruscamente que Miriam se volvió, con el rostro colorado.

Abraham se levantó de un salto.

—¿Qué has querido decir exactamente con eso?

Sátiro se puso de pie.

—No tendría que haber venido.

Recogió su clámide y se marchó, dejando a Abraham más enojado que nunca.

«Así sea», pensó Sátiro. Amaba a Abraham pero no podía soportar... no podía soportar...

Hay verdades de las que incluso los hombres valientes se esconden.

Por suerte, tales hombres tienen amigos.

Más tarde, en el patio de la torre de Jubal, cuando Anaxágoras lo abordó, Sátiro lo miró con frialdad.

—Necesitas relajarte, tomar una copa de vino, escuchar mi canción sobre

Amintas —dijo Anaxágoras.

Draco sonrió con ternura.

—Realmente es muy buena, señor.

Sátiro asintió.

—Anaxágoras, si no me equivoco, en estos momentos eres el capitán de la puerta oeste. Pero aquí estás, con una lira debajo del brazo.

—¡He cambiado de turno con Apolodoro! —respondió Anaxágoras—. ¡Protesto, Sátiro! Yo no contaba con ser oficial. La poesía es mi don.

Sátiro asintió.

—¿Quieres ser relevado del mando? —preguntó. Anaxágoras era entonces capitán de veinte infantes de élite.

—¡No! —contestó Anaxágoras, herido en lo más vivo.

—Pues regresa a tu puesto y deja de inventarte excusas.

—Estás celoso. —A Anaxágoras le bullía la sangre—. Mi tiempo es mío. He cambiado de turno con Apolodoro.

—Quizá quepa disculparme por no contestarte, señor. Conozco mi deber. ¿Conoces tú el tuyo? —Sátiro se irguió—. Quizá me gustaría tener tiempo de visitar a ciertas personas, pero no lo tengo. Debes tomar tus propias decisiones.

—¡Digo que eres un hipócrita insolente! —dijo Anaxágoras—. Tienes miedo de ella, miedo de mí y miedo de ti mismo desde que Amastris te traicionó, y pretendes disimularlo a base de trabajo. Y ahora me gritas acusándome fríamente en público... ¡Que te jodan, señor!

Sátiro se volvió.

—Draco, por favor, saca a Anaxágoras del patio. Quedas relevado...

Draco pareció tropezar con una viga para una máquina nueva, se precipitó sobre el Rey del Bósforo y lo tiró al suelo.

—¿Eh? —logro decir Sátiro.

—Deja de portarte como un gilipollas —susurró Draco tan fuerte como un viento de tormenta. Y luego ayudó al rey a ponerse de pie.

—Venga, muchacho. Vayamos a tomar esa copa de vino que el rey no quiere —dijo Draco, mientras Anaxágoras le tendía una mano para ayudarlo a levantarse.

—No era mi intención... —dijo Anaxágoras, algo atribulado.

—Olvídalo —contestó Sátiro. Enfrentado a sí mismo, ya no parecía un profesional con pleno dominio de sí mismo. Más bien parecía... un gilipollas celoso.

Le revolvió el estómago encontrarlos juntos, pero Sátiro se obligó a ir, una hora después, casi al anochecer, en lugar de lanzar una incursión si hubiese creído que podía salirse con la suya.

Estaban sentados en taburetes disfrutando del fresco y tocando sus liras;

Anaxágoras con una cítara y Miriam con el sonido más estridente de un caparazón de tortuga. Levantaron la vista cuando le oyeron apartar la cortina de cuentas que Miriam había colgado para que su minúsculo patio ofreciera cierta intimidad.

Sátiro había llevado a cabo muchos actos valerosos. Hacía años que no se consideraba un cobarde. Se sabía valiente, valiente de la manera más dura, la manera de un hombre inteligente y con imaginación pero que no obstante se enfrenta a sus temores y hace lo que tiene que hacer. Pero enfrentarse al desdén de Miriam y a la compasión de Anaxágoras era lo más duro a lo que se había enfrentado alguna vez.

—He venido a disculparme —dijo.

Ambos lo miraron.

Faltó poco para que Sátiro perdiera la voluntad de continuar. Sería muy fácil dar paso al enojo, permitirse ser la víctima en lugar del agresor. Podría gritar su traición y buscar refugio en la violencia. Podría atacar a Anaxágoras. Podría vilipendiar a Miriam.

Pero eso sería una cobardía.

La excelencia a menudo exige un terrible castigo.

—He venido a disculparme —dijo otra vez.

Miriam se levantó de un salto y le echó los brazos al cuello, con lira y todo.

—Eres un idiota —le dijo al oído, y se arrimó a él.

Y Anaxágoras también lo abrazó.

La excelencia a menudo tiene su recompensa.

Horas después, la noche enfrió el ambiente. Sátiro y ellos estaban sentados muy juntos, con la espalda apoyada contra una piedra calentada por el sol y un odre casi vacío de vino que no habrían bebido dos meses antes a sus pies.

—Y le vi morir —terminó Miriam, que lloraba e hizo un gesto como de tirar algo. Anaxágoras negó con la cabeza.

—Cada día tengo la sensación de bañarme en sangre. —Escupió a la arena—. Pero lo peor de todo es que mientras estoy luchando, resulta más embriagadora que el vino o el sexo.

—Oh, el sexo —dijo Miriam con nostalgia.

Sátiro se tapó los oídos con las manos.

—La, la, la —canturreó, manteniendo a raya sus celos.

—No me he acostado con ninguno de vosotros —dijo Miriam—. De modo que podéis relajaros. Yo no. —Se encogió de hombros y se recostó contra ellos—. A no ser que queráis compartirme en días alternos...

Anaxágoras sacó un trago de vino por la nariz, que cruzó los restos de una calle. Estuvo tosiendo un buen rato, con lo que ocultó los sentimientos de Sátiro.

Miriam miró a uno y a otro y se echó a reír.

—Qué fáciles sois los hombres —dijo.

Anaxágoras bebió más vino.

Miriam se reía con una risa sombría, la risa de una ménade.

—¿Qué mujer no me envidiaría? —preguntó a la oscuridad—. Dos grandes héroes me aman, pero si elijo a uno, traiciono al otro. No os molestéis en negarlo, caballeros: sois como sois. ¿Y a quién le importa? ¿A Afrodita? ¿A quién le importa que me acueste con vosotros, con los dos a la vez, con uno cada día o cada hora? No soy virgen, y pronto todos habremos muerto.

Miriam no rompió a llorar. Quizás habría sido mejor si lo hubiese hecho. Volvió a reír, y su risa fue como el escalpelo de un médico, la afilada mordacidad de la verdad.

—Vuestros dioses griegos son más comprensivos con mis apuros que mi viejo patriarca —suspiró. Se puso de pie, dio un beso en los labios a cada uno de ellos, se arremangó la falda del quitón y se echó a correr hacia la noche.

Sátiro permaneció quieto un momento y luego miró a Anaxágoras.

El músico se encogió de hombros.

—¿Vas a casarte con ella? —preguntó.

Sátiro se frotó el mentón.

—¿Y tú?

—A mí me ha besado primero —dijo Anaxágoras.

—Que te zurzan, músico maricón.

Sátiro se rio y recogió el odre de vino.

—¿Que se la quede el que sobreviva? —propuso Anaxágoras—. No acapares el vino.

—Compartiré el vino —dijo Sátiro—, pero no creo que hayamos establecido los términos de esta competición.

El beso de Miriam le escocía en los labios como una herida.

Capítulo 27

Dédalo surgió de la bruma del amanecer de finales del verano como el carro de Poseidón. Sus naves iban a velocidad de embestida y las naves de la guardia de Demetrio perecieron bajo sus espolones. Los distantes gritos de los remeros atrapados eran como los chillidos de las gaviotas, y Sático podría haber seguido durmiendo ajeno a todo ello, pero la aguda mirada de Jubal avistó el combate y despertó a todos los hombres presentes en la torre.

Sático reconoció el *Trabajos de Heracles* al instante. Gritó como un niño viendo una carrera, rio a carcajadas cuando las vasijas de fuego comenzaron a estrellarse contra las naves varadas de Demetrio. Y su sonrisa fue igual de amplia cuando Dédalo en persona saltó de la cubierta de su nave al embarcadero.

—¡Cabronazo! —dijo Sático, abrazando al mercenario—. ¿Dónde estabas?

Pero fue incapaz de mantener su impostado enojo, y menos todavía cuando seis barcos de grano comenzaron a entrar en el puerto.

—¿Son naves fenicias? —preguntó Sático.

—Demetrio no parecía necesitarlas —se rio Dédalo—. ¿No tienes noticias?

Sático negó con la cabeza.

—¡Ninguna!

Dédalo asintió.

—León está en Simi con seis mil hombres y cuarenta naves. Demetrio lo ha atacado dos veces y en ambas ha salido malparado; no puede prescindir de las naves. Y tu hermana y Nicéforo están reclutando a las ciudades del Euxino; tenemos entendido que tiene otras veinte naves y a todos tus mercenarios.

Sático rio. Se sintió diez años más joven.

—Aguarda, todavía no has oído lo mejor. Diocles está en Alejandría, reparando sus naves.

Dédalo sonrió. Sático hizo una prolongada pausa, tal vez de veinte segundos.

—¿Diocles? —preguntó en voz baja.

—¿Todos esos marineros que enviaste a Poseidón? —Dédalo negó con la cabeza—. Diocles tiene siete naves de gran porte.

—¿Dionisio? —preguntó Sático, con el corazón henchido de esperanza.

Dédalo negó con la cabeza.

—Lo siento, señor. No. Lo perdimos junto con el resto de su tripulación. Pero el *Oinoe*, el *Platea*, el *Atalante*, el *Artemis Efesia*, el *Tanais*, el *Troya*, el *Halcón Negro* y el *Maratón* se están reparando en el astillero de León.

Sático susurró una plegaria a Poseidón.

—Celebrémoslo —dijo Sático.

—He traído vino —dijo Dédalo—, pero León atacará la playa en una diversión

estratégica dentro de una hora, y debo estar listo para zarpar. Pero a partir de ahora sabrás que estamos ahí fuera. Demetrio no tiene vía libre en el mar. Y nos han llegado rumores de que las ciudades griegas están rogando a su padre que les envíe refuerzos; Casandro las está hostigando, deshaciendo cinco años de trabajo.

—Jamás imaginé que un día estaría en el mismo bando que Casandro —dijo Sático.

—Y yo nunca pensé que ayudaría a salvar Rodas —respondió Dédalo.

Sático llevó las noticias directamente a la *boulé*. El consejo estaba dividido a muerte; muchos de los dirigentes de la ciudad querían intentar negociar una rendición mientras todavía estaban resistiendo, y cada vez se había hecho más evidente que los oligarcas tenían intención de matar de hambre a las clases más humildes de su propia ciudad para forzar tal rendición; la estrategia más cobarde que Sático hubiese visto jamás. Tanto así, que no estaba seguro de que lo estuvieran haciendo a conciencia.

Nicanor parecía oponerse a Sático sistemáticamente, y no disimulaba su desprecio por el hombre al que siempre aludía como «nuestro joven soberano».

A pesar de ello, la noticia de la llegada de seis barcos fue muy aplaudida por todos. Nicanor se levantó y propuso que el grano se descargara en el almacén central de inmediato.

Menedemos se levantó y defendió que la mitad se distribuyera de inmediato como donativo, para levantar el ánimo de la población.

Sático dejó que discutieran. Lo más duro para él, aparte del deseo de tomar el mando y dar órdenes por el bien común, era que cada facción tenía excelentes argumentos que eran perfectamente sensatos y, sin embargo, casi todos los hombres de ambas facciones presentaban tales argumentos con una cínica falta de convicción y una devoción por su propia facción que a diario les hacía perder parte de su estima. Incluso Menedemos, el mejor de todos ellos según el ojo cínico de Sático, estaba tan entregado a sus demócratas que podía perder de vista, lo que era mejor para la supervivencia de la ciudad. Demófilo era un gran hombre con una lanza en la mano, pero en el consejo solo hablaba con arreglo a los intereses del partido. El único hombre que se preocupaba exclusivamente por su ciudad era Pantero. Y estaba muerto.

Sático aguardó su turno de palabra y finalmente se levantó.

—He pasado por alto un punto que quizás afecte a vuestras deliberaciones —dijo, y apenas se molestó en disimular su desdén—. Dédalo y León estarán de vuelta dentro de dos días, justo después del alba, con un segundo cargamento de grano y doscientos soldados más. Y ya han desembarcado a cien infantes de marina.

—¿A qué hora? —preguntó Nicanor.

—Supongo que dependerá del viento y las corrientes, Nicanor —contestó Sático, procurando parecer complaciente.

Las celebraciones duraron poco. El grano recién llegado dio nuevos ánimos a las clases bajas, y la presencia de una flota amiga, una flota en la que había incluso naves rodias, mejoró las expectativas de todo el mundo.

Pero dos días después vieron al escuadrón de Dédalo intentar llevar a puerto un segundo convoy y ser contundentemente derrotado. Las naves de Demetrio estaban aguardando en la playa con sus tripulaciones, y cuando la primera vela de un trirreme asomó por el horizonte, las desvararon todas a la vez.

Para impedir que sus flancos fueran arrollados, León tuvo que retroceder y perdió cuatro trirremes sin causar daños al enemigo; y también se perdieron los seis barcos de grano, a la vista del puerto.

La moral cayó en picado.

Y Demetrio, tan implacable como la muerte o el tiempo, hizo avanzar sus pesadas máquinas por el terreno que se abría ante la muralla sur. Comenzaron a moverse el sexagésimo día, y una semana después ya casi tenían la ciudad a su alcance.

Sátiro subió a la torre. Las últimas luces del día brillaban sobre los sitiadores, y sus hordas de esclavos arrastraban las últimas dos máquinas pesadas a través de la arena endurecida, levantando altas columnas de polvo.

—Míralos —dijo Jubal.

Delante de las máquinas enemigas iba un *taxeis* entero de piqueros con armadura completa, y sus armas proyectaban sombras alargadas en el suelo. Estaban solo a tres estadios, en perfecta formación, preparados para defender las máquinas. Sátiro se preguntó cómo reaccionarían si vaciara su guarnición contra ellos en un ataque sorpresa para adueñarse de las máquinas. Cuando se pusieran a lanzar sus enormes piedras, la ciudad estaría condenada.

O, como mínimo, el sufrimiento comenzaría de nuevo.

Jubal había llenado de máquinas lo alto de la torre, ocultándolas con lonas y pantallas de madera. Las dos que habían capturado en el malecón se habían reforzado y alargado, y ahora permitían que el matemático náutico dispusiera de cuatro disparos en batería. Se negó a situar más máquinas en la torre puesto que, a su juicio, no resistiría más de un día.

—Mi trabajo consiste en destruir tantas máquinas enemigas como pueda —dijo Jubal—. Fíjate —señaló—. ¿Los ves? Son sus ingenieros.

Justo detrás de las máquinas los ingenieros enemigos estaban examinando algo que había en el suelo. No era una máquina compleja. Era una piedra grande, profundamente incrustada en el terreno arenoso, pintada de rojo brillante.

—Han encontrado la piedra de tu prueba —dijo Sátiro con tristeza.

Jubal sonrió, y de pronto tuvo un impresionante parecido con un lobo.

—La han encontrado —admitió—, pero no saben qué es.

Hizo unos cálculos aprovechando la última luz del día, basados en la distancia a la que estaban de su piedra las máquinas enemigas.

Jubal abrió fuego cuando las Pléyades estuvieron en lo alto del cielo. Su primer proyectil fue una piedra cubierta de alquitrán encendido; había empleado casi todo el alquitrán disponible en la ciudad. La piedra aterrizó con gran estrépito y las llamas del alquitrán rugieron, y basándose en su posición, Jubal se puso a dar órdenes, mirando de vez en cuando su tablilla de cera.

Las lonas y pantallas cayeron de la torre.

Sus máquinas comenzaron a disparar. Las primeras cuatro piedras provocaron gritos y estrépito, y luego la noche fue un pandemónium. Sático efectuó su misión de combate, solo con veinte hombres. Salieron corriendo por la poterna, avanzaron con sigilo hasta donde se atrevieron y empezaron a tirar flechas contra cualquier hombre cuya silueta se recortara sobre las llamas.

A partir de ahí, las máquinas de la torre dispararon tan deprisa como pudieron, pero no dieron la impresión de empeorar el caos que imperaba en la noche.

Cuando Sático bajó de la torre fue en busca de Anaxágoras y Apolodoro, que aguardaban con los rostros tiznados y la armadura puesta en el campo abierto al que conducía la poterna. Todos sus infantes de élite estaban allí, reforzados por los hombres que había traído Dédalo: casi trescientos soldados preparados para rescatar a los arqueros si las cosas se torcían.

Idomeneo regresó por la poterna, gritando la contraseña.

—¿El rey? —preguntó.

—Aquí —contestó Sático.

Idomeneo jadeaba tanto que apenas podía hablar.

—Han huido... abandonado las máquinas.

Sático y los infantes de marina salieron por la puerta en cuanto se enteraron. Sático por poco se olvidó de dar la orden de alto el fuego a Jubal.

Durante el bombardeo, quince máquinas fueron destruidas por las llamas o los impactos: dos semanas de trabajo de todos los esclavos del campamento de Demetrio. Al día siguiente vieron al gran hombre inspeccionar la matanza a caballo. Dio órdenes, y sus hombres lo vitorearon.

Ningún titubeo en aquel campamento.

Sático vio a Amastris cabalgando a su lado. Escupió.

Neiron enarcó una ceja.

—¿Seguro que no está haciendo lo que un monarca tiene que hacer? —preguntó.

Sátiro negó con la cabeza.

Dos semanas más tarde, cuando las máquinas de Demetrio volvieron a salir, avanzaron presurosas al amparo de la noche. Jubal las roció de fuego; lanzó fajos de paja y brea, lanzó rocas, lanzó lluvias de piedras. Murieron hombres.

Sin embargo, por la mañana todavía había dieciséis máquinas donde antes hubo treinta. Y en cuanto pudieron ver, sus piedras comenzaron a golpear la torre.

Los hombres de Jubal ya la habían abandonado. Había cargado y apuntado las cuatro máquinas y aguardaba, solo, afinando la puntería: no iba a correr ningún riesgo. Luego, una tras otra, sus cuatro máquinas dispararon y cada proyectil dio en el blanco; uno abrió un surco rojo entre los esclavos, otra aplastó a un puñado de veteranos como un niño aplasta hormigas, y dos más destrozaron sendas máquinas.

Y después se descolgó por una cuerda y se quedó viendo cómo las máquinas enemigas restantes bombardeaban su preciada torre. Les llevó todo aquel día y parte del siguiente, y entonces, con un ruido sordo, la torre cayó.

El pueblo de Rodas lo interpretó como una derrota. Jubal solo rio.

Durante nueve días las máquinas batieron la muralla sur con sus piedras, y el décimo día, cuando ya no quedaba una sola casa en pie en las inmediaciones de la muralla, el *taxeis* inició su avance.

Los arqueros salieron a descubierto y los hostigaron un rato antes de volver a retirarse. Los piqueros avanzaban sin oposición, pero para entonces ya sabían a qué atenerse y subieron a las brechas con la cabeza gacha hasta llegar a los escombros de la ciudad, y cuando encontraron la muralla oculta poco más del alcance de las máquinas, simplemente huyeron. Muchos dejaron caer sus picas.

Sátiro lo vio huir de un puñado de arqueros y sonrió. Su sonrisa no fue muy distinta a la de Jubal.

El día siguiente, las máquinas enemigas avanzaron hasta que sus proyectiles pudieron caer sobre la nueva muralla.

Bien retirados de la nueva muralla, los hombres ya estaban cavando la muralla siguiente. Y las máquinas enemigas estaban justo delante de un viejo granero, un enorme edificio de piedra que servía de refugio para los heridos por la incesante lluvia de flechas.

Los infantes de marina necesitaban un descanso, y Sátiro echó mano de los efebos. Nicanor intentó prohibirle que se sirviera de ellos, y Sátiro se lo llevó a un aparte en la *boulé*.

—Tengo un túnel —dijo—. Pasa por debajo de la muralla, cerca de la puerta oeste, y conduce al terreno del otro lado del barranco. Desde allí, los efebos podrán

asaltar directamente el campamento de Demetrio.

Nicanor asintió.

—Entendido.

Sátiro consiguió a sus hombres. Y asintió a Helios al salir de la *boulé*, donde su hipaspista aguardaba con Miriam. Ambos le devolvieron el gesto de asentimiento.

Acto seguido se dirigió al ágora, reunió a los efebos y los condujo a la casa que había ordenado comprar cinco meses antes.

Jubal ya tenía preparados el fuego y la brea; todos los montantes estaban embadurnados. En cuanto los integrantes de la misión regresaran, o si eran derrotados, habría que destruir el túnel.

Luego informó a los efebos sobre su misión y dio instrucciones a Idomeneo y a sus tres mejores exploradores sobre la suya.

Tardaron demasiado en recorrer el túnel dado que en muchos puntos no era más ancho que la cintura de un hombre. Sátiro entró detrás de Idomeneo y sus exploradores. Los túneles le daban miedo; eran oscuros y fríos como la tierra de los muertos, y cuando su coraza rozaba las paredes, tenía la impresión de que se hundiría encima de su cabeza. Pero Anaxágoras iba a sus espaldas.

Salieron al terreno baldío junto al cercado anejo al viejo granero. Idomeneo y sus tres hombres se esfumaron. Fueron los primeros en subir por la escalera de mano hacia la oscuridad de la noche.

Sátiro fue el siguiente. Subió la corta escalera y se tumbó en el suelo. Anaxágoras se tumbó a su lado y luego empezaron a salir los efebos. Sátiro estaba perdiendo la paciencia; la operación se estaba demorando demasiado.

La mitad aproximada de sus hombres había salido del túnel cuando los esclavos tropezaron con Anaxágoras.

—¡Qué coj... —masculló uno.

Sátiro se puso de pie tan deprisa y silencioso como pudo y decapitó al hombre que había hablado.

—Zeus So... —comenzó a gritar un segundo hombre, y recibió el revés de Sátiro. Silencio.

Pero había un tercer esclavo, y este chilló.

—Ahora —gritó Sátiro—. ¡A por las máquinas!

Los efebos se levantaron y salieron corriendo del patio. Eran cincuenta hombres contra un ejército, pero un ejército dormido que no sabía que los efebos pudieran estar tan cerca.

—¿Y ahora qué? —preguntó Anaxágoras. Estaban prácticamente solos, salvo por dos muchachos que habían salido del túnel después de que los efebos se hubiesen marchado corriendo a quemar las máquinas enemigas.

—Reúne a los cincuenta siguientes y ve a rescatar a esos chicos —dijo Sátiro,

procurando parecer calmado.

Oían hombres gritando a otros para que se reagruparan.

La paciencia de Sático se agotó tras la aparición de los siguientes treinta y cinco efebos. Oía el fragor del combate por doquier y necesitaba entrar en acción.

—Seguidme —dijo, y condujo a los jóvenes hacia la oscuridad.

Hizo una pausa ante la verja del cercado.

—Anaxágoras, regresa. Di a los demás que den media vuelta y regresen, y luego dile a Jubal que quemé los soportes.

—No —contestó Anaxágoras—. Envía a uno de estos muchachos. Yo voy a donde tú vayas.

Sático se rio.

—Eres un insubordinado, señor.

—Tienes razón. De ningún modo voy a regresar junto a Miriam para decirle: «Me envió noblemente de regreso y yo, dócil como una oveja, obedecí.»

Sático vio el destello de sus dientes.

—De acuerdo. —Sático se volvió hacia uno de los muchos jóvenes que lo acompañaban, todos ellos más flacos y fuertes que un año antes. Intentó recordar un nombre y dio con él—. ¿Plistias? Eres mi mensajero. Diles que den media vuelta, regresáis al punto de partida y prendéis fuego a los soportes.

Arrimó su yelmo al del joven y vio la vacilación, el deseo y la alegría de ser salvado en conflicto con la decepción en sus ojos a la luz de las primeras máquinas que estallaron en llamas.

Luego condujo a los demás hacia la oscuridad.

No causaron tantos estragos como Sático había esperado. Costaba prender fuego a las máquinas. Los hombres de Demetrio luchaban con encono. Pero Sático retiró a la mayoría de sus muchachos limpiamente, dejando cinco máquinas ardiendo. La tiza blanca de sus yelmos se veía con bastante claridad, y cuando tocó el silbato de niebla de Neiron, dieron media vuelta y huyeron hacia el norte, en pos de la nueva poterna.

Perdió a seis hombres.

Jubal señaló el fuego que rugía a los pies de la muralla y todos oyeron el ruido sordo de los túneles al hundirse bajo sus pies.

Idomeneo surgió de la penumbra por la puerta oeste, saludó y enarcó una ceja.

—Exactamente como dijiste —sonrió—. ¿Tienes alguna suerte de hechizo que te permite ver lo que ocurre en la tienda de Demetrio? Había un *taxeis* de piqueros aguardando justo donde has dicho.

Sático negó con la cabeza.

—Al contrario. Es él quien ha echado una mirada en la nuestra. Cuando la puerta se abrió. Cuando Dédalo efectuó su segundo intento en el puerto. —Hizo una seña al arquero—. Ven conmigo.

Y entonces agrupó a cincuenta efebos y a cincuenta infantes suyos y se los llevó a paso ligero.

Helios se reunió con él cerca del templo de Poseidón.

—¿Señor?

—Te he echado de menos, pero sigo vivo. Solo hemos destruido cinco máquinas.

Sátiro besó a su hipaspista en la mejilla. Siempre le complacía ver cuánto lo amaba aquel muchacho.

—La señora y yo también hemos corrido una aventura. Y el ama Aspasia; la señora la invitó a unirse a nosotros.

—Porque no es una asquerosa judía extranjera —dijo Miriam, saltando desde los restos de una pared. Igual que la mayoría de las mujeres de menos de cincuenta años, había tomado gusto a vestir un *chitoniskos* de hombre, a la manera de Artemis. La luna resplandecía en sus piernas.

«Se parece mucho a mi hermana», pensó Sátiro, y la idea lo incomodó.

—Nadie dudaría de tu palabra, Despoina —dijo Helios.

—Eso es lo que tú crees —terció Sátiro—. ¿Aspasia?

—Tienes mejor aspecto —masculló la sacerdotisa—. Más recio. Más malvado. Sí, lo vimos todo. Envió una paloma.

—¿No a un esclavo? —preguntó Sátiro.

—Un pájaro. Todos los mercaderes los usan —contestó Aspasia, y se encogió de hombros.

A sus espaldas, Neiron escupió.

—¿Qué demonios estamos haciendo aquí?

Abraham también se adelantó. Había pasado el turno de guardia en alerta con los hoplitas ciudadanos, los hombres maduros, y estaba enojado.

—¿Qué hace mi hermana aquí fuera? ¡Miriam, esa manera de vestir es vergonzosa!

Miriam le dio un beso.

No, querido hermano. Quizá lo fuera hace un mes. Dentro de otro mes haremos el amor en las calles. Ahora escucha a Sátiro.

Fueron llegando otros hombres; ahí estaba Menón, tan poco complacido como Abraham al encontrar a su esposa en la calle, además de Demófilo, Menedemos y Sócrates.

Sátiro agarró a Demófilo del brazo.

—¿Cuántos miembros de la *boulé* hay aquí? Reúnelos.

—A mí no me das órdenes —replicó Demófilo, pero enseguida transigió—. Estábamos todos en las murallas; deberían estar aquí.

Sátiro levantó la mano pidiendo silencio. Helios se había hecho con un par de teas y se situó detrás de su señor.

—Esto va por nosotros —dijo Sátiro—. No por los *neodamodeis* ni por los mercenarios.

Menón lo entendió de inmediato. Se le notaba en la expresión del rostro. Y Menedemos también.

—Caballeros, cuando la puerta oeste fue abierta a Demetrio, me olió a gato encerrado. A Pantero también. Tomamos algunas medidas. A decir verdad, ocultamos ciertas cosas a la *boulé*. Hace unas semanas fui lo bastante tonto para desgranar el plan de Dédalo en concejo abierto, y Demetrio lo estaba aguardando. Anoche conté detalladamente a un miembro de la *boulé* cómo llevaría a cabo el ataque con los efebos. —Hizo una pausa para que asimilaran aquella información—. Mentí. Por unos cuantos estadios. Idomeneo, explícales lo que has visto.

El cretense dio un paso al frente.

—He ido a la muralla oeste, al barranco donde el señor Sátiro me había dicho que aguardara. Allí había apostado casi un *taxeis* entero, aguardando con las armaduras tiznadas. De no haber estado prevenido, jamás los habría visto.

Sátiro sonrió amargamente.

—Lo llaman la píldora envenenada, caballeros. Filocles, mi preceptor, me enseñó la técnica. Consiste en contar mentiras distintas a hombres distintos y aguardar a ver quién actúa en función de cuál. —Se volvió—. ¿Señora Aspasia?

—Vimos que Nicanor enviaba una paloma mensajera inmediatamente después de que la *boulé* se reuniera —dijo Aspasia.

Al oír el nombre de Nicanor, la multitud de ciudadanos se removió inquieta.

Sátiro los condujo al domicilio de Nicanor. Un esclavo viejo informó de que no estaba en casa.

—Traedlo —ordenó Sátiro a Apolodoro.

—¡Esto es ilegal! —dijo Menón.

Sátiro hizo una seña a Apolodoro. A Menón le dijo:

—Las leyes de la ciudad no significarán nada si la ciudad es destruida.

Se oyó un grito, ruido de espadas, otro grito de ira, maldiciones. Y entonces salió Apolodoro, con un trozo de su penacho cortado.

—Enseguida sale —dijo Apolodoro alegremente.

—¡Tus criaturas han matado a mi esclavo! —dijo Nicanor. Llevaba un quitón y una bata persa. Dos arqueros cretenses lo sujetaban por los brazos.

—Me he tomado la libertad de asegurar primero el jardín —dijo Idomeneo. Él y Apolodoro cruzaron una mirada.

Sátiro asintió.

—Nicanor, te acuso de traición a la ciudad. Abriste la puerta oeste y asesinaste al capitán que estaba allí de servicio. Informaste a Demetrio sobre los movimientos de nuestra flota. Esta noche has intentado que el *taxeis* de efebos fuera aniquilado.

Nicanor miró a Sátiro a los ojos sin amedrentarse.

—Vaya, vaya. Tendremos un juicio bastante excitante. El pueblo quizá descubra muchas cosas.

Sátiro se frotó el mentón.

—No habrá juicio —sentenció.

Menón se adelantó.

—¡Somos rodios! —dijo—. Habrá juicio. Nicanor, si has hecho todo esto, la maldición de todos los hombres y mujeres de esta ciudad caerá sobre tu cabeza.

—¿En serio? —preguntó Nicanor. Sus palabras fueron poco agresivas. Sátiro oyó en ellas las palabras de un hombre que carecía de razones para vivir—. ¿En serio? ¿O acaso os maldecirán a ti y a este joven tirano por mantenerlos en este pozo negro? Podríamos habernos rendido hace meses...

Sátiro negó con la cabeza.

—No. Nosotros lo intentamos. Vosotros, también.

Nicanor se volvió hacia él y escupió baba al hablar.

—¡Cuervo carroñero! ¡Lo único que deseas es guerra y muerte! Para los de tu calaña es un deporte. No así para nosotros. Mis hijos están muertos. Mi esposa está muerta. Soy el único que intenta salvar esta ciudad mientras todos vosotros hacéis lo posible por destruirla. ¿Qué tenéis? No tenéis nada. ¿Los templos? Todos destruidos. ¿El gimnasio? Lo derruisteis con vuestras propias manos. El ágora está abarrotada de esclavos y mierda. Comes mierda. ¡Mirad la hermana del judío, vestida como una puta! Y la esposa de Menón; mierda. Ya no sois griegos, ya no sois hombres. Ni siquiera sois helenos. Sois animales, habéis perdido toda apariencia de civilización. Porque este tirano os ha sorbido la mente. Hace años, dije que había que abandonar a Tolomeo y unirse a Antígono. Si alguien me hubiese escuchado, nada de esto habría ocurrido. Ahora, todo lo que teníamos ha desaparecido y poco importa que derrotéis a Demetrio o que venga y sus cerdos os violen a todos hasta mataros, pues la ciudad ya está destruida.

Sátiro aguardó impasible salvo cuando llamó puta a Miriam.

—¿Esta ha sido tu defensa? —preguntó. Dirigió sendas miradas a los dos arqueros que sujetaban a Nicanor. Eran veteranos.

—No necesito defensa alguna. Y cuando los Demos oigan lo que tengo que decir ante el tribunal, rendirán la ciudad tan deprisa que no tendréis tiempo de impedirlo. —Miró a su alrededor—. Tal como vosotros, presuntos personajes ilustres, tendríais que haberlo hecho. Poneos un roncal en el cuello y enfrentaos al Rey Rubio. —Miró a Sátiro—. Y en cuanto a ti... ¿Tal vez maquinaste todo esto? ¿Tú, la meteca y el judío? —Sonrió confiado—. Lo lamentarás.

—No por los motivos que piensas, Nicanor —dijo Sátiro, y su mano derecha subió hacia su axila, su espada salió de su vaina y Nicanor se agarró la garganta

cuando la sangre manó de su cuello cortado.

Los arqueros lo sujetaron por los brazos y se le doblaron las rodillas.

Sátiro se volvió.

—Quería hacerlo en público. Lo he hecho yo mismo para que ningún otro hombre tuviera que ensuciarse las manos. No necesitamos un juicio. Nicanor habría ganado aunque hubiese perdido, indisponiendo a unos hombres contra otros.

El rostro de Menón era blanco como el pergamino a la luz de la luna.

—Lo has matado.

Sátiro asintió.

—Ahora escuchadme. Tengo a los soldados y a la multitud, y podría, fácilmente, erigirme en tirano. A decir verdad, creo que vuestro pueblo necesita una sola voz y una mano firme. Y, sin embargo, Nicanor ha dicho muchas cosas que son verdad, y esta es la peor. Estamos perdiendo la ciudad. Quizá resistamos y aun así perezca el alma de vuestra ciudad. Por eso creo que deberíamos intentar gobernar a través de la *boulé*, y yo correré el riesgo de que vosotros, caballeros, consideréis que debo ser arrestado.

»Pero escuchadme —prosiguió Sátiro, tras mirar en derredor. Guardaban silencio, impresionados, según le pareció—. Exijo o, mejor dicho, suplico que esta noche y este cruel asesinato marquen el final del conflicto entre facciones. Solo hay un bien, amigos: la supervivencia de la ciudad. Ningún partido es más importante que esto, y si la ciudad cae, creedme, los sitiadores arrasarán todo. Nicanor estaba trastornado por la pena. Yo no. Dejad vuestras facciones a un lado, daos la mano y jurad a los dioses que la defenderéis hasta el final como hermanos y hermanas, o por Heracles que me lavaré las manos y me marcharé.

Brusca y deliberadamente, se volvió y limpió a conciencia la hoja de su espada con la ropa de Nicanor. Luego la enfundó otra vez.

—Buenas noches —dijo.

Sus oficiales cerraron filas en torno a él, y sus *hetairoi* en torno a ellos. Proporcionaba cierto consuelo saber que confiaban en él. Matar a un hombre a sangre fría siempre resultaba duro; seguramente fuese señal de que no estaba completamente loco, pero se sentía frío, colérico y desesperanzado. Y Miriam lo miraba como si fuese un perro rabioso.

Podría haber abundado en la desaprobación de la muchacha, pero Anaxágoras y Abraham caminaban a su lado.

—Había que hacerlo —dijo Abraham.

Muy probablemente fueran las palabras más dulces que Sátiro hubiese oído en su vida. Se detuvo junto a un edificio casi intacto y vomitó.

—Los efebos siguen estando de nuestra parte —dijo Anaxágoras.

—Me parece que acabo de entregarte a Miriam —dijo Sátiro sin pensar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Abraham.

«Soy idiota», pensó Sático.

—Nada, por el momento, hermano, al menos por ahora —se obligó a decir, pues su cabeza solo podía abordar una crisis a la vez. «Ayúdame, Demetrio. Lanza un asalto nocturno.»

—¡Despierta! —dijo Helios, y se frotó el mentón.

Sático se despertó enseguida, bajó los pies de la cama y alcanzó su espada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Helios sostenía un cuenco de zumo caliente. A aquellas alturas, Sático no alcanzaba a comprender de dónde lo sacaba.

—La *boulé* se va a reunir de inmediato. Requieren tu presencia.

Sático se levantó.

—Vísteme bien —dijo—. No como un demócrata. Como un rey. Tráeme a Neiron, Abraham, Anaxágoras y Apolodoro. Y a Idomeneo.

Se acabó el zumo, bebió agua, se limpió los dientes con una ramita de regaliz y Helios extendió su mejor quitón, una prenda color fuego con una cenefa blanca y dorada en los bordes y el dobladillo bordado con escenas de la *Ilíada*. Un quitón que valía tanto como una nave.

Aguardó mientras Helios le abrochaba sus mejores sandalias, de estilo espartano, de cuero teñido a juego con el manto. Cuando Helios le recogió el quitón, lo hizo con un cinturón de cuero rojo a juego que al cabo de un año volvía a irle bien. Y encima del quitón y el cinturón se puso su mejor cinto de espada, aunque la espada que colgaba de él era un arma bastante sencilla; había roto tres espadas durante el sirio.

Helios le untó el pelo con aceite y le hizo dos trenzas que le enrolló en lo alto de la cabeza. Le puso sobre los hombros la clámide a juego; larga, del rojo intenso de la sangre recién derramada, con cuervos negros y estrellas amarillas, los símbolos de su casa.

Sático se examinó con un espejo de mano.

—Muy satisfactorio —dijo. Se dirigió a la portezuela de la tienda.

—Tú también vienes, Helios. Quiero que oigas esto.

Salió al pequeño patio que formaban su tienda, la de Neiron y la de Apolodoro. Había una fogata encendida que combatía el frío otoñal, y un círculo de sus hombres; los mejores. Sus compañeros. Sus amigos. Le levantó el ánimo constatar que finalmente tenía amigos, no solo seguidores. Neiron, Draco, Anaxágoras.

—Caballeros —dijo, y ellos murmuraron sus saludos.

—Estamos listos —dijo Abraham.

Sático negó con la cabeza.

—Os he convocado a la vez para evitar precisamente ese malentendido —dijo

Sátiro—. No creo que tenga problemas con la *boulé*, pero es posible que actúe contra mí. Quizás incluso consideren que tienen que arrestarme aunque sea contra su voluntad. —Sátiro levantó los brazos y mostró sus galas—. He intentado vestirme de manera que recuerden quién soy, pero tal vez no lo logre. Si me apresan, caballeros, debéis someteros plenamente a sus instrucciones.

Eso suscitó una reacción. Idomeneo escupió.

—¡Y una mierda! —dijo el cretense.

—Escuchad, amigos —dijo Sátiro—. Estamos aquí para cumplir una misión. Lo he dicho desde el principio; soy el Rey del Bósforo, no el Rey de Rodas. Si os enemistáis con esos hombres, la ciudad caerá sin remedio. Venceremos, como equipo, cuando Demetrio zarpe y se aleje de estas murallas, y nuestros almacenes de grano y todos los mercaderes que tratan con nosotros estén a salvo. Venceremos si derrotamos a Demetrio aquí porque venciendo aquí nos aseguramos de que nunca vendrá a nuestras casas en el Euxino. Que me arresten, que me juzguen... Si vosotros seguís combatiendo, si Jubal los sorprende con su trampa...

—¿Jubal tiene una trampa? —preguntó Neiron.

—He evitado hablar de ello hasta que Nicanor estuviera... derrocado. —Sátiro se encogió de hombros—. Obedecedme, amigos. Solo esta vez, nada de heroicidades, nada de comportarse como enajenados.

Idomeneo fue el primero en abrazarlo.

—¡Obedeceré —dijo—, pero lo que en realidad dices es que esos imbéciles se proponen arrestarte!

Sátiro fue acosado por sus amigos, cosa de la que disfrutó plenamente. Le ayudó a limpiar parte de la sangre que manchaba sus manos.

—Sí —dijo atribulado.

Neiron lo abrazó el último.

—Hemos tenido nuestras diferencias —dijo.

Sátiro tuvo que sonreír.

—Sería más acertado decir que a veces hemos estado de acuerdo.

—Pero hiciste bien al matarlo. Eres un tiranicida, no un tirano. Y son muchos los que opinan lo mismo que yo —agregó Neiron, con los ojos arrasados en lágrimas.

Detrás de Neiron estaba Abraham.

—Son idiotas —dijo. Él y Sátiro se abrazaron.

Y fuera del patio estaba Miriam, con los ojos hundidos a causa de la fatiga.

A Sátiro le dio un vuelco el corazón al verla. Ella no dudó en sostenerle la mirada, y Sátiro consideró que debía decir algo.

—Tenía que hacerlo —dijo. Parecía una pobre excusa, dicho así.

Miriam se acercó a él y le dio un beso, haciendo palidecer a su hermano.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Miriam—. Y como de costumbre lo hiciste tú

mismo.

—Eres la auténtica señora de la ambigüedad —respondió Sático. El casto beso de Miriam era como una nueva magulladura. Tuvo ganas de lamerse los labios. O los de ella.

Miriam le sonrió con los ojos entornados y acto seguido se alejó como si nada hubiese sucedido.

La *boulé* no lo arrestó, no ordenó enjuiciarlo ni ejecutarlo.
Lo nombró polemarca, comandante en jefe de la ciudad.

Capítulo 28

Día sexagésimo y siguientes

El septuagésimo quinto día del sitio Diocles salió de detrás de una larga hilera de nubes de tormenta con cuatro barcos de grano atenienses capturados, grandes naves tan altas como cuatro hombres, y las metió en el puerto exterior antes de que las naves de Demetrio se atrevieran a abandonar la playa. El antiguo timonel de Sátiro tuvo tiempo de abrazarlo una vez, saludar a los soldados que se amontonaban en el muelle y reír.

—Estamos machacando a Demetrio en el mar —dijo—. Y León aniquiló todo un escuadrón ateniense de refuerzos. ¿Necesitas que os saquemos de aquí?

Sátiro negó con la cabeza.

—Soy el comandante —dijo.

Diocles se rio.

—Tendría que habérmelo figurado. Si hay humo, ahí estás tú avivando el fuego. Dice León que le digas a Pantero que mande el resto de su flota al mar; controlamos Simi y otros dos puertos, y nos estamos preparando para atacar a ese hijo de puta antes de que se nos eche encima el invierno. Tenemos seis mil egipcios listos para desembarcar, y tu impetuosa hermana está en Timea con Nicéforo, Coeno y todos tus mercenarios.

Sátiro asintió.

—Espléndido, aunque solo si podéis mantenernos alimentados.

—¡Sin duda necesitas más hombres!

Sátiro asintió.

—Necesito hombres. Necesito arqueros; cada arquero vale por diez hombres. Pero la comida es el mayor escollo, y pronto, muy pronto, Apolo comenzará a lanzar sus saetas envenenadas contra la ciudad. En el campamento de los *neodamodeis* hay personas que parecen... bueno, enfermas.

Diocles torció el gesto.

—Hablaré con León. Tú habla con Pantero.

—Pantero murió —respondió Sátiro.

—¡Poseidón! —dijo Diocles—. Hades. Amaba a ese hombre. —Miró en derredor—. Este lugar parece que lo haya aplastado el talón de Zeus. ¿Podrás resistir un mes más?

Sátiro asintió.

—Defendemos esta ciudad día a día —contestó.

La enfermedad comenzó en los campamentos de esclavos. Demasiados de ellos no habían sido liberados, al menos en opinión de Sático. Los que permanecían esclavizados eran presa de la desesperación. Y la mala dieta y la desesperación eran el caldo de cultivo de la enfermedad. Sático era un hombre piadoso pero no tuvo problema en notar que los hombres hambrientos enfermaban antes que los bien alimentados.

Las mujeres fueron las siguientes. Y cuando estaban enfermas, sus hombres enfermaban.

Tres semanas después de su confiada aseveración de contar con cuantos hombres necesitaba, Sático se encontró vigilando las murallas con menos de mil hombres. Apolo estaba asolando su propia ciudad, y sus saetas envenenadas recogían una rica cosecha.

Sático repelió un asalto en la última cortina de la muralla sur con sus propios infantes y los efebos. El resto de la guarnición estaba enferma. O muerta. Los infantes de Apolodoro eran curiosamente inmunes. Cármides, que para entonces estaba perdidamente enamorado de Niké, la hija de Aspasia, iba del lecho de un enfermo a otro sin contagiarse jamás.

Miriam hacía lo mismo, y Sático se hizo una idea del miedo que podía provocar en quienes lo amaban; iba de una tienda de enfermos a la siguiente, y él padecía por ella. Si Miriam no hubiese sido judía, la ciudad le habría ofrecido el puesto de sacerdotisa adjunta de Aspasia; iba allí donde fuera ella, atendiendo a ricos y pobres, y ninguna de las dos había enfermado.

Hasta entonces.

El octogésimo octavo día del sitio, con el primer aliento del otoño ante el puerto y una densa bruma que se alzaba del agua cálida una fresca mañana. Diocles apareció con un par de naves mercantes de Tanais cargadas hasta los topes de grano, vino, aceite y arqueros.

Arqueros sakje.

Atados de flechas; largas y pesadas saetas para los cretenses. Flechas de caña y de pino para los sakje.

Los sakje desembarcaron en tropel, y el ruido de sus ásperas voces y el olor de sus abrigo le hicieron sonreír. Todavía sonrió más al ver a hombres que conocía, así como a mujeres. Scopasis y Thyrsis, ambos cargando con pesados sacos de lana.

—¡Aquí no hay caballos! —dijo Sático a Scopasis, bromeando.

El antiguo bandido con el rostro surcado de cicatrices entrecerró los ojos, y sus cicatrices dibujaron una sonrisa que hizo palidecer a la mayoría de los hombres.

—La señora dice venir. Nosotros venimos.

Estrechó la mano de Sático.

—¿Cómo está ella? —preguntó Sátiro—. ¡Dioses, cuánto la extraño!

—¡Bien! —dijo Melita. Llevaba un abrigo claro de piel de caribú con adornos azules; el de su madre, pensó Sátiro. Se la veía más fuerte que nunca. Parecía un inteligente halcón; menuda, fiera y dispuesta a comerse cualquier cosa que no le gustara. Tenía un mechón blanco en su melena negro azabache—. Yo también te he extrañado. Y puesto que no podías tomarte la molestia de regresar a casa a gobernar tu propio reino, he venido a buscarte.

Sátiro la abrazó, y fue correspondido.

Caminaron juntos por la ciudad, cogidos de la mano.

—Huele a muerte —dijo Melita.

—Ese es tu nombre de guerra, no el mío —contestó Sátiro.

—Esta ciudad huele a muerte. A mierda. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué estás aquí?

Sátiro se detuvo.

—Me necesitan. Y este es nuestro centro de distribución de grano.

Melita sonrió.

—Eso te lo guardas para las personas que no te conocen.

—Estoy enamorado —dijo Sátiro.

—Eso ya me encaja mejor. Entonces... ¿Puedo matar a Amastris? —preguntó Melita, señalando vagamente en dirección al campamento de Demetrio.

Sátiro la abrazó.

—Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos. ¿Dónde está ese dechado de virtudes? ¿Te has casado con ella? —preguntó Melita.

Sátiro hizo una pausa.

—Verás... Es posible que ella ame a otro.

Melita enarcó una ceja.

—A ver si me aclaro. ¿Estás dilapidando las riquezas de nuestro reino por una ciudad donde hay una mujer que amas pero que no sabes con seguridad si te ama a ti?

Sátiro se encontró sonriendo.

—Hermana, esto es el sitio de Troya. —Se encogió de hombros—. ¡Espera a conocerla!

—Dioses, estás perdido. —Melita se rio—. ¿Una guapa y joven princesa?

—¿Eh? ¿Y qué me dices de Scopasis? —preguntó Sátiro.

Melita vio a Abraham a lo lejos y lo saludó con la mano. Abraham la saludó a su vez.

—No puedo ir por ahí acostándome con mis oficiales —dijo Melita.

—No parece perjudicar a los espartanos —respondió Sátiro.

—¿Estás de broma? —preguntó Melita—. ¿Escuchaste cuando Filocles describía

las injusticias de la justicia del rey?

—Era una broma, Melita —contestó Sátiro—. Abraham, ¿te acuerdas de mi hermana?

Abraham recibió un fuerte abrazo.

—¿Cómo iba a olvidar a la auténtica Reina de las Amazonas?

Sonrió, Melita sonrió y él se volvió.

—¿Recuerdas a mi hermana Miriam? —preguntó.

Miriam dio un paso al frente. Sátiro ya la conocía lo suficiente para darse cuenta de que su movimiento era muy vacilante. Estaba insegura de sí misma delante de Melita.

Cuando Miriam había visto a Melita por última vez, era una mujer griega con ropa buena, el pelo bonito y una educación filosófica que Miriam envidiaba profundamente. Ahora era una mujer cubierta de cicatrices con enormes y perspicaces ojos azules y una loriga encima de un abrigo bárbaro y con pantalones.

Melita vio a una mujer con una mata de pelo castaño y largas piernas desnudas.

Sátiro solo podía maravillarse ante el parecido entre ambas.

—Vaya —dijo Melita. Dio un beso a Miriam—. Debo decir que este estilo te sienta muy bien.

Miriam se rio.

—Lo llamamos estilo Gran Sitio de Rodas.

Melita sonrió.

—¿Alguna vez has tirado con el arco, Miriam?

Aquella noche, en honor de la llegada de su hermana, Sátiro dio una fiesta. Un simposio. La reciente pérdida de la tercera cortina de la muralla sur había dejado toda una franja del ágora al alcance de las máquinas de Demetrio, de modo que Sátiro hizo que sus infantes y marineros despejaran el suelo embaldosado de lo que había sido el comedor de Abraham, a fin de cuentas necesitaban los escombros para la cuarta muralla sur, y luego hizo llevar *pithoi* de vino recién descargados de las naves y pan recién horneado, además de aceite de oliva y queso, riquezas en una ciudad asediada.

Los invitados que los tenían llevaron cojines y todos se recostaron sobre mantos, y cuando la noche trajo consigo el fresco del otoño, se encendió un fuego en el hogar. Como polemarca, Sátiro había dispuesto que se distribuyera vino, aceite y pan entre todos los hombres y mujeres de la ciudad; los asistentes al simposio no iban a tener algo que no tuvieran los demás ciudadanos.

Seis meses de lecciones no habían convertido a Sátiro en un maestro de la lira, pero se las arregló para salir airoso de los primeros cincuenta versos de la *Ilíada* y recibió el aplauso debido a un espadachín que ha aprendido a tocar el arpa; es decir, con abucheos y burlas bienintencionadas.

Anaxágoras tocó con Miriam, interpretando la oda a Afrodita de Safo. En ese momento Apolodoro compartía el manto de Sátiro.

—Es peligroso tocar esa canción en un simposio —dijo Apolodoro.

Sátiro se encogió de hombros.

—Tocan de maravilla.

Melita ocupó el sitio de Apolodoro. Fue más cariñosa pero no paró de retorcerse bajo el manto como una anguila en una trampa.

—¿Estás compartiendo la hermana de Abraham con un hombre tan guapo? —preguntó—. ¿Combate?

—Como un joven dios —contestó Sátiro alegremente—. Sí.

—Bien —dijo Melita—, pues entonces apruebo su indecisión y apruebo tu elección. Vale diez veces más que Amastris.

Dejó de moverse. Les pasaron la crátera de vino y Sátiro se levantó de su manto, bebió y se fijó en que su hermana se había quitado su ropa sakje debajo del manto para salir vestida como una mujer griega con un quitón muy corto. Se atragantó.

—Si Miriam puede hacer de Artemis, yo también —dijo Melita—. Tengo buenas piernas y la luna está llena. Toma, bebe un poco de vino.

Sátiro cogió la copa de nuevo y Melita se escabulló.

Otros hombres se levantaron a tocar. Demófilo tocó la cítara. Menón y Apolodoro cantaron juntos, y Cármides interpretó vacilante unas cuantas melodías. Helios cantó.

Melita y Miriam no eran ni mucho menos las únicas mujeres presentes. Aspasia yacía con su marido, Menón, y su hija Niké, aunque no compartía el manto de Cármides, estaba sentada muy cerca de él. Cuando pasaron a la tercera crátera de vino, Sátiro reparó en que había mujeres, y algunos hombres, que salían de las zonas en penumbra para sentarse o recostarse junto a sus parejas. El efebo Plistias y su hermana, cuyo nombre Sátiro desconocía, pero a quien recordó haber visto cerca de su tienda; cerca de la tienda de Helios, pensándolo mejor. Una esclava con una brillante cabellera pelirroja, a la que sin duda había visto antes, dio la impresión de estar sumamente incómoda hasta que Jubal la cogió en brazos y se la llevó a su diván.

Sátiro se puso de pie trabajosamente. Tres cráteras de vino y ya estaba mareado; a todos les faltaba práctica.

Se irguió.

—Quería que todo el mundo pasara una velada encantadora —dijo.

Se fueron callando poco a poco. Les sonrió hasta que se hizo el silencio.

—Quiero dar la bienvenida a mi hermana —prosiguió, alzando el *kylix*. Hubo una ovación—. Y también quiero decirles que está a punto de comenzar la peor parte del sitio.

Menón le dijo algo a su esposa; su intención fue decirlo en voz baja pero, habida cuenta de la tensión reinante, se le oyó con bastante claridad.

—Allá va —dijo.

Se oyeron risitas nerviosas. Sátiro dio unos pasos.

—¿Jubal? —dijo, y le pasó el *kylix* al negro.

Jubal se levantó, dando una palmada en la cadera a su chica.

—No tengo mucho que decir. Quizá dos días, quizá tres; entonces Demetrio atacará la cuarta muralla. Cada vez caen más deprisa —dijo, y sonrió. Trazó un arco con el brazo en alto—. Antes la muralla sur era recta como una flecha, ¿eh? —Asintió—. Y ahora se curva como un arco. Poco a poco, el Niño Bonito golpea más cerca. —Miró en derredor—. Cuando vuelva a golpear, penetrará lo suficiente para alcanzar el ágora con sus máquinas. Sí, señor.

Jubal sonreía como un chacal.

—Por supuesto, salvo si es mucho más listo, no se dará cuenta de que sus máquinas están dentro del arco cuando las haga avanzar.

Jubal bebió del *kylix*.

—¿Y entonces qué ocurre? —preguntó Melita.

—Espera a verlo, señora. —La sonrisa de Jubal rivalizaba con la luna—. ¡Tiene que ser una sorpresa! —Asintió—. Pero lo que el señor Sátiro quiere que diga es que esta muralla es la última que perderemos. No hay más sitio para ceder terreno; se acabó. Esta muralla tiene que resistir.

Devolvió el *kylix* a Sátiro, que miró en derredor.

—Pensáis que somos hombres muertos, amigos. Llevamos aquí más de cuatro meses. Algunos ya hemos pasado aquí un año. Estamos consiguiendo suministros regulares y todos sabemos que hay miles de hombres preparados para venir a apoyarnos; cincuenta naves en Simi y otras veinte al otro lado de los estrechos. Abraham dice que las ciudades griegas están rogando a Demetrio que ponga fin al sitio. Casandro asediará Atenas este invierno.

Asintió.

—Si estuviéramos enfrentándonos al Tuerto, si estuviéramos enfrentándonos a Lisímaco, a Tolomeo o a Seleuco, este sitio habría terminado. Pero no es el caso. Si vencemos aquí, los antigónidas nunca volverán a ser los mismos. La idea que se ha formado Demetrio sobre su divinidad nunca volverá a ser la misma. Demetrio no tardará en estar desesperado. De hecho, si el truco de Jubal da resultado, será la gota que colme la vasija. Y entonces... —Sátiro respiró profundamente—, y entonces dejará de hacer gilipolleces y lanzará a sus cincuenta mil hombres contra las murallas.

Un grito ahogado recorrió el círculo en torno al fuego.

—Y tenemos que resistir. De modo que bebed. Relajaos. Pero recordad: dentro de tres días, comienza la última parte. Para bien o para mal.

Sátiro fue a sentarse sobre el manto de Abraham.

—Bonita manera de animar la fiesta —dijo Abraham.

Anaxágoras tocó una canción militar de Tirteo y luego una canción dionisiaca de Alceo, y todos cantaron. De hecho, cada vez salían más personas de entre las sombras, algunas con su propio vino, y los cantores cantaron. Cada vez más voces se alzaron contra la noche.

Scopasis fue a sentarse con la espalda apoyada en las rodillas de Sátiro.

—Todavía la amas —dijo Sátiro.

Scopasis se encogió de hombros.

—¿Cómo es la lucha?

Sátiro miró el círculo de rostros.

—Aterradora. La más dura que haya conocido jamás. Lo peor de todo es que no cesa; se combate a diario. No hay más descanso que este. —Y Sátiro alzó su copa de vino.

Scopasis adoptó un aire de sorna.

—Tú nunca forajido. Forajido lucha cada día. —Scopasis hizo una pausa—. No, no luchar. Miedo a luchar. Cada día.

—Bueno —dijo Sátiro. Bebió vino con la mirada fija en las brasas del hogar—. Sí. Es algo así.

Scopasis asintió.

—Traje un montón de flechas —dijo como buen profesional satisfecho—. La amaré hasta que muera —agregó de repente—. Quiero morir viejo.

Fue a unirse a los cantores.

Más tarde, bailaron. Sátiro se quedó sorprendido, incluso impresionado, cuando Miriam abrió el baile. Se puso de pie, juntó una brazada de leña menuda, el jardín muerto de algún vecino, y la arrojó al hogar.

—¡Dancemos! —propuso con el alegre abandono de una ménade o una bacante.

Otras mujeres se reunieron en torno a ella, esclavas y libres, bellas y comunes, altas, delgadas, y se quitaron las sandalias; al menos las que eran lo bastante quisquillosas para llevarlas, y los hombres se apresuraron en limpiar el suelo con sus mantos. Y Melita estaba allí, su mano en la mano de Miriam, y también Aspasia, con su mano en la de Melita; la esclava celta pelirroja, las hijas de hombres ricos y pobres, algunas con la cabeza alta y el cuello largo como las bailarinas de la cerámica ateniense, y algunas se miraban los pies, una joven doncella sacaba la lengua entre los dientes como un cachorro de gato, concentrada en las complejidades de la danza, y se pusieron a dar vueltas mientras Anaxágoras tocaba el himno a Deméter para luego adornarlo.

Sátiro volvió a sentarse con Abraham, espalda contra espalda sobre sus mantos, atentos al baile de las mujeres; la tendencia a mostrar las piernas luciendo un quitón lo más corto posible todavía resultaba más osada cuando la danza celebraba el

nacimiento de Perséfone y recreaba su viaje al averno. Sátiro las miraba a todas, y Melita se detuvo delante de él, levantó los brazos con las demás bailarinas, le sonrió y sus ojos se dirigieron... hacia otra parte.

Y entonces le tocó el turno de detenerse a Miriam. Y sus ojos lo atravesaron; no miraba hacia otra parte, las manos en su cintura eran las de él, y dio un salto...

—¿Estás enamorado de mi hermana? —preguntó Abraham.

—Sí —contestó Sátiro, y suspiró.

—¡Dios! —exclamó Abraham—. Job no pasó una prueba como la de Miriam. ¿Tú también? —Negó con la cabeza—. Lo digo en broma. Siempre hago bromas. En realidad, amigo mío, estoy enojado.

Sátiro contempló las largas piernas de Miriam y su sonrisa hasta que hubo recorrido una cuarta parte del círculo.

—Alguien debería liberar a la muchacha celta —dijo.

Abraham asintió.

—La muchacha celta no es problema mío. Mi hermana, sí. No puedes casarte con ella. ¿Qué tienes intención de hacer? ¿Tomarla como amante? ¿Esconderla?

Sátiro volvió a suspirar

—No lo sé, amigo. En absoluto. Pero se lo propondré. ¿Por qué no debería casarme con ella?

Abraham se volvió para mirarlo a los ojos.

—Oh, ¿te convertirás en judío?

Sátiro frunció el ceño.

—No digas tonterías.

Abraham lo fulminó con la mirada.

—¿Tonterías, dices?

Sátiro levantó una mano.

—Aclaremos nuestros argumentos, ¿te parece? Solo siento respeto por el Dios de los judíos. Pero mi dios es Heracles.

Abraham negó con la cabeza.

—Heracles es un mito estúpido para niños. Los dioses no se encarnan; no vienen a la tierra para hacer el amor con mortales ni todas esas sandeces. O tal vez solo sea la memoria de un gran hombre, un guerrero. Sostienes que es tu antepasado, ¿no?

—Y el Dios de los judíos ha hecho mucho bien a tu pueblo, el «elegido». Los judíos gobernáis el mundo, ¿verdad? —Sátiro jamás había dicho algo semejante en voz alta, y no estuvo muy orgulloso de hacerlo. Alargó la mano—. Perdona, eso ha estado completamente fuera de lugar.

Abraham estaba colorado, pero cuando Sátiro lo tocó, negó con la cabeza.

—No creas que no lo he pensado. A veces todo parece una farsa. ¿Qué dios permitiría esto?

Abraham levantó la vista.

—¿El qué, la fiesta? —bromeó Sátiro.

—La guerra. El sitio. Nicanor. Demetrio —contestó Abraham, y se encogió de hombros.

Sátiro frunció el entrecejo.

—El mundo existe para que podamos competir y, compitiendo, mostrar nuestra valía a los dioses —respondió Sátiro, encogiendo los hombros.

Abraham entornó los ojos.

—Esos esclavos de ahí fuera, que mueren vomitando de fiebre, ¿por qué compiten?

Sátiro se encogió de hombros.

—Ni idea.

—No eres un cabeza hueca. ¿No te importan? —preguntó Abraham—. ¿Qué sentiste cuando mataste a Nicanor?

—Pareces Filocles, hermano. No, no me importan. Me importan, cuando los conozco, de uno en uno. Como masa, como esclavos, no pueden importarme. Puedo preocuparme por mis hombres, por mi ciudad, por mí mismo. Puedo trabajar para crear una ciudad mejor en el Euxino, para enriquecer a mis granjeros, para que mis soldados sean victoriosos. No puedo alimentar a los esclavos, y mucho menos liberarlos. Cuando Nicanor traicionó a su ciudad, se convirtió en un ser despreciable; acabé con él como lo habría hecho con un perro rabioso. Y no me impedirá dormir.

Las mujeres habían dejado de bailar. Miraban expectantes a los hombres, que en su mayoría aplaudían como locos salvo por Sátiro y Abraham, que tenía la mirada perdida como si ni siquiera supiese que existían las mujeres. Tras una pausa, dijo:

—Mi hermana detestaba a su marido. Era un buen hombre. Un mercader. Un hombre tranquilo y honorable. —Removió los hombros—. Y cuando murió, ella se alegró. —Escupió la palabra—. Y ahora reparte sus favores entre helenos. ¿Sabes que también mira con buenos ojos a Anaxágoras, eh?

Sátiro se rio.

—¿Cómo no iba a saberlo? —respondió, y miró a Anaxágoras.

El músico estaba enfrascado en su lira.

Abraham escupió.

Sátiro se rio.

—Amigo mío, tienes demasiado mal genio. Y las mujeres quieren que bailemos. Me consta que conoces la danza de Ares.

Abraham se puso de pie.

—De todos vuestros dioses griegos, Ares es el único que entiendo.

Sátiro le cogió la mano para tirar de él.

—¿Entiendes a Ares?

—¿Al odioso Ares? ¿Al excesivamente desenvuelto, al cobarde fanfarrón, al instigador de conflictos, dios de la masacre, la ruina y el combate sin sentido? — Abraham hablaba con tanta vehemencia que escupía—. Lo veo manifestarse a diario. ¿Cómo podría fingir que no existe? Quizá su maliciosa y retorcida mente rija el mundo. Quizá sea el único dios.

Sátiro se quedó sin habla y se llevó una mano a la boca.

Abraham cogió una copa, bebió un poco de vino y escupió.

—Los judíos somos muy buenos blasfemando —dijo, y esbozó una sonrisa—. Bailemos.

Los hombres decidieron bailar la Pírrica. No supuso dificultad alguna. Todos los hombres presentes tenían lanza y escudo, y meses de combate incesante los habían vuelto tan confiados que ni uno solo propuso restringir el uso de las lanzas.

Como muchos de ellos eran de Tanais, la bailaron a la manera del Euxino, y los dos primeros versos fueron un enredo; Menedemos le hizo un corte a Sátiro en el bíceps al olvidar los nuevos pasos. Pero todos eran bailarines, casi todos los guerreros presentes habían combatido en las Pírricas, y aprendían deprisa, y cuando el tercer verso del himno se alzó a los cielos, las rodillas de los hombres del Euxino y las de los rodios se levantaban, daban patadas, giraban y saltaban a la vez...

El primer clamor de la multitud, ya en aumento.

Anaxágoras tocó primero el himno de Ares y luego, sutilmente, cambió de tonada y le susurró algo a Miriam sin dejar de tocar, y ella cogió su cítara y Aspasia se les unió con una pequeña lira. Nota tras nota fueron cambiando la melodía, pasando del desparpajo guerrero de Ares a la sabiduría militar ateniense, el himno de Atenea.

Y los hombres, en cuatro hileras, avanzaban, blandían lanzas, retrocedían cruzando las filas, daban media vuelta, calababan la lanza, saltaban y paraban golpes todos a la vez, y si equivocaban algunos pasos, se perdían en la riada de *eudaimonia*.

En un momento dado las mujeres se pusieron a cantar, y más hombres y mujeres salieron de la oscuridad, atraídos por el fuego y la música, tan excepcionales en una ciudad sitiada. Los hombres se sentaban en las ruinas de casas que antes habían sido suyas y juntos alzaban sus voces, y las mujeres empujaban para poder ver a los hombres que bailaban cada vez más deprisa.

Sátiro los veía junto a los antiguos cimientos, cientos de personas cantando el peán de Atenea, posiblemente miles, y lo embargó el entusiasmo por saltar más alto, pasar más deprisa de una postura a la siguiente, como si Terón y Filocles estuvieran allí observando cada movimiento suyo...

Dio media vuelta para entrechocar su lanza con un escudo y allí estaba Cármides, su belleza como un rayo de luz, y el muchacho saltó tan alto que Sátiro pudo pasar su lanza por debajo de sus pies. Cármides lucía una sonrisa tan amplia que amenazaba

con tragársele el rostro y su contragolpe pasó por encima de la cabeza de Sático mientras el polemarca se tendía en el suelo, la pierna del frente doblada, la pierna de atrás casi plana, la cabeza gacha. Las personas más cercanas a ellos los vitoreaban y señalaban, y Sático se atrevió a rodar hacia delante, metiendo su escudo, y se levantó detrás de Cármides. Los demás bailarines ejecutaban posturas menos extremas, pero Sático iba, en aquella figura, en cabeza, y Cármides respondió con una voltereta hacia atrás por encima de su escudo, proeza que Sático nunca había visto hacer. La multitud que los rodeaba estalló en aplausos y el himno prosiguió inexorable hasta el final, coreado por dos mil voces...

¡Ven, Atenea, ahora o nunca!
¡Déjanos ver tu gloria!
¡Ahora, oh Doncella y Reina, te rogamos
que des a tus siervos la victoria!

Sático se sorprendió llorando, y Apolodoro lloraba también, lo mismo que Cármides y Abraham. Y Melita le tomó la mano y le dio un beso, y sonrió con atrevimiento a Cármides.

—La canción de guerra de nuestro padre —dijo. Y se fue a felicitar a los músicos.

A dos estadios de allí, envuelto en un manto junto al abatis que protegía la muralla de los centinelas antigónidas, Lucio escuchaba con Estratocles. Incluso a dos estadios de distancia, el himno de Atenea sonaba tan fuerte que dificultaba la conversación.

Lucio suspiró.

—¿Puedo decirte una cosa, jefe? —preguntó.

Estratocles tenía un nudo tan grande en la garganta que no podía hablar, de modo que se produjo una prolongada pausa.

—¿Cuándo has dejado de decir lo que te viene en gana? —dijo al fin, con los ojos arrasados en lágrimas.

—Estamos en el putito bando equivocado, jefe. —Lucio sacó un mondadientes de oro—. Soy un hombre piadoso, jefe. Demetrio es... Ay, coño, no sé lo que es. No invocamos a los dioses. Los sacerdotes de este campamento son un hatajo de sicofantes. Los macedonios cumplen con las formalidades... ¡Hades, Estratocles, rinden culto a demonios y espíritus! Unos putos bárbaros, si quieres saber mi opinión. Peores que los etruscos. —Lucio se limpió los dientes—. Has oído ese himno, ¿verdad? Esos mariconazos tenían... ¿cuántas? ¿Mil personas cantando?

Miró a Estratocles, que se debatía entre el deseo de desahogarse con lo más

parecido a un amigo que tenía y el deseo de disciplinar a lo más parecido a un subordinado que tenía.

Ganó la amistad.

—Ya lo sé —dijo. Habida cuenta de las circunstancias, estuvo orgulloso de tan lacónica respuesta.

—Cuando nuestros muchachos desembarcan en esa playa, ya tienen miedo. ¿A cuántos han matado los mariconazos? Y acaban de recibir refuerzos, ¿eh? Nuestros muchachos ya se han llevado una buena paliza. Y los rodios están cantando himnos. —Lucio consiguió sacarse lo que estaba buscando, miró su mondadientes un momento y lo guardó—. Si vencen aquí, la gente los recordará para siempre. Como a los putos troyanos.

—Los troyanos perdieron, Lucio —dijo Estratocles.

—A eso voy exactamente. —Lucio escupió—. No perdieron. Eneas llevó a los supervivientes a Roma. Pregunta a cualquiera.

Estratocles decidió pasar por alto aquel asunto de belicosidad regional.

—El problema es Atenas.

—Para ti siempre lo es, jefe. —Lucio se rio—. Ojo, que por esto estoy contigo. Tú no eres uno de esos coños impíos. Eres un ciudadano cabal. Atenas primero y siempre, ¿eh?

Estratocles se rio. En la ciudad condenada se oían vítores y risas.

—Atenas está a punto de ser sitiada por Casandro —dijo—. Porque Demetrio está aquí con las mejores tropas de su padre.

—Bueno, pues nómbrame *strategos*, porque eso lo soluciono en un abrir y cerrar de ojos. —Lucio estaba tumbado bocarriba, contemplando el firmamento—. Demetrio se ha comprometido más de la cuenta.

Estratocles se rio.

—Oh, gracias, no lo sabía.

Se rio otra vez. Lucio se apoyó en un codo.

—¿Tienes un plan?

Estratocles se restregó los ojos.

—Sí. Pero la cuestión... No, en serio, amigo, necesito tu consejo. La cuestión es esta. ¿Ayudo al Niño Bonito a tomar la ciudad? ¿O ayudo a la delegación ateniense que está de camino para convencerlo de que levante el sitio? En ambos casos, estoy ayudando a mi ciudad, y yo también soy... ¿Cómo lo has dicho? Piadoso. He oído el himno.

Lucio asintió.

—Caramba. —Dirigió su mirada a la noche. Se frotó la barba, escupió y se volvió de nuevo hacia Estratocles—. Bueno, se agradece que preguntes, jefe. Sí. Así es como lo veo yo. La guerra es arriesgada, y nada es más arriesgado que un sitio, ¿eh?

¿Mi opinión profesional? A estas alturas sus probabilidades no pasan de dos a uno. Pero si se larga... bueno, Zeus Salvador, entonces tendrá el mayor ejército de Europa y puede llegar a Atenas en cinco días. —Lucio hizo una pausa—. ¿No me dijiste que si fracasaba aquí, él y su padre estaban acabados?

Estratocles había cogido una brizna de hierba y se puso a mascarla.

—Sí. Llevará unos cuantos años. Pero tienen que vencer aquí.

Ambos hombres contemplaron la distante ciudad.

—Bueno —dijo Lucio al cabo de un rato—, tengo un plan que quiero llevar a cabo esta noche.

Se levantó y se sacudió el polvo del quitón con las manos.

Estratocles estaba perplejo.

—¿Una incursión?

—Solo en Afrodita, jefe. Una penetración profunda —dijo con una risita lasciva.

La fiesta ya iba por la octava crátera de vino. Costaba llevar la cuenta según la costumbre griega porque la penumbra estaba llena de personas y vino, y había más vino circulando del que podía haber salido de las naves de Diocles; los hombres ricos habían sacado sus reservas o los más pobres habían saqueado las bodegas en ruinas. Todo era posible, pero Sátiro no tuvo más remedio que admitir que su gente estaba borracha. Muy, muy borracha.

Confiaba en que los efebos estuvieran en sus puestos en las murallas porque Apolodoro, por poner un ejemplo, no iba a ser capaz de repeler el asalto de unos cachorros de gato. El capitán de la infantería de marina estaba apasionadamente abrazado a su chica; quienquiera que fuera, estaba tan envuelta en su manto que parecía que estuviera siendo atacada por la prenda.

Cármides estaba sentado entre tres muchachas, las tres bellas, despeinadas y resueltas a ser la última en abandonar el campo. Por pura persistencia si no por encanto o belleza pero él solo tenía ojos para Niké, que estaba sentada con su madre, procurando mostrarse recatada pero sin conseguirlo, de la manera más encantadora. Sátiro se preguntó si alguna mujer lo había mirado a él con tanto anhelo.

Jubal no se molestó en taparse con el manto, pues carecía de la esmerada y caballerosa educación de Apolodoro, pero estaba enfrascado en la misma actividad, y la melena pelirroja de la esclava era casi tan buena como un manto.

Sátiro intentó que el buen humor de la velada no se viera emponzoñado por el hecho de que Anaxágoras y Miriam se hubieran ausentado. Había logrado un milagro al levantar la moral de la gente, y Melita estaba allí. En alguna parte. Sátiro vio a Scopasis, que no estaba solo, y a un par de lanceras sakje que se habían ligado a dos jóvenes aristócratas.

Sátiro quedó atrapado en sus celos, cosa indigna en él. Pero era injusto, a su modo

de ver, que él tuviera que estar solo mientras todos tenían a alguien. Afrodita preñaba el ambiente y él...

«La autocompasión se cuenta entre los sentimientos más feos», pareció que Filocles le dijera al oído.

Abraham estaba de pie en el centro, cerca del hogar, como Dionisio; un Dionisio vagamente arameo con una túnica larga, una guirnalda de olivo en la cabeza y una copa de vino en cada mano.

—La gente no para de pasármelas —dijo—. Toma una, hermano.

Sátiro tomó una y dio un beso en la mejilla a su amigo.

—Deberías irte a la cama —dijo.

—¡Quiero jugar a dar de comer a la flautista! —respondió Abraham con embriagada asertividad—. Quiero vivir.

—No es la fiesta apropiada, hermano —dijo Sátiro.

—Te amo, hermano —dijo Abraham.

A pesar del vino, la buena voluntad de Abraham resplandecía y Sátiro lo abrazó.

—Yo también, camarada.

Sujetó a su amigo con un brazo y lo levantó, derramando vino de la copa, y lo acompañó por la calle.

—¿Incluso cuando me visto como un judío? —preguntó Abraham—. Soy judío, lo sabes bien —agregó—, incluso cuando me visto como un griego.

—Siempre —respondió Sátiro.

—Siempre amarás a mi hermana, ya me he dado cuenta —proclamó Abraham, como si dictara sentencia—. Mi padre nos matará a todos. Tú, yo, ella, Anaxágoras... Muertos, hermano. Por favor, dime que no has... ya sabes... —Y Abraham dio un traspie, recobró el equilibrio y apoyó las manos en los hombros de Sátiro—. Por favor.

Sátiro comprendió que su amigo hablaba en serio; muy en serio. Agarró los hombros de Abraham.

—Nunca —dijo—. Mi solemne juramento, por mis antepasados.

—¡Ah! —dijo Abraham. Asintió alegremente—. Lo sabía —agregó, de manera poco convincente—. Por favor, no lo hagas. Escucha, el sitio lo está desbaratando todo. No lo hagas, por favor. ¿Lo prometes?

Sátiro, dolorosamente consciente de que Miriam llevaba más de una hora perdida en la oscuridad con Anaxágoras, notó que se le encendía el rostro. Pero era demasiado caballero para decir a su amigo que se había equivocado de pretendiente.

—Lo juro —dijo.

—¿Por ese antepasado, el antiguo, el héroe? —preguntó Abraham.

—¿Arimnestos? —Sátiro sonrió—. Lo juro por él. Juro por mi heroico antepasado que no pervertiré a tu hermana.

Abraham asintió.

—Muy bien —dijo.

Sátiro consiguió conducir a Abraham a través del ágora; no era tanta distancia, normalmente, pero esta se agrandaba si cargabas con un hombre borracho. Llegaron a su tienda, ante la que Jacob, el mayordomo de Abraham, estaba sentado en una banqueta.

Sátiro se detuvo resoplando.

—¿Un poco de ayuda, por favor?

Jacob se levantó pesadamente, dejó su copa de vino en el suelo con exagerado cuidado y pasó un hombro por debajo del brazo de su amo.

—¡A tu servicio, señor rey! —dijo con cuidadosa dicción. Juntos acostaron a Abraham sobre una pila de pieles y mantas, y Jacob lo tapó con un grueso manto de lana—. Me alegro por él —dijo—. Parece que ha pasado una buena noche. —Jacob, que normalmente era una sombra invisible, estaba jocundo por el vino—. No todos pueden decir lo mismo —agregó.

Sátiro no sabía a qué se refería Jacob, de modo que le dio una palmada en la espalda, un gesto carente de significado, la muestra de afecto entre dos borrachos, y salió de la tienda dando un traspié, sintiéndose más borracho a cada instante, como si el esfuerzo de haber llevado a Abraham a la cama le hubiera hecho subir el vino a la cabeza más deprisa. Se detuvo, consciente de que debía hacer la ronda de las murallas para asegurarse de que estaban a salvo. ¿Eran ideas de borracho?

También fue consciente de que debería estar mucho más sobrio y llevar escolta. Respiró profundamente y le llegó un aroma de jazmín; era el momento de retirarse, de pensar...

—Eres tú —dijo Miriam.

—Mayormente, es tu hermano —respondió Sátiro. Estaba confundido, encantado de encontrarla allí. Encantado, salvo que Anaxágoras estaba en la penumbra detrás de ella. Miriam se rio.

—Afrodita reina esta noche. Ay, soy una pobre judía —dijo, se acercó a él, le puso los brazos en torno al cuello y lo besó.

Sátiro no era un hombre poco experimentado, pero un hombre puede mantener relaciones sexuales muchas veces sin ser besado; besado largamente, besado concienzudamente, besado para aliviar muchos meses de anhelo. A Sátiro no se le ocurrió pensar que estaba ante la puerta de la tienda de Abraham, ni tampoco que Jacob por fuerza tenía que estar allí mismo. En realidad, Sátiro no pensaba en nada en absoluto. El beso era interminable, incómodo, demasiado largo, apasionado, perfecto. La boca de Miriam era el universo entero, un universo mejor.

Finalmente ella lo apartó, aunque con ternura.

—Por favor, márchate —dijo Miriam—. Me he ido a la cama, en mi tienda, para

evitar esto. —A la luz distante del fuego, Sático vio su media sonrisa; una mezcla de anhelo, burla, diversión y desprecio—. Y tú lo has traído a la cama.

Sático la agarró y estrechó su cuerpo contra el suyo. Se zambulló en ella otra vez. Pero cuando las manos de Miriam le soltaron el cuello y le presionaron el pecho, retrocedió.

—Por favor, márchate —dijo Miriam.

—Te amo —respondió Sático sin esperanzas.

—Márchate —insistió ella.

Sático obedeció. En su cabeza oía la súplica de Abraham. «Por favor, no lo hagas.» Negó con la cabeza, repentinamente sobrio y excitado, con el cuerpo rebosante de energía y lujuria reprimida. Entró de golpe en su tienda.

Helios todavía estaba despierto. Yacía dichosamente con su chica; sus rostros sonrientes, el pelo pegado a la cabeza por el sudor. Sático se sintió culpable por interrumpirlos, pero antes de que pudiera retirarse, Helios lo vio y se puso de pie de un salto.

—¡Señor! —dijo.

—Te necesito —dijo Sático—. Lo siento, chaval, pero tengo que hacer la ronda de las murallas.

Helios asintió.

—Inmediatamente, señor. Ahora mismo le digo que se vaya.

Sático negó con la cabeza.

—Dile que regresará dentro de una hora y deja que duerma.

Se echó el escudo al hombro.

Juntos caminaron a lo largo del frente marítimo, desafiados por cada uno de los efebos apostados en las torres improvisadas.

—Sonaba como una gran fiesta —dijo un muchacho lo bastante atrevido para dirigirse así al rey. Sático sonrió.

—Ya te llegará el turno, jovenzuelo —dijo. La pomposidad suele venir aparejada con el mando.

En el fondo del puerto interior, cruzaron la nueva falsa muralla; Sático nunca permitía que los esclavos dejaran de construir. Siempre era posible que Demetrio intentara efectuar otro asalto en el puerto. Un largo rodeo en torno a la nueva construcción donde la muralla del puerto se unía a la muralla norte, la muralla marítima que daba a mar abierto. Siempre descuidada porque en realidad no había playa; o eso pareció hasta que Menón le mostró dónde desembarcaban habitualmente los contrabandistas.

Después de la construcción y a lo largo de la muralla norte, solo vio a un puñado de centinelas, y Sático se sorprendió al constatar que en su mayoría eran los sakje de su hermana. Donde la muralla norte se unía a la muralla oeste y comenzaban las

robustas fortificaciones nuevas con sus modernos fosos y torres, se topó con Thyrsis, que también efectuaba su ronda.

—¿Quién te ha puesto de servicio? —preguntó Sático.

—Melita —contestó Thyrsis.

Sático se encogió de hombros.

—Te has perdido una buena fiesta —dijo.

—Por eso me puso de servicio —dijo Thyrsis. Se encogió de hombros.

—¡Afrodita, no me digas que tú también! —dijo Sático.

Thyrsis se mostró atribulado.

—Pues sí. —Escupió a la manera sakje, por encima de la muralla—. Si no se casa pronto, acabaremos siguiéndola en manadas.

—Es muy guapa —apostilló Helios.

Sático se hizo una idea de cómo debía de sentirse Abraham.

—¿La encuentras atractiva? Su nombre de guerra es «Huele a muerte».

—¿Qué podría ser más hermoso? —preguntó Thyrsis.

Helios asintió.

—Oh, Abraham —dijo Sático.

A lo largo de la muralla oeste. Sático dudaba que Demetrio intentara atacar la muralla oeste, pero era tan sólida que permaneció en ella un tiempo adicional, escrutando la oscuridad, procurando quitarse de encima la molesta sensación de que había permitido una noche de desmadre que Demetrio iba a aprovechar contra él. ¿Escalas de asalto, tal vez?

Luego enfiló la muralla sur, para entonces un arco muy profundo desde la esquina en que se unía la muralla oeste donde todavía resistían las fortificaciones originales, y luego a lo largo del arco, la cuarta muralla que habían construido, en realidad más bien un montón de escombros formando una curva profunda, con un foso hecho a toda prisa delante y una trinchera poco honda justo detrás, terminando en otras trincheras más hondas y edificios en ruinas con aspilleras. La muralla y el foso eran los más altos desde la pérdida de la muralla exterior; al fin y al cabo, Jubal y Neiron se habían puesto de acuerdo en que aquella tendría que resistir hasta el final.

Recorrer la muralla sur era difícil y daba que pensar. En dos ocasiones Sático se encaramó a la «muralla» para alcanzar lo que ahora era el terreno en disputa: una vez para aguzar el oído por si oía ruidos de excavación, y la segunda vez...

—Ve a despertar a Jubal y tráeme veinte hombres —dijo Sático a Helios—. Sin preguntas, muchacho ¡Corre!

Sático se quedó absolutamente inmóvil, tenso y sobrio, y aguardó. Ahí estaba otra vez el ruido de piedras y metal.

Y luego nada durante un buen rato.

Justo cuando se preguntaba si habría arrancado a Jubal de los brazos de la pelirroja para nada, se oyó otra vez.

—Aquí estoy —dijo Jubal.

—¡Chitón! —le hizo callar Sático. Estaba en el terreno de delante de la muralla, a quince metros de la muralla de escombros, en la tierra de nadie.

Una fila de hombres bajaba por la pendiente de escombros. Hacían mucho ruido.

En las líneas enemigas, se oyó un grito.

—¡Regresad! —dijo Sático en voz tan baja como pudo—. ¡Atrás!

Cármides se quedó paralizado. Había oído a su señor.

Una figura esbelta ladró una orden. La hilera giró y comenzó a subir por la pendiente. Melita iba al frente de sus veinte hombres, probablemente los hombres más sobrios, y la habían localizado.

Más gritos en las líneas enemigas.

—¡Escuchad! —susurró Sático.

Golpe de metal contra piedra.

Jubal asintió resueltamente.

—Lo tengo —dijo. Arrancó una tira de su manto con el puñal, dio unos cuantos pasos, recogió un trozo de asta de pica y ató la tela a la punta. Luego se tendió bocabajo. Desde esa postura dijo:

—Hay que detenerlos, señor. Si la atraviesan ahora...

Sático lo entendió de inmediato. Arrancó otra tira del manto de Jubal y usó la espada para partir un segundo trozo de asta de lanza.

Una roca silbó en la oscuridad y golpeó la muralla de escombros, esparciendo gravilla y trozos de piedra. Sático fue alcanzado en la espalda pero no fue derribado.

Poco después cayó otra roca.

—Cada vez lo hacen mejor —dijo Jubal—. Lo tengo. —Alargó el brazo y Sático le puso la segunda bandera en la mano, y Jubal alcanzó a rastras y clavó el asta entre dos piedras—. Una más —dijo.

Sático tuvo que alejarse bastante para encontrar otra asta de lanza. Una roca surgió de la oscuridad; dos rocas, a juzgar por el impacto. Puñeteramente cerca. Ahora tenía un corte en la mejilla.

Se le ocurrió pensar, asustado y solo en plena noche, en el borde mismo de la zona enemiga, que él era el polemamarca y que otro podría haber hecho aquello. Y de pronto recordó que Miriam lo había besado.

Se rio entre dientes, y una mano le tapó la boca.

—Ya te tengo —susurró un hombre.

Melita aguardó en la tierra yerma del otro lado de la muralla de escombros, con la cadera apretada, sin haberlo planeado cuidadosamente, contra la del músico.

—¿Qué están haciendo? —susurró.

—Ni idea —contestó Anaxágoras—. Él es así. —Anaxágoras rio en silencio y Melita lo notó a través de sus caderas—. Y yo que pensaba que se había largado con Miriam.

Una roca cayó en la otra ladera de escombros, despidiendo esquirlas de piedra tan mortíferas como los guijarros que los niños lanzan a las charcas después de la lluvia.

—Ay... Maldita sea —dijo Anaxágoras.

—Déjame ver —dijo Melita—. Mantén la cabeza baja. Tú... —dijo dirigiéndose a un muchacho—. ¿Cómo te llamas?

—Helenos, Despoina —contestó el joven aristócrata, que estaba relativamente sobrio.

—Di a los demás hombres que no hagan ruido y tráeme a Scopasis. —Hizo una seña—. El bárbaro; uno de los otros bárbaros. Vestido como yo.

—Sí, Despoina.

Si acatar órdenes de una mujer era algo infrecuente para Helenos, tuvo la gracia de hacerlo bien. Regresó a lo largo de la hilera de hombres y mujeres, aristócratas, arqueras sakje y algún que otro infante, hasta dar con Scopasis.

Melita inspeccionó el tajo que la esquirla de piedra había abierto en el cuello de Anaxágoras, se quitó el pañuelo que llevaba para impedir que la coraza le rozara el cuello y envolvió la herida para detener la hemorragia. Otra roca cayó.

—No puedo decir que esto me guste —dijo Melita.

—Pienso que has sido muy valiente al salir —respondió Anaxágoras.

—Me refiero a las rocas. Adoro las incursiones nocturnas. El sabor de la sangre de un enemigo en mi hoja, el resplandor de la luna...

«Te estás pasando un poco», pensó, pero su superioridad masculina la molestaba tanto como la atraían su música y sus buenas trazas.

Un grito desgarrador en la oscuridad; casi a sus pies.

En cuanto la mano le tapó la boca, Sátiro reaccionó. Al fin y al cabo, era algo para lo que Filocles y Terón lo habían entrenado a conciencia. Antes de que la mano le apretara la boca, su boca estuvo abierta y mordió ferozmente, casi arrancándole un dedo; dio un codazo hacia atrás con el brazo derecho, bajó el hombro derecho y cayó pesadamente sobre el hombre, bocarriba...

Su asaltante estaba gritando. Sátiro percibió movimientos, se agachó y embistió contra el golpe, de modo que el puño del enemigo le golpeó la cabeza en lugar de hacerlo su espada, y dio un salto hacia atrás, tropezó con el primer atacante y cayó bocarriba; pero todavía conservaba el escudo y la espada. Se cubrió el pecho y la cabeza con el *aspis*. Se encogió de miedo, esforzándose por recobrar la consciencia, tratando de afianzar los pies, ciego.

—¡Alarma! ¡Alarma! —gritaba alguien.

Su escudo emitió un ruido sordo cuando recibió el golpe de un arma y otro más resonante cuando dio contra el borde. Pero Sático tenía los pies en el suelo, y su espada, y su mano derecha salió disparada hacia delante para parar el siguiente mandoblazo, casi sin su volición.

Levantó la vista.

Eran al menos tres; tal vez más, pero atrapados, igual que él, en la trinchera poco profunda que había sido su tercera línea defensiva. Las paredes de la trinchera eran de piedra suelta, difíciles de trepar. Encima de él, un hombre con una pica intentaba ponerse detrás.

Sático retrocedía como un cangrejo, rezando a Heracles que no se le quedara atrancado el pie con una piedra.

Otros dos lanceros lo atacaron, confiados al ver que se estaba retirando.

Cinco hombres. Sático sabía que nadie podía derrotar a cinco oponentes, de modo que siguió retrocediendo, sin perder de vista al hombre que estaba en el borde de la trinchera...

Que fue derribado, cayendo dentro de la trinchera, enredando a sus compañeros. Sático se abalanzó de inmediato, perdió pie, se puso a repartir mandobles a diestro y siniestro, golpeó un escudo y se encontró pegado a un enemigo. Ambos dieron sendos mandobles y sus empuñaduras se engancharon un momento, y luego los ojos del oponente se vidriaron y algo caliente salpicó las espinillas de Sático, y el hombre cayó desplomado al suelo, con todos los dedos de la mano de la espada amputados a causa de una mala parada.

Sático dio un paso atrás porque la trinchera, detrás del herido, de repente se llenó de hombres con yelmos tracios; diez, quince...

—¡Heracles! —rugió Sático, y cargó.

—Hay combate —dijo Anaxágoras innecesariamente.

—Sígueme —respondió Melita, y bajó corriendo por la muralla de escombros. No fue buscando su camino con arriesgada sobriedad; corrió, y dejó a los hombres que tenía detrás sin otra opción que seguirla. Melita vio movimiento de hombres en la siguiente elevación del terreno, hombres como hormigas en la arena. Llegó a los pies de la muralla de escombros sin caer, sacó el arco del *gorytos*, puso una flecha en el arco y se detuvo justo antes de tirar contra el negro que llevaba una espada en la mano; lo conocía de la fiesta, pero se habían encarado y Melita tuvo claro que él había estado tan a punto de atacarla como ella a él.

—¡Mi hermano! —dijo Melita.

—¡Heracles! —oyó en la oscuridad. Melita echó a correr.

Los hombres de los yelmos tracios estaban sorprendidos, su incursión nocturna los había dejado atrapados en su propia zona de trincheras y tuvieron la reacción natural de los incursores: retirarse. Tardaron un momento en darse cuenta de que los estaba atacando un solo hombre.

La cabeza de Sático resonó como su escudo bajo el asalto de sus lanzas, pero derribó al primer hombre de un mandoble por encima del escudo, que le dio en los ojos; los mandobles son mucho más mortíferos a oscuras puesto que hay menos movimiento lateral que anuncie el golpe; y luego avanzó pisando al hombre agonizante y estampó el escudo contra el del enemigo siguiente, asestándole un mandoble en el momento del impacto. Un truco de Filocles muy útil puesto que la mayoría de los hombres se prepara, incluso inconscientemente, para el dolor del momento en que los escudos colisionan. La espada de Sático rodeó a su oponente certeramente y encontró el punto del cuello entre el collar del yelmo y la coraza, y el hombre cayó sin un quejido.

Pero ese fue el final de la suerte y la maestría, y tres golpes después Sático volvía a estar bocarriba, con la cabeza resonando por el golpe que le había clavado el borde superior del escudo en la frente, y retrocedió cubierto con el escudo, otra vez. Su espalda alcanzó un tronco caído, empujó contra él, hincó una rodilla en tierra...

Supo que era Anaxágoras en cuanto se puso de pie. El músico sostenía su escudo ladeado para que Sático se pudiera levantar, y acto seguido llenaron la anchura de la trinchera entre los dos. Anaxágoras portaba una lanza y la usaba brutalmente, estampándola contra los escudos enemigos con tanta fuerza como le permitía su corpulento físico, haciendo caer para atrás a los hombres más bajos para luego clavarles la afilada punta de su lanza en sus rostros protegidos, en brazos y hombros.

Y detrás de los hombres que luchaban contra Anaxágoras y Sático se oían gritos y el familiar sonido de las flechas sakje zumbando como avispa clavándose en la carne como un hacha en una calabaza.

Encima de ellos, la luna llena caía de pleno sobre la tierra.

Sático afianzó los pies, con la cabeza lo bastante despejada para apoyar a su amigo. Cuando Anaxágoras mataba a un hombre, ambos avanzaban a la vez.

Sático supo que Helios iba detrás de ellos cuando la lanza le pasó rozando el hombro, lamiendo las suaves escamas de bronce de su armadura, exactamente igual a como Helios lo hacía cuando se cansaba durante los entrenamientos. Y la punta, lanzada diestramente con una sola mano, se clavó en el yelmo enemigo y salió teñida de rojo.

Se oían más abejas zumbando, el choque de una armadura golpeando una piedra, gritos.

—¡Salgamos de aquí! —dijo Helios, tirando de la clámide de Sático; de los restos de su clámide.

Pero Jubal tenía otras ideas.

—¡No! —dijo—. ¡Señor! ¡Hay que buscar la puta mina en su trinchera!

Anaxágoras dio media vuelta.

—¿Qué estás diciendo? ¡Eso es una locura!

Sátiro lo captó.

—Una mina; están excavando debajo de nuestra muralla nueva antes de atacar la vieja, ¿verdad?

—¡Exacto! —dijo Jubal—. ¡Ahora, seguidme!

Sátiro se volvió hacia su amigo.

—Esto podría decidir el sitio ahora mismo. Ganar o perder. ¡Sigámoslo!

Los sitios a veces alteran el orden natural de las cosas: un rey, una docena de aristócratas y unos cuantos sakje... siguiendo a un marinero. Pero el marinero parecía saber adónde iba, o al menos eso supuso Sátiro.

Cuesta arriba por la pendiente de la última muralla; media docena de enemigos huyó de ellos. Ahora se encontraban dentro de la zona enemiga, una parte de las murallas que no había estado en manos rodias desde hacía más de un mes. Pero Jubal avanzaba deprisa, y Melita le pisaba los talones, y Sátiro tragó bilis y lo siguió tan deprisa como pudo.

El enemigo daba voces de alarma en todas direcciones.

Sátiro esperaba que Jubal supiera lo que estaba haciendo. Degradado por Tiké de polemarca a hoplita, corría pesadamente a través del campo abierto delante de la muralla vieja, una décima parte de un estadio de escombros hasta subir por la pendiente interior de la segunda muralla, que para entonces marcaba el límite de las trincheras de los antigónidas.

En lo alto, bien iluminada por la luna, Melita se detuvo y tiró un par de veces. Scopasis se unió a ella y a las dos doncellas, y sus flechas llovieron de sus arcos. Sátiro respiraba tan trabajosamente que apenas podía correr, pero logró llegar al lado de su hermana. Jubal estaba abajo, en el barranco de escombros de la trinchera enemiga, y la sangre enemiga era negra a la luz de la luna.

Melita saltó hasta donde estaba el africano, con su *akinakes* en la mano. Liquidó a un centinela clavándole una flecha en el vientre, miró a Anaxágoras y lamió la punta, sonriendo.

Anaxágoras tropezó en el borde de la trinchera, golpeándose la cabeza al caer.

Sátiro tuvo ganas de reír y llorar. Su hermana estaba flirteando, luciéndose como una jovencita.

—¡Aquí! —gritó Jubal.

Sonó una trompeta muy cerca, y fue contestada desde lejos, desde el campamento enemigo.

Uno de los hombres tenía una pica, y había antorchas encendidas a lo largo de la

trinchera. Jubal agarró la pica y una antorcha y se metió en la abertura del suelo. Sático le dejó hacer. Helios fue con él.

—Iré a cubrirle —dijo Melita, envainando su *akinakes*. Se llevó a los arqueros consigo.

Sático los vio levantarse para tirar.

El tiempo transcurría... un tiempo aterrador, y una roca cayó de la oscuridad, muy por encima de sus cabezas, y a esa le siguieron muchas más, que batieron el terreno donde se encontraban sus propias líneas.

—Mejor será darse prisa —dijo Melita.

Sático escuchaba las máquinas enemigas. Estaban cerca, lo bastante cerca para salir corriendo.

Avanzó escuchando los quejidos de los tambores giratorios al tensarse, el ruido sordo cuando el brazo impactaba contra el larguero, el chasquido cuando la eslinga del extremo del brazo soltaba su carga y chocaba contra el armazón.

A menos de un estadio.

«No.»

Sático vio que los hombres lo miraban expectantes, pero aquel no era momento para nuevas heroicidades, y llevarse a un puñado de hombres, incluso a los mejores, para penetrar en las líneas enemigas en busca de sus máquinas sería una auténtica temeridad.

La entrada de la mina escupía humo y al cabo de unos instantes Helios salió gateando del agujero. Jubal iba justo detrás de él.

—¡Huyamos! —susurró Sático.

Melita lanzó una saeta.

—Os cubriremos —dijo.

Los demás hombres titubearon; dejar que un puñado de sakje, en su mayoría mujeres, cubriera la retirada de los hombres no era del agrado de los griegos.

Sático sonrió y agarró a Anaxágoras por la clámide.

—Vamos, joven héroe. Ella tiene un arco. Nosotros, espadas. Marchémonos.

Jubal le dedicó una sonrisa feroz y salió a todo correr por el desolado paisaje a la luz de la luna, y sus pies calzados de cuero apenas hicieron un ruido. El resto de ellos no fue tan silencioso, y cuando comenzaron a encaramarse a su propia muralla de escombros, alguien del otro lado los vio y de repente la noche estuvo llena de proyectiles, flechas y piedras de las máquinas menores. La repentina lluvia quizá calmó la necesidad de contraatacar del enemigo, pero no surtió otro efecto.

Los hombres se agachaban en el refugio del otro lado de la muralla de escombros, escuchando cómo lanzaba rocas el enemigo.

—Necesitan cuerda nueva —dijo Jubal—. Pierden torsión. Las piedras caen cerca.

—Necesitan cuerda nueva —repitió Sático.

—Lo que yo te decía —replicó Jubal.

—¿Dónde está Melita? —preguntó Anaxágoras.

—En la oscuridad, matando antigónidas —contestó Sático.

Antes de que las máquinas enemigas se recargaran, se oyó el ruido suave de la grava al deslizarse, un caminar de mocasines por las piedras, y Melita saltó al interior de la trinchera. Miró en derredor hasta que localizó a su hermano.

—No son muy buenos en acciones nocturnas —dijo, señalando con el mentón hacia las líneas enemigas. A la luz de la luna, las cicatrices de su rostro la convertían en otra criatura completamente distinta, y su intento de lanzar una mirada insinuante a Anaxágoras pareció, al menos a su hermano, más demoníaco que tentador.

—Nos tienen miedo —dijo Sático.

Se oyó una explosión en sordina, y luego otra, y luego un rugido que llenó la noche y el olor amargo del roble quemado y de algo más oscuro...

Jubal agitó el puño en el aire.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó.

Melita, que había demostrado tanto dominio de sí misma durante la incursión nocturna, se encogió aplastándose contra los escombros.

Sático le puso una mano en el hombro.

—Jubal y Helios se han metido en la mina y han prendido fuego a los soportes de madera —explicó.

Jubal asintió al muchacho.

—Hemos tenido que luchar, ahí abajo —apostilló. Le dio la mano a Helios, que sonreía de oreja a oreja.

Jubal sonrió a Melita.

—Cuando los maderos se han quemado, se ha hundido. Todo el túnel derrumbado.

Helios se sentó cerca de Melita. «Son como moscas», pensó Sático. Una vez más, entendió el punto de vista de Abraham.

Helios dijo:

—Si consiguen que la mina cruce nuestra muralla, encienden los maderos y, cuando se hunde, toda la muralla se desmorona. Si lo hacemos nosotros primero, su trabajo se echa a perder.

Melita negó con la cabeza.

—Qué manera tan tonta de hacer la guerra —dijo.

Más tarde, se acurrucó junto a Sático en su cama.

—Es bueno haber recuperado a mi hermano —dijo Melita—. Alguien con quien dormir.

Sátiro trató de despertarse lo suficiente para escucharla.

—Tienes amigos —dijo.

—No tengo amigos —repuso Melita—. La Señora de los Masagetas tiene amantes y seguidores. Nunca pensé que un día diría esto, hermano, pero jugar a hacerme la griega esta noche ha sido lo más relajado que he hecho en un año.

Sátiro meditó un momento y frunció el ceño.

—¿Cómo está tu hijo? —preguntó.

—Asombrosamente grande. Crece como la hierba. Y ya habla. —Melita se estiró—. ¿De dónde ha salido Anaxágoras? —preguntó.

—De un pirata —contestó Sátiro—. Está enamorado de Miriam —agregó Sátiro, procurando emplear el tono de voz apropiado; no quería parecer celoso, ofendido ni enojado, sino darse un aire de hombre mundano.

Las hermanas siempre han sido difíciles de convencer por una madurez impostada.

—Lo está, también. Y a ti eso no te gusta. Pero se ha fijado en mí. Eh, hermano. A mí me gusta ese tipo. Es guapo como una pintura; manos largas y amables. Pero igual que Héctor el del penacho oscilante... Esta noche lo he visto en la trinchera. Como un león. Le quitaré a Miriam de la cabeza.

Sátiro negó con la cabeza.

—No, Melita. No puedes arrojarte a los brazos de un hombre solo porque...

Melita se rio.

—Duérmete, hermano.

Se hizo de día y Sátiro tuvo otra tremenda resaca a causa de los dos golpes que había recibido por la noche. Apenas podía levantar la cabeza de su manto enrollado, y tenía sangre en el pelo y en un costado. Melita fue en busca de Aspasia.

—En realidad, anoche no tendrías que haberle dejado dormir —dijo Aspasia con aspereza—. Dormir después de un golpe en la cabeza no es bueno.

Sátiro se encogió de hombros.

Aspasia le dio un brebaje de hierbas, que se bebió. Era dulce y bastante agradable de sabor, sobre todo comparado con ciertas cosas que le había administrado en otras ocasiones. La vieja le sirvió otro cuenco.

Melita se quitó sus ropas sakje y comenzó a bañarse detrás de un biombo. El biombo no estaba allí la noche antes. Sátiro se recostó con su bebida caliente y comprobó que toda su tienda se veía distinta. Era más grande...

—¡Trajiste una tienda de fieltro! —dijo Sátiro.

—Muy observador te veo, querido hermano.

Melita se rio y salió de detrás del biombo con el aspecto de una muchacha griega; una muchacha griega con dos cicatrices en la cara y una mata de pelo negro

despeinada.

—Las trenzas de guerrero no están muy de moda en la Rodas sitiada —bromeó Sático. Ya se sentía un poco mejor.

La tienda de fieltro le hizo sentirse seguro. Se parecía mucho al hogar, una visión de la infancia. Y Melita se parecía notablemente a su madre; rara vez la había visto tan parecida a ella.

—Miriam va a arreglarme el pelo —dijo Melita—. He perdido la costumbre. Neiron te está aguardando —añadió, y salió de la tienda.

—¡Necesitas más alfileres! —le gritó Sático. Llevaba el quitón con el costado abierto hasta la cadera.

Le dolía la cabeza.

Neiron entró en la nueva tienda.

—Si estás lo bastante despierto para gritarle a tu hermana —comenzó.

Sático se puso de pie, un tanto vacilante, y Helios entró con una palangana de agua y un cuenco de zumo caliente.

—Buen trabajo, anoche —dijo Sático a Helios—. Él y Jubal hundieron la mina.

—Ya lo sé, está en boca de todo el ejército —dijo Neiron sonriendo—. Y no se perdió un solo hombre. Eso sí que es una buena incursión.

A Sático no le gustó el tono sentencioso de Neiron.

—Fue pura suerte —dijo—. Mucho vino.

—Y juicio. —Neiron asintió—. Buen juicio. Ahora Demetrio ha pedido una tregua.

Sático se volvió tan deprisa que volcó el cuenco de agua caliente que Helios estaba utilizando para lavarle la sangre del pelo.

—¿Qué?

Neiron asintió.

—Hace unos diez minutos ha venido un heraldo. Dos días de tregua para enterrar a sus muertos. —Hizo una pausa—. Jubal dice que es una artimaña para cambiar las cuerdas de torsión de sus máquinas y construir más para remplazar las que estamos destruyendo.

Sático levantó la mano.

—Tráeme a Jubal y a Menedemos; y a cualquier otro oficial con el que te topes. Entretanto me quitaré la sangre del pelo yo mismo.

Helios se secó las manos con una toalla.

—Sí, señor —contestó, y salió de la tienda.

—Toma asiento. ¿Zumo de granada? —ofreció. Cuando Neiron se sirvió un cuenco, Sático se arrodilló y metió la mitad de la cabeza en la palangana. El agua caliente le quemó el cuero cabelludo. Se palpó la herida con las yemas de los dedos; la sangre seca era gruesa y se fue deshaciendo gradualmente.

—Menuda fiesta —prosiguió Neiron.

—¿Lo pasaste bien? —preguntó Sátiro. Resultaba difícil parecer altanero con el cuerpo inclinado hasta el punto de meter la cabeza en una palangana.

—Sí —contestó Neiron—. Pero esa proeza de anoche... —comenzó.

La palangana se había teñido de rojo. Sátiro se recogió el pelo, lo escurrió haciendo una mueca de dolor y se incorporó. Vio que Jacob, el mayordomo de Abraham, aguardaba fuera.

—¡Eh! —gritó Sátiro, y Jacob asomó la cabeza.

—¿Puedes pedirle a un chico que me traiga más agua caliente? —preguntó Sátiro, y Jacob se llevó la palangana sucia. Volviéndose hacia Neiron, Sátiro se sacudió el agua del pelo.

—No fue una proeza, Neiron. Encontramos una mina activa y efectuamos una incursión para destruirla. Había que hacerlo. ¿Y si su mina encontraba la nuestra?

—¡Los dioses nos libren! —Neiron hizo una pausa—. ¿Estaban cerca?

—Puñeteramente cerca —contestó Sátiro. Hizo una mueca. La sensación en la herida era como si tuviera el pelo en llamas.

—Te las arreglaste para que te atrapara a solas una patrulla enemiga. Ya me lo han contado todo. Señor, tienes que parar. —Negó con la cabeza, miró su zumo de granada y frunció el entrecejo—. Tienes que dejar de salir corriendo como un héroe de Homero.

Sátiro se encogió de hombros con impaciencia.

—Estaba allí.

—La próxima vez, llama a otros y márchate —dijo Neiron.

—No había otros —replicó Sátiro—. Maldita sea, viejo, yo estaba allí. No fue una decisión de borracho lanzar una incursión en las trincheras.

—Ya —dijo Neiron, obviamente en desacuerdo—. Si necesitas que un oficial haga la ronda de las murallas, despiértame. Despierta a Apolodoro.

—Apolodoro estaba demasiado borracho para mover los pies. —Sátiro negó con la cabeza—. ¿Qué es lo que quieres, Neiron?

—Quiero que te comportes como un rey y un comandante, no como un cachorro con ganas de manchar de sangre su espada. Dirige desde la retaguardia. Nadie, nadie en absoluto, cuestionará tu destreza o tu coraje. Date un respiro. Si la muchacha no te quiere, no te querrá más porque tengas la espada manchada de sangre.

Neiron lo fulminó con la mirada, mostrándose más indignado de lo que era apropiado.

—La muchacha no tiene nada que ver con esto —espetó Sátiro, y le dio mucha vergüenza que Melita entrara en ese momento, con Miriam pisándole los talones. Sátiro estaba desnudo, con el pelo a medio lavar y cubierto de agua enrojecida.

Melita se rio.

—Miriam, mi hermano está desnudo —dijo volviendo el rostro hacia atrás; demasiado tarde.

Sátiro no tenía toalla alguna ni un lugar al que ir.

Jacob entró con otro caldero de agua.

Neiron se puso de pie.

—Perdona, señor. Parece que tropezamos con el mismo desacuerdo una y otra vez. Y me siento como un tío gruñón en una obra de Menandro.

Con bastante desenvoltura, le lanzó su clámide a Sátiro.

Sátiro procuró no apresurarse al ponerse la clámide sobre los hombros. Las muchachas no estaban prestando atención.

Sátiro sonrió a Jacob.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué, señor —contestó Jacob.

Neiron se levantó.

—Debería...

Helios entró con Jubal, Anaxágoras y Apolodoro, este último caminando como si hubiese sido él, y no Sátiro, quien hubiese recibido una buena ración de golpes en la cabeza. Menedemos no presentaba mucho mejor aspecto.

—Solo quiere la tregua para construir máquinas —dijo Jubal sin más preámbulos.

Sátiro enarcó una ceja y dejó que Helios le hundiera la cabeza en el agua.

—Voy a enseñar a Miriam a tirar con arco —anunció Melita—. ¿Va en serio lo de esta tregua?

Sátiro, con la cabeza del revés, se las arregló para reír.

—Es bueno tenerte cerca —le dijo a su hermana—. Sí, aceptaremos su tregua, ¿verdad, Neiron? ¿Menedemos?

El comandante rodio se sentó pesadamente en una banqueta que Helios desplegó para él, apoyó la cabeza en las manos y la meneó.

—Necesito una tregua para recuperarme de la borrachera —dijo.

Apolodoro gruñó.

—Falta de práctica —dijo.

Sátiro volvía a estar derecho.

—¿Qué ventaja real sacaríamos rechazando la tregua? —preguntó a Jubal.

Jubal se rascó el mentón y luego la coronilla.

—Ninguna —reconoció—. Podemos hacer poco. Queremos que nos ataque, ¿eh?

Sátiro asintió.

—Él quiere reconstruir sus máquinas para bombardearnos. Nosotros queremos que asalte la muralla. Y no queremos que descubra que en realidad ya hemos abandonado la tercera muralla, ¿correcto? De modo que durante la tregua podemos guarnecerla bien y mostrar toda suerte de tropas allí arriba.

Neiron asintió.

—Y podemos guarnecer el resto de las naves del puerto y echarlas a la mar en el momento en que expire la tregua —le dijo a Menedemos, que también asintió.

—Eso podría cambiar las tornas en el mar —dijo.

—Y conseguimos dos días de descanso —agregó Sático—. ¿Qué tenemos que perder?

Anaxágoras negó con la cabeza.

—Nada —dijo—. Pero eso hace que te preguntes por qué pide una tregua.

Capítulo 29

Día nonagésimo y siguientes

Los rodios dedicaron los dos días de tregua a hacer y reparar equipo y a impedir que el enemigo viera sus preparativos. Grupos de tropas enemigas trataron repetidamente de subir a las murallas del sur valiéndose de diversos pretextos, y Sátiro enseguida entendió que aquellas tareas de exploración eran el motivo por el que los antigónidas habían pedido una tregua. Cuando Sátiro erigió un trofeo en el terreno asolado entre las líneas, Demetrio envió hombres para derribarlo y presentó una protesta formal.

El heraldo, ricamente ataviado con lana fina de la India, un manto de seda brillante y una cinta dorada en la frente, fue llevado ante Sátiro, donde este estaba sentado con sus *hetairoi* en el ágora, remendando sandalias. Sátiro tenía toda su panoplia dispuesta sobre la hierba agostada, y mientras Helios pulía la plata y el bronce, Sátiro cosía con una aguja y grueso hilo de lino las faldillas que cubrían la parte baja de su vientre y la entrepierna ya que los mandoblazos casi le habían cortado dos de ellas. Anaxágoras observaba trabajar a Apolodoro; el capitán de infantería de marina era un experto con el cuero y estaba reparando las sandalias militares del músico, metiéndoles un calcetín de cuero dentro, un truco que los infantes habían inventado para que la arenilla del sitio no les dañara los pies. Cármides trabajaba con la intensa concentración de los neófitos mientras su chica, Niké, se burlaba de sus esfuerzos. Melita mascaba tendón y escupía mientras explicaba a Miriam la superioridad del hilo de tendón sobre el de lino. Por toda el ágora los infantes, los efebos y los soldados ciudadanos, los hoplitas, los mercenarios y los arqueros cretenses tenían su equipo expuesto al sol mientras efectuaban reparaciones que podían significar la vida o la muerte; la sustitución de una escama, una placa de bronce ajustada, una correa de yelmo más larga o más corta.

El heraldo contemplaba aquella actividad como si nunca hasta entonces hubiese visto trabajar a los soldados.

—Mi rey me pide que diga... —comenzó.

Se estaba dirigiendo a Anaxágoras. Anaxágoras levantó la cabeza, apartando la vista del trabajo de Apolodoro, y le guiñó un ojo al heraldo.

—Yo no soy el polemarca, chico —dijo.

La palabra «chico», con sus implicaciones de inmadurez y esclavitud, hizo que el heraldo se sonrojara. Dio media vuelta. Sus ojos se toparon con Menedemos, que estaba sentado mientras un herrero le arreglaba las correas de las grebas.

—¿Quién de vosotros es el Rey del Bósforo? —preguntó agresivamente.

Sátiro rompió de un mordisco su hilo en medio de la risa general.

—Soy yo —dijo.

El joven caminó hacia él.

—Mi señor, el rey exige que quitéis el trofeo que habéis erigido por algo de tan poca importancia —prosiguió el heraldo.

—Tu amo nos pidió una tregua —contestó Sátiro—. Solicitó dos días para enterrar a sus muertos —agregó.

Apolodoro levantó la voz.

—La ley marcial nos autoriza a erigir un trofeo —dijo—. Tu amo debería saberlo, chico.

Abraham se rio.

—Yo soy judío, chico, y me consta que puedes erigir un trofeo cuando el enemigo pide una tregua.

—No soy un chico, y mi rey no es mi amo.

Saltaba a la vista que el joven heraldo era macedonio.

Sátiro asintió.

—Escucha, muchacho. Regresa con Demetrio y dile que si quiere ver el trofeo derruido, tendrá que venir y hacerlo él mismo. Cuando la tregua haya terminado. Hasta entonces, el trofeo sigue en pie. —Se levantó—. Tu audiencia ha terminado. Vendadle los ojos y llevadlo de regreso por la puerta del oeste. ¿Quién tiene mi cera?

Apolodoro se mostró atribulado.

—Creía que era la mía —dijo. Y en voz más baja añadió—: ¿No es un poco de... *hubris*, levantar un trofeo por una acción tan modesta?

—Es una provocación —dijo Sátiro—. Necesitamos que ataque esa muralla.

Miriam tiró otra flecha contra la bala de paja. Voló bien, aunque un poco corta, y una vez más la cuerda le enganchó el antebrazo, que ya estaba colorado.

—Maldita sea —dijo en hebreo.

Melita negó con la cabeza.

—Mantén la muñeca firme. No la relajes. Dame la mano izquierda. Sujeta el arco así.

Miriam bebió un trago de la cantimplora.

—No paras de decírmelo. Debes de tener las muñecas como un herrero, Melita. Soy incapaz de sujetar el arco así y soltar la flecha.

Melita frunció el ceño.

—Un niño sakje de seis años puede hacerlo, Miriam. Concéntrate.

Miriam, enojada, levantó el arco, respiró profundamente, se relajó, movió el arco la anchura de un dedo con la muñeca y tiró. El tiro fue débil y cayó cerca, pero la

cuerda no le pellizó el brazo.

Melita sonrió.

—Ahí lo tienes. Tienes que reforzar los brazos y los hombros. No tengo un arco lo bastante ligero para ti, de manera que tendrás que fortalecerte. —Asintió—. Las doncellas sakje levantan piedras y las lanzan. Y disparan sin parar.

Miriam sonrió.

—Me encantaría tener unos hombros como los tuyos —dijo.

Melita correspondió a su sonrisa.

—No, soy todo músculo. Tú tienes bonitas curvas. Yo parezco un chico.

Miriam se rio.

—Qué va. No pareces un chico en absoluto. Aunque caminas resuelta como un chico. Y siempre dispuesta a luchar.

Melita asintió.

—Siempre estoy preparada para luchar.

Secó su arco y recogió las flechas.

—¿Te gusta Anaxágoras? —preguntó Miriam.

—Es guapo y valiente —contestó Melita—. Me mira como me gusta que me miren.

Miriam asintió. El silencio se prolongó.

—No puedes tenerlos a los dos a la vez —dijo Melita.

Miriam se toqueteaba el pelo. Se estaba ruborizando.

—No puedo tener a ninguno de los dos —respondió.

Melita frunció el ceño.

—¿Por qué no? —preguntó.

Miriam la miró a los ojos.

—Para ti no es problema, nunca lo ha sido.

Miró hacia otro lado, se mordió el labio y no dijo más.

—¿Qué quieres decir, Miriam? No soy distinta a ti. ¡Nos criamos juntas!

Melita de pronto tuvo la impresión de estar hablando con una desconocida.

—Tú... tú no te ciñes a las reglas. ¿Cuántos amantes has tenido, Melita? —preguntó Miriam, sonrojándose.

Melita se rio a carcajadas.

—Muchos menos de los que puedas suponer. Tres. Solo tres. Y el precio es... elevado.

Miriam se tapó la boca con la mano.

—¡Oh, perdóname! Suponía...

Se puso colorada otra vez. Melita se rio.

—Cariño, si no fuese la Señora de los Masagetas, sin duda superaría la puntuación que me hayas dado. —Se puso de pie—. No estoy ofendida, Miriam.

Todo el mundo piensa lo mismo; oigo lo que dicen los hombres. Tengo un hijo. Vivo en el campo con hombres. Pero los hombres son tontos, y si quiero liderarlos no puedo ir de cama en cama. La mezquindad de los celos bastaría para destruir a mi pueblo.

Se estiró.

—Oh —dijo Miriam.

—Por otra parte —prosiguió Melita—. Puesto que todos piensan que te estás acostando con los dos, ¿por qué no lo haces? Nunca convencerás a la gente de que eres una viuda inocente, y además —sonrió, y su sonrisa fue la misma de cuando lamía su puñal—, te haría bien. ¿Tu matrimonio fue desdichado?

Miriam apartó la mirada.

—Nada que merezca ser contado.

—No tengo prisa —dijo Melita. Se sentó de nuevo, apoyando la espalda contra una piedra calentada por el sol.

Miriam contemplaba el mar.

—¿Crees que venceremos, Melita? Me refiero aquí. Al final.

Melita miró a la otra mujer.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

Miriam sonrió; una sonrisa sorprendentemente triste, tratándose de ella.

—Si fuéramos a morir todos, elegiría a uno. Y lo amaría cada noche y cada día y al infierno con lo que dijera la gente. Salvo que algo me dice que si elijo a uno, el otro morirá, y eso no podría soportarlo. Debe de ser fácil morir ahí fuera; basta un momento de descuido. Y cuando compiten por mí, ¿estoy loca, o el tenerlos en vilo les ayuda a seguir vivos?

Melita asintió.

—Me preguntaba si era eso lo que pensabas. Y sí, claro que sí. Supongo que alguien argumentaría que serán temerarios, pero con mis guerreros me sirvo de mis encantadores ojos constantemente. Los aspirantes a amante son los hombres más mortíferos que existen. Y tienen algo por lo que vivir.

Miriam la abrazó.

—Nunca había dicho esto en voz alta, ni siquiera a mí misma. Me siento como una ramera. Y luego, en el simposio, veía a la pelirroja y pensaba... Bueno, pensaba cosas. De manera que me fui a dormir. Antes...

Melita sonrió, a medio camino entre la simpatía y la sorna.

—Intenté meter a Anaxágoras entre mis piernas cuando te fuiste a la cama, pero ya no estaba allí. ¿Te enfadarás cuando lo conquiste?

Miriam respiró profundamente.

—¿De verdad que las chicas hablan así? —preguntó.

Melita se encogió de hombros.

—Por lo general no dispongo de mucho tiempo para las mujeres, aparte de mis doncellas lanceras —dijo—. Todas las chicas que conozco hablan así. Las chicas sakje se juegan a los hombres.

—Quiero ser sakje —dijo Miriam.

Melita asintió.

—Estupendo. Cuando tus hombros sean más fuertes. Pero solo si puedo quedarme con el músico.

Sátiro oyó reír a su hermana y a Miriam y supuso que nada bueno saldría de aquello. Se sintió incómodo, de modo que terminó sus reparaciones, juntó una escolta y bajó al puerto.

Los rodios habían trabajado día y noche desde que se declarara la tregua y tenían dieciocho triemiolas listas para zarpar, con provisiones y ánforas de agua clavadas en la arena que lastraba la quilla; provisiones mínimas puesto que la ciudad tenía pocos alimentos de los que prescindir. Los remos y la jarcia móvil estaban a bordo y el muelle estaba lleno de remeros, hombres que habían servido como tropa ligera durante meses. Solo los remeros de Sátiro del *Areté* tenían armadura.

Menedemos tenía intención de llevarse las naves a la mar en persona. La ciudad se estaba quedando sin dirigentes.

Sátiro caminó entre los remeros rodios, deseándoles buena suerte y la velocidad de Poseidón. No zarparían hasta que la tregua hubiese expirado. Cada dos por tres Sátiro echaba un vistazo al otro lado de la torre en ruinas del puerto, pendiente de si Demetrio iba a desafiar a las naves que se harían a la mar, pero no vio indicio alguno.

Menedemos le vio mirar.

—Dudo que le importe —dijo el rodio—. Creo que quiere que nos vayamos; menos tropas para guarnecer las murallas.

Sátiro suspiró.

—Y más casos de fiebre esta mañana, como si un momento de relajó hiciera que más gente cayera enferma. Me preocupa que lleses el contagio a los escuadrones de León.

Menedemos asintió.

—Primero iré a Samos y pasaremos uno o dos días allí —dijo—. Para entonces ya sabré quién está enfermo. —Miró en derredor—. Más preocupa que no dispongas de suficientes hombres para defender las murallas.

Sátiro enarcó una ceja.

—Diocles nos trajo más hombres de los que tú te llevas, y entre los soldados de refresco no hay ni uno solo enfermo. Márchate y vence, Menedemos. Aquí no podemos vencer, solo sobrevivir. Y por lo que más quieras, asegúrate de hablar con León y Tolomeo. Nos estamos quedando sin espacio que rendir. La nueva muralla

sur, el «arco», es la última. Ahora tenemos que repeler cada incursión, cada asalto. — Se volvió y miró al rodio a los ojos—. No es preciso que sean muy hábiles, basta con que tengan suerte. O puede que Demetrio nos ataque con todos sus efectivos.

Menedemos asintió.

—Lo sé. ¿Cuánto tiempo? ¿Dos semanas?

Sátiro se encogió de hombros. Alzó las manos como si rezara.

—Por Heracles, mi antepasado, podemos durar meses o caer mañana. ¿Lo que supongo que va a pasar? Ya lo has oído antes: Demetrio atacará la tercera muralla en cuanto concluya la tregua. Retrocederemos y ocupará el terreno; cuatro días. Luego activamos la trampa y retomamos la tercera muralla. Durante un día o una semana. Y él tendrá que tomarse un tiempo para reconstruir; pongamos otra semana. —Sátiro se encogió de hombros otra vez—. ¿A partir de ahí? Viviremos una hora tras otra.

—Pues más vale que nos hagamos a la mar —dijo Menedemos.

—Que Poseidón os guarde —respondió Sátiro.

—Y que Apolo aparte su contagio de ti —le deseó Menedemos.

La tregua expiró con un clamor de trompetas en ambos bandos, y los escuadrones rodios zarparon sin que les opusieran resistencia. El mar estaba embravecido, era ideal para los marineros más experimentados, y Plistias, el almirante de Demetrio, pareció contentarse con dejar que se marcharan.

Pero el ejército de Demetrio tampoco se movió. No hubo lluvia de piedras, ningún gran asalto contra la tercera muralla.

Sátiro subió con Jubal a la tercera muralla cuando se ponía el sol.

—¿Habrá oído algo sospechoso? —preguntó Sátiro.

Jubal abrió los ojos y se rascó la coronilla.

—¿Quién sabe? —contestó—. Dios, a lo mejor. —Hizo una pausa—. Agáchate —dijo, y se tiró de bruces al suelo.

Sátiro tuvo el atino de imitarlo.

Con un silbido maligno, un par de astas voló por encima de ellos para ir a hacerse pedazos abajo.

—Eso es nuevo —dijo Jubal, bajando a la carrera por la parte interior de la muralla. Pequeños grupos de rodios, pues los efebos estaban de servicio, estaban atareados en la trinchera de detrás de la muralla, y los arqueros cretenses tiraban por encima de la muralla de vez en cuando. Para Sátiro era vital que el enemigo no supiera las ganas que tenía de abandonar la tercera muralla.

Jubal recogió una flecha, la flecha más rara que Sátiro había visto en su vida. Era maciza, como los proyectiles que lanzaban las balistas, pero corta, mucho más corta que los que lanzaban las máquinas de una nave, por ejemplo.

Jubal volvió a subir, asomó la cabeza por encima de la muralla y cayó para atrás

al instante, con doce cortes en el rostro.

Se tumbó bocarriba y gritó. Unos efebos acudieron a la carrera y le echaron agua en la cara; tenía dos cortes profundos a causa de un proyectil que había alcanzado una piedra a pocos centímetros de su rostro, y el asta rota lo había despellejado.

Sátiro ayudó a los hombres a llevarlo a su tienda y Aspasia le administró jugo de amapola.

Encontró a Melita y le dio uno de los proyectiles.

—Di a tus arqueros que vayan con cuidado —dijo Sátiro—. Tienen una máquina; pequeña, supongo. Muy potente.

Al día siguiente una de sus doncellas lanceras murió de un disparo en la cabeza cuando se levantó para tirar, y a otra le había roto la mano del arco el asta volante de un proyectil tras rebotar contra una piedra. Otros fueron alcanzados, también: dos efebos muertos en el acto, un hoplita de la ciudad que gritaba sin cesar en el hospital improvisado.

Sátiro ordenó que se construyera una torre provisional justo al sur del ágora, sobre los cimientos del *tholos* de la *boulé*. Idomeneo y Melita subieron a la torre para vigilar al enemigo en cuanto estuvo levantada.

Idomeneo bajó casi de inmediato.

—Las tropas se concentran detrás de las máquinas —dijo.

Sátiro dio la alarma y toda la guarnición de la ciudad se puso en estado de alerta, guarneciendo cada palmo de muralla, dejando en el ágora a los infantes de marina y los hoplitas de la ciudad como reserva. La alerta duró toda la noche; los hombres dormían de pie, con la armadura puesta.

Y nada ocurrió.

Al día siguiente Jubal estaba de vuelta, con las heridas del rostro lívidas, dándole un aspecto enojado que no encajaba en absoluto con su buen talante. Subió a la torre, bajó y negó con la cabeza.

—¿Sabes por qué no he construido una torre? —preguntó a Sátiro.

Sátiro negó con la cabeza.

—No, supongo que no se te había ocurrido.

Su ingeniero de sitio escupió.

—No quería que ellos —Jubal señaló hacia el campamento de Demetrio— construyeran una torre. Si construyen una torre, ven por encima de nuestra muralla, ven mi pequeña sorpresa.

A dos estadios de allí, Lucio miraba la ciudad distante, haciendo visera con la mano.

—Esos maricones han construido una torre —le dijo a Estratocles—. Ahora pueden ver todo lo que hace el Niño Bonito; para que luego me vengan con asaltos por sorpresa. —Se rio—. Bien, ¿por qué no hemos construido una torre nosotros?

Estratocles tomó un generoso sorbo de vino y lo escupió después de enjuagarse la boca, por si acaso tenía que combatir.

—Porque como hay tantos esclavos enfermos con las fiebres, no podemos reparar las máquinas y construir una torre a la vez —dijo—. Plistias quiere una torre. Y el rey Demetrio también. Pero andamos un poco escasos de mano de obra, ahora mismo.

Lucio soltó una carcajada.

—Pon a los inútiles de los falangistas a hacer el trabajo. No valen una mierda en un asalto; deberían cavar.

Estratocles le dio un cachete.

—No permitas que alguien te oiga decir eso —dijo.

Lucio no se amilanó.

—Si tuviera la mitad de esta cantidad de latinos, les enseñaría cómo se cava. Y cómo se lucha.

Dos días más de inactividad. Tensa y desesperada inactividad.

Y las fiebres comenzaron a hacer estragos entre las filas de los efebos. Primero uno, luego diez hombres cayeron, vomitando la primera papilla, con la piel cetrina.

Sátiro se tropezó con Miriam y Aspasia en el borde norte del ágora, donde vivían los esclavos, con los brazos llenos de mantas. Miriam parecía que tuviera cuarenta años. O cincuenta. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos como si hubiese estado llorando.

Sátiro no había pasado cinco minutos en su presencia desde que la había besado. Fue a saludarla.

—¡No te acerques, polemarca! —ordenó Aspasia. Había sido sacerdotisa y médico toda su vida, y su voz transmitía órdenes con la misma eficacia que la de Sátiro, que dio un paso atrás. Sonrió a Miriam, ansioso por establecer alguna clase de contacto, y ella lo miró de la manera en que un veterano mira a un recluta novato.

—¿Qué necesitan? —preguntó Sátiro a las dos mujeres—. ¿Más mantas? ¿Más comida?

—Esperanza —contestó Miriam.

—Creo que Demetrio tiene las fiebres en su campo —dijo Demófilo—. Es la única explicación a la que Jubal y yo podemos llegar para dar cuenta de su vacilación. Sus máquinas todavía no están disparando; al menos, la mitad de ellas.

—Seguro que todos veis la ironía —dijo Sátiro—. Demetrio está atado de manos por la enfermedad de sus esclavos, y por eso nuestra trampa va a fallar. —Negó con la cabeza—. Zeus Sator, necesitamos un poco de suerte.

Neiron asintió. Todos los miembros de la *boulé*, que ahora se reunía al aire libre dado que las piedras de su elegante sede ahora formaban el centro de la muralla oculta, el «arco» de Jubal, asintieron. Tenían los ojos hundidos, y las barrigas, también. Los escuadrones habían zarpado y nadie había regresado, y los graneros estaban alcanzando niveles alarmantes.

—Tenemos que reducir la ración de grano —dijo Helenos. Hizo una mueca y levantó las manos—. ¡No matéis al mensajero!

Menón negó con la cabeza.

—Si recortamos la ración de grano, alguien rendirá la ciudad —dijo—. Así es como yo lo veo.

Neiron gruñó.

—En todo esto hay más de una ironía. Lo que estáis diciendo es que la inactividad da pie a que la gente piense en lo desesperada que está.

Sátiro asintió.

—Hace días que me di cuenta de eso, viejo Neiron. Demetrio nos hace más daño aguardando que atacándonos.

Demófilo enarcó una ceja.

—¿Entonces qué? ¿Atacamos antes de que todos nuestros hoplitas caigan enfermos?

Sátiro negó con la cabeza.

—Sería un suicidio. Sus trincheras son profundas; en realidad, se trata de una ironía más: le hemos enseñado a construir mejores trincheras con nuestras constantes incursiones.

Jubal asintió.

—Y sus proyectiles pesados nos están matando.

Otros dos días de observación demostraron que el enemigo tenía un arco mecánico. Los soldados veteranos como Draco lo reconocieron en cuanto lo vieron. Había sido el arma predilecta de Alejandro en los sitios: el *gastrophetes*. La ballesta.

—No es que tenga más alcance que los *sakje* o incluso que mis muchachos —dijo Idomeneo—. Es que pueden disparar guarecidos. No necesitan tirar de ella, no hay que arrodillarse ni ponerse de pie. Y una vez que la tienen amartillada, pueden vigilar durante todo un ciclo del sol a que un hombre asome la cabeza.

Sátiro miró a sus oficiales.

—¿Alguien sugiere algo? —preguntó, mirando a Jubal.

Jubal asintió.

—Sí, yo. He visto a las mujeres haciendo canastos; he visto a los hombres llenarlos de tierra para construir paredes.

Aquello no aportaba nada nuevo.

—¿Y bien? —preguntó Sátiro.

—Teje canastos de fondo ancho y súbelos a las murallas por la noche —dijo Jubal—. Llénalos de tierra. Ahora los arqueros no pueden levantarse para tirar; detrás de los canastos, en cambio...

—Hasta que concentren el fuego de las máquinas en la posición de los canastos —interrumpió Sático.

—Se necesitan cincuenta —dijo Jubal—. Hagamos dos veces cincuenta. Lo mejor será hacer la muralla nueva a la vez, ¿eh?

Sático se rascó la barba. Estaba casi seguro de que tenía piojos. De repente, todo el mundo tenía.

—Probémoslo —dijo.

—¿Y cómo vamos a conseguir que los esclavos se pongan a cavar para nosotros? —preguntó Demófilo—. Casi todos están enfermos o lo fingen.

Sático no creía que hubiera muchos farsantes. Se trataba de una acusación que los aristócratas les hacían desde los primeros casos de fiebre.

—Me parece que ha llegado la hora de liberar a todos los esclavos —dijo.

Ni una sola voz se alzó en su contra.

Sático encontró a Korus con una hilera de mujeres que levantaban piedras a la sombra de los últimos olivos que seguían de pie en el extremo occidental del ágora. Las mujeres no apartaron la vista con casta y pudorosa modestia, sino que lo fulminaron con la mirada por interrumpir sus ejercicios.

—Te necesito —dijo Sático a Korus.

—Te veo bastante fuerte —respondió Korus. Algunas mujeres rieron.

—Voy en serio —dijo Sático.

—Nosotras también —intervino Miriam, acercándose. Las arrugas de su rostro todavía eran más pronunciadas; se la veía severa, más como una maestra o una cocinera jefe que como una dama ociosa—. Estamos aprendiendo a ser arqueras. Tu hermana dice que tenemos que fortalecer nuestros brazos.

Sático se mordió la lengua para no decir lo que le acudió a la mente. Su hermana estaba detrás de aquello... y llevaba razón. Aquellas mujeres estaban participando, lo cual era bueno para mantener la moral alta. Respiró profundamente y sonrió con gravedad. Desde hacía un tiempo había comenzado a pensar que el arte de mandar consistía en no decir ciertas cosas.

—Una espléndida idea —dijo—. Korus, cuando termines, necesito que me hagas de portavoz.

Korus asintió.

—¿Qué quieres? ¿Los esclavos, supongo?

—Voy a liberarlos a todos.

Sático miró al antiguo esclavo para ver su reacción. La sonrisa de Korus fue

discreta, pero ahí estaba.

—¿Y luego qué? —preguntó.

—Luego voy a pedir a todos los ciudadanos que trabajen. Esta noche. En la muralla sur —contestó Sático, y sonrió.

Korus correspondió a su sonrisa.

—Creo que los nuevos ciudadanos lo harán —admitió.

Luna nueva y oscuridad. Como una ola de espectros, los grupos de trabajo seleccionados subieron a la tercera muralla que seguía siendo, pese los esfuerzos de Sático por rendirla, la mejor posición defensiva de los sitiados, y plantaron canastos enormes a lo largo de ella. Luego, como hormigas, los habitantes de la ciudad, con palas, cestas, cubos metálicos y cualquier herramienta que tuvieran a mano, comenzaron a llenar los cincuenta y dos canastos gigantes. Treinta ciudadanos o más para cada canasto.

La acción pilló al enemigo por sorpresa. Tardaron medio turno de guardia en guarnecer sus máquinas, y la luna ya se había puesto antes de que volaran las primeras piedras, así como proyectiles de varias balistas, grandes y pequeños.

Murieron hombres. Murieron mujeres.

Los defensores murieron. Los supervivientes siguieron cavando, acarreando el relleno a lo alto de la muralla y vertiéndolo en los canastos. Los más afortunados trabajaban en la muralla nueva, el «arco». Estaban a cubierto. Los más desdichados trabajaban en la tercera muralla.

Como un aguacero en el mar, la primera lluvia de proyectiles fue amainando.

—Han gastado sus reservas de flechas y piedras —dijo Sático a Abraham—. Ahora tienen que ir a la retaguardia a buscar más.

—¿Adónde vas? —preguntó Abraham. El Rey del Bósforo se estaba quitando la coraza de bronce.

—Quedas al mando de la reserva —contestó Sático—. Solías ser mi mejor capitán. Eres ciudadano. Necesito que asumas el mando.

Abraham asintió.

—Lo acepto.

—Bien —dijo Sático—, porque yo me voy a cavar.

El sol era una mancha en el cielo, pero nadie tuvo energías para hacer un comentario sobre los dedos rosados de la aurora. Quienes habían cavado yacían como los muertos, salvo por Aspasia, Miriam, Niké y un puñado de otras mujeres que trasladaban a los heridos a la retaguardia. Algunos hombres se levantaban para ayudarlas, pero no muchos.

Anaxágoras salió de las filas de los hoplitas y un polvoriento exesclavo puso la mano en el pecho del músico.

—Regresa a las filas, hermano —dijo Sátiro.

—Pero...

—Si se produce un ataque ahora mismo, vosotros y los efebos sois lo único que tenemos —dijo Sátiro—. Los ciudadanos hoplitas han trabajado toda la noche.

Menón, que presentaba el mismo aspecto de esclavo que el rey, se detuvo a su lado y se apoyó en una pala.

—Al menos hemos perdido un buen montón de peso —bromeó.

Y los sakje y los cretenses, que no habían cavado, guarnecieron las nuevas cañoneras al amanecer. Sátiro cogió un odre de vino y trepó a la torre.

Tuvo que transcurrir otra hora para que hubiera suficiente luz para ver o disparar. Pero Sátiro vigiló el avance de los equipos de las ballestas, literalmente vio cómo se rascaban la cabeza ante la muralla sur rodia.

Sátiro y Jubal situaron en un mapa las posiciones de las ballestas y enviaron esa información a Idomeneo por mediación de Helios. Un sakje fue alcanzado mientras corría, fue atravesado entre ambas caderas y murió gritando.

—Tengo que enseñarte a leer y a escribir —dijo Sátiro a Jubal.

—Eh —respondió Jubal—. ¿Por qué piensas que no sé leer?

—Ahora mismo quizá seas el mejor ingeniero de sitio del mundo —dijo Sátiro—, y necesito que aprendas matemáticas. Por el bien de todos.

—Sé matemáticas —replicó Jubal—. He leído a Pitágoras.

Sonó un silbato y las fuerzas sakje de Melita se pusieron de pie como un solo hombre. Más al este, toda la fuerza cretense hizo lo mismo, levantándose detrás de los grandes canastos. Todos juntos, tiraron a la vez. Los maestros arqueros indicaban el alcance alzando sus propios arcos, y el silbato de hueso sonó de nuevo y todos ellos tiraron; seiscientas flechas.

Segundos después, tiraron otra vez, y luego otra y otra más, hasta que el aguacero de flechas llenó el aire entre las murallas con un chaparrón constante.

En las posiciones enemigas más adelantadas, cayeron hombres. Los francotiradores de las ballestas sufrieron muchas bajas, y los supervivientes de la primera descarga, impresionados, buscaron resguardo.

Grupos reducidos de arqueros sakje bajaron deprisa por la muralla de escombros y corrieron a través de la tierra de nadie, sin toparse con resistencia alguna, mientras las cuarta y quinta descargas rasgaban el aire.

El silbato de hueso sonó y ni una sola flecha salió de su cuerda. La última descarga voló y los corredores ya habían cruzado y se encaramaban entre las estacas y las afiladas ramas de árbol de las líneas enemigas. Los francotiradores enemigos levantaron la cabeza demasiado tarde: los sakje estaban tirando a quemarropa, y el

enemigo no tenía máquinas que apuntaran sobre sus propias líneas.

Thyrsis regresó triunfante, blandiendo un *gastraphetes* capturado.

Sátiro soltó un aliento que no sabía que estuviera conteniendo.

Demetrio no reflexionó demasiado sobre el nuevo desarrollo de la situación. Antes de que la mañana tocara a su fin, los hombres de la torre vieron que sus piqueros avanzaban hacia posiciones de asalto.

—¡Por fin! —dijo Sátiro.

Eran miles. Ennegrecían el suelo detrás de las trincheras enemigas. Cuatro *taxeis* y luego un quinto, extendido de a cuatro en fondo a lo largo de la retaguardia.

—Usa a sus veteranos para empujar a las tropas nuevas hacia delante —comentó Sátiro. Abraham y Helenos se unieron a él, y mantuvieron a los jóvenes ocupados, subiendo y bajando por las escalas de mano.

Jubal sonrió.

—Ahora se toma la píldora envenenada. ¡Que la disfrute!

Sátiro negó con la cabeza.

—Me encantaría —dijo—, pero si esos hombres suben a la muralla nueva, estamos perdidos. Tenemos que combatir y luego retirarnos en orden, sin sufrir demasiadas bajas. —Escupió—. Zeus Sator, no nos abandones. Heracles, guía mi brazo.

Bajó de prisa de la torre, pues ahora temía la virulencia del asalto. Helios lo estaba aguardando con su armadura.

—Todos los hombres —dijo—. Todos los hombres en la zanja de detrás del arco.

Cuando arremetieron, arremetieron de prisa y con dureza. Sabían que la derrota de sus francotiradores significaba que se enfrentarían a una masa de arqueros, pero estaban entrenados.

Además no portaban sarisas. Tenían jabalinas y lanzas ligeras, o tan solo espadas. Avanzaron a todo correr, gritando de miedo, de rabia, de espíritu de batalla. Sus oficiales iban delante y fueron las primeras víctimas de las flechas.

Era la primera vez que Demetrio atacaba una muralla sin haberla bombardeado previamente. Era la primera vez que había puesto a diez mil hombres en una sola acometida.

Fue el asalto más duro hasta entonces, y los macedonios no se acobardaron ante las flechas aunque morían a montones en la muralla. El último largo de caballo de la pendiente era tremendo; Jubal había construido las murallas con una inclinación cambiante deliberadamente para que la infantería creyera que era muy fácil subir. Solo cuando un hombre estaba a medio camino de lo más alto veía claramente lo empinados que eran los últimos metros, y pocos hombres se detenían a razonar por qué cada sección tenía una zona con una pendiente fácil de trepar.

Hacia el punto de mirar de los arqueros.

Los arqueros mataban falangistas como una mujer arranca malas hierbas de su huerto, pero empezaron a cansarse, incluso los sakje, y las flechas comenzaron a escasear. Y entonces, al son de un silbato de hueso, rompieron filas. Los sakje fueron rápidos, pues correr a formar de nuevo era parte de su táctica esencial. Los cretenses se retiraron más despacio y perdieron a más hombres a manos de los victoriosos macedonios cuando estos finalmente salvaron la muralla.

Sátiro tenía a los efebos, los hoplitas ciudadanos y los remeros formados a lo largo de la trinchera.

—¡Resistid! —gritó.

La guarnición de la ciudad estaba con la lanza en ristre y prácticamente llenaba toda la muralla. Los macedonios cruzaron la cresta de escombros, la muralla tenía quince metros de anchura en algunas partes, y chocó de frente contra la formación rodia. Sin lanza, desperdigados sin ningún orden concreto, con los pies castigados por la afilada gravilla de las murallas, los macedonios titubearon, y los rodios los hicieron retroceder con una única carga.

Sátiro no participó en el combate, estuvo demasiado ocupado dando órdenes. Y en cuanto sus hombres despejaron lo alto de la muralla, les ordenó dar media vuelta. El enemigo ya estaba lanzando proyectiles, sin que le importara dar a sus propias tropas en retirada.

Los rodios regresaron a su muralla y de allí a la trinchera de reservistas que había detrás.

Los sakje avanzaron, rearmados de flechas, y ocuparon los bastiones de lo alto de la muralla de escombros. Los cretenses tardaron más en regresar.

Idomeneo había muerto.

El segundo asalto fue más desganado. Los arqueros despejaron la muralla pero los antigónidas habían perdido a demasiados oficiales y los hombres se quedaron atrás. Todo el ataque quedó empantanado en un displicente lanzamiento de jabalinas, y los antigónidas ocuparon lo alto de la muralla pero no aprovecharon esa ventaja.

Sátiro aguardó tanto rato como creyó poder hacerlo y luego los atacó, despejando lo alto de la muralla. Esta vez, en cuanto sus hombres coronaron la muralla se toparon con una descarga enemiga y sufrieron unas cuantas bajas. Pero muchos de los disparos se quedaron cortos o se pasaron de largos, y solo perdió a veinte de sus hombres, veinte hombres con armadura que no se podía permitir perder.

El tercer ataque no consiguió desplazar a los sakje. Tiraban una y otra vez, algunos usaban el arco a bocajarro, otros desenfundaban sus largos puñales, y los cretenses también defendieron su terreno, y los soldados enemigos pagaron muy cara su mojigatería al no poner más brío en el ataque. Atrapados en campo abierto, sufrieron bajas que no tendrían que haber sufrido.

—Demetrio está haciendo avanzar tropas nuevas —dijo el mensajero de la torre.

—A mis chicos y chicas solo les quedan cinco saetas —dijo Melita.

Dos horas hasta el ocaso.

—Ríndeles la muralla —dijo Jubal.

Abraham asintió.

—Dijiste que hiciéramos ver que queríamos conservarla. La hemos defendido todo el día. Cédesela.

Sátiro contempló la tarde dorada.

—No —contestó—. Lo siento, amigos. Tenemos que luchar cuerpo a cuerpo.

Neiron hizo ademán de ir a decir algo. Sátiro lo fulminó con la mirada.

—Este es mi plan. Los arqueros, fuera, Melita; que retrocedan hasta el «arco». Reservad vuestras últimas saetas para... Bueno, por si las cosas se tuercen. —Alargó la mano—. Dame ese silbato —dijo, y ella se lo entregó.

—No te hagas matar, estúpido hermano —dijo Melita. Le dio un beso. Se sonrieron mutuamente.

Los arqueros se marcharon sin ser vistos, dirigiéndose a la retaguardia. Sátiro se encaramó a la muralla, se puso a cubierto detrás de uno de los canastos, que apenas le tapaba la cabeza. Lo habían alcanzado repetidamente, y el relleno de tierra y grava era un acerico de proyectiles.

Desde allí vio formar al enemigo. Las rocas golpeaban con fuerza el terraplén, pero este resistía. Un reguero de arena del canasto le cayó sobre la espalda. Otro proyectil dio en el blanco.

Sátiro bajó la pendiente corriendo en pos de sus tropas.

—¡Oficiales! —rugió.

Aguardó a que estuvieran todos reunidos.

—Escuchadme —dijo—. Cuando suene el silbato, cargáis. ¿Entendido?

Neiron levantó la vista hacia la muralla.

—¿Cómo sabrás cuándo?

—Estaré en la muralla —contestó Sátiro—. No me abandonéis allí. Tenemos que detener esta acometida. No hay segunda oportunidad, caballeros. Nada de discursos. Subid a la muralla y resistid. ¿Listos?

Mascularon su asentimiento y lo envió de regreso a la falange. Dio media vuelta y subió corriendo por la vertiente interior de la tercera muralla, con Helios pisándole los talones.

—No te he dicho que vinieras —dijo Sátiro.

—Tampoco me dices que te lleve el zumo cada mañana —replicó Helios.

Caían proyectiles, así como una lluvia de piedras, trozos pequeños de roca lanzados en canastas. Uno rebotó contra su yelmo plateado con fuerza suficiente para que Sátiro oliera a sangre. Pero aun así se asomó.

El enemigo ya estaba en medio del terreno, corriendo en silencio. Caían hombres, iban demasiado deprisa para avanzar con seguridad. Eran muy rápidos.

Sátiro tocó el silbato. Había tardado más de la cuenta. Justo debajo de él, sus hombres tuvieron que ponerse de pie y colocarse los escudos en el brazo. Tenían que comenzar el ascenso de la pendiente de escombros.

Sin embargo, los antigónidas tuvieron que aminorar el paso gracias, una vez más, a la ingeniosa muralla de escombros y su aparentemente poco empinada pendiente, y se amontonaron en las rampas.

Apolodoro rugía para que sus remeros ordenaran su línea mientras trepaban a la muralla.

Abraham puso su lanza atravesada para definir la línea de sus conciudadanos.

Un oficial macedonio, resplandeciente de oro y plata, alzó su escudo en lo alto de la muralla.

Sátiro se irguió, ya no caían proyectiles, y se aseguró el escudo en el hombro.

Los remeros llegaron formados como veteranos a lo alto de la muralla, y sus lanzas chocaron contra los macedonios que estaban formando. Los macedonios estaban más arriba: habían ganado la carrera a la muralla.

Pero también estaban muy desperdigados, todavía intentando formar.

Y eso fue cuanto Sátiro tuvo tiempo de ver. Había tenido intención de enfrentarse al hombre de plata y oro, pero justo cuando las filas izquierdas de los remeros se cerraban en torno a él, una multitud de falangistas antigónidas llegó a su posición dando alaridos. Recibió una lluvia de golpes en el escudo y se vio empujado hacia atrás, contra los hombres que subían detrás de él, y Helios cayó a su lado.

Todo el combate pareció cristalizarse en ese momento, y el tiempo dio la impresión de ralentizarse. Se hizo a un lado, derecho hacia Helios mientras el muchacho se estremecía, y clavó su lanza en el ojo de un hombre, arrancó de nuevo la punta y la lanzó de nuevo contra el yelmo del hombre siguiente, dándole en la cimera justo debajo del penacho de crin e hincándola a través del bronce para derramarle los sesos dentro del yelmo, de modo que se desplomó sobre su compañero de fila.

Un golpe alcanzó a Sátiro en el cuello. Le dolió pero no perdió el equilibrio. Ahora sus remeros estaban en ambos lados. Habían puesto freno a la arremetida enemiga.

—¡Adelante! —gritó Sátiro, y los remeros se inclinaron sobre sus lanzas, apoyaron el hombro en los escudos y empujaron. Ahora se notaban las pequeñas diferencias: los calcetines de cuero dentro de las sandalias permitían que los hombres afianzaran los pies en la grava, los pañuelos en el cuello absorbían el sudor, las almohadillas de los yelmos permitían ver un poco mejor.

Pero los macedonios estaban mejor alimentados y no habían pasado seis largos

meses constantemente atemorizados.

En lo alto de la muralla el combate estaba igualado. Los hombres que subían desde atrás no podían sumarse al avance; las líneas de combate quedaban más altas que sus filas de apoyo en casi todas partes. Pero podían apretujarse, y la presión fue tanta que algunos hombres empezaron a morir aplastados, apuñalados por debajo de sus escudos, se rompían la mandíbula cuando alguien estampaba su escudo contra su boca en la melé, o simplemente acababan pisoteados.

Los hoplitas ciudadanos con sus anticuados *aspis* ahora tenían ventaja: los escudos más grandes mantenían a los hombres con vida en las aglomeraciones. Los infantes de marina, también: Apolodoro, aullando como un león en un redil de ovejas, mató a dos hombres. Exigió a los marinos que empujaran, y reaccionaron. Draco mató a un hombre que estaba a un largo de brazo de Sático, y la sangre manó a chorros de su cuello cortado; los antigónidas que lo rodeaban se amilanaron, y Draco embistió contra ellos como un lobo contra un rebaño de ovejas, matando a diestro y siniestro, arrancándoles de la boca con la lanza sus espíritus para lanzarlos chillando al Hades.

Draco murió allí, arremetiendo solo contra las filas de los antigónidas, adelantándose al resto de los infantes, pero creó un agujero como un desgarró en la tela de la formación enemiga justo en lo alto de la muralla, desmoronándola. Sático dejó a un hombre inconsciente con la contera de su lanza rota, ni idea de cuándo la había roto, y se metió en la brecha. Apolodoro derribó a un hombre y Abraham, armado solo con una espada, rugía a sus hoplitas ciudadanos y daba mandobles tan deprisa que Sático no lograba seguir sus movimientos, y sus hombres arremetieron hacia delante. Y ahí, en esos instantes, el ataque fue repelido.

Sático miró hacia abajo y se dio cuenta de que el hombre que acababa de tirar al suelo era el de la armadura de oro y plata. Lo agarró por los tobillos y tiró. Otras manos le ayudaron.

Soltó al oficial herido, levantó la cabeza y vio que el enemigo huía hacia sus máquinas mientras la noticia del fracaso del ataque se filtraba hacia la retaguardia. El enemigo no había sido aplastado, los oficiales y filarcos estaban volviendo a formar en los escombros, pero Sático sospechó que ya darían la jornada por terminada.

—¡Fuera de la muralla! —gritó.

Dos infantes estaban levantando a Draco. Sático lo había visto caer; supo quién tenía que ser.

Otros hombres llevaban a Helios y a otros heridos y muertos. Sático vio un penacho azul y blanco, un ancla.

Neiron: su armadura blanca ateniense cubierta de sangre.

—¡Atrás! —rugió Sático—. ¡Fuera de la muralla!

Lenta y testarudamente, los hoplitas ciudadanos, los efebos y los remeros bajaron

por la parte trasera de la muralla, y detrás de ellos las máquinas enemigas abrieron fuego.

—¡A la retaguardia! —gritó Sático. Se obligó a apartar la vista hacia otro lado. Neiron lo estaba mirando—. ¡A la retaguardia! —chilló, y corrió a lo largo de la línea, los efebos iban despacio, eran demasiado orgullosos. Corrió hasta sus oficiales y les exigió que corrieran.

—¡No hay necesidad de correr, polemarca! —gritó un filarco.

Una roca de las máquinas enemigas lo aplastó, salpicando a sus camaradas de sangre y huesos rotos.

—¡Corred, maldita sea! —gritó Sático.

Subió por el frente de la nueva muralla; la última muralla, el «arco», y volvió la vista atrás.

La tercera muralla se perdió bajo un diluvio de rocas y proyectiles. Algunos disparos pasaron por encima, matando a más hombres en pocos instantes que todo el desesperado combate en lo alto de la muralla en minutos.

«Tenía que hacerlo», se dijo a sí mismo. ¿Helios? ¿Neiron? ¿Draco? ¿Idomeneo?

«Tenía que hacerlo. Si no hubiese resistido tanto como podía, Demetrio se habría olido algo sospechoso.

»Si ya se lo huele, habré perdido a estos hombres en balde.»

La muralla nueva tenía las barricadas que había construido durante la noche, pesados pilones como columnas achaparradas llenas de escombros y tierra, y los arqueros ya lo estaban ocupando.

—Bien hecho —dijo Melita. Tenía un rasguño en la cara pero por lo demás se la veía serena y limpia—. A mí me ha parecido muy real.

—Helios ha caído —respondió Sático.

Melita enarcó una ceja.

—Helios está muerto, hermano. Neiron también. Preguntó por ti. E hiciste lo que tenías que hacer. —Le puso una mano en el hombro—. Hoy todo el mundo ha perdido a alguien. No muestres tus sentimientos. Has vencido. Debes tener la apariencia de haber vencido. Filocles diría lo mismo.

Sático respiró profundamente. «¡Helios!», pensó, pero dominó la expresión de su semblante.

—¡Volved a formar! —gritó.

Demetrio no avanzó hasta poco después del anochecer. El asalto nocturno recorrió el suelo de escombros sembrado de cadáveres y tomó la muralla abandonada en una sola acometida. Los soldados gritaron su triunfo y su alivio a la noche.

Jubal sonrió.

—Ahora moverá sus máquinas hacia delante.

Sátiro se despertó con daño. Le dolía el cuerpo, le dolían las piernas, tenía un tobillo hinchado y se había desgarrado el brazo del escudo con las placas de la coraza, y eso dolía. Se incorporó, maldijo la oscuridad y consiguió sacar las piernas por el borde de la cama y apoyar los pies en el suelo.

Hizo ruido, deliberadamente, para que Helios supiera que se había levantado.

«Helios está muerto.»

Buscó un quitón y se lo puso, fue hasta la puerta de la tienda y encontró a Jacob sentado en una silla.

—¿Señor? —dijo, levantando los ojos enrojecidos.

—¿Jacob? —preguntó Sátiro.

—El amo tiene fiebre —dijo Jacob—. Todos vamos a morir.

Sátiro fue corriendo a la tienda de al lado.

—¿Eres tú, Jacob? —preguntó Abraham. Luego dijo algo en otro idioma, hebreo o arameo. Sátiro negó con la cabeza.

—Me dicen que estás enfermo —dijo.

—Aléjate, Sátiro. ¡Apártate, maldita sea! —Esto último cuando Sátiro se acercó a él—. Es una fiebre, no una flecha envenenada de tu extraño dios de la luz y la enfermedad.

—Sé lo que es la enfermedad, hermano. Eres el mismo de siempre. —Sátiro puso una mano en la frente de Abraham. La tenía hirviendo, y sus ojos eran tan brillantes como monedas recién acuñadas—. Lo retiro todo. Estás enfermo. ¿Te ha visto Aspasia?

—Sí, y mi hermana también, al despuntar el día. Me han dicho que durmiera cuanto pudiera. Ya estoy aburrido, y esto dura una semana.

Abraham esbozó una sonrisa.

—Eso con suerte —dijo Sátiro—. Podrían ser meses —agregó.

—Podría morir —dijo Abraham. Se rio—. Ya puestos, podría haber caído ayer, cubierto de gloria como Neiron y Helios.

Sátiro sirvió un poco de zumo para él y para Abraham.

—Estás cubierto de gloria. Vi cómo rompías su línea. Me encargaré de que recibas una corona de olivo. Y eres joven y fuerte —agregó—. Ayer perdimos a demasiados hombres.

Abraham asintió.

—Supongo que sabes lo que estás haciendo. Yo no vi motivo alguno para emprender el tercer combate, pero Jubal sí.

Sátiro sonrió.

—En realidad, Jubal está al mando del sitio. —Hizo un gesto con las manos—. ¿Quién iba a figurarse que mi maestro remero era un genio?

—Echarás de menos a Neiron —dijo Abraham—. No tenía miedo de decirte lo que pensaba.

Sátiro tragó saliva.

—Los echo en falta a todos. Ahora, duerme.

—Si muero, quiero que me incineren —dijo Abraham— con mi armadura. No va en contra de mi religión.

—¿Igual que a un héroe de Troya? —preguntó Sátiro.

—Sí —contestó Abraham.

Fuera, Sátiro encontró a Apolodoro aguardando pacientemente en la entrada de su tienda.

—¿Me buscabas? —preguntó Sátiro.

—Deméter, señor. —Apolodoro negó con la cabeza—. Helios ha muerto y nadie sabe cómo dar contigo.

—Necesitaré a un nuevo Helios.

Sátiro hizo una mueca por la insensibilidad del comentario, pero así eran las cosas. Si él moría, también necesitarían a un nuevo polemarca.

—¿Hipereta o hipaspista? —preguntó Apolodoro. Miró hacia la tienda de Abraham—. ¿Está enfermo? Mal asunto. Es uno de los mejores.

—Ambas cosas.

Sátiro condujo a Apolodoro a su tienda, buscó el ánfora de zumo de granada y llenó dos cuencos.

—Cuando esta se acabe, no tengo ni idea de dónde encontrar más.

Sátiro miró el ánfora, una pieza ática, negra, de cien años de antigüedad. Probablemente de casa de Abraham.

—No he tomado zumo en un mes. —Apolodoro apuró su tazón—. Ayer tomaste un prisionero.

—En efecto —dijo Sátiro, asintiendo.

—Es un oficial de Plistias. Uno de los ingenieros del sitio. Quería ver nuestra muralla de escombros de primera mano.

Apolodoro se rascó la sotabarba. Sátiro torció el gesto.

—¿Cómo están los remeros?

—Los mantengo separados de los infantes. Los hoplitas de la ciudad lo llevan mal; dos de cada tres hombres han caído enfermos. Los efebos están casi igual de mal. Es como si lo de ayer lo hubiese exacerbado; de pronto hay hombres enfermos por doquier. Y este oficial, Lisandro, se ha dado cuenta. Creo que deberíamos matarlo. Desde luego no queremos que Demetrio sepa cuántos enfermos tenemos.

Sátiro se bebió su zumo.

—Entiendo que lo pidas, pero no vamos a matar a nuestros prisioneros aunque nos asalten. Nosotros somos mejores, Apolodoro, no lo olvides nunca. Y para ser

mejor, uno debe ser consecuentemente mejor.

Apolodoro esbozó una sonrisa.

—Sabía que me saldrías con el sermón de los mejores. Muy bien, ¿qué hacemos con él?

—Ponedle escolta y dejadle deambular. —Sátiro asintió—. Ahórrate tus protestas: quiero engañarlo, pero primero debemos fingir razonablemente bien que le permitimos ir a donde quiera. ¿Demetrio está haciendo avanzar todas sus máquinas?

—A un tercio de ellas. Las demás están sobre rodillos, listas para moverse. Jubal piensa, a juzgar por lo que ve, que la fiebre está tan extendida en el campamento enemigo como aquí, y que Demetrio tiene graves problemas de mano de obra.

Sátiro asintió.

—Ocurra lo que ocurra, ese tal Lisandro no debe escapar esta noche. Mañana por la noche ya será otro cantar.

—¿Tienes un plan? —preguntó Apolodoro.

—Dependerá de unas cuantas cosas. Reunámonos bajo los olivos a mediodía. Todos los oficiales, y que también acudan unos cuantos *neodamodeis* y unas cuantas mujeres.

Hacer ejercicio solo, sin Helios. Anaxágoras apareció cuando estaba practicando con la espada.

—¿Lucha? —preguntó.

Se desnudaron y lucharon, e incluso con tantos enfermos, hubo gente que fue a verlos, a darles ánimos y a apostar.

—Has recuperado tu musculatura —dijo Anaxágoras—. No logro inmovilizarte.

—Llevo entrenando desde que era niño —contestó Sátiro, riendo—. Sería raro que lo consiguieras. ¿Tocamos?

A la sombra de los olivos, Anaxágoras fue el maestro y Sátiro, un mero pupilo, pero tocaron escalas ascendentes y descendentes con la lira.

—Es exactamente igual que el manejo de la espada o el combate con lanza —dijo Anaxágoras—. Tienes que hacerlo una y otra vez hasta que seas capaz de hacerlo sin pensar. Un buen músico puede tocar mientras habla, mientras recita poesía, mientras bebe... Tu hermana es muy diferente de las mujeres griegas.

Sátiro se rio.

—Es muy diferente.

—La vi en la trinchera, matando. Matando con el regocijo de la batalla, igual que un hombre. ¿Realmente es una amazona?

—Alejandro llamaba a nuestra madre la Reina de las Amazonas —contestó Sátiro. Tendía a morderse la lengua cuando tenía que cruzar los dedos para tocar la escala.

—¿Lo ves? Esta ha sido tu mejor escala. No debes pensar, solo tocar. Tu hermana

se ha puesto de tu parte en lo de Miriam, creo. —Anaxágoras se rio—. Aunque me halaga gustarle.

—Una vez tuve un gato en Alejandría. Cuando le gustaba una visita, mataba una rata en los muelles y se la llevaba, caliente y húmeda, soltándola encima de la persona en cuestión. Casi todo el mundo chillaba —concluyó Sátiro, sonriendo.

—De acuerdo. —Anaxágoras alargó el brazo—. No tienes que levantar los codos para tocar. No fuerces las cuerdas. Relájate.

—Piensa que eres el hombre más guapo de Rodas —dijo Sátiro.

—Tampoco es que haya mucha competencia, ¿eh? —Anaxágoras se rio—. Es una belleza, tu hermana. Al principio no me di cuenta, por cierto; solo veía cicatrices y ropa bárbara. Es algo en su... *daimon*. Cuando sonrío, cuando se mueve.

—Cuidado ahí —dijo Sátiro—. Es mi hermana. Ya sabes. Por cierto, no soy un hermano protector. Mi hermana no necesita que la proteja.

—Desde luego sabe cómo manejarse con sus adversarios. —Anaxágoras se encogió de hombros—. Seguramente no seas la persona más adecuada para comentar todo esto conmigo. Pero ninguna mujer me había perseguido de esta manera hasta ahora. Lo encuentro... desconcertante. Estoy acostumbrado a la clase de persecución que Cármides desdeña: sonrisas, rubores y miradas seductoras. Tu hermana... no es así.

Sátiro se rio a carcajadas.

—Ni yo estoy dispuesto a cederte a Miriam...

Anaxágoras mostró auténtica confusión, y sus manos se apartaron de las cuerdas.

—Por lo que a mí respecta, vacilar es conceder —dijo Sátiro—. Quiero casarme con ella. Convertirla en reina.

Anaxágoras sonrió de oreja a oreja.

—Vaya —dijo—. Ahora sí que somos competidores. Yo ya he propuesto matrimonio.

Sátiro se sorprendió

—¿Propuesto? ¿A Abraham?

—Condiciones de la dote, tierras, activos y demás. —Se encogió de hombros—. Todavía no he recibido respuesta. Como tampoco mi... curiosidad por tu hermana anula mi petición de mano. Para serte sincero, creo que la Señora de los Masagetas está un poco por encima de mí.

«Eso es lo que tú crees», pensó Sátiro.

Leóstenes vertió una libación a Poseidón e hizo un sacrificio a Apolo; un carnero, un carnero que ningún templo habría aceptado en tiempos mejores. Pero el animal murió bien, con la cabeza alta, y Leóstenes proclamó que su hígado no presentaba indicios de inflamación ni de enfermedad; algo que de por sí constituía un buen

augurio.

Pantero había sido el sumo sacerdote rodio de Apolo, pero estaba muerto. Nicanor había sido el segundo y Menedemos era el tercero. Habían tardado una hora en decidir dar permiso a Leóstenes para que llevara a cabo los rituales en nombre de la ciudad, y habían confirmado su ciudadanía antes de conducirlo al altar en ruinas de Poseidón para celebrar una ceremonia secreta que le dejó la frente decorada con ceniza.

Entre los olivos había un altar. Inicialmente había sido un altar consagrado a Apolo pero ahora estaba dedicado a todos los dioses porque los templos estaban derruidos o desmantelados, y el altar al aire libre era el único espacio sagrado que les quedaba a los supervivientes. Sátiro se puso delante del altar una vez concluido el sacrificio.

Todos los oficiales estaban reunidos bajo los olivos. Melita estaba con Miriam y Aspasia, siendo las únicas mujeres presentes. Se mantenían alejadas del altar; a pesar de su plétora de hijas, siervas y esposas, al dios del mar no le gustaba la participación femenina en sus misterios. Apolodoro estaba a la derecha de Sátiro, junto al altar, y Cármides, herido en el tobillo durante la batalla de la víspera, estaba sentado en una banqueta. Demófilo, Sócrates y Menón estaban juntos delante del altar, a la izquierda de Sátiro. Jubal se quedó más retirado, con Fileo, antiguo maestro remero de Sátiro y ahora oficial de la falange a las órdenes de Apolodoro.

Los *neodamodeis* estaban representados por Korus y Kleitos, el bárbaro pelirrojo que era timonel de Abraham: un esclavo liberto, ahora comandante de su *taxeis*.

Sátiro miró a Jacob, que había traído un montón de tablillas de cera y un estilo.

—Apúntalo todo, ¿eh? —le pidió.

Jacob asintió.

—Primero, las cifras. ¿Bajas de ayer?

Sátiro aguardó, aparentemente impasible. Apolodoro señaló a Anaxágoras, que ya actuaba como edecán de los remeros.

Anaxágoras asintió.

—En cuanto a los remeros, cuatrocientos sesenta y dos aptos para el servicio y doscientos doce infantes, dando un total de seiscientos setenta y cuatro. Treinta y seis heridos de ayer, once muertos o agonizantes. Todos ellos hombres de la línea de frente.

—Helios, Draco y Neiron —dijo Sátiro.

Demófilo asintió.

—Tres de los mejores. Por descontado, los enterraremos como ciudadanos de pleno derecho.

Leóstenes cantó el himno de Ares.

Sátiro aguardó a que terminara y se volvió hacia Kleitos.

—*Neodamodeis* —dijo Kleitos—. Ochocientos treinta aptos para el servicio. Con fiebre hay más de los que puedo contar; digamos que otros seiscientos. Solo cuatro muertos ayer y otros nueve heridos. Se espera que todos se recuperen, salvo que tengan la fiebre, claro.

Los hombres quedaron consternados ante las cifras de la fiebre. Ahora los esclavos libertos eran el grueso de los efectivos de la ciudad, y estaban enfermos.

Melita se adelantó hasta el círculo de hombres, haciendo uso de su derecho.

—Hablo en nombre de los mercenarios de la ciudad —dijo—. Idomeneo murió en la muralla. Sirvió conmigo durante cinco años. Si sobrevivimos, le erigiré una estatua en Tanais. —Inclinó la cabeza—. Arqueros cretenses, doscientos seis aptos para el servicio. Más de noventa enfermos de fiebre. Veintiún muertos y ningún herido de ayer. Intentaron recuperar su cadáver y lo consiguieron.

Sátiro asintió.

—Idomeneo de Creta recibirá honores de ciudadano de pleno derecho —dijo Demófilo.

Melita asintió.

—En cuanto a los demás mercenarios, hoy la ciudad cuenta con trescientos catorce hoplitas. Otros cien, como mínimo, tienen la fiebre. Quince o más ya han muerto.

Menón asintió y dio un paso al frente.

—Hoplitas de la ciudad, unos seiscientos. Ayer hubo siete muertos y sesenta heridos, pero los hombres han estado cayendo como moscas desde el amanecer, por la fiebre. Quizá ya haya doscientos enfermos. —Miró en derredor—. Abraham está enfermo. Y también mi hija Niké.

—Así pues, ¿tu cifra es con enfermos o sin? —preguntó Sátiro, sintiéndose cruel.

—Sin —contestó Menón.

—Efebos —dijo Sátiro.

—Ciento sesenta aptos para el servicio —respondió Sócrates.

—¡Por la luz de Apolo! —se exclamó Menón—. ¿Qué ocurrió?

—Fiebre —contestó Sócrates—. Ayer solo hubo dos muertos y cuatro heridos. Y ahora los cuatro tienen la fiebre.

Sátiro miró en derredor.

—Los remeros y mis infantes de marina parecen ser inmunes a esta fiebre.

Aspasia entró en el círculo de oficiales.

—Miriam y yo lo hemos estado comentando. Pero tus remeros acampan justo al lado de los *neodamodeis*, que son quienes tienen el índice de enfermedad más alto.

Apolodoro preguntó:

—¿Es la misma fiebre que tuvimos después de Egipto?

Aspasia negó con la cabeza.

—No lo sé. Parece presentar un exceso de bilis, como vuestra fiebre, pero ningún hombre se ha puesto amarillo. Y vosotros dos, sí. Igual que muchos de los remeros.

Sátiro asintió.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero la bilis es prácticamente la misma, así como la lentitud de la sangre —dijo Aspasia—. He consultado el horóscopo sin obtener respuesta, pero me atrevería a decir que no se trata de la ira de Apolo.

Apolodoro abrigaba serias dudas sobre aquella conversación científica.

—Tendríamos que rellenar las letrinas —dijo— u hacer que la gente usara otras nuevas en las ruinas, cerca del puerto. Cavar hondo. He visto esta misma lucha en Siria; la misma fiebre, las mismas condiciones.

Aspasia los sorprendió a todos asintiendo.

—Estoy de acuerdo. Soy partidaria del planteamiento empírico de la medicina. Hipócrates dice muchas cosas en ese sentido; la mera observación tiene que aumentar nuestros conocimientos científicos. Enfrentémonos a los hechos: las personas más próximas a las letrinas son las que sufren peores fiebres, con la excepción de los remeros.

Sátiro se frotó el mentón.

—¿Rellenar las letrinas? ¿Y la gente tendrá que caminar hasta el puerto para cagar? Eso no va a hacerme muy popular.

Apolodoro asintió.

—Y, con perdón por mi grosería, la popularidad no valdrá una mierda salvo que hagas cumplir la norma apresando y castigando a los idiotas que intenten hacerlo en el ágora.

Sátiro miró en derredor.

—Amigos, este tipo de cosas pueden socavar la moral.

Apolodoro insistió.

—Da resultado.

Jubal lo apoyó.

—Es verdad. Hazle caso. Cualquier marinero lo sabe, además.

Menón se encogió de hombros.

—Yo no, y llevo toda la vida en el mar.

Sátiro miró a Aspasia.

—Confío mi vida a Apolodoro pero tú eres la sacerdotisa de Asclepio y el mejor médico de Rodas.

Demófilo asintió.

—Y la gente verá que estamos haciendo algo contra la fiebre.

Sátiro lo fulminó con la mirada.

—Hasta que las medidas dejen de ser eficaces y se produzca una reacción

violenta. La gente no es tonta, caballeros. Mal político es el que dicta malas leyes con el único fin de aparentar que toma medidas.

Menón sonrió.

—No conoces a muchos políticos —dijo, y su comentario provocó risas. Aprovechando el paréntesis de relajó, Aspasia se pronunció.

—Propongo que lo hagamos —dijo—. Buscaré augurios y haré otro horóscopo; pediré ayuda a mis amigos. Y creo que haríamos bien en propiciarse públicamente la voluntad de Apolo y Asclepio. Y luego trasladar las letrinas.

Sátiro asintió.

—¿Quién es el actual sacerdote de Apolo? —preguntó.

El joven Sócrates dio un paso al frente.

—Soy yo. Y estaré encantado de prestar mi apoyo a la Despoina Aspasia.

Sátiro se frotó el mentón.

—Pues que así sea. Trasadaremos las letrinas mañana por la noche. Todos los ciudadanos deben participar; sin excepciones.

—Es mucho trabajo —dijo Menón.

—Deberíamos tener unos días libres —respondió Sátiro.

Esas palabras fueron acogidas con un rumor de excitación. Sátiro negó con la cabeza.

—No, no diré nada. Pero después de esta reunión quiero ver a Aspasia y a Miriam, y también a Jubal. Kleitos, todos los marineros esta noche, ¿de acuerdo?

Kleitos sonrió.

Jubal sonrió.

Demófilo dio un paso al frente.

—Tienes que contárnoslo, polemarca. El pueblo necesita tener esperanza. Estos hombres están sonriendo. ¿Por qué?

Sátiro mantuvo impassible la expresión de su rostro.

—Demófilo, te tengo en alta estima y confío en que seamos amigos. Pero ayer sacrificué hombres, buenos hombres. Amigos míos. Murieron para que pudiera guardar cierto secreto, y por todos los dioses que ese secreto va a ser guardado.

Demófilo estaba enojado.

—¡Somos el consejo de la ciudad! ¡Lo que queda de la *boulé*!

Sátiro negó con la cabeza.

—¿Acaso eres un tirano? —dijo Demófilo con repentina vehemencia. Menón le agarró el brazo.

—Vamos, muchacho. Eso está fuera de lugar.

Sátiro cruzó los brazos.

—Podéis retirarme del mando —dijo—. Con un tirano no es tan fácil. Pero en esto, no daré mi brazo a torcer.

Demófilo se sometió a regañadientes.

Sátiro miró en derredor.

—Lamento emplear este tono pero no hablaré sobre esta cuestión. No obstante, tengo otros asuntos militares que comentar. Necesito que se reúnan todas las armaduras de la ciudad. Me gustaría que cada *taxeis* recogiera las suyas, pintando un número dentro del arnés y en cualquier otro artículo y que las dispusiera en el olivar, donde el aire es más limpio, por si el miasma está en la armadura. Y necesito que esto se haga de inmediato.

A Demófilo le bullía la sangre.

—La armadura es una propiedad privada —dijo.

—También lo eran los esclavos. Ahora las reglas han cambiado. —Sátiro miró en derredor. Nadie más puso objeciones—. Necesito esas armaduras cuanto antes.

—Ya veremos —replicó Demófilo, con una actitud beligerante.

Sátiro lo fulminó con la mirada, aguardó a que se marchara y se fue con las mujeres y Jubal, además de Korus y Kleitos, a la otra punta del recinto sagrado.

—¿Será esta noche? —preguntó Kleitos.

Jubal asintió.

—Ahora mismo está moviendo sus máquinas —dijo.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Miriam—. ¿Es por algo relacionado con la fiebre?

—No —contestó Sátiro—. Necesito que todas las mujeres, al menos las quinientas más fuertes, se pongan armadura. A última hora de esta tarde. Y que la lleven puesta toda la noche, sin hacer preguntas.

Jubal sonrió.

—Ya lo pillo. Menudo zorro estás hecho.

Sátiro dio un puñetazo al negro en el brazo.

—Mira quién fue a hablar.

Jubal levantó el mentón y se echó a reír.

—Somos tal para cual, ¿eh?

Las sombras eran alargadas en el ágora cuando sonó la alarma. Los hombres reaccionaron con determinación; las alarmas eran parte de la vida diaria y los ciudadanos, en su mayoría, ya no sentían el *daimon* de la guerra al oír las trompetas.

Sátiro ya llevaba puesta la armadura. Había tenido que tenderse en el suelo de la tienda para ponerse la coraza sin ayuda, pero todavía no tenía un hipaspista nuevo y no sabía dónde encontrar uno en medio de un sitio.

Se puso de pie, bebió un cuenco de agua de un sabor bastante malo y salió con el escudo al hombro y una lanza en la mano.

Apolodoro estaba aguardando con el prisionero a su lado. Lisandro era un hombre

curtido, un veterano de mediana edad con canas en las sienes y una gran cicatriz en lo alto del hombro izquierdo que se prolongaba debajo de su quitón.

Hizo una reverencia a Sátiro.

—¿Mi señor? Tengo entendido que debo darte las gracias por mi captura.

Sátiro le estrechó la mano.

—Te tomé preso, sí.

Lisandro lo miró de hito en hito.

—¿Puedo preguntar si pedirás un rescate por mí o si seré tratado como un esclavo?

Sátiro hizo una seña a Apolodoro, que saludó y se marchó hacia la alarma.

—¿Has pasado un día agradable? —preguntó Sátiro.

Lisandro hizo una mueca.

—Se me ha permitido deambular a mi aire. Esto me da miedo, señor. No es mi deseo ser un espía, como tampoco que me maten. —Abrió las palmas de las manos—. He visto que tenéis la fiebre; la situación no es tan grave como en nuestro campamento pero poco le falta. Lo refiero como prueba de que no soy un espía. No puedo ocultar lo que he visto.

Sátiro asintió.

—Ven conmigo, Lisandro. Eres espartano, ¿verdad?

Lisandro asintió.

—No un auténtico espartano, señor. Mi padre era un espartiatas y mi madre, una dama tebana de alcurnia, pero nunca se casaron. Se me denegó la entrada en un casino de oficiales, y desde entonces he servido en el extranjero.

Sátiro se detuvo al pie de la escala de su torre.

—Quizá conocieras a un hombre a quien amé mucho, Filocles de Tanais.

—Sí, si era Filocles de Molivos —respondió Lisandro, sonriendo—. Lo traté durante un tiempo. Combatimos juntos; Zeus Sator, cuando Arquipo era arconte de Atenas. Era mucho más joven entonces —agregó riendo.

—Fue mi preceptor —dijo Sátiro.

—Lo sé —respondió Lisandro. Se encogió de hombros—. Sé quién eres, señor. Pero no es apropiado que un hombre que debe suplicar por su vida alegue tal conocimiento.

—En verdad eres espartano —dijo Sátiro—. Ven.

—¿Por qué? —preguntó Lisandro.

—Porque es mi deseo mostrarte por qué Demetrio nunca conseguirá tomar esta ciudad —contestó Sátiro—. Ven. Por la mañana te dejaré libre. Y con vida. Para que cuentes lo que has visto.

Sátiro comenzó a subir por la escalera de mano.

Las sombras eran alargadas; de hecho, el sol se había ocultado tras el borde del mundo y el puñado de árboles visible desde las torres proyectaba sombras mucho más largas que su altura.

—Demetrio ya casi ha terminado de adelantar sus máquinas —dijo Sátiro—. Treinta y una máquinas, según mi cuenta.

Lisandro se volvió hacia él.

—No puedes esperar que confirme ese dato, señor.

Sátiro se encogió de hombros.

—Merecía la pena intentarlo. ¿Cómo tienes la vista?

Lisandro enarcó una ceja.

—No como cuando tenía veinte años.

—Echa un vistazo, de todos modos.

Lisandro se asomó a la noche. A sus pies se encontraba la cuarta muralla sur, la que los rodios llamaban el «arco». Discurría en una amplia curva desde las ruinas de la gran torre del mar, retrocediendo casi hasta el borde del ágora, y luego volvía a adelantarse como el brazo de un arco hasta la esquina original con la muralla oeste, donde se alzaba una torre achaparrada cuajada de balistas que nunca había caído en manos de Demetrio. La muralla nueva era la más alta de todas las murallas de escombros de Jubal y la más complicada. Casi toda la ciudad había cavado durante un mes y dispuesto enrejados hechos con vigas para construir los soportes que contendrían los escombros para levantar la muralla.

Al otro lado del «arco» discurría la curva menos profunda de la tercera muralla, con un cordón de piquetes en lo alto, en su mayoría arqueros y ballesteros apostados en posiciones a cubierto. Incluso un niño vería sus puestos desde lo alto de la torre.

—¡Por los dioses, así es como mataste a nuestros francotiradores! —dijo Lisandro.

—Sí —contestó Sátiro—. Te estoy mostrando todos nuestros secretos.

—¿Con qué propósito, señor? —preguntó el espartano. Su acento hizo que Sátiro añorase a Filocles.

—Porque Demetrio tiene que ofrecernos unos términos que podamos aceptar, o de lo contrario lo derrotaremos y su imperio caerá con él. Lo sabes tan bien como yo, Lisandro. Eres un soldado profesional. ¿Cuánto tiempo esperabais que resistiéramos?

Lisandro asintió.

—Díez días.

—Pues ya llevamos unos doscientos. —Sátiro señaló hacia el campamento de Demetrio—. ¿Volverá a luchar alguna vez ese ejército?

Lisandro se encogió de hombros.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Bien. —Sátiro miró por encima del borde de su plataforma y vio, a medio

estadio de distancia, a un hombre que estaba solo en el límite sureste del «arco», sobre los terraplenes contruidos con los escombros de la torre del mar. Alzó su escudo y emitió un, dos, tres destellos.

Jubal respondió con su escudo.

Sátiro se volvió hacia el oficial espartano.

—Despídete de vuestras máquinas —dijo.

Al atardecer, Estratocles subió a la fortificación de la tercera muralla, poniéndose a resguardo tras una de las troneras que los rodios habían construido con canastos llenos de escombros. Lucio la estaba inspeccionando.

—Esos cabrones son innovadores. Eso hay que concedérselo. Está claro que un canasto de rocas sirve para levantar una muralla. Hay que joderse.

Lucio rompió un trozo de canasto. Estratocles observaba la reacción del enemigo a la alarma.

—¿Qué los tiene tan excitados? —preguntó. Observaba con mucha atención, olisqueando el aire.

Lucio negó con la cabeza.

—¿No hueles a humo? —preguntó el ateniense.

—Pues sí —contestó Lucio.

Estratocles estaba mirando detrás de la muralla, hacia el terreno que el día anterior había sido tierra de nadie. Finas volutas de humo se alzaban en un par de lugares.

—¡Fuera de la muralla! —gritó Estratocles. Corrió muralla abajo hacia donde doscientos guardias de Néstor descansaban en formación abierta—. ¡Fuera de la muralla! ¡Retroceded! ¡Alejaos de la muralla!

Se volvió y agarró a Lucio.

—Han minado la tercera muralla. Nuestro objetivo era tomarla; Ares, ahora me doy cuenta. Corre, Lucio, ve en busca de Plistias. Llega hasta Demetrio, si puedes. Dile que estoy sacando a los hombres.

—Te escupirá —dijo Lucio mientras tiraba al suelo su armadura.

—Que se joda. Estos hombres son buenos. Demasiado buenos para morir en balde. ¡Y ahora, corre!

Lucio dejó caer su peto con un estrépito de bronce y echó a correr. Estratocles hizo lo mismo entre los infantes de marina heracleos.

—¡Conmigo! No os molestéis en formar. ¡Alejaos de la maldita muralla, zoquetes! ¡Seguidme!

Las unidades de francotiradores le oyeron y comenzaron a ponerse de pie.

—Ares, es su guarnición entera —dijo un hombre. Estratocles lo agarró y le dio un palmetazo en el yelmo.

—¡Corre! —le chilló.

Los heracleos por fin se estaban moviendo, igual que los ballesteros.

Estratocles corría a través de la tierra de nadie, casi detrás de los últimos de sus hombres. Notaba el suelo caliente bajo los pies.

—Protégenos, Atenea —jadeó.

Los hombres aflojaban el paso al entrar en la batería donde esclavos sudorosos habían aparcado las máquinas del rey. Muchos de esos esclavos seguían tirando de las poleas o cavando, o nivelando el terreno. Allí también se alzaba humo. Su olor preñaba el aire. Y Estratocles de repente se percató de que justo a la derecha del parque de artillería había una roca enorme, pintada de rojo.

—¡Sálvanos, Atenea! —exclamó. Acto seguido le dijo al filarco que tenía más cerca—: ¡Huid! ¡Corred al otro lado de las máquinas!

El hombre lo miró como si estuviera loco. Tal vez lo estuviera. Estaba instando a toda la guarnición a que rindiera la nueva posición avanzada al enemigo.

Justo a la derecha, en un terreno recién despejado, se hallaba el *taxeis* de reserva, dos mil hombres con picas, aguardando para repeler cualquier ataque lanzado contra la recién tomada tercera muralla; su objetivo era dar apoyo a los hombres de encima de esa muralla. Los hombres de Estratocles.

—En nombre del Tártaro y de todos los Titanes, ¿qué estás haciendo, cobarde ateniense? —bramó el *strategos* macedonio.

—Minas. Máquinas bajo su punto de mira. Ataque masivo. Huir o morir —contestó Estratocles entre jadeos.

—Has perdido el juicio —dijo Cleitas. Desenvainó su espada.

—Estúpido ignorante —le espetó Estratocles. Ahora aquel hombre se interponía entre él y la huida—. ¿No notas el suelo? Huele el humo. Mira al enemigo. ¿Acaso eres un crío? —bramó.

El macedonio estaba más interesado en su sentido del honor.

—¿Un crío? —rugió, y dio un mandoblazo a Estratocles con su espada.

Estratocles paró el golpe con el borde del escudo y pasó al otro lado del macedonio.

—¡Zoquete! —le dijo, y huyó a la carrera.

La matemática de un sitio es inexorable. Hay matemática en cualquier forma de guerra, pero las limitaciones de un sitio las ponen de relieve. Los alcances, por ejemplo, son inmutables. Una máquina de guerra tiene un alcance máximo, con independencia de cómo se haya construido. En un campo de batalla, un arma nueva puede sorprender al enemigo, pero dale doscientos días a ese enemigo y sin duda aprenderá a calcular el alcance de dicha arma con un margen de error de menos de un palmo.

Y la matemática de la destrucción es igualmente inexorable. Será preciso un número equis de máquinas con una cantidad equis de carga de proyectiles para deruir una longitud equis de muralla. Y si tienes máquinas que usar, las situarás en ciertas posiciones muy predecibles; predecibles porque tienen un alcance determinado y una carga determinada de proyectiles, y porque el enemigo tiene una muralla de un tipo de construcción y altura determinados.

Estas cosas funcionan como dictadas por un orden divino. Y tal vez sea así. Pero debido a ellas, cuando la tercera muralla cayó, solo había un número determinado de posiciones ajustadas al alcance correcto, apartadas de los escombros y las murallas medio derruidas en las que Demetrio, Plistias y sus oficiales podrían agrupar sus treinta y una máquinas para bombardear la nueva muralla. La muralla nueva y más recia. De hecho, según la nueva e inevitable física de la guerra de asedio, solo había dos lugares que reunieran tales condiciones. Y ambos los señalaban grandes rocas pintadas de rojo.

Sátiro tamborileaba con los dedos en la plataforma de la torre.

En los brazos derecho e izquierdo del «arco», se recorrieron grandes bandas de tela.

—¡Ares! —dijo Lisandro—. Oh, dioses.

En filas ordenadas, como los juguetes de un niño educado, había veinticuatro máquinas nuevas. Jubal no había empleado una máquina contra Demetrio desde la caída de la gran torre del mar.

Cada máquina estaba cargada a tope, con los brazos de lanzamiento tensos contra el armazón y las hondas colgando lacias hasta el suelo.

Cuando se recorrieron las telas, Jubal levantó una antorcha. Se vio claramente en el aire del ocaso. Prendió fuego a la carga de la máquina que tenía más cerca. Otras doce se encendieron a su vez. Y entonces comenzaron a disparar.

En su mayoría lo hicieron simultáneamente, lanzando una descarga cerrada. Unas pocas se retrasaron y al menos una se negó a funcionar. Pero una docena de proyectiles llameantes y otra docena de rocas pesadas volaron, trazando rayas en el aire claro del anochecer.

—¡Ares! —dijo Lisandro otra vez. Y lo hizo en un sollozo.

Los disparos alcanzaban sus objetivos con exactitud. Era sumamente improbable que alguno errara el tiro. Un mes antes, cuando aquel terreno lo controlaban los rodios, habían calculado el alcance de las máquinas. Algunos proyectiles se quedaron cortos, las cuerdas pueden cambiar de torsión en un mes, incluso estando sueltas, pero por lo general alcanzaron sus objetivos a unos pocos largos de brazo de la diana, y el fuego se propagó.

Comenzaron las alarmas, las trompetas atronaron en todas direcciones.

La guarnición rodia se puso en estado de alerta en un repentino movimiento, dos

mil lanzas se irguieron cuando los hoplitas se levantaron de sus escondites de detrás del «arco».

—No sufro escasez de soldados —dijo Sático.

—¡Ares! —respondió Lisandro. Su rostro estaba tan blanco como una armadura ateniense.

Las máquinas lanzaron la segunda descarga, esta vez sin fuego, solo piedras. Algunas máquinas lanzaron canastos de piedras sueltas y otros sacos que se abrían en el aire, otras más lanzaron piedras pesadas, piedras de una mina e incluso de diez minas, cuidadosamente talladas por los canteros.

La tormenta de muerte caía a lo largo de toda la muralla.

El cuerpo de arqueros de la ciudad al completo, todos los sakje y los cretenses, estaban en alerta encima del «arco». Lanzaron una descarga cerrada contra la muralla enemiga, la tercera muralla capturada el día anterior, y luego una segunda descarga y una tercera y una cuarta, un derroche de flechas aparentemente interminable, y finalmente una quinta.

Mientras los recios brazos de las máquinas retrocedían para la tercera andanada, se oyó un rumor grave en el suelo cercano a la segunda muralla: las ruinas de la segunda muralla, bastante por detrás de las máquinas enemigas. Columnas de polvo y humo se elevaron en el aire, algunas surgiendo del suelo como una tormenta de arena, otras subiendo perezosamente como el humo de una hoguera cuando los pastores matan una oveja y se la comen durante un banquete nocturno en las montañas.

—Eso ha sido nuestra mina —dijo Sático.

—Pero están... lejos de...

—Ahora vuestras columnas de apoyo no podrán alcanzar la tercera muralla. Al menos durante un buen rato.

Las llamas de las minas incendiadas se alzaban como los sacrificios de un ejército piadoso o las cabañas de un derrotado; columnas de denso humo negro: cada gota de aceite de oliva de cada almacén de la ciudad más rica del mundo.

Las máquinas dispararon de nuevo; dos docenas de proyectiles pesados, visibles en lo alto de sus parábolas antes de caer como los puños de un dios enojado sobre los aterrorizados falangistas del *taxeis* de turno.

Los arqueros se retiraron de la muralla, y la falange, con sus dos mil efectivos, comenzó a subirla. Quizá fuese un desquicio sobre el terreno, pero visto desde lo alto de la torre dio la impresión de que a todos los hoplitas los moviera la mano de un mismo dios, y los rodios coronaron el «arco» y desfilaron desde el centro de su *taxeis* como los soldados profesionales en que los había convertido el sitio. Descendieron por las rampas del «arco» que Jubal había diseñado, formaron en la explanada que había a los pies de las rampas hasta que los hombres completaron las últimas filas y acto seguido avanzaron a través de los escombros sin que los antigónidas les

disparasen un solo misil.

Los nudillos de Lisandro se veían blancos en la barandilla de la torre.

Una segunda línea de hoplitas apareció en el terreno yermo de detrás del «arco». Se pusieron en posición, con sus lanzas oscilando levemente en la última luz del día, y el sol poniente doró sus puntas y las puntas de hierro y de bronce de los hoplitas de la ciudad y de los remeros, y subieron a la tercera muralla sin toparse con resistencia alguna, cruzándola en lo alto, allí donde Helios falleciera la víspera, para luego bajar por las rampas del otro lado con perfecta precisión; al fin y al cabo, habían estado practicando para aquel momento más de cincuenta veces. Al otro lado de la tercera muralla volvieron a formar y soltaron una gran ovación.

Los brazos de las máquinas ya estaban listos para disparar. Sátiro notó el corazón palpitándole en el pecho. Aquella era la parte en la que él y Jubal no habían estado de acuerdo, y Sátiro había cedido.

En la distancia, dos *taxeis* de veteranos de Demetrio habían formado a la carrera e iniciado su avance. Tenían que apresurarse; la luz de sol que quedaba podía contabilizarse en segundos. Y Demetrio estaba a punto de perder toda su batería de artillería.

Estratocles corrió hasta dar con Plistias.

—¡Alto! —gritó.

El jonio lo miró con curiosidad. La falange estaba formada: cuatro mil hombres.

—Tú eras el vigía de la muralla, tú y tus heracleos —dijo, no en tono acusador pero sí muy serio.

—Les he ordenado que huyan —respondió Estratocles—. La muralla estaba minada; la muralla y las máquinas. Es una trampa.

Plistias miró hacia sus filas, que ya estaban avanzando.

—¿Qué clase de trampa puede resistir a cuatro mil hoplitas?

Estratocles agarró al comandante jonio.

—¿Tengo que suplicarte? ¡Escúchame! He tendido unas cuantas trampas en mi vida, y cuando veo una la reconozco. Y este hombre es muy astuto, Plistias. Sátiro no es el cacique ignorante de un fuerte de las montañas. Sabe que vas a contraatacar con una fuerza abrumadora.

Plistias ya había oído suficiente.

—¡Alto! —gritó con su vozarrón de marino en plena tormenta.

Las primeras filas se vieron presionadas contra las trincheras en llamas mientras Lucio, Estratocles, Plistias de Cos y sus oficiales intentaban hacer que los piqueros retrocedieran.

Resultó más fácil cuando las primeras piedras comenzaron a caer. Caían en silencio, y la primera aplastó a tres hombres y mató a otros con las astillas y la grava

que despidió, tanta fue la fuerza del impacto. Entonces el frente de la unidad de piqueros detuvo su avance.

Estratocles estaba gritándoles que retrocedieran cuando algo le alcanzó la cabeza y cayó...

—Puedes regresar a tu campamento cuando gustes —dijo Sático, poniéndose de pie.

Los rodios habían detenido su avance tras retomar la tercera muralla, y las máquinas ahora disparaban por encima de sus cabezas, descargas de pesadas piedras golpeaban con tanta fuerza que las hondas chasqueaban como relámpagos cuando las máquinas lanzaban en un ángulo bajo, un nuevo tipo de tiro. Sático lo detestaba; a cada disparo, temía que se causaran estragos en las filas rodias, pero Jubal era tan bueno como su palabra.

Grupos de zapadores y exploradores escogidos, sakje, cretenses y algunos de su infantería de marina, se adentraron en aquel infierno para asegurarse de que las máquinas enemigas estuvieran incendiadas.

Se oían chillidos, chillidos espantosos, y gritos allí donde los supervivientes de los canastos de piedras ahora atacaban la tercera muralla, superados en número y con una cortina de fuego a sus espaldas.

Fue una carnicería. Un *taxeis* entero quedó atrapado entre el fuego y la falange rodia que se abatía sobre ellos en un ataque sin cuartel.

Aquello tendría que haber hecho sonreír a Sático. Salvo que se hubiese equivocado en sus cálculos, el sitio estaba a punto de finalizar.

En cambio, hizo que se sintiera cansado.

Contempló el lanzamiento de otra descarga de rocas y se volvió.

Lisandro trataba de mantener la calma pero tenía el rostro húmedo.

—Detesto los sitios, mi señor —dijo.

—Yo también —respondió Sático—. Y este es mi primero. —Respiró profundamente—. Traslada a Demetrio mi solicitud de que encuentre un modo para poner fin al sitio. Y mi ofrecimiento de una tregua de tres días. La necesitará para recuperar a sus muertos. Vuestros muertos.

—Y tú erigirás otro trofeo —dijo Lisandro.

Sático negó con la cabeza.

—El trofeo fue una provocación, señor. Ahora ya no estamos para trofeos.

No habiendo participado en el combate, Sático se sentía curiosamente solo mientras deambulaba durante la celebración de la victoria, pero Apolodoro le quitó hierro al asunto.

—No hubo combate. No seas burro. ¡Bebe! —dijo, poniendo su copa de asta en las manos de Sátiro.

Menón abrazó a Jubal y luego a Sátiro.

—Nuestra ágora tendrá estatuas de vosotros dos —dijo—. Por la mañana le veremos escabullirse con el rabo entre las piernas. Por todos los dioses, Sátiro, qué victoria.

Demófilo fue cauto al aproximarse, temeroso de que Sátiro fuera a burlarse de él, pero Sátiro no sentía rencor por nadie esa noche. Fue al encuentro de Demófilo y lo abrazó.

—Olvídalo —dijo—. Vencimos.

El demócrata asintió.

—Es verdad. No confié en ti, y tendría que haberlo hecho.

Sátiro negó con la cabeza.

—El poder corrompe.

Pero no lograba sacudirse la sensación de que el precio había sido demasiado alto, y de que la masacre de un *taxeis* quizá no zanjaría el asunto. Echaba de menos a Helios cada vez que daba media vuelta. Le entristecía haberse convertido en un hombre que extrañaba más a su hipaspista que a su timonel, o que a un hombre que lo había seguido durante años, o que a sus amigos de infancia: Jenofonte había caído a su lado y Dionisio había muerto en una tormenta, y él apenas pensaba en ellos.

Bebió más vino y anduvo entre las filas de hogueras, insatisfecho, sin ganas de compañía. Recorrió las murallas a solas, sorprendiendo a los centinelas de las torres de la muralla occidental, saludando a cansados mercenarios a lo largo del «arco» y de la casi desierta muralla marítima.

El paseo hizo que se sintiera mejor. Llegó a la calle que había sido la Avenida de Poseidón, donde antes se levantaba el templo de Poseidón, y encontró a un grupo de sakje en cuclillas en el suelo embaldosado de la tribuna del templo, donde se había reunido una vez el almirantazgo rodio; un suelo cuyas baldosas reproducían el mediterráneo oriental, con las islas destacadas en blanco sobre un mar azul oscuro, entre las que Rodas estaba señalada con una rosa de oro. Los sakje habían barrido el suelo y establecido allí un pequeño campamento; una veintena de guerreros jóvenes, hombres y mujeres. Sátiro olía el humo de su tienda de cuero de fumar, un aroma fuerte como de quemar pinaza, pero más acre.

—¡El hijo de Kineas! —gritó uno de los jóvenes, y al cabo de nada se vio rodeado. Y rio con ellos, y fumó en la tienda porque lo desafiaron a hacerlo, y se marchó a trompicones mientras ellos se partían de risa. Sátiro también se rio.

—*Todavía no has terminado* —dijo Filocles. Su preceptor espartano estaba cómodamente sentado sobre unos cimientos en ruinas y se cubría los hombros con la piel de león de Heracles.

—¡Maestro! —dijo Sático, y lanzó sus brazos al cuello de Filocles—. ¡Estás muerto! —balbució.

—*Represento algo que es muy difícil de matar* —dijo Filocles riendo.

Allí no había nadie.

Sático caminó por las baldosas hasta donde antes se alzaba el altar a Poseidón. El pesado plinto de mármol ahora estaba cuidadosamente enterrado, protegido de la destrucción sin sentido del sitio, pero los dioses estaban cerca y Sático podía sentir su presencia. Abrió los brazos.

—Señor Poseidón, señor Heracles y todos los dioses: ciento ochenta días hemos resistido este sitio con esta ciudad y todos mis amigos. Ahora libradnos. ¿Qué ciudad, desde Troya, ha resistido tan dura prueba? ¿Tenemos que ser humillados? No somos tan orgullosos.

—Eso parece más una exigencia que una plegaria —dijo Miriam a sus espaldas.

Sático permaneció en actitud de plegaria unos instantes, anhelando una respuesta con toda su alma. Y su inmenso regocijo ante el sonido de la voz de Miriam fue parado como un mandoble contra un buen escudo por su promesa a Abraham y la presencia de los dioses, y su propia falta de control: lo que había fumado lo había situado completamente en otro plano.

Si los dioses tenían una respuesta que dar, no le dieron voz.

Sático bajó los brazos. Le dolía el cuello, hizo girar la cabeza y se volvió para mirar a Miriam a los ojos.

Miriam todavía llevaba armadura, la de algún esbelto efebo que había dado su vida por su ciudad, pues la herida de lanza que le había quitado la vida y manchado de marrón oscuro el coselete de lino y cuero blanco era evidente. No obstante le sentaba bien; las hombreras se le apoyaban firmemente en la ancha espalda y la base del coselete se apoyaba en sus caderas como si lo hubiesen hecho para ella. Su corto quitón militar mostraba sus piernas a la luz de la luna, piernas que siempre serían demasiado largas en un hombre, por más atlético que fuera.

—Me alegra que estuvieras en la última fila —dijo Sático sonriendo—. Cualquier macedonio que hubiese visto tus piernas se habría olido nuestra artimaña de inmediato.

—Me encantó —respondió Miriam—. Ay, podría convertirme en Melita. Ser una con la falange...

Sático se rio.

—No me esperaba que te gustase.

Miriam se sentó.

—Es lo mismo que me dijo Anaxágoras. Y parecía tan decepcionado conmigo como tú. Creía que tú lo entenderías.

Sático hizo girar los hombros.

—Claro que lo entiendo. Pero pienso que mi sorpresa es perdonable. Me sorprende que pueda gustarle a alguien. Me sorprende que le guste a Anaxágoras.

—A ti te gusta —dijo Miriam.

Sátiro negó con la cabeza.

—No especialmente.

Miriam soltó una carcajada avinagrada.

—Pareces una chica tratando de granjearse cumplidos.

Sátiro se sentó a su lado.

—Asunto en el que me figuro tendrás cierta experiencia.

Miriam negó con la cabeza.

—Quiero saber si esto no es más que una pose. ¿Realmente no te gusta la lucha? ¿El combate?

Sátiro se encogió de hombros.

—Si quieres una respuesta cabal, no estoy de humor para dártela, cariño. Estoy lleno de vino, viejas preocupaciones y humo, y si tus labios tocan los míos te poseeré aquí mismo, con armadura y todo. ¿Esto es suficientemente sincero para ti?

Miriam lo miró. Fue una mirada desapasionada, en absoluto insinuante.

Sátiro se recostó, acomodando las escamas de su coraza contra las piedras que tenía detrás.

—Me encanta lo bueno que soy combatiendo; en eso soy como tu bella jovencita, la que adora mirar su propio reflejo y se deleita con la admiración de todos los muchachos del ágora.

Miriam se rio.

—Veo que has conocido a unas cuantas chicas.

—A una o dos. Pero cariño, cuando el poder enviado por los dioses se desvanece, me encuentro con uno o dos amigos muertos y yo estoy cubierto de sangre de otros hombres, o inconsciente a causa de una herida. Y a veces, cuando el vino me cae mal, debo recordar que cada hombre que he enviado al Hades tenía una vida como la mía; amor y odio, vino y aceitunas. Y Aquiles dice:

*Mejor esclavo de un mal amo
que rey entre los muertos.*

»Ya están muertos cuando los mato. Y en el combate siguiente, o en el que venga después, el muerto seré yo. Y cuando te miro, cuando toco música con Anaxágoras, no puedo evitar ver que hay cosas mejores. —Respiró profundamente y todo lo que inhaló fue ella: jazmín y sudor femenino—. No es una competición en la palestra. Lo que quiero decir...

Estaba tan cerca de ella que podía verle los poros de la piel, la mancha de aceite

oscuro debajo del ojo derecho, el rastro de cosméticos limpiados con prisa.

Sus labios le llenaban la cabeza tal como puede hacerlo la espada de un adversario. No veía otra cosa y no deseaba otra cosa.

Sería fácil rendirse a ella, y sería fácil romper su juramento a Abraham... que yacía enfermo en una tienda.

Sátiro se levantó, con una dolorosa erección contra la pierna, avergonzado de su debilidad y de sus estúpidos escrúpulos morales. Deseaba a Miriam como nunca había deseado a otra mujer. El frío ojo de la luz quizá le diría que era una mujer desgredada y sin hogar, flaca por la malnutrición, sucia de la batalla y vestida con el quitón y la armadura de un muchacho muerto, pero lo único que Sátiro veía era la perfección de las líneas de sus labios, la separación entre los ojos, el bulto del pecho cuando levantaba los brazos para arreglarse el pelo, sus clavículas, sus piernas...

—Hice una promesa a tu hermano —dijo con abatimiento, retrocediendo como si tuviera una daga en el cuello.

—Yo también —contestó Miriam. Se rio. Fue una reacción incongruente. Se tapó la boca, doblada de risa—. Menandro no podría haber escrito una comedia mejor, Sátiro.

—Me figuro que la habría hecho más divertida —respondió Sátiro. Se sentó en otra piedra.

Ella se arregló el pelo, tomándose su tiempo.

—Una vez me dijeron que esta es la postura más estética que puede adoptar una mujer —dijo Miriam.

—No sabría qué decir —dijo Sátiro—. Ahora mismo, todas me parecen semejantes.

Miriam soltó una risita y habló en voz baja:

—Desde luego haces los mejores cumplidos.

Sátiro sonrió para sus adentros.

—¿Tienes algo de vino? —preguntó.

Miriam negó con la cabeza.

—Traeré un poco —dijo Sátiro.

—Aguardaré aquí —respondió ella.

Sátiro desanduvo lo andado a través del templo en ruinas hasta donde estaba el grupo de jóvenes sakje. Dos estaban copulando; algunos de los demás los miraban o daban sugerencias, aunque sin levantar la voz. Los sakje nunca armaban jaleo en sus campamentos durante la noche.

—¿Tenéis un odre de vino? —preguntó Sátiro, apartando los ojos. Prefería no ver el rostro extático de la muchacha, que en aquel momento estaba encima de su compañero.

—¡Ja! —Scopasis se levantó del suelo, donde estaba tendido sobre una piel de

animal, riendo entre dientes—. Sátiro, hijo de Kineas, yo tengo vino para compartir.

Sátiro señaló hacia la oscuridad.

—Tengo... a una muchacha.

Scopasis sonrió enigmáticamente.

—Yo también. Te daré la mitad de lo que tengo. —Sacó un odre, un odre que parecía emanar cierto hedor, y bebió un buen trago; luego vertió un poco en la boca de su compañera y otro poco en un cuenco. Entonces le lanzó el odre a Sátiro—. Bebe a mi salud cuando muera, Sátiro hijo de Kineas.

La muchacha sakje respiraba deprisa, pesada y rítmicamente al otro lado de la pequeña fogata. Levantó la cara, miró con la mirada perdida la noche otoñal y dio un chillido en voz baja.

Sátiro cogió el odre al vuelo.

—Los dioses te bendigan, Scopasis —dijo. Regresó entre las ruinas, dando traspies. La muchacha volvió a chillar y su hombre rio; un sonido grave y feliz.

Sátiro se sentó junto a Miriam, que se había desabrochado y quitado la armadura. Estaba todo lo desnuda que pueda estar una persona, llevando una sola capa de fina lana que la cubría hasta las caderas.

—Tengo frío —dijo—. Dame tu manto y siéntate cerca.

Sátiro desabrochó los lazos de sus espaldas, se tumbó para sacarse la coraza y se sintió más ligero y más joven. Se sentó al lado de Miriam, hombro con hombro, y los dos se taparon con su clámide.

Le pasó el odre de vino y Miriam arrugó la nariz.

—El cuero no está curtido. Los sakje piensan que así se conserva mejor el sabor del vino. Dentro hay un estómago de oveja. Pero los sakje lo beben así.

Levantó el odre con destreza y un hilo de vino cayó del cuello del odre a sus labios.

Miriam alargó el brazo hacia el odre y Sátiro negó con la cabeza.

—Que no se derrame. Levanta la boca.

Lo hizo, y Sátiro vertió vino con cuidado en ella.

Miriam resopló.

—¡Es vino sin aguar! —dijo—. Y bastante bueno, por cierto.

—Los sakje nunca beben vino malo. Pero bebe con moderación, lleva algo mezclado. Amapola o loto o semillas de cáñamo. Cilantro. Y otras cosas. —Sátiro bebió otro trago—. Los sakje no creen en la moderación.

El hombre que copulaba junto a la fogata estaba gimiendo.

—Ya lo veo —dijo Miriam. Tomó el odre y bebió, dejando una línea de gotas en el borde de la clámide de Sátiro. Ambos rieron.

—Uno de los dos debería irse —dijo Sátiro al cabo de un rato, cuando se hubieron dormido con la cabeza de Miriam apoyada en su hombro.

—¿Por qué? —preguntó Miriam—. Cumpliré mi promesa, pero preferiría cumplirla contigo a mi lado.

Sátiro sonrió.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó.

—Pregúntamelo cuando el sitio haya terminado —contestó Miriam—. Estamos viviendo en un mundo de héroes y horrores, no en el mundo real. Cuando despiertes, seré una judía escuálida con la boca muy grande, y tú serás un heleno impío que necesitará un matrimonio dinástico. Pero contaré a mis nietas que podría haber sido reina...

Sátiro metió una mano debajo de la clámide y, con todos los años de hermandad y entrenamiento marcial hincó el pulgar en la axila de Miriam, haciéndole dar un salto y chillar.

—¡Tienes cosquillas! —dijo, encantado.

—Ajá —respondió Miriam.

Sátiro se durmió con ella tumbada encima de él para darse calor, más abrazada que cualquier otra amante con la que hubiera dormido hasta entonces... sin romper el juramento. Y despertó con sus ojos en los suyos a la luz de un nuevo día. Miriam frotó la punta de la nariz contra la de Sátiro, le estrechó los dedos y sus labios acariciaron los suyos... y se levantó de un salto.

—Un nuevo día —dijo Miriam.

Libro V

La destructora de ciudades

La delegación ateniense bien podía haber sido escogida adrede para discutir en detrimento de su ciudad, o eso le pareció a Estratocles.

—Debéis explicar al rey las duras presiones que está soportando Atenas —dijo Estratocles una vez más.

—No queremos parecer mendigos —dijo Demócrates—. No, eso no sería conveniente.

—Representamos a uno de los estados más poderosos del círculo del mar —apostilló Milcíades *el Joven*—. No sería apropiado que apareciéramos como suplicantes.

—No, no —repitió un coro de aristócratas ancianos. Faltó poco para que Estratocles se arrancara la barba.

—¿Creéis que el rey Demetrio el Rubio vendrá a preguntaros si puede enviar tropas en apoyo de vuestra ciudad?

Milcíades asintió.

—Bien expresado. Así es como debería ser exactamente.

—Eso preservaría la dignidad de nuestra ciudad —terció Demócrates.

—¡No hay dignidad que valga en una ciudad saqueada por un conquistador! —respondió Estratocles. Aquellos hombres lo consternaban, eran los restos de la *areopagitika*, la peor clase de oradores. Ellos mismos le habían dicho que las fuerzas de Casandro estaban a las puertas de la ciudad. Que los olivares del Ática estaban en llamas.

Demócrates miró a Estratocles como si fuese una inmundicia.

—Nunca lo entenderás, joven. Llevamos en el corazón lo que es mejor para la ciudad. Representamos a las mejores familias. No hemos cambiado al tirano Demetrio de Falero por un nuevo amo. Nuestra ciudad debe tener sus propios gobernantes; hombres buenos, de buenas familias.

—Sabemos de sobra cómo gobernar —dijo el coro de aduladores añosos.

En la puerta de la tienda, Lucio *el Latino* rio entre dientes y se tiró un pedo.

Estratocles estaba demasiado enojado para razonar.

—Sois un hatajo de ancianos idiotas —dijo.

Con eso consiguió silencio, por lo menos.

—Debéis ir ante Demetrio el Rubio como suplicantes; ¡como auténticos mendigos, porque eso es lo que somos! ¡Y no tendría que preocuparnos si la sagrada Atenas está sitiada! Que Atenea me maldiga si miento; he presenciado seis meses de sitio en este lugar. Vosotros, caballeros, no tenéis idea de lo que ha resistido Rodas, pero os aseguro que no queréis que esto se repita en Atenas. No querréis a vuestras doncellas violadas, vuestras tierras quemadas, la Acrópolis derruida ante vuestros propios ojos o incendiada como la incendiaron los persas. Salvaos, dejad que os ayude. Id a ver a Demetrio con una soga al cuello y suplicadle que levante el sitio

aquí y que envíe tropas a Atenas antes de que sea demasiado tarde.

Su arenga fue acogida por un anonadado silencio. Por un instante, solo un instante, pensó que los había convencido.

—Eres muy apasionado —dijo Demócrates—, pero no tienes idea de cómo negocian las grandes naciones.

Por un instante, Estratocles se planteó si matarlo. Durante diez años había servido a Atenas; servido en secreto, oculto en las sombras, reuniendo información, dinero y mercenarios. Había servido con Casandro y con el Tirano, Demetrio de Falero, con Dionisio de Heraclea, con Antígono el Tuerto, con Tolomeo y con Demetrio el Rubio, cambiando de bando como la brisa cambiante de un día nublado en el mar, todo ello por el bien de Atenas.

Y aquellos viejos idiotas iban a tirarlo todo por la borda.

La ira lo cegó un momento, quizá quince segundos.

El coro parloteaba.

Demócrates dijo algo que se perdió en su cólera.

Cuando fue capaz de verlos, se estaban apartando de él hacia los rincones de la tienda y él empuñaba una espada. Respiró profundamente. Y pronunció las palabras que Atenea le susurró al oído.

—Por más bella que sea una mujer —dijo—, no tendrá pretendientes si permanece encerrada en casa. Vosotros, caballeros, sois idiotas. Quedaos encerrados en esta tienda, si queréis. Yo me esforzaré por salvar nuestra ciudad sin vosotros.

Derecho del coro de viejos inútiles a la tienda de su señora, Estratocles entró sin anunciarse y pasando entre sus doncellas, que chillaron. La encontró sentada en una banqueta, leyendo.

—Haz el equipaje, Despoina —dijo—. Tienes que marcharte... enseguida.

Ella se incorporó. Enarcó una ceja.

—Nunca hubiese esperado este grado de impertinencia por tu parte —comenzó.

Estratocles le pegó. No fue un golpe fuerte, solo un amago de bofetada... pero en la cara. La impresión la tiró al suelo y soltó un grito.

—Despierta, Despoina. —Estratocles se avergonzaba de haberla pegado pero había hecho cosas peores—. Demetrio se hunde. Ahora, pronto, dentro de un año, quizá dentro de cinco. Apostó aquí, ha perdido mucho y tú estás perdiendo el tiempo. Tenemos que reducir nuestras pérdidas, salvar a nuestros mejores soldados y largarnos... y poner unas cuantas piezas nuevas sobre el tablero.

Recostada en el suelo, lo miraba ofendida con los ojos muy abiertos.

—Me has pegado.

—Necesitabas esa bofetada. —La voz de Estratocles era dura, y su semblante, adusto—. Te he servido bien, tan bien como soy capaz de hacerlo, y pronto tendré

que dejarte. Me equivoqué en mis cálculos, Despoina. Demetrio o perderá aquí, o sufrirá tantas pérdidas que destruirá el mejor ejército de su padre. Tú tienes alternativas. Ha llegado el momento de utilizarlas.

—¿Me abandonarías? —preguntó ella.

—Mi ciudad está amenazada, Despoina. Nunca te he ocultado cuál era mi primera lealtad. De hecho, tengo intención de utilizarte para salvar mi ciudad y de usar mi ciudad para salvarte, todo en una sola tirada de dados. Ahora, por favor, olvida tus renuencias y obedece.

Ella se puso de pie.

—Nunca te había visto así. Quizá me guste.

Estratocles negó con la cabeza.

—Mis disculpas por la bofetada. No tengo ningún interés en convertirme en tu amo, Despoina; tengo prisa. Haz el equipaje. Enseguida.

—Lo haré —contestó ella, un tanto maravillada—. ¿Debo dejar...

—Sí —interrumpió él—. Deja todo lo que no sea oro.

Asintió bruscamente y dio media vuelta para irse.

Ella correspondió a su sonrisa, haciendo de tripas corazón.

—Ahora mismo me pongo. ¿Tan mal están las cosas? ¿Podremos salvarme a mí y a tu ciudad?

Estratocles asintió.

—Si es voluntad de los dioses.

Estratocles encontró a Lisandro en la gran tienda roja donde los hombres aguardaban a ser recibidos por Demetrio el Rubio. El espartano le agarró el brazo cuando entró.

—Sátiro hijo de Kineas me pidió que te saludara de su parte —dijo.

Todas las cabezas de la tienda se volvieron pese a que Lisandro había intentado hablar en voz baja. Aquel nombre estaba cargado de fuerza. Estratocles asintió.

—Le viste —dijo.

—Fui su prisionero durante un día y una noche —contestó Lisandro.

Estratocles asintió de nuevo.

—¿Está bien? —preguntó.

—Tiene seis mil hoplitas. —Lisandro negó con la cabeza—. Tiene menos enfermos que nosotros. ¿Cómo es posible que tuviera tantos hombres? Comenzó el sitio con seis mil. —El espartano miró al suelo—. He pedido que estuvieras presente porque tú conoces a ese hombre.

Estratocles asintió por tercera vez. Un cortesano se aproximaba.

—Bien, gracias por la advertencia —dijo.

Demetrio estaba sentado en una tienda púrpura de lino y lana con tapices en las

paredes, escenas del sitio de Troya, hechos con aguja y telar, decorados con bordados en hilo de oro y de plata. Ocupaba un trono de marfil dispuesto sobre un suelo de pieles de león, y lucía su armadura de oro encima de un immaculado quitón de lana blanco. Plistias de Cos estaba de pie a su derecha. El jonio hizo una reverencia; un tanto sardónica, le pareció a Estratocles.

—Estratocles de Atenas —dijo Demetrio, asintiendo.

—Señor Rey —respondió Estratocles con una reverencia.

—Háblame sobre esa delegación de Atenas, Estratocles.

Demetrio no parecía un hombre que acabara de perder a dos mil soldados de élite. Parecía la estatua de marfil y oro de un templo.

—Viejos chiflados, señor. Hombres a quienes Pericles hubiese llamado *idiotes*, adeptos del partidismo. —Estratocles abrió los brazos—. Es solo mi opinión —dijo, para provocar la risa del rey. Lo consiguió.

—Por favor, ateniense, dime lo que realmente piensas —dijo el rey, riendo entre dientes. Pero Estratocles se negó a hacer el payaso.

—Te lo diré, señor rey. Pienso que Casandro amenaza seriamente a Atenas. Pienso que te arriesgas a perder Grecia, el Ática y el Peloponeso, salvo si tú o tu padre podéis actuar deprisa. Casandro está a las puertas de Atenas, señor.

Demetrio asintió.

—Eso me han dicho, Estratocles. Pero los sitios requieren tiempo. ¿Quién lo sabrá mejor que yo, eh? —Se rio—. Atenas resistirá y, a mi manera, me encanta saber dónde está el sinvergüenza de Casandro. Si está en el Ática emboscando a Atenas, no me está perjudicando en otra parte. —Demetrio sonrió—. Grecia es el pasado, ateniense, el futuro está en Asia y Egipto.

La atención del rey abandonó al ateniense y se posó como el *aegis* sobre los hombros de Lisandro.

—Fuiste prisionero de los rodios —dijo. Su voz era meliflua, e hizo temblar a Estratocles.

Había sido descartado; él y su ciudad.

—Sí, señor —contestó Lisandro.

—¿Y? —preguntó Demetrio.

—Sátiro hijo de Kineas envía sus saludos —dijo Lisandro—. Te ofrece una tregua de tres días para recoger a tus muertos. Dice que no erigirá un trofeo. Y pide que propongas los términos para poner fin a este sitio.

Demetrio tenía un bastón de mando de marfil con la punta de oro; la clase de bastón que a menudo llevaba Hermes y que Hefesto había hecho para Atreo. Jugeteaba con él.

—Es muy gentil, mi Héctor. ¿Qué opinas tú, joven espartano?

Lisandro negó con la cabeza.

—¿Puedo contarte un cuento, señor?

—Como gustes —respondió Demetrio.

—Señor, su consejo se reunió ayer, después de su victoria. Y uno de los consejeros exigió que se derribaran las estatuas de ti y de tu padre que hay en la ciudad, convirtiéndolas en escombros para rellenar las fortificaciones. Pero Sátiro — el espartano hizo una pausa— dijo que estaban siendo cortos de miras. Y las estatuas fueron limpiadas y honradas.

Demetrio sonrió.

—Eres demasiado sutil para mí, amigo espartano.

—Desean la paz —dijo Lisandro—. Lucharán para impedir su extinción, pero aceptarán cualesquiera términos honorables. En la ciudad padecen la misma enfermedad que nosotros en nuestro campamento. Están flacos como alambres. Proponles cualquier clase de condiciones y se rendirán.

Demetrio los miró. Sonrió como un joven dios.

—Condiciones. Un acuerdo. Negociado. Hombres sentados en torno a una mesa, discutiendo. —Negó con la cabeza—. ¿Cuántos hoplitas le quedan a mi joven Héctor?

—Yo vi seis mil —contestó Lisandro.

—Señor Ares, ¿tantos? —Demetrio sonrió—. Lo amo por su resistencia. ¡Seis meses o más!

Sonrió de nuevo y Estratocles, que había conocido a Casandro y a Antígono, no pudo evitar estremecerse.

—Nosotros tenemos treinta mil —dijo Plistias—. El doble si armamos a los remeros.

Demetrio sonrió con los ojos brillantes.

—No nos jactemos. Ofende a los dioses. Pero tenemos soldados. Y el resto de los piratas; todavía quedan unos miles.

—Son los más afectados por la fiebre —admitió Plistias—. Y carecen de disciplina.

—Pero sospecho que pueden usarse como escudos contra las flechas al menos una vez cada uno —dijo Demetrio a la ligera.

—Mi señor —protestó Plistias.

—Seguro que nadie tendrá inconveniente en que exterminemos a los piratas, ¿no? —preguntó Demetrio afablemente—. Sin duda es un acto moral.

Plistias titubeó.

—Vinieron como aliados.

—Podemos enterrarlos como aliados. ¿Cómo vamos de provisiones, navarco? ¿Tenemos provisiones? —preguntó Demetrio en tono de burla.

—En efecto. Comida para otros seis meses, si es preciso. Aunque estamos

perdiendo naves —contestó Plistias vacilante. A nadie le gustaba dar malas noticias a Demetrio.

—Tenemos un nuevo cargamento de madera del continente. Tenemos las naves que podemos desguazar para obtener madera. Contamos con hierro y bronce y oro y plata, además, y lo más importante, contamos con mi voluntad. —Demetrio se puso de pie—. Tus rodios desean la paz. Condiciones. Pues que tengan las mismas condiciones que tuvo Troya. Conocerán la paz cuando los perros hayan dado cuenta de sus cadáveres.

Lisandro tragó saliva.

—Sí, señor.

—Ve a decírselo de mi parte —ordenó Demetrio, dedicándole una sonrisa.

—Sí, señor —contestó el mercenario, e hizo una reverencia.

—No regreses. Si tanto aprecio les tienes, puedes morir con ellos.

Demetrio inclinó la cabeza, dando el asunto por zanjado.

Lisandro era espartano. Salió de la tienda con la espalda erguida.

Los ojos de Demetrio se volvieron hacia Estratocles.

—¿Y tú? —preguntó.

Estratocles adoptó un aire despectivo.

—Bueno, desde luego no quiero unirme a los condenados —dijo con suma honestidad—. Como tampoco soy amigo de Sátiro hijo de Kineas.

Demetrio asintió.

—Tu sinceridad siempre me refresca, ateniense. Si fueras menos feo, podrías estar a mi derecha.

Estratocles antes hubiera torcido el gesto ante tales comentarios, pero la edad lo había vuelto realista.

—Si fuese más guapo, quizá, señor.

—¿Debo suplicar tu consejo? —preguntó Demetrio.

—Sabes bien cuál es mi consejo, señor. Obtén las mejores condiciones que puedas, carga a tu ejército en tu flota, aplasta a Tolomeo en Cos o en Lesbos y cae sobre Casandro como un rayo del cielo.

Demetrio miró fijamente a los ojos de Estratocles.

Pocos hombres eran capaces de sostenerle la mirada más tiempo del que precisa un hombre para respirar profundamente, Estratocles ni siquiera pestañeó.

—Tienes una voluntad férrea, ateniense —dijo Demetrio, sin mover los ojos.

—Soy un hombre testarudo —respondió Estratocles. Tendría que desviar la mirada porque hacer lo contrario equivaldría a desafiar al rey. Y aquel hombre estaba loco; al menos en esos momentos. Pero no deseaba hacerlo. Deseaba, aunque solo fuese una vez, decir a los poderosos del mundo que se jodieran.

No obstante, su sentido político se impuso a su cólera; una cólera que parecía

estar a punto de estallar, debajo de las apariencias. Tal vez se debiera al desperdicio de todos sus esfuerzos.

Pestañeó.

Demetrio rio entre dientes, victorioso.

—Deseo pedir un favor —dijo Estratocles.

Demetrio frunció los labios y asintió.

—Lo que quieras, mientras sea razonable.

Estratocles se rascó la barba.

—Quiero armar un trirreme y echar un vistazo a su puerto. Creo que han trasladado las máquinas, todas ellas, a la muralla sur. Necesitas un buen capitán y una tripulación de su confianza.

Plistias miró a Estratocles con renovado respeto.

—¿Harías eso?

Demetrio se rio.

—Plistias piensa que eres un cobarde que abandonó la tercera muralla. Yo no soy tan tonto. Debería recompensarte por salvar a tantos soldados; Cleitas chocheaba, perdido en las glorias del pasado. ¿Pretendes demostrarme lo que vales?

Estratocles sonrió.

—Sí. Verás exactamente quién soy.

Demetrio asintió.

—Elije la nave que prefieras.

Ciento noventa y tres días de sitio. Amanecer otoñal, un cielo frío y duro con nubes altas que presagian vientos fuertes, una mañana rojiza que quizás obligue a los marineros a buscar refugio.

Un único casco negro zarpó de la playa y se deslizó sigilosamente a lo largo de la orilla con las primeras luces, amortiguando el ruido de sus remos. Demetrio fue a grandes zancadas más allá de la zona de construcción, donde se estaban construyendo cincuenta máquinas nuevas y un enorme armazón. A sus espaldas, enmarcándole la cabeza, una rueda de madera del tamaño de un elefante se alzaba imponente, con remaches de hierro. Cien herreros ya se habían levantado y martilleaban el metal. Demetrio sonrió al ver el trabajo.

—Cuando te vean —dijo al aire—, conocerán mi poder.

Plistias y los dos matemáticos que habían hecho los cálculos para las máquinas nuevas le seguían por la arena.

—Cuando la vean —dijo Ctesibio con gran osadía—, se rendirán.

Demetrio estaba observando la nave negra que avanzaba ante la playa.

—No quiero que se rindan —dijo—. Troya no se rindió. Quiero que mueran.

La nave comenzó a ganar velocidad.

—Manda a un chico a buscar a la encantadora Amastris de Heraclea —dijo Demetrio—. Le gustará ver a su horrible campeón en acción.

—Desde luego sabe gobernar una nave —dijo Plistias.

Un esclavo echó a correr por la arena.

—¿Cuán alta será? —preguntó Demetrio, mirando los montantes inclinados, grandes vigas de roble de Epiro.

—Más alta que la pirámide de Quíos —contestó Ctesibio.

Demetrio sonrió de oreja a oreja.

—Estupendo. —Escuchó el ruido de cien martillos golpeando cien yunques—. Estupendo.

El esclavo regresó y habló con un oficial del estado mayor, que a su vez habló con Filipo el Macedonio, que miró a su alrededor como un loco.

—¿Y bien? —preguntó Demetrio. Tenía olfato para la debilidad.

—Mi señor, Amastris no está en su tienda. Y sus doncellas, tampoco. —Filipo tomó aire—. Y sus soldados no están en sus tiendas.

La nave de casco negro de Estratocles corría a lo largo del malecón y viró como el gran tambor de una máquina de guerra, como guiado por piñones y poleas, entrando en el puerto.

Se deslizó junto al malecón y comenzaron a volar proyectiles. No muchos, pero los suficientes para que resonaran como inmensos martillos contra un gran tambor cuando un par de ellos alcanzó su nave.

Volvió a virar, los remeros de babor metieron sus remos mientras la banda de babor pasaba rozando los cascos atracados para cubrir la muralla del mar. Muchos de ellos habían sido incendiados pero en el puerto interior había naves intactas que ahora cubrían sus movimientos en el interior del puerto.

Los rodios no habían tenido tiempo de calentar proyectiles y habían trasladado muchas de sus máquinas, pero la nave de Estratocles fue alcanzada, y alcanzada con fuerza. Retembló, aminoró la marcha y volvió a ser alcanzada, pero los remeros no perdieron el juicio, y por fin Estratocles viró hacia la bocana del puerto.

—Buen trabajo —dijo Plistias a regañadientes.

La nave negra salió disparada por la bocana del puerto.

Estratocles estaba pálido en la popa, con las manos en los remos de gobierno y una astilla de roble blanco clavada en su muslo izquierdo de tal modo que la sangre manaba y se encharcaba a sus pies. Había hombres muertos por toda la cubierta, y más muertos en las cubiertas inferiores de remo, donde los proyectiles habían atravesado los frágiles tablones.

Pero la nave estaba intacta, y él se hallaba quince minutos a barlovento de la flota de Demetrio, y casi toda su tripulación de cubierta seguía viva. Amastris, valiente

como una leona, se había negado a refugiarse abajo y ahora tenía una astilla clavada en la mano izquierda, pese a lo cual aguardaba lacónica, con la sangre manchándole el quitón mientras sus doncellas chillaban.

—Hazlas callar —dijo Estratocles con sequedad.

—¡Arráncamela! —dijo Amastris a su doncella pelirroja.

La celta no estaba gritando. Le arrancó la astilla con un movimiento suave. Amastris chilló una vez, se desplomó sobre la cubierta y apoyó la espalda contra el palo mayor.

—Vela de proa —gritó Estratocles hacia cubierta, y Lucio pasó la orden al maestro marinero en funciones. Engancharon la vela a la driza, dos marineros cortaron los rizos, liberándola, y el viento la hinchó de inmediato.

Una doncella gritó. Amastris le dio un cachete.

—Callaos todas de una vez. Tú —dijo a la muchacha celta.

—Sí, Despoina —contestó.

—Eres libre —le anunció Amastris—. Eres demasiado valiente para ser esclava. Y además nunca me calientas la leche como es debido.

Las defensas lanzaron un último proyectil; un tiro largo, un proyectil ligero que rozó las crestas de las olas y adelantó a la nave cuando esta viraba con el viento, abatiendo la proa.

Rodas se hundía en el horizonte de popa.

—Somos libres —dijo Estratocles—. Adiós, Rey Rubio.

Amastris lo besó. Lucio le dio una palmada en la espalda.

—Buen trabajo —dijo—. Ahora tiéndete y deja que te salve la pierna.

Estratocles de repente fue consciente de un dolor atroz, oyó un zumbido... y se desvaneció.

Capítulo 30

Día ciento noventa y siguientes

La caída de la moral cuando quedó claro que Demetrio no tenía intención de levantar el sitio fue tan grande que Sátiro pensó que la ciudad caería ante cualquier asalto.

El tiempo refrescó, era demasiado tarde para esperar la llegada de refuerzos por mar y el hambre comenzó a acechar a la guarnición. No quedaba una gota de aceite, el vino iba a un dracma el sorbo y el racionamiento de grano se recortó a tres cuartos de medida, y luego a la mitad, para todos los ciudadanos.

Dos semanas después de la batalla en la tercera muralla, las mujeres lo maldecían por la calle.

Miriam perdió peso. Al principio lo notó en su cuello y luego, al cabo de un mes de medias raciones, lo vio en su rostro.

Su hermana perdió peso. Anaxágoras perdió peso. Hombres que habían sobrevivido a la fiebre como Abraham, alabados fueran los dioses, no tenían carne con la que reemplazar el músculo que habían perdido y renqueaban por ahí como encarnaciones de la Muerte.

La bella Niké murió de fiebre y Cármides quedó desconsolado.

Y sin embargo, inexplicablemente, después de que la nave solitaria intentara efectuar una incursión en el puerto, el enemigo no se movía. Demetrio permanecía inmóvil detrás de sus terraplenes. Aunque el resonar del martillo en el yunque les llegaba con toda claridad y ese sonido era más ominoso que cualquier himno de guerra.

Lisandro *el Espartano* fue una incorporación útil y profesional. Llevaba las tablillas, contaba cosas, hombres, flechas... y piedras. Sátiro confió plenamente en él por influencia de Filocles. Le era imposible concebir que hubiera un espartano deshonesto.

Incluso los infantes de marina comenzaron a adelgazar. Sátiro no vio cómo sucedía, tan solo se dio cuenta, de repente una mañana, de que la armadura de Anaxágoras le colgaba como si fuese un mocoso llevando el coselete de su padre. Anaxágoras estaba flaco. Cármides, que practicaba con una lanza roma contra el espartano, tenía las piernas flacas.

—Nos morimos de hambre —dijo Sátiro en voz alta.

Korus negó con la cabeza.

—Qué va —dijo—. Falta mucho para que muramos de hambre. —Se encogió de

hombros—. Aunque cada vez estaremos más débiles.

Sátiro adoptó la costumbre de recorrer las calles constantemente, de hoguera en hoguera, de puesto de guardia en puesto de guardia. Miriam lo acompañaba a menudo, o Aspasia, Anaxágoras con una lira, Lisandro con una tablilla de cera, Jubal con papiros y una plomada o una pandereta. La primera vez que llevó una pandereta, Sátiro le tomó el pelo diciéndole que quería imitar a Anaxágoras.

—O quizá lo acompañarás —dijo Sátiro.

—Necesita un par de flautistas —terció Lisandro, vacilante. Todavía no era uno de ellos. No estaba seguro de que aceptaran su sentido del humor.

Jubal se rio.

—Curioso, ¿eh? —Sacudió el instrumento, lo dejó con cuidado en el suelo, acercó la oreja y escuchó—. Minas —dijo.

Anaxágoras lo captó.

—La piel del tambor transmite la vibración, claro.

El timonel Kleitos estaba despojando de sus velas a las naves que quedaban en el puerto y construyendo con ellas tiendas más calientes para los pobres. Los sakje, siempre tan prácticos, habían vaciado los sótanos de casas derruidas y hecho refugios y túneles, donde vivían resguardados del frío dado que podían encender braseros.

Melita casi siempre iba con él. El pueblo de Rodas la veía como una libertadora por más desesperado que estuviera, y desvió más de un insulto contra su hermano.

Las semanas se sucedían sin alivio. El Festival de Apolo llegó y pasó, y la fiebre regresó para atacar a antiguos esclavos y hombres libres por igual; una cuarta parte murió en una sola semana, y el olor que desprendían al quemarse los cadáveres, como una enorme ofrenda de cerdo y cabra, hacía que todo estómago hambriento se revolviera de desesperación. En más de una ocasión, Sátiro vomitó bilis.

Pero después de la segunda epidemia de fiebre la enfermedad pareció remitir. A Leóstenes no le quedaba nada que sacrificar excepto pájaros. Rezaba incesantemente.

Bandas de niños vagaban por la ciudad en ruinas, entrando en las casas con palos, encontrando cadáveres de perros que asaban y comían, o tesoros milagrosos: *pithoi* enterrados, llenos de avena y cebada. Los buscadores de tesoros más afortunados llevaban sus hallazgos al ágora y los vendían, pero tras doscientos treinta días de sitio no había monedas que valieran para comprar comida; lo único que quería la gente era comida, y un broche de piedras preciosas que valía lo mismo que una nave pequeña no bastaba para pagar ni un cuenco de aceite de oliva.

En dos ocasiones, los centinelas enviados a atrapar a personas que defecaban en zonas públicas los sorprendieron asando un cadáver. Y a Sátiro le constaba que no estaban sorprendiendo a cuantos lo hacían. Entre los sakje, ni siquiera era un tabú.

Así las cosas, Demetrio seguía sin atacar.

Por la noche. Sátiro estaba sentado con Abraham, cuyo intelecto estaba ileso a

diferencia de su cuerpo.

—Está decidido a matarnos de hambre —dijo Abraham. Jubal sirvió un poco de agua tibia, apenas teñida con vino, el mayor lujo que tenían, y un poco de miel.

Melita se mostró de acuerdo.

—Ya se ha hartado de hacer de dios. Tiene los hombres y los medios necesarios para rodearnos. Mirad la barrera flotante del puerto: seis estadios de madera, todos con pinchos y atados entre sí. Mirad las nuevas trincheras de la muralla oeste, ni siquiera están al alcance de las flechas. Estamos constreñidos —agregó, como si fuese un insulto.

Sátiro levantó la vista al oír que Miriam entraba en la tienda, seguida de Anaxágoras. La hambruna le había dado los rasgos afilados de una muchacha muy joven, hasta que le mirabas la cara. Tenía grabadas en la piel las severas arrugas de una abuela de cuarenta y cinco años. La nariz era más prominente.

Sátiro pensó que era la mujer más bella que había visto en su vida.

Miriam se dejó caer a su lado como si tuviera el doble de su edad, y Anaxágoras gimió de la misma manera cuando apoyó su espalda contra la de Sátiro.

—Me siento como si me estuvieran castigando por mi *hubris* —dijo Sátiro. Sonrió—. Sé lo egoísta que parece, pero deseaba derrotarlo. Por eso hice lo que hice. Y mirad dónde nos ha conducido.

Abraham rio débilmente.

—Ojalá lo hubiese visto, de todos modos. ¿Cuánto tiempo llevó planearlo?

Sátiro sonrió a Jubal, que correspondió con su sonrisa amplia, amigable y aparentemente no muy inteligente.

—Mucho tiempo, ¿eh? —dijo—. Mucho tiempo.

Sátiro asintió.

—Jubal tuvo la idea la noche que perdimos la gran torre. Comenzamos a cavar nuestras minas; por Hefesto, las comenzamos antes de tener un plan para usarlas. Yo quería un refugio, pero eso demostró ser una tontería. Tuve un sueño de túneles, creo que enviado por Apolo, de modo que los excavamos. Pero fue solo cuando sus máquinas derruyeron la gran torre cuando vimos cómo usar nuestros túneles.

Miriam agitó las manos.

—Y entonces, oh, hermano mío, justo cuando caíste enfermo, recuerda que Demetrio rehusaba tomar la tercera muralla. Y sus hombres comenzaron a cavar una mina —dijo, entre risitas.

—Y teníamos que asaltar la mina antes de que diera con una de las nuestras —prosiguió Anaxágoras, que lo acababa de entender—. Por eso estabas solo a oscuras.

—Solo no —repuso Jubal—. Estaba conmigo —agregó, y se partió de risa.

Abraham se estremecía al reír.

Entró Apolodoro, bebió un poco de agua tibia con miel y vino y se sentó

pesadamente. Cármides llegó con Lisandro y se sentaron apoyando la espalda en el poste de la tienda.

Anaxágoras rio entre dientes.

—¿Sabéis por qué digo que los dioses son gentiles? —preguntó.

Melita enarcó una ceja.

—Estaría bien saberlo.

—Cuanto más hambre y sed tengo, más fácilmente me emborracho —proclamó Anaxágoras—. Quizás escriba una canción al respecto. Anacreonte nunca tocó este tema. A medida que nos vamos quedando sin vino, ¡caramba, los dioses me conceden la facultad de emborracharme con menos vino!

Alzó la copa. Bebió un educado sorbo y se relamió los labios como un *connoisseur*.

—Ahh... hallado en un sótano ayer, me parece.

Melita rio y se dio una palmada en la rodilla cubierta por su pantalón de cuero.

Sátiro no pudo evitar fijarse en lo firme que parecía su carne. Miró en derredor.

—Tengo una sugerencia que hacer —dijo. Anaxágoras llevaba razón; estaba achispado con media copa de vino aguado.

—Silencio para el polemarcha —dijo Abraham.

Sátiro se puso de pie de modo vacilante.

—Melita, tenemos cientos de soldados sakje —comenzó.

—Sabía que tarde o temprano te darías cuenta —respondió Melita bromeando.

—Demetrio tiene una manada de caballos —prosiguió Sátiro—. Nosotros tenemos los mejores ladrones de caballos del círculo del mundo dentro de estas murallas. Propongo que vayamos a su campamento con disimulo, cojamos sus caballos, los montemos de regreso y nos los comamos.

Melita rio y volvió a darse palmadas en las rodillas.

—Sin duda espera que atacemos —dijo.

—La arrogancia tiene su propia recompensa —dijo Lisandro—. Me encantaría ir al frente de esa expedición.

Melita le puso una mano en la rodilla.

—Si te pareces mínimamente a nuestro Filocles, no sabes montar y harás más ruido que un león en un aprisco —dijo—. Pero si quieres hacernos un bosquejo sobre cómo están maneados los caballos, lo intentaremos.

—¿Cuándo? —preguntó Sátiro.

Melita se rio.

—Hay luna nueva. Es buen momento.

La incursión para robar los caballos se desarrolló con tal inevitabilidad que pareció predestinada. Los sakje se reunieron a oscuras ante la puerta del oeste como

si los hubiesen convocado, y los griegos no tuvieron ni idea de cómo se había hecho. Melita les habló en la lengua líquida de los masagetas.

Se rieron. Ella hizo unos dibujos en la tierra a la luz de las antorchas y se rieron otra vez.

Sátiro y Apolodoro sacaron a los infantes de marina de los puertos y los condujeron a través del terreno baldío hacia las nuevas trincheras enemigas, las fortificaciones que encerraban la ciudad en un cordón de tierra, arena y piedra.

Había centinelas. Estaban alerta. Dieron la alarma.

No obstante, los infantes tomaron la muralla por asalto; los centinelas se vieron superados en número, y Plistias no había estacionado un cuartel de guardia para reforzar la sección más lejana, de modo que Sátiro estuvo en lo alto de la fortificación de tierra cincuenta segundos después de que su espada saliera de la vaina.

—Prisioneros —gritó.

Los falangistas tenían la misma idea. Cincuenta se rindieron. Pero solo después de haber dado la alarma.

Las notas de trompeta resonaron en la noche y otras trompetas respondieron desde el campamento.

Anaxágoras subió al lado de Sátiro.

—Me gustaría estar con tu hermana —espetó.

—A mí también —contestó Sátiro.

Era una pura alegría estar fuera de la ciudad. Melita odiaba la ciudad maldita, los escombros, el perpetuo olor a mierda, los cadáveres y la basura pudriéndose, la peste de sus manos. Era una especie de infierno para los sakje. Su hermano no sabía hasta qué punto padecían los sakje, encerrados dentro de aquellas estúpidas murallas.

En campo abierto, al oeste de la ciudad, respiró profundamente. A su derecha, Scopasis hizo lo mismo, y Thyrsis se rio a carcajadas.

—Podríamos coger los caballos y largarnos de aquí —dijo.

—Estamos en una isla —les recordó Melita.

—Bah. Somos masagetas. Ponme un caballo entre las piernas y ese Pueblo de la Tierra jamás olerá mi rastro.

Se rio otra vez.

—No sé qué decirte, Thyrsis. Hueles bastante fuerte. —Melita se levantó al oír que comenzaba la lucha—. Ahora tenemos tiempo. Vamos allá.

Como siempre, la espera fue la peor parte. Los hombres de Demetrio respondieron bien; un *taxeis* marchó portando antorchas para iluminar el camino, y la noche estuvo llena de *psiloi* y remeros encaramándose a los terraplenes.

El *taxeis* marchó deprisa pero fue alcanzado por una descarga de flechas. Murieron hombres.

El comandante del *taxeis* se detuvo y pidió nuevas órdenes y refuerzos.

Cayeron más flechas. No muchas, una docena cada vez.

El *taxeis* apagó sus antorchas.

Desde las trincheras atacadas, las trompetas sonaban una y otra vez, apremiando a los antigónidas.

Demetrio ordenó que su caballería saliera por la puerta principal, doscientos *hippeis* de su propia guardia que habían montado apresuradamente en plena noche. Cabalgaron dando un rodeo demasiado largo en busca del *taxeis*, lo encontraron y comenzaron a caerles flechas encima. Los caballos relinchaban en la oscuridad.

Las trompetas suplicaban ayuda desde las trincheras condenadas.

El *taxeis* marchó por campo abierto tomando el camino más largo, a salvo detrás de sus trincheras, una decisión sensata de su comandante, fundamentada en información errónea. Errónea porque supuso que las trincheras todavía estaban en manos de su bando.

—Lo hago mejor cada vez que toco esta maldita cosa —dijo Anaxágoras—. No me extraña que le tenga apego a la lira.

—No obstante, están picando —respondió Sátiro—. Es hora de irse.

Sátiro corrió por la muralla de tierra dando órdenes, y los infantes abandonaron a trompicones la cara exterior y corrieron hacia su puerta. Anaxágoras tocó la trompeta una vez más y saltó.

Melita sonrió. «Huele a muerto», pensó. Deseó que Anaxágoras estuviera allí para mostrarle cómo luchaban los masagetas en realidad.

El *taxeis* que avanzaba a oscuras para rescatar a sus desdichados camaradas no era más que una cabra atada para el león. Un cebo. Pasaron por el camino que los ingenieros de Demetrio habían construido; hombres muy exigentes. Muy previsibles. Melita había vigilado su construcción, tenía el mapa del sitio tan claro en la cabeza como su mapa interno de los bosques, barrancos y llanuras de los alrededores de Tanais.

La caballería enemiga viajaría hacia el suroeste del camino, cabalgando por campo abierto, buscando cubrir los flancos del *taxeis*.

Aguardó a que la infantería la adelantara. Nunca es tan oscuro para que un *sakje* no pueda contar a sus enemigos. Los observó pasar y contó hasta cien, despacio, en griego.

Luego se puso de pie, metió una flecha en el arco y profirió el estridente grito de la lechuza.

El grito de lechuza se oyó a lo largo de la muralla oeste, y Sático dio un codazo a Anaxágoras.

—Ahí la tenemos —dijo.

—Que Poseidón y Apolo la protejan —respondió Anaxágoras.

—Su diosa es Artemis —dijo Sático.

Los sakje se levantaron de la hierba y corrieron hacia la caballería.

Casi no hicieron ruido pero los caballos los oyeron. En su mayoría iban despaciosamente, nada contentos al tener que atravesar un terreno tan áspero de noche, con la cabeza gacha, interesados en las matas de hierba. Pero de pronto una cabeza se levantó, y luego otra. Un semental se detuvo y aguzó el oído, y soltó un gran relincho.

Incluso los jinetes pudieron oír el ruido de pies correteando.

Melita estaba casi lo bastante cerca para tocar al jinete que perseguía; corrió tras él, y su carrera fue más rápida que el paso ligero del caballo. Cuando le disparó, sus pies todavía estaban en el aire entre dos zancadas. El enemigo tragó saliva, agitó los brazos y cayó, y Melita ocupó su sitio, hincando los talones en los ijares del caballo, obligándolo a galopar, cabalgando hacia el flanco suroeste.

En cuanto se afianzó en la silla, comenzó a matar hombres. Cabalgaba a su lado y disparaba sus flechas desde una distancia de largo de brazo.

Los *hippeis* murieron tan deprisa que su comandante cayó al suelo sin estar seguro todavía de que estuviera siendo atacado. Scopasis le rebanó el cuello, le arrebató la espada con la empuñadura de oro y le arrancó el cuero cabelludo con tres movimientos eficientes.

Thyrsis gritó e hizo girar a su montura en un círculo muy cerrado.

—¡Ay-yee! —chilló, y el resto de los guerreros hizo suyo el grito quejumbroso, llenando la noche.

—Tienen los caballos —dijo Sático.

—¿Y ahora qué? —preguntó Miriam.

Sático no había visto nunca tan preocupado a Anaxágoras. Tuvo ganas de decirle que se equivocaba al preocuparse, pero sonrió y, en cambio, le dijo:

—Ahora muere un montón de gente.

La verdad era que el *taxeis* de macedonios y griegos estaba bien dirigido y hacía gala de una disciplina excelente. Sus oficiales no perdieron el valor en ningún momento.

Pero ninguno de ellos olvidaría jamás el terror de aquella hora de acorralamiento, aguardando a que los arqueros a caballo salieran de la oscuridad. Murieron más de cincuenta a pesar de sus armaduras, de la oscuridad y de los escudos. Los gritos de guerra parecieron durar eternamente, y cuando un hombre era alcanzado, caía entre ellos y se retorció y chillaba, sin que pudieran apartarse a un lado para dejarlo morir solo. Y de vez en cuando uno de los bárbaros se acercaba al galope y les lanzaba una cabeza cortada que rebotaba con eco contra los escudos o caía con un golpe sordo sobre un yelmo.

Resistieron como profesionales, y sus oficiales los ensalzaban cada vez que el batir de cascos se alejaba. Y cuando salió el sol, descubrieron que habían perdido poco menos de cien hombres.

Melita cabalgó a medio galope salvando las murallas bajas, bajando por la pendiente exterior entre las estacas y los hoyos que habían despejado los infantes de marina, y a través del campo abierto hasta la puerta del oeste. Aguardó a Scopasis y Thyrsis, que gritaron y alzaron trofeos a modo de saludo, y los infantes la ovacionaron.

Vio a Anaxágoras en lo alto de la muralla y lo saludó con el arco. Él bajó corriendo por la escalera interior y la tomó en brazos antes de que desmontara por virtud de su estatura y su fuerza. Melita se rio.

—Qué caballo tan bonito —dijo Anaxágoras, después de besarla.

Melita se rio. Anaxágoras era corpulento y a ella le gustaban los hombres corpulentos, y su barba resultaba agradable.

—Es un triste jamelgo —respondió Melita. Enroscó las piernas en torno a la cintura de Anaxágoras y lo besó, y sus guerreros lanzaron gritos de entusiasmo. Incluso Thyrsis, que había abrigado esperanzas. Que las abrigara. Había comenzado aquello para hacerle un favor a su hermano, pero ahora encontraba francamente atractiva aquella perspectiva.

Y él también; a Melita no le pasó por alto.

—El caballo necesita un nombre —dijo Anaxágoras cuando ella apartó la boca de la suya. La dejó en el suelo. Dio una palmada a la yegua en la grupa—. Voy a llamarla *Salchicha*.

Sátiro se rio.

—Buen trabajo, hermana.

—¿*Salchicha*? —preguntó Melita.

—Para que combine con *Carne de caballo*, *Bistec* y *Empanada de carne*. — Sático saltó de la muralla interior—. Hemos estado poniéndoles nombres a medida que tu gente los traía.

Dentro de la puerta Melita vio a la mitad de la población de Rodas. Los caballos ya estaban muertos; todos menos una docena que estaba bajo la estricta vigilancia de los infantes de marina.

—Scopasis ha insistido en que conserváramos los mejores —explicó Sático.

El aplauso con que fue recibida su aparición en la puerta se alzó como una ofrenda a los dioses. Nunca la había ovacionado tanta gente. Se le iluminó el semblante y una de sus escasas sonrisas espontáneas borró sus cicatrices.

Capítulo 31

Día doscientos veinte y siguientes

La carne de caballo duró dos días. Levantó la moral y llenó las barrigas. Probablemente salvó vidas.

Y luego se terminó, y el viento invernal soplaba desde el norte en frías rachas que cada amanecer se burlaban de sus esperanzas de que llegara una flota con tropas de refuerzo.

Comieron los cortes mejores y luego dieron cuenta del resto: vísceras, ligamentos, caldos de piel sin pelo. Los sakje estaban acostumbrados a los inviernos duros, sabían cómo obtener alimento hasta de las pezuñas.

Los diez caballos que habían salvado para un caso de emergencia también se los comieron, uno tras otro. Luego ya no hubo más.

Sátiro recortó la ración de grano a una cuarta parte de lo que había sido al principio.

Nadie tuvo energías para abuchearle o escupirle.

En el campamento enemigo apareció una grúa; cuatro mástiles de nave amarrados formando la base y otros dos como montantes. Descollaba sobre el campamento.

Luego construyeron otra.

Y luego otra más.

Llevaban doscientos ochenta y cinco días de sitio. Sátiro fue informado sobre las grúas, bebió un cuenco de agua caliente y salió al ágora con su manto más grueso sobre los hombros. Todavía hacía frío.

—¿Qué crees que significa? —preguntó a Jubal.

Jubal frunció el ceño. Era poco frecuente que el nubio frunciera el ceño. Observó cómo erigían la tercera grúa, mascando sin parar un trozo de piel sin curtir. Mucho después de que Sátiro esperase recibir una respuesta, el ingeniero negro negó con la cabeza y dio media vuelta.

—Significa que estamos jodidos —dijo en voz baja, y escupió.

La mañana siguiente amaneció fría, despejada y sin viento. Ni una sola vela punteaba el lejano horizonte.

En el campamento de Demetrio, las cuatro grúas se iban uniendo poco a poco mediante travesaños, a tanta altura que los hombres empleaban una cuarta parte de su turno de guardia en trepar por las escalas hasta lo alto de la grúas.

Sátiro no se permitió mirar mucho rato. Resultaba desalentador. En cambio, con Lisandro pisándole los talones y Cármides, a quien había tomado como hipaspista, recorrió el olivar, bajó la escalera de entrada al santuario de Deméter e inspeccionó los *pithoi* de grano almacenados allí, lo que quedaba de las reservas de la ciudad.

Un par de gatos muy flacos estaban sentados junto al brasero de los guardias.

—¿Se han acabado las ratas? —preguntó Sátiro, pero la broma no tuvo gracia. Los guardias del granero, infantes de su marina, apenas levantaron la cabeza. Un cuarto de ración de grano bastaba para mantenerse con vida. A duras penas. Y nada más.

Caminó entre las hileras de *pithoi* y las fue abriendo, y él y Lisandro los inspeccionaron con las sacerdotisas, Irene y su ayudante Lisístrata. Sátiro sonrió para sus adentros pero su sonrisa fue amarga.

Lisandro escribía cuidadosamente en sus tablillas y cuando terminó, ambos hicieron sendas reverencias a las sacerdotisas y regresaron a la superficie. Sátiro se detuvo un momento para acariciar a los gatos. Y se fijó, con fría sorpresa, en que tenía la mano muy delgada. Esquelética, en realidad.

—Hola, gatito —dijo—. ¿Nadie te dio un poco de carne de caballo?

Hepios, un filarco de infantería de marina oriundo de Atenas, entrecerró los ojos al salir al exterior.

—Eso —dijo—. Engordémoslos un poco antes de comérmolos.

Irene soltó un graznido de indignación.

Sátiro esbozó una sonrisa.

—Despoina, tus gatos estarán a salvo mientras la ciudad resista.

Pero a Cármides le dijo:

—Todos los oficiales. Enseguida.

—Tenemos cuartos de ración para dos semanas —dijo Sátiro.

Se quedaron mirándolo. Todos los miembros supervivientes de la *boulé*, todos los oficiales del naufragado *Areté*. La gente de su hermana y los capitanes de los efebos. Los cretenses supervivientes. No levantaron la voz, no gritaron, ni siquiera murmuraron.

Tan solo lo miraron con ojos inexpresivos, aguardando.

Aspasia estaba tan flaca como un mástil desprovisto de verga. Y Miriam... Los ojos de Miriam le llenaban el semblante y sus largas piernas eran una burla. Los huesos de las caderas se le veían a través del quitón.

Cármides no presentaba un aspecto mucho mejor. Estaba flaco, y la muerte de Niké lo había dejado amargado.

Abraham parecía una calavera viviente pero fue el único que habló.

—Iré a ver a Demetrio —dijo—. Alguien debe intentarlo.

Sátiro negó con la cabeza.

—No. No, si alguien va, seré yo. Al fin y al cabo, él quiso que esto fuese algo personal. Entre él y yo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Apolodoro—. ¿Sentarnos y aguardar?

Sátiro negó con la cabeza.

—Quería que lo supierais. Creo en Diocles. Regresará. Pienso que deberíamos comernos las sandalias y resistir.

Menón suspiró. Miró a su esposa.

—Creía que habíamos vencido. Diez veces he creído que habíamos vencido. Pero... —miró en derredor— hemos perdido, ¿verdad?

Sátiro asintió dando a entender que estaba de acuerdo, pero Miriam dio un paso al frente.

—No —dijo—. No, no hemos perdido. Por Dios, los hombres son idiotas. Hemos luchado y no nos hemos rendido. —Miró en derredor—. Hace tres años, tejía con mi telar en Alejandría y deseaba que, algún día, pudiera tener una vida real que me permitiera respirar aire libre y ser una persona, un ser humano, libre del Tirano que gobernaba mi vida. Hemos resistido casi un año. La primavera está al caer. Teníamos un año. —Se le entrecortó la voz al final y entonces rio con timidez y se calló. Pero en vista de que nadie se burlaba de ella, agregó—: Si muero mañana, no agacharé la cabeza. Mi dios lo entenderá. Los judíos somos un pueblo obstinado. No hablemos más de rendición.

Se avergonzó de sus propias palabras, pero Menón le estrechó la mano y Demófilo y Apolodoro le dieron palmadas en la espalda.

Melita carraspeó.

—Para los sakje no habrá rendición. Y, hermano, vine a rescatarte, no a morir aquí.

Sátiro asintió.

—Bien, pues. Gracias. A todos vosotros. Dividamos las ruinas en cuatro partes y registremos los sótanos, sobre todo las primeras casas que recibieron impactos, y a ver si encontramos unos cuantos *mythemnoi* de grano.

Cármides se rio con ganas.

—Al final, todo se reduce siempre al grano —dijo.

Amanecía y se oían gritos en el campamento enemigo.

Las figuras de palotes de los ciudadanos rodios se alineaban en la muralla marítima y la muralla sur más cercana al campamento enemigo.

Cuerdas, enormes guindalezas lo bastante gruesas para ser visibles desde aquella distancia, se estaban aparejando a la maciza estructura de la grúa. Y a primera hora de la mañana, las tensaron.

El monstruo que se alzó en el campamento enemigo era tan alto que descollaba por encima de las torres. Mientras ponían derecha la grúa, se balanceó dos veces en los últimos segundos, inclinándose tanto que uno de sus brazos se hizo pedazos, enviando a un puñado de hombres a la muerte. Pero la enderezaron.

La torre tenía la altura de veinte hombres. Las ruedas de la base eran del doble de la estatura de un hombre. Cada lado tenía una anchura de dos casas, y se estrechaba ligeramente de abajo arriba como una pirámide inmensa, y a través de los costados abiertos los rodios contaron seis pisos.

En cuanto estuvo afianzada sobre sus ruedas, esclavos y soldados lanzaron un grito y comenzaron a hacerla avanzar.

Avanzaba bien. Las ruedas funcionaban.

Era el objeto móvil hecho por la mano del hombre más grande que Sático había visto jamás.

Demetrio observaba su juguete con el regocijo del creador. Sus manos habían dado forma a la madera y el hierro. Había corregido los planos y sus manos habían tirado de las eslingas para levantar la torre reclinada desde el lugar donde la habían construido. Su imponente tamaño lo dejó pasmado, y él había contribuido a diseñarla. Ctesibio, el diseñador jefe, no podía dejar de mirarla.

—Ahora soy un dios —dijo Demetrio.

Ctesibio estuvo de acuerdo.

—Una pirámide sobre ruedas —respondió, con su voz grave—. Llena de máquinas. Cincuenta codos de lado —agregó con una risita.

—¿Cómo deberíamos llamarla? —preguntó Plistias.

—Helepolis —entonó Demetrio como un sacerdote—. La Destructora de Ciudades.

Aquella cosa gigantesca que descollaba por encima de la muralla más alta y se burlaba de sus defensas podría haber sido la gota que colmara el vaso.

Pero los hombres y mujeres de Rodas habían resistido diez meses de guerra y su capacidad de asombro estaba embotada. Si les hubieran atacado con la gran máquina durante el primer mes...

Pero no: era el décimo mes. Durante tres días observaron a los herreros que llevaban placas de hierro hasta el leviatán que aguardaba. El cuarto día, artesanos y esclavos comenzaron a atornillar el hierro a los nueve pisos del armazón. En lo alto del armazón se seguía construyendo, y todo el edificio se había trasladado lejos de los abatases que circundaban el campamento enemigo, hasta una franja de dos estadios de anchura que seis mil esclavos, los supervivientes de la fiebre, comenzaron a despejar

a modo de camino para los dioses de la máquina hasta los pies de la muralla sur. Rellenaban los socavones y alisaban los más ligeros salientes, trabajaban juntos en largas líneas, avanzando lentamente por la llanura, demasiado despacio para percibirlos, demasiado deprisa para abrigar esperanzas.

Un *taxeis* entero montó guardia toda la noche delante de la máquina, con un destacamento de cien arqueros cretenses.

Sátiro los observó con Jubal desde su propia torre, mucho más baja. Los observó casi un día entero.

Y escrutó el mar vacío.

Uno tras otro, Sátiro habló con sus amigos. Habló a solas con Miriam. Con Abraham. Con Anaxágoras y Melita, con Cármides, Lisandro y Apolodoro, con Korus y Menón, con Demófilo y Sócrates.

Ninguno de ellos tuvo interés en tomar las dos naves supervivientes. Ninguno de ellos tenía interés en rendirse.

De modo que a mediodía, tras trescientos tres días de sitio y ciento veinticinco con Ferecles como arconte de Atenas, en la ciento noventa Olimpiada, Sátiro ordenó a sus infantes de marina que fueran a la cripta de Deméter con permiso de las sacerdotisas y que sacaran los últimos dieciocho *pithoi*. Y reunió a toda la población en el ágora y distribuyó el grano. Todo el grano.

—Mañana se celebran las Antesterias en Atenas y en Tanais —dijo—. Cuando los hombres se encordan a los templos y dejan que los espíritus de los muertos vaguen en libertad. Cuando Dionisio camina sobre la tierra. Celebrad. Coméoslo todo.

En silencio, en orden y con disciplina, tomaron el grano, justo el doble de la ración de grano para cada hombre y mujer.

En la tienda de Abraham, sus amigos estaban silenciosos. Sátiro tomó su parte de los calderos de bronce llenos de gachas de cebada y cilantro, y un pájaro entero que había pasado demasiado cerca del arco de Melita. El mero olor era pura lujuria y glotonería.

—Bien —dijo Miriam, acercándose a él con cautela, como un cazador—. ¿Hemos terminado?

Sátiro negó con la cabeza.

—Confío en mis dioses —dijo—. Los helenos también somos un pueblo obstinado.

Apolodoro metió una cuchara de asta en las gachas y las probó, quemándose la lengua.

—¡Au! —exclamó.

—Lo tienes merecido —le espetó Sátiro, dándole un golpe con su cuchara de madera.

Apolodoro no se molestó en mostrarse contrito.

—Nos estás cebando —dijo—. De modo que vamos a atacar.

Sátiro asintió.

—En efecto.

Apolodoro lo abrazó.

—Bien —dijo—. Muramos de pie.

Resultó que la gente puede emborracharse con el grano si lleva suficiente tiempo hambrienta.

Las Antesterias no siempre eran las festividades más escandalosas; celebradas a finales del invierno, anuncio de la inminente primavera, solían festejarse dentro de las casas. Pero con una ración doble de comida en la panza, los seis mil supervivientes rodios cantaron himnos a la noche y a todos los dioses a voz en cuello; himno tras himno a Deméter y Kore, y luego a Apolo, a Heracles, a Ares y a Atenea. Agradeciendo solo la comida y un día más de vida, cantaron a todos los dioses. Himno tras himno ascendieron a los cielos, un interminable peán desde el ocaso hasta la medianoche. Los centinelas que tiritaban de frío en las trincheras de los antigónidas se preguntaron cómo era posible que en todo el Tártaro los rodios tuvieran fuerzas para cantar o siquiera para caminar. Se arrebujaron con sus mantos y olieron el olor a comida que flotaba en el viento, y cuando el himno a Dionisio les llegó a través de la tierra de nadie, los centinelas, asqueados, escupieron con desdén por sus imprevisores comandantes... o se sumaron a la canción.

Sátiro miró en torno a la hoguera. Las estrellas habían girado más allá de la guardia intermedia y todos los hombres que podían caminar llevaban armadura, así como algunas mujeres. Todos los oficiales estaban presentes, en medio del ágora, en la hoguera más grande que pudieron encender; en realidad no era muy grande. Acarrear leña era un trabajo duro, y los hombres hambrientos se cansan con facilidad. Y casi toda la madera se había terminado junto con el grano y el aceite. Las naves varadas ya se habían quemado.

Sátiro los miró a la luz del fuego. Era una agradable luz rojiza que devolvió a Cármides y a Miriam su belleza; que devolvió a Melita su juventud, perdida en los valles del Tanais, y Anaxágoras parecía un dios.

—Escuchadme —soltó Lisandro, mucho antes de que Sátiro estuviera dispuesto a decirles que dejaran de beber. Una última vez.

Se callaron al instante. Había costado un año de sitio convertir a los griegos en hombres y mujeres disciplinados, pero lo eran. El único sonido era el canto de himnos, dirigido por Leóstenes, a lo largo de la muralla sur.

Sátiro asintió.

—Bien —dijo. Sonrió. Miró un rostro tras otro. Resultaba casi divertido ver cómo esperaban que les proporcionara un hechizo mágico de victoria—. Bien, amigos. —Agachó la cabeza, incomodado por su confianza ciega—. Escuchad. Ahora ya no hay trucos para salvarnos. No tengo un plan inteligente. Cuando cantemos el peán a Atenea, cruzaremos la muralla sur y atacaremos al monstruo. —Se encogió de hombros—. El primer hombre que llegue allí será el Rey del Desgobierno.

Anaxágoras suspiró.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Sátiro asintió.

—Eso es todo —contestó—. Matad a cualquiera que se cruce en vuestro camino. Estaremos a oscuras. Eso no puede perjudicarnos.

Abraham enarcó una ceja; por un momento fue su antiguo yo.

—¿Y cuando salga el sol? —preguntó.

Sátiro miró a Miriam a los ojos.

—Morid bien —dijo Sátiro. Entonces fue de un hombre al siguiente y los abrazó a todos. También abrazó a Aspasia y a su hermana, que negó con la cabeza.

—Esto no es a lo que vine —dijo.

—¡Pues escapa! —le murmuró al oído.

—No. No podría enfrentarme a nuestra madre en el mundo de los espíritus, si te abandono. —Estrechó su abrazo—. Tú matas a mil y yo a otros mil. Abraham podrá con quinientos, Cármides parece capaz... y los liquidamos.

Finalmente, Sátiro abrazó a Miriam.

—Me habría casado contigo —dijo Sátiro.

—Y yo habría aceptado —contestó ella. Le dio un beso.

Y entonces los condujo a los pies de la muralla, y el lucero del alba salió y cuatro mil voces entonaron el himno a Atenea.

Una vez, de visita en Atenas, Sátiro había visto a un desesperado hombre maduro vencer a otro más joven y mucho mejor en la palestra del Liceo, fuera de las murallas de la ciudad. Cientos de hombres habían observado al hombre mayor, un campesino de habla sencilla, bastante bien entrenado pero no un campeón, negarse testarudamente a levantar la mano rindiéndose, por la simple razón de que el joven campeón había sido grosero en su desafío. Y cuando estaba grogui a causa de los golpes en la cabeza, el joven se burló de él como si fuese un borracho, un sátiro, un pastor.

Sátiro se fijó en cómo el rostro del hombre mayor encajaba la ofensa. Vio cómo se detenía, se preparaba y lanzaba cuanto le quedaba en un estúpido gancho, el tipo de golpe amplio, largo, fácil de esquivar que usan los hombres poco entrenados. El joven lo vio venir. Pero de un modo u otro, debido a la indecisión o al mal

entrenamiento o, según opinión de Sátiro, a un castigo de los dioses, el campeón permaneció como arraigado en el suelo, presa del asombro, mientras los puños del hombre mayor le golpeaban las sienes a la vez y él se desplomaba, cayendo completamente inconsciente al suelo.

Aquella noche lo que quedaba de la guarnición rodó por la muralla sur como un mar negro y pasó por encima de los restos de la segunda muralla y de la primera, aplastando a los centinelas y a la reserva, y corrió a través de la explanada como una bien organizada marea a través de un banco de arena salada con la luna llena.

Igual que el joven campeón, el *taxeis* macedonio aguardó a la guarnición confiadamente.

Sátiro mantuvo a los remeros a paso ligero en cuanto alcanzaron terreno liso. Estaban a la altura de los efebos y los mercenarios de la ciudad, pero los hoplitas se estaban rezagando y Sátiro no podía hacer nada al respecto. De modo que los condujo al trote a través del campo abierto mientras veía que la falange enemiga tenía tiempo de sobra para formar en orden cerrado.

Sátiro aminoró la marcha de sus remeros a trescientos pasos de la reluciente línea enemiga. El amanecer ya asomaba pálido por el este y sonaban trompetas por doquier.

Sonrió. Era demasiado tarde. Para aquellos hombres.

—¡Columnas! —gritó, y los remeros duplicaron el frente, una maniobra espartana que dejaba todos los escudos de primera línea firmemente solapados: la *sinapsis*.

Sus hombres no habían dejado de avanzar. Un año de acción constante permite que una unidad alcance un grado de instrucción rayano en lo sobrehumano. Las medias filas se limitaron a dar medios pasos, aguardando a que los nuevos jefes de columna llenaran los intervalos al trote, y luego, mientras los escudos se solapaban, los jefes de columna dieron un grito.

—¡Lanzas! —ordenó Sátiro. Doscientos pasos. Y los macedonios no se movían. Se estaba haciendo tarde para que iniciaran un avance. Veía sus lanzas en movimiento pero costaba interpretar sus acciones a oscuras, aunque a Sátiro en realidad no le importaba demasiado lo que hicieran.

A su lado y detrás de él, las tres primeras filas apuntaron sus lanzas, y las siete filas posteriores se apretujaron todavía más, siempre a paso ligero.

—¡Peán! —ordenó Sátiro.

Apolodoro levantó la cabeza.

Un muro de sonido surgió de los remeros, y los macedonios reaccionaron como si los hubiese alcanzado una lluvia de flechas; retrocedieron, y en plena confusión llegaron los infantes de marina, y el momento del impacto fue como mil herreros batiendo calderos de bronce en el cielo, y la falange macedonia se partió por la mitad

y fue destruida.

No tendría que haber sucedido.

Pero como sucedió, el primer *taxeis* de refuerzos que se acercaba por el camino quedó atrapado en el desastre, con compañeros de tienda que huían entre sus filas, y los efebos y los ligeramente rezagados hoplitas de la ciudad embistieron la desordenada segunda falange y la empujaron hacia su retaguardia.

Y entonces el combate perdió toda clase de orden. El ataque de los hoplitas de la ciudad fue el último momento de acción en el que Sático pudo ver algo o distinguir a sus amigos de sus enemigos, o reivindicar que estaba al mando.

Los infantes de marina vitoreaban a su alrededor y las mujeres de las últimas filas corrieron al frente con potes de fuego, y en cuestión de segundos los maderos del leviatán estuvieron en llamas. Las máquinas de guerra agrupadas en torno a las grandes ruedas estaban muy juntas, y el fuego comenzó a iluminar el cielo, y Sático saboreó la victoria.

Pero sabía que se trataba de un sabor falso. Contaba con dos mil hombres y Demetrio, por más sorprendido que estuviera, contaba con treinta mil.

El contraataque de Demetrio cayó como un martillo sobre los rodios victoriosos.

Los infantes de marina seguían juntos; Cármides estaba cerca de su espalda y tenía a Apolodoro en un lado y a Anaxágoras en el otro, con la esquelética figura de Abraham detrás de ellos, cuando llegó el contraataque. Sático recibió un golpe de escudo contra el suyo, abandonó todo pensamiento de mando y devino un hoplita; escudo contra escudo, su lanza deslizándose sobre el escudo de su enemigo mientras la lanza de aquel le buscaba los ojos y resonaba contra su yelmo. Tan cerca estaban que Sático podía oler el aliento a cardamomo de su oponente. Tan cerca que le bloqueó el escudo con el suyo y golpeó con el borde; escudo mayor, brazo más fuerte. El hombre cayó y Sático ocupó su sitio.

—¡Conmigo, infantes! —gritó Sático como si estuviera librando un combate naval.

Cármides liquidó a su siguiente oponente, ya fuere por suerte o por precisión; el hombre cayó antes de tener tiempo de afianzar las caderas, con una punta de lanza en el ojo. Los falangistas enemigos se recortaban contra las máquinas incendiadas y pagaron por ello.

Apolodoro abatió a su hombre, avanzó y paró una lanza; Anaxágoras empujó con el hombro, y el hombre que se enfrentaba a Sático se estremeció, adoptando una expresión de miedo al ver que toda la fila de delante moría, de modo que retrocedió. Sático fue a por él, golpeando escudo contra escudo y dando mandobles bajos; la espada contra algo blando, y empujó, y un golpe resonó en su yelmo. Consiguió ponerse en guardia con la espada en alto, dio un paso al frente un poco a la izquierda, giró las caderas y blandió la espada como una cuchilla de carnicero contra el *aspis*

siguiente, partiendo el mal construido escudo y el brazo del hombre que lo portaba con un chillido al que Cármides puso fin. No era solo suerte, pues: el muchacho era un lancero consumado.

Los hombres que tenía delante comenzaron a desdibujarse, y Sátiro dio y recibió golpes; un golpe fuerte contra el costado derecho, debajo del brazo, cuando avanzó demasiado deprisa, un tajo en la pierna izquierda que le hizo un lancero rápido y atrevido. La oscuridad favorecía la agresión y el trabajo en equipo, y Cármides lo salvó diez veces y Anaxágoras otras diez; y él los salvó a su vez, parando golpes altos con la espada para apartar los mandobles de Anaxágoras, matando al oponente de Apolodoro con un golpe envolvente contra la nuca del enemigo. Las acometidas de la lanza de Abraham eran certeras.

El enemigo murió.

Sátiro perdió la cuenta de los oponentes y los golpes. Estaba vivo; transcurrió otro momento y seguía vivo. Vivo.

«Todavía vivo.»

Perdió su espada cuando se le atascó en el cuerpo de un hombre agonizante, y como guiado por Heracles su puño derecho se cerró en torno a la lanza de su siguiente oponente y se la arrebató como si diera un paso de la Pírrica. Sátiro mató a aquel hombre con la contera de su propia arma, giró la hoja y se la clavó al siguiente enemigo. Y siguió adelante.

«Todavía vivo.»

Por lo general, en combate los hombres retroceden tras una lucha; cien segundos de caos y horror es cuanto la mayoría de los hombres, incluso los más valientes, pueden soportar. Los hombres evitan el combate si pueden, se mantienen a un largo de lanza y gritan insultos.

Pero a oscuras los hombres se atacaban violentamente y morían. El fuego de la gigantesca torre arrojaba luz suficiente para hacer posible la supervivencia.

Sátiro paró un golpe con su lanza, un mandoble contra su torso, y clavó el astil en el yelmo del enemigo tirándolo al suelo, donde Cármides lo remató.

«Todavía vivo.»

Nueva armadura; más bronce, menos suciedad. Sátiro lo vio cuando tuvo un golpe de suerte; su mano derecha estaba tan cansada que apenas podía agarrar la lanza, pero clavó la lanza en los ojos del oponente en el siguiente ataque y el hombre cayó.

«Todavía vivo.»

El sol estaba saliendo. Los hombres se retiraban, alejándose de ellos. Apolodoro escupió con desdén y clavó su lanza corta en la armadura de un hombre hasta alcanzarle la ingle. Cármides alcanzó a un hombre que huía y le abrió un tajo en los riñones desprotegidos por la armadura. Anaxágoras luchaba frente a frente contra un

hombre tan corpulento como él, e intercambiaban golpes como perros de pelea, y sus espadas soltaron chispas cuando Anaxágoras golpeó con el pomo los dientes de su adversario, y la oportuna arremetida de Abraham le dio en el yelmo, que pareció explotar mientras caía...

«Todavía vivo.»

Entre los cinco habían derribado a tantos hombres que el enemigo se retiró y los infantes pudieron sobrevivir, cambiando de frente desde un flanco derrotado, seguros mientras su rey y sus compañeros ganaban terreno para que pudieran respirar.

El enemigo había vuelto a tomar la torre. Miles de ellos sofocaban las llamas; las máquinas estaban negras de hombres bajo el sol naciente, como hormigas cubriendo comida dejada fuera de una casa.

El enemigo volvió a retirarse y Sátiro, a su vez, se retiró para unir su escudo al de Anaxágoras, tosió.

«Todavía vivo.»

Sátiro respiró. Miró a izquierda y derecha y vio que casi todos sus infantes también estaban vivos.

Se llevó la cantimplora a la boca. Bebió, sin apartar los ojos del enemigo en ningún momento. Eran una muchedumbre bien armada, y un hombre con armadura de oro se abrió paso hasta la primera línea y brilló como el fuego bajo el sol naciente.

—Tus hombres han hecho un buen trabajo contra mi Aegema —dijo Demetrio—. Todavía llevas ese yelmo.

Sátiro escupió agua y sangre. Olió la piel de gato húmeda y supo que estaba donde tenía que estar.

Demetrio presentaba un aspecto magnífico con su oro y su piel de leopardo, descansado, pulcro y fuerte, con el físico de una estatua de Heracles.

—Sería digno que termináramos esto; Aquiles y Héctor. ¿Te apetece correr unas cuantas veces alrededor de las murallas?

—Déjame a mí —dijo Anaxágoras.

Apolodoro dio un resoplido.

—Dame un trago y lucharé contra él. Solo si puedo llevar armadura.

Cármides dio unos toques a Sátiro.

—Si se me permite, estaría encantado...

Sátiro se rio. Se adelantó de sus filas y saludó a Demetrio. El Aegema de Demetrio, sus compañeros, habían hecho sitio al retirarse. Sátiro se quitó la correa de la cantimplora por la cabeza y se la pasó a Apolodoro. Casi como en un aparte, dijo:

—Demetrio, debes confesarlo: tus hombres se apartan de mí y los míos ansían luchar contigo. Pregúntate quién es Aquiles y quién es un mero mortal con una armadura dorada.

Demetrio levantó su lanza.

—Creo que en lugar de charlar, deberíamos luchar.

Sátiro gruñó.

—Eres tú quien quiere que esto sea la *Ilíada*, no yo.

Demetrio corrió hacia él, arremetiendo con el escudo, y luego hincó la lanza tres veces, tan rápido como piensa un hombre, arriba, en medio, abajo, una brillante combinación.

Sátiro bloqueó, bloqueó y bloqueó sin moverse un dedo, y cuando sus escudos chocaron, empujó.

Demetrio cayó de espaldas.

—Soy Sátiro hijo de Kineas —dijo Sátiro al viento—. Mi padre fue hiparco de Olbia y fundador de una gran ciudad. Levántate.

Demetrio se puso de pie.

—Buen golpe —dijo.

Sátiro se movió, haciendo una finta que le había enseñado Filocles, y golpeó por arriba, alcanzando el brazo de Demetrio por encima del escudo, donde su guardia era pobre.

—Mi abuelo fue un hiparco de Atenas. Su padre llegó a Atenas desde Platea, donde defendió solo la muralla durante una hora contra cien espartanos y mató a cien. Atenas lo nombró ciudadano y le erigió una estatua como héroe —dijo Sátiro.

Demetrio pareció desconcertarse ante tales alardes y se contuvo, y Sátiro le tiró una estocada con la lanza, poniéndolo todo en el gesto del brazo: amor por Miriam, odio al desperdicio, cólera, terror, vergüenza, orgullo. Pesar. Compasión. Esperanza. Todo.

La punta de su lanza atravesó el recubrimiento de oro del escudo, el bronce, dos capas de cuero sin curtir y el armazón de sauce, y se clavó en el brazo de Demetrio y el rey dio un paso atrás y maldijo, y hubo sangre sobre su coraza dorada.

—Su padre Arimnestos condujo a los plateos a la victoria en Maratón contra los medos, y defendió su terreno cuando los helenos prevalecieron y fue votado el mejor de los helenos.

Hizo otra finta con la lanza y dio una patada, truco muy del agrado de Terón, alcanzando la rótula de Demetrio y haciéndole caer despatarrado.

Se irguió sobre el rey rubio con la lanza en alto.

—¡El padre de Arimnestos fue el Herrero de Platea y dirigió la carga de los espartanos en Oinoe! —dijo Sátiro—. ¡Levántate!

Demetrio retrocedió a trompicones hasta las filas de su escolta.

Sátiro aguardó. Demetrio se enderezó. Afianzó los pies.

—Su antepasado era Heracles, que es un dios y se sienta en las alturas del Olimpo, vigilando y juzgando a los hombres. —Sátiro clavó la contera de su lanza en la arena—. Esos son mis antepasados, rey Demetrio. Viniste a luchar contra héroes.

Esos hombres fueron héroes.

Demetrio se abalanzó sobre él, apuntando su lanza contra el escudo de Sátiro, un golpe potente que hizo que Sátiro se echara para atrás, y la punta desgarró el recubrimiento del escudo hasta romper la madera y el cuero.

Sátiro dejó su lanza clavada en la arena, alargó la mano derecha y agarró el borde del escudo del rey, y lo hizo girar tal como un carretero hace girar una rueda. El ruido del brazo del rey al romperse resonó en todo el campo como si fuese un mástil rompiéndose en una tormenta.

Y Demetrio chilló, con una mezcla de ira y frustración, intentando cortar a Sátiro con la lanza.

Entonces el Aegema se adelantó para rescatar a su rey. Pero no ansiaban luchar. Sátiro alargó el brazo y arrancó su lanza del suelo, viendo que le corría un hilo de sangre por el brazo. Demetrio le había dado. Notó una herida antigua que tenía en la cadera; bajó la vista y vio sangre junto a su pie izquierdo. Y en su greba izquierda.

Retrocedió hasta las filas de sus hombres y los escudos se solaparon, pero los antigónidas no estaban tan ansiosos como su superioridad numérica les permitía. Y Sátiro había perdido la voluntad de morir. Paso a paso los infantes de marina fueron reculando hasta que llegaron a la vieja muralla sur.

Una trompeta tras otra daba la alarma en el campamento enemigo, y la escolta del rey enemigo se llevó a Demetrio el Rubio del campo de batalla.

Sátiro miró a Abraham, pero Abraham miraba más allá de él, por encima de su hombro. Sátiro levantó los ojos y allí, en el este, había una hilera de velas; cincuenta velas o más, bajando con el viento del norte desde Simi.

El *Maratón* y el *Oinoe*. El *Niké*, el *Troya* y la *Artemis Efesia*, y muchas más naves que reconoció a simple vista. Con una fila de naves de grano que reconoció por sus altos mástiles y pesadas velas.

—¡Heracles! —exclamó.

El cielo retumbó.

Epílogo

El final, que debería haber sido culminante, fue meramente aterrador.

La flota de Tolomeo cubrió a una docena de inmensos cargueros hasta el puerto, con cincuenta mil *mythemnoi* de grano egipcio y una carta de Tolomeo prometiendo refuerzos al cabo de una semana.

Y lo hizo de nuevo, dos días más tarde, mientras Sátiro se retorció de dolor a causa de sus heridas y veía a Miriam recobrar el color. Comida. La comida era una esperanza concreta.

Ante las costas de Asia, la flota de Tolomeo exterminó a los piratas que quedaban con vida.

Diocles confiscó todo el suministro de grano enviado desde Atenas para reforzar a Demetrio.

Lisímaco de Tracia envió ayuda a la ciudad y cuarenta mil *mythemnoi* de trigo; Casandro, que no tenía motivos para amar Rodas, envió diez mil medidas de cebada y a quinientos arqueros cretenses.

Se habían enterado de que, en ausencia de Amastris, sus medio hermanos Clearco y Oxatres habían tomado la ciudad de Heraclea. De inmediato se aliaron con Casandro contra Demetrio.

Y finalmente, dos semanas después, arribó la flota de Tolomeo a las órdenes de León, reforzada por cuantas naves pudieron aportar los aliados de Tolomeo. Tres mil hoplitas mercenarios desembarcaron en el malecón en tres horas. Miles y miles de *mythemnoi* de grano entraron en la ciudad, junto con piaras de cerdos y rebaños de ganado.

Entre los refuerzos de Tolomeo se contaba el macedonio Antígono de Pella. Había servido con Alejandro; de hecho, igual que Filipo de Metimna, llevaba la vieja capa púrpura y parda de los *hetairoi*. Caminaba con aire arrogante. Estudió la muralla marítima; hizo desfilar a los hoplitas de la ciudad y a los remeros.

Fue a visitar a Sátiro en su tienda.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó—. No te levantes.

El macedonio le tendió la mano.

Sátiro, pillado por sorpresa, se las arregló para bajar las piernas al suelo e hizo una mueca de dolor. Sintió una fría humedad que significaba que la herida de la cadera volvía a estar abierta.

—¿Hacer qué? —preguntó a su vez.

Antígono negó con la cabeza.

—Resististe a Demetrio.

Sátiro se encogió de hombros.

—Todos resistimos a Demetrio. Menedemos ahora es polemarca, según creo. Ve

y habla con él. —Pero se rio—. Aunque es cierto que resistimos, ¿eh? Siendo así, ¿por qué no se marcha?

Antígono negó con la cabeza.

—Intentará llevar a cabo un ataque más. Con todo lo que tenga.

Charlaron en tono bastante amigable durante una hora; sobre la guerra, sobre el último año.

—Recuerdo a tu padre —dijo Antígono—. Un buen oficial de caballería. Tan bueno como un tesalio.

Sátiro sonrió.

—Me levantaré dentro de unos pocos días —dijo—. Te mostraré las murallas y me aseguraré de que aprendas todos los trucos. —Sonrió al hombre mayor—. ¿Es duro llamarse Antígono? ¿Siendo el padre de Demetrio, el Tuerto, el archienemigo?

El oficial macedonio se encogió de hombros.

—La mitad de mis falangistas se llaman Antígono —dijo—. Supongo que era el nombre de moda el año que nacimos.

Dos días después, mientras Sátiro yacía postrado en cama y Miriam le sostenía la mano, tuvo lugar el gran asalto de Demetrio. Lo hizo a plena luz del día. Los magníficos argiráspidas penetraron en el teatro, de donde luego fueron expulsados. Una vez más. El resto de los asaltos fueron poco entusiastas. Los hoplitas enviados por Tolomeo nunca habían estado mal alimentados ni habían pasado la fiebre, y los hombres de Demetrio estaban destrozados tras un año de derrotas. Huyeron.

Aquel fue el último ataque, y Sátiro permaneció en cama. Y agarraba la mano de Miriam como si fuese su tabla de salvación.

Y luego vinieron semanas de negociaciones. Pero durante esas semanas la comida no paró de llegar, tanto así que los *pithoi* del sótano del viejo templo volvieron a llenarse de grano. Y en cuanto comenzaron las negociaciones, algo cambió en todos los hombres y mujeres. Aunque había vino que beber, nadie se emborrachó.

Miriam se puso el atuendo completo de una mujer, descartando el quitón de muchacho que había llevado durante meses. Cuando lo hizo, lo mismo hicieron las mujeres que habían luchado hasta el final.

Se asignaron casas a los nuevos ciudadanos con derecho a voto.

Nadie se besaba en las calles. Y los tribunales de justicia reanudaron sus funciones.

La piedra de la tercera muralla fue retirada para rehacer el teatro.

Antes de que la tinta se secase en el papiro, la ciudad había iniciado su reconstrucción.

Y entonces, una mañana más de un año después de haber desembarcado, Demetrio, los restos de su ejército y su flota hicieron el equipaje y zarparon con rumbo a Grecia. Dejaron atrás a seis mil desdichados esclavos que de inmediato

fueron alimentados por la ciudad y puestos a trabajar.

Aquella tarde, Sátiro y Abraham, Miriam y Cármides, Anaxágoras, Melita y Jubal, Thyrsis y Scopasis y otra media docena de notables se sentaron en cómodas banquetas en la fresca brisa otoñal con miembros de la *boulé* y Antígono, el nuevo comandante de los mercenarios. La flota de Demetrio todavía era visible, con sus velas como cuchilladas en el borde de un pergamino.

—Regresará —dijo Abraham, alzando su copa de vino.

Sátiro negó con la cabeza.

—Jamás. Él y Antígono el Tuerto están acabados.

Anaxágoras rasgueaba quedamente su lira. Levantó la vista.

—¿En qué momento terminamos? —preguntó en voz baja—. A su manera son grandes hombres. Encontrarán más cuerpos calientes que porten sus lanzas y jalen de sus remos, y el mundo no tendrá paz hasta que sean despedazados.

Comenzó a tocar el himno a Ares muy bajito.

Miriam se recostó y se estiró como un gato.

—Los odio —dijo—. Los odio a todos. Ninguno de ellos es grande. Todos son unos mezquinos tratando de ser ese gran monstruo, Alejandro. Escupo a su espíritu. Fingen, matan, torturan y provocan catástrofes. ¿Por qué? ¡Para parecerse más al hombre que murió borracho y solo a los treinta y tres años!

Antígono de Pella la miró un momento y se mordió los labios.

—Alejandro era un dios —dijo entre dientes con sumo cuidado.

Por un momento, Miriam lo miró con el rostro impasible.

Y de pronto se echó a reír. Y su risa, la antigua irrisión de las mujeres ante los estúpidos juegos de los hombres, flotó sobre el mar y persiguió a Demetrio.

Glosario

Airyánám (avestano) Noble, heroico.

Aspis (griego clásico) Escudo redondo, grande y muy cóncavo que solían llevar los hoplitas griegos (no así los macedonios).

Baqca (siberiano) Chamán, mago, hechicero.

Cítara (del griego clásico) Instrumento musical parecido a la lira.

Clámide (del griego clásico) Prenda semejante a una capa, hecha de una única pieza de tela, de tejido prieto y tal vez incluso hervido. La clámide solía prenderse con broches en el cuello y se llevaba como una capa, pero también podía echarse sobre los hombros y prenderse debajo del brazo izquierdo o derecho para usarla como prenda de vestir. Los hombres libres a veces aparecen desnudos con una clámide, pero rara vez aparecen con quitón y sin clámide; la clámide, no el quitón, era la prenda esencial, o al menos eso parece. Tanto hombres como mujeres usaban clámide, aunque de manera distinta. También en este caso, una pieza de tela de 180 x 270 cm parece permitir un correcto drapeado y tener la longitud que le corresponde.

Daimon (griego clásico) Espíritu.

Efebo (del griego clásico) Un hoplita novato, un muchacho que recibe instrucción para unirse a las fuerzas de su ciudad.

Epilektoi (griego clásico) Los hombres elegidos en una ciudad para formar parte de la falange; soldados de élite.

Estadio (del griego clásico) Medida de longitud que equivale a 1/8 de milla, la distancia que se recorre en un estadio, 178 m. Treinta estadios equivalen a un *parasang*.

Eudaimonia (griego clásico) Bienestar. Literalmente, «con buen espíritu». Véase *daimon*, arriba.

Falange (del griego clásico) Formación de infantería utilizada por los hoplitas griegos en la guerra, de ocho a diez columnas en fondo y tan ancha como las circunstancias permitían. Los comandantes griegos probaron formaciones con más y menos columnas, pero la falange era sólida y muy difícil de romper, presentando al enemigo un auténtico muro de puntas de lanza y escudos, tanto en la versión macedonia con picas como en la griega con lanzas. Además, falange puede aludir al grueso de los combatientes. La falange macedonia era más profunda, con lanzas más largas llamadas sarisas, las cuales suponemos que eran como las picas que se usaron en tiempos más recientes. Los miembros de una falange, sobre todo de una falange macedonia, a veces se denominan falangistas.

Filarco (del griego clásico) El comandante de una fila de hoplitas, que podía ser de hasta dieciséis hombres.

Gamelia (griego clásico) Una festividad griega.

Gorytos (griego clásico y posiblemente escita) El carcaj abierto por arriba que llevaban los escitas, a menudo muy ornamentado.

Himación (del griego clásico) Prenda gruesa consistente en una única pieza de tela de al menos 360 cm de largo por 180 cm de ancho, drapeada sobre el cuerpo y un hombro, y usada tanto por las mujeres como por los hombres.

Hiparco (del griego clásico) El comandante de la caballería.

Hipereta (del griego clásico) El trompetero del hiparco; también su sirviente o ayuda de campo.

Hippeis (griego clásico) En el ámbito militar, la caballería de un ejército griego. En sentido general, la clase de la caballería, sinónimo de caballeros. Usualmente los hombres más ricos de una ciudad.

Hoplita (del griego clásico) Soldado griego de infantería que porta un *aspis* (el escudo redondo grande) y combate en la falange. Representa a la clase media de hombres libres en casi todas las ciudades, y si bien a veces parecen caballeros medievales por su aspecto, también son la milicia de la ciudad y en sus filas se cuentan artesanos y pequeños granjeros. A principios de la época clásica, un hombre con tan solo doce acres de cultivo tenía derecho a portar *aspis* y servir como hoplita.

Hoplomachos (griego clásico) Hombre que enseñaba a luchar con armadura.

Kline (griego clásico) Diván o cama en el que los helenos tomaban las comidas y quizá también usaban para dormir.

Kopis (griego clásico) Puñal o espada de hoja curva, bastante parecido a un moderno *Ghurka kukri*.

Machaira (griego clásico) La pesada espada de la caballería griega, más larga y resistente que la espada corta de la infantería. Su objeto es dar más alcance al jinete y no es útil en la falange. También es aplicable a cualquier otra arma blanca de puño.

Parasang (griego clásico, del persa) Medida de longitud equivalente a 30 estadios. Véase más arriba.

Porne (griego clásico) Prostituta.

Pous (griego clásico) Medida de longitud de unos 30 cm.

Prodromoi (griego clásico) Exploradores; los que corren delante o primero.

Psiloi (griego clásico) Soldados de infantería ligera, por lo general armados con arcos y hondas, y a veces jabalinas. En las guerras de las ciudades estado griegas, los *psiloi* se reclutaban entre los hombres libres más pobres, aquellos que no podían costear la carga económica de una armadura de hoplita y el entrenamiento diario en el gimnasio.

Quitón (del griego clásico) Prenda semejante a una túnica, confeccionada con una sola pieza de tela doblada por la mitad, prendida con broches o alfileres en el costado, el cuello y los hombros, y con un cinturón por encima de las caderas. El quitón masculino podía llevarse largo o corto. Si se llevaba muy corto, o estaba hecho

con una pieza de tela pequeña, a veces se denominaba *chitoniskos*. Suponemos que la mayoría de los quitones se confeccionaba con una pieza de tela de 180 x 270 cm aproximadamente, y que se le añadía un cinturón o se le hacían pliegues para ajustarlo, largo o corto. Los broches, los pliegues y los cinturones podían ser sencillos o muy elaborados. En Grecia la mayoría de estas prendas se hacía de lana. En el Este, es posible que se prefiriera el lino.

Sastar (avestano) Tiránico. Un tirano.

Spola (griego clásico) Armadura para el torso hecha de cuero. En las representaciones heroicas, Heracles lleva una *spola* en forma de piel de león, pero los soldados pueden llevar desde una simple túnica de cuero a una protección abdominal rígida y llamarla *spola*.

Taxeis (griego clásico) Los regimientos de picadores de las falanges macedonias. Puede aludir a cualquier regimiento, pero suele emplearse para designar una «compañía» o un «batallón». Mi *taxeis* tiene entre 500 y 2000 hombres, en función de las bajas y las deserciones. Sinónimo aproximado de falange (véase arriba), aunque en una gran batalla una falange pueden componerla doce *taxeis*.

Thorax / Thorakes (griego clásico) Armadura para el torso, literalmente la que cubría el abdomen. Podía ser de bronce, de lana guateada o de una mezcla de tejido y metal; también podía referirse a una armadura de cuero como la *spola*. La llamada «coraza musculosa» la forjaba el armero para que pareciera el abdomen de un varón y probablemente era la más cara.

Xiphos (griego clásico) Espada de infantería de hoja recta, usada habitualmente por los hoplitas y los *psiloi*. En el arte clásico griego, sobre todo la cerámica de arcilla roja, aparecen muchos hoplitas que las llevan, pero solo se han recuperado unas cuantas y sigue abierto el debate sobre su forma y uso. Según parece eran muy semejantes al *gladius* romano.

Apunte histórico

Escribir una novela —varias novelas, espero— sobre las guerras de los diádocos, o sucesores, es un juego difícil para un historiador amateur. Los jugadores son muy numerosos, existen muchos bandos y, francamente, ninguno de ellos representa a los «buenos». Desde el principio tuve que tomar ciertas decisiones, en su mayoría para reducir el elenco de personajes a un tamaño que el lector pudiera asimilar sin insultar a la inteligencia de nadie. Antígono el Tuerto y su primogénito Demetrio merecen novelas propias, y lo mismo cabe decir de Casandro, Eumenes, Tolomeo, Seleuco, Olimpia y los demás. Cada uno de ellos podría representar al «héroe» y el resto a los villanos.

Si considera que necesita una tarjeta de puntuación, sugiero que visite mi sitio web en www.hippies.com, donde por lo menos podrá examinar las biografías de algunos jugadores principales. Wikipedia también ofrece biografías de la mayoría de los actores de la época en cuestión.

Desde el punto de vista de la pura historia militar, he tomado algunas decisiones que los lectores entendidos quizás encuentren extrañas. Por ejemplo, he dejado de creer que el sistema de picas macedonio —la falange armada de sarisas— fuera realmente «mejor» que el viejo sistema griego de los hoplitas. De hecho, sospecho que era peor, pues los testimonios del principio de la guerra moderna dan a entender que cuanto más largas son las picas, menos cabe confiar en la tropa. Los jóvenes granjeros macedonios no eran hoplitas; carecían del contexto social y cultural que creaba al hoplita. Fueron decisivos en su época, pero que su sistema fuese «mejor» que el antiguo, bueno, igual que con tantos cambios militares, se trató de un cambio cultural, no realmente tecnológico. O al menos esa es mi opinión.

Los elefantes no eran tanques, como tampoco una herramienta mágica para alcanzar la victoria. Podían ser muy eficaces o todo lo contrario. Lo mismo cabe decir del invento de la balista y otras máquinas de torsión. He intentado usar el sitio para describir algunos de sus puntos fuertes y débiles. De igual manera la caballería de arqueros podía ser decisiva o simplemente un fastidio. En campo abierto, con un sinfín de caballos de refresco y un suministro inagotable de flechas, un ejército de arqueros montados debió de ser una auténtica pesadilla. Pero unos pocos cientos de arqueros en la vasta extensión de un campo de batalla de los sucesores quizá no supusiesen más que una molestia.

En última instancia, no creo en la historia «militar». La guerra tiene que ver con la economía, la religión, el arte, la sociedad... la guerra es inseparable de la cultura. En aquella época no era posible formar a un campesino egipcio para convertirlo en arquero de caballería sin cambiar su modo de vida y su economía, su estatus social, quizá su religión. Las preguntas acerca de la tecnología militar —«¿Por qué

Alejandro no creó un ejército de [inserte aquí un prodigio tecnológico]?»— pasan por alto las limitaciones que imponía la realidad de la época; la cultura de Macedonia que, en mi opinión, llevaba en su seno la semilla de su propia destrucción desde el principio.

Y luego tenemos el problema de las fuentes. En la medida en que sabemos algo sobre el mundo de los diádocos, debemos ese conocimiento a unos pocos autores, aunque ninguno fue contemporáneo. Me he servido de Diodoro Sículo durante la escritura de los libros de la serie *Tirano*; en la mayoría de los casos lo prefiero a Arriano o a Polibio, y en muchos es la única fuente disponible. También admito haber utilizado (¡con sumo gusto!) material de Plutarco, si bien soy plenamente consciente de su cariz moralizante.

En este libro aparece un sitio que Diodoro describe bella y confusamente, y he intentado servirme de su relato para enmarcar mi historia. Hay aspectos de su relato que no pude resolver en el periodo histórico, de modo que no tuve más remedio que inventarlos, como un túnel para explicar la destrucción de una máquina de guerra o el carácter de Demetrio. Para el novelista, basta con contar una historia, quizá no la historia en mayúsculas, de cómo pudo acontecer.

A quien interese una lección abreviada sobre las dificultades que plantean las fuentes, recomiendo visitar el sitio web www.livius.org. Los artículos acerca de las fuentes demostrarán, espero, lo poco que sabemos sobre Alejandro y sus sucesores.

Ante todo soy novelista, no historiador y, en ocasiones, esas lagunas, o incluso grandes vacíos, son precisamente el lugar en el que actúan mis personajes. A veces, esa falta de conocimientos es lo que aporta atractivo al relato. En cualquier caso, confío en haber creado una versión verosímil del mundo después de la muerte de Alejandro. Espero que disfrute con este libro, así como con los que le seguirán.

Y, como de costumbre, siempre será un placer recibir sus comentarios, e incluso sus críticas, en el Ágora Online de www.hippeis.com. ¡Allí nos vemos, espero!

Nota del autor

Soy escritor, no lingüista; novelista, y no del todo historiador. Pese a esta salvedad, mientras trabajo pongo mucho empeño en investigarlo todo, desde la ropa hasta las formaciones de las falanges, y a veces no estoy de acuerdo con la docta opinión tanto del mundo académico como de los generales de sillón que escriben vistosos libros ilustrados de gran formato sobre estos temas.

Destructor de ciudades se aparta de la simplicidad de libros anteriores porque Sátiro, que ha alcanzado la madurez y el poder, va a participar en el sitio de Rodas. En realidad, el Rey del Bósforo no estuvo allí. Pero muchas otras personas, con inclusión de un gran contingente de mercenarios, sí que estuvieron y ejercieron una importante influencia sobre lo que fue, probablemente, el sitio más importante del mundo antiguo. Había naves mercenarias en los mares, y estas también tuvieron su impacto, y sospecho que la línea divisoria entre piratas y mercenarios era muy fina. En cualquier caso, espero que los lectores perdonen la intromisión de Sátiro y Melita. El descubrimiento hace pocos años de unas puntas de flecha escitas fosilizadas puede tomarse como justificación; he sonreído al escribir esto.

Y, en última instancia, los errores son culpa mía. Si usted encuentra un error histórico, ¡hágame saber, por favor! Aparte de permitir que mis personajes desempeñen un papel principal en el sitio, papel que en el sitio real desempeñaron sucesivos oficiales mercenarios que Tolomeo proporcionó a la ciudad asediada (según Diodoro Sículo, que ha sido, como de costumbre, mi principal fuente de información), he procurado evitar cambiar la historia tal como la conocemos para adecuarla al tempo de la acción o a la trama. La historia de las Guerras de los Diádocos bastante complicada es de por sí sin que yo la altere... Además, mientras escribo sobre esta época aprendo cosas nuevas, gracias a la investigación y a la recreación, y mis ideas sufren cambios, en ocasiones muy profundos. Cuanto más aprendo, las palabras y las ideas pueden cambiar o cambiar de uso. A modo de ejemplo, en *Tirano* utilicé el *Hipárquico* de Jenofonte como guía para casi todo. Jenofonte llama *machaira* al arma ideal. Estudios posteriores han revelado que los griegos eran bastante laxos con la nomenclatura de sus espadas (en realidad, todo el mundo lo es, excepto los entusiastas de las artes marciales), de ahí que la *machaira* de Kineas probablemente fuese llamada *kopis*. Por ende, en el segundo libro, la llamo *kopis* sin ningún rubor. Es posible que otras palabras cambien; desde luego, mi comprensión de la mecánica interna de la falange hoplita ha cambiado. Mientras escribo esta nota estoy aprendiendo más sobre el judaísmo heleno, y eso probablemente afectará a Abraham y a Miriam en el libro siguiente. Cuanto más aprendo...

Pero lo que no quiero dejar de señalar es que ha sido muy divertido regresar al

mundo heleno. Echaba de menos a estos personajes y estoy encantado de que vayan a cobrar vida una vez más en *Force of Kings*. Bien, y quizá de nuevo después de eso. Siempre nos quedan las invasiones celtas.

¡Disfrute!

Toronto, 2012

Agradecimientos

Siempre lamento terminar una novela histórica porque escribirlas es el mejor trabajo del mundo y las tareas de investigación es lo más divertido que me cabe imaginar. Abordo cada era histórica con una canasta llena de preguntas: ¿Qué comían? ¿Cómo se vestían? ¿Cómo funciona esa arma? Esta vez mis preguntas me han llevado a iniciar una reconstrucción de la época. Los estudiosos que recrean el mundo clásico han constituido una magnífica fuente para mí al escribir, tanto por los detalles sobre el vestido, el armamento y la comida, como por ser una fuente de inspiración. En ese aspecto quisiera dar las gracias a Craig Sitch y Cheryl Fuhlbohm de Manning Imperial, quienes realizan algunas de las mejores reconstrucciones de la cultura material de la Antigüedad clásica (www.manningimperial.com), así como a Joe Piela de Lonely Mountain Forge por ayudarme a recrear equipo militar con un calendario muy apretado. Debo un largo peán de alabanzas a cuantos eruditos y académicos han contestado pacientemente mis preguntas sobre temas tan diversos como los penachos de los yelmos o la sexualidad antigua, y especialmente al profesor Donald C. Haggis y al profesor James Davidson. También quisiera dar las gracias a Paul McDonnell-Staff, Paul Bardunias y Giannis Kadoglou por su profundo conocimiento y su permanente disposición a contestar preguntas, así como a otras sociedades de todo el mundo, desde España hasta Australia, dedicadas a recrear la Grecia antigua. También quisiera dar las gracias a los amigos que considero mi «cuerpo de arqueros», incluyendo entre otros, a Chris Verwijmeren, Zack Djurica, Matt Heppe (¡también novelista!) y Dariusz Wielec, quienes aportaron la muy necesaria flora y fauna para poblar las escenas de la estepa de Melita, así como para ilustrar *Tom Swan*.

Gracias sobre todo a los miembros de mi propio grupo, Hoplologia and the Taxeis Plataea, por ser los conejillos de Indias en la experimentación con un sinfín de artículos de la vida cotidiana y las artes marciales, y a Guy Windsor (que escribió *The Swordman's Companion* y que actualmente es un espadachín consumado) por sus consejos sobre artes marciales.

Hablando de quienes recrean el mundo antiguo, mi amigo Steven Sandford dibuja los mapas de estos libros, y merece un agradecimiento especial; y mi amiga Rebecca Jordan trabaja incansablemente en el sitio web y en sus diversos derivados online como el Ágora, y merece muchas más alabanzas de las que recibe. Y Dimitri Bondarenko, que ha estado de servicio como soldado británico del siglo XVII y también como hoplita griego y que sigue haciendo ilustraciones para los mapas de estos libros.

Hablando de amigos, tengo una deuda de gratitud con Christine Szego, por sus críticas diarias y el apoyo de su tienda, Bakka Phoenix, en Toronto. ¡Gracias,

Christine!

Kineas y su mundo surgieron de mi deseo de escribir un libro que me permitiera abordar temas tan serios como la guerra y la política que forman parte de nuestra vida en la actualidad. Supuso un regreso a la escuela y un regreso a mi primer amor: la historia clásica. También soy un entusiasta confeso de Patrick O'Brian, y quería escribir una serie que me permitiera explorar en profundidad y con rigor todo ese periodo, con las relaciones que definen a los hombres, y a las mujeres, en la guerra; no solo un fragmento. La combinación de historia clásica, filosofía de la guerra y ética del mundo de la *areté*, dio lugar al volumen que tiene en las manos.

Por el camino conocí al profesor Wallace y al profesor Young, ambos muy eruditos y vinculados desde años atrás a la Universidad de Toronto. El profesor Wallace contestó a todas las preguntas que le hice, proporcionándome un sinfín de fuentes, y presentándome a las laberínticas elucubraciones de Diodoro Sículo, y finalmente a T. Cuyler Young. Cuyler tuvo la amabilidad de iniciarme en el estudio del Imperio persa en tiempos de Alejandro y de debatir la posibilidad de que Alejandro no fuera infalible, ni siquiera de lejos. Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a estos dos hombres por su ayuda para recrear el mundo griego del siglo IV a. C., así como la teoría sobre las campañas de Alejandro que sustenta esta serie de novelas. Toda la erudición es suya y cualquier error que haya es, indudablemente, mío. Nunca olvidaré el placer de sentarme en el despacho del profesor Wallace o en la sala de estar de Young, y comer tarta de chocolate mientras debatíamos el mito de invencible que acompaña a Alejandro. Ambos fallecieron poco después de que escribiera este libro, pero ninguno de los libros de la serie *Tirano* habría sido lo mismo sin ellos. Fueron grandes hombres y grandes académicos, la clase de eruditos que mantienen viva una civilización.

También quisiera dar las gracias al personal del Departamento de Clásicas de la Universidad de Toronto por su constante apoyo, y por reavivar mi adormecido interés por el griego clásico, así como al personal de la biblioteca Toronto Metro Reference Library por su dedicación y apoyo. ¡Las bibliotecas son importantes!

Quisiera agradecer a mis viejos amigos Matt Heppe y Robert Sulentic su apoyo al leer la novela y comentarla, ayudándome a evitar anacronismos. Ambos poseen conocimientos enciclopédicos sobre la historia militar clásica y helenística, y, una vez más, cualquier error es mío.

No podría haber abordado tantos textos griegos sin contar con Perseus Project. Este recurso online, patrocinado por la Tufts University, proporciona acceso online a casi todos los textos clásicos en griego y en inglés. Sin él aún estaría bregando con el segundo verso de *Medea*, por no mencionar la *Ilíada* o el *Himno a Deméter*.

Tengo una deuda de gratitud con mi excelente editor, Bill Massey, de Orion, por la constante atención prestada a estos libros y sus numerosos y necesarios halagos,

por su buen humor ante las sentencias del autor y por su apoyo en todas las etapas. También quisiera dar las gracias a mi agente, Shelley Powers, por su indefectible esfuerzo en mi nombre, y por muchas cenas exquisitas, la última de las cuales, celebrada en el único restaurante de cocina griega clásica del mundo, Archeon Gefsis, en Atenas, tuvo como consecuencia la apresurada reescritura de los contenidos culinarios. ¡Gracias, Shelley!

Por último, me gustaría dar las gracias a las musas del Luna Café, que amén de servir café lo hacen siempre de muy buen humor; sin ellas, desde luego, no habría habido libro. Y todo mi agradecimiento, el de una vida entera, para mi esposa Sarah.

Si tiene alguna pregunta o desea saber más o participar (¿le gustaría ser un hoplita en Maratón?), le ruego visite www.hippeis.com.

Notas

[1] Penteres, voz griega que designa al quinquerre. <<

[2] Instrumento musical de viento. Era una especie de oboe doble, de madera, caña o marfil, compuesto por dos tubos y dotado de lengüeta. <<

[3] Hubris designa el orgullo desmedido, la arrogancia. <<